

EL GENIO DE VERVAECK

CLAUDIO HERNÁNDEZ

Hackers, armas de guerra, asesinos profesionales.
Un thriller tecnológico donde
la inteligencia es el arma más poderosa.

D.J.57

de Claudio Hernández

El Genio de Vervaeck

Para Verónica, Agustín y Rosario
por las horas robadas

Guia de Personajes Principales y sus Alias en la red.

NOMBRE	ALIAS
Daniel Páez	Salteador
Robert Coogan	RobRoy
Sarah Stravensky	Lyn
Gail Preston	Capitana
Fabio	R/S
Joshua Baker	Saro
Hermann Meier	Moloch
Mark Ressler	Valhall
Angie Rosebaum	Alarde
Frank Mc'Clane	Fermat
Nickolay Tocheva	Laud
Lawrence	El Buscador

DANIEL

CAPITULO I

Daniel consultó el reloj que había apoyado en la mesa junto al plato y rápidamente lo guardó en el bolsillo del pantalón, se apuró en tragar el último trozo del pescado que su madre había preparado y apartó la silla de la mesa.

– ¡ Hey ! –exclamó Adrián– ¡Estamos charlando!.

Adrián disfrutaba de las charlas familiares a la hora de la cena, era toda una tradición que por lo general compartían de buena gana los tres integrantes de su familia. Luego del postre, casi invariablemente frutas, se tomaban unos minutos más para compartir anécdotas del día transcurrido. Si se contaban cosas de trabajo, siempre era una versión bastante liviana de la real, estaba prohibido contar en la mesa hechos que provocaran tensión, Adrián decía que era malo para la digestión y aunque a veces respondían con un extraño gesto de burla, todos sabían que era favorable a la convivencia no amargar la comida de los otros además de la propia. Había excepciones, es verdad, algunas cosas merecían contarse de inmediato, pero no era lo común, y los sucesos indigestos de los Páez apenas producían una inofensiva acidez. Los movimientos del atardecer en la casa se regían por un orden cronológico no formal que comenzaba con la llegada de Adrián luego de trabajar, aunque no siempre salía, a veces trabajaba en la casa y la hora de la cena lo alcanzaba envuelto en una sábana de formularios continuos, con los lentes algo caídos sobre la nariz y los dedos crispados sobre el teclado de la PC. Daniel también trabajaba en la casa, pero al caer la tarde solía regresar de alguna salida cuando no se había quedado estudiando para algún examen en la facultad. Carol en cambio llevaba una vida social activa, tenía grupos de amigas con quienes se divertía durante el día, jugaba al jockey como una profesional y asistía a cursos de literatura, pero antes de que los hombres se sentaran a la mesa ella siempre estaba en casa, con la comida lista para los leones de la manada.

La norma indicaba además que después de la cena, Daniel se despedía para internarse en su habitación y perderse en el submundo de las redes, donde la vida se desarrollaba en otra dimensión, como un plano paralelo, solo alcanzable por unos pocos elegidos, ... y ser un elegido parecía tener que ver con perder la conciencia frente a la computadora, el tiempo y el espacio se hacían más y más insignificantes frente a los bytes de información, la inteligencia artificial y la realidad virtual ... un mundo de simulaciones donde Daniel se movía con la

ligereza de un gato entre los techos. Cuando quedaban solos y luego de levantar la mesa, Adrián y Carol se dedicaban a cultivar placeres y desdichas de la vida conyugal, metidos en la cama, TV de por medio, con mucho amor y algunos chocolates antes de dormir.

Daniel apuntó con su brazo hacia arriba, en dirección a su habitación, en realidad en dirección a la PC y a la comunidad virtual que ella representaba.

– Hoy es la final del concurso, tengo que ver a Lyn.

Carol volvió a reconocer en su hijo aquella mirada que solo aparecía cuando hablaba de su amiga.

– Mandale un beso de nuestra parte, y mucha suerte.

– OK –se apuró a decir mientras desaparecía hacia su cuarto.

– ¿Cuándo van a hacer algo productivo con la materia gris? –escuchó

Daniel resoplar a su padre mientras subía por la escalera saltando escalones de a dos, cerró la ventana de la habitación que daba a la calle y permitía la visita de la música de zamba de la casa de los vecinos, pulsó una tecla en la computadora y la imagen apareció; en dos clicks del mouse llegó a la página Web del torneo.

Allí estaban los dos concursantes, cada uno en un distinto canal de chat, dialogando con los espectadores del evento. La página Web tenía una división horizontal que separaba dos paneles donde podían verse los dos canales a la vez, con las preguntas y respuestas de la charla.

Lyn discutía animadamente con un programador acerca del código del programa con el que ella concursaba.

El “Killer Rabbit” estaba totalmente desarrollado con Assembler, el lenguaje de más bajo nivel que un programador podía utilizar, también el más flexible y el más difícil de entender. Se trabajaba directamente con el set de instrucciones del procesador de la computadora, una PC en este caso, Lyn sabía moverse por las arquitecturas internas de los microprocesadores con la facilidad y soltura de una gacela en un llano.

Además, Lyn era una especialista con talento fuera de lo común para todo lo que se refería a programas intrusivos, tanto virus como gusanos informáticos. Era su hobby, su ciencia, su culto, y hasta su manera de vivir. Hacer virus le permitía desarrollar toda su inteligencia creativa, manipulando bytes como si tuvieran vida real, propia e independiente.

Daniel se acomodó en el sillón enderezando la espalda, en el chat ya se estaban despidiendo, sonrió confiado mientras acomodaba la única foto que tenía de Lyn justo al lado del monitor. Su amiga estaba a próxima a cambiar de status en la red, de ser la joven promesa femenina a la nueva campeona mundial de *WormWar*, y la primera mujer en lograr el título desde 1994, cuando se inició la competencia.

El contador en la esquina derecha de la página indicaba que solo quedaban dos minutos para el comienzo del combate final, duraría escasos segundos, tal vez un minuto, nunca más de eso; el juego consistía en lo siguiente: una máquina totalmente limpia excepto por el software del Sistema Operativo Linux y dos programas, uno de cada concursante que se activarían en el mismo momento para tratar de eliminarse mutuamente. Para ello los programas recorrían la RAM de la PC saltando virtualmente de dirección a dirección de memoria, mientras buscaban a su rival para tratar de sobrescribirlo, y así eliminarlo de la máquina. Además el programa iba dejando una marca personal (0 o 1) en cada lugar de la memoria visitado, de manera que el combate finalizaba cuando se saturaba la RAM o cuando uno de los programas era eliminado, algo así como ganar por puntos o por KO. Si un programa ocasionaba el “cuelgue” de la máquina entonces estaba descalificado. Los programas no podían reproducirse, solo cambiar de ubicación y mutar en memoria para impedir su identificación.

El contrincante de Lyn era el subcampeón del torneo del año anterior y favorito para este año, pero Lyn había irrumpido en el concurso como la nueva chica maravilla, y ganado la admiración de espectadores y rivales. A la hora de matar, el Killer Rabbit era un asesino implacable, pero su mayor ventaja era que parecía prácticamente indetectable.

En la página Web los paneles del chat desaparecieron y se dibujó en su lugar un recuadro que representaba los sectores de la memoria disponibles para el juego, con rojo iban a marcarse los sectores ocupados por Lyn, y con azul los de Blood Avenger, el otro aspirante al trono.

El contador marco 000, la pantalla parpadeó refrescando el mapa de memoria, un manchón rojo se extendió de derecha a izquierda de la pantalla, el Rabbit limpió al Avenger de la memoria en solo veinticinco segundos, y cuando ya había colonizado el 60 % de la memoria.

Daniel Sonrió y echó el cuerpo hacia atrás, recostándose en el sillón, mientras esperaba ver aparecer el rostro de Lyn en el monitor, saludando a todos los concursantes y haciendo un comentario de su victoria, como era costumbre con los ganadores, pero lo que su cámara de captura de video mostró fue un fondo azul, con algo rosa que se movía, no entendió bien de que se trataba hasta que la imagen se mostró en forma casi completa, entonces largó una risa sonora, sobre un sillón azul estaba sentado un conejo rosa de peluche, que él mismo le había regalado. La mano de Lyn movía hábilmente la cabeza del muñeco mientras hablaba en falsete tapándose notoriamente la nariz, el conejo agradeció a todos, felicitó a su oponente y prometió un mejor esfuerzo para el próximo año. También prometió el envío del código fuente del programa a la página Web

del torneo, para que todos lo pudieran bajar, por último agradeció también a los organizadores del concurso.

Durante algo más de diez minutos la imagen del muñeco de peluche se mantuvo en un recuadro de la pantalla mientras Lyn recibía decenas de felicitaciones, ahora por chat. Ninguno de los mensajes le recriminó el no mostrar su rostro, ya que la mayoría de los concursantes valoraba sobremedida el anonimato y respetaban las decisiones ajenas de no trascender. Era obvio que todos habían participado con un seudónimo que lo identificara, de manera que salvo excepciones nadie conocía la identidad de nadie, solo algún que otro rostro de los que se animaban a detenerse frente a la cámara. Pero Daniel sabía que Lyn odiaba el video, en realidad odiaba a todo aquello que la expusiera a una evaluación de los demás. Lyn era sumamente tímida, frágil e insegura. De haberse presentado ante la cámara le habría sido imposible hablar, más allá de que ella estaría sola frente a la computadora, sabría que tal vez un centenar de personas estaban atentas tras la PC esperando verle el rostro, y podrían ver sus rasgos que eran bonitos a pesar de que ella dijera siempre lo contrario, pero también podrían observar sus gestos, analizar su mirada nerviosa, percibir el temblor en sus labios; sin contar la falta de firmeza en su voz normal que había decidido reemplazar con la comedia del conejo. No, decididamente aparecer en la pantalla no era una opción viable para ella, es más, tampoco usaban la cámara para comunicarse entre ellos dos, lo hacían siempre por chat, donde Lyn podía escribir con comodidad, sin preocuparse de arreglar su apariencia.

Esperó a que ella se desconectara de la página para enviarle un mensaje directo a la maquina de su habitación, inmediatamente entraron en chat privado.

Salteador	Te felicito !!!, estuviste genial !!!
Lyn	Gracias, pero todo lo hizo el conejo.
Salteador	OK, pero VOS hiciste el conejo.
Lyn	Si, pero ya lo habrás visto, el se llevó toda la gloria.
Salteador	Seguramente disfrutaste eso.
Lyn	No lo dudes.

Daniel no lo dudaba.

Salteador	¿Estás contenta?
Lyn	Si :o)
Salteador	Te felicito nuevamente.
Lyn	Gracias.
Salteador	Te quiero.
Lyn	Yo también.

Salteador	¿Me extrañaste hoy?
Lyn	Mucho, ¿que hiciste? ¿pudiste trabajar?

Dudó un momento antes de enviar la respuesta, a decir verdad había comenzado con el desarrollo del sistema de facturación pero aun no había terminado por completo el de toma de pedidos, y dado que los módulos de dicho sistema en muchos casos coincidían con el de facturación el código del programa era reutilizable, lo cual obligaba, según un criterio racional, a terminar primero el sistema de pedidos antes de comenzar el de facturación para evitar la duplicación del trabajo posteriormente. Pero Daniel estaba cansado de no poder terminar y pasar a un nuevo módulo, además estaba dándose cuenta de que programar como diversión era mucho más entretenido que hacerlo por trabajo, más allá de que varias veces había sostenido que él podría vivir toda su vida desarrollando sistemas, lo cierto era que los sistemas comerciales lo aburrían soberanamente y comenzaba a costarle manejar la situación.

Respondió, intentando cambiar de tema.

Salteador	¿Ya estoy en facturación, ¿cuándo vamos a festejar tu campeonato?
Lyn	Cuando quieras.
Salteador	Mañana a la mañana voy de compras con mi papá y mi mamá porque quieren que los acompañe a ver algo de ropa y además tal vez me compren algo de electrónica.
Lyn	La ventaja de ser hijo único
Salteador	Después del almuerzo te paso a buscar, calculá que a las tres de la tarde estoy en tu casa.
Lyn	Bueno, preparo la tabla de surf.

Daniel sonrió, le encantaba ver la delicada belleza de Lyn deslizándose entre las olas, ambos sabían disfrutar de la playa tanto durante el implacable sol de la tarde cuando aprovechaban para surfear, como al calor tibio del atardecer que se prestaba para largas caminatas en la costa, y en las discretas noches, cuando el cielo de Miami apagaba sus luces para abandonarlos recostados en la arena, junto al rumor del Atlántico Norte.

Era allí, en la playa, donde desde hacía ya más de un mes pasaban largas horas conociéndose, cambiando poco a poco de amigos a novios y de novios a amantes. Jamás se cansaban de hablar, de admirarse, y de compartir los sentimientos mutuos, describir sus deseos, sus proyectos, sus planes para el futuro.

Se entendían muy bien y compartían muchas ideas utópicas de felicidad, concebían la vida de manera muy parecida y discutían con atención interminables planteos casi filosóficos.

Hacía tres meses que se conocían y llevaban uno casi sin poder separarse, el primer encuentro había sido en la facultad, donde él con sus veintiún años de edad cursaba materias de los últimos y también de los primeros años, así la descubrió un día sentada en el banco de al lado, luego estudiando juntos en un bar, y luego en la playa, surfeando.

Tanto ella como él habían decidido hacer la carrera universitaria sin viajar lejos del hogar, no querían participar de la vida de la mayoría de los universitarios que deben encerrarse en claustros de estudio durante largos meses. Daniel lo había decidido quizás a partir de la influencia de su papá, quien era de nacionalidad uruguaya, había vivido su juventud en Argentina, y se había acostumbrado a un modo de vida algo diferente a lo habitual en los

Estados Unidos, modo de vida que en la mayoría de los casos se desarrollaba con grandes ventajas en el país del norte, pero a su padre le gustaba agregar a la residencia estadounidense un poco de condimento latino, de hecho vivían en Miami, una suerte de extensión por lo menos étnica de los países del sur, y así su padre le había enseñado a apreciar algunos "detalles" fundamentales en la vida, el apego a la familia, la no necesidad de seguir a los demás, y la apertura suficiente para poder ver los caminos alternativos.

Así Daniel ahora dividía el tiempo entre estudiar, trabajar, salir con Lyn, y profundizar sus conocimientos en sistemas, porque esencialmente Daniel era por sobre todo, un investigador natural, un ser inquieto por aprender, por descubrir, y por saciar sus curiosidades, las cuales, a veces lamentablemente, parecían inagotables.

Quizás era por eso que Daniel no tenía prácticamente amigos, salvo aquellos que había contactado a través de la computadora y con quienes podía compartir una relación sincera, aunque siempre faltara algo, ... el contacto personal, ese abrazo que te estruja las costillas, la palmada de aliento en la espalda, ...

Siguió hablando con Lyn tal vez una hora más, un poco de la facultad, un poco de su único cliente, un poco de ellos dos. Luego se despidió con la promesa de verla al día siguiente.

CAPITULO II

Carol se ajustó por enésima vez el celular a la cintura, esta vez prácticamente lo ató al cinturón para evitar que se cayera, era la segunda vez en el día que debía recogerlo del piso.

– ¿Lo ves? –preguntó Daniel, haciendo referencia a su padre. Adrián se había adelantado a ellos para ir a tomar un café en un bar ubicado sobre la avenida Ocean Drive, al mismo que siempre iba porque era el único que preparaba el capuchino como le gustaba a él. La idea era que se esperaban luego cruzando la calle, Adrián iba a estar sentado en la pequeña muralla que separa la avenida de la playa, allí en el distrito de Art Decó.

– No. ¿Salió con la remera roja o con la gris?

– La roja, creo.

Carol hurgó entre los rostros de la gente que estaba sentada en los bares, buscando la expresión siempre plácida de su marido, tal vez estuviera leyendo algún diario de Argentina o Uruguay, le costaba alejarse de la vida política de los países rioplatenses.

El sol le daba de lleno sobre los ojos, de manera que utilizó la mano como visera para ver con mayor detenimiento, a pesar de que aun estaban a cincuenta metros del lugar de reunión, casi podía asegurar que su marido no estaba allí ni tampoco en el bar habitual, el término “casi” era obligatorio a esa hora del día, en la calle más transitada de todo Miami, la gente iba y venía, paseando de la mano, o rodando en patines, a distintas velocidades y frecuencias audibles, acompañados de perros, suegras, hijos, sombreros, etc. Todo aquello que en ese momento se empecinaba en dificultarle la visión.

En los bares la gente tomaba café, algunos lo acompañaban con tocino, queso, algún omelette, jugos de fruta, y diarios, diarios de todos los tamaños tapándoles el rostro, diarios grandes, chicos, a color, desteñidos, etc. Algunos rostros eran afables, cordiales, distendidos, otros eran cítricos, oscuros, secos. Le llamó la atención en particular una pareja que había salido vestida como para una fiesta, ella con un vestido turquesa, él bien bronceado a lámpara con un esmoquin, en realidad lo más probable era que volvieran de alguna y que aun no se hubieran acostado. En Miami la vida nocturna era realmente admirable, muchas reuniones, mucho movimiento para gente que gusta de caminar en la oscuridad y enceguecerse luego con luces festivas, tragos y tal vez algo de

droga, polvos blancos, de alto o bajo porcentaje de heroína, de diversas capacidades de daño al cerebro, y de distinta peligrosidad en cuanto a la forma de afectar la conducta, en Miami había variedad, se veía gente de distintas razas y nacionalidades, como aquel distinguido caballero con aspecto de inglés acérrimo y recalcitrante, tal vez un ex profesor de literatura que utilizaba sus últimos días para descansar en la soleada y paradisíaca península de Florida, mientras se lamentaba de haber pasado sus días de juventud sin placer y enfrascado en su estúpida literatura inglesa; o como aquel joven seguramente chino que extrañamente llevaba puesto un saco sport bonito pero demasiado suelto, algo asombroso considerando el calor que hacía y la transpiración que bañaba su rostro, el chino creía leer un diario pero llevaba demasiado tiempo con los ojos puestos en nada, aunque simulara leer. Tal vez estaba atraído por alguna de las chicas o chicos que no dejaban de patinar entre las mesas, algunos porque era su trabajo y servían a los clientes, otros porque simplemente querían pasar por allí.

Un señor mayor de sombrero lo suficientemente ancho como para protegerlo del sol no solo a él sino a la jovencísima niña que se aferraba a su brazo se levantó de la mesa, dejando un lugar vacío, otra pareja, estos eran unos latinos, probablemente de Puerto Rico o de Cuba, a ellos era más difícil identificarlos por país, se abalanzó sobre el lugar disponible aun antes que el señor del sombrero hubiera terminado de pagar.

Una camarera de raza negra limpió la mesa con bastante urgencia y descuido, olvidando algunas migas que luego molestarían a los nuevos clientes y que seguramente le reclamarían volver a limpiar, un perro ladraba en una esquina mientras su dueña miraba con atención la vidriera de una tienda de ropa para gente mucho más joven que ella, probablemente pensando cómo le hubiera quedado aquel vestido en su juventud, y como cada vez los vestidos eran más caros pero llevaban menos tela, *“Es que estamos en Miami señora, la capital del culo, ahora córrase a un lado y haga callar a ese perro”*.

Una niña española pasó gritando junto al oído de Carol y por un instante pudo tapar el ladrido del viejo pastor inglés de la señora gorda, la madre de la españolita le dio un sacudón y avanzaron más rápido, ya llegaba casi a la altura de la entrada del bar donde supuestamente Adrián tomaría el café pero avanzando por la calle del lado de la playa, es decir en la vereda de enfrente y obstaculizada por una fila casi interminable de autos modelos super export, lo más *cool* de la moda vehicular, en su mayoría finísimos cabriolets conducidos por los más sofisticados energúmenos. Algunas bocinas, muchos sonidos de voces, el noventa por ciento era español, y lo que se escuchaba en inglés era de turistas, americanos o no pero nunca nativos de Miami.

En medio de la difícil búsqueda del rostro distendido de su marido, debió por segunda vez en cinco metros esquivar a un chico en patineta que circulaba por la vereda a una irresponsable velocidad, sobre todo tratándose de una zona de tanta densidad humana y cuyos transeúntes, o al menos muchos de ellos eran gente de edad elevada como para soportar un choque de esas características.

– Allá está –señaló Daniel.

Ella se volvió y se encontró con el simpático y esperado rostro de su marido, algo que siempre la llenaba de paz y aplacaba sus ratos de fastidio.

Entonces Adrián, que se había puesto la remera gris y no la roja, y que salía de dentro del bar pues probablemente había tenido que ir al baño, giró y cayó desplomado sobre una mesa, dos vasos de coca cola saltaron por el aire para estallar contra las baldosas rosadas, la mujer mayor que estaba sentada a la mesa dio un grito de sorpresa levantándose del asiento con un dinamismo que nadie hubiera apostado que tenía.

Carol arqueó la boca hacia abajo con un gesto que denotaba tensión, no sorpresa sino una vaga sensación de *deja vu*, como las visiones de los ex combatientes donde imágenes de la guerra relampaguean entre las oscuras nubes de su mente. Nubes que jamás se alejarán, se instalaron un día de lluvia torrencial, cuando un compañero perdió la pierna cercenada por las esquirlas de una granada.

¡Le dispararon! –dijo una voz en su interior, de un salto voló por encima del capot del auto detenido frente a ella, esquivó hábilmente a la camioneta cuatro por cuatro que avanzó sin verla, mientras se daba cuenta de que su hijo la seguía a la izquierda y que la camioneta había frenado bruscamente a un centímetro de sus piernas, dejó atrás chirridos, bocinas e insultos, se abrió paso entre la gente, ahora todos miraban a Adrián, la moza negra, la pareja de la fiesta, el chino que estaba de pie, los latinos cubanos de la mesa con migas ...

Estaba tendido en el piso, en la caída se había golpeado la cabeza con una de las sillas desocupadas en una mesa donde había una joven mujer sentada, muy bonita con un escote demasiado provocativo. Tenía los ojos abiertos, mortalmente abiertos.

Carol sujetó la cabeza de Adrián con desesperación

– ¡Un médico! –aulló.

Escucho a Daniel gritar a su lado, preocupado ...

En la remera gris no había rastros de sangre, ... no había sangre. No hubo ruido de disparo y sin embargo ella había percibido el impacto claramente. El sacudón del cuerpo, el despegar de los pies del suelo, fue un golpe invisible, un proyectil tenía que haberlo alcanzado en algún lado, presionó los dedos índice

y medio contra el cuello de su marido que estaba inmóvil, pálido, ... y muerto.

Buscó angustiada algún signo vital, en el cuello, en el pulso, en el aliento.

Se abalanzó sobre su boca para hacerle respiración artificial, todos miraban, la moza negra, los latinos, la pareja, la mujer gorda del perro, la niña española. Daniel estaba arrodillado a su lado sin saber qué hacer, sin entender.

Sin entender... entender ... para eso había sido entrenada, para entender el peligro, ... para reaccionar, ... para saber la verdad en una mirada, en un golpe de vista, para agudizar una intuición sustentada por causas.

Causas ... hechos ...

¿Dónde estaba el chino?

El del saco demasiado grande y caluroso, el que simulaba leer mientras esperaba que su marido saliera del bar para dispararle con el arma que llevaba oculta debajo del brazo izquierdo.

El chino de ojos duros y criminales que no encajaba en la escena, ... debió haberlo sabido antes ... pues no encajaba en la escena.

¿Disparar? ¿Con qué le habían disparado ...? Según la ubicación en la calle, el chino tapado con el diario oriental, el golpe en el pecho de su marido era directo, el proyectil había recorrido dos metros o más sin ninguna obstrucción.

Volvió a tomarle el pulso ... estaba muerto ... Muerto.

Carol conocía la muerte, podía verla en los ojos vidriosos de Adrián y en su expresión de sorpresa. ¿Con qué te sorprendieron Adrián? ¿Veneno? ¿Por donde entró el proyectil? Golpeó con fuerza el pecho de su marido intentando lo que sabía imposible. Dos, tres veces, ... el chino se escapaba. Tomó a Daniel del hombro y lo colocó en el lugar que ella ocupaba mientras se incorporaba, sobre el cuerpo de Adrián, Daniel comenzó el proceso de resucitación que su madre le había enseñado desde muy pequeño, respiración y masajes cardíacos. Aunque Carol sabía que nada se podía hacer, ya de pie buscó con furia en su mente el lugar por donde se había ido el chino. Como una cámara que rebobina, lo vio irse hacia el lugar por donde ellos habían venido, en sentido contrario a la señora del perro, con su saco largo y suelto. Pero ya no estaba.

Se apartó de las mesas con una marcha febril, hasta que pudo correr con toda la velocidad que su cuerpo de atleta le permitía, con zancadas largas y las rodillas bien elevadas, apartando a la gente con antebrazos y codos, haciendo rodar violentamente a dos adolescentes en skate. Sabía que el chino no podía correr para no despertar sospechas, y que había doblado en la primera esquina para evitar ser visto cuando subiera al auto que lo estaba esperando, sabía que dicho auto estaría estacionado pero no podía ser en la calle donde ahora estaba el asesino porque allí no podía estacionar y que tampoco podrían haberlo recogido

todavía porque el auto estaba seguramente detenido en algunas de las perpendiculares a Ocean Drive, no podían ser las paralelas porque eran avenidas, las streets eran el único lugar donde el auto podía detenerse sin llamar la atención y esperar. Podía imaginarlo hablando por su celular y avisando que el trabajo estaba hecho. El chino tenía una cuadra y media de ventaja, pero no sabía que lo seguían, al menos hasta que ella doblara la esquina y se ubicara a cien metros de él. Aun así no iba a correr, caminaría rápido pero no iba a correr.

¡ Mataron a mi marido !

¡ ADRIAN ! –gritó en silencio, mientras se le humedecía la vista.

En la esquina giró con la velocidad de una pantera, y como la de una pantera hirvió su mirada cuando divisó a su víctima más lejos de lo que esperaba, pero aun vulnerable.

Entonces deseó tener un arma a mano, descolgarla de la cintura y dispararle justo en las rodillas para hacerlo hablar, deseó tener los elementos para volver a realizar lo que el destino le imponía en ese momento, la cacería.

Sabía que con un arma le podría volar la cabeza, aun a esa distancia, aun a esa velocidad, aun sin parar ni un segundo para calibrar el tiro.

También sabía que si lo alcanzaba podría arrancarle el corazón con los dientes, pero debía dominar el impulso, lo necesitaba vivo aunque fuera unos segundos, solo para que explicara por qué a su marido, ¿por qué a él?

¿Quién querría matar a un simple auditor de sistemas?

¿Qué sistemas estaba auditando?

¿Qué descubrió?

¿A qué intereses molestó con su cara amable, su buen humor y su incesante paciencia?

Los pies ya casi no tocaban el piso, el celular le golpeteaba contra la cadera, no había gente en el camino y la carrera era limpia y abierta, como una flecha debe llegar a su blanco, silenciosa, veloz y mortal.

Estaba cerca.

El asesino continuaba la marcha hacia la avenida Washington, aunque nunca llegaría a ella, un auto que venía por Collins dobló hacia él, frenó y le abrió la puerta. El oriental subió al asiento del acompañante, entonces la vieron.

Estaba a veinte metros, en Collins el tránsito estaba detenido por el semáforo, Carol cruzaba con una expresión colérica, incontenible. Avanzaba con la fuerza de un rayo, así se la veía, cortando el viento denso y caliente de Miami, con sus cabellos castaños sueltos flameando y la mirada audaz, calculada, de quien sabe qué tiene que hacer.

La mujer china que manejaba el auto pisó el acelerador violentamente, intentando llegar a Washington para perderse en medio de la avenida, Carol

sorteó su último obstáculo, un Mercedes que frenó tocando bocina con la cabeza de su chofer fuera de la ventanilla y profiriendo insultos, con una veloz y hábil maniobra pudo colocarse casi detrás del objetivo, memorizó la patente, modelo y marca en un segundo, había bastante tránsito frente al Toyota que manejaban, la mujer no pudo sortearlo, Carol se acercó a un metro del coche, ahora iban a velocidad casi pareja, la mujer china tocaba bocina en forma incesante, Carol alcanzó la ventana y con un preciso golpe de puño rompió el vidrio del chofer, la mujer fue alcanzada por los vidrios y viró el volante para no chocar, pisó el freno, se subió a la vereda y golpeó suavemente contra la pared de una casa, estallaron las ópticas derechas, la carrera del Toyota por la vereda los había alejado quince metros, Carol siguió corriendo en línea recta, al ras de la pared, del lado del acompañante el chino emergió por el espacio reducido que había entre la puerta y la casa de portón blanco, con una sonrisa llena de codicia, la misma codicia que le produce al cocainómano un gramo en sus encías, la misma que experimenta el corrupto cuando sospecha un buen negocio.

Eso mismo sospechó el chino, un buen negocio con Carol, obviamente no sabía de su entrenamiento militar, de sus días en el servicio, de su implacable efectividad.

La carrera de Carol terminó con un pie en el pecho del chino, que cayó metro y medio hacia atrás, sobre el piso de asfalto, rezando para que un auto no le rebanara la cabeza.

El tránsito se agolpó enloquecido, algunos autos subieron a la vereda, otros tocaban bocina y pasaban de largo, otros doblaron antes de llegar cuando vieron el tumulto.

La mujer oriental bajó del vehículo con la cabeza cubierta de sangre, no había armas en sus manos, no se la veía bien, intentó golpear a Carol con un golpe directo al rostro, subestimando totalmente su capacidad de réplica, probablemente no había percibido el espectacular *Sho Men Geri* que había recibido su socio, como fuera, Carol esquivó el intento, tomó a la mujer por la muñeca, se colocó a su espalda y con un golpe seco en el codo le quebró el brazo derecho, ocasionando una fractura expuesta que le salpicó el rostro de sangre; giró la cabeza para distinguir, en la esquina, la figura de Daniel que miraba la escena sin comprender, demasiado tarde ... demasiado tarde ...

Se volvió contra el chino que ahora se acercaba al baúl del Toyota, con el semblante frío de un criminal, probó con una patada *Uchi Uke* lateral, que dio de pleno en el rostro de Carol, esta retrocedió sorprendida por el impacto, se agachó y estiró violentamente la pierna derecha pateando al chino en el tobillo, el oriental rodó por el piso y se incorporó pisando con la otra pierna, luego saltó hacia ella con dos, tres, cuatro golpes que fueron detenidos con precisión por los

antebrazos de Carol, Daniel golpeó al Chino en la nuca, pero este lo apartó de su lado de un golpe seco en la mandíbula con el dorso de la mano, sin siquiera volverse un segundo a mirarlo, de todas formas se distrajo, Carol le aplicó una patada circular descendente en medio del rostro que le hizo sonar los huesos de la nariz, el hombre cayó hacia atrás, sobre el baúl del auto, entonces sonó la explosión, esta vez sí fue un disparo, la mujer china estaba dentro del vehículo con su mano sana empuñando una pistola Browning 9mm, la primera bala dio en el estómago de Carol, la segunda en el pecho cuando ya estaba cayendo, su rostro quedó a centímetros del de su hijo que trataba de incorporarse.

El asesino entró al auto otra vez por la puerta del acompañante, la mujer le apuntó a Daniel antes de arrancar pero el dolor en el otro brazo le impidió disparar con seguridad, la bala rozó la cabeza de Daniel quien apenas atinó a cubrirse, luego el Toyota arrancó dejando tirada en la calle a Carol agonizando y a Daniel desorbitado, tratando de armar escenas en su cabeza, escenas sin conexión que comían los cimientos de su vida.

Carol aprovechó lo que sabía serían sus últimas palabras, tomó la mano de Daniel con la derecha, mientras con la otra mano levantaba el celular que había quedado tendido junto a ella, marcó un número sin despegar la mirada de los ojos de su hijo, ¡cuánto le estaba fallando!, ¡cuánto le dolía morir ahora que él la necesitaba como nunca antes en su vida!. ¡Cómo le dolía morir, sin saber qué había pasado, sin saber si su hijo, al menos él estaría bien!.

Hizo callar a Daniel con un gesto, y con un esfuerzo sobrehumano pronunció sus últimas palabras.

– Maggie, soy Carol –una lágrima corrió por su mejilla– Te necesito.

Cuando Maggie llegó a la escena Daniel estaba sentado en el piso, llorando, con la cabeza de su madre muerta sobre sus piernas y el cuerpo de Adrián a doscientos metros de allí, camino a la morgue.

La policía estaba llegando y empezaba a cerrar el lugar, ella mostró sus credenciales, abrazó al chico por la espalda y se quedó a su lado, dispuesta a no abandonarlo.

CAPITULO III

Daniel se despertó al mediodía del día siguiente, nunca supo que Maggie le había dado una píldora para descansar, cuando se acostó estaba en medio de una crisis nerviosa, cuando se despertó se encontró sumido en la más honda depresión. Sentía la cabeza totalmente desorganizada, con los conceptos confundidos y erróneos de la realidad, recordó haberse sentido así en su infancia los días que le duró una fiebre de cuarenta y un grados que lo hizo delirar, tenía las manos húmedas y la garganta seca y cerrada, le raspaba algo al respirar y escuchaba los sonidos amortiguados por dos grandes almohadas, los pies le pesaban al caminar y los músculos, todos los músculos le dolían como si lo hubieran molido a golpes. No sabía lo que estaba pasando, su cerebro racional quería encontrar explicación a los hechos pero las evidencias no lo ayudaban, y el Daniel emocional estaba partido en mil pedazos, al punto de solo querer volver a dormir, y olvidarse de cualquier cosa que hubiera pasado.

Estaba en el living de una casa que no era la suya, con una mujer que no era su madre, aunque tenía casi la misma edad, o un poco más joven, tal vez rondaba los treinta y siete o treinta y ocho, se la veía dinámica y astuta como un viejo zorro.

Tal vez lo de zorro era por el cabello corto, rojo y cobrizo, era alta con el cuerpo bien formado, casi una atleta, como su madre. Sospechosamente como su madre. Estaba vestida ahora con calzas y una remera corta, todo de color negro, su tez era blanca, pálida y sus ojos duros pero vivaces, ¿cuál era la historia de la extraña relación con su madre?

– Debe haber un funeral ... –musitó Daniel apesadumbrado– ... o dos.

– Si. –respondió Maggie.

– Dormí mucho ¿no?

– Si, te hizo bien.

Daniel hundió la cabeza entre las manos, después echó una mirada alrededor y a sí mismo.

– ¿Mi ropa?

– Lavada, tenía sangre.

Maggie estaba sentada en una silla del otro lado de una mesa desprovista de papeles, las mesas se le ocurrían vacías sin papeles porque siempre había libros y apuntes en las de su casa, la mujer estaba acomodada como para

conversar con él, un largo rato. Lo estudiaba con sus ojos felinos, había algo sigiloso en ella que lo hizo desconfiar.

– Voy a buscar el auto para ir al funeral –se miró una vez más, estaba con un pijama corto que usaba solo en invierno y que seguramente Maggie había sacado de su casa, pero ¿Cuándo había estado Maggie en su casa?– ¿Me das algo de ropa, ... tenés?

– Tengo, pero no vamos a salir.

– ... OK. –sonrió desganado, estaba destruido, sin fuerzas para tomar ninguna iniciativa, el cansancio era físico y mental, y se sentía sin posibilidades de razonar con criterio, pero si había un funeral debía ir. Quería ir.– ¿Sos psiquiatra o algo así ?

Maggie lo negó con la cabeza aunque pareció divertida con la idea.

– ¿Por qué no vamos? –preguntó Daniel.

– Porque no te conviene, alguien asesinó a tus padres, no sabemos el motivo –se incorporó un poco hacia él– y en el caso de Adrián tampoco sabemos cómo, lo cual es más preocupante. Hasta develar algunos misterios, estás en un supuesto peligro del cual debo protegerte, así lo consideró Carol, y así lo considero yo.

Daniel se movió incómodo en la silla, comenzaba a salir del letargo que lo tenía preso, el piso de cerámica se pegaba a sus pies descalzos y transpirados, el aire acondicionado estaba prendido pero demasiado bajo, extendió un brazo con un movimiento lento, no se estaba desperezando sino reconociendo nuevamente las partes de su cuerpo, como un bebe recién nacido, como alguien a quien la muerte le realizó una corta visita, lo sedujo, y luego lo desechó por resultarle poco atractivo. Estaba vivo y sus padres muertos, sus padres no estarían sentados en una silla nunca más, nunca más sentirían calor ni frío, ni se frotarían los ojos con sueño.

– No se qué pasó.

– Yo tampoco.

– Voy a averiguarlo –mantuvo un gesto duro, debatiéndose entre la angustia y la furia.

– Esa es la idea –aseguró Maggie, se levantó de su asiento, buscó algo en un estante del living y volvió con el llavero con foto que había encontrado en el bolsillo del vaquero del muchacho.

– ¿Tu novia ?

Daniel asintió, recordando que había quedado en verla hacía ya veinticuatro horas y que debía estar preocupada. Tenía que contarle lo que había pasado, aunque primero debía saberlo él mismo.

– ¿Puedo pedirte un favor? –no sonó a favor, Maggie lo miraba de

manera tal que ni siquiera era una sugerencia, era una orden– No la llames, hasta que sepamos qué pasa. Es por su bien –explicó.

Daniel sintió una alarma en el cerebro, no ella, ... no tenía nada que ver, era otra historia, una parte inconexa con la muerte.

– ¿Puede estar en peligro? ¿Ella?

– No sé, pero no nos arriesguemos a exponerla.

– Maggie –Daniel la miró fijo a los ojos, sintiendo que alguien destruía el índice del libro donde estaba escrita su vida, mezclaba las hojas, y las echaba a volar – Quiero saber qué pasa.

– Bien, eso es bueno, date una ducha, te espero acá y charlamos.

– No, la ducha puede esperar, estoy bien.

– ¿Con las neuronas atentas?

Daniel asintió. No sabía quién era esa mujer, pero algo era cierto, si su madre había confiado en ella en un momento así, debía darle una chance. La había llamado con su último aliento en el último momento de su vida, y era para que lo ayudara a él. Carol la había elegido para eso, por algo era y esa decisión debía ser respetada, al menos en principio.

– Bueno, tratemos de encontrar la verdad. ¿cuál es tu versión? ¿qué pasó ayer?.

Ayer, se arruinó mi vida mujer. ¿qué clase de pregunta es esa? ¿no estuviste ahí? ¿no me viste llorando hasta dejar mi cuerpo seco? ¿no corriste acaso el cierre de la bolsa negra donde cargaron a mi madre?

– No, no sé qué pasó ayer, pero tengo otra pregunta –la miró realmente intrigado, como queriendo escudriñar tan profundo en su interior como para rasgarle la piel a su alma– ¿Quién sos?

– Maggie Baxter, serví junto a tu madre –dijo ella con voz grave vestida de solemnidad.

Daniel entornó los ojos y se apartó el cabello de la cara estirándolo con las dos manos hasta la nuca.

– Serviste ... ¿donde? No ... no entiendo.

– USSS –exhaló– Dios, si tu madre no te contó esto yo no debería hacerlo – musitó para sí– Servicio Secreto de los Estados Unidos.

– OK –Daniel sonrió nervioso– Mi mamá era del Servicio secreto.

– Si, hace muchos años, hasta que vos naciste. O digamos hasta que te concibieron.

El primer impulso fue negar con la cabeza, que te hablen de un ser querido, alguien que te acompañó durante toda tu vida, te mimó, te besó, te protegió, te dio y conservó tu vida, ... y que te digan algo que no encaja, que no es real. Algo que ni siquiera imaginaste. No es admisible, menos aun si tu ser

querido está muerto, la muerte es algo muy serio, idealiza a las personas pues ya no existen más, y solo queda el recuerdo de lo que fue, la huella de sus actos en el camino de la vida. Con lo sagrado no se juega mujer zorra.

El segundo fue asentir internamente sin exteriorizar su reflexión, Adrián le había inculcado ser abierto a las posibilidades, lo había adiestrado en el uso del pensamiento lateral, la virtud de moverse fuera del tablero para pensar mejor, abstraerse del problema y enfocarlo desde todos los ángulos, le pareció sentir entonces la presencia de Adrián, no en el exterior, no como un fantasma penando, sino dentro de su cabeza, incitándolo a pensar, algunas cosas podían tener cierta lógica después de todo, ¿pero cuánto había de verdad en las palabras de Maggie? ¿y cuánto había de verdad en su actuación maternal? ¿cuál era el motivo de tan groseras mentiras?. Que su madre fuera alguna vez agente del servicio secreto tenía lógica por la forma en la que peleó con los dos asesinos, pero no tenía lógica en el resto de su vida. No armonizaba con la madre que era, ... que había sido, las agentes secreto no preparaban el café con leche a la mañana, no vivían años en países subdesarrollados, no acariciaban el rostro de su hijo cada vez que éste pasaba por al lado, no tendían la cama, no tenían amigas gordas y sesentonas, no limpiaban con plumero y un trapo cubriendo la cabeza, no se mostraban colgadas del cuello de su marido. Además era del USSS cuando tenía ... veinticinco años. Imposible.

– No puedo creer eso.

– Vas a tener que creerlo porque es la verdad, y eso es lo que buscamos. –se puso de pie otra vez y camino por el living, al hacerlo los pies se deslizaban con la elegancia de una modelo ¿por qué estás tan pálida mujer zorra? ¿por qué el impiadoso sol de Miami no pudo dorar tu piel?– hay muchos datos, el andar por ejemplo, tu madre tenía un andar felino, nadie la escuchaba andar, nunca.

Andar felino, ... con la elegancia de una modelo bajando las escaleras en un concurso de belleza ¿verdad?

Daniel se tomó un tiempo para reaccionar, tratando de imaginar a su madre y de asociarla con aquella incompatible idea, era sigilosa si, mucha gente es sigilosa, pero eso era por los calzados que usaba, rara vez usaba suecos porque era alta y le gustaban los zapatos con suela de goma. A veces parecía flotar por la casa, Adrián se sobresaltaba cuando ella aparecía de la nada ... y reía. Siempre reía. Las espías no eran tan felices como su madre.

– Eso es verdad –asintió luego.

– Otra –señaló Maggie– cuerpo de atleta, destreza inigualable, fuerza y habilidad para tareas masculinas.

Tenía las manos fuertes, no eran las manos de un trabajador de la construcción pero tampoco eran las delgadas y frágiles manos que Lyn podría

tener a la edad de su madre. Pero los esfuerzos de ella no tenían que ver tanto con lo físico, siempre decía que la voluntad mueve los objetos, el cuerpo solo acompaña, solo sigue a la mente, una mente convencida de lo que va a hacer, una mente que visualiza el resultado de una acción como un hecho real y concreto.

– Si, pero mi padre no la dejaba hacer – asintió una vez más, con la mirada perdida en sus manos.

– Me imagino –los ojos de Maggie se desviaron hacia la izquierda, como cuando alguien intenta recordar algo, el joven observó el gesto con mucha atención.

– ¿Lo conociste?

– ¿A quien?

– A papá.

– Si, lo conocí, era un gran tipo.

– Si –Daniel se perdió en sus pensamientos, ahora con los ojos apuntando a un adorno en la pared que enfocaba sin mirar. La vida se le hacía injusta, por él que estaba solo, por sus padres que eran felices juntos y ahora ...– ¿Donde está mi familia, Maggie? ... –golpeó con el puño la mesa pero se contuvo, no quería explotar, no allí, no ahora.

– Memoria absoluta –continuó Maggie, intentando no escuchar el quejido de Daniel que rozaba el llanto, simulando no ver su caída por el barranco, si llegaba al fondo jamás iba a volver, caer lo postraría en una silla de ruedas emocional por el resto de su vida– una asombrosa capacidad de recordar cosas, hechos, gestos –respiró– tu madre podía recordar cosas haciendo viajar la mente hacia atrás, se concentraba y daba en el blanco. Porque así fue entrenada, era capaz de sacar las más detalladas conclusiones sobre la gente que la rodeaba sin conocerla y rara vez se equivocaba ¿es verdad?

– Si –replicó Daniel ya sin salir de su asombro y tratando de hilar los pensamientos que Maggie sugería con escenas de sus recuerdos.

– ¡Claro que si! –dijo ella entusiasmada– ¡Era muy buena en aquella época! Tenía una puntería extraordinaria. ¿La viste disparar alguna vez?

En el campo, tiro al blanco con latas de conservas, ... un rifle de aire comprimido, ... siempre en el blanco desde la máxima distancia, ... el tenía ... ¿seis años?. El dueño de la estancia era un cliente de Adrián.

A los diez años en una feria, un parque con puestos de tiros, donde la punta del rifle esta curva y la mira desviada, había un flipper en miniatura como premio.

– Si, en un parque de diversiones.

– ¿Se llevó el premio mayor?

– Si.

– Fue para vos, ¿verdad?

– Si.

– Era valiente, ¿la viste alguna vez en acción?

– ¿Además de ayer?

– En alguna otra ocasión, debe haber algo que recuerdes.

Daniel entrecerró los ojos.

– Si, una vez entró a casa un perro, no era nuestra casa, era una casa de campo que después vendimos, nadie supo cómo entró el animal porque había una cerca alta, un alambrado –hizo una pausa mientras dibujaba una sonrisa– El perro parecía bastante malo, así que lo tomó del cuello y de la cola y lo arrojó por encima de la pared hacia la calle.

El perro había querido morderla, hacía calor esa tarde, papá estaba preocupado pero la miraba a considerable distancia, ... ella sabía lo que hacía. ¿comía un helado mientras miraba desde atrás del auto? ... ¿cuándo fue que ella había subido hasta la copa del pino? ¿fue ese mismo fin de semana?

– Ves, esa era Karmen, la agente especial del USSS.

– ¿Karmen?

– Si, pero ya dije demasiado .

– No, todavía no. –afirmó él– Todavía no empezamos, que hay de él, ¿también era agente?

– ¿Adrián? –exclamó extrañada– No, él era un pedazo de pan. No podría haber sido agente jamás.

– ¿Que pasó Maggie? ¿Por qué los mataron? ¿Por algo del pasado?

Maggie volvió a sentarse y meditó un momento

– Lo dudo, te diría que no, que yo supiera tu madre no tenía enemigos del pasado.

– ¿Y él?

– ¿Adrián enemigos? ¿Suena loco, no? ¿Te imaginas a tu papá con enemigos que quisieran matarlo?

– No, pero no sé que pasó. ¿Alguien lo mató verdad?

– Si.

– ¿Y si mi madre tomó un último trabajo para USSS?

– Definitivamente no.

Daniel pensó un momento.

– ¿Si investigaba algo por su cuenta?

Maggie se lo quedó mirando un instante, luego respondió.

– No cierra, en realidad asesinaron a tu papá primero ¿no?

– Si.

– Ok, vamos entonces a tu versión, quiero saber qué viste.

– ¿Que vi? –se frotó la sien– A papá saliendo de un bar que de repente se cae al suelo y se golpea con una silla, mamá que cruza corriendo a toda velocidad, llega, le hace respiración artificial. Pero está muerto... –se detuvo un segundo para controlar la voz que se afinaba a medida que el llanto trataba de emerger, abrió la boca y resopló– después salió corriendo. Yo traté de revivirlo, no sabía qué hacer, vi a mamá corriendo y desparramando gente a su paso, así que la seguí, no sabía que pasaba, creo que fue instintivo, pero estaba perdido, totalmente. –negó con la cabeza– Pensé que a ella le había agarrado un ataque de pánico o de locura y salía corriendo, y que él tenía un paro cardíaco fatal. Y ya nada se podía hacer. Grité mil veces pidiendo un médico, cuando me levanté para ver a mamá un tipo se presentó como médico, y me corrió para revivirlo él. Comenzó con los mismos masajes que yo había hecho, entonces corrí a ver que le pasaba a mamá, no sabía adonde había ido, nada, así que corrí hasta que la encontré.

– Bien, vamos por partes –lo tranquilizó Maggie– ustedes están en frente del bar, tu papá sale, vos lo ves, ¿que pasa?

– Se cae.

– ¿Cómo?, ¿cómo cae, Daniel?

– Para atrás.

– ¿De vuelta para adentro del bar?

– No, había salido un poco más, ya había pasado una mesa de las que están en la vereda y cae cerca de ella.

– ¿Había gente al lado de él?

– Estaba lleno de gente.

– Pero adelante no, por eso lo veías.

– Eso creo.

– ¿Había una mesa delante de él?

– No sé –hizo un esfuerzo– no me acuerdo.

– ¿Cuántas mesas podían haber adelante, una, dos?

– Si, dos como mucho.

– ¿Recordás si el tipo que peleaba con tu mamá estaba sentado allí?

Negó con la cabeza.

– Recuerdo que cuando mi papá salió del bar un diario no me dejaba verlo bien.

– O sea que había alguien adelante, sentado con un diario, y tu papá se cae de frente a esta persona que esta sentada.

– Es muy probable.

– ¿Y cae para atrás, como si lo hubieran empujado o como si se hubiera desmayado?

- Como si lo hubieran empujado, creo.
- ¿Cayó con violencia?
- Si. –meditó– Realmente no pareció un desmayo.
- ¿No se agarró el pecho antes de caer?, ¿no se frotó el brazo izquierdo? ¿no tenía el brazo izquierdo pegado al cuerpo?
- Bueno, no lo tenía especialmente pegado al cuerpo, estaba normal, con buen semblante y nos buscaba con su típica mirada distraída.
- Salió buscándolos a ustedes.
- Si.
- No vio al tipo que tenía adelante.
- No creo.

Maggie volvió sus ojos al techo, pensativa, luego se dirigió a Daniel. Lo encontró con la mirada triste y apagada, pero pensando, con la mente activa, eso era bueno para ella. No debía dejarlo caer.

– Bueno, preguntaste por el entierro de tus padres, la verdad es que todavía no hubo ceremonia, Betty, la hermana de tu papá está arreglando esos asuntos, se vino de New York en cuanto se enteró, ella me conoce y sabe que estás conmigo. Los cuerpos están en la morgue policial, hablé con la forense hace una hora más o menos, dice que lo de Adrián fue un paro cardíaco sin lugar a dudas. Le encomendé especialmente buscar rastros de veneno, sobre todo los de alta peligrosidad, venenos de ofidio, insectos y de aquellos que afectan directamente al corazón como el cianuro, no encontró rastros de ninguno de ellos ni tampoco un orificio de entrada de ningún proyectil por mínimo que sea para inyectarle el veneno. No encontró ni siquiera el agujero que podría haber hecho la aguja más pequeña. Lo de Carol fue más preciso, dos balas, una en el estómago otra casi en el corazón, no saben como pudo hablar antes de que se le llenaran de sangre las vías respiratorias, esos segundos que permaneció con vida después de hablar por teléfono fueron debido a su testarudez, en realidad debió haber muerto apenas tocó el suelo. El asesino fue muy certero con el disparo, y la distancia del tiro fue muy corta. –hizo una pausa para ver como Daniel estaba tomando lo que le decía, le pareció que todo estaba medianamente bien y prosiguió, el chico era bastante fuerte y se lo veía entero, mejor para él por lo que se venía ahora y mejor para ella porque aliviaría su carga.– Si querés mi opinión, fueron profesionales, importados no se de dónde, ya mandé a vigilar todas las salidas de la ciudad pero me temo que no fue suficientemente rápido, nunca lo es. El auto todavía no apareció pero vamos a encontrarlo, seguramente es robado y no nos va a conducir a ninguna pista firme. Hay identikits de los asesinos, sobre todo de él, porque de ella no se pudo ver el rostro ya que estaba ensangrentada. Se sabe que son orientales, que ella tiene el brazo quebrado con

una fractura expuesta y la cara cortada por un vidrio, de todas formas si salieron de Miami lo hicieron en un avión privado, nadie pudo verlos ni revisarlos, además gente como esa es capaz de andar con un brazo quebrado como puede andarse con una astilla en el dedo de una mano, nadie lo notaría, yo misma puedo soportar el dolor a límites admirables como también lo hacía Carol. Eso sin tener en cuenta los calmantes que pueden eliminar absolutamente todo dolor, físico y hasta psíquico, y hacer que caminen como gente normal aunque se estén muriendo.

– ¿Decís que seguro ya se fueron del país?

– Si son profesionales como yo creo que son, seguro que se fueron, de todas formas ellos no nos ayudan a responder el quién, ¿quién quería muerto a tu padre? ¿quién lo mandó a matar?. No lo sabemos. Tampoco sabemos cómo, lo cual ya te dije es muy alarmante, ni sabemos el por qué. El tema es que para la policía si bien es extraño el hecho, la muerte de tu padre es por causas naturales y la de tu madre hay que investigarla. Una mujer enloquecida persigue a un matrimonio extranjero, los agrede rompiendo el vidrio del auto y cortando a la mujer, ¿cuál es su motivo? Cree que mataron a su marido, pero el marido murió naturalmente, lo cual convierte a tu madre en una agresora sin motivo aparente, en una irracional. El matrimonio se ve agredido violentamente por tu madre y responde a la agresión. Estaban armados y dada la característica de la técnica de pelea de tu madre es entendible que le dispares, en definitiva ella estaba intentando hacerlos chocar y los había herido. El matrimonio oriental se asusta y desaparece. La policía va a buscarlos para aclarar los tantos, pero jamás los va a encontrar. Caso cerrado.

– ¿Como caso cerrado?

– No van a cerrarlo ahora, pero no va a tener solución. Los asesinos ya no están aquí, Daniel. Volaron.

Un avión, una mujer china con el cabello recién lavado, ... su compañero con saco azul y un arma bajo la axila, recordando el asesinato como quien recuerda la comida del mediodía.

Después de un minuto en silencio Daniel se levantó de la silla

– ¿Tenés una hoja y un lápiz?

– Si allá –indicó Maggie con un gesto.

Daniel tomó el papel y anotó prolijamente:

– Definamos qué tenemos, mi mente no está muy clara todavía.

1) A mi padre lo asesinan pero no sabemos cómo.

2) Mi madre se da cuenta de esto y persigue a los asesinos.

3) Matan a mi madre cuando se ven agredidos y casi me matan a mi.

4) Nadie va a ayudarnos a hacer justicia.

Maggie notó el “ayudarnos” en la hoja de Daniel y sintió que el chico la necesitaba con él en esto, también supo entonces que Daniel buscaba justicia y que si tenía solo la mitad de la valentía y tozudez de su madre iba a ser difícil pararlo hasta su propia muerte. Y ella no podía permitir la muerte del hijo de Carol. Jamás lo permitiría. Así como la habían entrenado, Maggie sabía que era lo que Daniel le iba a decir, mucho antes de que lo dijera.

– Esto no va a quedar así, Maggie. Te lo puedo asegurar.

– Ya lo sé. –dijo ella.

– Lo digo en serio.

– Ya lo sé. –de pronto reconoció a Carol en el tono de voz de su hijo, y en los puños apretados, casi cortando la circulación.

Daniel pensó que el departamento de Maggie mantenía una extraña ausencia de sonido, no había bocinas de auto o por lo menos no se escuchaban desde allí, tampoco había conversaciones de vecinos que se introdujeran por las ventanas o por las rejillas y los ductos de ventilación. El techo le pareció demasiado bajo y le daba una sensación de encierro, además estaba muy cargado de muebles para lo que era el estilo tradicional de Miami.

Se quedaron otro rato en silencio. Luego Maggie se levantó a preparar algo de comer mientras Daniel dibujaba garabatos en la hoja, después de almorzar en silencio, el chico tomó un buen vaso de Coca Cola. Tosió antes de hablar.

– ¿Cómo es que te conoce mi tía? Betty. Perdoname la lentitud, es que las preguntas me surgen de a una y mi cabeza todavía no puede procesarlas correctamente, así que las expulsa cuando puede.

– Si, en realidad yo era amiga de ella, a través de ella conocí a tu papá, a través de mí tu mamá conoció a Adrián. Todo es un círculo. –señaló dibujando una circunferencia en el aire con su índice.

– A mamá la conociste en la USSS.

– Si.

– Y eso de que mamá conoció a mi padre en la universidad donde él daba clases y ella fue a cursar algunas materias y después abandonó, pero se lo encontró al él en un bar y se pusieron a charlar y ... –se frotó los ojos como queriendo despertar de un sueño– ¿era todo mentira?

– Bueno, no todo. –Maggie se sintió incómoda– De verdad Adrián daba clases de informática en la facultad. Siempre mantuvo su veta docente.

– No entiendo por qué no me dijeron la verdad.

– No creo que haya sido una decisión fácil para ellos no contarte, ser agente secreto es complicado.

– Pero me dijiste que ya no era.

– No, dejó cuando se fue a vivir con tu padre. El no quería esa vida para ella y para su hijo.

– Eso esta bien, pero hay otras cosas raras en todo esto– apartó el plato hacia el centro de la mesa– ¿cómo siendo tan amigas ustedes, yo no te conozco? ¿Porque no te presentaron como una amiga diciendo que eras docente de escuela para blanquear esa amistad?

– Daniel –Maggie lo miró profundamente, dudando en el momento de expresarse– Cuando tu madre me llamó, hacía veinte años que no escuchaba su voz.

Daniel se quedó mudo un instante, elaborando con recelo la idea en la cabeza. Otra idea más que no terminaba de cerrar.

Los dedos rojos de su madre iban manchando los números blancos del teléfono celular a medida los apretaba... el esfuerzo era físico para mantener el movimiento, ... no trataba de pensar, ... tenía la mente muy clara.

– A ver –comenzó con tono sarcástico– quiere decir mamá antes de morir llama por teléfono a una persona a quien no ve desde hace veinte años para encargarle mi cuidado. ¡Y lo que es más increíble! ¡Tiene el teléfono! ¡Y peor todavía! ¡Lo recuerda de memoria!. –estaba enojado– Lo siento no voy a creer eso –afirmó.

– Una lástima porque es la verdad. –insistió– razonalo de esta manera, tu mamá era ex agente del USSS, me investigó, averiguó mi teléfono y lo actualizó periódicamente porque sabía que podía contar conmigo para alguna situación como esta.

– Y vos aparecés de inmediato, como un relámpago, después de veinte años cuando ni siquiera deberías recordar su nombre.

– Algunos nombres no se olvidan nunca, Daniel –lo trataba con mucho cuidado, como si fuera un pan de tritol a punto de estallar.

– Es una locura –objetó él, pero tratando de creer– ¿Entonces ella esperaba o sospechaba una situación como esta?

– No, pero era ex agente, llevaba incorporado un sentido de la alerta tal como lo llevo yo, es algo que jamás se pierde. No podía no contar con un apoyo, y ella sabía que podía confiar en mí. Aun después de veinte años. Ella me salvó la vida una vez. Además tenía una memoria especialmente entrenada para recordar números, direcciones, matrículas. Estaba entrenada para no obviar ningún detalle. Yo fui siempre su apoyo, aun sin saberlo.

– Entonces fueron grandes amigas.

– Si.

– ¿Y por qué dejaron de verse?.

- Por diferencias, es una historia muy vieja que no viene al caso.
- Las historias viejas hoy vienen al caso, hoy todo viene al caso –dijo

Daniel con decisión.

- Todas menos ésta, de verdad. –suplicó Maggie.

Daniel se apartó de la mesa y se la quedó mirando, con las manos en la cintura y el pantalón pijama corto que dejaba ver el cuerpo juvenil bastante bien formado, el pelo castaño oscuro le caía sobre el rostro, casi tapándole los ojos, a pesar de que no era su mejor día, Daniel era un chico atractivo, con rasgos de la belleza enérgica de Carol. Y se quedó pensando, decidiendo cómo confiar, y cómo unir las partes del gran rompecabezas de su mente.

- Bueno –dijo al fin– ¿Que vamos a hacer?

- Vamos a investigar –añadió ella.

- ¿Por donde empezamos?

– Empezá por vestirme –fue hasta una habitación del amplio departamento y volvió con un vaquero y una remera rosa pálido que Daniel ya casi no usaba– volvemos a tu casa.

CAPITULO IV

El BMW de Maggie avanzó decidido por la avenida Collins, Daniel Páez viajaba en el asiento al lado de ella, con la mirada confundida entre los peatones, como buscando algo, aunque más en su interior que en lo que la gente que caminaba por la beach podía inspirarle, buscaba una respuesta para mil preguntas, mil preguntas que podían resumirse en una sola o podían explotar en millones más.

Entre la gente, rostros que podían ser de sus padres caminaban displicentes, ocupados en sus trivialidades diarias, sin pensar ni intuir que en cualquier instante la vida podía acabar, sus seres más queridos podían desaparecer, y la estructura que soportaba su vida podía derrumbarse, nadie tenía esa conciencia, nadie podía sospecharlo.

En la mente, mientras desfilaban por delante de sus ojos gestos y semblantes adustos y enjutos algunos, plácidos y distendidos otros, cientos de escenas del pasado parecían bombardearle los sentidos, haciéndole revivir imágenes ya vistas, sonidos ya escuchados, ... recuerdos de su vida como fragmentos de una videoteca que un coleccionista desquiciado hubiera compilado para su diversión. Así en un fragmento podía ver a su madre preparando el desayuno, o jugando al béisbol en el fondo de la casa, y a su padre arrodillado en el suelo, compartiendo historias de la infancia, a la Buenos Aires natal con los inviernos crudos y grises, a sus padres abrazados, durmiendo sobre la arena de Miami, la sonrisa amplia de ella, la mirada franca de él. Escenas de vacaciones juntos, esas que siempre se recuerdan y que perduran en fotos dentro de álbumes familiares, la cocina de su casa, la compañía de ella y él, sus consejos...

Cuando sintió los ojos húmedos intentó desviar la mente hacia otra cosa, Maggie, quien pareció advertir la situación, acudió en su ayuda con una pregunta.

- ¿En donde estaba guardada esa remera?
 - ¿Cuál, ... esta? –hizo referencia a la que llevaba puesta en ese momento.
 - Si
 - En el placard, en un cajón, hace mucho que no la uso.
- Maggie se detuvo en un semáforo, a la altura de la calle veinte.

– Si –aprobó– de allí la saqué yo para traerte algo, preferí no tocar lo que estaba a mano para no mover las cosas de lugar. –despegó la vista del camino y se volvió hacia Daniel– ¿y dónde estaba la plancha?

– ¿Cómo?

– La plancha ¿dónde quedó? ... la de planchar –insistió con un ademán balanceando la mano.

– Daniel respondió con un gesto de confusión.

– Creo que en la cocina, al lado de la tabla de planchar.

– ¿Con el cable enrollado?

– No ... creo que no.

– ¿Que hay en tu escritorio?, arriba de él quiero decir.

– ¿Además de la PC? –respondió Daniel que comenzaba a entender el juego de memoria que Maggie le proponía.

– Si.

– Algunos CDs y DVDs.

– ¿Recordás en que posición?

– Si, en unas cajas, algunos apilados al lado del monitor.

En la calle dos chicas en malla dedicaron menos de tres segundos a sacudirse la arena antes de cruzar la calle con paso apurado, el sol daba de lleno en el asfalto y era la clase de día en el que los turistas rondaban la playa como mosquitos al borde de una laguna.

– ¿Que más hay al lado del monitor?

– Daniel pensó unos segundos

– Tornillos, una banda elástica, un destornillador, una arandela de cartón, ... un libro.

– ¿Alguna parte del libro marcada?

– No, no suelo marcar las páginas –dijo, desaprobando la sugerencia.

– ¿La cama estaba hecha?

Recordó la habitación como una foto, había colocado a los pies el almohadón que usaba para ver TV desde la cama en su PC. Nada distinto a una película donde el director se tomara más de quince minutos para desarrollar la trama.

– Sí.

– ¿Y la de tus padres?

– Creo que sí.

– ¿La viste antes de salir?

– Si, la vi, entré a buscar un peine.

– ¿Dónde estaba la bata de salir de la ducha?

– A los pies de la cama

- ¿Algún cajón semiabierto?
- No, no creo.
- ¿Y qué hay del teléfono, el inalámbrico?
- ¿En donde quedó?
- Exactamente.

Daniel sacudió la cabeza negando.

- Es una pregunta muy difícil, podría estar en cualquier lado.
- ¿Cuántos focos quemados hay en la casa?
- Uno, en el dormitorio grande.

Maggie sonrió con placer, todas las respuestas habían sido corroboradas por ella en su paseo previo y habían sido satisfactorias. Faltaba poco para llegar a la casa, esperaba que la presencia de Daniel en ella sirviera para confirmar algunas sospechas.

Estacionó en la vereda de enfrente. Le entregó a Daniel las llaves de la casa para que abriera la puerta de entrada, era una construcción atípica para lo que Miami presentaba como arquitectura local, una pared baja, tal vez dos metros se mostraba como frente, toda pintada de blanco cal, una puerta marrón de madera gruesa y pesada como entrada principal y un portón de chapa negro, que se elevaba para la entrada del Chrysler de Adrián, el Ford de Carol quedaba afuera pues no había lugar para los dos vehículos.

Daniel entró en la casa siguiendo las indicaciones de Maggie, no tocar nada, no mover nada y estar sumamente atento a las cosas fuera de lugar, todo lo que “no encajaba” en la escena era lo importante, lo ajeno podía no ser casual, esa era la consigna.

Luego de la pared blanca, ya en el interior de la casa había un patio, con baldosones rojos del tipo rústico, y enseguida, al lado del auto, la entrada al living - comedor. Abrieron esa puerta con suficiente cuidado, y entraron ... Daniel miró rápidamente el salón, luego se detuvo en los detalles.

El juego de comedor, regalo de casamiento de los abuelos, estaba ordenado, con las sillas pegadas a la mesa de roble, la carpeta de hilo blanco tejida sobre ella y un jarrón con algunas flores que Adrián solía llevar a cuando era viernes y caía la tarde, sobre la punta de la mesa había biblioratos, algunos llevaban días ahí y no tenía idea de qué guardaban dentro, otros papeles eran de publicidades y facturas de impuestos.

Entre el comedor y la cocina estaba la escalera que llevaba a las habitaciones del primer piso, pasando la escalera un baño, la entrada al sótano y la cocina, amplia y pintada de amarillo, el plato de tostadas sobre la mesa, la mermelada y el cuchillo apoyado sobre la tapa del frasco que habían olvidado guardar en la heladera, algunos platos sucios en la pileta con restos de jamón y

huevo, unas pocas migas de pan en el piso. En el fondo el parque, el césped prolijo, recién cortado con el olor a pasto fresco y la cortadora eléctrica que su padre usaba todos los sábados por la mañana, con el cable enroscado al manubrio ... todo estaba igual a la última vez. Tanto que Daniel tenía la sensación de verlos en cualquier momento, en cualquier lugar de la casa. Cerró un segundo los ojos y volvió al living. Maggie lo acompañaba dos pasos detrás de él, dejándolo actuar, esperando que apareciera la memoria fotográfica que en este momento necesitaban, la que debería haberle enseñado su madre, aunque subliminalmente ... lo llevaba en sus genes. El recorrió el aparador del living, y las fotos colgadas en la pared, la de marco más grande era del casamiento, las otras de Disney y algunas con Daniel todavía en brazos, por la cabeza le pasaron recuerdos imborrables, de momentos felices, de escenas que no volverían a suceder, no podían repetirse porque los protagonistas habían muerto, y ya no los volvería a ver, y por Dios, los necesitaba, ... ¡ Los necesitaba tanto ...!

Maggie lo tomó por el brazo cuando notó lágrimas en sus ojos, no podía dejarlo rodar pues el precipicio estaba próximo, lo necesitaba atento, alerta.

– ¡ Hey, vamos ! –le dijo agudizando su mirada fija y escudriñante.

– Si –respondió él, perdiendo la vista en una foto donde los tres reían, felices.

– ¿Son muchos recuerdos, no?

– Si, pero muy felices –no pudo contener el llanto– de verdad fueron los mejores –el sabor de una lágrima le humedeció los labios, las piernas se le aflojaron y se sentó en una de las sillas del comedor, hundió la cabeza entre las manos y lloró, violentamente, con una fuerza desgarradora, Maggie se quedó inmóvil a su lado, incómoda, sin saber cómo ayudarlo, sin saber qué era lo mejor, mientras tanto escuchaba el sonido agónico de la pena, era un canto que había escuchado cien veces y cada vez la desconcertaba más, nunca podía apartarse de la angustia del que lloraba una pérdida, nunca podía evitar recordar sus propios duelos y sus propias miserias.

Y Daniel lo cantaba, con la garganta quebrada, y casi cerrada de dolor, las lágrimas brotaban incontenibles y cuerpo se sacudía fuera de control. Se había sentado dándole la espalda a Maggie, necesitaba este momento para él, un momento de intimidad en su casa, con sus recuerdos, ... necesitaba dejar que sus padres empezaran a morir, dentro de su mente. Necesitaba aceptar que ya no iba a volver a verlos. Que estaba solo.

Maggie retrocedió hasta el sillón del living y se sentó a esperar que pasara la crisis, mientras observaba el cuadro dramático con inusual letargo y profunda tristeza.

Esperó unos diez minutos, cuando vio que Daniel se calmó un poco fue

a la heladera, sacó una botella de agua y sirvió un vaso de los que encontró limpios al lado de la piletta, trató de imaginar a Adrián preparando el desayuno esa mañana, era increíble el tiempo que había pasado desde que se conocieron, pensó en Maggie, en lo fiel amiga que había sido, y una vez más se prometió no fallarle, volvió al living con un vaso para Daniel.

El lo tomó de un sorbo, ahora parecía más tranquilo, más calmo, aunque le seguían brotando lágrimas de los ojos y cada tanto se sacudía con una mueca de desconsuelo, el rostro estaba colorado así como los ojos, los cabellos revueltos y el semblante irreconocible, con una expresión lejana, como si hubiera vivido mil años en solo unas horas.

Extendió el vaso vacío hacia Maggie con un gesto de gratitud, luego con un ademán la invitó a sentarse a su lado.

Ella le acarició el rostro con ternura de madre, limpiando las lágrimas.

– Gracias por acompañarme – musitó él con voz ronca.

Ella asintió con la cabeza.

El pasto del fondo iba a crecer si nadie lo mantenía, parecería una selva en apenas un mes, ... a Adrián le daría tristeza ver sus pertenencias abandonadas. Volvió a observar todo el cuarto una vez más, esta vez Maggie descubrió otro matiz en tu mirada, no era tristeza, era nostalgia, Daniel se estaba despidiendo.

Se volvió hacia ella, más entero.

– No voy a preguntarme por qué, no voy a decir ¿por qué Dios hizo esto? ¿Por qué me los quito? ¿Por qué me pasó a mi? No voy a embarcarme contra Dios por el vuelco de mi destino. De verdad no creo en su interferencia en las cosas de la tierra. Sé que hay un Dios y sé que no interviene en esto, mis padres no murieron por una intervención divina, ni tampoco por obra de un demonio. –secó sus lágrimas por última vez– Mis padres murieron por disposición de alguien, y ese alguien no va salir bien parado de todo esto. Lo que voy a decir suena de película de cuarta, pero ese hijo de puta no sabe a quien se echó en contra. Va a pagar por esto. No sé si voy a matarlo, a encarcelarlo, a destruir su vida golpeando donde más duele. No sé qué voy a hacer ni cómo, pero él no sabe quien soy y qué puedo hacer, creo que ni yo mismo lo sé.

– Bien, me parece bien –replicó ella conforme con la forma de ver las cosas del muchacho – pero tomalo con calma.

– Es lo que estoy haciendo –se levantó de la silla con decisión– Creo que acá abajo está todo como debería, no hay nada fuera de lo normal, vamos a revisar arriba.

– Bien ... –dijo ella conteniéndose de agregar algo más, en esos momentos explayarse en conceptos no le parecía adecuado.

Subieron por la escalera hasta el piso superior, había tres habitaciones, la de sus padres, la de Daniel y la que habitualmente se usaba como estudio de Adrián. Todavía quedaba un piso más, con un cuarto que anteriormente había sido utilizado para juegos cuando él era más chico y ahora tenía algunas cosas que no tenían lugar en el resto de la casa, y otra habitación con una cama para huéspedes, donde eventualmente alguien se quedaba a dormir, pero se usaba realmente muy poco. Como dicha habitación era bastante amplia su padre tenía allí guardado su equipo de música: un Saxo, un órgano, parlantes de distinto tamaño, ... y algunas cosas más. La música era uno de los principales pasatiempos de Adrián, lo cual no significaba que la ejerciera con asiduidad aunque sí con persistencia.

Daniel entró primero a la habitación del matrimonio, repasando mentalmente cada uno de los objetos que la componían, estaba todo en orden, nada parecía fuera de lugar, de todas formas no era esa la habitación clave sino la que se usaba como oficina de Adrián, hacia allí se dirigieron.

El chico se detuvo en la puerta del cuarto, la computadora, el escritorio, el sillón giratorio, la biblioteca repleta de libros de computación, la lámpara de pie, los spots en el techo, el título colgado detrás del sillón, una silla contra una pared, con algunos papeles arriba, carpetas sobre el escritorio, dos o tres lapiceras desparramadas sobre ellas, el mouse a un costado, el pad corrido hacia la izquierda, lo cual era normal ya que su padre a pesar de ser diestro manejaba habitualmente el mouse con la mano izquierda.

– ¿Que hay de la llave de luz ? –inquirió Maggie.

Daniel dedicó un segundo de atención al objeto.

– ¿Lo decís por la rajadura? , no, ... ya estaba.

Ella agachó la cabeza con desilusión, esperaba encontrar algo allí que le indicara si Adrián había sido vigilado por un cuerpo especial que había sembrado micrófonos y cámaras por toda la casa, o tal vez solo en la oficina.

La sospecha, o más bien la convicción de Maggie surgía a partir de las extrañas muertes de Adrián y Carol, esos profesionales no trabajaban por poco dinero, y no cualquiera tiene acceso a la contratación de ese tipo de personal, tanto en lo económico como en los contactos para conseguirlos.

Además se tomaron muchas molestias para hacer que la muerte de Adrián pareciera un accidente. Los que lo mandaron a matar funcionaban como una compañía, y una compañía no decide de una muerte si no es necesaria, al menos no si se trabaja profesionalmente y en forma prudente. Muy probablemente había sido necesario investigar a Adrián para ver si era de peligro, confirmar los riesgos antes de eliminarlo. Quien lo mandó a matar no quería problemas ni complicaciones, por eso los mejores profesionales y

métodos. Por eso el accidente. El USSS nunca había entrado en sus planes, no podían pensar que alguien iba a investigar minuciosamente la casa como ella lo había hecho mientras Daniel descansaba, de todas formas no había encontrado nada; tenía la seguridad de que se habían descuidado en algo, que habían puesto un micrófono en aquella tapa de luz y que se les había roto por accidente, pero no, había que seguir buscando.

Daniel se sentó frente a la computadora de Adrián y la encendió, cargó la clave de acceso y curioseó por ella un buen rato. Buscó en los archivos de su padre, documentos de trabajo, algunos programas, ...

– ¿ Sospecho que no vamos a quedarnos aquí mucho tiempo, verdad ?

– No sería conveniente.

– Bueno –abrió el cajón derecho del escritorio y extrajo una caja de cds, insertó uno en la grabadora y copió algunos archivos, luego repitió la operación con otros dos cds.

La ventana había quedado entreabierta y un moscardón ancho y verde estaba posado sobre el monitor, mirando todo desde su cúspide, como interesado en los movimientos de Daniel.

– ¿Documentos? –preguntó Maggie.

– De todo un poco, pienso verlos esta noche –explicó– de todas formas, si hubo alguien sentado aquí antes que yo, seguro que ya borró los archivos comprometedores y no vamos a encontrar rastros. –se detuvo un segundo– ¿Cuándo vos estuviste aquí, no encendiste la máquina?

– Si, pero pidió la clave y la apagué, supuse que vos la sabías y no quise perder tiempo ni tocar mucho las cosas, como vos dijiste, si había algo ya lo habían borrado.

– Si, probablemente instalaron un sniffer, ¿sabes lo que es un sniffer?

Ella se sorprendió ante la pregunta.

– Si, ... es un programa que graba toda la actividad de la computadora.

– Y probablemente la envía por Internet o la graba en un lugar oculto en el disco para después recuperarla. Si yo fuera el espía no lo mando por Internet, sería complicar las cosas, podría detectarse algo a través del proveedor del servicio. Guardarlo en disco sería la mejor opción. Y después venir y recuperarla.

– Pero no vamos a encontrar rastro de eso.

– Tal vez sí, ... y tal vez no, ... pero seguro no en esta máquina.

Daniel se levantó rápidamente y se dirigió a su cuarto, prendió la computadora con evidente impaciencia. Mirando a Maggie dibujó una sonrisa.

– La gente es viciosa, sobre todo cuando están seguros de sí mismos, nosotros dos no entramos nunca en sus planes, pero apostado a que no pudieron

resistir la tentación de entrar a mi máquina, ... ¿así son los espías no, Maggie? son voyeurs, son fetichistas, son mentirosos, actores, curiosos ... Si encendieron esta máquina, además: son nuestros.

Maggie se apoyó en el marco de la puerta de la habitación, no era el cuarto típico de un joven de veinte años, estaba invadida de placas de red, hubs, y manuales donde se leían cíclicamente leyendas de C++, Microsoft, Linux, Oracle, Sql, Assembler, Criptología, Des, Java, Arquitectura web, interrupciones, TCP/IP, y nuevamente: C++, Microsoft ...

– ¿Que tiene esta máquina de especial?

Sonrió nuevamente, a Maggie le entusiasmó verlo animado.

– El dueño.

Había cables en la pared, enrollados en un clavo curvo, con pinzas de armar cables y elementos técnicos de reparador de equipos, ... algunas carcazas viejas se ordenaban en el fondo del cuarto como una suerte de cementerio de máquinas en desuso.

Hizo volar los dedos por el teclado, luego se echó hacia atrás con las manos en alto.

– ¡Acá están! –rió satisfecho– los desgraciados corrieron un programa que no es de los míos, en realidad lo corrieron desde otra máquina, pero accedió a mi disco a través de la interrupción 13.

– ¿Que tipo de programa?

– No se, pero podrían haber hecho un espejo del disco rígido, por ejemplo.

Maggie se quedó mirándolo, perpleja.

– ¿Como supiste eso?

– Bueno, uso un programa de auditoría oculto, otro sniffer, pero mío.

Maggie se sentó, pensativa.

– ¿Que más tenías en la máquina?

– Todo lo que un hacker debe tener.

Ella alzó su vista al techo, sonriendo y repitiéndose en su interior que debía haberlo adivinado antes.

– ¿De qué tipo de hacker estamos hablando?

– De uno muy bueno.

– ¿Famoso?

– Algo, en su pequeño mundillo.

– ¿Algún delito?

– Nada grave.

– ¿Causas en la justicia?

– Nunca.

- ¿Y pruebas en esa máquina que podrían complicarte legalmente?
- No, te dije que soy bueno.
- Bien.

Se miraron profundamente durante más de treinta segundos, luego ella se incorporó.

– Apaguemos las máquinas, rápido. –se levantó apurada y con muestras de inquietud– Quien se llevó la copia de tu disco ya sabe que sos un hacker, ¿había algo guardado que pudiera conducirlos a tu novia? ... No menciones nombre –advirtió adelantando la mano con el índice en alto, aunque ya había revisado toda la casa en busca de micrófonos con un aparato detector y no había obtenido resultado, pero en ciertas cosas no le gustaba descuidarse.

- No, nada.
- A algún amigo.
- No –repitió él mientras apagaba su equipo.

Ella lo tomó por el brazo para atraer su atención.

- ¿Seguro?
- Seguro –respondió solemne y algo molesto por el apretón.

Maggie bajó la escalera corriendo, se acercó al teléfono y pulsó el botón de mensajes del contestador, había dos, ambos para Adrián. Ninguno relevante.

- ¿Cómo es que no te dejó mensaje, después de tanto tiempo?

– A veces olvidamos que existe el teléfono. Probablemente mandó docenas de mails –replicó él bajando la escalera, traía un bolso de cuero negro colgando del hombro.

- ¿Que es eso?
- Mi Notebook.
- Dejala –ordenó ella– no es confiable.

Daniel vaciló, al pie de la escalera.

– Dejala –insistió la agente del servicio secreto– te consigo otra en un rato.

El muchacho abandonó el bolso sobre la mesa del living con cierto pesar, había miles de programas allí que necesitaría más tarde y que sería muy difícil reponer.

Maggie desconectó el teléfono y salió de la casa directo al auto, Daniel cerró la puerta al salir, el vecindario se veía igual que siempre, no importaba si había dos habitantes menos en la cuadra, un señor mayor con pantalones naranja de ribetes verdes que vivía a tres casas de distancia, paseaba al perro por la vereda sin prestar la menor atención a Daniel que lo observaba fijamente, esperando que de pronto se acercara a decirle “lamento lo de tus padres, eran buena gente, buenos vecinos”. Pero nadie parecía haberse enterado de la

desaparición, seguramente tampoco nadie había visto a los espías entrar a la casa a instalar micrófonos, ... o a desinstalarlos.

Cuando subió al auto Maggie lo esperaba con un celular en la mano.

– Es seguro, está codificado –explicó– nadie puede interferirlo. Llamá a tu novia y decile que no llame a tu casa, que no trate de ubicarte, que vos te comunicas con ella después.

Daniel marcó apresurado mientras el BMW se ponía en movimiento.

Atendió la madre.

– Susan, ¿está Lyn?

– ¿Daniel?

– Si.

– ... Ya te paso.

Se oyó la voz de la madre llamar a la chica por el auricular, luego la voz de la joven.

– ¿Daniel? ¿Que te pasó?

Respiró hondo antes de empezar.

– Estoy en problemas, podrían estar localizando mis llamadas, no llames a casa, no trates de comunicarte conmigo, yo te voy a contactar.

– ¿Qué pasó? ¿es el FBI?

– No sé quien es.

– ¿Hiciste algo? –preguntó alarmada.

– No. –resopló para no quebrar su voz– Asesinaron a mis padres.

Lyn perdió el aliento, y no pudo responder nada, el auricular solo devolvió silencio en el teléfono celular.

– Esta noche te encuentro en el canal que usamos la primera vez – continuó él – ¿Ok?.

– Si, si ...

– Te amo.

– Yo también.

Daniel cortó la comunicación al borde del llanto, estaba demasiado sensible por todo lo ocurrido. Había perdido casi todo lo que tenía, no perdería a Lyn.

Repasó en la mente qué cosas podían vincularlo con ella, algo que llevara a su nombre, su dirección, ...pensó durante todo el viaje, pero no encontró nada, su relación era relativamente nueva, nunca se pasaron dirección por escrito ni teléfono, y Lyn era solo su apodo, el nombre real era Sarah Stravensky, y nunca lo habían mencionado. Si había micrófonos en la casa, y a esta altura era necio pensar lo contrario, solo escucharon hablar de Lyn, nunca de Sarah, jamás hablaron por teléfono, de manera que no pudieron rastrear una

llamada de ella y no pudieron leer sus mails porque siempre venían codificados, era una vieja costumbre que habían adoptado a partir de la creación de Echelon, la red de rastreo de mensajes que habían implementado las Naciones Líderes en telecomunicaciones. Los Chat no eran codificados pero no quedaba rastro de ellos, por lo menos usando el servidor que ellos usaban, y para el envío de los mails usaban servidores anónimos, de manera que tampoco podía rastrearse el origen de los mensajes. Todo eso en teoría, por supuesto.

Además lo más probable era que no hubieran estado monitoreando su máquina sino solo la de su padre. Creía poder quedarse tranquilo respecto a Lyn, no era posible que estuviera en peligro.

Su mente volvió al BMW y a Maggie que cada diez segundos observaba por el espejo retrovisor a los autos que venían detrás.

– ¿Pasa algo?

– No, es solo precaución –respondió– nadie nos sigue, ... aparentemente.

Maggie dio un par de vueltas con el auto para asegurarse, después bajaron a su departamento.

– ¿Tenés un grupo de amigos hackers? –preguntó ella una vez cerrada la puerta.

– Si.

– ¿Que otros amigos tenés?

– No hay otros, ... o por lo menos no relaciones frecuentes, no tengo muchos amigos –explicó con cierto pesar.

– ¿Y los mails entre ustedes son anónimos?

– Si

– ¿Y encriptados?

El afirmó con la cabeza.

Maggie se sirvió una medida de whisky en un vaso ancho, luego le ofreció a Daniel con un gesto.

– No, gracias.

Se la veía más calmada, pensando, sus dedos jugaban en la base irregular del vaso de vidrio recreando el sonido de las pequeñas campanas navideñas.

– ¿Cuál es tu apodo, hacker? –dijo en sorna utilizando un tono texano que hacia recordar a películas del lejano oeste.

– Salteador.

– Bien Salteador –dijo, luego del trago mientras se acomodaba en el sillón– elaboremos la hipótesis más razonable.

Se miraron.

– Tu padre era auditor de sistemas, estaba trabajando en algo. ¿En qué?
– Sé en qué trabajaba –le costó hablar de su padre en tiempo pasado– tenía un trabajo de medio día en Initechco, la empresa de software, como auditor de calidad. Dos noches a la semana daba clase en la Universidad, obviamente de auditoría de sistemas, era profesor titular, debe seguir siéndolo, no creo que nadie les haya avisado.... –se peinó en un acto reflejo, era una especie de tic, el pasar la mano por el cabello cuando estaba nervioso o pensativo– además resolvía trabajos que le pasaba Michael, un amigo que trabaja en una consultora grande. Ahora estaban desde hace unos meses con un sistema importante, de una multinacional. Si hay que apuntar a algún lado, ese es el objetivo más claro.
– ¿Y que hay de Michael? ¿Trabajaban juntos o solo le pasaba el trabajo?

– No, no creo que Michael se involucrara mucho, a veces aportaba algo, pero el grueso del trabajo era de papá. Por lo menos la parte técnica.

– ... Y Adrián pudo haber encontrado una falla de seguridad en el sistema de la multinacional, habría que ver que intereses se mueven detrás de dicho sistema. Y a quien perjudicaría una falla y de qué manera.

– ¿Pero llegarían a matar por eso?

Maggie sonrió.

– Niño, no sabés lo que el común de la gente es capaz de hacer por un puñado de billetes. –se frotó la frente con visible malhumor– estamos detrás de algo grande, mucho dinero, equipos de espionaje y asesinos expertos. Cuadra con la multinacional. ¿Sabían tus padres de tus actividades como delincuente informático?

– No soy un delincuente –replicó Daniel con algo de vergüenza.

– Pero violaste la ley reiteradas veces en tus aventuras nocturnas ¿verdad?

– Bueno, pero no me convierte en delincuente, nunca dañé a nadie ni usé el hacking para un beneficio económico. Soy un investigador –se excusó– un estudioso de la seguridad informática.

– ¿Cuál es el nombre de la multinacional?

El muchacho pareció meditar unos segundos.

– No me acuerdo, pero seguro voy a encontrar mención a ella en los documentos que me bajé a cd.

Maggie apoyó el vaso sobre la mesa y se reclinó un poco más, alzando la vista.

Luego se dirigió a Daniel con complicidad.

– Podés usar mi máquina pero no me metas en problemas. ¿Si?

– Esta bien.

– En el escritorio está mi PC, te va a gustar, esta bien equipada.

Daniel asintió.

– ¿Cuál es el apellido de Michael? –preguntó ella.

– Fogel.

Maggie extrajo del bolsillo trasero de su pantalón la libreta de teléfonos de Adrián. Allí encontró anotada la dirección que buscaba.

– Bien –dijo luego de ubicar geográficamente el lugar dentro del plano en su mente– Michael es el camino obvio a seguir por ahora, voy a hablar con él, pero personalmente, no confío en los teléfonos.

– Podría ser que Michael esté en peligro –pensó Daniel en voz alta.

– Si o que ya esté muerto –soltó ella con naturalidad– pero confiemos en que nuestros enemigos no lo hayan considerado necesario.

Se preparó para salir, chequeó el arma en la sobaquera de cuero especialmente engrasada, luego la mente y todo su cuerpo permanecieron detenidos un instante, hasta ubicar la respuesta a un problema, volvió sobre sus pasos hasta el dormitorio, y llegó hasta Daniel con una caja de madera, la traía abierta para mostrar su contenido.

– Es una pistola de aire comprimido, no vas a matar a nadie con ella, tiene balines muy pequeños –se los mostró extrayéndolos de una cajita de cartón dentro de la más grande de madera donde encajaba la pistola.– Estos en particular tienen un tranquilizante bastante fuerte. Pero ahora está cargada con balines de competición. A lo sumo podrás matar a un gato o un perro. Pero puede servir como prevención. Me tranquilizaría que la tuvieras a mano. ¿Sabes dispararla?

– Si, mamá tenía una. A veces tirábamos en una quinta contra un blanco de papel. Pero era de madera y metal. Esta es de plástico. –Murmuró extrañado.

– El plástico puede ser útil –aseguró Maggie– Cuando vuelva te traigo una notebook segura. –consultó el reloj, ya se hacía de noche– y otro celular para estar en contacto permanente, vamos a sentar una estrategia de comunicación, y vamos a movernos de lugar, puedo conseguir un refugio del USSS. Ahí vamos a estar más seguros. Hay que implementar una clave para reconocernos, pensá en una. –anotó algo en un papel y se lo extendió a Daniel– Es el número de mi celular, memorízalo y quemá el papel, también quemá la foto de tu novia Te veo en dos o tres horas.

Daniel vio a Maggie marcharse, con la pistola disimulada debajo de la campera de jean, inmediatamente trató de imaginarse a su madre, en una situación similar. ¿Como hubiera reaccionado? ¿Que hubiera aconsejado?

Tanto su madre como Maggie tenían la misma formación, estaban hechas de la misma madera. Una vez más decidió confiar en ella. Se levantó de

la silla, tomó los cds que había copiado y se sentó frente a la computadora del escritorio.

CAPITULO V

La pantalla, un monitor de 17” con muy buena calidad de imagen, le devolvió a Daniel la lista de archivos, que había en el primer cd. No eran más de quince, algunos grandes y algunos no tanto, todos documentos de texto.

Los fue abriendo uno por uno, analizando el contenido, buscando algo relacionado con el último trabajo de su padre. Al cabo de un poco más de una hora obtuvo el siguiente resultado:

El nombre de la multinacional era Latcham Finch & Hamilton, el nombre de la empresa donde específicamente se estaba trabajando era Magafield Data, y se dedicaba al almacenamiento de archivos de datos para empresas, alquiler de espacio digital para la custodia y entrega veloz de información a través de la red.

Magafield a su vez tenía clientes grandes y medianos, que preferían tercerizar el almacén de datos, de esta forma evitaban costos y eliminaban personal con todo lo que eso implica.

Según cálculos estimados el espacio en disco ocupado por la información a nivel mundial estaba creciendo más allá de las posibilidades reales de almacenamiento, Magafield Data se presentaba como una alternativa eficiente para empresas grandes y medianas, evitándoles una inversión importante en equipamiento y técnicos, además de dedicarse a digitalización de documentos en papel para la consulta inmediata y la custodia no solo de los datos digitalizados sino de los datos en papel que le fueran entregados, esta información se confiaba a través de un contrato que implicaba un seguro en el caso de la pérdida de información y la responsabilidad total por la confidencialidad de los datos en custodia. Si dichos datos aparecían publicados o en poder de alguien no autorizado, Magafield debía indemnizar al cliente, muchas veces en cifras millonarias.

Para el negocio de Magafield era fundamental el control de los datos, la información tanto digitalizada como almacenada en depósito en papel debía estar a salvo, la seguridad era más que primordial para el buen funcionamiento de la compañía.

Según Adrián podía definirse como una empresa de almacenamiento y distribución de información.

Dado el costo y la negativa de los clientes a implementar otro tipo de

red, lo cual requeriría técnicos, equipo, conexión y mantenimiento constante. La información se distribuía a través de Internet, utilizando cableado de alta velocidad. Viajaba encriptada con un sistema de codificación propietario de Magafield Data, pero aparentemente de características similares a los tradicionales.

Internamente, para la comunicación entre sus propias “cabezas de negocios”, así llamaban a sus oficinas descentralizadas, usaban actualmente Internet, pero estaban implementando un nuevo sistema para salirse de la red, migrarían a X50, de estructura similar a X25, pero propietario de una compañía, la cual le vendía un equipo especial a tal efecto, el software, la instalación y el mantenimiento. No pudo averiguar el nombre de esta última compañía.

Lo que sí decían los documentos era que este nuevo sistema “TeXeus” se presentaba como un sistema de máxima seguridad, y que aunque aun estaba en proceso de evaluación por parte de Magafield, ya había sido comprado.

Este sistema TeXeus era el que Adrián estaba evaluando.

Daniel no encontró rastros de documentación técnica respecto a TeXeus, la cual creía imposible no estuviera en poder de su padre, por lo tanto dio como un hecho que habían borrado esos archivos de la máquina.

Tampoco encontró anotaciones sobre la investigación, ningún borrador o informe al respecto.

Teniendo en cuenta que una consultora contratada por Magafield fue quien encargó el trabajo de auditoría del sistema de seguridad, no era lógico que fuera Magafield la que encargara el asesinato. Aunque nada podía descartarse, Magafield podía verse muy perjudicada si se publicara algo respecto a una falla, aunque fuera en un sistema no implementado en su totalidad, esos rumores siempre espantaban nuevos clientes y hacían retroceder a clientes ya afianzados.

Además existía la posibilidad de que investigando la interfaz del sistema TeXeus con el sistema interno se hubiera detectado una falla en el sistema de seguridad actual, lo cual sí implicaba un juicio millonario para la multinacional. La otra alternativa era la empresa creadora de TeXeus, dado que el problema que se le presentaría debía ser similar al de Magafield, tal vez también tendría que afrontar muchos problemas por vender sistemas de super seguridad con fallas. Y si lo que su padre había descubierto era que había información confidencial en manos de otros, tal vez algún hacker mercenario, eso sí sería un desastre. Lo cual podría haberlos llevado a eliminar a los hackers y a su padre.

De pronto pensó en Maggie, ella sabía cuidarse muy bien, pero era muy probable que Michael estuviera en peligro.

Daniel se peinó el cabello largo hacia atrás y se frotó los ojos preocupado. El problema ahora se veía más concreto, y el peligro que se cernía

sobre él se estaba materializando en una de esas compañías, lo cual lo atemorizaba un poco, aunque era bueno saber a quienes se enfrentaba. El enemigo se volvía identificable, y por lo tanto más vulnerable. Podía empezar a encontrar alguna solución.

Chequeó la hora, Lyn ya debía estar esperándolo.
Entró en el canal de chat.

Salteador	Ya estoy acá.
Lyn	Contame todo.

* * * * *

Maggie estaba parada en frente del edificio donde vivía Michael, sobre la avenida Lincoln, se lo veía bastante bien, tenía en total unos diez pisos medianamente nuevos, el tercer piso, con ventana al frente era el objetivo, observó los edificios linderos y el de atrás para verificar alguna vía de escape, no había salida trasera, ese frente era la única entrada, por la terraza probablemente era fácil saltar al edificio más bajo que había detrás.

Las cortinas de las ventanas de Michael estaban corridas, eran de tela gruesa y marrón una, y más alegre, de un beige claro la otra, también estaban cerradas las ventanas de vidrio, Maggie supuso que estaba prendido el aire acondicionado. De afuera podía advertir que las luces de ambas habitaciones con cortina estaban apagadas, pero eso no indicaba que no hubiera nadie en el departamento, había más habitaciones internas, sin ventanas, donde podía estar el dueño de casa.

Por lo que Maggie sabía, Michael vivía solo, estaba separado de su esposa desde hacía ya tres años, era un hombre de cincuenta y dos, sus hijos estaban grandes y tenían sus propias familias.

Todos esos datos los había averiguado con un llamado telefónico a un amigo del USSS, aparentemente el tal Michael no tenía antecedentes penales, y parecía un buen ciudadano. En la consultora en la que trabajaba se encargaba del departamento de Organización y Métodos, y era compañero y amigo de Adrián de la Universidad.

Maggie imaginó que los trabajos de auditoría salían ocasionalmente, que se los derivaban a Michael y él a su vez se los pasaba a Adrián.

Cruzó la calle, en realidad a esa altura, Lincoln Road se convertía en una peatonal, pero inusualmente ancha para quien no vive en Miami, en el centro de la calle había pseudo bulevares con palmeras de la estatura de una persona, decenas de transeúntes, en su mayoría jóvenes, paseaban en patines, rodando

sobre los baldosones blanco y negros. Había bastante movimiento allí, pero se dispararía algo en un par de horas. Algunos locales de la cuadra aun permanecían abiertos, reflejando en sus vidrieras el extraño color azul grisáceo del cielo.

Entró al edificio, echó una mirada a la escalera antes de tomar el ascensor, una vez adentro inspeccionó el techo verificando que podía subirse por él para aparecer en el hueco. Ya lo había hecho otras veces.

Digitó el piso tres.

Cuando se detuvo, descendió del ascensor y presionó el timbre del primer departamento a su derecha, atenta a los sonidos del interior.

Al cabo de un minuto buscó la ganzúa en el bolsillo de la campera y la movió en la cerradura con pericia. Abrió la puerta suavemente... la recibió una habitación totalmente oscura, escuchó el ronronear del motor del aire acondicionado.

La pistola Browning 9 mm apareció en la mano de la agente en un instante, mantuvo el brazo rígido pegado al cuerpo con la pistola sin seguro, buscó con la mano izquierda el interruptor de la luz. La luz no encendió. Maggie supuso que había alguien adentro que no quería ser visto, cerró la puerta para evitar ser un blanco fácil, y caminó hacia la izquierda con sigilo, intentaba llegar hasta la ventana para correr la cortina y recibir algo de luz de la luna.

Un olor ácido y fresco llegó hasta su olfato, no era un olor desconocido, era el olor de la sangre. Entonces supo que Michael estaba muerto, que la persona ahí adentro la estaba esperando, y que ella había caído en una trampa.

Una luz increíblemente blanca le quemó los ojos, Maggie se echó hacia atrás con desconcierto, chocó contra algo metálico que pudo haber sido una lámpara de pie y la escuchó rodar por el piso, instintivamente, cubrió el arma con el cuerpo para protegerla. No fue efectivo, un golpe furioso en su mano hizo volar la Browning, que rebotó varias veces contra el suelo y produjo un sonido agudo al chocar con lo que Maggie consideró las patas de un escritorio, antes de estacionarse a unos dos metros de ella, ... podía ubicarla exactamente, aun en la oscuridad.

Sintió calor y humedad en la mano donde segundos antes estaba firmemente ceñida la culata de la pistola, estaba sangrando y se había quebrado dos dedos, tal vez tres.

Con el brazo izquierdo marcó un círculo en el aire intentando protegerse de un ataque imaginario, volvió a chocar con algo, esta vez pareció ser una silla giratoria, se aferró a ella con intenciones de hacerla rodar hacia delante, entonces sintió un chasquido, ... alguien había encendido la luz.

¡Estaba ciega!

– Hola, preciosa. –ronroneó una voz áspera, con acento húngaro.

Maggie visualizó en su mente a un hombre delgado, de unos cincuenta años de edad. Quien quiera que fuera sabía que si Maggie hubiera tenido el arma en ese momento, él ya estaría muerto, aun indefensa en medio de la oscuridad podía acertarle un tiro entre los ojos, sin errar un milímetro.

Maggie avanzó decidida hacia lo que consideró la fuente de sonido, se agachó cuando estaba llegando a él, casi apoyando la mano sana en el piso y arrojó una patada recta, apuntando a la rodilla de su oponente.

Sintió el viento de un salto y luego un golpe certero del canto de un zapato en medio de su rostro, cayó hacia atrás golpeando la espalda y la nuca en el vértice entre el suelo y la pared, la sangre que brotó de su nariz le mojó los labios. Era evidente que aquel hombre era un profesional.

¡Por Dios, estaba ciega!

Se mantuvo sentada, esperando un movimiento de su asesino.

– ¿Estas acostumbrada al maltrato, verdad perra? –la voz áspera contuvo una risa– Seguro que lo estas disfrutando. Pero yo tengo que trabajar, no estoy aquí para divertirme, no puedo hacerte gozar todo el tiempo.

Maggie se mantuvo en silencio, analizando los ruidos que sentía y calculando una y otra vez la posición de su arma.

Pero casi no hubo ruido, solo un entrecuchar de metales a unos metros, luego la presión en su cuello, la agente se desvaneció unos instantes, tal vez cinco segundos, el profesional le dobló el brazo izquierdo, lo juntó con el derecho en la espalda y ajustó unas esposas en sus muñecas.

– Te portaste muy bien –le dijo. Como si fuera una niña que va al doctor por primera vez.

Otra vez la presión en el cuello, una mano ágil hurgó en los bolsillos de su campera.

– Este trabajo es muy aburrido, ¿verdad ... Maggie? –continuó mientras leía con ávida curiosidad los documentos de ella– creo que vas a entenderme, hace casi cuatro horas que te espero, aquí sentado en la oscuridad, ya no sabía qué hacer. De verdad.

Era un taxista charlando con su pasajero, se lo oía muy suelto, como si hiciera esto como una rutina.

Una mano delgada pero muy fuerte se cerró en la garganta de Maggie.

– Así que me puse a jugar adivinanzas conmigo mismo: FBI, CIA, USSS, MOSSAD, CI5, CI6, Scotland Yard, NSA, ... no lo se, no puedo adivinarlo, son muchas agencias, Maggie. ¿De verdad te llamás Maggie?. –sopló como si hubiera olvidado algo– perdón, que tonto soy, no podías contestar con la garganta apretada.

La soltó violentamente.

Maggie tosió y agachó la cabeza hasta tocar el suelo, el aire le entró a los pulmones de a poco, raspando al pasar por la garganta.

– ¿Mandaron a una agente muda? ¿muda y ciega, ... Maggie?

Rió con ganas.

– Yo creo que sos local. Y no sos del FBI, puede ser CIA, NSA o USSS. ¿me vas a contar? Creo que estoy siendo amable.

Esta vez el golpe fue una patada en la boca del estómago, Maggie expulsó el poco aire que tenía en los pulmones y abrió grande la boca, tratando de aspirar. Mientras lo hacía, buscaba una salida posible para la situación, tratando de mantenerse con calma. Su única ventaja era que permanecía con las piernas libres, y que aun con las manos atadas a la espalda y la mano derecha inutilizada, si localizaba la pistola podía descargarla en la cabeza de ese gusano húngaro. Su desventaja era que el interrogatorio recién comenzaba, y el interrogador parecía muy tenaz. Y además eficiente.

Al fin respiró una bocanada de aire, y alivió un poco la agitación de su corazón.

– Nunca tuve éxito con las mujeres –aseguró el asesino con una voz trabada que hacía difícil comprender algunas palabras.– No querían hablar conmigo, o algunas me hablaban y me mentían. Es la historia de mi vida, además Maggie: te gusta que te caguen a palos, ¿verdad? ¿qué voy a obtener dándote lo que te gusta? Nada. Las mujeres son muy ingratas– afirmó simulando indignación. En realidad con la voz solapaba los ruidos, Maggie sabía que el húngaro preparaba algo, que tenía un equipo apto para un excelente trabajo, y que pensaba usar todas sus herramientas.

Con la habilidad de una enfermera de hospital, clavó una aguja en el brazo herido de Maggie. Ella sintió inmediatamente un calor intenso recorriéndole las venas en el lugar del pinchazo, luego un poco de calma, estuvo tal vez dos minutos en esa posición, sintió temblar el cuerpo y su frente se bañó de un sudor frío. Los labios se secaron y su lengua se entumeció. Supo que estaba pasando. Le había aplicado una droga para interrogatorio, lo que vulgarmente llamaban suero de la verdad, pero de última generación. Al finalizar el segundo minuto le entró un sopor leve que pareció envolver en una manta los sonidos de la habitación, escuchó un murmullo del húngaro, como si hablara para sí, “*Puedo olerte entre las piernas*” Si sus ojos hubieran podido ver estaba segura que la habitación hubiera girado como el viejo carrusel adonde su padre solía llevarla.

– ¿Qué hay con el pequeño Hacker, Maggie? ¿es bueno?

– No se – respondió ella sin forzarse, estaba diciendo la verdad.

– ¿En serio?. Yo no creo que sea gran cosa. Voy a ir a visitarlo, de

todas maneras, y vamos a jugar un poco, eso en cuanto me digas en dónde está.

Vio a Maggie retorcerse en el suelo peleando por mantener la conciencia, los puños se cerraron y los pies se recogieron provocando un chirrido contra la cerámica del piso.

– ¿Es temprano para esa pregunta, verdad Maggie?, hablemos de otra cosa, por ejemplo ¿que agencia?

– Servicio Secreto –respondió ella sin intentar ocultar la respuesta, prefería guardarse fuerzas para proteger a Daniel. Abrió los ojos con impotencia sin dejar de parpadear, solo veía un fondo negro, sin nada de luz, y sentía ardor en la retina.

El húngaro la tomó del cabello con firmeza, de la parte superior del cuero cabelludo, como si le hubiera cortado la cabeza y ahora la levantara triunfal para observarla de cerca y bruscamente la arrojó contra el escritorio, sin dejar de presionarla hacia abajo, su rostro se mojó con el líquido espeso y frío que estaba desparramado entre algunos papeles.

– Cuidado, niña –le gruñó al oído– no te ensucies con los sesos de este tipo.

Maggie intentó rechazarlo con las piernas pero era imposible, sintió los cuádriceps delgados y nervudos de su victimario apretarle las nalgas, la tenía apresada.

– Esas piernas son muy inquietas, preciosa.

El asesino la soltó un instante, luego disfrutó escuchar cómo se producía en Maggie un esguince de rodilla al golpearla con el puño cerrado.

Ella emitió un gemido corto y seco. Luego se balanceó hacia atrás, girando sobre su cuerpo y cayendo al suelo detrás del escritorio, al lado de la silla donde estaba sentado Michael, cerca de la pared del frente, tanteó con los pies para encontrar el arma, cuando logró tocarla el húngaro la levantó y la arrojó lejos. Casi a la puerta de entrada.

Una patada en la otra rótula, Maggie tanteó con las manos en la espalda la cortina marrón, gruesa y pesada, de los ojos le caían lágrimas de dolor e impotencia.

– ¿Dónde está escondido el chico? –lo oyó rugir.

Lo escuchó retroceder, no alcanzó a entender por qué aunque lo imaginó dirigiéndose a un bolso grueso para elegir un elemento de tortura, pero estaba como a un metro, y ése era el momento, el corazón de Maggie latió con fuerza, se levantó utilizando como resorte una de sus piernas flexionadas, fue un movimiento muy grácil, mientras se levantaba, con la mano izquierda iba corriendo la cortina, imaginando como entraba la luz, calculó el centro de la ventana y se arrojó contra el cristal, sacudió la cabeza hacia adelante en el

momento preciso, haciendo estallar los vidrios por el impacto.

El húngaro intentó manotearla, con los ojos desorbitados de furia, pero Maggie ya volaba hacia el vacío, acompañada por una lluvia de trozos de vidrio. Quedó tendida en la vereda de la calle Lincoln, sobre los baldosones negros y blancos, con las manos atadas a la espalda y los ojos apuntando al cielo.

El asesino se retiró del edificio por la puerta del frente, llevaba un pequeño bolso negro de cuero. Se movió rápidamente entre la gente que gritaba y se amontonaba alrededor del cuerpo de Maggie. Dirigió una mirada de desinterés a la escena, sopesó sus herramientas de trabajo con algo de desagrado y se marchó pausadamente deteniéndose cada tanto en alguna vidriera de ropa.

* * * * *

Lyn	¿Y cómo te sentis?
------------	--------------------

Se arrepintió después de haber mandado el mensaje, no era la frase adecuada, acababa de contarle todo lo que había pasado, se le habían muerto los padres ¡Por Dios!, además ¡Asesinados!, ... estaba viviendo con una mujer del Servicio Secreto y metido en medio de una situación que no podía manejar, nadie podría. Y a ella se le ocurría preguntarle cómo se sentía, ella ya lo sabía, él estaba triste, embriagado de adrenalina, furioso y muerto de miedo.

Salteador	No muy bien. Te extraño.
Lyn	Si, ya lo se, tendríamos que estar juntos en este momento.
Salteador	Si, de verdad lo necesito.
Salteador	Me dormiría en tus brazos.
Lyn	¿Quieres venir? ¿Un rato?
Salteador	No, no parece conveniente. No quiero ni pensar en arriesgarte.
Lyn	¿Cuál es el riesgo? No saben quién soy.
Salteador	No, y quiero que sigan sin saberlo.
Lyn	Bueno. Pero me preocupo por vos. Quiero que estés fuerte. Se que me necesitás.
Salteador	Lo que necesito es saber que estás bien.
Lyn	¿Y cuánto más voy a estar sin verte?.

Salteador	No sé, recién estoy como despertando de un sueño, y en medio de mi confusión Maggie me esta guiando. Pero de a poco voy recobrando la cordura y pudiendo razonar. Más vale que empiece a despabilarme.
Lyn	No digas eso.
Salteador	Lo digo porque viví veintidós años sin saber quien era mi madre. Es insólito!!!!
Salteador	Además es muy triste.
Lyn	No sientas que te traicionó, en realidad te estaba protegiendo.
Lyn	De ella, de su pasado. ¿No ves?
Salteador	Si, ya lo sé.

Ella se mantuvo sin escribir unos segundos, no sabía cómo abordarlo, lo que pasaba era delicado, peligroso. No quería perder a Daniel, pero si lo conocía un poco, sabía que esto recién estaba por empezar. Y si se ponía pesimista, o tal vez realista, podía decir que tampoco había terminado para aquellos criminales, si tenían la pequeña sospecha de que Daniel podía dañarlos iban a tratar de quitarlo del camino. Sin dudar. Así crecían las grandes empresas, después de todo. Así se hacían los negocios.

Lyn	¿Lloraste?
Salteador	Si
Lyn	No quiero yo tener que llorarte ¿me entendés?
Salteador	Si
Lyn	No estoy segura de que me entiendas, tenés que andar con cuidado. ¿Esa tal Maggie te cuida?

Salteador	Como un perro guardián. Pero todavía no sé cuál es la historia de ella y mi familia.
Salteador	¿Te conté que la conoce mi tía Betty?
Lyn	¿Cómo?
Salteador	Si, esa fue mi reacción. No sé cuál es la historia, pero no quiere contarme. No importa mientras me ayude.
Salteador	Es una mujer increíble, da la impresión de que siempre sabe que hacer. Parece haber vivido en situación de riesgo toda su vida.
Lyn	Bueno, tal vez fue así.
Salteador	Probablemente.
Lyn	¿Te recuerda a tu mamá?
Salteador	¿Como podría? Nunca conocí esa faceta de la personalidad de mi mamá.
Salteador	De todas formas la imagino actuar muy parecida a Maggie. En realidad cuando la miro, a veces creo que ella esta aquí. Tratando de salvarme y de hacer justicia.
Lyn	Lo cual resulta complicado si sos el instrumento de la justicia.
Salteador	Estoy dispuesto a correr los riesgos.

Lyn desaprobó con la cabeza, y se alejó del mouse. Había problemas, problemas, problemas. Toda la vida se había complicado en unas horas. ¿Cómo reaccionar? ¿qué tenía que hacer Daniel? ¿olvidar todo e intentar una vida normal? ¿vengar la muerte de sus padres? ¿cómo? ¿averiguando la verdad y haciendo la denuncia? ¿y si iban tras él? ¿podía la fulana del USSS defenderlo? ¿qué podía hacer Maggie? ¿la ayudaría el Servicio Secreto?

Salteador	¿Estas ahí?
Lyn	Siempre. Pensaba algo. ¿Va a ayudarte el USSS?
Salteador	No sé, no se como funcionan esas cosas.
Lyn	¿Ella puede pedirles ayuda?
Salteador	No sé.

Lyn	¿Tenés plata en el banco? ¿algo para mantenerte ahora?
Salteador	Si, hay cerca de \$30000 en la cuenta, pero si me están buscando van a tener los ojos puestos ahí, en cuanto saque plata del banco, me localizan.
Lyn	¿Y vos crees que te están buscando?
Salteador	No sé, imagino que todavía no, aun no soy una molestia.
Lyn	Si, pero si saben que sos un hacker pueden imaginar que vas a traer problemas.

Salteador	Puede ser, pero también pienso que no van a matar a nadie porque sospechen que va a traer problemas, tal vez quieran matarme cuando me convierta en uno.
Lyn	Entonces no deberías convertirte en un problema.
Salteador	Esa es la idea, voy a investigar, sin exponerme.
Lyn	De todas formas, si te observan les va a ser fácil suponer que estas atrás de algo, desapareciste de tu casa.
Salteador	Bueno, pude ir de vacaciones.

Lyn	No creo que sean tontos.
Salteador	No, no son tontos, pero no van a matarme por las dudas.
Lyn	Igual cuidate, más que nunca.
Salteador	Es el plan.
Lyn	Manteneme al tanto, mandame mails contándome como va todo, si pasan dos días sin noticias tuyas voy a darte por muerto.

Lyn	Entonces sí van a tener que vérselas conmigo esos hijos de puta.
------------	--

Lyn adivinó una sonrisa en la cara de Daniel al leer el último párrafo, pero realmente estaba preocupada, si no recibía noticias de él podía enloquecer de incertidumbre.

Lyn	Si la idea de Maggie es que mañana se mudan a otro lugar, creo que deberías aprovechar para sacar plata de un cajero hoy mismo.
Lyn	¿Estas ahí?
Salteador	Si, todavía.
Lyn	¿Te pasa algo?

Se maldijo, otra vez la frase inadecuada.

Salteador	No sé, Maggie no llegó. Debía estar acá hace tres horas. Estoy pensando que tres horas es mucho tiempo.
Lyn	Tranquilo, ya va a venir.
Salteador	No estoy tranquilo, estoy nervioso. Me parece que no puedo ignorar más la situación.
Lyn	¿Cuál?
Salteador	Creo que le pasó algo.

Lyn	No, ya va a llegar, tené paciencia.
Salteador	La paciencia puede ser pereza, no quiero morir.
Lyn	¿Estás bien?
Lyn	¿Estás bien?
Salteador	Tengo miedo, estoy temblando de pies a cabeza.

Lyn	Solo estas asustado. Es normal en esta situación.
Salteador	El miedo es mi aliado, tengo que tomar precauciones.
Lyn	¿Que vas a hacer?.
Salteador	Me voy. Es lo que tengo que hacer, Maggie ya no viene.
Lyn	No sé si es lo mejor, tendrías que esperarla.

Salteador	No, se acabó el tiempo. Si espero estoy muerto. ¿Qué pasa si la mataron? ¿Qué pasa si vienen para acá?
Lyn	¿No tenés forma de comunicarte?
Salteador	Estoy marcando el número del celular desde hace media hora mientras charlamos. No lo atiende
Lyn	¿Estas seguro de que marcás el número correcto?
Salteador	Muy seguro. Me voy.

Lyn	Adónde??? No hagas locuras.
Salteador	Demasiado tarde, veintidós años tarde.
Lyn	¿Es una broma o qué? Estoy Nerviosa!!!
Salteador	Necesito que me ayudes. Comunícate con Rob, contale todo, decile que esté preparado, en cuatro horas le toco timbre para pasar a buscar tu notebook.
Lyn	¿Querés que se la lleve a él?

Salteador	Si, pero antes cargale todos los programas que usamos.
Lyn	Están cargados casi todos, la reviso y se la llevo.
Salteador	Entonces te doy tres horas, en tres horas paso por lo de Rob. Cuando yo llegue quiero que ya no estés.
Lyn	Quiero verte.
Salteador	No, es peligroso. Voy a sacar plata del banco. Después voy para allá. Por favor no estés.

Lyn	Bueno, no voy a agregarte otra preocupación.
Salteador	Lyn, yo me comunico, te lo prometo.
Lyn	Más vale que así sea. Sino voy a matarte yo misma.

Lyn supo que Daniel reía.

Lyn	Cuidate.
Salteador	Sí.
Lyn	Cuidate !!!!
Salteador	Sí.
Lyn	¿Qué vas a hacer, adónde vas a ir?

Salteador	Todavía no sé, pero tengo una idea para ir desarrollando.
Lyn	¿Cuál?
Salteador	Voy a hackear Magafield.
Lyn	¿Pensaste algo?
Salteador	Si, en improvisar sobre la marcha.
Salteador	Voy a extrañarte.
Lyn	Te necesito.
Salteador	Te amo.
Lyn	¿Estás seguro de lo que vas a hacer?
Salteador	No, no todavía.

Salteador	Me voy. No te olvides de lo que te pedí.
Lyn	No te olvides de avisarme que estás bien.
Salteador	Te amo.
Lyn	Yo también.

Lyn leyó en su pantalla que Salteador se había marchado del canal. Secó sus lágrimas con velocidad, no había tiempo para llorar, buscó su notebook y comenzó a revisar los programas de hacking.

CAPITULO VI

Rob se sorprendió al ver a Daniel frente a su puerta, no porque no lo estuviera esperando, Lyn ya lo había puesto al tanto de la situación, sino porque tomó conciencia de lo que sucedía en ese preciso momento, se lo transmitió la mirada de su amigo, no estaba desalineado pero lo parecía, no estaba mal vestido sin embargo daba la apariencia de un vagabundo, estaba sin afeitarse, pero no era eso lo que lo hacía verse tan desanimado. Era el cansancio que traía consigo, y el cansancio era fruto del peso que cargaba, de los nervios acumulados.

Jamás se lo preguntó, no necesitó hacerlo, pero supo que le dolían los músculos de todo el cuerpo, que sentía la cabeza hincharse en las sienes y que se habría dormido con facilidad, de no ser porque su mente parecía una radio mal sintonizada, donde varias voces se entremezclaban, sin poder hilar una frase coherente.

– Adelante, Daniel –lo invitó algo ansioso, tal vez contagiado por su visita– pasá y vamos a mi pieza.

Daniel asintió sin hablar, siguió al dueño de casa por un pasillo hasta su habitación. Robert vivía con otros dos compañeros, cada uno tenía su cuarto y ambos estaban durmiendo, no quería despertarlos, cuidaban mucho las normas de convivencia. Lo cual era un alivio para Rob, quien de tan pulcro y obsesivo por el orden y las normas varias veces había recibido el mote de insoportable.

Rob era quien pagaba el alquiler del lugar, él tenía un contrato y la obligación de responder por la renta, los otros habitantes eran circunstanciales, Rob estaba tranquilo sabiendo que podía echarlos cuando le viniera en gana, si veía que no se adaptaban a las reglas del hogar. En realidad le molestaba la compañía, mucho más cuando traían a esas niñas gritonas que se quedaban a dormir. Pero necesitaba subalquilar las habitaciones para poder acrecentar sus ahorros, aquella idea le obligaba a hacer algunas concesiones a su forma de vivir.

El cuarto de Rob era casi un centro de cómputos, tres computadoras, scanners, impresoras, cámaras digitales, cámaras fotográficas, libros, muchos libros, una cama ancha y larga para el ancho y largo cuerpo de Rob, un estuche de lentes de contacto junto a un pequeño espejo y la solución salina, y los lentes para la PC apoyados contra el monitor de la máquina principal. En un rincón había placas y componentes electrónicos, algunos microprocesadores, motherboards, y memorias RAM junto a destornilladores de todos los tamaños.

Todo eso, por supuesto, con la distribución más prolija posible.

Robert se sentó en la silla giratoria mientras que Daniel se acomodó en la cama. Notó que desde que había llegado mantenía los puños apretados. Estudió su expresión fugazmente mientras se acercaba con la silla hasta la cama. Se lo veía más viejo. Casi como de su edad, la expresión siempre fresca de su rostro ya no estaba, y no es que Rob lo hubiera visto muchas veces, eran amigos desde hacía más o menos dos años y se habrían visto en diez oportunidades, pero Rob era muy bueno con los rostros y no miraba profundamente a la cara prácticamente a nadie, su timidez no se lo permitía.

–¿Como estás? –fue lo único que le salió preguntar. Daniel miraba la alfombra del piso desde que se había sentado, le hizo recordar a Robert la vez que había perdido una lente de contacto y tuvo que concentrar durante un buen rato la vista en el suelo para recuperarla. Pero Daniel no buscaba recuperar nada, él ya lo había perdido todo.

– Mal. Pero vivo. –suspiró– Con algunos planes rondando mi cabeza. No puedo equivocarme ahora.

– No vas a equivocarte –a la mente de Robert llegó la imagen de la vez que hackearon al gobierno, era un lugar sin riesgo para ellos, no era un sitio con información, pero era solo el hecho de aventurarse contra EEUU y de pensar en las represalias, cuando el castigo amenazaba ser grande podían sentir la adrenalina correr por el cuerpo. Sabían que era una idiotez y no volvieron a hacerlo, pero el hecho fue que Daniel estuvo genial. No dudó un segundo y controló sus nervios admirablemente.

Daniel dio una rápida mirada a las máquinas que tenía en frente.

– Ese Router es nuevo –advirtió.

– Si. –asintió Rob observándolo con algo de pena– tengo también tu notebook. Terminé de cargarle cosas que Lyn no tenía.

– ¿La dejaste a punto?

– Es el arma perfecta. Nunca hubo una máquina tan completa.

Daniel se recostó en la cama, no pudo evitarlo, en otra ocasión hubiera pedido permiso para hacerlo, pero ahora mandaban los instintos. Y el de conservación era el dominante. Se sentía seguro allí. Nadie podía encontrarlo. Aunque tenía claro que iba a marcharse por la mañana. No quería arriesgar a nadie.

– Tengo además otro bolso para que te lleves –continuó Rob señalando un pequeño bolso de cuero marrón– tiene algo de ropa mía. Probablemente te quede grande, pero vas a poder usarla. Es ropa interior –sonrió– bien lavada, por supuesto. Y dos camisas. Lo lamento, no uso remeras. Y menos rosa –dijo haciendo referencia a la vestimenta de Daniel, tratando sin mucho éxito de hacer

sonreír a su amigo— también hay medias, y un pantalón de jean.

– Gracias. Me va a servir.

– ¿Adónde vas?

– Todavía no sé. A un hotelucho supongo.

– No –buscó algo en el cajón de su mesa de luz, cuando lo localizó se lo extendió a Daniel con vehemencia.

– ¿Y estas llaves?

– Una casa en Key West, te va a gustar. Esta frente a la playa.

– ¿Tuya?

– Si, bueno ... de mis padres.

– ¿Y no están?.

– No, es para descansar, y ahora están en plena actividad. No van a usarla. La casa está cerrada. Vos vas de noche, entras y te acomodas. Te aconsejo que no enciendas las luces ni dejes abiertas las ventanas. No des muestra de que estas ahí y no va a haber problemas, es imposible que te localicen.

Daniel tomó las llaves con gratitud y las guardó rápidamente el en bolsillo del pantalón.

– Te anoto la dirección en un papel, es fácil llegar pero tendrías que hacerlo a pie. No es bueno que un taxi te deje en la puerta.

Daniel clavó su vista en el papel durante diez segundos. Luego lo rompió en pedacitos pequeños y se levantó para depositarlos en el cesto, debajo del escritorio.

Rob también se incorporó y apoyó una mano sobre el hombro de Daniel.

– ¡Hey! –le dijo seriamente– No quiero que te pase nada. ¿Ok?

Daniel arqueó hacia abajo la boca y abrazó a Rob en un gesto desesperado por evitar romper en llanto. Robert lo abrazó con fuerza, palmeándole la espalda. En esos momentos a Rob le parecía importante no mirar directamente al rostro de su amigo para evitarle la vergüenza del llanto.

– Todo va a ir bien –aseguró Daniel luego de un rato, más para sí mismo que para tranquilizar a Rob.

– Por supuesto que sí. –estaban serios.

Ambos volvieron a sentarse en sus lugares. Pensativos.

– Puedo ayudarte con el hackeo.

– No Rob, gracias. Voy a hacerlo solo.

– Pero quiero ayudarte.

– No, no voy a exponerte.

– Pero puedo ayudarte sin exponerme. Es difícil hacer todo solo, podés necesitar una segunda opinión. O alguna idea genial.

- Gracias – aceptó – Te prometo que si te necesito te mando mail.
- Bueno, es un pacto.
- Claro.

Daniel volvió a recostarse, esta vez cerró los ojos.

Robert se lo quedó mirando, pensando cómo ayudarlo.

– Hay algo más que podés hacer –dijo Daniel leyendo la mente de Rob, no abrió los ojos, permaneció inmóvil– ¿Todavía conservás el documento que encontraste en Rollmex.

– Si –Rollmex era una empresa que habían hackeado hacía más de un año, para averiguar números de teléfonos y otros datos, Rob había revisado la basura de la compañía y allí había encontrado una billetera, probablemente perteneciente a la víctima de un robo, había documentos en ella y otros papeles, Rob había guardado el documento pensando que podía servirle en alguna oportunidad.

Daniel sacó la billetera del bolsillo y la extendió a su amigo.

– ¿Podrías pegarle mi foto?

– Si claro –dijo. Era una buena idea tener otro documento para moverse tranquilo, además si mal no recordaba, el mismo correspondía a una persona de unos treinta años. Daniel no aparentaba los treinta, pero podría pasar. Hay mucha gente que no representa su edad. Sabía que Daniel le daba a él esa tarea porque era mucho más cuidadoso para las actividades manuales.

Se entretuvo alrededor de media hora buscando el documento y dejándolo presentable. Cuando terminó no pudo mostrarle el resultado a Daniel pues ya se había dormido. Lo guardó en la billetera, faltaba poco para el amanecer. Fijar la vista le había dado sueño. El también cerró los ojos.

* * * * *

Se marchó a las diez de la mañana. Desayunó en un Mac Donald, en el Miami Downtown. Mientras comía unos waffles iba garabateando en un cuaderno que le pidió a Rob el diseño de lo que sería su plan de ataque a Magafield Data. Pero primero necesitaba recabar algo de información.

Entró a un ciber café sobre la calle Flagler, eligió el lugar en forma estratégica, todo lo que necesitaba estaba a metros de distancia entre los cientos de negocios de venta de electrónica y los miles de turistas europeos y sudamericanos que caminaban como autómatas, absortos en las vidrieras y en los precios económicos que para el mercado internacional Miami ofrecía.

Acomodó los bolsos debajo de la silla y pidió un café negro. El primer

paso fue entrar a la página de Magafield, estaba bien armada, con muchos objetos con movimiento y efectos prolijamente ensamblados. Era importante la página de presentación de una empresa, allí podían encontrarse los teléfonos, direcciones de e-mail y algunas veces hasta los nombres de los empleados a quienes contactar para distintos asuntos. Pero en realidad lo que Daniel pretendía averiguar principalmente, aunque todo tipo de información secundaria podía ser útil, era la dirección física del centro de cómputos. En la página había tres direcciones posibles de centro de cómputo, una en Orlando, otra en Boston y otra en New York. Daniel sabía que la página de Internet estaba alojada en un servidor en el centro de cómputos principal. Los otros centros eran solamente de asistencia local, una suerte de soporte técnico para las oficinas cercanas y otra posibilidad de comunicación cuando las líneas estaban congestionadas. Bajó a diskette todo lo que le pareció de interés, luego buscó la página de Internic, antiguamente hubiera usado Telnet, pero para qué complicarse si ahora había una página mucho más cómoda para cumplir con la misma tarea. Seleccionó la opción Whois, luego tipeo el dominio sobre el cual quería investigar:

Whois Server Version 1.3

Domain names in the .com, .net, and .org domains can now be registered with many different competing registrars. Go to <http://www.internic.net> for detailed information.

Domain Name: MAGAFIELD.COM

Registrar: NETWORK SOLUTIONS, INC.

Whois Server: whois.networksolutions.com

Referral URL: www.networksolutions.com

Name Server: MAIL.MAGAFIELD.COM.AR

Name Server: NS.MAGAFIELD.COM.AR

The Registry database contains ONLY .COM, .NET, .ORG, .EDU domains and Registrars.

Ahora sabía el nombre de los servidores de Magafield, cambió al programa traceroute para averiguar el camino que podía seguir la comunicación si mandaba un mensaje a los servidores que había obtenido, sabía que podía haber resuelto el problema con una llamada telefónica, pero no lo consideró necesario, también sabía que podría haber utilizado la notebook para aquel primer relevamiento de información, pero era complicado conseguir una línea donde conectarse y por eso prefirió el ciber café.

```
1 173 ms 155 ms 174 ms host23.200.61.128-ifxnw.com [204.130.128.23]
2 173 ms 174 ms 176 ms host1.200.61.128-ifxnw.com [129.61.128.1]
3 201 ms 198 ms 176 ms nap-emergingS3-nap2.telihost.net [201.51.79.53]
4 175 ms 200 ms 174 ms eth-nap-metrox.tampa.t3.uurtt.net [200.16.203.35]
5 171 ms 174 ms 176 ms napTE-STM1-npcR03-tldR01.orlando.t3.uurtt.net
[200.49.65.165]
6 * * * Request timed out.
7 * * * Request timed out.
8 192.25.134.189 reports: Destination net unreachable.
```

Bueno, había averiguado un par de cosas más, definitivamente la comunicación no se había desviado ni a Boston ni a New York, en cambio estaban Tampa y Orlando en el camino. Con lo cual daba como un hecho que el centro de cómputos estaba en Orlando. En realidad tenía lógica, Orlando no solo era el centro mundial de la diversión infantil, no solo había parques de diversiones, también había parques tecnológicos, por empezar se había instalado allí la empresa Oracle, el gigante del software, con sus espectaculares edificios en forma de base de datos. Luego otras empresas de informática la habían seguido.

También había averiguado que había un Firewall, una protección anti intrusos en el servidor NS.MAGAFIELD.COM.AR, lo cual era obvio aunque siempre era cauto confirmarlo. Esto se lo había transmitido la última línea que avisaba que no había podido llegar a destino. El t3 en las direcciones le estaba indicando que eran routers de una red principal de la misma empresa.

Bajó todo a cds, tomó el café y salió a la calle. Compró pegamento, lapiceras, papel, tijera, cinta adhesiva, abrochadora y ganchos en una librería. Pasó por el banco y cerró la cuenta, retirando el efectivo. Al salir apuró el paso, mirando nervioso a los costados, entró a una tienda de spy products y compró una cámara en miniatura. Era increíble las cosas que estaban al alcance de cualquiera. Caminó un par de cuadras y subió a un ómnibus.

Repasó en su mente la dirección en Orlando.

CAPITULO VII

La ciudad de Orlando lo recibió en su Aeropuerto con la festividad y alegría que resultaba habitual, Daniel había estado allí unas cuatro veces en su vida, la última hacía ya unos diez años.

Siempre le había resultado agradable el clima y el colorido de la ciudad, alquiló un auto en Hertz para moverse durante la semana que suponía permanecería en el lugar. Era un Honda tamaño mediano de un color azul metalizado, nada pasaría más desapercibido.

Le costó un poco guiarse a la salida del aeropuerto de Orlando, siempre costaba salir de allí, la última vez con Adrián al volante, habían perdido cerca de quince minutos buscando la salida correcta mientras su mamá no paraba de burlarse.

Ya en camino, en la Interestatal 4, aceleró la marcha todo lo que el tránsito le permitió mientras centenares de carteles con invitaciones a distintos parques surcaban la ruta como halcones en vuelo bajo frente a sus ojos.

Un sobredimensionado Arnold-Terminator lo animaba a visitar los Estudios Universal, lo cual parecía una excelente idea para los cientos de miles de turistas que continuamente visitan la ciudad. Podía verlos en sus camionetas 4X4 alquiladas por dos semanas, con decenas de chicos reventando el vehículo y señalando con fascinación a todos y cada uno de los carteles de publicidad.

Sin duda los tradicionales de Mickey con el castillo de la Cenicienta detrás y la luciérnaga de Peter Pan eran de los más festejados. Aquella imagen y el recuerdo fugaz de su familia casi arrancan una sonrisa en el ahora pétreo rostro de Daniel. Le costaba compartir la alegría de la ciudad de Disney y contagiarse de su fantasía. El tenía otros propósitos no tan ligados a la distracción aunque si cargados de la misma intensidad y aventura que los juegos propuestos en los parques.

Se desvió de la Interestatal 4 justo debajo de un cartel del Animal Kingdom. Paseó un poco por el centro de Orlando, en la zona donde estaba la llamada vieja estación y buscó un hotel algo económico para descansar del vuelo.

Pagó cincuenta dólares por la habitación lo cual se le antojó algo elevado dada la categoría del hotel elegido, como sea, tenía desayuno y le evitaba el costo adicional de seguir buscando alojamiento, un viejo profesor de economía

de la universidad había llamado una vez ‘costo hundido’ a aquel necio costo adicional. Y Daniel no se consideraba necio. Para registrarse dio el nombre de su documento falso, no sin un rasgo delator en la mirada mientras dudaba de la congruencia entre que decía y lo que estaba escrito en el documento.

Había algunas cosas para resolver en forma si no inmediata lo más rápido posible. El estaba allí para hurgar en la sangre misma de la empresa Magafield Data, para ello necesitaba resolver el planeamiento de algunas etapas: Reconocimiento, Definición de estrategia de relevamiento, Planificación de la estrategia de relevamiento y Relevamiento propiamente dicho. De esta forma podría llegar al deseado momento de analizar la información relevada para encontrar la palabra mayor en el crucigrama que estaba jugando.

El término sangre no aparecía en su mente en forma figurativa, era tan literal como el sentido común lo permitiera, Daniel sabía que su tarea era demasiado parecida a la del veterinario que debe extraer una muestra de sangre de un león en el llano africano, y con la incapacidad de dormirlo previamente.

Lo más difícil de lastimar a la fiera para obtener información acerca de ella era el evitar que la misma se volviera furiosa contra su agresor, lo mejor que podía hacerse para evitar el mal momento (y probablemente salvar su vida) era lograr la ignorancia completa de la situación por parte de la bestia.

Difícil, si. Imposible, no todavía. La lista de cosas imposibles de Daniel se achicaba permanentemente a medida que la inteligencia de su padre se fusionaba con la valentía materna. Por Dios, había mamado ambas cosas en forma inconsciente o no tanto durante veintidos años. No había heredado algo sino mucho, lo sabía, se creía capaz de bastante más de lo que él mismo suponía.

Daniel había hecho un test de inteligencia hacía ya algo así como tres años, en el departamento de Orientación Vocacional de la Universidad. El test estaba destinado más que nada a la inteligencia lógica y había arrojado un total de 138. Era un número bastante bueno, cinco de cada mil personas en el mundo tenían un IQ de 138. Pero ese test no evaluaba muchas otras cosas fundamentales, como la velocidad de respuesta en situaciones límites, la inteligencia ante un acertijo más social que lógico o la habilidad para la elaboración de un modelo que respondiera lo más acertadamente a una situación real, que permitiera una abstracción precisa y que proporcionara las herramientas para controlar las variables del sistema a analizar.

El sol del paralelo 20 iluminó su figura al salir de la habitación para montar otra vez el Honda, el aroma similar al jazmín de unas flores pequeñas y blancas que brotaban como motas en una cabeza morena le limpió los pulmones. Notó que las flores estaban realmente bonitas y limpias, casi tan impecables como él cuando acudía a la escuela primaria en Buenos Aires, con su

delantal blanco abotonado adelante, con grandes bolsillos donde guardaba con comodidad la copa de leche que la escuela repartía a cada uno de los niños.

Se dijo que las flores estaban frescas y vitales a causa del tronco grueso que apenas se divisaba tras ellas y que les proveía el alimento, y de alguna forma sintió una incipiente envidia por aquellas flores.

A su mente volvió la analogía del veterinario, pensando esta vez que si avanzaba entre los árboles, cubierta su vestimenta de ramas y hojas secas, quizás con un uniforme militar camuflado, entonces sería más fácil acercarse al león, para estudiar sus movimientos. Recién entonces podría decidir cuál era el mejor método para cumplir su misión. Y Daniel, al igual que aquel veterinario sabía, que no había un manual escrito para dicha tarea.

Detuvo el vehículo en un Mall de la calle 35 por el cual pasarían los viajantes camino a Chisimire. Ya había estado una vez y le habían comprado un excelente conjunto de Joggin con una remera azul sin ningún distintivo de Mickey. Era justo lo que quería.

Esta vez no buscaba ropa deportiva sino un traje, en lo posible color gris. Consiguió uno de tela liviana acorde a la temperatura del lugar y bastante elegante. Lo combinó con una camisa blanca de Dior y una corbata con tonalidades de amarillo y algunas pintas beige.

No le gustaron los zapatos que encontró pero de todas formas compró un par de mocasines negros bien lustrosos, de aquellos que solo duran una temporada y luego comienza a despegarse la suela. Completó las compras en otra tienda con un pantalón de vestir beige de tela bien liviana y de talle apretado. También compró en el mismo lugar un par de medias negras. Todo lo pagó en efectivo, metió los paquetes en el Honda azul y volvió a su habitación.

A la mañana siguiente desayunó en el hotel, el alimento no le pareció muy bueno pero sí abundante, de todas formas no consumió demasiado, solo estaba haciendo tiempo para partir hacia su blanco, en realidad bajó al desayuno demasiado temprano, vestido como para ir a un casamiento, con rostro fresco pero que denotaba pocas horas de sueño, estaba despabilado y atento, aunque el cansancio latía detrás de sus ojos como un programa corriendo en background.

Cuando el reloj marcó una hora prudente partió hacia la empresa, supuso que cualquiera que hubiera observado sus movimientos en el hotel debería haber conjeturado que estaba de paso en la ciudad y solo por negocios. El traje típico de trabajador de oficina con algo de nivel, tal vez un ingeniero recién recibido, los bolsos pequeños donde traía solo el equipaje necesario y probablemente una PC portátil. Decidió que no estaba llamando la atención.

Detuvo el auto en el estacionamiento exterior de Magafiel Data. Bajó la ventanilla a expensas de recibir el azote del viento caliente de Orlando que

parecía levantarse desde el asfalto, y se tomó un tiempo para estudiar la estructura edilicia de su enemigo.

Geométricamente la edificación podía compararse a un cubo no exacto, digamos más largo que alto, con una terminación en forma de tubo, o de semicono en forma posterior, es decir sobre el final del cubo se erguía una torre que se afinaba hacia lo alto y donde Daniel supuso residía la gerencia media de la organización junto con la alta dirección.

Daniel recordaba haber visto dibujos de tipos de organizaciones donde siempre se utilizaba la figura en forma de pirámide para representar la cantidad de personal en los distintos puestos jerárquicos, de manera que en la cúpula solo había uno o un directorio y en la base estaban los operarios y empleados rasos. Magafield parecía haber entendido el gráfico en forma más literal, como si el mismo edificio acompañara a la estructura de la organización.

Toda la construcción estaba cubierta de vidrio en cuanto a los límites con el exterior, salvo la parte superior del cubo, la base y el tronco de aquella “chimenea” gigante, el vidrio volvía a aparecer cuando ya se había superado la mitad de la altura del edificio.

En aquella parte de concreto crudo deberían estar ubicadas las zonas claves de la organización, es decir el repositorio de datos y documentación, el área de digitalización y el centro de cómputos. Este último era el único que a Daniel le interesaba en realidad.

La razón del concreto era probablemente la de ocultar una delgada capa de plomo, se utilizaba como campana de Faraday para evitar la emisión de ondas electromagnéticas más allá de las paredes de la empresa, de otra forma, aunque era difícil, podía utilizarse la idea de Van Eck y “escuchar” las transmisiones de los monitores de las computadoras para reproducir su imagen a unos cuantos cientos de metros de distancia.

Decían que los corredores de bolsa utilizan esa técnica (Tempest) para averiguar información de los bancos, solo necesitan una camioneta en la puerta y un equipo relativamente barato.

La parte recubierta de vidrio evidentemente eran oficinas administrativas que no manejaban información confidencial, demás estaba decir que el vidrio era sumamente opaco, prácticamente negro desde el exterior, apenas podía divisarse la luz de un foco prendido cerca de la pared.

El estacionamiento era amplio, estaba pensado para los empleados y los visitantes, Daniel estimó en base al mismo y a la estructura edilicia que aproximadamente habría unas cuatrocientas personas en planta, circulando como hormigas en tremenda madriguera. Se acomodó el traje de hormiga gris y avanzó decidido hacia la puerta principal.

Mientras se acercaba estudió las inmediaciones tratando de detectar algún depósito de basura además del compactador que había visto desde el auto cuando rodeó el edificio buscando la entrada. Al parecer no había otro compactador ni tampoco otro depósito de residuos. Una verdadera lástima, a Daniel le atraía con emoción enfermiza revolver los desechos de los empleados de oficina, como él lo veía eran una inacabable fuente de información acerca de todo tipo de cosas: fechas, reuniones, política de personal, cultura organizacional, sucesos internos, eventos, disconformidades, etc. Todo aquello constituía las herramientas básicas del hacking y resultaban de un valor incalculable.

Compactando la basura Magafield Data enviaba un mensaje diciendo que ya conocía aquella situación, que comprendía el valor de sus desperdicios y que los protegía casi tanto como a la información confidencial de sus clientes.

Daniel se rascó el mentón algo preocupado mientras cruzaba la puerta principal y lo recibía un hall de entrada muy luminoso y confortable. La sangre del león era muy importante, pero también podía haberlo sido su excremento.

No importa, se dijo. Puede revolverse el excremento desde el intestino mismo. Lo importante es estar dentro.

Consultó su reloj pulsera, y buscó con la mirada los sillones de la recepción, eran de cuero negro y muy amplios. Se acomodó allí simulando esperar alguna cita. Una mujer de ojos rasgados vestida con un trajecito negro estaba sentada en el sillón de enfrente, lo observó algunos segundos apáticamente y regresó al limbo de donde provenía.

Aquí estoy bien, se dijo, seguro de que se veía tan natural como debería. No quiso observar con mucha insistencia a los guardias de seguridad de la puerta, pero notó que había pasado desapercibido.

El piso era de baldosas anchas color gris casi plateadas, lo cual le daba al recinto un aire de película de George Lucas. El estaba paralelo a la entrada, calculaba que a treinta metros a su derecha estaba el Honda azul estacionado. Cerca de él había otros sillones en un nivel más elevado, con una barra, daba la impresión de que se usaba para eventos especiales pero éste no era el día porque la barra estaba vacía y sin luces y no había nadie en los asientos.

A la izquierda de la puerta de entrada había un pasillo que según las señales en un pequeño cartel llevaba hasta los toillettes de damas y caballeros.

En el frente había un mostrador, con dos guardias charlando del fútbol del fin de semana, probablemente en forma eterna y constante.

Próximo al mostrador había un arco de metal fácilmente identificable como un detector de metales.

Daniel se quedó en esa idea, los empleados no podían llevar al trabajo ni sacar de él nada que fuera metálico. Una importante medida de seguridad, para

una importante empresa de seguridad. Supuso que los empleados estaban acostumbrados a ello, aunque le costó imaginarlo.

Más allá del detector de metal había un molinete que probablemente solo funcionara a partir de la utilización de una tarjeta magnética. Era cuestión de pasarla por la ranura para que el brazo mecánico permitiera el paso. Hasta probablemente se bloqueara el acceso si sonaba la alarma de metales.

Si lograba pasar el molinete estaba adentro, se veía el nacimiento de un pasillo a la izquierda donde seguramente había ascensores para dirigirse al piso de destino.

Un hombre prematuramente calvo entró al edificio por la puerta principal, Daniel aprovechó para observar el ritual de entrada, vio que esta persona llevaba la tarjeta magnética en la cintura, pendiendo del cinturón y que dicha tarjeta tenía impreso lo que le pareció el nombre, cargo y fotografía del dueño.

El hombre calvo pasó por el detector de metales con la velocidad de quien efectúa la misma operación varias veces por día. Se detuvo y miró a los guardias, no, no a los guardias, ... más arriba, ... había una cámara. No la había visto antes, todo aquel que entraba al edificio quedaba filmado en primer plano. Bueno, era algo obvio después de todo, pensó. Solo le llamó la atención que los empleados tuvieran tan asumida la necesidad de mirar hacia allí cada vez.

El calvo avanzó hasta el molinete y asomó su tarjeta hasta un lector sin quitarla del cinturón. Muy cómodo. El molinete le cedió y el paso y el empleado se perdió en el pasillo de la izquierda.

Hubo algo antes, cuando pasó la tarjeta los guardias de seguridad miraron hacia abajo del mostrador, ambos.

¿Que les llamó la atención debajo del mostrador?

Daniel esperó la llegada de otro empleado para verificar el comportamiento pero esta vez entró alguien que debía haberse identificado como visita. Los guardias lo detuvieron unos cinco minutos en el mostrador (previo paso por el detector de metales donde debió vaciar sus bolsillos hasta localizar al bolígrafo causante del sonido de alerta) le pidieron que mirara la cámara y movieron sus brazos en forma muy familiar por debajo del mostrador, estaban tipeando una computadora, eso seguramente era lo que habían mirado antes cuando entró el calvo, la pantalla de la computadora ¿para que? Para verificar que el rostro que aparecía en el monitor correspondiera con el de la persona que entraba. Motivo: Hacer imposible la falsificación de las tarjetas tal como había sido falsificado el documento que hoy llevaba en la billetera.

Si A entraba al edificio con la tarjeta de B, en la pantalla de la PC aparecía el rostro de B y no el de A, más allá de la imagen impresa en la tarjeta.

El invitado pasó el molinete y contrario a lo que Daniel esperaba no dobló

a la izquierda hacia los ascensores sino que se dirigió a una PC que estaba conectada a un tablero electrónico con el dibujo de la distribución de oficinas. Algo así como lo que podemos utilizar en los subterráneos cuando necesitamos localizar una estación. Unas luces se encendían marcando el mejor camino para llegar hasta el señor X, esto simplemente pasando la tarjeta de entrada que indicaba a quién se iba a visitar.

Daniel notó que aparecía en el cartel luminoso el nombre de la persona para que se pudiera verificar que la carga por parte de los guardias hubiera sido correcta, y el mencionado camino (piso, número de oficina, ascensor a tomar y puertas a atravesar).

El joven sentado en el hall de entrada sacó del bolsillo interno del traje una agenda de papel y un lápiz de los que funcionan con mina y hay que presionar un botón para que la mina aparezca. Se dispuso a anotar adoptando una postura como si estuviera elaborando algo en su mente. Cualquiera lo hubiera visto como una visita paciente sin autorización para entrar y muy compenetrado en sus anotaciones hasta que su cita (probablemente una mujer) se dignara a bajar por él.

Lo que no cualquiera y mucho menos los guardias habían visto ni verían jamás era que el lápiz de Daniel había sido comprado en la tienda de Spy Products y que mientras simulaba acomodar la mina estaba fotografiando el cartel de los nombres y las ubicaciones de los empleados cada vez que una visita entraba durante toda la hora que se alojó en ese sillón.

Debió marcharse cuando se cumplió la hora para no despertar sospechas, llevaba consigo una docena de fotos, de nombres y una idea concreta del sistema de seguridad de entrada al edificio.

Volvió hacia el hotel, a repasar las combinaciones posibles de movimientos, tal como un ajedrecista experto repasa las jugadas en su mente antes de tomar una decisión.

Al llegar al cuarto del hotel se quitó el traje con una violencia que lo sorprendió. Estaba sofocado, todo transpirado y molesto. No era el calor, en realidad no lo había sufrido tanto, en el auto se estaba bien y Magafield sabía cual temperatura era más cómoda para el correcto desempeño laboral de sus empleados. El sudor se debía a nervios, no podía contenerlos y había temblado insistentemente todo el viaje de vuelta. Su mente había estado tan centrada en la violación del sistema de seguridad de Magafield que ni siquiera recordaba cómo había manejado hasta el hotel. Debía frenar un poco tan alocada marcha o el corazón no resistiría la sobrecarga.

Se tiró en la cama unos veinte minutos, dibujando con la mente en el aire

esquemas posibles de intrusión. Recién había llevado adelante la primera etapa, el reconocimiento del problema. Pero le faltaba información. Mucha información. No tenía ni idea de los sistemas internos de seguridad.

Había confiado que revolver la basura podía proporcionarle datos pero la idea se había diluido en el compactador. En realidad nunca había realizado una intrusión física, lo más que se había acercado a una empresa víctima era lo indispensable para revolver la basura. Por lo general su metodología de rastreo de información para hacking constaba de ingeniería social. Así llamaban a lo que podía averiguarse socialmente, mediante llamados telefónicos, algo así como “soy del departamento técnico, tenemos un problema con su clave, deberá cambiarla, dígame la clave anterior y la nueva por favor. Gracias la habilitaremos a partir de mañana”

En realidad nunca resultaba así de sencillo pero podía hacerse sin dificultad en todo tipo de empresas. Casi todo tipo de empresas. Magafield Data era una compañía dedicada a la seguridad de datos. En ese tipo de institución los empleados estaban advertidos de las técnicas de ingeniería social y cargaban con una responsabilidad muy grande si revelaban su clave o algún otro dato comprometedor a alguien ajeno a la empresa, tanto si era intencional como si no.

En estos casos la ingeniería social se volvía muy difícil y si era descubierta la intención de obtener una clave o alguna forma de entrada al sistema informático entonces corría la alarma y se acentuaban las medidas de seguridad. Además la intención de Daniel era una sola: Obtener información técnica acerca del sistema informático que su padre investigaba, en realidad quería acceso a los manuales del mismo. Dichos manuales muy probablemente estuvieran en la computadora del gerente responsable del proyecto. Podía averiguar el nombre del gerente indagando quizás allí sí con ingeniería social en la consultora donde trabajaba Michael. Pero siempre era un riesgo. Sobre todo teniendo en cuenta la susceptibilidad de quien quiera que fuese, que no reparaba en vidas humanas con tal se conseguir sus fines.

Daniel consideró más acertado tratar de conseguir una clave en el centro de cómputos, que aunque sin grandes permisos le permitiera moverse por la red, y allí comenzar hasta llegar a la maquina con la información. Fuera de quien fuera.

Pero esto no resultaba tan sencillo como: desde el living de su casa, conectar un modem a su PC, marcar un número de teléfono y deducir una clave de 14 o 16 dígitos con solo tres posibilidades de error. Lyn reía con ganas cuando veía en las películas a los pseudo-hackers violar sistemas de seguridad sin jamás explicar cómo, o visualizar claves como el mejor de los clarividentes.

Y por supuesto jamás tener en cuenta que hay millones de máquinas no conectadas más que a su propia red, inalcanzables a través de un modem, y obviamente no decir jamás que existen firewalls prácticamente inviolables.

La movida debía ser una, y hacer el menor ruido posible, de otra forma el león se daría vuelta para cazar a quien quería llevarse aquellas gotas de su sangre.

Conectó el lapiz-cámara digital a la portátil y comenzó a bajar la información obtenida, eran solo nombres y ubicaciones de las oficinas pero en realidad podían serle de gran utilidad.

Mientras esperaba, abrió la ventana de la habitación y descubrió que daba al estacionamiento donde estaba su auto, el cielo se veía celeste todavía pero amenazaba con nublarse en unos minutos. Tal vez hasta lloviera, la brisa había refrescado un poco pero solo eso, Lyn le habría hecho notar que adentro con el aire acondicionado estaba más fresco, pero con la ventana abierta aun desde allí arriba podía percibirse el olor a las flores. Lyn habría permanecido un rato aspirando aquel aroma y habría sonreído casi inconscientemente.

Cuando visitó la página de Magafield había encontrado direcciones de e-mails, números de teléfonos y nombres de algunos contactos. Daniel tomó nota del número que le pareció conveniente de acuerdo al sector elegido, aclaró su garganta y llamó.

– Personal, habla Rita. – Atendió una voz monocorde pero cordial, por el nombre y el tono de voz Daniel imaginó a una mujer algo excedida de peso, latina, probablemente cubana, morocha y de labios gruesos.

– Rita, mi nombre es Steve, soy estudiante de la Universidad, quería saber para cuando están organizando la visita guiada de la empresa para estudiantes de la cátedra de auditoría de Sistemas II.

– ¿Para estudiantes? –meditó– no, no creo, ¿Ya vino una delegación de estudiantes, verdad? –la oyó consultar– No, no va haber ninguna visita de estudiantes – repuso luego de unos segundos.

– ¿ Ya fueron?, ¿cuándo?, ... no tengo noticias de eso.

– A ver –una pausa– ... no se cuando, pero vinieron... –se sintió el murmullo de otra voz– ... hace bastante...

– La otra voz apareció en el auricular, esta sonaba a una joven local.

– Hola, qué tal.

– Hola, perdón por la molestia es que me dijeron que estaba organizada.

– No, Estuvieron hace como un año, pero ahora no tengo noticias de nada, le recomendaría que vuelva a su fuente en la universidad para saber con quién habló. Formalmente no hay nada establecido.

– Bueno, te agradezco y disculpá la molestia.

– No es molestia, llame cuando quiera.

Excelente –se dijo– tal como lo había calculado había dos posibilidades de conseguir información sobre el sistema de seguridad de la empresa, la primera y la más habitual era referirse directamente a la empresa creadora del sistema de seguridad y averiguar características del sistema con los vendedores del mismo, estos suelen tener la boca bien floja, más de lo recomendable, por lo general la información obtenida es bastante útil aunque hace referencia al sistema standard, sin incluir modificaciones particulares del cliente.

El problema en este caso residía en que la misma empresa había creado el sistema de seguridad y que no había externo de quien obtener información. De todas formas de haber existido dicha compañía, dada la seriedad del asunto no iban a ser afectos a entregar información sin una reunión previa y en la empresa del cliente lo cual complicaba algo las cosas.

La segunda alternativa, aparentemente exitosa, era la posibilidad de que alguna universidad hubiera hecho una visita a la empresa y hubiera tomado nota del sistema de controles de acceso. Una cátedra de electrónica o de auditoría de sistemas podía haber solicitado un trabajo práctico de tales características. Claro que había varias empresas para visitar en Orlando pero sin duda Magafield tendría el sistema de seguridad más atractivo. Además a Magafield le encantaría que publicaran las bondades de su inexpugnable puerta de acero anti-intrusos.

Daniel sabía que no querían explicado todo, solo se habría hecho un paneo general sobre la seguridad, alguien habría explicado: ven, el centro de cómputos no tiene picaporte para entrar, hay una tarjeta que los identifica y restringe el acceso, ven esto, es una cámara que registra a los visitantes, ven esto, es para que solo una persona pueda pasar esta puerta, la segunda debe esperar turno y no puede estar apuntando con un arma a la primera, eran obviedades pero probablemente le alcanzaría con ello.

Así se trabajaba en Sistemas, Oracle creaba bases de datos, y almacenaba sus datos en bases de datos Oracle. Y publicitaba como había ahorrado millones de dólares al emplear su propia base y sus propios sistemas desarrollados con sus propios lenguajes de programación, los cuales obviamente estaban a la venta.

Bueno, Magafield era una empresa de seguridad, vendía seguridad y publicitaba la seguridad de su propia casa, sin decir mucho, pero debía hacerlo.

Entró en la página de la universidad y buscó en los trabajos prácticos publicados de las cátedras. Encontró el que buscaba luego de cinco minutos. Lo bajó a disco y lo leyó con avidez.

Su investigación personal había terminado en el momento en que el

empleado o el visitante entraban en el ascensor. De allí en más necesitaba saber qué medidas de seguridad encontraría. El trabajo de los universitarios comenzaba bastante antes y terminaba bastante después, era suficiente para él. Le ayudó a descubrir varias cosas.

Las repasó.

Bien, el empleado está en el ascensor, toca el piso al cual le corresponde ir, hay una cámara en el ascensor, no hay nada que impida detenerse en cualquier otro piso.

Al descender hay pasillos, aun estamos dentro del cubo, cada pasillo tiene tres puertas que conducen a distintos sectores del mismo, para abrir estas puertas hace falta una tarjeta habilitada, de manera que el personal de Sistemas no puede recorrer el pasillo de la gente de administración.

Las puertas más al fondo son las gerencias, poca gente tiene permiso para pasar las últimas puertas.

En todos los pisos hay teléfonos, baños, sistemas detectores de humo y extinguidores automáticos de fuego. Hay alarmas pero no se dice dónde ni de que tipo, solo que se activan durante la noche cuando se retiró el personal.

En las puertas de entrada (no del pasillo) a un sector crítico, por ejemplo el de sistemas, hay un guardia de seguridad que habilita el paso de la persona, por ejemplo alguien de mantenimiento o de servicio técnico por más tarjeta magnética habilitada que tenga no puede entrar al centro de cómputos, por decir algún lugar. Necesita un mensaje interno (tipo e-mail) con firma digital de su jefe y otro con firma digital de la persona que hace el pedido de reparación.

De manera que para entrar al centro de cómputos necesita: tarjeta magnética con permiso para traspasar las puertas del pasillo y las dos autorizaciones.

El centro de cómputos está en el último piso de la torre, el servicio técnico está en el primer subsuelo, no se dice donde esta el repositorio de datos pero debería estar bastante más abajo. La parte de concreto de la torre corresponde también al Departamento de Sistemas pero no se aclara que hay allí. Hay guardias recorriendo los pisos pero nadie en toda la organización tiene un permiso para recorrer absolutamente todas las áreas.

También hay lugares libres, por ejemplo el bar que está en la zona de vidrio de la torre y el comedor dentro del cubo en el primer piso.

Si se es visitante la entrada es más complicada, en la tarjeta está habilitado solo el camino necesario para llegar adonde se necesita, y el sistema de seguridad va siguiendo al invitado por donde vaya a medida que van abriéndose las puertas. Hasta chequear que se llegó a destino. Lo mismo sucede

con la vuelta.

El invitado tiene un tiempo límite de permanencia de una hora en el edificio, este tiempo solo puede alargarse a pedido directo de la persona de la empresa que otorga la entrevista.

Había un sinnúmero de sistemas anti-intrusos relacionados con el repositorio de datos pero a Daniel no le interesaron, él solo necesitaba entrar al área de Sistemas para localizar la máquina del responsable de la implementación del nuevo equipo de seguridad de datos. Y hacerse con los manuales del mismo.

El único problema ahora era el cómo.

Volvió a la ventana para cerrarla, el sol había cambiado su posición y ahora le apuntaba a las rodillas, no se había nublado después de todo y la brisa volvía a ser caliente y pegajosa.

Daniel transpiraba como si estuviera en un gimnasio y de la misma forma se sentía agitado, pero su agitación era mental, la adrenalina le recorría el cuerpo en forma indetenible, logrando cúmulos de excitación, se frotó el cabello con la vista perdida entre las flores-motas del estacionamiento. De su amigo Rob había aprendido una frase: la mente del hombre es imperfecta, por lo tanto cualquier laberinto por él creado, tiene al menos una salida inesperada. Daniel adhería a esa idea, y la dejó flotar en su cabeza, para lograr que la asimilaran las neuronas.

Con la ventana cerrada el aire fresco le erizó los vellos de la nuca, se sentó en la cama, cerró los ojos y los puños, hundió la cabeza entre las manos y pensó, como se piensa el algoritmo de un programa.

Esa noche durmió algunas horas, tal vez seis, mientras soñaba con el deslizarse de su tabla de surf sobre las olas de Miami Beach, Lyn estaba con él, pero en la arena, luego la vio alejarse lentamente, cada vez más, hasta que la perdió de vista, y desde el mar, dentro del mar, ya no pudo ver nada.

Entonces despertó, para que el laberinto de Magafiel Data ocultara el recuerdo de los sueños, y disipara sus miedos.

La entrada era bastante clara, no podía entrar como empleado de Magafiel porque su rostro no figuraba en la base de datos, encontrar alguien con el suficiente parecido era azaroso, además los guardias deberían estar familiarizados con los empleados. Desconfiarían de un rostro nunca antes visto. ¿Un empleado nuevo que aun no tuviera su rostro en la base?, no, no creía eso posible.

¿Si robaba la tarjeta de algún empleado e inventaba algo, una

quemadura en el rostro por ejemplo para que no lo reconocieran porque llevaba puesto un vendaje?. No, sonaba a película de ciencia ficción. Además en ese caso seguramente tomarían huellas digitales para verificar.

No, había que entrar como invitado.

En ese caso lo filmaban y le daban una tarjeta para movilizarse por un camino muy preciso y controlado.

El punto era como escapar de ese camino sin ser notado. Y como pasar por otras puertas sin tener permiso. O como conseguir una tarjeta con permiso para pasar.

Las tarjetas no podían robarse, el empleado víctima del robo quedaría inmóvil hasta recuperarla, avisaría a seguridad y se alertaría del robo.

Si Daniel tenía algo claro era que lo que fuera que hiciera no debía despertar sospechas. La intrusión debía pasar desapercibida para todos.

Una vez en la puerta del centro de cómputos el problema era tener las dos autorizaciones para entrar. Tendría que lograr que alguien hiciera un pedido, que alguien lo recibiera y lo mandara a él a cumplirlo.

El problema se veía difícil, recordó aquella vez que le habían pedido que creara un programa en lenguaje C que recorriera todos los nodos de un árbol. La tarea resultó casi imposible, hasta que descubrió la recursividad. La recursividad le resolvió el ejercicio en cinco líneas. El asunto pasaba por emplear el método exacto para cada situación.

La solución estaba allí, aunque no siempre en forma notoria.

A la mañana del día siguiente sacó a pasear a su computadora por la Usenet, aquel lugar donde se dejan mensajes en grupos de interés, existían grupos de todo tipo, solteras de más de cuarenta, fanáticos del Escrabel, seguidores del reverendo Moon, grupo de admiración pro-nazi, yupies militantes de la nueva economía, pacifistas-ecologistas a los que no les daba el tiempo o el compromiso para participar en Greenpeace, ciudadanos anti globalización, niñas miembros del club de Barbie, etc. Todos usaban la red para dejar mensajes a los cibernautas con sus mismos intereses, y la Usenet estaba bastante extendida, Daniel estaba seguro que varios de los empleados de Magafield podían ser localizados allí. Además este sistema de news no era anónimo, la mayoría firmaba con su nombre real excepto que formara parte de un grupo fundamentalista Iraní.

De la docena de nombres de empleados que había seleccionado, había

conseguido tres candidatos para rastrear, eran los preferidos por la ubicación de su oficina. Tuvo éxito recién con el tercero y cuando comenzaba a preocuparse. Jack Cullen parecía ser aficionado a la filatelia, y su firma figuraba en varios mensajes del tipo “qué valor consideran que tiene el sello X” o “la estampilla X es la que esta haciendo notar un blanco en mi nuevo álbum”. Aparentemente llevaba varios años en el ambiente de la filatelia y conocía a bastante gente, o al menos se contactaba con ellos.

No fue difícil comunicarse con él, en Informes le pasaron la llamada, Daniel utilizó el nombre de su documento falso para presentarse, le explicó que estaba de paso en la ciudad y que tendría un rato libre recién al día siguiente, a primera hora de la tarde. La idea que vendió a Cullen era la de intercambiar algunos sellos bastante difíciles de conseguir, por otros sellos o tal vez por dinero, o al menos disfrutar un rato de una charla de filatelia.

Cullen intentó programar la cita para la hora del almuerzo y fuera de la oficina pero Daniel, en una charla que duró quince minutos, realizó malabarismos mentales para lograr concretar la cita en el edificio de Magafield, a las catorce treinta.

Tenía el pase como visita asegurado.

* * * * *

Una vez más había cerrado los ojos, esperando que el viento gélido y húmedo, que simulaba venir desde el tubo que tenía a unos diez metros de distancia sorprendiera a la piel de su rostro con osadía, cuando volvió a abrirlos el Alien había escapado, y se preparaba para un paseo entre las butacas de los histéricos espectadores. Adoraba ese juego, quizás porque era el que más le había impactado en su primera visita al parque, recordaba haberse sentado junto a sus padres, en el medio de ambos. Era una constante que en todos los juegos su mamá colaborara para sumergirlo en el núcleo de la historia y lo empujara hacia el abismo de la aventura. Adrián en cambio se preocupaba más por desarrollar su curiosidad científica, explicándole de qué lugares provenían los efectos, como se realizaban los trucos y en qué tipo de tecnología se habían basado para el desarrollo de la atracción.

Ambos sabían que su hijo de diez años disfrutaba todo por igual, tanto la aventura, como los secretos de la ciencia.

Ya con el monstruo respirándole en la nuca, Daniel proyectó en la pantalla de su mente escenas de años anteriores, como aquellas películas antiguas que evocan cumpleaños y bautismos. Recordó el calor de la mano de su mamá. La seguridad. La ternura.

Experiencia Alien era todo un clásico en el parque, casi ningún visitante pasaba por allí sin transitar por aquel escenario terrorífico. Daniel supo que salvo él todos gritaban, y aunque le costó un poco sonrió con sinceridad. En medio de aquella oscuridad, identificó a parte de sí mismo con aquel monstruo, moviéndose en las sombras, surgiendo de la nada. Y desapareciendo.

Así había vivido parte de su historia, el hacker aparecía ocasionalmente, tal vez por la noche, cuando el joven e inquieto Daniel le permitía un poco de libertad. Entonces deambulaba en las redes, seleccionando víctimas, investigando técnicas y aprendiendo sobre seguridad informática. Más que muchos. Más que casi todos.

Hoy el monstruo de la noche, el Alien en su interior había devorado al joven Daniel, tomando por completo su lugar, pero ya no estaba circunscripto a las redes, ahora salía al mundo exterior, enfurecido, violento, y dispuesto a devorarlo.

Y aquel monstruo sabía, conocía los secretos del laberinto, se abrazaba a la tecnología y hacía de ella su aliada. Pues él no solo había nacido con ella, sino de ella. Y la entendía, como solo se entiende al ser amado, sin recelo, sin sospechas y sin secretos.

Paseó un poco más por el parque, paró en una farmacia en el camino de regreso al hotel y después se dispuso a realizar el último ensayo antes de la intrusión.

* * * * *

En la habitación del Hotel habían ordenado la pieza, la cama estaba hecha y la alfombra limpia. Revisó que la notebook estuviera segura.

Del otro bolso extrajo una caja de guatambú, en el interior estaba la pistola de aire comprimido de Maggie. La levantó con curiosidad y cargó luego un balín de los que tenían tranquilizante.

Un último test.

En su reloj de pulsera activó el cronómetro, se descalzó y se acostó en la cama. Alineó la mira de la pistola con el empeine de su pie derecho. Respiró hondo un par de veces. Apuntó durante diez segundos cuidándose de tener firme el brazo. Y disparó.

CAPITULO VIII

El quinto día de su estadía en Orlando volvió a ponerse el traje gris y la camisa blanca, y se dirigió hacia Magafield Data, estuvo algo nervioso durante el viaje, notó cómo le tiritaban los músculos del estómago ignorando por completo a su mente que no paraba de indicarle que en realidad estaba tranquilo. ¿Por qué temblar si uno esta tranquilo? Y había puesto al mínimo el aire acondicionado, la piel ya parecía estar lo suficientemente fría, como la piel de un lagarto.

Se le erizaron los vellos de los brazos al entrar al imponente edificio, pero caminó con naturalidad, cuando llegó al mostrador y empezó a hablar todo fue más fácil, al menos para su organismo.

– ¿Jack Cullen? –repitió el guardia intentando escudriñar dentro de sus ojos. Así se mantuvo unos instantes hasta que Daniel se vio obligado a asentir con la cabeza para desviar la incomodidad de esa mirada.

El guardia miró a su compañero, también detrás del mostrador, que movía demasiado los hombros mientras tipeaba en la computadora. Era evidente que tipeaba con dos dedos. Rápido, eso si.

– Su documento, por favor –dijo el guardia de mirada penetrante, haciendo notar que el “por favor” no era más que un formulismo.

– Si, como no. –Daniel extrajo el documento falso de la billetera, ahora podría evaluar el trabajo de Rob. El rostro inexpresivo del uniformado lo atemorizó haciendo correr por su mente la frase “este documento es falso, amigo” “Ud. esta en problemas”. Pero no, se limitó a pasarlo al otro guardia quien comparó el nombre en la lista de citas.

El guardia de la computadora hizo un ademán afirmativo.

El de mirada dura le devolvió el documento.

– A esa cámara por favor –dijo, señalando sobre su hombro con el pulgar.

Daniel obedeció con una timidez algo sobre actuada pero útil, al menos así lo consideró. Esperó un minuto a que estuviera listo el carnet.

– Cuélguelo del cinturón.

– Bien –lo abrochó algo torpemente.

– Ahora pase por el detector, antes quite de sus bolsillos los objetos metálicos y colóquelos en la canasta.

– Si –musitó– vació sus bolsillos y depositó las llaves del auto, algunas

monedas y el lápiz de Spy products en la canasta de mimbre.

– Esta bien –aprobó el guardia– apunte la parte magnética de la tarjeta al lector del molinete, antes de los ascensores tiene una computadora con un cartel, pase por ahí la tarjeta y el cartel le indicará cómo llegar.

– Gracias –dijo Daniel acompañando con un leve movimiento de su cabeza, pasó el molinete, se detuvo frente al cartel y obtuvo la información que ya conocía. “piso 9 oficina 902 - ascensor C”. Era en el primer piso después del concreto en la torre.

Otras dos personas subieron al ascensor con él, rezó antes de verlos presionar los botones con sus pisos, nadie bajaba en el noveno.

En el ascensor había cámaras, que controlaría alguna garita de seguridad montada dentro de alguna oficina. No estaba advertido de ello pero era fácil deducirlo, bajó cuando la voz femenina del ascensor se lo indicó.

Nadie deambulaba por el pasillo que era bastante corto, al lado del ascensor había una escalera pero Daniel sabía que no convenía movilizarse por allí, había varias cámaras en los descansos de la misma y el personal de seguridad solía prestar atención al tránsito por las salidas de emergencia.

Una sola puerta separaba al ascensor de la entrada del despacho de Cullen, Daniel se apresuró a pasar la tarjeta por el lector que permitía abrir la puerta de metal y permitía el acceso al resto del pasillo. De inmediato pudo ver la puerta de madera de la oficina 902, pero no pasó por ella, esperó a que cerrara. Sabía que a efectos del sistema de rastreo de visitas, él ya había llegado hasta el despacho y que no marcaría su salida hasta que volviera a pasar la tarjeta por la misma abertura. Si hubiera tenido que recorrer dos puertas para lograr llegar hasta Cullen el sistema habría registrado perfectamente su maniobra y entonces hubiera tenido que visitar forzosamente la oficina 902, actuar delante de Cullen y al salir hubiera sido nuevamente monitoreado. Pero encontrar una sola puerta era la clave, el sistema daba como un hecho que él estaba en la 902, y ahora podía volver al ascensor y cambiar de piso.

Se ubicó debajo de la cámara y se quitó el pantalón que llevaba puesto, tenía otro debajo, de color beige. Se desarregló un poco el cabello, se quitó también el saco y lo dobló metiendo el pantalón gris en su interior para que nadie lo notara. Guardó la corbata en el bolsillo del pantalón y cambió la identificación de lugar. Llamó al ascensor. Cuando volvió a él se colocó de manera que la cámara le tomara la espalda, seguro de que nadie que estuviera mirando el monitor del ascensor lo reconocería como el que acababa de bajar en el noveno. Llegó hasta el piso de la cafetería.

El encontrar personal que tuviera su despacho a una sola puerta del ascensor le había hecho descartar a una decena de candidatos en el momento de

buscar en la Usenet, imaginó que los que diseñaron el sistema de control de visitas también habían notado aquella posibilidad, pero la realidad era que no había espacio en el pasillo para dos puertas antes del primer despacho, y el costo de tapar la entrada a una oficina era muy elevado para tenerlo en cuenta por un simple control de visitas. Daniel sabía que el costo del control debía ser siempre menor que la pérdida que pudiera ocasionar que no hubiera ninguno, con esta premisa se trabajaba. Además el visitante sólo tenía permisos para abrir las puertas que lo llevaban hasta su destino, no podía vagar por todo el edificio, excepto la cafetería que era abierta a todos.

Se detuvo en el hall de la cafetería para llamar a Cullen desde su celular diciéndole que demoraría algunos minutos más en llegar, pero no demasiado, no le convenía que llamara a seguridad para cambiar la hora de llegada de la visita.

Al entrar se dirigió directo al baño, se encerró en uno de los cuartos y volvió a colocarse el traje gris y a acomodar su cabello.

Se miró al espejo antes de salir, exteriormente se lo veía bien, hasta podía creerle a su cerebro cuando decía que en realidad estaba tranquilo. La verdad era que transpiraba a causa de la adrenalina que corría por su cuerpo, que su corazón estaba bastante más veloz de lo habitual y que sus sentidos parecían agudizados, sus pupilas bailoteaban recorriendo toda la órbita en busca de posibles alertas.

El bar del onceavo piso desentonaba un poco con el resto del edificio, la cerámica era del mismo gris plateado que ya había observado cubriendo el suelo de los pasillos y en la planta baja, pero las mesas eran de un material que simulaba ser mármol, las sillas de caño cromado y la barra ovalada le daban un aire *Stark Treek* (ya no George Lucas) que no parecía de muy buen gusto. Evidentemente al diseñador le gustaba la forma oval, pues esa figura se repetía en toda la decoración.

Todo era oval y metálico.

Daniel se acercó a la barra a pedir un café con crema mientras no dejaba de observar las credenciales de todos los que la tuvieran a la vista para descubrir cuál era su sección de origen. La idea original era buscar gente de mantenimiento, se suponía que iba a ser relativamente sencillo identificarlos. Pero no fue así, o no había nadie de mantenimiento en la cafetería.

En total calculó unas veinticinco personas, algunas cinco serían visitas, en un momento cuando pensaba qué decirle a Cullen en la charla telefónica y curioseaba catálogos de filatelia por Internet, había pensado que tal vez el coleccionista quisiera esperarlo directamente allí, pero luego se dio cuenta de que la cafetería no era lugar para la filatelia. Las mesas eran muy chicas y el

café muy peligroso.

¡Uno de mantenimiento! Sentado con una mujer, no le servía mientras estuviera con ella, pero había identificado el traje, una camisa blanca con rayas rojas bien finitas, sin corbata y pantalón azul de vestir. Zapatos negros.

Había otro más sentado en la barra, de cara al mostrador y charlando con el barman. Ese estaba solo y podía ser mejor candidato.

Se sentó a esperar, normalmente nadie tomaba descansos de más de diez o quince minutos, Daniel necesitaba que entraran al baño para hacer allí su jugada, controló el reloj con impaciencia.

Si demoraba mucho se iba a preocupar Cullen y lo que es peor iba a empezar a desconfiar el guardia de seguridad de la planta baja. Pero no todavía.

Cinco minutos, Daniel había terminado el café, el que estaba con la mujer seguía con ella y el de la barra se estaba yendo, sin pasar por el baño.

Ocho minutos, Daniel jugaba con el papel del edulcorante porque necesitaba alguna actividad para sus manos, tenía la certeza de que si las detenía empezaría a temblar.

Nueve minutos, la mujer consultó su reloj y se levantó algo apresurada, el hombre de mantenimiento también se incorporó, se despidió de la mujer y se retiró sin entrar al baño.

Once minutos, no había ningún candidato a la vista.

En el minuto doce un hombre alto y delgado con la camisa blanca y roja entró decidido al baño, casi sin mirar al resto de la gente, era el momento. Daniel lo siguió con diez segundos de diferencia, cuando entró lo vio meterse en uno de los cubículos donde estaban los inodoros.

Había otras dos personas en el baño.

Daniel se dirigió a otro inodoro, bajó la tapa y se sentó sobre ella intentando controlarse, con dos testigos en el baño no podría disparar, chequeó la pistola de aire comprimido a la altura de la axila izquierda, la había pegado ahí con cinta para vendajes, previamente había tenido que afeitarse el pecho, sólo un poco.

Mientras su mente saltaba entre las escenas posibles notó que el inodoro también era plateado y que la tapa era un ovalo perfecto. Hasta el espejo del lavatorio era oval. Los hombres del baño murmuraron algo, Daniel espiaba por un borde de la puerta entreabierta, unos de los hombres se fue, el otro se enjabonaba nuevamente las manos. Sintió el ruido del depósito del baño del flaco de mantenimiento. Luego lo vio salir y mirarse al espejo, el molesto testigo se estaba por secar pero ya se acababa el tiempo, el flaco no iba a lavarse las manos, simplemente fue hasta la puerta y desapareció.

Daniel apretó el botón del inodoro y salió a refrescar su cabeza en la

pileta, estuvo tentado de mojarse el pelo pero no le pareció acertado. Volvió al mostrador del bar y pidió otro café. Esta vez negro.

Corría el minuto dieciocho y tenía que repetir la rutina, ahora había diez personas en el bar y nadie de mantenimiento.

Un gigantón entró al bar en el minuto veintitrés con Daniel al borde de una crisis, el gigante no era de mantenimiento sino de otra área interesante: servicio técnico.

A Daniel le costó imaginar a aquel dinosaurio del jurásico metiendo sus manotas en una computadora, pero en cuestión de servicio técnico podía atestiguar haber visto tribus salvajes canibalizando equipos PC. Se limitó a observar el camino de la víctima.

El dinosaurio pidió un café y lo tomó en la barra, no tardó nada y se dirigió al baño. Entró después de él.

Lo encontró dispuesto a orinar en los mingitorios, Daniel se metió rápido en un inodoro, se desabrochó la camisa, tiró de la venda y empuñó su arma.

Desde su posición no lo veía, pero lo tendría a tiro y de espaldas cuando se lavara las manos, claro que había un espejo delante del lavadero y si hacía algún ruido imprudente el grandote iba a dirigir su vista allí como un reflejo.

La pistola no hacía mucho ruido, solo un pequeño “pack”, bueno, no tan pequeño. Pero creía poder tapanlo un poco con el ruido del depósito del baño. En cuanto al efecto era inmediato, por la prueba que había realizado disparándose en el pie, había notado con agrado que tardó alrededor de cinco segundos en perder la conciencia y cuarenta y dos minutos en recuperarla. La única secuela era un moretón color sangre en el empeine que casi llegaba hasta los dedos y le lamía el tobillo, y un intenso dolor al presionarlo que le molestaba para caminar. Se había puesto una gasa debajo de la media antes de calzarse.

Había sido fácil pasar el arma por el detector porque era íntegramente de plástico, los dardos en cambio los había guardado dentro del portaminas-cámara digital de spy product.

Apuntó y mantuvo los brazos firmes como su madre le había enseñado.
¡Por Dios que no entre nadie ahora!

El dinosaurio apareció, con la boca semi-abierta de satisfacción y subiéndose la bragueta.

¡La mosca!, ¡Había olvidado la mosca!, había estado gran parte de la tarde anterior para cazarla, la idea era hacerle creer que lo había picado algún insecto extraño y por eso se había desmayado. Pensaba echar a volar la mosca antes de dispararle pero ya no había tiempo. El hombretón estaba agachado

sobre la pileta, mojándose el rostro. Esperó a que se incorporara.

Apretó el botón del inodoro.

El dinosaurio del jurásico gimió y llevó una mano a la nuca, Un segundo, dos, Daniel sabía que el hombretón se estaba mareando y que el espejo se desdibujaba ante sus ojos como el efecto de un protector de pantalla, también sabía que estaba tocando la púa que tenía clavada en la nuca y que la pensaba quitar. Si llegaba a ver el pequeño dardo de metal estaba en problemas. Pero no llegó a quitarla, a los tres segundos cayó de rodillas y a los cuatro estaba tirado en el suelo. A los cinco ya tenía cerrados los ojos.

Daniel esperó tres segundos más por precaución mientras guardaba la pistola otra vez en su axila y pegaba la cinta contra la piel, salió corriendo del baño y tomó al gigante de los brazos para arrastrarlo hasta un cuarto. Tenía intenciones de sentarlo en un inodoro y así lo hizo, solo que le costó bastante más de lo que había imaginado. El técnico pesaba unos ciento veinte kilos y alzarlo hasta el inodoro fue una hazaña digna de ver, si antes estaba transpirado ahora estaba empapado, además el gigante tenía la cara mojada con agua y había tenido que apoyarla en toda su camisa, se acomodó el saco en el espejo antes de marcharse, pero vio que tenía el aspecto de haber salido de un baño sauna y de haberse vestido con ropa que estaba hecha un bollo lista para la lavandería. Enganchó la tarjeta del técnico en su cintura, y acomodó el celular en el mismo lugar de manera de tapar la foto de la credencial.

Meditó un instante sobre la mosca, aun podía servir, abrió el frasco con cuidado y la capturó entre dos dedos apretándola hasta matarla, luego la colocó entre las tenazas del gigante durmiente y apretó hasta despedazarla, dejó que algunos restos cayeran al suelo y que otros quedaran en los dedos-tenazas del hombre. Daniel les estaba dando permiso para tomar al moscardón como causante del pinchazo, mejor hubiera sido una abeja pero no había encontrado ninguna en el estacionamiento del hotel.

Miró hacia atrás para asegurarse de haber cerrado la puerta del cuartito donde estaba el gigante. Ok –se dijo– hay unos treinta minutos para el resto.

Volvió a la cafetería.

Debía alterar un poco la idea original de entrar al centro de cómputos como personal de mantenimiento, había pensado en explicarles que se había detectado una sobrecarga de la línea y de esa forma lograr permiso para moverse entre los cables sin despertar sospechas, apagar alguna máquina “accidentalmente”, probablemente recibir alguna queja por su torpeza, colocar la cajita negra que tenía en el bolsillo del pantalón entre la conexión de red y la máquina, y esperar a que el usuario de la máquina desconectada volviera a escribir la clave de acceso, ésta quedaría grabada en la cajita negra, luego

volvería a meterse entre los cables (para eso habría seguramente que levantar el piso, pues era costumbre que los cables estuvieran ahí, en realidad por donde se caminaba en los centros de cómputo era una suerte de falso piso) para desconectar la caja y devolverla a su bolsillo esta vez junto con la clave. Si, por supuesto, la cajita negra era un sniffer de soft y hard.

Pero la primera parte del plan era la misma, necesitaba los permisos para entrar al centro de cómputos.

Se sentó pensando que cualquiera que lo hubiera visto antes y después del baño debería creer que había tenido una brutal descompostura de intestinos. Desde su silla, comenzó a buscar con la mirada credenciales del centro de cómputos. No había ninguna así que esperó un rato, volvió a llamar a Cullen que ya no tenía el mismo humor y le dijo que llegaba en diez minutos.

La primer credencial del centro de cómputos tardó catorce minutos, justo cuando Daniel se preparaba para caminar por las paredes en medio de un grito de histeria, pero no le gustó, tenía cara de atenerse firmemente a las reglas, aun más de lo necesario. Pero a los dos minutos entró una chica que parecía buena candidata, entró sola y apuntó hacia donde estaba sentado su compañero, Daniel la interceptó a mitad de camino, actuando un encuentro ocasional. Leyó la credencial de la chica en una fracción de segundo.

– ¿Susan Miller? –exclamó simulando un mediano asombro– Estaba por ir a verte.

– ¿A mí? –dijo algo perpleja.

– Si, tenemos un tema para ver juntos.

Ella bajó la vista hasta la credencial.

– Bill –dijo extendiendo la mano– de servicio técnico, tengo problemas con tu e-mail.

Susan sonrió por la presentación y arqueó las cejas sorprendida. De verdad era una mujer muy bonita, de aquellas que lo tiene realmente claro, no eran muchas. Y lo estaba mirando.

– ¿Que tipo de problemas?

– No entran algunos mails con tu dirección –aclaró– pasa desde hace tres días pero ahora se está llenando la casilla.

– ¿Tres días? –la voz se le volvió aguda de indignación– ¿Cómo no me avisaron?

– No sé, estaba con lo tuyo alguien que faltó. Si querés puedo ir ahora. Ella aun no terminaba de cerrar la boca por el asombro.

– Si, por favor –dijo.

– Necesito que formalices el pedido.

– Ningún problema.

Dio media vuelta y volvió hacia el ascensor. Cuando desapareció Daniel esperó cinco minutos sentado, luego llamó con el celular a informes y pidió el número de servicio técnico.

Marcó desde el teléfono del piso el número de interno, cuando atendieron tosió.

– ¿Si?

– Bill –volvió a toser– Susan Miller.

– Si –respondió la voz en la línea– está llegando un pedido por un problema de mails.

– Si, yo voy –más toses.

Una pausa.

– Bill, ¿estas bien?

– Más o menos – tosió varias veces más y luego cortó. Con las toses había disimulado al menos algo el tono de voz, y había dejado flotando la idea que Bill no se sentía muy bien. No extrañaría tanto cuando lo encontraran desmayado en el baño o cuando volviera a aparecer en su sección taciturno y pálido.

Ya entraba en la recta final, se dirigió al piso cuatro, la parte más alta del cubo donde estaba el centro de cómputos.

Abrió las tres puertas que lo separaban de la recepción del centro de cómputos usando la tarjeta de Bill, cuando llegó el guardia de seguridad lo estaba esperando, tenía la orden de trabajo del centro de cómputos y la autorización de Susan, caminó hasta ella sorteando al menos una veintena de escritorios.

El centro de cómputos en realidad eran dos pisos, en el de abajo estaban los directivos y algunos equipos especiales, en el cuarto piso en cambio estaba el personal de base de la sección, cerca de ochenta personas entre analistas, programadores y líderes de proyectos.

Saludó a Susan con un gesto y extrajo del bolsillo un disquete negro sin etiqueta, si la hubiera tenido debería haber dicho PLAN B.

– Necesito colocar esto.

Susan deslogeó la máquina para que Daniel no trabajara en ella utilizando su clave, era la primer norma de seguridad en la empresa.

– No hacía falta –dijo Daniel– no necesito entrar a la red, solo colocar el disquete.

Por suerte para Daniel, Susan parecía una analista nata, esas que nunca habían programado ni le interesaba hacerlo, de las que basan su trabajo en teoría estricta sin un ápice de práctica, ni interés alguno por los secretos de la programación. De haber sido de otra manera hubiera empezado a indagar sobre

qué tenía el disquete y cómo iba a solucionar el problema de los e-mails a partir del mismo. De todas formas, Daniel tenía respuestas técnicas que habían dejado mal parado al más capacitado de los especialistas. Pero lo tranquilizó no tener que usar todos sus argumentos. Apagó la máquina, colocó el disquete y la volvió a encender, el virus ya se había cargado en memoria, simuló trabajar un rato con los comandos del sistema operativo y luego le pidió a Susan que se logeara de nuevo. Que el trabajo allí estaba terminado.

Cuando apareció la pantalla de logín, Daniel acomodó insistentemente el lápiz que llevaba en el bolsillo del saco.

Susan cargó su nombre de usuario y clave mientras Daniel se dio vuelta para evitar ver lo que tipeaba, no necesitaba hacerlo, el virus que acababa de instalar almacenaba cada una de las teclas pulsadas desde el inicio del equipo, guardando así dentro del disco rígido, en un archivo oculto que sólo Daniel identificaría, todos y cada uno de los caracteres de la clave.

La analista volvió a chequear mail y no obtuvo ningún mensaje nuevo.

Lo miró con el gesto inquisidor y sobrador que el usuario siempre mira al técnico cuando alguna reparación no funciona.

– ¿Y? –evidentemente le había caído bien porque aventuró una broma– ¿Llamamos a alguien que sepa? –sonrió y observó haciendo una mueca a su compañera de al lado que reía tapándose la boca con una carpeta.

Daniel frunció en entrecejo, mirando fijamente a la PC.

– Ponete cómodo –invitó ella sintiéndose culpable de la burla– sacate el saco si querés.

– No, está bien –dijo él adueñándose nuevamente de la silla y apagando la máquina. No quería quitarse el abrigo por miedo a que se notara el bulto del arma con el movimiento de sus brazos.

Cuando volvió a encender ejecutó un programa que se encargaba de copiar el archivo con la clave dentro del disquete y de eliminarlo luego del disco rígido.

Se repitió el ritual, Susan se logeó a la red y chequeó mail, no apareció ninguno.

– ¿Y? –sonrisa y pregunta burlona– ¿Sigo esperando?.

– No, no –respondió frotándose el mentón– evidentemente no es de acá, vuelvo a mi oficina y me ocupo. Si para mañana a primera hora no recibís los mails volvé a hacer el reclamo.

– Bien –fue ella quien extendió la mano ahora y el la estrechó sonriente.

– Nos vemos.

– Hasta luego.

La analista se quedó tranquila pues el técnico no había usado su clave para acceder a la máquina.

“Todavía” Podría haber añadido Daniel.

Tomó el ascensor hasta el onceavo piso, llegó al baño casi corriendo, lo primero que revisó es que permaneciera cerrada la puerta del dinosaurio del jurásico, se alivió un poco y consultó el reloj, esperó pacientemente a que el baño se desocupara, luego entró a ver al gigante. Estaba inconsciente con la cabeza caída a un costado, tenía un ala de la mosca enganchado en una uña. Daniel colocó la credencial de Bill en su lugar y sacó del bolsillo interno del saco un último frasco, éste no contenía insectos sino un líquido laxante, el más potente que vendían en farmacias, lo volcó en las fauces del gigante lo más rápido que pudo, no todo pero sí la mitad, Bill se sacudió un poco y gruñó, parecía que se iba a despertar, Daniel salió rápidamente del cuarto, del baño, de la cafetería y del piso. El laxante servía para acentuar la descompostura de Bill y para que evitara razonar mucho en lo sucedido, por lo menos durante los próximos dos días.

Descendió del ascensor en el piso nueve, pasó la tarjeta por la puerta nuevamente para marcar la salida, en el programa de rastreo del guardia de seguridad apareció que el visitante de Cullen se estaba marchando.

En la puerta principal le retiraron la credencial y lo hicieron volver a pasar por el detector de metales.

En el estacionamiento se apresuró a llamar a Cullen para decirle que había tenido un problema con el auto y que ya no tendría tiempo para pasar, que se volvían a comunicar en Usenet.

Montó al Honda como a un caballo salvaje y salió a galopar por la ciudad de Orlando. En el espejo retrovisor notó que la sonrisa del Salteador era más grande que la del Ratón Mickey.

Alrededor de las ocho de la noche mandó algunos mails bien huecos para Susan, buscó imágenes bien pesadas para que pensara que habían sido las causantes del problema, después uno codificado a Lyn, junto con las fotos que había sacado de la pantalla de logín de Magafield.

Espero que estés bien y no me extrañes mucho, yo estoy diez puntos y en una sola pieza, aunque un poco solo y me gustaría verte, con el trabajo me va muy bien, cuando termine acá voy para el otro lugar, ahí voy a estar más tranquilo con tiempo para dedicarme a leer la novela que estoy buscando. Todavía no la conseguí pero falta poco, necesito que me ayudes.

Vas a recibir una foto, necesito que construyas algo artístico a partir de eso, se que puedes hacerlo como nadie.

El portero es el mismo que tenía la tercer empresa que visité con mi próximo anfitrión.

Te amo. Y gracias.

Después del Mail se durmió, sabía que a Lyn le llevaría toda la noche y parte del próximo día terminar el virus que le estaba pidiendo, dada las características del mensaje había decidido no ser muy explícito aunque fuera codificado, no era conveniente confiar demasiado en las medidas de seguridad.

Cuando hablaba de portero se refería al Sistema Operativo sobre el cual tendría que funcionar el virus, el anfitrión sin duda alguna era Rob y la novela los manuales que necesitaba. Así lo entendió también Lyn, el mail de respuesta llegó a las tres de la tarde del sábado.

¿Que puedo decirte?, de verdad estoy muy preocupada por tu salud, te envió en medicamento que pediste para tu problema y espero que puedas volver pronto.

El medicamento es excelente, estoy segura que va a serte útil.

Espero que busques otra forma de hacerme llegar noticias tuyas, ésta es muy fría y me causa algo de tristeza.

Te extraño.

Daniel sonrió por la queja final, y se puso a curiosear en la belleza informática del virus de Lyn.

La noche del domingo Daniel utilizó el modem para conectarse al servidor de Magafield Data con la clave de Susan. Lo único que necesitó hacer fue colocar el virus y desconectarse. El Lunes Susan le mandaría un mail con los manuales.

El caballo de troya que había mandado Lyn funcionaba de la siguiente forma: En principio atacaba a las máquinas de los usuarios con niveles de permisos importantes, considerando que el blanco era una persona de alto cargo, y de Sistemas, Daniel calculaba que se atacarían cinco o seis máquinas en total. La tarea del virus sería poner en pantalla un logín exactamente igual que el del sistema de Magafield antes de que éste lo mostrara. El usuario ingresaría la password como lo hacía cotidianamente y el virus almacenaría la clave en una variable de memoria. Entonces daría paso al verdadero logín que preguntaría usuario y contraseña nuevamente, esto no llamaría demasiado la atención porque era lo que sucedía cuando se tipeaba mal la contraseña, la víctima volvería a tipear y accedería a la red para trabajar con normalidad, mientras tanto

el virus estaría mirando en el disco rígido intentando acceder a documentos que tuvieran ciertas palabras que el archivo de manuales incluía de manera inequívoca. Las palabras no eran más de veinte y no ocupaban más espacio en memoria que el recomendable. Todo archivo localizado que pareciera ser un manual sería enviado por mail desde la cuenta de Susan Miller, seguramente llegarían varios manuales pero alguno sería el adecuado. Al terminar la misión el virus no dejaría rastros porque Lyn era experta en virus kamikazes, se autodestruirían eliminándose del disco y de la memoria. En el tiempo que estuviera en ejecución, el virus utilizaría tecnología de Stealth, cambiando de forma y de ubicación permanentemente para evitar ser detectado.

Un trabajo profesional, limpio y efectivo.

El lunes por la noche Daniel no durmió pues estaba sumergido en los manuales del nuevo Sistema de Seguridad de Magafield Data, y leyendo las mismas líneas que su padre había leído.

CAPITULO IX

El avión arribó al aeropuerto internacional de Key West a las 18 hs, había sido un vuelo sumamente corto y tranquilo salvo por algunos vientos fuertes en el momento de aterrizar. Daniel se marchó enseguida pues no había guardado los bolsos en la bóveda, prefería llevarlos consigo además eran lo suficientemente pequeños para viajar en el maletero sobre el asiento.

Key West era la última extensión de los Estados Unidos sobre la costa atlántica, y el punto final a un bloque de islas que se extendía como salpicaduras de un pintor descuidado sobre la tela celeste que imponía el mar del sur de la península de Florida. Al Sur el océano y al Norte el golfo de México, esta ambigüedad se notaba también en la cultura y tradición de la isla, había vestigios caribeños que no existían en Miami. El clima y temperatura no variaban de lo que Daniel conocía en la Beach, pero el Cabo tenía menos pretensiones de ciudad y eso lo hacía querible para los turistas. La mayoría de los lugareños eran propietarios de algún medio de transporte marítimo, Daniel lo había notado en la panorámica de la isla, antes de aterrizar, cuando apreció la rampa de lanzamientos de botes

Utilizó un taxi para recorrer un poco el perímetro que bordeaba la costa y se apeó donde le pareció más cerca de la casa de los padres de Rob, según había revisado en un mapa. Descubrió que Key West también tenía una calle Flagler al igual que el Miami Downtown, pero que aquí no había tiendas de electrónica, caminó por algunas calles internas, deteniéndose en algunas vidrieras de casas de arte mexicano, donde exhibían jarrones que de tan grandes y anchos le hicieron recordar a las tinajas del cuento de Alí Baba. Curioseó por tiendas de mascotas, casas de té y restaurantes especializados en frutos del mar. Desembocó en la zona que llamaban South Beach donde se jactaban de tener el punto más al sur e indicaban que la distancia a Cuba eran solo noventa millas. Llegando al mar encontró un espectáculo imponente, el sol se ocultaba tras las gruesas palmeras, arrojando los últimos rayos sobre el celeste verdoso del agua. Un rato después unas escasas nubes de rebordes negros reflejaron un extraño color rojizo antes de recibir a la noche.

Daniel se quedó sentado en la playa, respirando el salitre marino mientras su mano se hundía en la arena fina y blanca, una y otra vez hasta ver las estrellas. La noche le trajo a la mente imágenes de playas más familiares, de

Lyn y de la suavidad de su piel en medio del mar, con el bote anclado en las costas de Miami.

Pero todos los recuerdos tuvieron su turno, Maggie con su cabello cobrizo. ¿estaría con vida?, Rob con un abrazo sincero, otra vez Lyn. Sus padres eran siempre la escena final en la película de los recuerdos, al llegar a ellos notaba que tenía lágrimas en los ojos y desviaba la mente hacia otro lugar, más lejano a los sentimientos. Entonces lo invadía la furia, luego venía a su mente el manual, Magafield, la sangre de Carol en sus manos, el ahogo de un grito en su garganta y después la frustración que comenzaba como desesperación y luego era pena y desaliento. Le resultaba difícil enfrentar la vida sin sus padres, mucho peor enfrentar la muerte. La idea de su muerte estaba siempre, agazapada en las sombras que las ideas más optimistas le reflejaban en el cerebro, pero mucho peor luego de la desaparición de Maggie. No había dejado de pensar en ello, en el momento de su muerte, el instante en que uno comprende que llegó su turno de abandonar el mundo, de arrugar el mapa de su propia vida, de cancelar planes, de despedirse de anhelos. Jamás se casaría, jamás tendría hijos, ni su empresa, no vería más avances tecnológicos, nunca sabría quien asesinó a sus padres, ni vengaría sus muertes.

¿De verdad era venganza? ¿De verdad?. Algunas veces pensaba que no estaría en esa situación de no ser por su maldita curiosidad, su espíritu inquieto, sus ansias de saber. Cualquier otra persona habría llorado a sus padres y dejado el problema a la policía, sabiendo que allí había terminado todo, y que de lo contrario sus días de caminar sobre sus propias piernas corrían riesgo de ser muchos menos que los que se supone según el promedio de vida. ¿Quién podría atribuirse ser más efectivo que el FBI? ¿Quién podría sobrevivir a un grupo de cazahombres profesionales? ¿Cuál era su necesidad de seguir aquella cruzada?. Jamás supo las respuestas. Nunca tuvo claro por qué hacía lo que hacía, supuso que por una cuestión genética y de maníaca obsesión por la verdad, la verdad de las computadoras, la verdad de las comunicaciones, la verdad del software, la verdad sobre sus padres. Su vida anterior estaba sepultada por un alud de espeso lodo, y salvo algunas cosas que habían sido arrastradas por el mismo cataclismo, lo demás era inalcanzable excepto tal vez como un grato recuerdo.

Esperó hasta las cuatro de la mañana para caminar hasta la zona de Higgs Beach, caminó unas cuadras internándose entre casas bajas y gente con aspecto marino, de riguroso blanco y cuerpo brillante por el sol. En un mercado que encontró abierto compró hamburguesas congeladas, una linterna, pilas y algunas conservas, luego tomó la calle de la casa de los padres de Rob, desde la mano de enfrente. La encontró agradable, había dos palmeras no muy grandes en el parque frente a la casa, con apenas lugar para un automóvil entre ellas.

Una verja de maderas blancas como había visto en centenares de casas en el cabo y diez metros más atrás la escalera que llevaba el recibidor, con barandas blancas, columnas blancas y puerta blanca de entrada. La ventana entre las dos aguas del techo indicaba que había un altillo ubicado allí. Los ventanales de la planta baja eran del alto de una puerta, pero estaban tapados con una improvisada persiana de madera.

Abrió la puerta cuidándose de atraer testigos, entró a la casa sin prender ninguna luz más allá de la linterna, localizó el friser y guardó los alimentos congelados, subió por la escalera buscando la cama, estaba hecha y la habitación muy ordenada, era el cuarto matrimonial, con espejo, cómoda, placard empotrado, aire acondicionado y televisor. Se tiró en la cama tal cual estaba y se durmió antes de poder quitarse los zapatos.

* * * * *

Salteador	Estoy bien, de verdad. Un poco solo pero bien.
Lyn	¿Sabes algo de Maggie?
Salteador	No. Si está viva no sabe cómo comunicarse.
Lyn	¿Y si tratás de comunicarte vos?
Salteador	Si, puede ser.

RobRoy	¿Que tal la casa nueva?
Salteador	Bien, muy cómoda, está algo oscuro y caliente pero puedo trabajar bien, cuando quiero luz voy al altillo y cuando quiero fresco a la heladera.
Lyn	¿Nadie te vio entrar?
Salteador	No
Lyn	¿Seguro?
Salteador	Muy seguro, ¿vos te estás cuidando?
Lyn	Si, acá esta todo normal, salvo tu ausencia.
	¿qué tal si voy a verte?
RobRoy	No parece buena idea
Salteador	Definitivamente no, ni hablar.
RobRoy	¿Qué hay del manual? ¿Alguien sacó algo en limpio?
Lyn	No, no se entiende nada.
Salteador	Yo tampoco entiendo, habla mucho de la arquitectura interna, es una maraña.
RobRoy	Creo que habría que hacerlo ver por algún experto en el tema.
Lyn	¿Quién?
RobRoy	No se pero puedo averiguar.
Salteador	¿Qué estas pensando?
RobRoy	Bueno tengo algunos contactos que pueden servir.
Lyn	¿De que estamos hablando?
RobRoy	El grupo Nacaals.
Salteador	¿Nacaals?
Lyn	¿Querrán ayudar?
Salteador	No me gustaría incorporar más gente a esto.
RobRoy	No hay salida, solos no podemos.
Lyn	¿De dónde es el contacto?
RobRoy	Un amigo mío es socio de un club donde

	el hermano de Saro juega Ajedrez, soltó un poco la lengua.
Lyn	Nacaals es un escalón muy alto, no vamos a poder subir.
Salteador	Y no nos van a dejar, de todas formas no estoy convencido de la idea, son al menos seis personas más para compartir un secreto.
RobRoy	Pero pueden poner el manual patas arriba y sacar conejos de él. Al menos eso se comenta.
Lyn	Es cuestión de creer en la leyenda.
Salteador	Debe haber mucho de eso, de leyenda, no creo que sea tanta la ayuda que pueden dar.
RobRoy	Primero es que quieran hacerlo. Nosotros somos la plebe.
Lyn	¿Hay alguna otra alternativa?
Salteador	Si, continuar nosotros solos.
Lyn	No llegamos a ningún lado, hace diez días que le damos vueltas al manual, van a pasar otros diez sin que encontremos nada coherente.
Lyn	Según mi forma de ver no hay otro camino.
Salteador	Siempre hay otro camino.
RobRoy	Sería bueno que digas cuál.
Salteador	?
Lyn	Pensemos la posibilidad hasta mañana, si estamos todos de acuerdo tratamos de comunicarnos.
Salteador	Se dan cuenta de que estaríamos poniendo en peligro la vida de más gente?
RobRoy	Vamos, Nacaals es intocable, además ¿cómo van a localizarlos?
Salteador	Si podemos nosotros puede alguien más.

RobRoy	No, no lo admito, nadie tiene un amigo con un hermano que juega ajedrez por computadora.
RobRoy	No creo que maten a nadie por leer manuales técnicos.
Lyn	Bueno, el gerente de sistemas de Magafield está con vida.
RobRoy	No es ese el gran secreto, no corren riesgos al ayudarnos.
Salteador	No estoy convencido.
Lyn	Pensémoslo hasta mañana con la cabeza fría.
RobRoy	¿De qué se trata? ¿estamos protegiendo a Nacaals? ¿Tenemos miedo por ellos? Prácticamente son terroristas.
Salteador	Sabemos que no es verdad.
Lyn	¿Decidimos mañana?
RobRoy	Si contamos tu historia estamos adentro.
Salteador	Ok, lo pensamos. Pero nadie más va a morir por mi culpa.
RobRoy	Nadie va a morir, no hay forma de contacto ni con ellos ni con Lyn ni conmigo.
Salteador	Me gustaría creerlo.
Lyn	Me estás asustando.
Salteador	Perdón. No quise decir eso, ni siquiera lo pienso.
RobRoy	Bien, seamos racionales. Es nuestra única salida, no la desperdiciemos.
Salteador	Cuando te comuniqués avisame.
Lyn	¿La base naval la tenés cerca?
Salteador	Si, más o menos.
Lyn	Prometeme que te refugias allí ante cualquier problema.
Salteador	Si, no te preocupes, estoy aprendiendo a cuidarme, además va a ser más fácil que

	visite el hospital por otro motivo, estoy muriendo de calor con el aire acondicionado apagado, durante el día me da dolor de cabeza.
RobRoy	Debe haber cincuenta grados ahí adentro.
Salteador	Si, por suerte hay hielo en el friser.
Lyn	Cuidate, por favor.
Salteador	Tranquila.
RobRoy	Bien, no hagamos esto más largo. Mañana volvemos a comunicarnos a la misma hora.

NACAALS

CAPITULO X

Gail Preston regresó a su hogar con un insano cansancio, habitualmente su semana laboral era tranquila, nunca demasiado, pero podía decir que era un trabajo tolerable, por momentos hasta distendido. No los últimos tres días, se había amontonado trabajo para terminar y había tenido que responder a distintos atrasos en al menos cinco reuniones por diferentes proyectos. Entonces agradecía ser mujer y ser bonita, era el único momento en que abusaba de sus dotes naturales, los grupos de consejo a los cuales respondía estaban integrados por hombres en un setenta por ciento, y un ochenta por ciento de los mismos se mostraba visiblemente deslumbrado por la belleza de Gail. No era que se vistiera en forma provocativa, ni mucho menos, en realidad le costaba explicar los motivos de dicha atracción, ella solía llevar vaqueros no muy ajustados o polleras a media pierna. Blusas o remeras que no marcaran demasiado sus pechos, se cuidaba de usar corpiños que no hicieran notar sus pezones y llevaba su larga cabellera rubia siempre recogida.

No podía hacer más, pero diariamente descubría a algún compañero o directivo del GCIC mirando fijamente su culo, o concentrados en el bambolear de sus tetas cuando corría apurada por los pasillos. En esos momentos le daba fastidio tanta mirada libidinosa, y odiaba imaginar las escenas que los hombres plasmaban en su mente al observarla casi paralizados como si no pudieran recibir algún otro estímulo del medioambiente mientras apreciaban su cuerpo.

Tenía la certeza, además hasta se lo habían dicho claramente, que muchos de ellos desconfiaban de su inteligencia, o en realidad se negaban a creerlo haciendo bromas baratas cuando alguien aseguraba que ella era la mente más lúcida del GCIC y el arma más temida en la cruzada contra los Hackers.

El GCIC, era un Grupo de Consultoría sobre Informática y Comunicaciones a nivel internacional, se encargaba entre otras cosas de realizar auditorías externas a organismos multinacionales y algunos gobiernos, evaluación de armamentos en cuanto a su soporte informático, análisis de casos de intrusiones a equipos de seguridad, para evaluar cómo se había realizado el crimen y de qué forma podía evitarse un nuevo ataque, y todo lo que se relacionara con la tecnología y los efectos de la misma sobre la seguridad de los datos de las grandes corporaciones, siempre enfocando hacia la prevención de posibles hackeos por parte de los delincuentes informáticos.

Permanente­mente se encontraba en reuniones con gestores de negocios y administradores de grandes empresas, dispuestos a dar preferencia en su sistema sensor más a la vista que a los oídos, de manera que mientras ellos se entretenían escrutando cada rasgo de su rostro, espían si había caries en su blanca dentadura o si se había depilado hoy aquellas piernas perfectas, Gail debía repetir dos o tres veces las frases importantes para lograr una reacción de su público. Lo cual dependiendo de lo que tuviera que decir, era favorable o no. Pero servía siempre cuando había que excusarse por el incumplimiento de un cronograma.

No se quejaba, no era un problema ser atractiva, pero decididamente le enorgullecían mucho más los cumplidos a su intelecto que a su físico. Gail había logrado maravillas en la detección de fallas en softwares de control de armas atómicas y era más aguda que nadie en el rastreo de las técnicas utilizadas en un delito informático. Tenía más horas tras la máquina que cualquiera de sus compañeros, hombres o mujeres y jamás, repito jamás, había salido mal parada en una reunión con clientes furiosos. Inteligencia social además de lógica. Había que reconocer que la belleza dificultaba su lucimiento en otras áreas. Con la excusa de que a ella le faltaba carácter para gobernar algunas situaciones o para dirigir a los que ahora eran su pares, hacía muy poco tiempo se había perdido una posibilidad de ascenso, el puesto había sido ocupado por un externo, de todas formas ella creía que la incorporación estaba planeada desde antes de pedir concursar por el cargo. El nuevo jefe se llamaba Jack Stern y era un ex militar amigo de la cúpula del GCIC. Luego de un mes de trabajar juntos Gail debió reconocer muy a su pesar que Jack sí tenía condiciones para el cargo, aunque no más que ella por supuesto, y Jack debió admitir que se sentía atraído por su joven dirigida, aunque después se retractó nervioso y dijo que solo había querido decir que ella era muy simpática. En realidad no lo era, no era simpática, tenía la convicción de que nadie que fuera completamente sincero podía serlo, sí se podía ser un persona abierta, de hablar más. Pero ella no tenía la sonrisa a flor de piel, al menos no con todo el mundo.

Se descalzó apenas cruzó la puerta, era la escena habitual, las sandalias quedarían tiradas ahí sobre al alfombra hasta entrada la noche cuando decidiera recogerlas para guardarlas en el placard de su pieza. Una de las ventajas de vivir sola, ya había compartido cuarto con alguien alguna vez y le había parecido una experiencia más dantesca que feliz, el año y medio de convivencia con Joe había aguzado sus reflejos de autodefensa con los hombres, a veces exageradamente.

Se desvistió en medio de soplidos de alivio mientras encendía el televisor y masajeaba un rato las plantas de sus pies, luego se colocó las calzas de volver del trabajo y una remera larga. Descansó diez minutos sobre el

colchón alternando su atención entre dos programas de chimentos del espectáculo.

Después se sirvió un té de durazno en la cocina y caminó descalza por la alfombra de la sala de estar, hasta sentarse frente al teclado de la PC.

Su madre le habría gritado que no podía despegarse de ese aparato y que ya se parecía a una adicción, que era su forma de reemplazar al cigarrillo. Su madre tendría razón. Pero la computadora era menos dañina que el alcohol, y ya se había descubierto varias veces a si misma sirviéndose otro trago de Whisky, el que está demás.

Había mail, de Saro.

Cuando cursaba en la Universidad tuve una profesora muy agradable, de carácter muy alegre y propensa a tener estrechas relaciones con los alumnos, había dado para resolver el problema de las torres de Hanoi, ¿lo conoces verdad?, supongo que debiste enfrentarlo en tu licenciatura, de ser así sabrás de la complejidad, me llevó largas horas pensarlo y armar un programa acorde a lo solución. Lo llevé la clase siguiente, orgulloso de mi labor, era el único que lo había hecho, como los demás aún tenían que resolver el problema la profesora me premió pidiéndome que resolviera un autómatas lexicográfico para descomponer ecuaciones.

Si ya te sacaste los zapatos necesito que hablemos, tengo mi PC con el chat abierto y una canción de blues que se llama Traidora me avisa cuando entras al canal.

Un beso.

Los ojos de Gail se entrecerraron con indignación, sus dedos flotaron sobre el teclado con la precisión de un concertista de piano, casi escuchó el ritmo de la alarma de blues en la casa de Saro.

Capitana	Recibir acusaciones de un delincuente era lo último que podía esperar hoy, que me trates de traidora me parece sinceramente desubicado y de mal gusto.
Capitana	¿Estas ahí? ¿Todavía suena tu canción?
Saro	Es tu canción, no la mía. Y es un hermoso blues, aunque me hace doler el corazón.
Capitana	Si te tuviera adelante te insultaría, por el chat no puedo, no me parece natural.

Saro	Es demasiado enojo, eso me dice que estoy logrando algo.
-------------	--

Gail notó que tenía muy apretados sus dientes y trató de relajarse, el muy idiota tenía razón la mayoría de las veces.

Capitana	Estás logrando que no te soporte, no sé si era eso lo que buscabas.
Saro	No es verdad, si no quisieras aclarar cuentas conmigo no me hubieras buscado. Te interesa mi opinión y que no estemos enojados. Es realmente un honor para mí, muchas gracias.
Saro	Lo de delincuente fue exagerado y de mala educación.
Capitana	Use información que yo misma intuí, no necesitaba confirmaciones tuyas para resolver el hackeo.
Saro	Te enseñé para que aprendas, no para que persigas a mis amigos con los conocimientos que te brindo.
Capitana	¿Me enseñás? Hace años que nadie puede enseñarme nada respecto a tecnología.
Saro	De acuerdo, te aconsejo.
Capitana	Tampoco. Solo debatimos algunos temas.
Saro	Pero es entre amigos, no es laboral, no deberías usar esto para perseguir a nadie.
Capitana	Yo no persigo a nadie, de eso se encarga el FBI. Yo solo hago la pericia sobre de hacking.
Capitana	¿Saro?
Capitana	Saro, no quiero que te enojés.
Saro	Nunca me enojo con vos. No de verdad. Tengo tema para nuestra próxima noche.
Capitana	¿Cuál?
Saro	Hay un agujero nuevo en Solaris. Te va a interesar.

Capitana	Hablémoslo ahora.
Saro	No, no tengo la documentación. Nos conectamos a las doce y te cuento las novedades.
Saro	Mis compañeros me acusan de dominado por tu culpa.
Capitana	Tus compañeros no pueden hablar de otra cosa que no sea de hacking.
Saro	Bueno, casi como vos.

Fue un golpe bajo, Gail acusó el impacto en silencio.

Saro	Ninguna de las dos cosas es cierta, además mis amigos quieren conocerte. Son buena gente, como yo.
Capitana	No, con un hacker en mi lista de amigos me es suficiente.
Saro	Si, pero debería ser más que amistad.
Capitana	No te conviene, la amistad es el punto más alto en mi escala de valores.
Saro	Como quieras, no voy a rogarte que nos veamos, al menos no voy a volver a rogarte hoy.

Gail deseó que fuera cierto, le encantaba cuando la invitaba a salir, a diferencia de todas sus otras invitaciones, las de Saro eran las primeras que recibía sin conocerse físicamente, bueno al menos él no la conocía a ella, había visto una foto de él tomada por el FBI, lo tenían bastante identificado y controlado desde hacía al menos un año. La foto lo mostraba alto y de hombros anchos, de cabello oscuro y piel muy blanca. Su rostro enmarcaba una mirada que traslucía belleza interior, o así se le antojó a Gail influida por sus charlas nocturnas con el hombre que representaba al más audaz de los hackers. Pero más allá de sus deseos de mujer Gail no podía soñar con ese hombre, constituía la encarnación de todo lo que ella combatía, una relación con él podría ser la ruina de su carrera.

Capitana	Ojalá llevaras otra vida.

Saro	O vos.
Saro	Además llevo otra vida, soy un ciudadano respetable. De día me hago llamar Bruno Díaz.
Saro	Y ya adiviné tu técnica
Capitana	¿Cual?
Saro	Chatear conmigo por las noches para evitar que realice otra actividad.
Capitana	Si, me descubriste.
Saro	Te dejo, hablamos más tarde.
Capitana	No te olvides.

Se desconectó, si hubiera visto su rostro en un espejo se habría dado cuenta que tenía una sonrisa simpática. Algunas personas sacaban lo mejor de ella. Uno era Saro, el otro era Amadeo.

Amadeo era una persona sumamente complicada en cuanto a su intelecto, no había querido nunca revelar nada acerca de él mismo, ni su profesión, ni su edad, ni su gusto por la comida. Solo se encontraban para charlar temas que por lo general convergían en lo tecnológico, pero eso no era ni mucho menos el tópico de mejor dominio de su amigo. Amadeo era un erudito en muchas disciplinas, lo cual llevó a Gail a pensar en una época que en realidad era una rata de biblioteca electrónica, todo el día tras su PC y que solo descansaba para limpiar unos lentes de culo de botella. Lo cierto era que lo que Gail pensara de Amadeo a nivel personal solo eran conjeturas, de él jamás había salido una palabra sobre su propia vida, aunque sí se lo veía interesado en la de ella. Sabía tres cosas acerca de él: 1) la conocía, la había visto al menos una vez. Podría haber sido alguno de los expertos en economía o en comunicaciones que entrevistaba a diario. Una vez le había comentado casi en forma confidencial que su fama había llegado hasta él y que le había despertado interés contactarse con la mente más brillante del sexo femenino en tecnología informática. Un buen punto para Amadeo que no había nunca hecho hincapié en su belleza física como si fuera algo sin demasiada importancia. 2) Tenía amplios conocimientos de sistemas, aunque las charlas nunca profundizaban en ese punto, su discurso era más bien un compendio de extrañas hipótesis teóricas. No sabía si era de formación de sistemas pero intuía que si. 3) No vivía en Estados Unidos, una vez había divagado acerca de las fronteras reales, ¿eran las que delimitaban los países? ¿dónde se está produciendo esta conversación? ¿en qué país estamos? ¿si consigo trabajar en tu país sin moverme de mi casa? ¿en dónde

estoy trabajando realmente? ¿qué tal si trabajo en varios países a la vez? ¿en qué horario trabajo? ¿en el tuyo o en el mío? ¿qué tal si no tengo una dirección de residencia y la única forma de hallarme es a través de Internet?

Una vez le había preguntado cómo definiría a la Internet y dijo que era una gran galería de arte. ¿Era un artista? Tal vez. Podría serlo fácilmente.

Amadeo podría hablar durante horas de las Redes Neuronales, explicando por ejemplo que la Red de Kohonen está inspirada en aquellas áreas del cerebro que se agrupan en función de los estímulos que reciben, podría dar ejemplos (el nervio auditivo) , podría explicar su topología, hablar del aprendizaje automático de este sistema de computadoras, explicar el concepto de vecindad y hacer aparecer en el monitor de la PC de Gail la fórmula matemática que resume la teoría. Todo esto surgido de una charla casual sin que él buscara el tema.

Los asuntos relacionados con el cerebro y la computación eran sus favoritos, pero también opinaba sobre La Teoría General de los Sistemas, y más precisamente de su aplicación a otras ciencias, de la sociedad como sistema, de la Teoría del Control, la Teoría del Caos, de los simuladores informáticos de aceleradores de partículas y de los modelos de evolución guiados por computadora.

Parecía un verdadero bicho raro, pero en definitiva Gail sabía que era una de esas personas a las que les cuesta abrirse, o que están tan avergonzadas de si mismas que no quieren contar quiénes son, qué hacen, cuál es su historia. Amadeo intentaba impresionarla, consciente o inconscientemente. Y realmente lo lograba, además las charlas con él eran divertidas, tenían un sentido del humor bastante similar y a menudo se descubría en una carcajada. Parecía la persona indicada para pasar un grato momento, solo que él se resistía siquiera a insinuarlo.

Gail pensaba que estaba demostrado que las únicas dos personas que espiritual e intelectualmente congeniaban con ella eran de conducta por lo menos rara. Y que probablemente se debiera a que ella encontraba atractivo a aquello que rompiera con lo establecido. Y que cada día de su vida era volcado en un gran molde por las noches, de manera de salir similar al anterior, y al siguiente. Como las sandalias de trabajo, parecían muy alocadas volando de sus pies al llegar a la casa, pero la verdad era que siempre estaban en el mismo lugar. Y que los mocasines que podían hacer cambiar su vida, probablemente le ocasionaran dolorosas visitas al podólogo.

CAPITULO XI

La turbina tenía el tamaño de un pulgar, y estaba pintada de color celeste, era la pieza propulsora del robot en su aspecto aeronáutico, el Prometeo que Fabio no terminaba de armar. La idea de un robot que se manejara con soltura tanto en aire como en mar o tierra lo tenía obsesionado, si le preguntaran la respuesta sería que desde siempre, desde cuando en su infancia veía las historias de Supercard en la TV, aquella serie de los setenta poblada de muñecos parlantes. Si preguntaran a alguna otra persona, cualquier otra persona, diría que solo era su obsesión de turno. Nadie podía comprender que los temas no llegaban a la mente de Fabio desde el exterior sino del lugar más apartado de su mismo cerebro, como un viajero que recorre un extenso desierto y al fin encuentra la ciudad. La ciudad de sus ideas era el tiempo que él pudiera dedicarles. Con algún segundo de tiempo libre el primer emprendimiento en cola hacía su aparición, reclamando un poco de atención y dinamismo. Fabio ya sabía que no había tiempo para todo lo planeado, había hecho el cálculo a conciencia y el resultado rezaba que necesitaría vivir ciento treinta y nueve años para cumplir las expectativas. Y las ideas seguían llegando, se hacían presentes como en un desfile militar, formándose en línea, una tras otra. O a veces agrupándose por afinidad. Hacía unos años, cuando comenzaron a amontonarse, temió perder a algunos soldados en el bosque de su mente. Así que comenzó a tomar nota de las ideas, no le gustaba mucho hacerlo pues lo todo lo escrito era propenso a ser leído por otros ojos que no fueran los suyos. El mismo había pasado años de su vida robando información.

A veces, antes de dormir, imaginaba a su mente trabajando a destajo, como en las protestas de los empleados japoneses en la década del ochenta. ¿Tanta actividad cerebral podía llegar a dañarlo? No lo sabía y ocasionalmente temía entregarse a Morfeo y no despertar nunca más. Pero más temía no realizar todas sus ideas, cientos de robots, inteligencia artificial, realidad virtual, satélites, modelos y simulaciones de alta productividad, mecanismos para evitar catástrofes naturales, robots con sensores predictivos, algoritmos nuevos de traza de ruta y estudios analíticos sobre geometrías de movimientos de aparatos inteligentes. Surgían de adentro, y al encontrar ocupado su sitio intentaban hacerse lugar como fuera, había una cierta rivalidad entre ideas viejas y nuevas,

a Fabio las ideas viejas se le representaban como películas de zombies, cuando miles de cadáveres asoman sus manos podridas en la superficie, y se incorporan lentamente, alejándose de sus tumbas para devorar seres vivos. Cuando las anotaba las callaba un poco y lo dejaban concentrar. Lo dejaban ocuparse de la idea con el número en el display.

El número lo tenía ahora el robot todo terreno, que además estaba creado con tecnología stealth y materiales especiales para hacerlo invisible a los radares. ¿por qué esa molestia? Según su amigo Saro (el de la idea del Stealth) el robot debía funcionar como un virus. Entonces sí sería interesante. Bueno, ser indetectable era el primer paso, pero en la sugerencia de Saro había un contenido mucho menos superficial. ¿Qué tal un robot que se autoduplicate? ¿que se reproduzca como un virus? Fabio no había podido resistir la tentación y había tenido que interrumpir su robot todoterreno para armar un robot con aspecto de hormiga, de ocho centímetros de largo y quince piezas que sabían soldar y unir las partes necesarias para crear un semejante. Si desparramaba las piezas sueltas en el suelo de su laboratorio, el robot sabía caminar entre ellas, reconocer las que necesitaba, y realizar el proceso de armado, hasta que su clon se pusiera en movimiento y ambos realizaran la operación por separado. Aún no había logrado el trabajo en equipo, de manera que se molestaban entre sí quitándose piezas que el otro había identificado, a veces cuando había diez robots armados y solo dos o tres para construir, debía dejar a algunos fuera de circulación para no producir un Dead Lock, el abrazo mortal que traba el desarrollo: A necesita una pieza que tiene B, y queda en espera que B la suelte, B por su parte necesita la pieza que A tiene retenida hasta que él suelte la suya, pero B no sabe que A esta en espera, de manera que B espera que A suelte su pieza y A espera que B lo haga. Podía resolverse esto poniendo tiempos de retención de piezas no infinitos, pero siempre se complicaba cuando había más robots armados que para armar.

El problema de la comunicación entre los robots podía resolverse, pero a su debido momento, ahora era turno de su supercard, y le estaba dando problemas.

Pero nunca lo amedrentaban las situaciones difíciles, siempre y cuando pudiera resolverlas dentro de las cuatro paredes de su laboratorio. Su esposa, Gina decía que era demasiado gris, tenía razón ya que las paredes tenían un tono claro de gris que permitía descansar la vista. Ella no apreciaba que la vista descansaba mejor con un color no tan vivaz. Era de las que tenía el monitor sin protector y con los colores de 24 bits chillando en el cristal, como si quisieran perforar los ojos del usuario.

Conseguir material para el Stealth no había sido sencillo, por ejemplo.

Pero eso no podía detenerlo, había un traficante de armas turco siempre dispuesto a vender sobrante de tecnología rusa, terminó pagando una línea aérea sudamericana en plena crisis económica, las empresas en caos administrativo eran favoritas a la hora de hacer el depósito bancario en la Isla Caimán, en banco y cuenta que indicara el turco.

Las transferencias bancarias eran una de sus especialidades, también las que incluían un pago de coima para el liquidador de empresas estatales de países subdesarrollados. La otra opción eran las mafias, se mostraban siempre muy discretas, nunca denunciarían que les habían robado capitales destinados a una maniobra de lavado, es más, probablemente jamás se darían cuenta de ello. Y si lo hacían solo podían atinar a taparse la boca con ambas manos, no tenían forma de rastrear al maldito ladrón, y por lo general les venía de perillas para resolver disputas internas de poder. Saro estaba de acuerdo en que las empresas mal administradas eran más livianas a la conciencia, el dinero se lo robaría alguien de todas maneras y no ocasionarían una cabeza de caballo muerto en la cama de nadie.

Fabio miró una vez más el interior de la turbina y la ensaladera llena de agua sobre su mesa de trabajo, si permitía el ingreso del líquido arruinaría la electrónica de todo el artefacto, ahora probaba con agua destilada, pero si intentaba volar su aparato sobre el mar, debía extremar los cuidados. Toda la cuestión era la membrana, y el ensamblaje de ella con el material stealth, ... se estaba filtrando ...

... para comer ..., fueron las palabras que llegaron como un molesto zumbido, el zumbido de chupar una naranja, para aspirar los pensamientos de Fabio como si le hubieran clavado una gigantesca jeringa en el cerebro, y lo hubieran aspirado todo, luchó contra la interferencia tratando de ignorarla pero ya había perdido, nuevas imágenes desplazaban a la turbina y al líquido invasor, la bandeja, un té, unas galletas marineras, mermelada, un cuchillo. Podía clavárselo en la garganta así dejaba de hablar, sus manos temblaron saltando del fondo de la mesa a la PC, luego a los cables y tornillos, luego al destornillador, el destornillador tenía punta.

El zumbido insoportable se hizo más audible y gorgėjo intensamente haciéndole vibrar los tímpanos.

– ¿Fabio? Te estoy hablando.

Si, estaba hablando, subió los ojos hasta ella, hasta su boca, hasta los dientes blancos y el gesto de sorpresa. No, no era sorpresa, era miedo, de pronto su esposa había congelado los músculos del rostro y su pie izquierdo comenzaba a buscar lugar hacia atrás, camino a la puerta, demasiado tarde...

La diestra de Fabio se cerró sobre la turbina, los tendones de su brazo se

tensaron, una ráfaga celeste explotó contra el vaso con jugo de naranja y los frascos de mermelada, el vidrio saltó hacia los costados, Gina gritó y soltó la bandeja, la tapa de la azucarera golpeó la pata del sillón de su marido y el azúcar se mezcló en el suelo con el jugo y el café, volvió a gritar algo ininteligible y se tropezó antes de salir corriendo por la escalera.

* * * * *

Gina ni siquiera intentó contener el llanto, ya estaba cansada de los arranques de su marido, así como bajó de la habitación (calzas, remera y buzo de hilo) salió a la calle y se perdió entre las veredas de Salerno, supuso que a la gente que la viera, sobre todo los vecinos, le extrañaría verla cubierta de lágrimas, o tal vez no, si podían escuchar los gritos que a menudo emergían de la casa.

Fabio era una ternura cuando salían de paseo un fin de semana o por las noches cuando se acostaban para dormir, no se ponía violento todo el tiempo, solo tenía reacciones cuando estaba trabajando. El problema era que cada vez trabajaba más tiempo, a veces dos o tres días seguido, sin bajar a la casa ni siquiera para recostarse, dormía en el sillón del laboratorio, no comía salvo excepciones, se la pasaba el día diseñando circuitos y jugando con sus robots.

Gina sabía que Fabio era un genio y en parte por ello se había enamorado de él, la había cautivado su intelecto y su hombría, pero siempre había sabido que no era una persona fácil, y el hecho de ser ella su cuarto matrimonio en treinta y tres años de vida parecía confirmarlo.

Fabio vivía el noventa por ciento de su tiempo consciente trabajando, inventando, pensando. El diez por ciento restante lo ocupaba con ella y con las infinidad de cosas que una persona común tiene para hacer cuando no está trabajando. Sinceramente no le alcanzaba, no le alcanzaría a ninguna mujer, por eso no tenían hijos, y ninguna de sus ex habían querido tenerlos con un marido tan poco atento a la familia como Fabio.

Repitió en su mente una vez por cada adoquín en la calle que la situación no daba para más y que debía entenderlo de una vez, abandonar las esperanzas de un cambio de su parte, preparar la valija y volver con su madre.

Gina corrió alrededor de dos kilómetros, no era una actitud ajena a ella, lo hacía todas las mañanas, corría antes de bañarse y preparar el desayuno, y le servía para sentirse bien, la actividad física la ayudaba a descargar tensiones, volvería algo cansada y sin ganas de trenzarse en una discusión. Trabajaba en un gimnasio por las mañanas, dictando clases de aerobics para señoras algo fuera de

forma, y pileta para chicos, no era ninguna panacea, encontraba mucha competencia en sus colegas, y bastante rechazo a su trabajo. En realidad ella misma se consideraba un bicho raro en el mundillo de la educación física, por empezar, a diferencia de sus compañeros nunca había hecho alta competencia, motivo por el cual no estaba impregnada del espíritu competitivo, sus colegas hacían abuso de ese instinto en cada una de las actividades que compartían. Y se volvían francamente insoportables. Con Fabio no competía en nada, no se llevaban mal por nada que pudieran hacer juntos, él era un deportista haragán pero la acompañaba cuando ella quería andar en bicicleta por la ciudad. Aunque no tanto últimamente. El problema con Fabio era que ya no pasaban tiempo juntos y que sus reacciones violentas se hacían cada vez más frecuentes. Jamás le había tocado un pelo en forma directa, pero el arrojar cosas era una costumbre, y algún día iba a lastimarla, además estaba asustada.

No volvió a la casa hasta la hora de la cena, Fabio la esperaba sentado en el living, en sus ojos se notaba que había estado llorando, en cuanto la vio avanzó dos pasos y se tiró a sus pies, los abrazó y no quiso separarse de ellos, Gina se agachó para obligarlo a soltarla y él la rodeó con los brazos, la arrastró hasta el piso y con mucha dulzura comenzó a hacerle el amor.

	<p>CAPITULO</p> <p>XII</p>
Valhall	La realidad es que me gustaría que vinieras.

Angie Rosebaum sabía que no tenía que decidirse en el momento, no había porque apurar la decisión, después de todo no era algo a la ligera, a Valhall le había llevado más de un año invitarla a participar de un encuentro, bien valía algo de despreocupación de su parte.

Alarde	Bueno, sabes que no me gusta mucho exponerme, además no tengo alma docente.
Valhall	No lo tomes tanto como docencia, no vamos a ir a enseñar, lo importante es difundir, crear conciencia en la gente.
Alarde	¿Y quién más va?
Valhall	Nosotros solos por ahora, pero va a haber un par de hackers locales, creo que un creador de virus y unos chicos que editan una revista ciberpunk. El resto de los disertantes tengo que ponerlo yo.
Alarde	Si es para crackers no tengo nada que hacer ahí.
Valhall	¿Cuándo me viste haciendo amistad con crackers? Creí que ya me conocías.
Alarde	Te conozco, hasta imagino el tema de tu charla: “Libertad de información”, “Oposición al stablishment informático”.
Valhall	¿Cual va a ser tu tema?
Alarde	Todavía no acepté, aparte ¿de que podría hablar? ¿voy a aconsejar a los jóvenes hackers?
Valhall	No suele haber muchos hackers en el

	público, la mayoría son aspirantes. Por eso no te hablo de pasar una mano de barniz sino de moldear su mente con un poco de ética hacker y a la vez formar futuros soldados para defender los intereses de la humanidad.
Alarde	Ah, si, anarquistas.

Angie imaginó que Valhall echaba humo por sus orejas, le gustaba hacerlo enfurecer un poco, lo que ella pensaba no estaba lejos de lo que él postulaba, solo que él era un idealista, un profeta con muchos adeptos eso si, pero en Waco también tenían muchos adeptos y eran una banda de locos.

Valhall parecía realmente buen tipo, un poco pesado con el discurso proselitista, pero solo quería el bien de la humanidad, y estaba convencido de que su misión era digna, y sumamente importante. Sus seguidores lo llamaban “El sacerdote del hacking” y no estaban desacertados, Valhall guiaba su vida con el ascetismo de un monje, la fe en lo que hacía lo movía disparado a todos los lugares del mundo, ahora quería llevarla con él a Chile.

Alarde	Imagino que hay mucha gente que se muere por participar en tus seminarios de divulgación. ¿Para qué me necesitas a mi? No quiero aparecer en los medios, no me conviene.
Valhall	Necesito alguien de tu fama, Alarde es un nombre muy importante en el circuito, te lo ganaste a fuerza de hazañas. El mundo quiere escucharte, saber qué hiciste y por qué, que les digas que no teman a la tecnología, que les digas que pongan los artefactos patas arriba, que los diseccionen como a una rana, que investiguen y aprendan. Conocerte les va a dar confianza y entusiasmo para seguir.
Alarde	Siempre fuiste bueno hablando, Valhall. ¿Que tal si al FBI se le ocurre que sería buena idea abrir un nuevo legajo con mi nombre?
Valhall	Entonces te pido compromiso, además el FBI

	no tiene nada contra vos, en realidad debería agradecerme tus servicios.
Alarde	Bueno, tiene una para agradecer y muchas otras para quejarse, mi actividad no fue precisamente navegar por la red haciéndome Robin Hood.

Sabía a qué se refería Valhall, años atrás, en el apogeo de su osadía, había encontrado un dato curioso en el servidor de una financiera, notó que cerca de unas doscientas personas habían tomado un crédito con el mismo código, era un código no documentado en el sistema de gestión de la empresa y lo más intrigante era que cada uno de los beneficiados tenía una tarjeta de crédito, ¡todos la misma! No podía ser azar, la financiera no regalaba tarjetas de crédito, la investigación de Angie desembocó en una certeza: aquella lista de mil personas era la lista de los miembros del programa de protección de testigos de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos. Inmediatamente y sin pensar en los peligros a los que se exponía, Alarde se comunicó con la CIA y les informó de su descubrimiento. Lo hizo de manera indetectable para ellos, de manera que jamás fue visitada por un agente de dicha agencia, o al menos eso creía.

Valhall	Fue un gesto noble, otra persona habría hecho fortunas con tu información.
Alarde	Y cargado muchas muertes en su conciencia.
Valhall	Tuviste un gesto noble, y en el mundo actual no abunda gente como vos. Sos de los verdaderos Caballeros del las Redes. Una especie de Jedi de la informática. Tus actos heroicos viajan por Internet convirtiéndose en leyenda.
Alarde	La mayoría es ficción, hasta dicen que saqué dinero del banco del Vaticano para distribuirlo a los familiares de un accidente de tren en Bangladesh
Valhall	¿No era cierto?
Alarde	Por supuesto que no.
Valhall	Lo del FBI no es lógico, la conferencia es

en Chile. Y hasta podríamos pasear un poco por el sur del continente.

Alarde sonrió, era evidente que Valhall quería conocerla, tal vez tenía esperanzas de algo más que una amistad. El trataba de no hacerlo notorio pero tenía claro que hablaba con una mujer. Angie sabía cuando había sido expuesto su sexo, y a partir de qué evento el tener la primer mujer en el grupo había sido la comidilla de los machos de Nacaals. El asunto se remontaba a seis meses atrás, cuando habían decidido discutir un tema en teleconferencia pero sin imagen de cámara. Ella intentó agravar su voz con un pañuelo pero el resultado fue regular. Aunque su voz podía confundirse con la de un adolescente, Valhall y Saro comenzaron a importunarla por mail con preguntas que supuestamente solo un hombre podría responder, del tipo “qué modelo famosa apareció en revistas pornográficas efectuando ejercicios en un caballete” o “a qué distancia llega la escupida más potente con el pecho cargado de flema”. Angie imaginaba que se habían divertido acosándola con esas preguntas y que habían exagerado adrede en temas escatológicos. Para ellos era como descubrir que el mediocampista de su equipo de fútbol, que ha pasado seis meses con ellos compartiendo vestuario, en realidad es una mujer.

De todas formas, aunque a Angie le parecía interesante la invitación del hombre que era Valhall, su corazón ya tenía dueño. Su pareja era una persona extraordinaria en todo sentido, por su inteligencia, su compromiso, y por sobre todo por una cuestión de piel imposible de expresar. Angie no pensaba separarse de él en lo que le quedara de vida.

Alarde	¿No estarás tratando de seducirme, verdad?, debería avisarte que soy casada, peso ciento treinta quilos y tengo más de cincuenta años.
Valhall	No digas eso, sé que no es cierto. Pero sí me gustaría verte, soy el único hombre público del grupo, todos tienen mis fotos, pero yo no he visto a casi nadie.
Alarde	Vamos, si equivocaste tu vocación, deberías haber sido actor o político para estar todo el día expuesto a las cámaras.
Valhall	No debería ser difícil decidirte, viaje en avión y hotelería paga por los

	organizadores, comida de la mejor, te mostrás un rato para que te idolatren y después salís a recorrer Santiago. Y dicen que en Chile hay buenos vinos.
Valhall	Y voy a tocar el tema Fermat, cualquiera podría estar en su lugar, hay que darle una mano.
Alarde	No pienso que para ello haya que poner el cuello.
Valhall	Nadie habla de poner el cuello, de difundir la injusticia de este gobierno, nada más.
Alarde	Me interesó lo de los vinos, lo pienso y te contesto.
Valhall	Ok, que sea pronto.
Alarde	Adiós.

Alarde apoyó la notebook que había mantenido en su falda a un costado de la cama, sobre el lugar de Matt, la quitaría antes de que llegara él, ahora deseaba estirarse entre las sábanas y dormir un rato, si no lograba dormir vería algo en TV. No creía que él estuviera de acuerdo con un viaje a Chile, ¿con que beneficio?, no, era exponerse sin sentido. Afuera, en el parque de la casa al borde de la loma, una decena de patos entonaban los acordes de su canción de cuna para la siesta. Si todo salía como esperaban pronto dejaría de trabajar, o se ausentaría unos meses de la red, entonces podrían encargarse del bebé que tanto necesitaban. Y por fin ser una familia.

* * * * *

Alarde no iba a aceptar, reclinó la cabeza hacia un costado, como hacía siempre que tenía un problema para resolver, sus ojos verdes le apuntaron al techo de la oficina en Chicago, era un piso bajo en pleno centro, con demasiados ruidos en el exterior, pero al menos estaba cerca de los bancos y le permitía volver a su hogar en quince minutos, lejos de escuchar el arrullo de los animales que apreciaba Alarde, ella decía que parecían cargarle bolsas de arena en cada uno de los párpados como si fueran la cortina de un teatro, Chicago lo mantenía despierto y activo como una avispa, había mucho para hacer y la vida era muy corta, Valhall sabía que si quería gestar un cambio antes de encontrar la muerte debía apurarse, y dejar una semilla plantada para que se continuara su lucha,

tenía claro que en la actualidad y aparentemente las cosas no cambiarían, Estados Unidos gobernaba el mundo, tanto social, cultural, económica como tecnológicamente, el cambio debía gestarse en los cimientos de la sociedad americana si quería tener un mínimo de alcance.

La oficina había surgido como una trinchera, desde allí se editaban las páginas de la revista que Valhall distribuía en formato electrónico y con la cual pretendía llegar a las mentes jóvenes del ciberespacio. En cuatro años se había hecho un renombre tanto él como su revista, volcaba en ella toda su ideología, hablaba de política y de sociología como soporte a sus ideas tecnológicas, y enfocaba la disidencia con las multinacionales y los gobiernos como una cuestión cultural.

Había temas que la gente debía contemplar, abrir los ojos a la realidad del mundo de los bits, nadie se preocupaba por el tráfico de la información, y esto era porque nunca se había creado conciencia de la información como bien libre y del derecho de todos a su lectura y comprensión. La información pública debía estar al alcance de cualquiera con intenciones de verla, no podía permitirse la existencia de bases de datos no accesibles con información que debería ser abierta a la comunidad y mucho menos gente que lucrara cobrando por su administración. Toda la información relacionada con tecnología hacía al crecimiento cultural del mundo, y no debería tener acotado su alcance por intereses económicos. El lema era clarificador: No a la sociedad de la información, Si a la sociedad informada. Valhall sabía que los grandes capitales detrás de la informática necesitaban esconder la información a partir de la complejidad de su acceso y dejar en la oscuridad absoluta el proceso de recolección de la misma. No estaban hablando de toda la información ni mucho menos, por supuesto que había derecho a privacidad, pero no con la información pública, no con los bienes que son de la humanidad, ya no se podía seguir confinando a la ciencia a vivir en la celda de reclusión de las finanzas de los bancos mundiales. La monarquía del petróleo era un ejemplo, había más energías alternativas que las que podía contar con una mano y mucho menos onerosas al usuario final que el petróleo, y desde hacía varios años en el basurero de las multinacionales. Cerebros brillantes callados por el dinero, conocimientos archivados en cajones, capitales no aportados para experimentos que podían revolucionar la vida sobre la tierra, combatir la mortandad, eliminar el hambre y la desnutrición, claro que también perjudicarían a los laboratorios farmacéuticos y a la industria alimenticia. Todo eso lo sabía Alarde, entonces ¿por qué mierda tenía problemas en colaborar? No es que no lo hiciera, en realidad todo Nacaals ayudaba en la redacción de la revista, escribían artículos técnicos y contaban alguna anécdota. Pero se necesitaba más acción, estaba fastidiado del temor a

las autoridades que sus compañeros profesaban, por el temor los tenían dominados, sin dejarlos expresarse en el mundo. Todos coincidían que los conocimientos debían ser compartidos, y se encargaban de expandir la red de circulación de los mismos, pero no estaban dispuestos a que los identificara la gente del FBI, el NSA o la CIA. Trataban de vivir una vida sin sobresaltos con la ley lo cual no era criticable, pero se oponían a la necesidad de ayudar a personas como Fermat que estaba preso desde hacía ya más de dos años. ¿Por qué estaba preso? Pues por nada ilegal, por ser más inteligente que los demás, por ser el mejor decodificador de claves, su inteligencia lo había llevado a descifrar uno de los códigos de seguridad de comunicaciones militares del Reino Unido, no hubiera pasado nada si el Comandante de las Fuerzas Armadas no hubiera recibido un mail con la clave escrita diciendo que era de cartón. Esta bien, no era bueno burlarse, pero les había hecho un favor mostrándoles su vulnerabilidad, en cambio lo tomaron como un ataque, y ante la humillación pública a la que se vieron expuestos decidieron pedir un escarmiento a los Estados Unidos, quien lo capturó y lo extraditó.

Esos altercados quería evitar el resto del grupo Nacaals, todos sabían que a Fermat lo habían encarcelado por ser una figura pública dentro del hacking, no tan mediático como él mismo pero lo suficientemente descarado para hablar por televisión acerca de una sociedad utópica donde la libertad de información fortaleciera la democracia.

¿Y cuál era el premio para la sociedad? Encarcelar a la persona que podía ayudar a los gobiernos a proteger sus comunicaciones de los fundamentalistas islámicos, quitar del medio a quien podía contribuir a implementar armamentos más seguros. A cambio la sociedad cargaba con otro adicional, una condena de cuatro años para el intruso de las redes, y asumía un costo equivalente al de una decena de carreras universitarias completas. Si los estados decidían encarcelar y cortar la lengua de quienes podrían ser los únicos que ante la próxima innovación tecnológica estuvieran en condiciones de decir “cuidado con esto” o “sería más productivo usarlo de esta otra forma”, o “si damos vuelta sobre esta idea, podríamos lograr este otro efecto”, pero a las autoridades les molestaban las preguntas no previstas, les parecían voces alarmistas aquellas que exponían verdades molestas a sus intereses, eran anarquistas aquellos que dirigían sus propias investigaciones con sus propios conocimientos, estaban cerca de repetir la segregación de Hitler hablando de “física judía”, era dar un portazo en las narices del progreso, era decir que la ciencia estaba reservada a los profesionales de delantal blanco en un laboratorio de millones de dólares, y que ningún delincuente con propensión a hurgar en la intimidad ajena y devastar sus equipos de computación era capaz de enseñar

nada.

Aquellos que hoy encerraban a los hackers, estaban cumpliendo el sueño de los organismos de seguridad, a través de la creación de Echelon. Se habían acabado los días en los que la policía si quería realizar una escucha telefónica debía grabar y transcribir las comunicaciones para buscar una palabra relevante, por ejemplo “Asesinato”, “Presidente”, “Bomba”, “Atentado”, ya no necesitaban interceptar el correo, abrir los sobres, leerlos y volver a enviarlos para sumergirse en la correspondencia de la gente común, no, las agencias habían ganado efectividad y reducido costos, ahora eran capaces de revisar los e-mails de toda la Internet, escuchar los teléfonos, leer faxes, interceptar telex y meter sus dedos en el corazón mismo de la llamada info-esfera.

Echelon tenía como blanco gran parte del sistema de comunicaciones mundial pero se estaba expandiendo, específicamente la mira apuntaba a objetivos no militares como gobiernos, empresas e individuos. No en forma precisa sobre cada uno de ellos, sino que filtraba información en grandes cantidades buscando ciertas “palabras reservadas”. La búsqueda en la red se hacía a través de un software especialmente diseñado para escrutar el contenido de los mensajes, cuando no se trataba de analizar palabra escrita sino voz humana entraban en juego las computadoras Oratory, propiedad de la NSA y capaces de reconocer palabras en por lo menos cinco idiomas “escuchando” la grabación de una charla. Aunque con el inconveniente que las Oratory no podían procesar a velocidad suficiente para entender la gran masa de comunicaciones mundiales, ni siquiera la de todo un país. Lo coordinaba la NSA, incluyendo como miembro de Echelon además de a Estados Unidos a los símiles de la agencia en Gran Bretaña, Canadá, Nueva Zelanda y Australia, aunque había quienes aseguraban la reciente inclusión de la Unión Europea.

¿Que buscaban? Información política, militar, económica. Sobre todo ésta última que tomaba cada vez más relevancia, además de los tradicionales enemigos: terroristas, carteles de droga, organizaciones mafiosas, etc. Y Estaban dispuestos a incluir más países en su espectro, es decir, obligarían a otros países a incorporar tecnología a favor de la red de espionaje.

La contradicción y contravención de la que Valhall hablaba a quien quisiera enterarse y salir de la pecera, era que los países tenían constituciones que proclamaban el derecho a la intimidad y la seguridad en las comunicaciones.

Las Agencias se defendían diciendo que era a favor de la seguridad de las naciones y los ciudadanos. La verdad es que un arma tan poderosa como Echelon podía usarse de mil formas, y solo bastaba con pensar lo útil que le habría sido a Stalin o a Hitler para querer gritar hasta desgañitarse que estaban cometiendo un grave error al aprobar el uso de tales herramientas.

Sin embargo Echelon estaba extendiendo sus brazos como un pulpo sobre el río que representaban las comunicaciones del mundo, y Fermat en una celda, o aplastando sus nalgas contra un asiento de piedra en el patio de la cárcel.

Una vez más repasó a los candidatos para la conferencia. Saro no iría, el anonimato era algo sagrado para él, casi un culto. A R/S iba a ser imposible despegarlo de sus robots, se limitaría a escuchar la sugerencia abstraído y volver a levantar el destornillador. Moloch no podría mantenerse sentado en la conferencia, estaría vomitando o demasiado drogado para hablar. A Laúd no le gustaba hablar en público, ni lucirse ante nadie, era demasiado antisocial. Además no podía viajar con su perro. Debía buscar a otros hackers de status más bajo, pero encontrar alguno que de verdad quisiera ir, que no fuera un delincuente, que hablara español o inglés y que no se intoxicara con alcohol todas las noches. No era fácil. Sabía que había muchos Hackers que no congeniaban con su política de difusión, cada vez que hacía una conferencia recibía mensajes del tipo "Los hackers no somos ni queremos ser estrellas de la farándula, a toda esa publicidad barata y palabrerío pueden metérsela en el culo, no la necesitamos y no nos hace bien." Por suerte eran los menos, había muchos otros mensajes de aliento y gratitud. Sabía por lo que la gente le transmitía en las conferencias que esta difusión era gratificante para los espectadores, y que muchos de ellos recorrían kilómetros para participar del evento.

Revisó la lista de Hackers que tenía en su máquina y se dispuso a mandar e-mails.

CAPITULO XIII

Cuando a Ben se le cayó el helado al suelo se lo quedó mirando, tratando de adivinar si había alguna posibilidad de seguir degustándolo, solo le había dado unos lenguetazos, menos que la cantidad de dedos en la mano llena de crema. Arqueó la boca hacia abajo pero todavía no lloró, aunque los ojos se le humedecieron, tal vez si lo levantaba quedara algo dentro del cono, sabía meter la lengua en el cucurucho, su hermano David le había enseñado. Si David hubiera estado presente seguramente le habría hecho burlas primero, y después le habría convidado del suyo. David era bueno a veces, aunque no le prestara algunos juguetes. Recién lloró y a todo pulmón cuando un perro negro y feo se acercó confiadamente al helado y comenzó a lamerlo del piso, pero al perro le resultó indiferente el griterío, evidentemente ya lo había hecho antes, era un perro malo ladrón de helados.

El hombre ancho con brazos de acero levantó a su hijo aprisionándole las piernas con el brazo izquierdo, en la mano llevaba una servilleta de papel que utilizó para limpiarle la boca y los dedos. Hacía calor para los primeros días de marzo en Los Angeles, y la brisa era seca como el aliento de un dragón.

En la plaza cuatro chicos que jugaban un partido de fútbol, se acercaron para recoger la pelota que había caído en un charco, la hicieron rodar por el pasto para secarla y luego continuaron.

Benjamín había tomado bastante aire antes de gritar, así que el primer estallido salió de su garganta y permaneció inmóvil en el oído de su padre por varios segundos, cuando se quedó sin aire volvió a aspirar, no pensaba parar hasta conseguir otro helado.

El teniente Harris comprendió la situación en el acto, lo supo desde que vio la mirada de su hijo sobre la crema helada chorreando por las baldosas. Sabía que el paso inteligente era caminar hacia la heladería, eso implicaría una atenuación del llanto, no en su totalidad pero lo suficiente para poner a salvo sus tímpanos.

Benjamín recibió su segundo helado con una sonrisa luminosa, apenas le quedaban lágrimas en los ojos y nuevamente disfrutaba del sol de la tarde. Harris no pasaba mucho tiempo con sus hijos, el trabajo lo tenía apresado más que en cualquier otro año que pudiera recordar. Era la segunda salida con ellos en el último bimestre, y los chicos sabían reprochárselo. No tanto Benjamín, que

era el más pequeño, pero David de siete años había acusado una fiebre justo el día que podían pasar juntos, consciente o inconscientemente estaba enojado con él. Se había quedado con Lorna, y con su nueva hermana llamada Meg. Lorna tenía novio, éste llevaba durando ya seis meses. Era el novio que más había durado de todos los que había tenido, incluso en el tiempo que había estado casada con él. Le molestaba que hubiera llevado tan rápido al tipo a la casa, que después de todo era su casa, ella decía que era menos cambio para los chicos permanecer allí y que de todas maneras no extrañarían la ausencia del padre verdadero pues nunca había estado en el hogar, que casi no había usado la vivienda en ocho años de matrimonio, que ella había criado a los hijos sola, que el aporte de él era solo económico, y que hasta dudaba de la veracidad de su ingreso. Lorna se asombró el día de la separación, cuando él le mencionó nombre y ocupación de cada uno de los amantes que había tenido en el último año, lo acusó de no preocuparse por el matrimonio, de saber que ella salía con otros y no reaccionar. Le indignaba ser acusado por su esposa cuando era ella la que se estaba acostando con cuanto hombre podía, se enojaron, gritaron, dieron un poco de espectáculo para los vecinos, pero la realidad era que la separación dejaba un sabor a remedio para la tos, de los que alivian cuando ya no se puede hablar porque la garganta esta en carne viva. Nunca intentó confesarle que él también tenía una amante, desde siete meses antes de la separación, prefirió que ella no lo supiera para tener algunos beneficios en el juicio de divorcio. Quería un divorcio lo menos traumático posible, recién ahora, diez meses después de la separación estaban por comenzar con los trámites y Harris no sabía con qué iba a venirse Lorna, sobre todo porque el tipo que andaba con ella era abogado, aunque no intervenía en el divorcio, evidentemente era sensato y no quería que un policía le rompiera la boca en medio de la discusión. No habría sido nada difícil, lo había visto varias veces y ninguna de ellas le despertó ni un poco de simpatía. El abogado del teniente Harris le había asegurado que teniendo pruebas de la infidelidad tenía bastantes ventajas pero a él no le interesaba generar una guerra, sobre todo porque su temor más grande era que ella le hablara mal de él a los chicos, y que ellos criaran un resentimiento hacia su padre, esa idea lo atormentaba porque sabía que sería insoportable si lo rechazaban, eran muy chicos para entender las responsabilidades de su trabajo, solo notaban que él no estaba cuando se habían lastimado al caer de la hamaca, o cuando despertaban de noche si tenían alguna pesadilla. Si ella hacía eso ...si se los ponía en contra ...

Esta vez la pelota cayó más cerca y Harris la devolvió de un puntapié, Ben aún comía su helado mientras seguía infructuosamente a una paloma con un paquete de granos de maíz, que ya se había mezclado con el helado de crema.

El cabello rubio de su hijo brillaba al sol, y el verde del parque contrastaba en el rojo de su remera, lo veía moverse entre el pasto y tropezarse en forma continua, pero aunque su andar era inseguro, no se caía. No podía decir lo mismo de David pero Benjamín se parecía mucho a él, su madre no se cansaba de asegurarlo cada vez que lo veía y la verdad que tenía razón, fotos de la infancia hablan a favor de ella, y lo probaba con álbumes cada vez que la visitaban, incluso le había tomado una foto en la misma pose que estaba él treinta y cinco años atrás, en el fondo de la casa subido a un caballo de madera, y la única diferencia parecía la calidad de la imagen.

¿Cómo podían entender sus hijos que el trabajo de policía, y más específicamente el que se realiza en una división especial del FBI, era un trabajo que te mantenía lejos de todo lo que no fuera un caso, a veces semanas, en otro estado, en otro país? ¿cómo entenderían que lo hacía por el bien de la sociedad, que era su vocación, que había nacido para eso? ¿cómo percibirían el amor que él les profesaba? ¿cómo le creerían que los estaba cuidando si nunca lo veían en la casa? ¿cómo podía explicarles que el trabajaba como jefe de un grupo para apresar delincuentes, vándalos de la tecnología, que desde una computadora podían robar a gente inocente, que estafaban a empresas de telefonía, que violaban la seguridad de la nación accediendo a secretos de estado, cambiando la ubicación de los satélites de comunicación, derribando servidores de la NASA? Y que si esos pervertidos tecnópatas no eran controlados la vida de cada uno de los habitantes de los Estados Unidos podía verse perjudicada. ¿cómo podía contarles de la megalómana ambición del Hacker llamado Valhall, sin duda alguna el más peligroso de todos por ser el líder, el que creaba la mentalidad delictiva en las mentes moldeables de los jóvenes, el que vendía un discurso insano a los adolescentes, abusando de la rebeldía innata de estos, sublevándolos contra los estados y las organizaciones a fuerza de un peligroso sabotaje electrónico?

Valhall, cuyo nombre real era Mark Ressler, conducía a miles de jóvenes inteligentes a su ruina, a vivir una vida derrochando sus dotes, delinquiendo, rebelándose estúpidamente contra la sociedad en vez de ayudarla a construir utilizando los conocimientos. Los guiaba como el flautista de hamming directo al precipicio, algunos terminarían presos, otros destruidos, desilusionados del mundo en que les toco vivir, solo unos pocos, muy pocos, lograrían reinsertarse en la sociedad, frustrados y alcohólicos, o adictos a las drogas como el que se hacía llamar Moloch, sabía de lo que hablaba, lo había visto incontables veces, y estaba cansado, ahído de tanta ideología barata e inútil, harto de verlos desbarrancarse a toda velocidad solo porque un loco con talento de predicador había pintado un telón con un paisaje en la curva.

Pero debía reconocer mérito en la condición de liderazgo de Ressler, resistía los embates de los medios de comunicación sin deterioro, acrecentando sus seguidores y expandiéndose internacionalmente. Cada día algún periódico, o programa de TV o radio emitía opinión sobre el discurso de Ressler, calificándolo de absurdo, de subversivo, de deshonesto. Cada día Ressler era aborrecido y ridiculizado por sus críticos, sus ideas eran presentadas a la sociedad como los delirios de un profeta peligroso, los padres eran advertidos sobre el peligro que corrían sus hijos si les dejaban escuchar el canto de las sirenas. Era acusado de manipulador, de ególatra, su revista era prohibida en papel por los distribuidores y combatida en la red, sus movimientos eran seguidos de cerca por NSA y FBI, era repudiado por la sociedad y hasta por algunos de sus propios “colegas”, cada conferencia que daba terminaba en un escándalo mediático, donde diputados, periodistas y agentes de la ley lo acusaban de apología del crimen, de enseñar a los asistentes a sus seminarios a escuchar ilegalmente teléfonos celulares, interceptar comunicaciones de radio, a utilizar sistemas de encriptación de datos que eran considerados material estratégico, y clasificados por las milicias dentro del rubro municiones en el archivo de armas de guerra. Habían encarcelado a su socio más cercano, pero utilizaba el hecho para mostrarse como víctima ante su público, sus seguidores en todo el mundo atestaban la cárcel de cartas, llenaban las salas de conferencia, y coleccionaban la revista en los discos rígidos de sus computadoras como si fueran objetos de culto. Veneraban a los columnistas de “The Hackers Report” como nuevos dioses en la era de la Información, donde Valhall era casi la encarnación de Jesucristo.

Harris se comportaba con Ressler como un sniffer, registraba toda su actividad, se dedicaba a espiar sus movimientos, intervenir sus teléfonos, vigilar sus encuentros sociales, sus cuentas bancarias, etc. En su equipo trabajaban abogados, policías expertos en informática, informantes, técnicos en comunicaciones ..., pero el enemigo también tenía abogados, Harris sospechaba que incluso le daban los servicios en forma gratuita para colgarse de su popularidad. Hacía meses que buscaban forma de procesarlo, si lo atrapaban destruyendo intencionalmente datos propiedad de otra persona podían acusarlo de “daño criminal o malicioso” pero para ello debía probarse el daño, la acción humana y debía haber un testigo, era casi imposible, y los abogados del hacker eran muy buenos, habían intentado culparlo de robo pero no estaba claro en la legislación si las redes se consideraban propiedad privada, si fuera así usar una password ajena era como entrar a una casa con una ganzúa, pero Valhall se escapaba como un cerdo enjabonado. Sí podrían acusarlo de “fraude” pero debían comprobarle una intrusión con clave ajena, para comprobarle “hurto”

había que demostrar que había sustraído una propiedad y que había tenido intención de hacerlo, esto podía darse por uso de servicio telefónico por ejemplo, era la posición más fuerte del FBI, había otras formas de hurto: “robo de secretos comerciales”, “recibo de propiedad robada” (otra opción útil para acusar a casi cualquier hacker, pero difícil de demostrar), y “robo de servicios” o “trabajo con falsos pretextos”.

Los abogados de Harris creían poder acusarlo de conspiración, y lo hubieran logrado si no los detenía un movimiento de superlativa inteligencia de Ressler: se había acercado a Nacaals, el grupo criminal más peligroso en el mundo informático, lo conformaban los viejos gurúes hackers y atraparlos a ellos era tan importante o más que el maldito manipulador. Así que estaban esperando, agazapados, creían que podía llevarlos hasta Nacaals pero demandaba tiempo, la relación entre ellos era siempre en chat o mail codificado, pero Ressler era proclive a organizar encuentros personales, no esperarían mucho para localizarlos de a uno, y cuando tuvieran identificados a todos o a la mayoría, caerían sobre ellos como una lluvia de meteoritos. No sería fácil, habría que coordinar fuerzas entre distintos países, pero era posible, por Dios que sería una belleza aquel día.

Si había un líder en Nacaals ese era Joshua Baker, que se hacía llamar Saro, de lejos el más astuto de todos y con una admirable capacitación técnica. Parecía haber desperdiciado toda su vida frente a una máquina y había adquirido una destreza inigualable. Simulaba haber cambiado de vida dedicándose ahora a atender su compañía de seguridad informática. En realidad no era más que un comando tigre, cuando una empresa quería poner a prueba su sistema anti-intrusos lo podía contratar para intentar violarlo. Harris llevaba una estadística de los últimos dieciocho meses, había logrado un porcentaje de éxito en la intrusión en un 95 % de los casos, las empresas habían quedado muy satisfechas con su trabajo y perplejas en cuanto a cómo solucionar los agujeros de seguridad. Joshua amablemente se ofrecía a venderles la solución. Era un excelente negocio que había catapultado su fortuna a cuatro millones de dólares.

Aunque le costaba reconocerlo Harris admiraba a Joshua, a veces lo observaba con la fascinación con la que se ve un espectáculo de David Coperfield, lamentablemente él no creía que el ladrón de cajas fuertes fuera la mejor persona para hacerse cargo de la seguridad un banco. Era como darle huevos para cuidar a un mapache, se los comería en algún momento, cuando nadie pudiera probarlo. Por eso era sumamente peligroso, estaba seguro que Joshua entraba por las noches a las máquinas, se colocaba el traje de Saro pegado a su piel, y accedía a curiosear por los datos de las empresas que habían confiado en él. No tenía pruebas de que vendiera información a compañías de la

competencia, pero era una posibilidad, de todas formas si lo hacía debía tener otra cuenta bancaria fuera del alcance del su olfato de sabueso. Ressler se llenaba la boca hablando de los códigos de ética hackers, pero esos códigos no existían, no podía existir ética en infringir la ley, en cagarse en los derechos de la gente, en develar la intimidad de alguien como un voyeur colgado de la ventana del baño de una dama.

Harris los acechaba como si fueran ratas, cuando los tenía localizados le gustaba jugar con ellos, presionarlos un poco, ... era grato verlos, se ponían nombres de guerra como “maestros de la muerte”, “Dr. Diabólico”, “Amo de la destrucción”, pero no eran más que grupos de cobardes, no eran hombres de acción, la mayoría eran adolescentes que se ponían a llorar cuando el FBI los abofeteaba y los metía en una camioneta celular. Calculaba que había unos veinte mil hackers en todo el mundo, de los cuales apenas unos cientos debían ser tomados en serio, solo unos pocos eran miembros de la elite, tal vez unos cincuenta, y de ellos media docena había formado el grupo Nacaals, no era la única agrupación pero era la más poderosa en cuanto a la habilidad de sus miembros, algo así como el seleccionado mundial de delincuentes informáticos. A diferencia de casi la totalidad de sus colegas, estos no eran adolescentes, eran ciudadanos de distintas naciones con una edad promedio de treinta, con el hacking como su medio de vida, su profesión, robaban a empresas para abastecer sus cuentas bancarias, y parecían no tener límites. Era evidente que les gustaban los riesgos pero cuando estaban entre rejas actuaban como toda la comunidad hacker, contaban todas sus hazañas con un detalle morboso, parecía que en vez de declarar estaban dando una clase magistral de un descubrimiento científico, en realidad era instructivo para los auditores de sistemas escucharlos, la corte se llenaba de gente especializada el día de la declaración como había sucedido con Frank McClane, el que se hacía llamar Fermat en honor a un teorema matemático. Nunca había sido miembro del grupo Nacaals pero era un estrecho colaborador de Ressler, y el ambiente lo consideraba un genio en criptología, por supuesto a los admiradores no les interesaba que Frank empleara toda su inteligencia en descifrar claves del gobierno. Robar al gobierno no era insano, robar a las compañías de teléfono tampoco lo era, no era delito para ellos distribuir virus informáticos ni destrozar los datos de las empresas, no estaba mal enseñar cómo armar una bomba casera, ni realizar fraudes con tarjetas de créditos, pero era una verdadera locura poner una multa de US\$ 100.000 a uno de ellos por daños causados, mucho más incoherente veían que uno de los suyos terminara en prisión.

En el camino de su visión se cruzó la imagen de una zapatilla roja en miniatura con los cordones desabrochados, se agachó hasta ponerse a la altura de

Benjamín y ató los cordones mientras su hijo se quitaba algo de pasto entre los dedos. Ben sería una gran persona algún día, pero para ello debía ser controlado en la adolescencia, él estaría muy cerca para cerciorarse que gente como Mark Ressler y Frank McClane se mantuvieran a una distancia prudente. Harris había llegado a Teniente sin disparar una sola bala en contra de nadie, aunque era habitual que se encontrara envuelto en un pelea, sabía que sus colegas lo respetaban porque veían en él una expresión peligrosa cuando se ponía de mal humor.

Si algún día debía dispararle a algunos de los delincuentes que perseguía, estaba convencido que no le fallaría al entrecejo.

CAPITULO XIV

Había preferido ingerir la Cocaína con licor de chocolate, la había disuelto adentro del vaso ancho para whisky, y luego había agregado hielo. Cuando empezó el efecto ya estaba sentado frente a la computadora, en el cómodo sillón giratorio de cuero, se sentía como un astronauta siguiendo la cuenta regresiva para el lanzamiento de su nave, en medio de la excitación ya empezaba a mezclar el placer. Era un gran cambio pues había estado depresivo todo el día, pensando en su propia muerte, La Muerte lo había visitado un par de veces, tomando la forma de una cobra, vestida totalmente de verde, con la piel escamada y brillante, enroscándose pacientemente en las patas de su escritorio hasta acercarse a la impresora, allí se detenía, para inspeccionarlo con sus ojos redondos y oscuros, abría la boca para dejar ver la lengua rosada, los colmillos goteando un líquido lechoso, entonces ella soplaba acompañando un silbido y el veneno lo salpicaba, causándole inmovilidad, se quedaba hundido en su sillón, observando la escultural postura de la serpiente, erguida sobre sí misma, con su cuerpo de diez centímetros de diámetro y la cabeza ancha, la boca entreabierta, la mirada fija, expectante, podía ver hasta sus fosas nasales, podía respirar la fetidez de su aliento. La cobra esperaba unos segundos, tal vez se tomaba medio minuto para reconocer a su víctima, hasta que decidía atacar, entonces se lanzaba sobre él y mordía su garganta inyectándole el veneno, Hermann sentía el dolor, se expandía en su pecho abarcando la totalidad del tórax, percibía el veneno recorriendo la sangre, pero ni siquiera podía gritar, entonces los músculos respiratorios comenzaban a paralizarse, en cuestión de segundos ya no entraba aire a sus pulmones, y quedaba tendido, sobre su sillón de cuero negro, atrapado en la oscuridad de la muerte. Una oscuridad que sabía no era eterna, pues el rostro de Satanás aparecía a los lados de sus ojos, riendo burlescamente.

La droga bloqueaba al cerebro para impedir la nutrición de glucosa en el sistema mesolímbico y la corteza cerebral, la cocaína se encontraba a sus anchas en el debilitado cerebro de Hermann, interactuando libremente con la dopamina. El resultado era un bombardeo incesante a las neuronas y la grata sensación de placer que se transformaba en éxtasis profundo. En ese momento no temía a la serpiente, no temía ni al mismísimo Diablo, que viniera él con toda su legión a darle caza, y que se metiera en su cuerpo si quería, había lugar para todos.

Entrecerró los párpados, entregándose al goce, no tenía ninguna duda

que la cocaína era lo mejor que había probado, solía mezclarla con tabaco, armar un cigarrillo y fumarla pausadamente, disfrutaba largas horas sobre el sofá de su living, con la vista fija en el techo, pero sabía que había que consumirla con prudencia si quería evitar problemas, al igual que el hacking, la adicción y el uso compulsivo, era muy peligroso.

El programa scanner que tenía corriendo en la máquina era de su propia creación, utilizaba las técnicas stealth más avanzadas para analizar las debilidades de las computadoras comenzando por el chequeo de los puertos TCP/IP, algo así como descubrir por cuáles canales la computadora estaba escuchando, que puertas estaban entreabiertas para intentar el acceso remoto.

Encontró un acceso sin clave, con privilegio de solo lectura y para la ejecución de un único programa. Resultó ser un programa que se usaba en el archivo de la empresa, se podía desde allí consultar los legajos con información pública y un thesaurus armado con las palabras claves de los documentos almacenados que servían como una suerte de guía para el empleado novato y ayuda memoria para el experto. Pasó más de quince minutos surfeando por los menús del programa, luego intentó hacerlo caer, por lo general lo lograba por saturación del buffer, solía encontrar en las aplicaciones lugares donde una sobrecarga de información desbordara la memoria. Si esto sucedía el programa interrumpía la ejecución, regresando el control al sistema operativo. Esto daba la posibilidad de moverse en la máquina con un poco más de libertad, aunque aún conservando los permisos restringidos. No encontró manera de cortar el programa pero sí el camino que llevaba a un entorno de programador, un debugger que habían dejado colocado para la depuración de un eventual error de en el código. De todas formas las posibilidades de uso de este debugger eran limitadas si uno lo observaba con ojos de administrador, aunque no para él. En el menú del debugger había un precario pero útil editor de texto y por el botón de abrir tenía acceso a una única carpeta donde encontró archivos que despertaron su curiosidad. Cambió la extensión de uno de los archivos para que el debugger permitiera su apertura, inmediatamente el programa intentó traducir líneas indecifrables y arrojó varios errores, el décimo lo sacó de programa.

Ahora estaba en una carpeta del sistema operativo sobre la cual tenía solo permiso de ejecución y en la que había unos pocos archivos, no podía moverse de la misma a ningún otro lugar del disco ni de la red. Había un solo programa en el directorio y Moloch decidió ejecutarlo, apareció un programa para consulta similar al anterior, pero incluía la palabra “training” en el título, lo cual indicaba que era el que se había utilizado para entrenamiento del personal y que apuntaba a una base de datos de prueba. Repitió la rutina para cortar la ejecución del programa, esta vez tuvo acceso a todo el disco, aunque todavía con

permiso de solo lectura. Localizó el archivo de passwords del sistema operativo y lo copió al disco rígido de su máquina. Suspendió por un momento el trabajo en el servidor de la víctima y editó el archivo de password en la pantalla de su PC. Se veían columnas definidas con nombres de usuarios, claves de acceso y permisos definidos; pero encriptados con un algoritmo de seguridad. Buscar las passwords por fuerza bruta, probando millones de combinaciones con un programa generador de códigos o recorriendo un diccionario electrónico era un trabajo demasiado largo para la poca paciencia de Hermann.

En eso se parecían con Nina, en la poca paciencia, él no estaba dispuesto a perder el tiempo en algo que no satisficiera su necesidad de distracción, le costaba fijar la atención en un episodio que escapaba al ámbito común de su interés. El intelecto de Hermann era bastante tirano al respecto, tenía sus prioridades y éstas generalmente estaban relacionadas con el divertimento, la distracción, o simplemente el placer de descansar bajo el arbusto en el fondo de su casa. La poca paciencia de Nina tenía otra naturaleza, se originaba en la imposibilidad de detener un segundo el ritmo de su vida y tratar de aunque sea considerar otra forma de pasar el tiempo que no fuera trabajar y responder a obligaciones, si no era el empleo como secretaria de unos abogados dictadores, era el impulso por limpiar toda la casa, o salir a recorrer vidrieras con intenciones de planificar, lo que fuera, futuras compras casi siempre.

Dos semanas atrás, cuando ella se fue de la casa a vivir con uno de los socios de la firma donde trabajaba tuvieron una gran pelea, de esas donde se grita mucho y se dicen cosas que no se piensan. El sabía que Nina lo amaba, y que volvería en unos meses. No le molestaba tanto estar solo, después de todo había recuperado tiempo para leer y hasta para escribir el viejo libro ciberpunk que tenía inconcluso desde los veinte años. Claro que lo estaba reescribiendo porque creía haber mejorado su prosa en los últimos años. En quince meses de casados no habían tenido hijos, pero por exclusividad de la inseguridad de Nina, se quejaba de que no tenían dinero para criar a un hijo, que no podían darle la educación que merecería. Lo cual tendría algo de asidero de no ser porque él tenía quinientos mil dólares en una cuenta en un banco suizo. Dinero que no había tocado jamás porque sabía que la policía local había sospechado de él cuando ocurrió el problema en la cuenta del correo privado más importante de Alemania. No tenían pruebas pero sabía que no descuidarían sus gastos por algún tiempo. Así que los mantuvo en el banco incrementándose groseramente durante tres años. Después conoció a Nina y jamás le contó lo de la cuenta. Ella se espantaría al saber que había robado y eso le impediría disfrutar del dinero. En realidad la cifra podía seguir acumulándose bastante tiempo más, no pensaba tocarla, no le importaba el dinero solo el desafío de tenerlo. Era como un trofeo

en la vitrina de su casa, los deportistas podían tenerlos pero no los hackers, así que él lo conservaba algo más lejos.

Navegando por el disco de la víctima encontró un apreciado programa de FTP en funcionamiento, esto era importante porque ese programa era antiguo y tenía un precioso bug. El bug permitía a quien supiera como aprovecharse de él escribir en el disco de la víctima, eso junto con el acceso al archivo de password que había conseguido eran la llave mágica de cualquier candado de seguridad.

Después de todo él seguía siendo el mismo que cuando se habían conocido, no trabajaba salvo por algunos desarrollos multimedia para un proveedor de software educativo. Estaban bastante bien pagos si los hacía con frecuencia y no era demasiado costoso para él lidiar con la animación y el sonido. Pero si empleaba todo el tiempo en ello no podría investigar, acrecentar sus conocimientos y desarrollar su inteligencia. Ella se obstinaba en decir que era un vago, tal vez era cierto pero era el mismo vago el que la enamoró y llevó al altar. En ese momento le había fascinado su inteligencia, ahora la veía más como una enfermedad terminal. Cuando eran novios ella misma había fumado marihuana con él en los entremedios amorosos. Ahora opinaba que la cocaína le estaba arruinando la vida. Y eso que él la usaba solo cuando ella no lo veía. Había aprendido a esconderse para satisfacer algunas de sus necesidades, y eso no estaba bien, después de todo le encantaba ser él mismo, no tenía porque que actuar ni que engañar a nadie.

Se la imaginaba comentándole al fulano que se acostaba con ella la mala vida que llevaba, que trabajaba todo el día como una mula y que al llegar a casa solo encontraba a su marido, en bata y con ganas de hacer el amor. Por supuesto que el gusano parasitaba todo el día frente a una PC. O le gustaba dormir la siesta en el césped del fondo. Jamás la llevaba a comprarse ropa o a comer afuera. Y no era para nada afecto a la limpieza.

Hermann editó el archivo de passwords que tenía en el disco de su máquina para agregarle dos entradas sin clave, una sin privilegios y otra con privilegios de administrador. No les puso clave porque para ello debería saber cual era el algoritmo de encriptación que utilizaba el sistema operativo. Utilizó el FTP que había encontrado para copiar el nuevo archivo de passwords sobre el anterior, luego debió detener un momento su trabajo para disfrutar el placer inexpresable de la droga.

Ella sí había cambiado, ya no fumaba y estaba quejosa todo el día, cuando la conoció creyó que podía enseñarle el significado de la vida, que le ayudaría a disfrutar todo lo que se pudiera, que vivirían juntos en éxtasis la mayor parte del tiempo . El le decía “vas muy rápido por la vida, no puedes

apreciar los paisajes”, ella le recriminaba que él no hacía nada con su tiempo. “Nada de lo que vos quisieras, yo ocupo todo mi tiempo en cosas que me dan placer, leo, escribo, paseo, descanso, riego el jardín, investigo tecnología informática y cuando me canso de todo eso trabajo, y es suficiente para que podamos comer y vivir sin sobresaltos, si vos trabajas y a desgano es porque realmente te gusta sacrificarte.”

Las sensaciones que llegaban a todo su cuerpo le provocaron una sonrisa prácticamente involuntaria, se quedó recostado en su sillón con la cabeza hacia atrás y la boca entreabierta, pero las manos seguían deslizándose por el teclado, no necesitaba ver para la parte que venía ahora, solo escribió “Moloch” como nombre de usuario y enter para la clave. Entró al sistema como usuario común con permiso solo para mirar, se logeó de esta manera porque el sistema no permitía la conexión de un usuario remoto con privilegio de administrador, una vez logeado invocó a la rutina de cambio de usuario y se logeo como root utilizando el nombre de usuario Cobra, como ya estaba conectado el software no detectó una conexión remota como administrador y así pasó a tener el control total del sistema de computación del buffet de abogados donde trabajaba el amante de su esposa.

– Una cobra verde entró al sistema, ... huuuuuuuu –murmuró, sabía que en la red iba a encontrar información confidencial de clientes de la firma y a enterarse de negocios prohibidos. Pasó la lengua por sus labios y acarició su propio rostro, la droga y el hacking mezclados eran una combinación demasiado fuerte– ... alguien va a tener muchos problemas.

¿Cuanto iba a durar Nina conviviendo con alguien que tuviera inconvenientes legales? ¿y con alguien con juicios millonarios en su contra? ¿Y con un desempleado? ¿Y con un convicto?

Tomó otro trago de licor de chocolate, había leído en una revista que el chocolate era adictivo y que podía causar convulsiones y problemas cardíacos por una sobredosis. Se imaginó a si mismo muriendo en el piso del dormitorio con una caja de bombones de licor volcados sobre la alfombra y le pareció una idea ridícula, alegró su habitación con una carcajada espontánea.

CAPITULO XV

El golpe contra la lona se le antojó más fuerte, quizá porque el cuerpo cayó sin la protección de los brazos, el impacto se distribuyó en forma desigual quedando el setenta por ciento de la asimilación del golpe a cargo del cráneo y el resto en tórax y extremidades. No sentía dolor alguno, pero el cuerpo parecía entumecido, los brazos embalsamados y las piernas atadas a un yunque de cien kilos. Tardó al menos dos segundos en volver a escuchar algún sonido que no fuera su propia voz interior preguntándose si llegaría a levantarse antes de que finalizara la cuenta, el primer número que oyó pronunciar a Jojo, un boxeador retirado devenido en árbitro circunstancial, fue el tres. El cuatro llegó mientras las rodillas ganaban firmeza y apoyado en los antebrazos le permitían adoptar una posición casi canina, con la cabeza hundida entre las patas delanteras. El cinco lo encontró pensando a cuantos le gustaría verlo en aquella posición, caído a los pies de su enemigo, rogando por no perder el balance y volver a la lona. Para el seis logró ponerse en cuclillas y el siete lo alcanzó de pié pero aferrado a las cuerdas del ring. Pudo escuchar el abucheo de los boxeadores latinos que bordeaban la esquina para apreciar mejor su rostro de dolor, decidió no darles el gusto. Jojo agachó su cabeza para ver los ojos de Saro más de cerca, era un acto tradicional en el que sus dos metros de estatura lo hacían lucir desgarbado, encontró en el iris una expresión agresiva que debería haberse atenuado con los golpes, pero sin duda el gran bocón estaba decidido a ir por más. Dudó antes de darle el pase, pero qué diablos, el blanquito necesitaba el castigo.

Saro levantó los puños llamando con un gesto a su oponente para que volviera al combate, Morris sonrió dejando ver el protector bucal, estaba rebosante de alegría, sin duda romperle la boca a un hablador era de lo mejor que podía esperar en las tardes de entrenamiento, hizo chocar sus guantes en forma sonora y avanzó estirando su cuello y flexionando los brazos, unos biceps esculturales se petrificaron antes de aplicar el primer gancho al estómago de Saro.

El visitante se cubrió bien y escapó por el lateral tambaleando y rebotando contra las cuerdas, vio el cuerpo moreno de Morris acercarse sin ningún apuro, mientras caminaba movía los pectorales y endurecía los músculos abdominales, Saro lo esperó contra las cuerdas, a mitad de camino entre los

vértices, calculó su llegada y avanzó antes para quedar fuera del alcance de un recto del moreno, le pisó un pié con alevosía y cargado de furia aplicó un golpe mitad con el puño y mitad con el antebrazo en el estómago de Morris, este retrocedió entre indignado y sorprendido por la maniobra, Saro pegó un salto e impactó de lleno en el rostro del boxeador con un boleo de izquierda. Morris cayó sentado, con las piernas abiertas y las manos a los costados del cuerpo tocando el suelo del ring, se escuchó una exclamación general de sorpresa y varios insultos que cuestionaban la honradez de la madre de Saro y su propia condición sexual. Saro respondió al público agarrándose los genitales con ambas manos, un amateur de no más de veinte años y con cuerpo de rinoceronte intentó subir al ring pero Jojo lo detuvo. Se escucharon varias amenazas de muerte en el tiempo transcurrido (no más de ocho segundos) hasta que Morris estuvo listo para continuar, con el ceño fruncido y los labios apretados.

Saro disfrutaba la adrenalina del momento, pero aún no se podía recuperar, sus piernas pesaban toneladas y no respondían a las instrucciones del cerebro. Se maldijo por aceptar un combate sin pausas, necesitaba sentarse un minuto. Salió a buscar a Morris con la cabeza hacia delante utilizándola como un tercer puño, pero el moreno tenía oficio, esquivó el embate de Saro con la gracia de un torero, retrocedió un paso, y lanzó exitosamente un uppercap de izquierda y luego un cross de derecha que se estrelló en la mandíbula. El blanco no pudo acompañar la inercia del golpe con el movimiento de sus piernas para mantener la coordinación. Dio un cuarto de giro y cayó de rodillas. Lo último que pudo ver fue el guante rojo de Morris llegando hasta su frente, luego perdió el conocimiento.

* * * * *

Mientras Janet colocaba hielo en el pómulo derecho de su novio, trataba de imaginarse qué es lo que impulsa a un hombre a entrar a un club de box de un barrio bajo (más bien a un barrio que sirve de refugio a los delincuentes locales) con cien dólares asomando en el bolsillo superior de su saco (de cuero de ochocientos dólares), gritando que sus cien dólares decían que ese era un club de putos, y que no había un solo boxeador en ese antro mugriento que pudiera ganarle porque de tantos golpes en la cabeza habían quedado estúpidos y amariconados, que solo les gustaba mirarse entre ellos en las duchas, hacer gimnasia frente al espejo para admirar sus dorsales y dar golpes en una bolsa porque no se animaban a pegarle a un hombre de verdad. Que sus cien dólares decían que él nunca había boxeado pero que tenía un buen entrenamiento y que

era lo suficientemente hábil para derrotar a cualquier orangután con aspecto de hombre que quisiera enfrentarlo. Lo imaginaba estacionando el Audi en la entrada del gimnasio, sin parar de hablar un segundo ni siquiera mientras se cambiaba los pantalones y se calzaba los guantes, lo imaginaba resfregándoles por la cara a esa pobre gente sus tres títulos universitarios, dos maestrías, y su doctorado en Harvard. Y lo imaginaba todo el tiempo sonriente, con sus muecas entradoras y sus guiños cómplices. Los boxeadores no sabrían si odiarlo o reírse de él. Querrían deshacer aquel rostro de modelo masculino (lo había sido durante sus años de universitario) pero también les darían ganas de compartir una cerveza al terminar la pelea. Le tendrían tirria pero también curiosidad por escucharlo hablar, seguramente les había asombrado su cuerpo de atleta y sus músculos equilibradamente desarrollados, habrían dudado de si no era realmente una gran estrella del boxeo y miles de rostros habrían rodado por sus cerebros buscando alguna analogía en los rasgos que permitieran descubrirlo.

¿Pero qué lo llevaba a eso? ¿cuál era la necesidad de estar siempre al límite? Hasta podía entender que fuera aficionado al paracaidismo, y casi un profesional con el ala delta, ¿pero boxear sin entrenamiento, simplemente presentarse en un gimnasio y calzarse los guantes por primera vez contra un profesional? ¿cuál era el próximo paso, colocar la cabeza en las fauces de un león? Varias veces se preguntaba qué estaba pasando con Joshua, no se lo notaba deprimido, no se lo notaba inseguro, ¿por qué encubría detrás de una competencia deportiva todo su instinto claramente suicida?.

– Tu suerte va a acabarse algún día, Amor. Y nadie va a poder curarte las heridas.

Joshua abrió los ojos, el izquierdo con algo de dificultad y sonrió seductoramente, aunque Janet había aprendido a leer expresiones ocultas en su afable sonrisa. Esta le decía que estaba contrariado.

– Se le suele llamar suerte a aquello para lo cual todavía no encontramos causa. Pero te aseguro que el universo se gobierna por leyes de causa-efecto, causalidad sobre casualidad. Dios no juega a los dados después de todo.

– ¿Y cual es la causa de que aún estés con vida? –le dijo Janet apartándose un poco para permitir que su pareja se incorporara.

– O Morris no golpeaba tan fuerte o me las arreglé bastante bien arriba del ring.

– No hablo solo de ésta, hablo de todas las veces que estuviste en peligro.

Joshua incorporó su cuerpo casi sentándose en le sofá del living de su casa, con las piernas extendidas rodeando la delicada cintura de Janet.

– Bueno, no tengo tan buena memoria para explicarte las causas de cada

una de las veces, pero debería bastarte saber que jamás consideré riesgos elevados, de otra forma no hubiera participado –apuntó sus palmas hacia delante con los dedos extendidos–. Verás los riesgos pueden evaluarse, es una cuestión probabilística, si el desvío en el cálculo es pequeño hay pocas posibilidades de que la situación salga de control, el azar no existe, solo la imprevisión podría jugarme una mala pasada, pero mi cerebro funciona lo suficientemente bien para evaluar todas las alternativas.

– ¿Quedar inconsciente después de una pelea estaba previsto? –replicó ella visiblemente molesta.

– Era parte de lo previsible, aunque no pensé que sería el final estaba dentro de las alternativas, el perder no me molesta, Janet –colocó su rostro frente al de ella y sus labios se encontraron unos pocos segundos– no soy mal perdedor, lo importante es saber que pude haber ganado.

– Arriesgás la vida estúpidamente –enfaticó.

– Salvo mi vida, estadísticamente está demostrado que las personas excéntricas viven más que el promedio, esto es porque no sufren stress, efecto que favorece la acción del sistema inmunológico y además tienen buen sentido del humor, digamos que siempre y cuando no convivan con alguien que se los arruine.

–¡ Basta, es imposible contradecirte! ¡jamás reconoces un error!.

Joshua negó con la cabeza y se levantó del sofá, conocía el discurso, siempre empezaba con que no la escuchaba, no la entendía, no reconocía las equivocaciones, jamás pedía perdón, siempre discutía hasta el final, no dejaba pasar oportunidad para contradecirla, no la consideraba, no se preocupaba por ella, ... el perfil describía a un tipo desagradable que sencillamente no era él, además de ser así era poco creíble que ella se mantuviera a su lado. Prefirió no seguir la charla para de paso eclipsar con hechos las acusaciones.

Se sirvió un trago de piña colada y lo tomó mientras se rascaba las nalgas por debajo del calzoncillo. Pasó por el baño a orinar y luego se sentó frente a la computadora de su escritorio, había llegado un mail muy interesante que todavía no había tenido tiempo de releer, lo enviaba un tal RobRoy, quien relataba una corta reseña de hechos sucedidos en Miami que habían causado la muerte de los padres del hacker llamado Salteador. Se había topado con referencias a ambos sujetos un par de veces en los chat, y creía que eran unos de los cientos de hackers que Vanhall tenía en su lista clasificados como candidatos a militantes de su absurda revolución. La historia tenía decenas de fallas como la novela de un escritor adolescente, tal vez por estar sumamente abreviada, de todas formas no cerraba y sonaba a fantasía cyberpunk. ¿Por qué estaba entonces perdiendo el tiempo en su lectura? Por el maldito attachment.

Adjunto al mail había un archivo con manuales técnicos de un sistema de computación sumamente sofisticado, algo que ningún hacker adolescente hubiera podido inventar. Los manuales detallaban la arquitectura de un microprocesador de alto poder y tecnología de máxima seguridad, además de capítulos enteros acerca de comandos (funciones primitivas, en hexadecimal por supuesto) para el uso del dicho sistema. El anexo que acompañaba al final del documento y que colaboraba con mil páginas para redondear un total de 3.562 páginas de tipo A4, hablaba del sistema operativo, una suerte de UNIX modificado sobre todo en lo que respecta a control de acceso.

El documento chorreaba ciencia, solo debía apretarlo con la morsa de su mente para extraer la pulpa necesaria, el conocimiento que tanto ansiaba, aquello que podía ponerlo en éxtasis profundo hasta alcanzar el nirvana. Joshua imaginó una empresa muy grande y tecnópata profesionalmente enfermos tras el desarrollo de dicho sistema, pero nadie existía más enfermo que él, sabía que su cerebro no era del tipo standard, tenía un diseño especial para entender algoritmos, no, peor, necesitaba algoritmos para alimentarse y crecer, hasta reventarle la cabeza. El botín del Salteador era tan obscenamente valioso que se le figuró como una niña blanca jugando con las alhajas de su abuela en las calles de Harlem.

¿Quién era la malvada abuela?

Alguien con grandes capitales: dinero y conocimiento. La experiencia de Joshua le indicaba que estos capitales generalmente estaban acompañados de un tercero: impunidad.

La niña blanca estaba en problemas.

El mail del tal RobRoy indicaba cómo contactar al Salteador, Joshua enfrentó el monitor con la solemnidad de un sacerdote y escribió.

Bien, Salteador. Lo primero es cubrirse las espaldas, para ello necesitamos herramientas, te adjunto un programa codificador para los mail y un software de chat con instrucciones de uso, de ahora en adelante serán más importantes para tu seguridad que tus propios ojos.

Entró al canal de chat para esperar que Salteador se conectara, mientras tanto volvió a la cocina a servirse otro vaso de piña, Janet había recogido su cabello y llevaba puesto un camisón que la mostraba como un sabroso caramelo envuelto en papel transparente. Las piernas oscuras de la mujer lo hipnotizaron durante un tiempo indefinido, prácticamente sufrió una abducción que lo estrelló contra el cuerpo ardiente de su amante.

Cuando volvió a la computadora Janet dormía y él estaba excedido en su

nivel de alcoholemia.

Salteador estaba esperando.

Saro	¿Sabes lo que es un Stradivarius?
Salteador	Tengo una idea, pero creo que vas a explicármelo mejor.
Saro	Exactamente, vas a aprender, conmigo vas a aprender constantemente.
Saro	¿Te gusta aprender, Salteador?
Salteador	Más que nada en el mundo.
Saro	Los Stradivarius son unos pocos instrumentos musicales considerados como joyas irrepetibles, son casi objeto de culto de los músicos y están valuados en importantes sumas de dinero. ¿Sabes por qué?
Salteador	Porque su sonido es inimitable.
Saro	Bien, Salteador, su sonido es dulce, profundo. Durante años los luthiers de todo el mundo han estado tratando de imitarlos pero sin tener éxito. Se han usado las mismas técnicas artesanales y la misma madera, pero nunca se pudo igualar ese sonido ¿porque será Salteador?
Salteador	No sé.
Saro	Bueno yo sí lo sé, la madera de arce de los alpes tiroleses que se usó para crear los originales estaban habitadas por hongos que se formaban a causa de las aguas que bordeaban la zona y que eran ricas en sodio, potasio y calcio. La madera que se obtenía de aquellos árboles era más hueca. Eso es lo que le da el sonido tan especial.
Saro	¿De qué estoy hablando, Salteador?
Salteador	¿De Nacaals?

Saro	Correcto, muy bien. Nacaals son los Stradivarius, somos pocos, somos únicos, somos virtuosos. Si vamos a tocar juntos debemos sonar todos igual ¿verdad? ¿podrás sonar como un Stradivarius, Salteador?
Salteador	Si hay alguna diferencia, nadie la notará.
Saro	Ok, no esperaba otra respuesta del hombre que infiltró Magafiel Data. Mis felicitaciones.
Salteador	Gracias.
Saro	De verdad, me gustó tu forma de encarar la intrusión. ¿Tuviste miedo Salteador?
Salteador	Si.
Saro	Eso es muy bueno, Salteador, el miedo funciona como la espuela de los jinetes ¿verdad?
Salteador	Eso parece, pero el miedo y yo solo tuvimos una primera cita.
Saro	¿Recién empieza, eso es lo que decís? ¿Por qué..., cual es la necesidad del riesgo? ¿voy a jugar mi cabeza figoneando en material clasificado, por qué? ¿Por qué voy a ayudarte?
Salteador	Porque ustedes podrían ahorrarme meses de estudio de esos manuales.
Saro	¿Podrías hacerlo sin nosotros, es lo que decís?
Salteador	Sin duda.
Saro	¿Y qué va a pasar cuando el dueño de estos manuales golpee a tu puerta?
Salteador	No creo que llamen antes de entrar, mataron a mis padres.
Saro	Y así van a intentar matarte, ¿qué va pasar entonces? ¿vas a paralizarte? ¿vas a suplicar en medio de los gimoteos?
Salteador	Yo no gimoteo.

Saro	¿Por qué no? ¿Acaso sos distinto del resto de los mortales, sos capaz de controlar tus impulsos de desesperación y pánico?
Salteador	No. Pero creo que existe un umbral, un escalón que te separa del pánico, y estoy subido a él. Si hay un límite donde el miedo ejerce su máxima influencia, yo ya lo crucé. No voy a detenerme, Saro. No me importa lo que pase.
Saro	Bien, voy a creerte.
Salteador	Gracias otra vez.
Saro	¿Que pensás de los manuales?
Salteador	Ni siquiera puedo elaborar un pensamiento sobre ellos, realmente no los entendí.
Saro	Pero yo sí, puedo leerlos como leo el periódico cada mañana. Estamos hablando de tecnología secreta, amigo. Vamos a sacar radiografías de un sistema de máxima seguridad clasificado como arma de guerra. ¿que son los otros archivos adjuntos?
Salteador	Cosas que encontré en las carpetas de mi papá.
Saro	Ok, voy a distribuir los manuales entre los miembros de Nacaals, después te aviso y nos encontramos en Chat para cambiar opiniones. ¿Le confiarías tu vida al tal RobRoy?
Salteador	Es como un hermano.
Saro	Bien, porque realmente estás confiándosela, cualquiera que sepa donde te ocultas te pone en riesgo.
Salteador	Estoy atento.
Saro	Cuidate. Estamos en contacto.
Salteador	Bien.

Joshua cerró la sesión y tipeó en el programa de correo las direcciones adonde viajarían los manuales, Laud, Moloch, R/S, Alarde, Valhall ... no debería enviárselo a Valhall, ... de todas maneras ni siquiera iba a mirarlos. Le hubiera gustado poder mandárselo a Gail, eso si que sería bueno, ... aunque últimamente había perdido la esperanza de reclutarla para Nacaals, en realidad era una idea loca propia de un lunático penando optimismo, una idea típica de Valhall, pero no de Saro.

Nada le quitaba más el sueño que la posibilidad de aprender, se quedó despierto hasta la madrugada, explorando con un lente las valiosas joyas de la abuela de la niña blanca.

CAPITULO XVI

– Entonces el chico le dispara en el baño, mientras el grandote no termina de caer ¿podes imaginarte el momento? ¡Stup! Un dardo en la nuca... y el tipo que se desmorona. Toma su tarjeta y se hace pasar por técnico para entrar a una máquina supuestamente averiada y robar una clave de acceso. Aunque no le fue tan sencillo, pero evidentemente el chico tiene condiciones histriónicas, supo engañar a la gente, es muy difícil en una intrusión, lo común es ponerse nervioso y delatar el propósito. Además hubo contactos personales y hasta violentos.

La mujer seguía mirando a su esposo de la misma manera que lo había hecho once años atrás, cuando se habían conocido, embelesada, cautiva de aquellos ojos sabios insertos en los rasgos de niño. Nickolay tenía veintinueve años pero nadie podía acusarle más de veinticinco. Tal vez era el cabello que mantenía de un largo poco habitual para su edad, le llegaba casi a los hombros y ocultaba un pequeño aro que ella le había regalado y que le agradaba ver cuando aparecía en intervalos y reflejaba el sol para brillar intensamente, casi tanto como su expresión al hablar del hacking. Por eso lo escuchaba, a lo largo de los años había aprendido a apreciar las aventuras y anécdotas de los caballeros de las redes, donde su esposo, cual Sir Lancelot era el protagonista principal, pero últimamente no había dragones para enfrentar, era como si el caballero hubiera archivado su armadura lustrosa y solo se dedicara a pequeños menesteres del palacio. Tal vez había un grupo neonazi a quien expulsar de la red, o clausurar un sitio de pornografía infantil. Tareas nobles pero ya no tan ricas en vivencias como había sido enfrentar al gobierno Soviético. Decididamente eran otras épocas, y el cuidado de ella y de sus hijos tenía mucho que ver al respecto. A Katrin le gustaba pensar que su esposo había madurado y dejado algunos juegos de su adolescencia, pero lo cierto era que las responsabilidades familiares habían aplacado los ánimos de Nickolay, le habían quitado su entusiasmo, el no librar batallas contra la KGB y la CIA lo tenía sediento de aventura, pero atado a una cama de donde no podía levantarse sin dañar los sentimientos de quienes amaba. Ahora el juego era admirar al novato, tal vez educarlo. A Saro y a él les gustaba tener novatos como escuderos, y enseñarles los movimientos de los grandes maestros, esquivar la espada, adelantar el escudo, y ensartar el corazón del

enemigo. Lo estudiarían con desconfianza, luego cuando certificara cualidades de cuarto mosquetero lo adiestrarían no solo en conocimientos sino también en disciplina y en trabajo en equipo. ¿Por qué querrían hacerlo? Porque eran dos guerreros vagando en un mundo sin enemigos. Así que encontrar un alumno tenía un doble propósito, estar orgulloso de sus actos si salía uno de los buenos, y si se convertía al bando de los malos entonces enfrentarlo en duelo mortal. Cuando no había enemigos la alternativa era crearlos. Había funcionado con Moloch, y bastante bien porque éste se movía continuamente en la línea de equilibrio entre el bien y el mal, de manera que podían sentirse orgullosos de él, y a su vez ponerlo nuevamente en la senda cuando se desviara un poco del camino que los maestros habían enseñado. A quienes no les había ido tan bien era a otros hackers de rango menor y no lo suficientemente hábiles para evitar un enfrentamiento con los fundadores del grupo Nacaals, la contienda siempre terminaba con una humillación pública, el descrédito y el rechazo de la comunidad hacker por hacer el ridículo, estaban afuera de la elite, para siempre. Con Moloch no habían llegado a tanto, en realidad no habían difundido el aleccionamiento al que lo habían sometido, dos veces había perdido los datos de su máquina y le habían llegado cuentas de vuelos de avión que jamás había hecho, entre otras cosas.

– Hay algo que no me convence en la historia –se inclinó hacia delante y juntó las puntas de los dedos como hacía siempre que creía encontrar un tema punzante para debatir pero que no podía revelar sin acercarse para evitar las escuchas furtivas de un curioso. El bar adonde su marido la había invitado luego de ir al cine estaba atestado de gente y como música de fondo sonaba muy suave algo de Bach, a Nickolay le fascinaba la música clásica casi tanto como las computadoras y ella con los años comenzaba a tomarle algo de gusto–. ¿Que hay de la agente del Servicio Secreto? ¿Cómo fue que desapareció?.

El hombre escudriñó en el rostro de su esposa como buscando la respuesta, sabía que su inteligencia era aguda y peligrosa como un gato salvaje.

– Hablamos con Saro al respecto. Hurgamos en los archivos de USSS y no descubrimos nada, aparentemente no murió o habríamos encontrado la baja. Podría estar internada en una clínica de recuperación pero con un alias, si supiéramos qué daños tiene podríamos buscar por lesiones de los internados en traumatología, pero es un mundo de posibilidades, va a ser complicado dar con ella. Daniel, el chico –explicó– cree que la mujer va a contactarse en algún momento, por ahora vamos a esperar.

El tren de las 22 horas que salía de la estación de trenes de Varna pitó y logró estremecer las copas sobre la mesa del matrimonio, Nickolay tenía un afecto especial a los trenes porque su padre había trabajado en uno toda su vida,

y le habría gustado tener una vivienda cerca del paso del tren si no fuera porque Katrin odiaba el ruido de la bocina. Nickolay en cambio se transportaba a su infancia con la mirada perdida en los vagones, buscando imágenes en el álbum fotográfico de su memoria en las que pudiera reconocer el escenario que su vista le ofrecía.

Sus veintinueve años de vida los había caminado por las calles de Varna, jamás se había alejado más allá de unos cientos de kilómetros de las costas del Mar Negro. Gracias al esfuerzo paterno había podido acudir a la mejor escuela matemática de la ciudad, y graduarse con honores y mejor promedio de la camada. Hoy trabajaba para una multinacional que apoyaba una de sus grandes y numerosas patas en la logística y necesitaban un Investigador Operativo con la habilidad de Nickolay Tocheva. Era un trabajo que todavía lograba mantenerlo atento, dispuesto a optimizar los procesos internos una y otra vez, incorporando nuevas tecnologías a medida que el capital era asignado a su cargo. Le gustaba la libertad con la que trabajaba, la posibilidad de investigar y la flexibilidad horaria que le confiaban los jefes. Además sus superiores lo eran nada más que a efectos administrativos, no existía nadie, no solo en Varna sino tampoco en Bulgaria y dudosamente en los países vecinos, que pudiera animarse a cuestionar el resultado de una investigación llevada adelante por su equipo. Los matemáticos más talentosos de la región trabajaban hombro a hombro con Nickolay, algunos por el único propósito de respirar su mismo aire.

Katrin aún no despegaba la vista de la sonrisa de su marido, sabía que esa mueca de eterna alegría no siempre reflejaba su estado real de ánimo, y que se debía más que nada a una deformación bucal y problemas en las vías respiratorias que lo habían acostumbrado a mantener la boca entreabierta con los dientes asomando. Además los labios superiores de su esposo eran muy delgados y al primer esbozo de alegría ya mostraban las rosadas encías que bordeaban unos incisivos perfectos. Le había dicho cientos de veces que se afeitara la barba candado que llevaba los últimos cuarenta días, pero a Nickolay parecía gustarle el aspecto varonil que le daba a su semblante, relegando los rasgos suaves y casi femeninos que demasiadas veces lo convertían en blanco de perversos comentarios.

Probó el café y le pareció amargo, agregó una buena cucharada de azúcar antes de continuar.

– Y no tiene la desgracia mía –agregó con un ademán burlón– de estar casado con una artista plástica, la novia de él es una creadora de virus, una pequeña hacker aprendiendo a gatear por el camino de la informática.

Katrin abrió su boca con una exclamación de divertida indignación.

– ¡Nickolay! –lo regañó– voy a decirte algo que ya deberías saber si tan

solo te conocieras la cuarta parte de lo que yo te conozco, no durarías más de dos horas con una pareja que compita en tu mismo terreno. No solo no podrías compartir vivienda y proyectos de vida con una hacker, sino que tampoco podrías hacerlo con una matemática ... o incluso con una música.

– Vamos, –se quejó él– es una acusación muy severa, ¿acaso soy intolerante?

– ¡Nooooo! –ahora el tono burlón lo empleaba Katrin– sos capaz de tolerar todo aquello que no contradiga a tu escrupuloso mecanismo de raciocinio.

– Lo cual ya es mucho decir –besó entre risas suavemente a su esposa– ... en realidad no podría estar nunca con otra mujer, no después de conocerte.

A ella el beso le pareció corto, hubiera deseado quedarse prendida de los labios de Nickolay durante horas, tal como lo habían hecho en su época de estudiantes, cuando pasaban noches enteras en un bar o tardes en un parque disfrutando la naturaleza, a veces simplemente buscaba un lápiz y una hoja en el baúl de su auto (siempre llevaba las hojas en el baúl) o algunos óleos, tal como el fumador hacía aparecer en su mano casi mágicamente un cigarro, algo instintivo, una necesidad inconsciente, de naturaleza, de amor y de arte. Nickolay entendía aquello y lo compartía buscando lugar en las raíces de un árbol para hacer cantar su violín, un auténtico Stradivarius, tenía decenas de dibujos de él haciendo música, casi podía verse ambas cosas (ella juraba ver la música flotar) apoyados en un tronco, él con un sombrero calado y los sonidos vibrando alrededor, emanando como un cántaro fresco.

– Pero no puedo terminar de contarte –le reprochó– resulta que las pequeñas ardillas hacen una dupla increíble, ella programó el virus que envió los manuales de Magafield Data y él además de cerebro tiene valor ... de verdad, lo que está haciendo ... no podría hacerlo cualquiera.

– Inició algo, Nickolay –dijo con gesto preocupado– le robó los huesos a un chacal descuidado, la pregunta es ¿va a poder terminarlo? Porque si no va a poder hacerlo, mejor va a ser que se esconda hasta que la furia del chacal pase. No me gustaría que lo ayudes si a partir de esa ayuda va a meterse en un problema. Y mucho menos me gusta que te metas en un problema vos.

– No, no –agitó la cabeza– yo estoy fuera de esto, le explico algunas cosas acerca del sistema que auditaba su padre, nada más.

– ¿Y qué va a pasar después? ¿Contra quién van a arremeter las pequeñas ardillas, como decís vos? Ya se están probando zapatos más grandes que su número. ¿Hasta donde van a llegar?

Nickolay dejó descansar la tasa sobre el plato y meditó unos segundos antes de responder, después exhaló.

– No sé.

Ella sonrió.

– Siempre decís que es la peor respuesta ¿verdad mi amor?

– Si, pero no se qué puede pasar, ni siquiera a quienes se enfrentan, Saro y yo, ... Nacaals –se corrigió– hacemos lo que podemos, nada más. No vamos a comprometernos.

– Es mentira –afirmó la mujer con una calma que la sorprendió a ella misma– si los chicos están en problemas no van a poder evitar apoyarlos, no va a ser de caballeros dejarlos solos. Un Jedi nunca abandonaría a una persona en apuros –otra vez el tono de burla– ¿van a poder abandonarlos? O peor ¿van a querer hacerlo?

– Katrin –intentó tranquilizarla– no voy a meterme en problemas, te lo prometo.

– Me parece bien, porque estas casado y tenés dos hijos, y pensé que las épocas de jugar a los gangsters habían quedado atrás.

– Bueno, no te pongas nerviosa, está todo bien –pero era demasiado tarde, ya estaba nerviosa y probablemente tenía motivos.

– Saro y vos parecen dos ex convictos que no pueden adaptarse nunca a la sociedad, están sedientos de problemas ¿en que quedó lo que hablamos? –su voz se volvía aguda cuando se ponía nerviosa, era parte de su personalidad que no podía controlar, la garganta se le cerraba y los ojos se le tornaban vidriosos, el rostro pálido se coloreaba en forma de manchas rojas en las mejillas, comenzaba a dominarla la ira.

Apretó los puños intentando no gritar, pero su voz se escuchaba más alta de lo normal, y por el gesto de Nickolay advirtió que realmente había comenzado a gritar, había comenzado otra vez y no podía detenerse.

– ¡Que Saro se cague en sus mujeres da lo mismo porque en su vida tuvo una pareja estable! –golpeó la mesa con la palma abierta– ¡pero vos ya no vas a permitirme el lujo de arriesgar la estabilidad de tu vida ni la de tu mujer ni la de tus hijos!

– Katrin por Dios ... –murmuró el hombre intentando traslucir que los decibeles estaban demasiado altos en la discusión.

– Katrin un carajo, hijo de puta –luego con más convicción– ¡Hijo de puta!, te importa una mierda lo que yo piense ¿no?

Nickolay llamó al mozo con gesto apurado, la charla en cada una de las mesas se había detenido y todas las miradas estaban ahora pendientes de la mujer de cabellos agitados que aún no decidía si se levantaba o no de la silla, mientras acomodaba puntilliosamente la servilleta de tela ensayando dobleces una y otra vez. Ahora estaba llorando. Pero no lloraba en forma discreta, no. Todo en ella era escénico, volcánico y descontrolado.

– ¡A mi me importa una mierda ese pendejo!, ¿entendés?, ¡UNA MIERDA! ¿Sabés de qué me acuerdo? ... ¿sabés de qué me acuerdo?

El hombre sonrió nervioso mientras los billetes para pagarle la cuenta se enredaban entre los dedos, le dio al mozo bastante más de lo necesario solo para no detenerse un segundo más buscando un pago exacto. Guardó el cambio sin siquiera contarlo.

– Contestá hijo de puta, ... ¿sabés de qué me acuerdo? –lo increpó, la voz de Katrin surcaba el aire del restaurante, era el único sonido más allá de susurro de los aires acondicionados y algún murmullo de asombro– ¡Me acuerdo de la maldita KGB derribando la puerta de casa! ¿Pero cómo mierda vas a acordarte vos si no estabas ahí? ¡No estabas ahí!

El no respondió, nunca lo hacía cuando la veía así. Se le pasaría en un par de horas, tal vez no le hablara hasta el otro día. Pero no era nada fuera de lo habitual, Katrin venía con sus defectos, era tómalo o déjalo. Los tomaba porque en definitiva los problemas no eran muy frecuentes y el cariño que ella le brindaba era más importante que los aislados ataques de histeria.

– ¡Dejame en paz! ¡Suicida hijo de puta!

Ambos se levantaron al mismo tiempo, ella tomó la delantera camino a la puerta, después no recordaría haber caminado ese trayecto, no recordaría nada hasta llegar a su casa. Nickolay pasó entre la gente con la mirada fija en sus zapatos y una mano acariciando la barba rala en su mentón. Cuando salió y el viento fresco alivió el sofocamiento que llevaba adherido a la garganta, vio a su esposa subir al auto pero del lado del conductor. El Volvo arrancó antes que pudiera asir la manija de la puerta del acompañante, se quedó solo, parado en el estacionamiento del restaurante, intentado ahogar una cruel sensación de “*deja vu*”.

No regresó a la casa de inmediato, aprovechó para caminar un poco por la estación de trenes, y se sentó un rato largo en el banco de uno de los andenes mientras bebía una cerveza. En su adolescencia pasaba por esa estación todos los días, de la escuela rumbo a su casa, eran años en los que su mente solo funcionaba en virtud de dos motivos primordiales: la obtención de nuevas relaciones femeninas, y la creación de virus informáticos. En su primer motivo de subsistencia le había ido regular, las chicas que había conocido nunca habían durado mucho, de todas formas la duración de una relación era algo de escasa importancia, lo primordial resultaba la cantidad de mujeres con las cuales podía salir, y las que podía compartir en el mismo lapso temporal. Entonces se autodefinía como Nickolay el Multiplexor, pero la realidad era que no multiplexaba tanto como se había propuesto. Una necesidad parecida le acechaba escondida a la sombra del monitor de la PC de su escuela, escribir

virus en forma compulsiva, buscando experiencias nuevas en el comportamiento de los mismos, intentando optimizar el código, y creando técnicas evasivas para evitar la detección de un antivirus. Nickolay y las compañías de antivirus habían librado varias batallas en aquella época, solo era cuestión de tiempo hasta que alguien descubriera cómo detectar el nuevo virus, entonces creaba otro que sorteara la forma de detección que se había utilizado, con sus dieciséis años enfrentar al establishment mundial del software era una aventura formidable. Los daños causados por sus virus eran escasos porque Nickolay se ocupaba de hacer que los mismos solo fueran medio de trasladar una broma y de estudiar una conducta, muchos de sus virus, sobre todos los últimos llevaban un contador que se incrementaba en uno con cada infección, de esta forma podía estudiar el movimiento del virus, y establecer curvas de infección que cualquier epidemiólogo hubiera envidiado. Pasaba horas en el laboratorio de la escuela desarrollando sus seres informáticos con vida propia, y aunque avisara a los otros que estaba trabajando con virus (a veces pegaba carteles de advertencia en la máquina) la mayoría de los usuarios no sabía qué era un virus informático y propiciaba la distribución de los mismos en sus diskettes, la mayoría de las veces de virus no terminados.

La verdad era que al poco tiempo que Nickolay comenzara a experimentar con programas de infección, toda Bulgaria se convirtió en una suerte de laboratorio gigantesco para la creación de virus informáticos. Continuó con sus experimentos durante un par de años hasta que el tiempo que ocupaba en su hobby viral empezó a consumirse cuando ingresó al conservatorio, se puso de novio con su actual mujer, se interesó un poco más en las comunicaciones ... y conoció a Saro.

El hacking lo atrapó como si cambiara de rol en una novela, en vez de ser el creador del monstruo ahora era el monstruo mismo en acción. Un protagonismo directo en la intrusión y no a través de una herramienta. El viejo Nickolay director de una banda se había convertido en un músico solista. Era la encarnación humana de sus propios virus. Y sin duda la mejor de sus creaciones. Pero después de lidiar con la KGB y darle a su esposa un susto de muerte decidió aplomar su curiosidad desbocada. Lo lograba a medias, como un adicto algo reincidente. Oculta en el fondo de su mente, aferrada para no ver la luz, estaba la convicción de que la definición de Katrin había sido perfecta, Saro y él eran dos delincuentes que jamás se redimirían. Cuando uno es bueno en algo no puede retirarse del circuito, no mientras disfrute la gloria de ser el mejor. Y ellos aún lo eran.

Solo espió en el dormitorio para asegurarse de que su mujer estaba allí, no podía estar seguro si dormía pero era lo más probable, ella a diferencia de

Nickolay reaccionaba sin inconvenientes de insomnio ante las discusiones.

Había impreso parte de los manuales, simplemente por una manía que le costaba comprender a Katrin, le encantaba llevar papeles a la cama para leer antes de dormir. No era que ella no leyera, Katrin era una asidua lectora de novelas de suspenso, y también leía en la cama, pero ella decía que a la hora de dormir había que distenderse, no era lógico ponerse a resolver problemas complejos cuando debería abrirse paso para el sueño. Bueno, cada uno trataba de llevar su neurosis de la manera más sana.

Cuando se acomodó en la “cueva”, así llamaba al cuarto destinado a librar sus batallas informáticas, escudriñó en el IRC para ver quien estaba disponible.

R/S estaba conectado. No le extrañó, R/S siempre estaba conectado.

Laud	Hola, ¿como vas con esos manuales?
R/S	Bien, es muy interesante el trabajo con los registros internos del procesador ¿ya lo viste?
Laud	Si, pero enfoqué mi análisis en el Kernel.
R/S	¿Y?
Laud	Una joya. Yo no lo hubiera diseñado mejor.
R/S	¿Algún bug?
Laud	No por ahora.
R/S	El concepto global es novedoso, no encontré antecedentes de un sistema parecido, ni siquiera los de máxima seguridad de las plantas de armamento nuclear, son los que más se aproximan pero el tipo de codificación en hardware es distinto, las órdenes para el procesador son en un pseudo assembler pero definitivamente es algo nuevo. Va a llevar algo de tiempo descubrir el set completo de instrucciones.
Laud	Si, después de esto voy a abrirme un poco, no quiero problemas.

Nickolay largó la frase como una exhalación, necesitaba desprenderse de una braza en sus palmas.

R/S	¿De qué estas hablando?
Laud	De problemas, con Katrin, no puedo seguir exponiéndola, ella es muy sensible.
R/S	Con todo respeto, amigo, tu mujer aparte de ser sensible está medio loca, no deberías prestarle demasiada atención a sus cosas. Una mujer no tiene que limitar la voluntad de tu intelecto.
Laud	Está deprimida, nada más. Y se siente insegura.
R/S	Y vos le contás todo ¿para que le decís cosas que después te perjudican? No, a Gina no le digo nada.
R/S	Bueno, igual no soy el ejemplo a seguir.
Laud	Eso lo tengo claro.
R/S	Hablo de otra cosa, me dejó anoche.
Laud	¿Cómo?
R/S	Me dejó, me abandonó, ¿qué parte no entendiste?
Laud	¿Otra vez?
R/S	¿Otra vez qué?
Laud	Otra vez te dejaron, ¿cuándo vas a cambiar?
R/S	No quiero cambiar, yo les digo como soy antes de que vengan a vivir conmigo, ellas no me creen.
Laud	No van a vivir con vos, te casás. Es distinto.
R/S	Me gusta estar casado. Si no me caso mis padres no la reciben en casa. Dicen que no es de buen cristiano.

Nickolay contuvo la risa para no despertar a Katrin, R/S era de verdad la persona más rara que había conocido. Más raro incluso que el joven Moloch. No podía creer que acababa de arruinar su quinto matrimonio.

R/S	Pero Gina va a volver. No puede vivir sin mí.
Laud	Ya escuché eso hace dos matrimonios.
R/S	No cuentes los matrimonios como si fueran cosas.
Laud	¿Puedo saber qué pasó?
R/S	Me esperaba en la puerta de un teatro con una pareja amiga.
Laud	¿Nunca llegaste?
R/S	Los manuales llegaron minutos antes de salir, ya hasta estaba bañado y vestido.
Laud	Por Dios, ¿no podías mirar los manuales después?
R/S	No. Pensé que al menos vos podrías entenderlo.
Laud	Si. Por supuesto que si. Pero eso no significa que esté bien lo que hiciste, es un feo defecto, lo de Gina es comprensible.
R/S	Gina va a volver ¿que pasó con Katrin?
Laud	Lo de siempre, esta vez en un restaurante.
R/S	¿Ves? No deberías ir a esos lugares. ¿Fue humillante verdad?
Laud	A todo el mundo se le atragantó la comida.
R/S	Pero siguen juntos, es una buena mujer. Jamás va a dejarte.
Laud	No si yo la cuido, por eso quiero abrirme un poco de los problemas.
R/S	¿Cual problema?
Laud	Los manuales, Magafiel Data, ... ya puedo sentir el olor a la pólvora. Si algo explota quiero estar lejos.
R/S	No es tu estilo.
Laud	Quizás lo sea desde ahora.
R/S	No, una mujer no puede cercenar tu libertad intelectual.
Laud	Mi mente no se alimenta solo de

	conocimiento, también necesito amor para poder estar equilibrado.
R/S	¿Quién quiere estar equilibrado? ¿Qué es estar equilibrado? ¿Es equilibrado perder en el espacio un satélite espía ruso?
Laud	No, justamente eso no es equilibrado, y es lo que no voy a volver a hacer.
R/S	¿Te lo recuerda a cada rato, verdad? ¿cada vez que hay una discusión se acuerda de la KGB?
Laud	Bueno, fue una experiencia dura para ella. Y la usa para recordarme el daño que puedo hacerle. Y le agradezco que lo haga.
R/S	No le agradezcas. No deberías sentirte culpable de usar tu cerebro.
Laud	No, pero sería interesante usarlo sin dañar a nadie.

A Nickolay le gustaba hablar con R/S porque tenía un gran afecto por él, mantenían una amistad de varios años, pero R/S tenía la inclinación a sobredimensionar la fuerza del conocimiento así como su esposa tendía a favorecer los sentimientos por encima de la razón.

R/S	Bueno, el daño si no es intencional..., además no te creo. Nunca se deja de ser Hacker.
Laud	No lo dudo, pero alejarme de los peligros no me saca del circuito ¿o si?
R/S	Nada puede sacarte, la informática te ama ... ahí sí tenés el verdadero amor.
Laud	¿Qué más sobre los manuales?

Interrumpió Laud cerrando el tema personal para abocarse al técnico, la respuesta duró tal vez media hora de disertación, casi una monografía de R/S, donde expuso escrupulosamente cada una de sus deducciones.

Se metió en la cama a la madrugada, cuando quedaban pocas horas de

sueño hasta el amanecer, se arrimó a Katrin buscando el calor de su cuerpo, ella se acomodó al sentir su presencia de manera de calentar sus pies eternamente fríos con las rodillas de él. No le costó conciliar el sueño, se durmió intentando limpiar su mente llena de residuos de algoritmos y circuitos lógicos.

CAPITULO XVII

El GCIC ocupaba los pisos ocho y nueve del edificio más alto de San Francisco, y por la tarde el sol daba directo sobre la ventana del despacho de Gail, a ella le gustaba la luz del día filtrándose por las varillas de la persiana entreabierta y la manera en que rayaba la alfombra color rosa salmón, pero el reflejo cuando el sol era intenso le molestaba a los ojos y le quitaba visión en el monitor de su computadora. A veces pensaba que gente como ella bien podía trabajar en un sótano a diez metros de profundidad, donde el día y la noche perdieran el sentido lumínico tradicional. Sí disfrutaba en cambio el regresar a casa y conducir el auto con la capota corrida recibiendo el viento caliente sobre su rostro, acariciando el cabello recién suelto y sediento de oxígeno, mientras aún la naturaleza hacía brillar el beige del capot como si fuera dorado y el camino la apartaba aunque fuera unos metros del bullicio de la ciudad. Pero la naturaleza no congeniaba con su trabajo, la oficina era un lugar metálico y silencioso, sin plantas ni ningún otro elemento orgánico que no fueran personas con aires de intelectuales, y frío, a veces se sentía como encerrada en un refrigerador. Los únicos ruidos del ambiente provenían de sus propios dedos cayendo sobre el teclado y el murmullo constante de las fuentes de alimentación de los diversos equipos electrónicos que se apostaban como estatuas de piedras en la isla de pascua de la tecnología de Información.

Pero el día sería largo esta vez, no disfrutaría del sol sobre el tapizado desnudo del asiento del acompañante, estaba enmarañada de trabajo, con demasiados informes que redactar, y además una investigación inconclusa que la ponía de mal humor.

En la cotidianidad de su trabajo se topaba con intrusiones de hackers a los servidores de distintas empresas, esta vez era un banco de la ciudad de Boston, podía ser casi cualquier empresa de nivel u organismo gubernamental los que recurrieran a ella para que les descubriera cómo diablos había hecho un delincuente para infiltrar sus equipos y zambullirse en el mar de información donde nadaban tranquilos y supuestamente muy seguros sus documentos más preciados, grandes secretos, informes confidenciales, movimientos de cuentas bancarias, etc. Acudían a ella porque siempre tenía la respuesta precisa acerca de por dónde se habían colado, cuál era el agujero de seguridad y cómo solucionarlo. Luego de que Gail (el departamento de investigación del GCIC)

terminara su trabajo, se emitían reportes con recomendaciones que a veces eran bien recibidas y aplicadas por las compañías y a veces no. Cuestiones de política interna de cada empresa, pero si querían contratar la puesta en marcha de esas medidas (absolutamente las mismas que ella sugería) el GCIC tenía un departamento de implementación que a su vez respondía a una homologación de la gente a cargo de la Gail, que ella debía supervisar por supuesto porque en definitiva, ella firmaba el informe, ella y su jefe directo Jack Stern, claro que él estaba más ocupado aún que ella y firmaba lo que le llevara sin profundizar demasiado, de manera que las investigaciones nacían y morían en la Licenciada Gail Preston, Directora del departamento de Pesquisas, y sus espaldas cargaban la responsabilidad absoluta.

Los métodos de protección de servidores no eran infalibles, aunque un sistema operativo bien configurado, con software de seguridad adicional instalado y otros programas de su propio desarrollo que actuaban como centinelas, proporcionaban una posibilidad prácticamente nula de falla. Pero el prácticamente no significaba seguramente, nadie podía afirmar que la información permanecería inmune a los ataques. ¡Por Dios Santo, tampoco podía anunciarlo un banco pues eran asaltados a diario, ni una cárcel de donde cada tanto algún convicto se fugaba! Gail había aprendido hacía bastante tiempo que no existían los sistemas infalibles, que sólo era cuestión de dificultar el acceso al máximo permitido por la inteligencia y los conocimientos, pues esa era la llave para cualquier puerta de cualquier nivel de acceso.

Las medidas incluidas en sus recomendaciones dependían de lo que el cliente quisiera o pudiera gastar, de los equipos y sistemas operativos de los que dispusiera, de la cultura organizativa, de su apertura al mundo, y de tantos otros factores que el espectro se ampliaba en un abanico difícil de mensurar. Pero todo terminaba siendo una cuestión de costos, casi la totalidad de las cosas quedaban resumidas a números, y cuando decía totalidad pensaba no sólo en operaciones comerciales, sino en guerras, muertes, enfermedades y hambrunas. En eso estaba de acuerdo con Amadeo. Muy poco quedaba fuera del interés monetario, y el hacking aunque solo algunas veces, podía ser una de esas cosas inmaculadas.

Muchos Hackers se metían donde no debían sólo para curiosarse, sólo para demostrar que podían hacerlo, no tocaban nada, no eliminaban nada, no dejaban huellas, simplemente entraban y se iban luego de husmear un rato admirando su trofeo, si encontraban algo de interés lo bajaban para leerlo más tarde, pero nada más. No los movían fines económicos, solo una insaciable necesidad de saber.

Lamentablemente para ellos el solo acceso a lugares no permitidos se

convertía en delito federal, y como a veces nadie podía saber qué se había leído y qué no, se suponía que lo habían leído todo, lo cual terminaba por culparlos de espionaje. El asunto era atraparlos.

En principio era difícil averiguar la identidad de un hacker, se mantenían ocultos tras seudónimos y utilizaban demasiados equipos “puente” para evitar el rastreo digital. Pero como siempre había buenos, mediocres y malos hackers, en el sentido estricto de la habilidad, Gail había cazado a medio centenar de intrusos, los había descubierto con nombre y apellido o por lo menos había entregado al FBI o al NSA pistas inconfundibles que permitían su identificación. Muy pocos de ellos, tal vez cuatro o cinco eran miembros de la Elite de Hackers, los demás estaban repartidos entre los que eran bastante buenos pero no lo suficiente para enfrentarla y los pobres mocosos inexpertos que no sabían que le habían pisado un callo al ogro del bosque.

Muy pocos hackers le traían dolores de cabeza, el que se hacía llamar Moloch era uno de ellos. Podía identificar su “modus operandi” en hackeos importantes, y aunque hasta el momento siempre había descubierto el método utilizado para forzar la puerta de entrada, en este último no podía comprenderlo, ... todavía. El punto irritante era que el servidor hackeado había sido supervisado por ella misma, era una situación que había vivido pocas veces en su carrera.

Además según su clasificación Moloch no era un hacker, era un cracker, uno de esos psicóticos que no se contentaban con entrar a los sitios, sino que les gustaba destruir, no era muy dañino, pero siempre que entraba a un lugar importante, Moloch rompía algo, Gail creía que no podía evitarlo, algo así como la compulsión a robar de un cleptómano.

Ningún cracker por más hábil que fuera la había enfrentado y salido ileso, Gail estaba empeñada en mandarle la Interpol al desgraciado para que cayera sobre su cabeza. Nada le molestaba más que los crackers, eran unos infelices resentidos. Sabía algo ya acerca de Moloch, vivía en Alemania, había rastreado sus huellas hasta allí al menos dos veces, pero luego se había esfumado casi mágicamente.

¿Como diablos había burlado al Firewall configurado por ella en persona? ¿Y como no había sido detectado por su programa centinela?

Eran preguntas que muy probablemente Saro podría responder, pero se cortaría los dedos antes de teclear dichas palabras en un chat con Saro, ella podía enlazar su caballo salvaje y domarlo sin la ayuda de nadie.

En el despacho de paredes blancas el golpeteo sobre el teclado duplicó su frecuencia, Gail ponía el mismo empeño que el verdugo que construye un patíbulo, cuando su programa estuviera afinado ...

... Jack entró al despacho como una tromba, no era nada anormal en realidad, siempre estaba corriendo, ella hubiera ocupado el puesto de él sin necesidad de correr detrás del hueso que el ápice estratégico del GCIC sacudía delante de sus ojos.

– Me están presionando, Gail. –anunció, como si ella no lo supiera, a medida que lo conocía entendía que la norma número uno de Jack era delegar y presionar. Para Jack el arte de dirigir personal combinaba un poco de incentivación y mucho de proctología.

– ¿Fuiste de caza alguna vez, Jack?

– ¿Caza deportiva? ¿Zorros y todo eso?

Gail asintió, mirando a su jefe por sobre los lentes que usaba para no dañar su vista con el monitor de la computadora.

– No –dijo Jack– No me gusta la caza.

– Cuando cazás algo necesitás concentración y paciencia.

Jack estaba de pie, asido al picaporte del despacho de Gail como si aún no terminara de entrar, probablemente la idea era agujonear un poco a su empleada y salir rápidamente. Gail pensó que si las buenas costumbres lo permitieran Jack llevaría botas con espuelas para montar a cada uno de sus dirigidos.

– Bueno, imagino que al cazar se necesita también información, yo te estoy diciendo que si no cazás rápido te va a sorprender una gran tormenta, NSA estuvo hace minutos en mi despacho, y recibí dos llamadas del FBI, ... parece que el banco escupió su problema para todos lados, quieren a Moloch, y los especialistas de NSA están pidiendo intervención en la investigación.

Gail despegó sus dedos congelados sobre teclado para quitarse los lentes, lo hacía siempre que apartaba la vista del monitor con la proyección de hablar más de treinta segundos. El gesto que arrojó directo al rostro de Jack pareció golpearlo, estaba cargada de indignación y cansancio.

– Los especialistas de NSA fueron alumnos míos. Solo van a estorbar, los quiero lejos.

Jack hacía bien su trabajo, mucho mejor que jefes anteriores, pero la permeabilidad social para relacionarse con colegas, dirigidos y presiones externas parecía sobredimensionada, era demasiado político, muchas sonrisas falsas y movimiento hiperquinético sin sentido. Aún seguía aferrado al picaporte, con la corbata algo corrida de su línea y transpirado en los bordes del cuello.

– Voy a mantenerlos alejados todo lo que pueda, pero necesito que trabajes rápido, ¿cómo vas?

– Rápido –contestó con ironía.

– Bien, sé cuando estoy de más, ... me conviene dejar solos al cazador y su trampa –ni siquiera llegó a despedirse, sus pies giraron y la puerta se cerró con un sonido más fuerte de lo habitual.

Había pasado diez años de su vida en los bosques de Utha, su familia no vivía en los bosques sino en un pueblo cerca de ellos, un pueblo pequeño que vivía del comercio y de las industrias radicadas cerca en la zona de los bosques.

Había caminado cientos de veces entre los árboles tupidos, junto a su padre, siempre tras él, enfundados en botas y pantalones duros, con la escopeta cruzada en la espalda, sorteando trampas para osos.

Cuando uno cruza un bosque y se interna, debe tener cuidado, no es para cualquiera caminar por el bosque, los cazadores colocan trampas y se marchan, luego regresan a buscar resultados. Aunque nadie tiene tanta cautela en el llano, los osos no se asoman fuera del bosque donde comienzan los primeros árboles. Allí el caminante está descuidado, pues allí no hay trampas. Allí escribiría ella su código... y se sentaría a esperar a Moloch.

CAPITULO XVIII

La hora de la reunión había sido fijada por Saro casi de urgencia, ¿qué diablos estaría pasando?, fue la última en llegar al canal, se encontró con el grupo de siempre y algunos agregados. Laud, Saro, Moloch, Salteador, Lyn, Valhall, R/S, Robroy, y ella misma ... Alarde. El chat nunca había estado tan concurrido.

El latoso de R/S ya estaba hablando de los manuales, con un nivel increíblemente técnico, Angie dudaba que Salteador, Lyn y RobRoy entendieran algo de tanto jeroglífico lógico que volaba por el monitor de la computadora, de todas formas, según explicaba tenía un resumen preparado y lo mandaría a cada miembro del grupo luego de terminar la reunión.

Cuando ella entró al canal y se replicaron los saludos de rigor, Saro interrumpió a R/S para tomar el control de la charla, solía ser el moderador de Nacaals, actuaba como el gran anfitrión, como si alguien lo hubiera coronado el rey de las redes.

Miró a su derecha con desconsuelo. A Matt le hubiera gustado presenciar la charla, le gustaba verlo absorto con el mismo interés que sólo demostraba por los partidos de fútbol.

Saro	Alarde, ya todos le dimos la bienvenida a los nuevos y le explicamos las reglas del juego, también saben que son externos, sólo vamos a ayudarlos en todo este embrollo y de paso a empaparnos de la nueva tecnología empleada en Mágafiel Data.
Alarde	Ok, ya leí los manuales. R/S podrías bajarlos un poco más, estás cada día más parecido a un autómeta. No creo que los chicos entiendan nada de lo que decís. Además acordamos repartirnos por temas y veo que te leíste el material completo, no me parece mal pero es un poco descortés de tu parte.

R/S	¿Que tiene de descortés?
Alarde	Tu convicción de que nadie hace las cosas tan bien como vos mismo.
R/S	¿Que puede molestarte si leo de más?
R/S	¿Es una charla de hackers o voy a dar una clase en el jardín de infantes?
RobRoy	No hay problema por nosotros.
Valhall	Bueno, hoy tenemos visitas. Podríamos hacer algunas excepciones.
R/S	¿Tampoco entendiste verdad? Voy a mandarte por mail la versión infantil.
Alarde	R/S, por favor.
Saro	Salteador, amigos. Les pido perdón. Tenemos una noticia importante y un gran avance en nuestro asunto.
Saro	Laud, si sos tan amable.
Laud	Salteador, respecto a los manuales no se preocupen que nos pondremos luego a clarificarlos, lo que R/S envíe yo lo leo y lo traduzco. Tenemos otro tema más importante que los manuales ahora: Los archivos adjuntos. ¿mandaste todo?
Salteador	Si. Ajunté todo el material. ¿qué encontraste?
R/S	¿Traducirlo? No puede traducirse.
Laud	Un pentagrama, adivino que tu padre era músico.
Salteador	Correcto.
R/S	No es susceptible a traducción, es como querer explicar un teorema con otras palabras, la regla matemática es precisa.
Saro	Basta R/S, estamos en otro tema.
Laud	Pero tu padre no escribió esa música para tocarla, te lo aseguro porque es realmente espantosa. Las notas musicales están dispuestas de

	forma tal que pueden convertirse a un formato binario, del binario pasado al ASCII, obtuve la dirección de un servidor FTP, el usuario y la clave de acceso.
Salteador	¿Entraste?
Saro	Decidimos no hacerlo, es tu privilegio.
Salteador	Por Dios, pásámelo ya!!!!!!
Laud	FTP: 160.341.501.039, Usuario FFH0:F018, Password ETER. Creo que el usuario y password son suficientemente significativos de lo que vamos a encontrar. En la dirección de memoria FFH0:F018 hay un salto al ETER, al vacío.
Salteador	Denme un minuto, estoy entrando.
Lyn	Suerte!!.
Moloch	Te imagino intentando tocar las notas con tu Stradivarius ¿Cuándo comenzaste a traducirlo a ASCII, apuesto a que después de tocarla?
Laud	Antes, era obvio que las notas no componían ninguna melodía.
Moloch	Suerte que los tipos que se metieron en la casa del Salteador no eran más que matones sin oído musical.
RobRoy	Y ... ¿qué hay en el servidor FTP?.
Salteador	Está bajando.
Moloch	No importa R/S, otra vez tendrás todo el mérito.
Alarde	Dejalo tranquilo. Laud: ¿De verdad no entraste?
Moloch	Newbies: por si no lo saben Laud siempre jugó a ser el Lancelot de la red.
Saro	No son newbies. Son pares, dejen de molestarlos.
Lyn	Salteador: ¿Que encontraste?

Moloch	Te esperamos, amigo, ... me encantan los Lamers, tomate tu tiempo.
Saro	Moloch: Ultima advertencia.
Moloch	¿Por qué? ¿vas a echarme? ¿Cuándo fue la última vez que pudiste hacerlo porque no recuerdo?
Alarde	¿Con que te intoxicaste hoy?
Moloch	Nada, hoy tengo un buen día.
Salteador	Dos archivos, un texto y un cifrado.
RobRoy	¿Que dice el texto, amigo?
R/S	Vamos niño. Tengo cosas que hacer.
Salteador	Si, el texto habla de un salto no registrado. Esperen ...
Salteador	Una llamada a una función no documentada, en el sistema de Magafiel Data. El nuevo. El que aún no se implementó. La empresa desarrolladora del soft es MARYN Co. ¿Alguien la conoce?
Saro	No.
Alarde	Yo no.
R/S	Yo tampoco.
Valhall	Si hay un llamada a una rutina fuera de documentación es probable que no sea un Bug, estamos hablando de una puerta trasera. En un software de seguridad informático con el nivel suficiente para que Magafiel Data se interese en él... es un riesgo terrible. Si el software se comercializa en empresas de seguridad, MARYN Co esta abriendo un agujero grande en la caja fuerte. Y es parte de un plan. Es adrede.
Lyn	El salto puede llamar a un virus.
Laud	Si, o a una bomba lógica, o a un gusano. Un sistema así en las empresas de seguridad ... no quiero pensarlo.

Alarde	Nos estamos apurando, tomemos esto con calma.
Saro	¿Que tiene el encriptado?
Salteador	No se, ¿quién lo descripta?
R/S	Cualquiera, mandalo por mail.
Saro	Mandalo a todos, el que lo descripta primero avisa al resto. Imagino que en el archivo vamos a encontrar la parte del código que tiene el salto.
R/S	El código maligno podría ser parte de Sistema Operativo o estar alojado en el hardware, sería interesante ver a donde apunta el salto, aunque sea inicialmente, de todas formas supongo que no debe tener un único destino ¿quién compra software de máxima seguridad con estos problemas?
Salteador	Hay algo más en el texto, parece que mi papá quiso constatar el salto pero cuando fue a bucear en el equipo el software estaba cambiado, ya no había salto.
Valhall	¿A alguien le queda alguna duda de por qué lo mataron?
Saro	Hay secretos que valen millones.
Valhall	O miles de millones.
Laud	Imagino que encontrar ese salto es una aguja en un pajar, ¿cómo diablos lo encontró tu padre, Salteador? ... No es una pregunta. Estoy exclamando.
Salteador	No tengo idea.
Lyn	No puedo creer todo esto.
Valhall	Lyn, querida, no quiero ser alarmista pero me parece que estamos entrando a un camino que no deberías transitar. Salteador, creo que es hora de excusar a tu amiga.
Saro	No asustes a Lyn. Estamos en nuestra

	casa, somos anónimos y seguros.
Valhall	Y la mejor forma de que siga siéndolo es que desaparezca de la red, Salteador está hasta el cuello pero: Lyn, Robroy, es su problema seguir este consejo.
Moloch	Tengo el archivo, es un encriptado de 52 dígitos, imposible romperlo por fuerza bruta. Tu padre era cuidadoso, Salteador.
R/S	Podemos empezar probando Fibonacci, sé como hacerlo.
Valhall	R/S, no dudo de tu capacidad, pero no podemos esperarte meses. ¿que experiencia tenés en el tema? No estás permanentemente trabajando en el cifrado sino en tus admirados robots. Si me permiten opinar, cada uno a su juego.
Alarde	Si me aguardan, voy a contarles algo de MARYN ...

Mientras chateaba, Angie accedió a la página de MARYN, necesitaba password para ver la información completa, ... quien fuera que había implementado la página en Internet, sabía que aquella protección no era seria, que servía para detener a un usuario común de las redes, pero nunca a un hacker.

Maui, su pequeño gato siamés la sobresaltó al treparse a su falda, Matt se lo había regalado, decía que era un gato guardián, lo más parecido a un perro, algo que le había causado mucha gracia.

– Si intentás protegerme llegaste algo tarde, Maui –le dijo pasando una mano por su espalda. El gato alzó la cola y se hizo un ovillo en el hueco entre sus piernas. La miró una vez más, con aquellos expresivos ojos celestes, luego los cerró entregado a las caricias de su ama.

R/S	¿Alguno de ustedes puede desencriptar más rápido que yo?
Valhall	No sé, pero hay especialistas en criptología que van a ser más eficientes.
Saro	¿Estás hablando de Fermat?
Valhall	Es el mejor de todos, además no creo que

	en donde se encuentra tenga algo mejor que hacer.
Saro	¿En prisión le dejan acceder a computadoras?
Valhall	No, pero no necesita computadoras. Puede descifrarlo si tiene papel y lápiz.
Salteador	Dice que detectó el error en una corrida, y que cuando fue a verificar ya no había rastros del salto, que no hay registros de que nadie haya utilizado la máquina ni que la haya abierto, que sí se hizo presente un técnico de la empresa desarrolladora pero que adrede él no le dejó acercarse al equipo.
R/S	Según los manuales debe existir una verificación técnica del equipo en forma mensual, donde un especialista controla las variables relevantes. Si tu padre no dejó trabajar al técnico delató su descubrimiento. No fue una jugada inteligente.
Lyn	Imagino que quiso conservar el ambiente, ¿la máquina no está conectada a ninguna terminal?
Salteador	Sólo una en la misma cabina cerrada donde esta el Servidor.
RobRoy	¿Que más dice el texto?
Salteador	Creo que nada más, ya lo leí todo, voy a releerlo ahora.
Alarde	No van a creerlo pero MARYN es una empresa que se dedica a producción y comercialización de armas bélicas de última generación. Según la publicidad en la página se especializan en armas no convencionales. Creo que esta vez inventaron un software que deben estar vendiendo como lo máximo en seguridad.

Valhall	Cuando en realidad lo que hace es abrir algunos túneles subterráneos. Ustedes saben que no soy amigo del gobierno, pero hay que dar la alerta a las agencias de seguridad. Esto escapa a nuestro alcance.
Saro	No nos apuremos. Las agencias son el último paso, además no tenemos ni media prueba, estamos en el mismo lugar que el papá de Salteador.
Salteador	Si desciframos el encriptado y este contiene parte del código donde está el salto podrían creernos.
Laud	No lo sueñes, nadie atiende a los hackers, además cualquiera podría haber alterado el código, una opción es pedir una intervención del NSA a alguna empresa que tenga el sistema de MARYN en funcionamiento. Si el salto está activo y no desapareció como en Magafiel Data, tendremos algo que avale nuestro descubrimiento.
Lyn	¿Hay alguna otra información en la página? ¿Alguna forma de contactarlos?
Alarde	Solo una dirección de e-mail.
RobRoy	Bueno, es algo para empezar, ¿no?
Saro	Bien, yo sé cómo conseguir información acerca de MARYN. Que Fermat nos revele el encriptado y R/S pase copia de los manuales explicados.
Valhall	Necesitamos saber a quienes le vende MARYN, no solo quienes compraron el software sino los clientes que compran armamento no convencional, no quiero asustarlos pero me juego que el gobierno de EEUU está en la lista, y varios gobiernos más además de multinacionales y bancos. Si vamos a enfrentarnos a ellos tengamos claro que es la industria más

	poderosa del mundo. Y venden armas, la muerte es su negocio.
Salteador	Agradezco lo que están haciendo.
Saro	Esto cambió de tono, Salteador. Ya no estamos ayudándote, nos estamos protegiendo. ¿Quién sabe como podría variar la situación mundial si MARYN decide utilizar las puertas traseras que instaló en los sistemas de defensa?.
Valhall	Bueno, entonces ya le hago llegar el código a Fermat, aviso en cuanto tenga respuesta.

Una vez más se repartieron los saludos de costumbre y se desconectaron del canal, Alarde directamente apagó la computadora, deseaba alejarse de la red unos momentos. Durante su infancia recordaba haberse atemorizado sin sentido varias noches cuando la puerta del placard donde estaban guardados sus juguetes quedaba entreabierta, imaginaba que duendes malignos acechaban en su interior, que la espiaban, esperando el momento para hacerle algún daño, probablemente cuando estuviera durmiendo. La red acababa de refrescar vívidamente aquel extraño temor, y le asaltaba la duda, o la convicción de que había ojos observando en del monitor de su máquina. Los duendes habían vuelto y estaban en Internet.

Y esta vez no podría cerrarles la puerta.

CAPITULO XIX

Mimetizarse era parte del trabajo, la parte por la cual le pagaban, entre otras cosas. Se sentía mimetizado aún cuando apagó la computadora, Rob, el tímido pero entusiasta Rob. ¿Que lo uniría al joven Daniel? ¿Solo el intelecto? No, había afinidad en toda la habitación. Abstrayéndose de la informática, había soledad e inteligencia en el ambiente. Creatividad. Lawrence admiraba a los creativos.

El empapelado del cuarto era azul intenso, del color de cielo cuando comienza a oscurecer. Era un color que representaba libertad, ... profundidad, inmensidad, ... y sombras. Secreto. A Rob le atraían los secretos.

Observó la cama con detenimiento, Daniel habría estado sentado allí mismo días atrás, no en la silla porque estaría demasiado agotado para soportarla, el instinto le invitaría a dormir, a relajarse. Pero no con tantos problemas ¿verdad Daniel? ¿Estaba desamparado? ¿Estaba angustiado? ... Si. ... apenas era un niño.

¿Usaron la tijera para recortar una foto?, ... vamos, fuiste vos Rob. Daniel no podría, le temblaría el pulso como para tener precisión.

Rob era preciso y directo, ... prolijo. Neurótico obsesivo. Casi todo el departamento era organizado, razonable, práctico y sistemático. Los muebles, las bebidas de la heladera, el cesto de basura... los inquilinos.

Daniel ¿Tenés un pasaporte falso?, vamos triste Daniel, eso es ilegal. Tu madre no lo aprobaría. ¿O tal vez si? Bueno, ... no lo sabemos, ... nunca conociste a tu verdadera madre.

Siempre el camino indicado ¿verdad Rob? Hay que ayudar a un amigo. El compromiso y la moral ante todo. ¿la casa de tus padres...?, ¡Cómo se te ocurre, Rob, es muy obvio!, ¡pero claro que sé que está en Key West!, ... bueno no fue difícil, ... cerca de una base naval... además no hace tanto calor más al norte, busco en la zona sur. Si, hasta tengo la dirección exacta, Rob, no te necesito, mi querido Lucient es muy eficaz. Vamos, amigo, razoná un poco, ¿cuantos hackers cuyos padres tienen propiedades en Key West hay? Y sabés muy bien que para Lucient averiguar una dirección es solo un trámite menor.

¿Lucient? Si Rob, es algo así como un hacker, no como ustedes. El es un científico y ustedes aficionados. ¿entendés? No, ... claro que no.

El Buscador hizo una seña a Lucient para que se sentara frente a la

computadora y duplicara todos los datos en su portátil. Era importante la presencia de Lucient, aunque se resistiera a hacer trabajo de campo.

Otro ademán del Buscador indicó al Sr. Sai Xiau que debía acomodar el cadáver de Rob frente a la PC, sentado en la silla giratoria medio inclinado hacia la izquierda.

Nacaals, un verdadero placer que me hayan abierto la puerta de su sala de reuniones. Si, estuve ahí. Vamos, no se culpen, ... ustedes no podían saberlo.

Si, ya vamos a vernos. Voy a volver a visitarlos, Tal vez vaya yo mismo, ... claro, ... sé que será un placer, ... solo disculpen si entro sin llamar.

EL BUSCADOR

CAPITULO XX

La llovizna por fin se detuvo, pero a Daniel nunca pareció molestarle. Estaba acostado de cara al cielo, con los ojos cerrados, arañando la arena con las manos y disfrutando el rozar del viento en la planta de sus pies. Antes de salir de la casa, y a merced de la oscuridad de la noche, había tratado de mirarse al espejo con el sólo haz de luz de su linterna, se había notado ojeroso y con la piel agrietada. Claro que no era la mejor manera de evaluar su aspecto, pero dos noches atrás también había salido y había comido en un restaurante del centro de la ciudad. Ahí sí había podido observarse en un baño que lo enceguecía de luces, se estaba acostumbrando a habitar una cueva, a vivir como un animal de la noche.

Tenía la idea, más bien la esperanza de que el agua de lluvia le limpiara el rostro que parecía impregnado de los problemas que iban surgiendo, como si éstos pudieran adherirse a la piel, como si cada pensamiento negativo, y cada experiencia de dolor sufrida en los últimos días hubiera dejado su huella no solo internamente, sino también en el aspecto exterior. En su fachada.

Luego negó la lógica de aquel supuesto, de ser así la muerte de sus padres lo hubiera convertido en un monstruo, en el ser más horrible que la humanidad hubiera conocido, y sin esperanzas de recuperación, pues el dolor seguiría presente, creciendo y decreciendo, como un latido, para toda su vida.

La arena estaba húmeda y fría, ... tan fría como el cuerpo de su madre. Verla emitir el último suspiro, el temblor de su cuerpo, la mirada perdida en el iris de sus ojos, la expresión que se hacía indescifrable en palabras pero muy clara en sentimientos.

Tenía las manos mojadas, al igual que aquel día, con la sangre secándose entre los dedos, su mamá había dejado de respirar, el pecho era una mancha carmesí, oscura, ... tibia. La sangre escapaba del cuerpo..., manchando la vereda y lamiendo la suela de sus zapatillas, donde se formaba el charco. Quería juntar todo ese líquido y volverlo a su sitio, meterlo adentro de nuevo, pero se escapaba como la vida, inevitablemente, fluía con intensidad, ... cuando su mamá intentó volver a hablar luego de cortar con Maggie la sangre brotó entre sus labios, y manchó sus dientes. Se quedó mirando esos dientes cuando abrió la boca antes de morir, la abrió grande intentando aspirar, la lengua asomó tímidamente, con la vergüenza que le daba morir frente a su hijo.

El cuerpo dejó de temblar, la gente se amontonaba con un murmullo inaudible ya para él, quien estaba dentro de una burbuja insonorizada, apenas escuchó su propia voz aullando de dolor, como un viejo perro a quien se le murió el amo, en ese momento se sintió una bestia, actuando por instinto, gritando y llorando guturalmente, como un ser primitivo.

Hubo muchas manos en su hombro y sirenas lejanas, alguien quiso separarlo del cuerpo pero no lo permitió, no la soltó hasta que Maggie se identificó y lo separó con un abrazo firme. Recordaba los ojos nublados por las lágrimas y el ahogo, la falta de aire en los pulmones, no recordaba qué balbuceaba pero sí sabía que preguntaba por su padre, Maggie le respondía algo pero nunca la escuchó, tenía los puños cerrados y sin circulación, y se limpió los mocos con el antebrazo lleno de sangre un par de veces, sabía que llevaba en el cuerpo y en la ropa la sangre de su mamá, y que estaba dando un espectáculo a los accidentales transeúntes.

Le dolía la garganta, que ya estaba demasiado cerrada para permitirle hablar, sabía que mientras se alejaba con Maggie había querido gritar pero no le salió el sonido. O tal vez no lo escuchó.

La última vez que vio a su padre estaba tirado en el suelo, con la cabeza entre sus manos, recordaba el contacto de los labios inertes con los suyos, era la primera vez que se tocaban sus labios. La presión sobre el pecho, los golpes secos, una y otra vez. Pero la boca estaba abierta y el cuerpo blando, sin reflejos, como una bolsa de arena.

Su mamá había corrido y él la había seguido, tal vez fue algo instintivo, tal vez podía oler el peligro. Si lo dicho por Maggie era cierto él había recibido cierto entrenamiento inconsciente. El entrenamiento lo había hecho correr a ayudar a su madre.

¿Cómo era la muerte? ¿Habría visto su mamá su propio cuerpo mientras se elevaba por sobre la cabeza de los policías? ¿Debía creer en la basura proselitista de la vida después de la muerte? ... era más fácil aceptarlo de ese modo, y no plantearse la posibilidad de la desaparición absoluta de un ser. Decidió creer en el alma y su supervivencia eterna por una cuestión de mantener el ánimo, se imaginó a sus padres habitando un paraíso con aspecto de arte renacentista ... ¿Realmente se estaba mejor allí? No lo creía. No creía que sus padres pudieran descansar si es que existía aquel lugar adonde van las almas. No estarían descansando mientras su hijo estaba en peligro y su muerte impune. Se revolverían en su tumba si pudieran, volverían del más allá para protegerlo. ¿Qué clase de prisión era la muerte? ¿Qué clase de claustro alienado donde no llegaba la luz y solo se podía intuir, moverse entre tinieblas? ¿Dónde estaban ahora, tan lejos que no podían interceder?

La muerte estaba cerca, le había rozado la cabeza personificada en el rostro ensangrentado de una mujer oriental. Se había cubierto ante ella, intentando protegerse, pero no había mucho que hacer, el cuerpo era frágil, los orificios en el abdomen y el pecho de su madre daban testimonio de ello. Solo le restaba esconderse de ella pues nunca podría enfrentarla. Aunque tal vez sí pudiera reconocerla, la muerte sabía especial, la había probado y palpado. Estaría atento por si lo rondaba.

Siempre según el espejo, la mancha escarlata en el mentón que se produjo a causa del golpe del hombre chino había desaparecido, pero quedaba algo del dolor. Tal vez ese dolor le durara el resto de sus días, pero llegaría hasta esa pareja de asesinos para que pagaran sus crímenes. Ellos y quienes encargaron el trabajo.

Los necesitaba, de verdad necesitaba a sus padres para dialogar, para pedirles consejo. Y para llenar vacíos del pasado. Maggie había desaparecido (y probablemente muerto) sin contarle prácticamente nada de la vida de agente de su madre. La tía Betty tal vez podría explicarle algo más, cuando las cosas se calmaran.

Ellos podían develar varios secretos, aunque su padre de alguna manera ya se había comunicado con ese mensaje en el servidor FTP. Había preparado ese mensaje críptico sabiendo que podían querer matarlo. Imaginaba que solo fue una loca idea que pasó por su cabeza, o quizás pensó que si alguien lo presionaba él no tendría el resultado de sus investigaciones en un lugar accesible.

¿Que habría sido de Michael? Si Maggie estaba muerta era obvio que también él, había buscado en los obituarios y en las noticias policiales en Internet, había accedido a los archivos de la morgue de la ciudad y sin embargo no estaba registrada la entrada de ninguno de los dos. Se le ocurría que era probable que el USSS hubiera intercedido en el caso y tapado la información hasta averiguar lo ocurrido. Tal vez el USSS se estuviera moviendo para resolver la muerte de una de sus agentes. De ser así sería bueno conectarse con ellos, pero en realidad le convenía esperar un poco, hasta que supiera contra quiénes estaba jugando y qué rol representaba cada actor en la obra.

Las olas rompían con bravura y hacían llegar hasta él un sonido familiar, el mismo que disfrutaba al surfear con Lyn, en las playas de Miami.

Se había quedado pensando en las palabras de Valhall, le circulaban insistentemente por la mente como saltando entre los asientos un carrusel, ... Lyn debía desaparecer, rápido si no quería exponerla. Daniel sabía que no soportaría una muerte más, otra separación lo dejaría en medio de un desierto emocional que de tanto dolor tal vez le provocara la muerte. Morir era muy

fácil.

Había sido fácil para sus padres. En un segundo estaban y luego dejaban de respirar. Los cuerpos ya estarían tiesos, guardados en un ataúd y comenzando la descomposición. Esas manos que lo habían acariciado tantas veces, y mimado, y cuidado, hoy solo eran un trozo de carne podrida. Los ojos bonitos de su padre habrían perdido el brillo, la vivacidad de su mirada.

Recordaba a su padre con el cabello revuelto, y unos bigotes mostachos que sabía llevar cuando vivían en Buenos Aires, recordaba el departamento, y a su mamá volviendo del almacén con un chango cargado de frascos, ... le había dado el dulce de leche para comer, ... solo dos cucharadas Daniel, ... después podés untarlo en el pan, ... con manteca ...y la leche con chocolate. En el colegio le daban un pan. Pebete los lunes. Mamá lo iba a buscar a la salida del colegio, ... papá llegaba a casa tarde, y traía golosinas para después de la cena. Mamá se reía, ... se reía mucho con papá, se llevaban realmente bien, ... recordaba fiestas de cumpleaños con gorritos, y algunos de sus juguetes preferidos. Los partidos de fútbol de los domingos en la calle detrás del paredón del hospital a cuatro o cinco cuadras de su casa. Papá lo llevaba al cine, también salían bastante en Miami, ... el cine era una salida clásica, películas del oeste como *Los Imperdonables*, o la saga de *El Padrino* era las favoritas de todos, aunque él había disfrutado más de *Matrix*, ... las vacaciones en Orlando también eran de antología, ... un lugar maravilloso para todas las familias. Papá trabajaba a veces por las noches, luego dejó de hacerlo, Mamá se ocupaba de estarle atrás con las cosas del colegio, ... le gustaba el deporte, salía a correr, ... en el club había una pista de atletismo, ... una vez la había sorprendido balanceándose en las barras paralelas. Daniel a veces la iba a buscar para volver juntos, ... solía ser cuando él se llevaba el auto. Papá se rió tal vez de más cuando mamá quiso aprender guitarra, ... eso le quitó un poco las ganas a Daniel de hacer algo con la música, pero luego comprendió que no era parte de su entorno de selección un instrumento musical, ninguno, y nunca lo sería. Pero sí la tecnología, lo comprendió su padre cuando lo encontró de niño desarmando un robot a pilas que le habían regalado, probablemente lo vio en su cara de fascinación. A partir de allí se preocupó de comprarle cosas para armar, aunque el interés de Daniel se orientó más para el software que para el hardware.

Cerró su puño atrapando toda la arena posible y la dejó deslizar entre los dedos, ... se desarmaba, se escurría como su propia vida, el modelo que había imaginado, ... todo el futuro que en la mente había grabado como una meta sugerida por la idea de felicidad, ... el éxito laboral, ... el casamiento en una fiesta grande con toda la familia, los hijos que sus padres cargarían en brazos incansablemente. Hoy no tenía un futuro, no tenía un plan, se estaba dejando

llevar a la deriva en la tormenta, confiando en su habilidad y su instinto. Estaba librando una guerra, ... y no había vida posible hasta su final.

El destino no era un ladrón de guante blanco, simplemente entraba y tomaba lo que quería, ... te violaba, te robaba tus tesoros más preciados y sonreía antes de retirarse por la puerta ufanándose de su impunidad.

¿Cuánto tardaría el alma en desprenderse del cuerpo? ¿ Sus padres estaban juntos ahora? ¿ O la muerte era un recinto solitario? ¿O la muerte era un vacío sin fin, ... el éter, ... la nada?

Papá no había sufrido, ... no había una expresión de dolor en su rostro, ... tal vez sorpresa, ... un golpe en el pecho y nada más. El hecho de que MARYN fuera una empresa de desarrollo de armas bélicas no convencionales aclaraba aquella extraña muerte... Daniel sabía que existían todo tipo de armas experimentales de uso no oficial, que provocaban náuseas o quemaduras no permanentes. Armas de microondas, de sonido o de luces. Había escuchado bastante acerca de las luces estroboscópicas y sus efectos en el organismo humano. Ahora sabía que MARYN había matado a su padre con alguna de aquellas armas, un cañón que detenía el corazón en vez de perforarlo. Una muerte más limpia y sin sospechas. El sexto sentido de su madre había detectado a los orientales asesinos, y delatado el crimen. De no ser así ahora estarían en su casa, creyendo en la desgracia de una muerte prematura y sintiéndose tristes por la ausencia de papá. Aún se tendrían el uno al otro, nunca se habrían dado cuenta que alguien había hurgado en la casa, y la vida seguiría su curso, ... así lo habría querido la gente de MARYN. Así lo habrían planeado.

Si, ... en MARYN había buena gente, ... no habían querido matar a su madre, ... solo fue un ... accidente.

Los asesinos contratados tienen el gatillo fácil, ... ud. sabrá entender.

En la playa un grupos de adolescentes casi de su misma edad pasaban corriendo y jugando en la orilla, salpicándose las ropas con agua salada. Daniel los observó como lo hubiera hecho un anciano rememorando los tiempos cuando tenía la piel firme y los músculos fuertes. Una niña de bikini con flores amarillas le dedicó una mirada descuidada antes de volverse para mojar sus tobillos en las espumas de la última ola. Key West podía ser un paraíso para aquel con intenciones de buscar pareja, tanto si era hombre o mujer, homo o heterosexual, las noches eran largas y la cerveza helada corría como coca cola en una fiesta de cumpleaños de la escuela primaria, ... y la juventud se mostraba propensa al contacto, ... era fácil lograr la caricia cómplice de una mujer o el abrazo tosco de un muchachote que desayunaba esteróides, los jóvenes de su edad se envolvían en un manto de erotismo al pisar la arena de la playa o escuchar la música en los boliches de moda. Daniel no encajaba entre esa gente

y mucho menos ahora, aunque nunca había sociabilizado con el grupo más superficial de su congéneres, ... algunas veces había ido a bailar, ... pero no era lo habitual, salía cuando necesitaba hacer otra cosa además de programar, ver películas o leer una buena novela; y eso no pasaba muchas veces. Por suerte había encontrado a Lyn, ella sí que lo entendía porque era igual en muchos aspectos, no eran antisociales, y eran realmente agradables con la gente que les parecía que podía comprenderlos, con los otros no valía la pena gastar saliva, solo obtendrían un gesto de rechazo como respuesta. El grueso de la juventud post-adolescente, vivía para llenar sus cabezas de música hueca, dar rienda suelta a sus hormonas, y cultivar el físico mientras se alimentaban con hamburguesas fabricadas en base a polvo de lombrices. Daniel se consideraba algo distinto, no mucho, ... pero él, Lyn, Rob,... eran otro tipo de gente, ... no eran bichos adictos al teclado, no, tenían vida también, estaban interesados por la cultura general, disfrutaban del teatro y Rob hasta había estudiado actuación algunos meses. No eran solamente gente de sistemas, además eran Hackers, formaban parte de comunidades virtuales donde se sentían cómodos y no solo eran aceptados sino que eran admirados. En vez de bailar sobre el parlante de un boliche los viernes a la noche a Lyn le encantaba competir en concursos de combates de virus, ... a Rob y a él les fascinaba deslizarse como un surfer, perderse en el océano calmo de la red, o si algunas nubes negras amenazaban, jugaban a saltarlas, a veces a sumergirse en el agua hasta que las olas gigantes terminen de agitar su furia, como aquellas personas que salen a caminar sin rumbo, por lugares donde nunca habían transitado, el atractivo pasaba por descubrir lugares nuevos, ver las casas y los rostros de los lugareños, imaginar sus hijos, sus ocupaciones, sus alegrías, sus problemas.

El sonido del celular a diez centímetros de su oído lo sobresaltó haciendo que se incorporara sobre la arena para quedarse apoyado en sus manos, mirando fijo el display. Había llegado el mail que nunca había esperado.

Cuando sus padres compraron la casa, una de las primeras cosas que hicieron fue contratar un seguro, ... nunca se sabe qué puede pasar, ... eso era muy cierto. Su padre era auditor, se suponía que estaba preparado para las contingencias, también tenía un seguro para los equipos y hasta un seguro de vida. ¿Quién se estaría ocupando de los trámites del mismo? ¿cómo habría reaccionado la familia a las muertes y su desaparición? Muy probablemente la policía les habría informado que estaba bajo la protección del Servicio Secreto y allí había terminado todo, nadie sabía nada y estarían inundados de intrigas pero pensando que estaba protegido, ninguno de la familia, ni siquiera Betty habría podido localizar a Maggie, así que estarían algo expectantes los primeros días y se olvidarían después, cada tanto dirían ¿que habrá sido de Daniel? Pero nunca

encontrarían una respuesta que los conformara. Había aprendido de su padre la necesidad de tener un respaldo, de extremar la seguridad, aunque tuviera un costo algo elevado, se ganaba en tranquilidad, o así al menos lo explicaba él, cada vez que encontraba oportunidad para inculcarlo a su hijo, de inyectarle una idea, decía.

Daniel había contratado su propio seguro, el análisis era el siguiente, ... si alguien venía a buscarlo (suceso imposible por cierto, nadie podía saber que estaba allí, no había absolutamente ninguna forma de averiguarlo) en cuanto se abriera la puerta de entrada o alguna de las ventanas de la planta baja, una cámara digital fotografiaría al visitante, estas cámaras (tres en total, una para cada abertura) estaban conectadas a la Notebook y esta a Internet, la foto volaría por la red para almacenarse en un servidor en Singapur. El servidor de Singapur mandaría un mail al recibir la fotografía, el mail correspondía a la cuenta del teléfono celular que había comprado dos días atrás, en el centro comercial del cabo. La recepción de un mail solo podía significar dos cosas, o un estúpido mensaje del Webmaster de la red celular del tipo “El día x suspenderemos el servicio por quince minutos” o un criminal de ojos rasgados trataba de deslizarse silenciosamente hasta su cama con intenciones de sumergirlo en los sueños tan hondo que jamás pudiera volver a este mundo, pero en el display del celular que indicaba el subject no aparecía ningún título cansino de un administrador de redes insomne, decía “no vuelvas” el corto y seco mensaje que él mismo se había mandado con esperanzas de no recibirlo jamás.

No vuelvas. Llevaba consigo el dinero, no todo pero la mayor parte del mismo, también el pasaporte que había falsificado Rob. No tenía la computadora ni más ropa que el short de baño azul que llevaba puesto, pero con el pasaporte y el dinero estaba todo arreglado, lo demás lo compraría en el camino. ¿El camino a dónde? Todavía no lo sabía, sus elucubraciones no habían ido tan lejos, tenía un plan de contingencia, eso era bueno, ... pero no había imaginado qué hacer después de ese punto. Estaban tratando de matarlo. Debía salir de la ciudad, de inmediato. No tenía mucho tiempo para escapar, al no encontrarlo y descubrir la maniobra de las fotos los asesinos correrían al aeropuerto, a la terminal de ómnibus, a las agencias de autos de alquiler, ... pero no podrían detener a los taxis, ... escaparía en taxi.

La idea clara de cómo escapar lo alentó, se levantó, se calzó las viejas sandalias de Rob que había encontrado en un placard de la casa y que le quedaban anchas y largas, y caminó a paso rápido en dirección a la calle más céntrica de la zona.

El Internet-Center más cercano se llamaba *Inetzone* II y por la noche lo administraba un muchacho de unos veinticinco años que según había escuchado

se llamaba Bill, parecía que los usuarios nocturnos de *Inetzone* eran todos habitués, y la primera vez que Daniel apareció por allí porque estaba demasiado despierto (solía dormir durante el día, el momento más seguro pues nadie entraría en la casa durante el día para evitar sospechas e identificación de los vecinos) lo habían mirado con los ojos oblicuos que se usan para escrutar a la gente nueva, evaluar si es peligroso, si es un personaje del mundillo, si es un novato, un curioso, o simplemente alguien insignificante. Por suerte lo habían considerado insignificante, lo cual era un alivio considerable, nada necesitaba menos que un poco de promoción, esta vez cuando entró al salón colmado de PC, apenas si lo miraron, aceptándolo como si fuera una mosca que está allí, pero enseguida se marcha a zumbear en otro lado.

Si lo habían localizado entonces Rob estaba muerto, él era el único que sabía la dirección exacta del lugar.

El pensamiento lo hizo estremecer, al punto de tener que aferrarse a la mesa de la PC más cercana ante la mirada atónita de uno de los pobladores del *Inetzone* que esperaba para contestar en una sesión de chat., sintió como si le bajara la presión y un sudor frío le humedeció el cuello y la espalda.

Pidió una computadora y se sentó delante de ella para entrar al servidor de Singapur y ver la foto del intruso. Nada. No había mail. Nunca hubo un mail en el servidor de Singapur. Otra mala noticia. Los asesinos habían puesto a personal técnico para hacer el rastreo. El técnico había detectado el servidor y borrado el mail antes que él pudiera chequearlo. Reflexión: El técnico era muy bueno.

La gente en el salón no paraba de golpear las teclas, y formaban un coro similar al caer de la lluvia sobre un techo de chapa, Bill hablaba sin parar con una chica de sonrisa alegre que lo tenía fuera del mundo sensorial. Rob estaba muerto y nadie lo había notado. La gente a su lado podía morir en un instante, todo el *Inetzone* podía volar por el aire y la gente solo exclamaría el primer día, tal vez fuera tapa del periódico local, por dos o tres días más la noticia se trataría en las radios de Florida. En una semana nadie se acordaría de que *Inetzone* había existido alguna vez, excepto los familiares de las víctimas, si no hacían algo ellos en pos de la justicia nadie lo haría. Se preguntó qué pasaría si entrara en ese momento el pistolero oriental con su saco azul abierto, empuñando una pistola y vaciando un cargador sobre su cuerpo paralizado por el miedo primero, y por la muerte después. ¿Quién haría justicia por su asesinato?

Abrió el mensajero del Windows de la PC y envió un mensaje a Nacaals, fue breve, ... no debía seguir conectado si quería continuar con vida.

Con un short, unas sandalias y unos dólares en el bolsillo, se frotó la cara con desesperación, la lluvia se acentuaba por momentos, estuvo parado en

la puerta de *Inetzone* dos minutos hasta que un taxi se acercó, subió con determinación y se alejó del cabo.

CAPITULO XXI

Había escuchado un chasquido parecido una vez, normalmente los sonidos transmitían más información que las palabras y más rápidamente, en la mente le emergió el recuerdo de los campos en Camboya, sembradíos arruinados por la crudeza del clima y el pestillo de un fusil delatando a un enemigo encaramado en los árboles. La información de alarma le llegó al cerebro activando el excelente sistema de autodefensa, agachó la cabeza para cubrirse entre el brazo izquierdo y el medio giro de su cuerpo, en la diestra una beretta de quince municiones estaba lista para hacer blanco ...

El retrato de Sai Xiau con los ojos levantados hacia la izquierda ya volaba por la red mientras el cerebro ordenaba bloquear la orden de hacer fuego contra la cámara digital, el saco esta vez era verde oliva y la camisa no tenía estampados hawaianos sino una sobria tonalidad gris, el cabello negro y brillante, un poco más alto que la altura de los hombros, se veía con reflejos casi azulados por el flash. Había sido cazado por un paparazzi invisible, alguien tenía la primicia de su visita, la foto no era real, reflejaba parte del mundo físico un instante, el mundo material no era real, pero dentro del mundo de engaño en el que vivían su propia imagen, la vista de su estructura física podía dañarlo.

Quien hubiera preparado semejante trampa no debía estar en la casa, el hacker ... Daniel. No lo encontrarían allí.

Lucient traspasaba la puerta con temor casi reverencial, sus ojos desorbitados trataban de entender que pasaba, ... no había peligro, la cámara disparaba solo una vez al abrir la puerta, el ingenioso juego de cables estaba desbaratado, la cámara se mecía a un metro de su rostro colgando de una percha de alambre, de las que se entregan en las tintorerías de supermercado. En su movimiento ondulatorio parecía dibujar una sonrisa, al menos así le pareció a Sai Xiau que a veces tendía inconscientemente a asignarle personalidad a los objetos inanimados.

Aún conservaba el brazo extendido al techo, con la beretta empuñada por sobre el cuerpo agazapado, dejó de apuntar a la cámara de fotos y permitió que la pistola guiara su vista por la sala principal de la casa, ... el aire acondicionado estaba apagado, adentro el aire hervía al menos a cinco grados más que la temperatura sobre el asfalto.

Sacudió el hombro izquierdo cuando sintió el contacto de los dedos

largos y fríos de su compañero, odiaba que Lucient se aferrara a él, odiaba que le rozara cualquier parte del cuerpo, avanzó casi en un acto reflejo para alejarse y permitirle la entrada, Lucient cerró la puerta tras su espalda.

La oscuridad se abrió al paso del haz de luz de la linterna bajo la pistola del chino, la escalera que llevaba al piso superior era de madera con huecos entre los escalones y dejaba ver el resto del living, había una mesa de vidrio sobre parantes de mármol que hacían las veces de patas, más cerca de su cuerpo encontró un juego de sillones de tela amarilla, un bar con copas de vidrio y una botella de brandy destacada entre las de whisky, se acercó para verificar que no había nadie detrás del corto mostrador. Nunca estaba de más extremar las precauciones, pero estaba seguro de que el pájaro había volado, ¿adónde llevaba el cable de la cámara de fotos?

– Una computadora –susurró el joven desgarrado contestando su pregunta como un telépata ruso, recorrió el cable con sus dedos finos hasta la mesa ratona frente al sillón, la notebook plateada destelló al enfocarla con la linterna, las manos del francés se movieron con premura mientras sus ojos querían saltar de las órbitas, estaba señalando con un énfasis gestual inconcebible al cable gris que colgaba detrás de la máquina, ... – Internet – afirmó con voz agónica, ya no parecía susurrar, ... cualquiera hubiera dicho que se había quedado disfónico.

Rodeó los sillones hasta la mesa más allá de la escalera, la luz de la linterna y el cañón de la pistola se movían a la par, enfocaban un cuadro con un faro y una escollera, enfocaban una puerta con salida hacia el jardín del fondo, podía ver que estaba cerrada con llave, luego apuntaban al aparato de TV y a las revistas en la mesa que la sostenía. El piso era de cerámica, con un tapiz bajo la mesa ratona del living, una casa típica para el turista americano, con muebles pasados de moda y de dudosa calidad.

La cocina también estaba en la planta baja, tenía un aspecto algo desordenado, había basura reciente en el tacho, una botella de plástico todavía con restos de jugo de naranja, y papel del que se usa como separador de friser, había algunos cubiertos sobre la mesada como si alguien hubiera buscado entre ellos alguno con una característica especial, tal vez uno que pudiera usarse para ajustar el tornillo que armaba el ensamblaje de alambres a la puerta.

Debía investigar arriba.

Lucient se había acomodado en un sillón y tipeaba algo en la notebook, en la frente tenía sudor, pero Sai Xiau sabía que no era por el calor que se cocía dentro de la caldera que era aquella trampa de madera con techos de cinc, sino por los nervios que le ocasionaba saber que El Buscador iba a enojarse, ... el francés no podía controlar su temor, no podía resistir la tortura mental a la que el

Buscador lo sometía. Era débil y quebradizo... como una rama seca. En su marco de realidad había un oso recorriendo el bosque y destrozando las ramas con sus grandes garras, un oso que lo buscaba a él, para atacarlo dentro de su cerebro, por todos los flancos, buscando las fisuras y rellenándolas con espinas, revolviendo la basura en su cabeza hasta hacerlo experimentar las distintas facetas del dolor. Un dolor inacabable.

A él no le merecía importancia el peso del Buscador, Sai Xiau sabía que no podía dañarlo, en el mundo del engaño él era el soberano, pero no en el real, en el mundo real Sai Xiau era libre. Las palabras no podían llegar hasta él de un modo punzante, la sabiduría no residía en las palabras, tampoco la maldad, tampoco el azote del látigo, ... las palabras consumían el tiempo y la energía, y solo podían expresar conceptos equívocos, ... el mundo real se basaba en la experiencia y no en una perspectiva torcida de las cosas.

Sai Xiau era un guerrero al servicio de sí mismo, en equilibrio con las fuerzas de la naturaleza, tierra, agua, aire, fuego; en armonía con lo sustancial del cuerpo de la esencia. Trataba de ver al Buscador como un cliente, un medio para satisfacer necesidades de su cuerpo físico, pero era como un virus, que trataba de colarse en su plano mental, de conmover la estructura de su existencia... el Buscador quería ejercer poder, adueñarse de su voluntad, Sai Xiau pensaba que a veces lo hacía como un juego, donde el Buscador eventualmente dejaba que sus piezas se movieran al azar, atacando a sus propios compañeros de equipo. Al igual que él el Buscador era un perro entrenado para matar, seres de distintas naturalezas pero igual destino dentro del mundo de los sueños, el Buscador era un predador, donde cada persona que trataba con él se convertía en su víctima. Y Lucient era solo el juguete con el que el perro se había encaprichado... en realidad era algo más que eso, el Buscador necesitaba a Lucient, como un soldado necesita tener su daga afilada atada a la pierna.

Los escalones que llevaban al primer y único piso de la casa rechinaban si se los pisaba frontalmente, había que deslizarse para evitar el quejido, moverse como la serpiente acechando su presa, para que el cuerpo no pese.

En el pasillo que comunicaba los cuartos había una mesa de vidrio sin ningún asiento cerca para utilizarla, un felpudo de los que se colocan junto a la puerta de entrada estaba arrollado y en un rincón, asomó la cabeza en el cuarto pintado de blanco... la cama estaba algo deshecha, era una señal de confirmación, por si quedara alguna duda de la presencia de Daniel en esa casa... el crío había resultado huidizo, una liebre astuta.

Revisó con un ojo detrás de la puerta y rápidamente se agachó para espiar debajo de la cama, no había nadie y de todas formas no parecía entrar el

cuerpo de una persona allí, había fotos de los dueños de casa, ... un hombre calvo y una mujer regordeta con las mejillas sonrojadas levantaban un pequeño tiburón a orillas de un ancho velero, sonreían afirmando que la estaban pasando bien, y que pescar era todo un divertimento para la familia americana. Detrás de ellos pasaba la figura redonda de un Robert de no más de doce años, ... estaba muerto ahora y ni siquiera había logrado un segundo cuerpo, la muerte para él era definitiva, no habría una vida eterna a la cual aquel ser vacuo pudiera aspirar. Las otras fotos eran del casamiento de los padres, ahora con menos kilos y más cintura... la grasa no pedía permiso bajo la piel de los norteamericanos, la mayoría de ellos estaba excedido a causa de la mala alimentación, un exceso de hamburguesas y papas fritas, comida enlatada y extraños pseudo manjares elaborados a base de conservantes.

Los otros cuartos también estaban vacíos, encontró algo de ropa a medio acomodar y un par de zapatos junto a la puerta del baño, ... se había sentado en el inodoro para quitárselos, el calzado era nuevo y seguramente maltrataría sus pies. También encontró el espejo salpicado, las gotas estaban secas pero se notaban las marcas que habían dejado... el crío tenía calor... pero no había prendido el aire acondicionado... no quería ser descubierto por los vecinos.

Algunas presas acorraladas se volvían contra el cazador, era algo que todo predador debía considerar, no importa el tamaño del animal, siempre existía el riesgo de resultar herido en una contienda.

Los placards estaban vacíos... al igual que el altillo... había estado en esa habitación estrecha, probablemente con su computadora, allí se filtraría un poco de aire y luz y estaría lejos de la vista de los curiosos.

Además el altillo cuadraba con la cueva que cualquier fugitivo hubiera elegido para esconderse, en el suelo del refugio había una botella vacía de gatorade, una caja de maní con chocolate a medio terminar y un vaso con rastros de yogurt de frutilla. El piso del recinto era de una cerámica rústica que deberían haber comprado en una oferta, una caja con las baldosas sobrantes, algunas partidas y con el sello de Home Depot en un costado parecía avalar esta teoría.

Si el hackercito había salido a dar una vuelta seguramente estaría en la playa. Evidentemente había imaginado que un ataque no podía ser en otro horario que el nocturno y había decidido desaparecer por las noches, no sin antes preparar la celada. Hacía años que Sai Xiau no caía en una celada. Si el cable que Lucient señalaba conectaba la computadora a Internet, su retrato podía llenar las casillas de las comunidades hackers. Miró detrás de una vieja puerta apoyada contra la pared antes de descender del altillo y volver al corredor del primer piso,

echó una última mirada a las habitaciones como quien revisa si todo está bajo control antes de salir de la ciudad por algunas semanas, luego volvió al living junto a Lucient.

El hombre delgado se mantenía en la misma posición, agazapado sobre la computadora que estaba sobre la mesa ratona, como si tuviera un romance con ella y la estuviera seduciendo. Sai Xiau pensó que aquello era más probable que verlo seduciendo a una mujer, la vida de Lucient era un compendio de eventos relacionados con la informática, según decían no existía programador más hábil que él... en términos boxísticos podía decirse que era el campeón de peso completo, entre los grandes desarrolladores al servicio de las agencias oficiales de todo el mundo, él era el mejor. Dicho en términos de seguridad, podía confiarse en Lucient para cuestiones técnicas... sin duda era el más capacitado, tanto como él mismo para el negocio de la muerte. Sai Xiau sabía que no existía un asesino contratista con más currículum que él, y solo un par que lo igualaban en destreza, ... conocer el trabajo de sustraer una vida era como absorber la sabiduría de un arte milenario, no muchos alcanzaban el grado de evolución en el arte necesario para lograr la perfección que requería el cliente, y su mejor cliente, el Buscador, era también el más exigente. Sai Xiau miró a Lucient con algo de desdén, debía admitir que el Buscador había armado un buen equipo.

– Bueno, desactivé parte de la bomba –explicó manteniendo la voz quebrada– al menos borré la fotografía del servidor –una sonrisa amarga se distinguió en el óvalo pálido que ahora era su rostro iluminado solamente por la luz de la Notebook– pero igual se mandó un mensaje por mail sin attachment, es decir sin foto, rastreeé el mail hasta la cuenta de un celular, fue comprado en el centro del cabo el lunes, tengo el número pero no está activo en este momento, digo no se está usando. Páez resultó muy cuidadoso hasta ahora, no creo que vuelva a usar el celular exponiéndose a que lo localicemos, probablemente el aparato está ahora en un tacho de basura, o en poder de algún indigente que duerme en la calle. Si es que hay indigentes en Key West. ¿quieres saber que dice el mensaje? –continuó sin esperar una respuesta– Dice “no vuelvas”. Debe estar yéndose ahora, voy a monitorear los nombres de los pasajeros que parten en los próximos vuelos en los cinco aeropuertos más cercanos, viendo cuáles de ellos acaban de comprar un pasaje, y en las agencias de renta de autos, pero como dije antes esta persona es muy cuidadosa, si no utiliza estos medios lo vamos a perder, es decir: ya lo perdimos.

Sai Xiau se aisló de la verborragia de su compañero mucho antes de que terminara de hablar, apagó la linterna y se sentó en un sillón reclinable lo suficientemente cómodo para quedarse a dormir allí, su mente buscó aislarse de los sentimientos y los estímulos del mundo físico, para alcanzar por algunos

segundos la placentera sensación del vacío.

CAPITULO XXII

Era la primera vez que visitaba aquella oficina en Washington, sabía que MARYN tenía un piso en una lujosa torre en New York, y que aquella oficina en la capital la utilizaba Steve Ryerson, el CEO y dueño de la compañía para citar a los corruptibles congresistas que pululaban por la ciudad, Steve sabía que los tenía a todos juntos allí, y la oficina era lo suficientemente discreta. Además no podía hacer viajar a un político a New York para ofrecerle soborno (bueno, el lo llamaba negocio) o realizar una sencilla y sutil extorsión. Eran artes marciales que dominaba con letalidad, y se consideraban indispensables para el managment habitual necesario para llevar adelante a MARYN. Así había conseguido los capitales para la fundación de su palacio feudal, y así podía mantenerlos, crecer como una mancha de petróleo emanando de un barco con solo la popa a flote.

La secretaria falsamente rígida y acartonada con mirada de fiel libertina al servicio sexual de Steve lo había hecho pasar y le había servido un café corto negro para mitigar la espera, aparentemente su anfitrión no había llegado, Lawrence imaginó que la espera era intencional, seguramente el CEO solía salir a pasear antes de una entrevista importante para demorar al visitante en el despacho, aquel acto cumpliría con el objetivo de transmitirle cierto ambiente antes de la conversación, el ambiente estaba montado como una escenografía para quien supiera leerla, obviamente prácticamente nadie sabía leer montajes.

Me desilucionás Steve, ¿usar una careta frente al maestro del maquillaje? Es realmente vergonzoso para vos ponerte en esta situación.

Pero la gente a menudo resolvía mal y se colocaba en situaciones no favorables simplemente por sentir la seguridad de jugar el partido como local, creyendo que el ambiente influía, no estaba en desacuerdo, pero también había que considerar a quién se tenía adelante y cual era el mejor montaje para llevar a cabo la negociación con cada persona en particular y con el mensaje a transmitir.

La transmisión de Steve decía que él era Economista y dos veces Master en Harvard. Que se había hecho de la nada, desde la clase media baja hasta la inacabable fortuna lograda a en el comercio de armas. Al menos eso podía leerse en los títulos enmarcados en un vidrio a la izquierda del escritorio que reflejaba vistosamente apuntado con luces dicróicas alemanas de haz

extendido. Algunas fotos con políticos claves del momento (estas fotos irían rotando de acuerdo a conveniencias) incluso con el Presidente de la Nación, el financista estrella del FMI y el presidente del Banco Mundial. Junto a ellas había retratos junto a sus padres, en una casa humilde de un barrio que podría ser Queens, Mr Ryerson llevaba ropa algo gastada y el cabello plateado y algo ralo que hoy caracterizaba a su hijo, la señora Ryerson tenía aspecto de ida por las drogas, con los ojos levantados y fingiendo una sonrisa, imaginó que era una persona con severos problemas nerviosos, sometida a la tiranía de Mr. Ryerson y el completo desinterés del Steve que en esa foto aparecía favorecido con varios kilos menos y el rostro más afinado. Pero ya había conseguido aquella envidiable caja torácica que parecía entonces haber tenido desde que abandonó la adolescencia.

Había fotografías de plantas de fabricación de armamento que tenían al menos veinte años y donde un Steve de treinta y cinco posaba junto a una tanqueta militar. No había desarrollado mucho material de ese tipo, pues al poco tiempo descubrió una veta en el negocio de las armas bacteriológicas, y últimamente en sistemas de guía de vuelo de misiles atómicos. Pero la niña mimada del momento, un “niño con problemas” todavía según la definición de la voz de mando de MARYN era el proyecto TeXeus, el software clave más importante desde el surgimiento de la idea de una Guerra Informática.

La silla donde la secretaria literalmente lo había sentado era fija, no giratoria, un hecho importante para evitar al visitante el movimiento huidizo y la sensación de comodidad que podían llevarlo a pensar que controlaba en algo la situación... el despacho estaba preparado para un solo jefe y ese se sentaba del otro lado del escritorio de ébano negro, una antigüedad que podía haber pertenecido a algún rey europeo, y se sentaba en un sillón de gran respaldo (necesario para la gran espalda de su dueño) ancho y alto en demasía y que daba impresión (otra vez) de ser un trono real, este sillón de más estaba decir que era giratorio y reclinable. La parte baja del escritorio no permitía ver el movimiento de piernas del Jefe, ya que una tabla de madera llegaba a lamer la alfombra beige que cubría el piso. El beige era un color neutro, ni blanco que diera imagen de pureza y pudiera influir en el rechazo de un soborno, ni un color oscuro que cargara el ambiente de un aspecto sucio y deshonesto, a los negociantes no les gustaba que nadie les recordara que el trato que estaban cerrando era contrario a la ley o a las normas morales inculcadas en su infancia, nadie necesitaba saber eso.

Las paredes estaban empapeladas de un color gris perlado, ideal para limpiarse en él las manos manchadas de culpa. Lawrence estudió cada objeto de la habitación con detenimiento, sabiendo que Steve estaba habituado a las

cámaras ocultas y a los micrófonos indetectables, después de todo eran de su fabricación y debía realizar un buen control de calidad. Según decían MARYN desarrollaba sensores capaz de detectar el sonido del vuelo de una mosca a cientos de metros de distancia y eliminar el ruido ambiente que pudiera ocultar el zumbido. Y el equipo de instaladores era excelente, una vez habían insertado los micrófonos durante la construcción de un edificio donde iba a mudarse una embajada, lo habían mezclado en el mismo cemento, y habían logrado llenar los bolsillos todavía no tan abultados de Steve, después de todo la información era vital para los negocios y si estaba por realizarse una importante compra a una empresa competidora, MARYN merecía enterarse antes que nadie, para eso cuidaba tanto el flujo de la información que alimentaba la toma de decisiones para su negocio.

Y en la guerra, en el amor y en los negocios, ... todo vale ¿verdad? ¿Y que es la guerra sino una negociación? Si te elimino más hombres y te hago más daño tendrás que rendirte y darme lo que quiero ¿Y que es el amor sino una negociación? Vos me das tu amor como yo lo quiero y yo te daré el mío como vos lo querés. Entonces corrección: En los negocios todo vale.

El gigante apareció casi encorvándose para pasar por la puerta, llegó justo cuando Lawrence terminaba el último sorbo de un café demasiado frío, la taza que había usado la secretaria no conservaba la temperatura del líquido, esto animaba al visitante a tomar rápido su café e inconscientemente apuraba la toma de decisión. Pero eran tazas para reuniones comenzadas, no para antes de iniciar. Steve llevaba un traje gris clásico, cerrado adelante con tres botones, extendió su poderoso brazo mientras dibujaba una sonrisa que se hacía pequeña en semejante rostro redondo. El buscador se levantó de su silla para contestar el saludo, sabía antes de hacerlo que Steve iba a torcer su brazo hasta lograr dejar su propia mano por encima de la de él en el apretón, ... esto resumía poder para la persona que saludaba dejando al otro con la palma hacia arriba, además seguramente iba a recibir un fuerte apretón de manos, con la fuerza suficiente para infringir cierto dolor, no algo para quejarse, pero el necesario para demostrar firmeza... Lawrence se sometió al ritual resignado pero con gesto amable, no valía la pena comenzar una lucha de manos con su empleador. Se sabía por estudios realizados que los hombres triunfadores en los negocios hacían lo mismo que Steve, eran los primeros en tender el saludo y lo hacían en forma dominante. Al sentir el apretón Lawrence avanzó hacia Steve adelantando el pie derecho y colocándolo entre los zapatos de piel de cocodrilo del hombre de cara hinchada. Se acercó lo suficiente para sentir el aliento sobre sus ojos, sabía que de esta manera le invadía el territorio personal, lo cual ocasionaba incomodidad, y le sirvió para enderezar el saludo, Steve soltó su mano antes de

lo habitual entre sorprendido y molesto.

Bien, jefe. Primer round uno a uno.

Intercambiaron un “Que tal” antes de tomar asiento cada uno en su lugar, Steve señaló la silla de Lawrence con la palma abierta un segundo antes de que éste la ocupara, como dando la autorización para sentarse.

El CEO abrió su saco antes de ubicarse de frente al invitado.

– Puede ser casual –comenzó Steve– o no, pero el hijo de Páez hizo un buen movimiento, el pequeño hacker hijo de un latino de mierda acaba de burlar a un equipo pagado como para localizar un grano de arroz en la luna.

Lawrence dibujó mentalmente un triángulo con vértice en su propia frente y en las pupilas, allí apuntaban los ojos de Steve, era la típica mirada de negocios, la que indica que se está hablando con seriedad. Los insultos trataban de demostrar irritación, más allá del significado y la adecuación del uso en la frase.

– Ahora –continuó– yo digo que a veces una buena jugada surge de casualidad, he visto a futbolistas ignotos recorrer todo el campo de juego sorteando defensores como si estuvieran atados al campo con una cadena... y siguieron siendo ignotos. Fue una sola jugada en su vida y jamás se repitió. Es una posibilidad, la otra es estar frente a una persona con cierto talento. De ser así podría traer problemas... y no quiero problemas en este proyecto. Entendámoslo de esta forma, pago demasiado dinero para asegurar el éxito de mis movimientos tácticos... y no me gusta tirar el dinero.

No era solo su forma de actuar lo que convertía a Steve Ryerson en un líder natural, también tenía la formación universitaria, es decir la teoría como soporte, pero más allá de todo eso estaba la voz, gruesa y potente resonaba en la habitación que parecía tener una acústica fuera de lo común, tal vez eso también había sido estudiado por Ryerson, esa voz era un don natural que sabía aprovechar, intimidaba a muchas personas tal sonoridad en forma instintiva e inevitable, era una voz que transmitía autoridad, y resultaba ideal para interrumpir a un interlocutor y hacer desaparecer del campo de audición las palabras del otro.

El buscador ensayó un bloqueo visual, dejó que sus párpados caigan durante más de un segundo, ignorando las últimas palabras del CEO.

– Bueno, yo solo me ocupo de encontrar lo que se ha perdido, a vos se te perdió una persona: yo la encuentro, mi gente la saca del camino. La estrategia y la táctica es tuya, yo soy un simple... alfil quizás, pero no soy la reina. No soy yo quien pierde las cosas, yo solo las encuentro Steve. Siempre las encuentro –tuvo especial cuidado en acentuar la palabra siempre.

– Bien, cuento con eso.

Ryerson conservaba el cenicero dentro de la zona del escritorio más cercana a sus brazos y fuera del alcance de la visita, era ideal para las reuniones con personas fumadoras pero no era el caso de Lawrence. Lo convidó de todos modos con un cigarro negro y alargado de extraña procedencia, el buscador negó la invitación con la cabeza.

El cigarrillo fue encendido en la boca pequeña y desdibujada, cuando Steve fruncía los labios para pitar su cara se volvía aún más redonda y blanquecina. El humo salió soplado hacia abajo, y era una clara señal de tensión o fastidio. La idea de dejar el programa activado en Magafield Data había sido de Callahan, el jefe de proyecto que Steve había designado para el seguimiento de TeXeus, y Steve se empeñaba en echarle toda la culpa del “accidente”. Lawrence no sabía si Callahan ya estaba muerto, pero estaba seguro de que su fin estaba próximo, conocía al dueño de MARYN lo suficiente y además ... tenía muchas armas nuevas para probar. Steve nunca admitía un error propio, a pesar de que él estaba al tanto de todas las decisiones de sus subordinados. Ahora trataba de pasarle algo de responsabilidad a él por la demora en la captura de Daniel. *Deberías hacerte cargo Steve.*

– Pero no me sirve que lo encuentres en un mes –le apuntaba con el dedo índice, *un gesto muy hostil Steve, no deberías hacerle eso a los invitados.* La diestra con el dedo extendido estaba cerrada hasta cortar la circulación, y apuntaba a los ojos como si quisiera perforarlos– En un mes puedo tener a un centenar de personas sospechando de TeXeus, eso no se remonta, Lawrence, es un muro que cae y no se vuelve a levantar, dicen que nunca se vuelve del ridículo, yo digo que tampoco se vuelve de la sospecha. Una vez que pasaste a ser una persona indigna de confianza... ya no hay vuelta atrás.

El buscador sabía que no estaba hablando de sí mismo sino de él, le decía que si se le escapaba el problema de las manos... habría un castigo. Steve era ejemplificador con los castigos, de todas formas no podía prescindir de sus servicios, Lawrence sabía que su calidad estaba muy por encima del resto, no existía otro rastreador como él.

– Steve, nadie puede ocultarse de mí, y mi gente es profesional, han hecho trabajos de gran categoría –levantó las manos mostrando las palmas con los dedos apuntando al cuerpo del CEO, sabía que aquel gesto reflejaba sinceridad– recordarás al Hurón y al Guante Rosa.

Estaba haciendo referencia a nombres en clave, y de esa forma diciéndole a Ryerson “se que estás grabando esto”, Hurón era el pseudónimo de un agente de la CIA, que Sai Xiau había asesinado en la propia casa de gobierno de Guatemala, claro que nunca llegó a dominio público, El Guante Rosa era un asesino profesional que trabajaba con un traficante de armas de Eslovenia, le

llamaban así porque tenía la mano izquierda quemada y le había quedado de ese color. El Húngaro lo había asesinado en Estambul, adelante del traficante en forma de amenaza, era el mensaje que Steve quería entregarle. Dos trabajos impecables que Lawrence trajo a la conversación para recordarle al CEO que sus hombres podían llegar a cualquier lado y eliminar a cualquier persona, incluso al propio dueño de MARYN.

Steve cruzó un brazo sobre su pecho, cerrando la mano diestra sobre el antebrazo izquierdo, el Buscador interpretó el gesto como de clara defensa, estaba protegiendo el pecho y bajando el mentón para cubrir la garganta. Sin duda un recuerdo de la época primitiva del hombre.

– ¿Cuánto se extendió el chisme?

– Todo el grupo Nacaals, más la noviecita de Daniel Páez, nueve personas incluyéndolo a él.

El hombre ancho apoyó el cigarrillo corto en el cenicero con cierta torpeza, sus dedos toscos se extendieron sobre la superficie del escritorio cuanto largo eran. El humo volvió a exhalarse hacia abajo.

– Serán una epidemia si no actuamos rápido. ¿Ressler está con ellos?

– Sí.

– Lo quiero primero a él. Es el más peligroso.

– El Húngaro tomó el trabajo, debe estar hoy mismo en Chicago.

Ryerson volvió a levantar el cigarro recostándose sobre el respaldo alto de su sillón, pitó una vez y se levantó para quitarse el saco, mientras lo colgaba en el perchero y siempre con el cigarro en la boca, largó una pregunta que quiso simular como descuidada.

– ¿Cómo va Lucient?

– Está cumpliendo.

Cuando volvió a sentarse (arrojarse) sobre el sillón observó a Lawrence con la frente baja un instante, luego la cabeza del CEO empezó a moverse de un lado a otro de forma negativa.

– Te dije que no es una persona para trabajo de campo, yo conozco a mi gente, y se donde rinde mejor –ahora sopló el humo hacia arriba con superioridad– su lugar está en un centro de cómputos, ahí es soberano.

– Bueno, estoy apelando a su espíritu competitivo –explicó el Buscador– él que es un soldado profesional está enfrentando a la improvisada guerrilla del hacking, le hice ver el enfrentamiento como un desafío. Sobre todo ahora que algunos nombres legendarios se han vuelto en nuestra contra. ¿Te llamó?

– ¿Cómo?

– Si te llamó.

– No –aseguró Steve, mientras volvía a pitar, había aprendido que es común llevarse una mano a la cara al decir una mentira, y fumando podía disimular el gesto, pero sus pupilas se contrajeron y parpadeó dos veces. Era claro que estaba mintiendo—. ¿Porque habría de hacerlo?

Lawrence sonrió ¿que iba a decirle? ¿Porque el muy mariconcito esta enamorado de vos? ¿Porque te llama para llorar que yo desato mi sadismo contra su frágil personalidad? Lo mejor era callar, y estar atento a ver si Steve le correspondía.

– Pero lo estoy necesitando para tapar unos agujeros en el TeXeus.

Vamos, Steve, ... el TeXeus no tiene ningún agujero, solo tenés miedo de que le pase algo a tu mejor elemento en la creación de armas informáticas. ¿O acaso es amor? ¿Te gustan los jovencitos genios que te hacen ganar dinero? Vamos contale a tu amigo Lawrence.

– ¡Agujeros en el TeXeus! ¡Por Dios, Steve, ... Lucient dice que ese software es la octava maravilla.

– Bueno, el Coloso de Rodas también tenía un dedo magullado, no es nada importante pero me gustaría que Lucient lo viera. De todas formas supongo que es necesario en el lugar donde esta ahora ¿verdad?

Un negociador como Steve estaba habituado a mentir con clase, pero el buscador siempre detectaba algo, como ese leve temblor en la mejilla izquierda.

– Bueno, ambos sabemos que no tiene reemplazo. –con esa frase daba fin a la posibilidad de que le quitaran a Lucient, si Steve continuaba subestimando a Nacaals cometería un error. ¿Y quien sería el Callahan esta vez?

– ¿Cuánto te lleva destruir Nacaals?

– Aún no los tengo identificados, recién estoy por empezar el trabajo.

– Que sea pronto, Lawrence. ¿A quien ubicaste ya?

– ¿Además de Ressler? A nadie todavía, solo tengo datos sueltos para armar el rompecabezas, pero no son tan anónimos como ellos creen, están seguros de ser indetectables y eso es una gran ayuda. ¿Cómo está Marian? ¿Seguís casado, no?

Steve sonrió y se rascó la nuca, había algo ladino en la mirada de Lawrence que nunca terminaba de agradarle.

– Sí, están todos bien –afirmó haciendo referencia a ella y a los tres hijos que permanecían en New York.

– Me alegra oír eso, ¿que pasa con el café en esta oficina? Decile a tu secretaria que cambie la forma de prepararlo. ¿Conoce ella a Lucient?

– No.

– ¿Como podes sentir afecto por ese tipo? Es una marioneta pusilánime.

Steve se acomodó el cuello de la camisa, estaba nervioso e incómodo, nombrar a Lucient, a Marian y a la hermosa secretaria casi en el mismo minuto había sido una magnífica estocada que desgarraba su privacidad.

– Nos resulta útil.

– Si, bueno, la secretaria también es útil, apuesto a que es muy eficiente salvo por el café –ensayó una sonrisa cómplice– estoy seguro de no equivocarme.

– ¿De que estamos hablando?

– De nada, me gustan sus caderas, nada más –dijo.

El buscador miraba fijo a Ryerson más tiempo de lo normal, mantenía la vista fija para intentar molestarlo, pero sabía que exageraba, ya lo había logrado y la charla estaba por acabar.

Steve se levantó del asiento con una amplia sonrisa de amabilidad, sus mejillas estaban más rosadas que antes, el apretón de manos esta vez fue por encima del escritorio y Lawrence no tuvo posibilidad de defensa, sus dedos crujieron dentro de la manaza del CEO que agitó su brazo al menos dos veces antes de soltarlo.

– Espero noticias –fue la última frase que Lawrence escuchó antes de atravesar la puerta.

La secretaria se quitó los lentes al verlo salir y prestó atención a sus movimientos.

– ¿De verdad sos tan buena?

Ella lo miró levantando las cejas con un gesto interrogante.

– Apuesto a que si –contestó él sin esperar respuesta, mientras su mirada recorría el escote hasta los labios de la mujer, sonrió mostrando los dientes inferiores con un gesto felino y cerró suavemente la puerta al salir del despacho hacia las calles de Washington.

CAPITULO XXIII

Hubo un vidente en la década del cincuenta del siglo veinte que profetizó acerca de hechos venideros de los próximos años, anticipó la llegada del hombre a la luna, la escalada armamentista, la guerra fría, la muerte de los Kennedy, el intento de homicidio a Reagan, el asesinato de Juan Pablo I, la Internet, las armas químicas, el ataque a las torres gemelas del 2001, la apertura capitalista rusa y la caída del muro de Berlín. Este hombre de nacionalidad canadiense pero radicado en EEUU, no fue muy tenido en cuenta por el gobierno americano ni por el periodismo serio, sólo tenía un escaso espacio en la prensa sensacionalista. Pero sus predicciones saltaron a la fama más que nada luego del 11 de septiembre del 2001, cuando él llevaba doce años muerto, es decir se hicieron conocidas por la gente, sobre todo se popularizaron en Internet donde varias páginas rindieron homenaje e inventaron historias de este gran adivino, su nombre fue Allan Vervaeck, y como casi siempre pasa, murió en la pobreza atormentado por visiones que lo llevaron a la internación en un hospital Neuropsiquiátrico. Ya en el hospital y en los últimos meses de su vida escribió en un cuaderno que aún se conserva aunque es de discutida procedencia, una serie de predicciones que por algún motivo pegaron fuerte en las comunidades tecnológicas. En una de ellas Vervaeck mencionó la aparición de un hombre que dominaría la Informática como nunca nadie y que tanta sería la diferencia entre él y el resto de los hombres, que tendría el poder para crear y destruir; una mente capaz de causar el desequilibrio tecnológico, alguien que podría llevar a la humanidad a dar un gran salto o sencillamente destruirla. Así lo dice el cuaderno del psíquico en forma textual, ¿desequilibrar que? No queda claro, solo puede tomarse en cuenta el surgimiento de un hombre distinto a quien todos imaginan como un genio de la tecnología. El vulgo lo ha denominado El Genio de Vervaeck, en honor al autor de la profecía, a nadie en verdad le preocupaba si la historia era auténtica, si realmente Vervaeck la había escrito y si lo había hecho en su sano juicio o en un delirio psicótico, en realidad la predicción había pegado y era objeto de culto, como muchas otras historias tal vez surgidas de novelas, películas o series de TV. Vervaeck tenía sus fanáticos en todo el mundo y comunidades en la red que discutían quién era el genio, si recién había nacido o si ya había demostrado su poder. Pero en los círculos Hackers, no tenían ninguna duda al respecto: aún no había demostrado mucho, y el genio se hacía

llamar Saro.

Saro solía sonreír cuando se lo mencionaban, su arrogancia y orgullo le imposibilitaban negarlo pero realmente no lo creía, nadie podía creerse tan superior o al menos no sería sano hacerlo.

Lo único que él había mencionado una vez a R/S, hacía poco tiempo en una charla por Internet en la cual ambos estaban alcoholizados, era que tenía la convicción, sabía que él era distinto. No quería decir que era el Genio Vervaeck, no. Pero tampoco era común, ninguno de los hackers de Nacaals lo era, pero el hablaba de otra cosa.

Recibir el mail de Daniel lo había hecho recordar al genio, si él verdaderamente lo fuera ésta sería su epopeya, habían asesinado a un colega y si era así tal vez fueran por más. Tal vez no pararan hasta matar a todos los hackers curiosos que habían metido la nariz en los manuales de MARYN. Saro sabía que tenía condiciones naturales de héroe de película de acción, era valiente y noble como un caballero medieval. E inteligente como ninguno, el único test de inteligencia que había realizado en su vida había arrojado un IQ de 180, solo los genios obtenían tal puntaje. Solo los genios.

Si tenía que enfrentar a MARYN iba a hacerlo, iba a pararse frente de la locomotora para detenerla con la fuerza de su brazo. Si realmente era el Genio, tenía que demostrarlo, y si no, valía la pena el encuentro, mucho más que volar un planeador, aladelta, esquiar entre los árboles de una montaña en rigurosa pendiente o medirse con un boxeador profesional. Derribar a MARYN contribuiría al desarrollo pacífico de la humanidad, una meta utópica por cierto pero si estaba en sus manos hacer tal aporte, no podía negarse, el destino marcaba su ruta y no había desvíos que pudieran hacerlo perder.

* * * * *

Ludwing era un nombre distinguido para un perro, y le caía bien porque Ludwing era un Labrador muy fino, de pedigree según los papeles que Katrin guardaba en la caja fuerte empotrada en la pared del dormitorio, junto con los documentos más valiosos, la escritura de la casa, los títulos de Nickolay, y algunas alhajas de oro que habían sido de su madre pero que jamás habían adornando el cuello, la muñeca o los dedos de ninguna mujer.

Había tomado la costumbre de rascarse el mentón, tal parecía que era un gesto característico y exclusivo de todo hombre con barba, no tenía el hábito cuando estaba afeitado, pero con barba era casi un vicio, no podía dejar de acariciar el pelo castaño desde debajo de los labios hasta el comienzo de la

garganta, siempre inclinando la cabeza hacia arriba como si mirara a lo lejos. A un observador casual daba la sensación de estar compenetrado en algo importante y de mirar al horizonte ensayando una visión de futuro, encontrando una respuesta. Lo cierto era que su mente estaba en blanco, se rascaba la barba con una mano mientras con la otra palmeaba al viejo Ludwing cerca de la cola, en la meseta maciza que se le formaba en el lomo, donde el perro más lo disfrutaba, si Nickolay detenía las caricias se daba vuelta a mirarlo con ojos de reproche y agitaba la cola para animarlo a continuar, era cuestión de segundos escuchar algún ladrido. A veces permanecía así largo rato, otras le entraban ganas de correr a buscar el Stradivarius y arrancarle unas notas dulces. Pero Ludwing no disfrutaba la música, el sonido agudo lo ponía de mal humor. El mal humor de su perro se reflejaba en una tos seca, un graznido ronco que Katrin llamaba ladrido pero que no lo era, cuando ladraba era más estentóreo y temperamental, aquel ladrido era resentido, había que saber interpretarlo, su perro era extremadamente inteligente y él estaba seguro que usaba los sonidos mucho más que aleatoriamente, todos los sonidos tenían significado y hablaban acerca de su estado de ánimo. Katrin lo mandaba a callar con una amenaza y Ludwing siempre obedecía, sabía que era ella la que preparaba la comida y debía llevarse bien, aunque a veces le pesara un poco. Nickolay en cambio era el amo y un compañero de juegos, era el que lo sacaba a pasear. Los chicos aún no tenían edad para hacerlo y a Nickolay le gustaba. A Sacha, el mayor de sus hijos le gustaba mojar al perro con la manguera y decir que lo había bañado, el más chico a veces lo montaba como a un caballo usando una remera como ensilladura y ante la mirada atenta de Katrin. Todos disfrutaban del perro de alguna manera.

Le compraría una correa nueva, la vieja estaba toda masticada, no sabía por qué se ensañaba con ella.

– Estoy en el fondo –gritó Katrin aunque no había pasado tan lejos de él, salía de la puerta corrediza que separaba el living del parque y caminaba hacia el galpón que ya no funcionaba como tal sino que lo habían acondicionado como sala de pintura de Katrin, tenía una muestra en pocas semanas y pasaba todo el día allí tratando de terminar su última obra, con intenciones de llevarla al hall de la sala de cultura de Varna. El no entendía de arte plástico, pero no necesitaba saber mucho para reconocer a la artista en su esposa, desde el apego a la vida hasta su percepción y opinión sobre temas profundos. En el camino y antes de desaparecer tras la puerta de madera donde todo olía a pintura, pateó la pelota de Ludwing para que éste saltara a buscarla, volvió con la pelota apretada entre los dientes, la colocó entre sus patas, se estiró, y al fin apoyó la cola en el piso, esperando un movimiento de Nickolay para salir corriendo con la pelota

nuevamente en la boca. Los niños estaban por despertarse ya, ... decidió entrar a preparar la leche. Buscó su reloj, no quería despertarlos antes de las nueve un domingo, ¿donde estaba el reloj de pulsera?. Nickolay se quejaba al menos dos veces al día de la falta que hacía un reloj en la cocina desde que se había estropeado el anterior, pero siempre se olvidaban de comprar uno, a Katrin no le preocupaba porque ella vivía sin ataduras horarias, bueno, no totalmente pero hacía lo posible, no era fácil desentenderse del reloj teniendo hijos, los hijos y los relojes en una ciudad están aferrados en una simbiosis indestructible.

Caminó hasta la “cueva” para buscar su reloj pulsera, no lo había dejado allí, hacía al menos dos días que no entraba al cuarto, evidentemente había sentido necesidad de espiarla, ... la computadora, esperaba descansar todo el día domingo sin prenderla, sin acercarse a ella, últimamente le estaba resultando un conflicto, ¿era su amiga? Imaginaba que tenía la misma sensación que un espadachín frente a su florete. Amaba esa máquina y lo que ella representaba, la amaba locamente pero a la vez era causa de problemas. Si encendía la PC solo descubriría mensajes con ineludibles pedidos que no podría responder. Ya no quería responderlos.

Se alejó de la máquina con pasos vacilantes, ... debía atender a sus otros hijos.

* * * * *

Sin duda Gail era una serpiente, trataba de hipnotizarlo y arrastrarlo a su madriguera, ... pero Moloch conocía las artes oscuras que predecían el movimiento en la red. A Moloch no se lo engañaba.

Debía reconocer que era una buena trampa, ... y bien presentada, con un casi indetectable disfraz de naturalidad. Una puerta abierta en el propio sistema del GCIC. Evidentemente no había querido exponer a un cliente al improbable pero no imposible fallo en una trampa para cazarlo. Podría haberlo hecho y nadie se hubiera enterado, resultaría más creíble encontrar un hueco en algún banco o entidad gubernamental...no en el GCIC. Pero la prudencia y sagrada responsabilidad de la hermosa Gail Preston no permitían una jugada tan sucia, un error en el cálculo podía llevarla a su ruina profesional, ... y se estaba arriesgando solo para atraparlo. ¿Qué le había hecho él? ¿Por qué demonios lo odiaba tanto? ¿Llegaba tan lejos su deber místico de capturar a los malvados violadores de las redes? ¿O era la necesidad de medirse con él la que lo llevaba a tan alocada quimera? ¿Arriesgar la seguridad del GCIC en esto? No creía que los directivos estuvieran al tanto.

Era como la billetera en el piso en medio de una calle oscura, ¿tomarla,

salir corriendo, o ambas cosas?

Había que darle una lección, a ella y a los hackers babosos vulnerables a la infinita belleza de la Preston. Parecían acudir a ella como las moscas a posarse sobre los dulces pétalos de las plantas carnívoras.

Entrar a la máquina de aquella bruja era un bocado demasiado sabroso que todos querían comer, ... no debía caer en la tentación si era un poco inteligente. Buscó la manera de aprovechar el agujero sin exponerse, sabía que llegaría a la base de datos de la organización sin usar una sola clave invirtiendo a lo sumo media hora, pero allí estaría Gail agazapada, monitoreando sus movimientos, podría atacar la página Web, claro que era una migaja en comparación con el daño que causaría alterar los códigos fuentes de las aplicaciones o meter un virus que destruyera los backups.

La zorra le habría la puerta de su casa, ... era una desgracia para el ladrón compulsivo, ... se mantendría lejos.

Ella había descubierto la metodología del último ataque, y preparaba un cebo parecido en su propia red. La idea era que él pensara que así como se habían descuidado con el banco, de la misma forma estaba descuidado el GCIC, y que no habían tapado el agujero porque aún no sabían de su existencia y todavía no había descubierto como él se había metido en la base de datos del banco.

Si entraba iba a rastrearlo, como un epidemiólogo persigue al portador de ébola, Gail era famosa por su programa trazador de ruta heurístico, se guiaba en base a probabilidad más que a datos exactos utilizando inteligencia artificial y por eso surcaba la red a más velocidad que un trazador común, llegaría a averiguar el IP de la máquina del atacante con una probabilidad de identificación de un setenta y cinco por ciento. Si él estuviera en otro país o al menos en otra ciudad no tendría inconveniente en meterse en la red, destruirla rápidamente y desaparecer antes de que la policía local lo rodeara. Pero en su propia ciudad no debía arriesgarse, la identificación se reduciría a los habitantes de la misma y su nombre saltaría entre los primeros diez sospechosos.

Sin embargo tenía ganas de destruir, una necesidad compulsiva a escupir en el rostro de la perra cazadora de hackers. Alguien debía hacerlo. Alguien debía poner las cosas en su lugar.

Hermann no conocía exactamente el funcionamiento del programa de Gail, pero había minado los principales servidores de Internet que convergían en nodos alemanes, si sus programas detectaban actividad sospechosa en los nodos hacían sonar una alarma en su PC pidiendo una inmediata desactivación. Tenía tres filas de servidores a su servicio, apostados como soldados centinelas que cubrían por zonas, uno detrás de otro la intrusión del autómatasabueso de Gail.

Ya había lanzado sus perros dos veces y en ambas lo detectó la segunda fila de guardias de seguridad, en ambos embates el programa de Gail se había perdido en las puertas de entrada a Alemania, con lo cual ella se habría hecho la idea de su nacionalidad, pero no tenía noción de cual ciudad y ese era el secreto de su permanencia lejos de la cárcel.

Había algo que podía hacer con la velocidad suficiente para ser indetectable, alterar el servidor de mails para que cada sujeto de la organización recibiera un mensaje, el mensaje tendría que contar lo arriesgada que era la leona líder de la manada al permitirle la visita a un extraño. Seguramente rompía con todas las normas de seguridad internas y se armaría un revuelo en la cúpula directiva, sermonearían a Gail y quizás hasta la despidieran.

Un mundo sin Gail no sería nada triste.

Escribió el mensaje antes de entrar, ... atacar el servidor le llevó menos tiempo de lo pensado, sonreía alegremente mientras lo hacía, evitar las zonas peligrosas para atacar el flanco descuidado aunque no tan importante era un paso sin duda inteligente. Al terminar de enviar los mensajes su pantalla cambió de color... rojo. ¡Tercera fila de centinelas! ¡Lo habían descubierto!

* * * * *

En las películas que solía ver en su infancia, los indios lograban llevar al séptimo de caballería hasta una trampa perfecta, una bahía circular de llanura y montañas que terminaba con el general Custer y sus valientes hombres. Bueno, era sabido que las cosas no sucedían como en las películas, su presa había escapado, pero había conseguido un buen dato de todas maneras, sabía la probable ciudad de residencia de Moloch, con ese dato llegar hasta él ya no era algo utópico.

Moloch había apagado la computadora justo a tiempo, tal vez con cinco segundos más el programa ruteador habría encontrado el punto final y la policía le habría caído encima como un piano en la cabeza.

No creía que nadie chequeara mail a esa hora de la noche, entraría al servidor y eliminaría el mensaje de Moloch.

Gail ató su cabello con un elástico que solía usar cuando estaba sola en casa, y se masajeó los pies presionando la planta con los pulgares, habían sido cuatro horas de espera desde que tendió la trampa, sabía la hora que Moloch habitualmente merodeaba la red así que había calculado, era el tercer día que la activaba durante seis horas por la noche, en el living de su casa, con los sillones como únicos testigos para darle apoyo. Dormirse era perder, Moloch solo entraría durante un par de minutos, ir a la cocina a servirse un té podría ser

motivo para tirar todo por la borda, por eso tenía un termo con agua caliente al lado de su silla, mientras no le quitaba la vista al monitor de la PC. Ahora llevaba la felicidad del piloto que hace el mejor tiempo antes de la carrera, pero le ardía la vista al punto de llorar. Faltaba poco para volver a dormir, con los ojos entrecerrados vio su rostro reflejado en el filtro del monitor al aparecer el programa protector de pantalla. Estaba desalineada, acurrucada en la silla con las piernas cruzadas hechas un nudo, el pijama le quedaba grande, era el único recuerdo que conservaba de Joe. Solo porque era agradable para dormir. ¿Qué dirían ahora sus encendidos admiradores al verla así, los ojos hinchados y sin pintura con un pijama demasiado ancho, y el cabello mal atado con mechones cayendo sobre los ojos?

Lo había pescado por la retaguardia, como Caballo Loco, y había dado un buen golpe. Se moría por contarle a Saro.

* * * * *

No tuvo que trabajar mucho en el armado de las valijas, siempre estaban a medio preparar, los períodos de descanso de Mark eran tan cortos que no valía la pena vaciar totalmente el equipaje, por ejemplo: el equipo para afeitarse, la pasta y cepillo de dientes, la ropa interior sin uso, el pasaporte, los cheques de viajero, las toallas, la pipa, el tabaco, los pañuelos que usaba para cubrir su cabeza al estilo pirata cuando estaba en un lugar informal, unos pocos dólares escondidos en un bolsillo de doble fondo (solo los suficientes para tener algo de efectivo, en realidad solía manejarse con tarjeta de crédito), el desodorante, el talco para pies, y algunas otras cosas típicas del viajante.

Después de leer el mail de Daniel había decidido adelantar el viaje a Chile, si MARYN comenzaba una matanza de Hackers él sería el primero en caer por ser el más popular y por añadidura el más peligroso por los contactos con los medios de comunicación. Podía dar difusión a los apuntes de Páez, pero ¿que ganaría con eso? No tenía prueba de delito alguno, solo la sospecha de un auditor muerto y de su hijo de la existencia de una trampa en el software de seguridad que ellos producen y comercializan. Claro que un rumor podía dañar a MARYN, pero no sería justo ni lógico enlodar a alguien sin una certeza. Lo haría de todas formas si descubría que MARYN estaba detrás del asesinato a Robert Coogan, si atacarlos era la única forma de defenderse no dudaría en hacerlo, pero una acusación de ese tipo a una compañía multimillonaria podía acarrearle implicancias legales no solo a él, sino al joven Daniel Páez.

Tomar distancia era lo mejor, en Chicago era un espejo al rayo del sol para cualquier criminal que no fuera ciego.

El cadáver de Robert no había entrado a la morgue sino que había sido entregado directamente a sus familiares, pero Mark había encontrado un registro de la muerte en los archivos de una casa mortuoria de la ciudad, la causa de fallecimiento era paro cardíaco, algo inusual en un muchacho de treinta años, y alarmante si se recordaba que Adrián Páez había muerto de forma similar.

Estaba esperando el mensaje de Fermat que le aportara algo de rigor científico a la sospecha, la decodificación de los datos de Páez podía ser de vital importancia para lanzarse de cabeza a la batalla. Se llevaba su computadora portátil para chequear mensaje a intervalos regulares, sabía que Fermat no tenía acceso a computadoras pero le debían algunos favores, así que podía pasarle a alguien un mensaje y una dirección de mail para generar la respuesta.

No se quedaría en Santiago, buscaría en Chile una ciudad lo suficientemente grande para ser discreta pero no se hospedaría en el mismo lugar donde se realizaría la conferencia, debía extremar las precauciones, otra vez estaba en el ojo de la tormenta, y no sabía cual era la dimensión de la misma.

* * * * *

El verde del parque le hacía recordar a las publicidades televisivas donde un auto reluciente con un conductor con aires de adinerado aferraba con liviandad el volante deportivo mientras dedicaba unos pocos segundos a admirar las viñas y las casas en las colinas de la campiña francesa.

Angie no vivía en Francia, pero sí en una casa en una colina en un exclusivo y casi desconocido poblado de los EEUU, con un desfiladero cerca y un parque tan inmenso y parejo que sería la envidia del mismo Tiger Woods.

El parque no estaba delimitado por ninguna cerca, sencillamente porque no había vecinos a menos de seiscientos metros de distancia y una loma con aspecto un poco más árido que su parque pero aún con una tonalidad que no desentonaba en el conjunto de verdes del paisaje ocultaba de la vista las viviendas más cercanas.

La casa y casi la totalidad de los muebles estaban igual que como los había dejado su madre antes de morir. No la había disfrutado los últimos dos años que prácticamente había residido en la clínica más renombrada de la zona y por qué no del país dentro de las especializadas en cáncer.

Su padre había muerto cuando ella tenía doce y la casa ya había sido comprada aunque no la usaban como residencia sino para pasar fines de semana, el éxito económico de su familia se había desarrollado al apostar fuerte en la bolsa de valores, que ella recordara Wall Street era el hogar desde que tenía uso de razón y hasta la mediana infancia. Luego su padre abandonó la locura de la

compra/venta de acciones para dedicarse a mantener la fortuna y administrarla sin recibir demasiados datos del mundo bursátil. No fue una decisión suya en realidad, la tomó su esposa y el médico que lo atendía por un problema coronario.

Pero el hecho era que la casa se veía imponente en la cumbre de la loma, con sus columnas al frente y las salas con amplios ventanales de vidrio, era larga y presentaba las doce habitaciones de la única planta casi en una hilera, comunicadas por un pasillo interno y por supuesto por el camino que bordeaba el jardín. El parque estaba a unos metros, separado por otro camino, este no de baldosas rústicas sino de polvo de ladrillo.

Angie se había sentado en la hamaca individual que colgaba del árbol más robusto de la loma luego de leer el mail de Daniel, pensando cómo a veces las cosas se complicaban al acercarse a un objetivo, solía pasarle cuando estaba a punto de terminar un programa que aparecía una situación no relevada (nunca comentada por el cliente e inexistente en la cabeza del analista de sistemas) que desbarataba el diseño.

Su padre había muerto de un problema cardíaco, al igual que el padre de Daniel y que Robert Coogan. Claro que lo de su padre había sido natural. Bueno quién podría saberlo, había gente en las calles mezclada entre los ciudadanos honestos pero armada y con instrucciones de asesinar a ciertas personas.

Y si tenían forma de matar haciendo parecer una muerte natural, ... ¿qué muerte podía estar libre de sospecha? Después de todo el cuerpo humano era extremadamente fácil de dañar, demasiado vulnerable.

Desde la hamaca podía ver el piano que su padre tocaba, ella jamás había podido arrancarle una nota pero lo conservaba casi con veneración. Matt a veces, contadas veces se sentaba a azotarlo un rato con sus manos torpes, él se divertía y arrancaba algunos sonidos, pero era solo un golpe molesto a cualquiera con algo de oído musical. Siempre reconfortaba la presencia de Matt en la casa, de otra forma se sentía muy sola... no es que estuviera literalmente sola pues desfilaban hora tras hora el limpiador de piletas, el controlador de plagas, el personal de mantenimiento del barrio, los inspectores de seguridad (que siempre sobrevolaban la loma con un helicóptero azul) las mujeres de la limpieza, el jardinero, los cadetes del supermercado, etc. No tenía tiempo para estar completamente sola durante el día pero si lo estaba por las noches que no se quedaba Matt.

Además durante el día trabajaba, o al menos intentaba hacerlo, hacía unos años, luego de sus problemas con la CIA, había decidido fundar una compañía de seguridad informática, pero llevaba demasiado esfuerzo mantenerla

y además ella no tenía justamente una clara vocación a la seguridad sino más bien al robo de datos, al hacking, a la intrusión, a la intromisión de sus sentidos en la intimidad ajena. Incluso había puesto una oficina en un lugar céntrico aunque luego decidió que no quería esa vida, ahora prefería trabajar para Matt, era más tranquilo, no consumía mucho de su tiempo, no necesitaba moverse de su casa, y sin duda era más excitante. Matt le hacía saborear el riesgo, ¿o bastaba su sola presencia para hacerla sentir así?

El sol estaba muy fuerte para nadar en la pileta, sentía no tener sobrinos o hijos que pudieran disfrutar la casa, cuando tuviera su primer hijo, que sin duda sería varón, pondría juegos de plaza cerca de la hamaca, un tobogán... colgaría un aro de basquet y agregaría un trampolín en la parte honda de la pileta. Le enseñaría a nadar casi de bebé. Sabía que había lugares especiales para enseñar a los niños recién nacidos y que aprendían muy fácilmente.

Tenía los dedos anudados... estaba tensa, nerviosa. Hacía un esfuerzo por relajarse pero tenía una extraña sensación... Nacaals estaba en una situación especial, Nacaals estaba alerta. El problema de Daniel se había enquistado dentro de ellos y amenazaba con quedarse y dañarlos. Todos sabían eso, sin embargo lo aceptaban como una responsabilidad. Había tratado de investigar algo más de MARYN, las siglas no significaban nada particular, pero se autodefinían como empresa para el desarrollo de armamento no convencional para defensa de los países, o algo similar. Sabía que los EEUU le habían comprado sistemas para dispersión de multitudes porque estaba escrita dicha compra en los archivos de FBI. Y los militares mencionaban a MARYN como proveedora de armamento no convencional aunque no especificaban, de todas formas en el mismo texto se hablaba de cañones de sonido, luces estroboscópicas, y robots miniaturas como parte del sistema de información para el soldado del futuro. No tenía muchos más datos por ahora pero sí la impresión de que trataban con una empresa sucia, con dinero, respaldo político y un poderío bélico que Nacaals no estaba acostumbrado a enfrentar.

Y no debía hacerlo.

Esta vez presionó el timbre de la casa con intenciones de no soltarlo hasta que alguien abriera la puerta, no le bastaba la respuesta de su suegra desde el balcón, quería a alguien cara a cara, quería a su esposa frente a él otra vez.

El timbre sonaba agudo y largo, como el alarido de un pájaro en agonía, como el aullido que hubiera graznado su alma si pudiera expresarse,

tenía los ojos húmedos y los músculos contraídos, cerró el puño y golpeó la puerta para acompañar el sonido del timbre, la madera vibró a cada golpe, cinco ... seis ... siete.

– ¡Gina! –gritó a toda voz– ¡Gina! ¡Necesitamos hablar!

La puerta de madera maciza y oscura se quejaba a cada puñetazo de Fabio, hasta parecía estar a punto de ceder, los golpes azotaban la puerta con furia... y parecían no tener pausa ni fin.

– ¿Qué pasa?

El grito era de un hombre en una ventana en la vereda de enfrente, Fabio no detuvo los golpes pero sí soltó el timbre distraído por la intromisión.

– ¿Por qué mierda no se mete a su casa? –lo desafió desviando apenas la vista.

– ¡Va a tirar la puerta abajo! –advirtió alguien de adentro, era la voz del padre de Gina que minutos antes había amenazado con llamar a la policía, pero no iba a llamarla, Paolo Di Lacio no enredaba a la policía en sus asuntos personales, era de los que preferían arreglar los problemas personalmente, si no tuviera la cabeza tan hueca probablemente lo hubieran aceptado en la Cosa Nostra, Fabio estaba seguro de que era una de las grandes frustraciones de su vida.

Varias luces en las ventanas de la calle se encendieron, algunos vociferaban calentando aún más el ambiente, los vecinos estaban despiertos a las tres de la mañana, no entendía qué hacían despiertos a esa hora.

– ¡Gina!, voy a entrar como sea –amenazó– quiero verte ahora.

Una voz temblorosa pero visiblemente enojada aulló tras la puerta.

– ¿Estas borracho desgraciado?

¿Desgraciado? ¿Gina lo había llamado desgraciado? ¿A él que le había entregado tantas horas de su vida? Además no estaba borracho, había tomado un par de copas antes de salir, pero él sabía tomar, el alcohol no lo mareaba.

– No –tronó su voz–. Quiero verte.

– No abras –se escuchó que alguien le indicaba a Gina, era una voz joven que Fabio identificó como la de la hermana menor, el picaporte se movió un poco y se escuchó ruido de llaves.

– ¡Cállese, es tarde! –gritó una señora a dos casas de distancia, el hombre en la puerta la ignoró, había dejado de golpear y estaba atento a los ruidos en el interior de la casa.

Esperaba ver a Gina, sin embargo todo lo que asomó por la puerta entreabierta fue el caño de una escopeta que llevaba dos décadas arriba de un placard, los brazos anchos de su suegro y su mirada hosca estaban detrás del ella, más protegiéndose que amenazándolo.

Gina gritaba que no disparara, pero el padre no iba a hacerlo, simplemente trataba de asustarlo, al menos eso le pareció a Fabio que manoteó la escopeta por la punta y elevó la mira al techo de la habitación, empujó a su suegro quien tropezó pero no perdió el equilibrio, estaba en el living, con la escopeta ceñida en la mano y buscando la mirada de su esposa, ella tomaba a su padre de los hombros para evitar una pelea mientras sacudía los brazos para librarse de las uñas clavadas de su hermana que chillaba como una rata.

El puño cerrado de Fabio dio de lleno en la mano de su suegro quien soltó la culata de la escopeta profiriendo una maldición, intentó abalanzarse sobre su agresor pero Gina se interpuso entre los dos hombres, una silla arrastró la mesa y luego cayó y rebotó contra el piso, el ballenato que era la madre de Gina tenía los brazos abiertos mientras repetía el nombre de su esposo, debería echar agua por la cabeza, pensó Fabio.

– ¡Basta! –gritó Gina enardecida, Fabio estaba parado junto a la puerta abierta y parecía más aplacado, pero su padre le hacía peso sobre la espalda– ¿Qué carajo haces acá a esta hora, me puedes explicar?

Tenía los ojos hinchados porque evidentemente estaba acostada cuando él llamó a la puerta, llevaba puesto un camisón sin corpiño que traslucía sus pezones, a Fabio le pareció la criatura más hermosa del universo y deseó levantarla en andas y llevarla a su casa, a su cama, y hacerle el amor como a ella le gustaba, muy despacio y durante mucho tiempo.

La madre en cambio tenía una bata y la hermana que aún gritaba estaba en bombacha y corpiño, el padre estaba descalzo, en calzoncillo y camisetas e intentaba evadir las garras de su hija para atacarlo.

– Tenemos que hablar –dijo él, pero su tono se había quietado un poco, casi estaba por abrir su puño cerrado para ofrecer su palma abierta cuando el padre safó por el costado izquierdo, Fabio se cubrió de un golpe con la mano libre mientras luchaba por sostener la escopeta que su suegra trataba de arrebatarle, la apartó con un codazo en la frente que la obligó a sentarse contra la pared. El padre lo atacó nuevamente lanzándole un golpe entre los brazos de Gina, Fabio retrocedió un paso para esquivarlo y alejarse del hombre.

La ballena sentada en el piso podía haberse confundido con los puff que se colocan para completar los juegos de sillones, en la bata tenía más tela que en los pesados cortinados que estaban a su espalda, no entendía como Di Lacio no la vio, le aplastó una pierna con sus pies descalzos de pezuñas negras y duras como madera petrificada. La gente podía cegarse en situaciones de violencia, a él también le pasaba algunas veces, pero no pudo contener la sonrisa al ver el gesto furibundo de su suegra quien hubiera estrangulado al esposo de tenerlo al alcance de sus flácidos brazos.

– Basta –chilló la hermana de Gina, creyendo que alguien la escuchaba o que alguien iba a tener en cuenta su opinión, ella no era parte del elenco estelar, nadie lo era salvo él y Gina. Necesitaban un poco de intimidad.

– Vamos a hablar en casa –dijo él.

Ella no respondió, solo lo miró atónita con la boca entreabierta, mientras la vista se dirigió a sus ojos, luego a la escopeta y nuevamente a sus ojos, Fabio amplió la sonrisa y eso pareció molestarle aún más, pero había acaparado su atención, ahora se comunicaban silenciosamente y los otros ya no podían influir, nadie podía cortar esa transmisión.

– No esperaba esto –aseguró ella enfrentándolo con sus cabellos alborotados y sus pechos firmes, Fabio podía haberse arrodillado en ese momento y rodear su cintura con los brazos, besándole el ombligo a través del camión y no soltarla hasta sacarle una promesa de volver. Lo habría hecho si Paolo no lo golpeaba tan fuerte como lo hizo, lo alcanzó a la altura de la sien con algo metálico... ¿con qué le había pegado? Giró involuntariamente la cabeza y retrocedió dos pasos por el empujón... se agarró al marco de la puerta de entrada con la única mano libre... en el piso había un cenicero que solía estar sobre la mesa de la sala, era de metal macizo y estaba hecho con el rulemán de alguna máquina gigantesca que no alcanzaba a determinar. Gina había gritado mitad por sorpresa y mitad por protegerlo, ahora se había vuelto a su padre para sosegar el ataque, Fabio notó la cara caliente desde la frente hasta el pómulo derecho, se llevó una mano al rostro pero no había sangre, lo hizo una vez más para constatar la veracidad de la ausencia de heridas. El ballenato con bata rosa apenas comenzaba a recobrar la vertical, parecía demasiado ocupada en equilibrar la grasa de su cuerpo apoyándose en la hermana de Gina quien prestaba más atención a los breteles de su corpiño que se empecinaban en bajarse que en servirle de apoyo a su madre. No supo bien quién de las dos dio el empujón final que lo sacó de la casa, pero vio a Paolo manotear la puerta para cerrarla con un estampido.

Se quedó parado frente a la puerta esperando que Gina saliera a hablar con él, notó que aún conservaba la escopeta en la mano, al menos una decena de vecinos estaban reunidos a dos metros de él, habían estado más cerca antes pero se fueron alejando cuando vieron el arma, ninguno gritaba ahora y todos, absolutamente todos estaban con ropa de cama, tapando su boca con una mano para no gritar, estaba alarmados, pero la curiosidad era más fuerte que el miedo, se quedarían ahí hasta que todo hubiera acabado.

– Mi esposa está adentro –explicó arrepintiéndose al instante, no debía aclaraciones a nadie.

Adentro seguían los gritos, los más fuertes eran del gordo ballenato

rosa.

Fabio empuñó el arma apoyando la culata de madera contra su cadera derecha y acercando el dedo al gatillo.

– ¡Si no salís voy a disparar a la cerradura! –se quedó pensando un instante su amenaza, no sabía si iba a cumplirla, no pensaba hacerlo antes de decirlo, pero tal vez la idea no fuera tan mala, tal vez debía disparar a la puerta y llevarse a su mujer a punta de cañón.

La puerta se abrió y apareció ella bajo el marco, avanzó hasta el umbral y la cerró tras su espalda, tenía las llaves en la mano para volver a entrar, extendió la palma de la mano izquierda para que él le entregara el arma.

Se la acercó muy lentamente, ofreciéndole el doble caño grueso y oxidado en algunos bordes, la obligó a inclinarse para tomarla, y así poder observarla en todo su esplendor, sus ojos se habían abierto ahora y la luz de la entrada hacía traslucir sus piernas en la penumbra, luego la sombra oscura de los vellos del pubis acapararon su atención, absorbiendo los últimos vestigios de su agresividad, ya no quería discutir, solo quería llevarla a casa.

– Te amo –le dijo.

Ella luchó por mantener su rostro impassible pero la vista se le empañó y sus labios se arquearon apenas en el costado izquierdo de la cara, era un gesto que se repetía en cada una de las peleas.

– Mentira –dijo– solo te amás a vos mismo –giró hacia la casa.

– ¡Gina! –dijo él avanzando hacia ella.

– ¡No hay lugar para mi! –profirió–. Ocupás todo el espacio y tiempo de tu vida, yo no soy más importante que un estúpido juguete.

– ¡Gina! ¡Por Dios! ... te necesito, no puedo seguir sin vos –inclinó la cabeza a un costado y abrió las palmas hacia ella– necesito tenerte.

– Quería un esposo, no al maldito barón Frankenstein –gritó– tus monstruos caminan por la mi casa con más derecho que yo. Necesito amor, necesito una vida social, no puedo ...

– No –la interrumpió– eso ya acabó.

– ... vivir con tu ausencia. Prefiero vivir sola. Y no digas que no va a pasar porque siempre vas a ser igual, no necesito a un genio como esposo, solo a alguien que me quiera y me acompañe, alguien con quien se pueda hablar y alguien con quien dormir de noche.

Otra vez se dirigió hacia la puerta pero esta vez no se detuvo, parecía querer enseñarle el trasero del cual tenía que olvidarse, desapareció sin voltearse a verlo como si corriera el riesgo de convertirse en estatua de sal, la escuchó cerrar la puerta con llave en las dos cerraduras.

Fabio se sentó en los escalones del frente, desde el jardín de la casa de

al lado llegaba olor a jazmines, los vecinos seguían ahí, viendo su derrota con cierta aprobación, las luces de las ventanas de la casa de Gina tardaron en apagarse, tal vez media hora, los vecinos fueron más rápidos en volver a dormir, pero recién dos horas después de la discusión el barrio recobró la normalidad. Cuando los primeros trabajadores salieron para comenzar su día aún estaba ahí, con su mirada perdida en las ventanas, quienes habían presenciado el incidente nocturno sintieron algo de compasión por él, lo imaginaron recordando los mejores momentos con su esposa, pero nadie adivinó que en su mente solo estaba el circuito electrónico principal de la nave stealth, y el diseño del motor auxiliar para mejorar su desplazamiento en las profundidades marinas.

CAPITULO XXIV

En realidad siempre había detestado los libros, que él tuviera un doctorado en matemáticas no indicaba que le gustara leer, le atraía sumergirse en los problemas prácticos que a partir del estudio de la matemática y la lógica podían plantearse, pero no leer salvo que fuera inevitable, además sus temas de lectura eran invariablemente técnicos, jamás había leído entera una novela, ni siquiera se detenía a leer todo el periódico. Encerrado en la biblioteca de la cárcel se sentía como atrapado por el hastío, la monotonía y el aburrimiento lo amenazaba desde cada una de las páginas de cada uno de las decenas de miles de libros que se apostaban en las estanterías como custodios impávidos de una cultura ignota, esos libros tenían una misión, y era iluminar las mentes de los reclusos alfabetizados, iluminarla en el sentido pedagógico para las cosas que la humanidad consideraba buenas para ellos, no había encontrado la novela *Expreso de medianoche*, ni *Hannibal*, ni *Fuga de Alcatraz*. Ni siquiera pasaban películas como *Escape a la victoria*, *El gran escape*, *Escape en tren*, *Con Air*, *Condena brutal*, etc. Nada que tuviera que ver con cárceles, una vez pasaron *Cadenas calientes*, pero entró de contrabando y el guardia cobró para pasarla, lo suspendieron y no volvió a repetirse, la cárcel modelo de Fairbell tenía reputación de ser modeladora de personas, de trabajar para reinsertar a los convictos en la sociedad civilizada. Pero la cárcel modelo de Fairbell, más allá de lo que las autoridades dentro de su autismo (inocente o intencional) pensaran, estaba lejos de ser modelo de otra cosa que no fuera un nido de corrupción.

Podía explicarlo con un ejemplo que conocía bien, él mismo había entrado a la cárcel porque la Corte había considerado prudente poner a resguardo a los ciudadanos de los EEUU de la vileza de su intelecto, tal inexplicable maldad consistía en advertir a los gobiernos que si él podía descifrar sus algoritmos secretos de encriptación, alguien más podía hacerlo. Pero nadie debía cuestionar la aptitud profesional de las entidades gubernamentales que administraban los temas de seguridad nacional, al menos nadie que no deseara hospedarse algunos años en una habitación en suite con un compañero de doscientos quilos, de un soberano mal humor y propenso a descomponerse de los intestinos.

No le temía a George, así se llamaba su compañero de celda, porque George jamás le haría daño, no lo haría si no quería enemistarse con Bud

Thompson, el líder de la comunidad negra. Por supuesto nada era gratuito en ninguna parte del mundo y mucho menos en aquel reducto de alimañas, George le estaba haciendo un favor a Bud y tendría su beneplácito en algún momento, así funcionaban las relaciones sociales, en base a favores, no era normal escuchar órdenes de parte de nadie que no fuera guardia, simplemente se pedían favores, podías cumplirlos o no, y luego sufrir las consecuencias de ambas decisiones.

El líder de la comunidad negra era un hombre hábil, sabía rodearse de gente, algunos violentos que servían a fines intimidatorios, y otros que sabían aportarle conocimientos esenciales para alimentar su astucia y la visión del mundo de acuerdo a su especialidad, el asalto a bancos, o en realidad la organización y dirección de asaltos, porque que se supiera Bud Thompson jamás había portado armas ni participado de la parte operativa de ningún delito.

Había visto en Frank una importante fuente de información, y luego de exponerlo a cierta moderada violencia los primeros días, como para ablandar su posible resistencia y hacerle comprender la necesidad de un padrinazgo (lo habían golpeado muy duro en el estómago, tanto que había quedado en el piso del baño sin aire y sin posibilidad de hablar hasta que llegaron los guardias, sus primeras palabras fueron “me caí” a sabiendas que era la única respuesta viable en dichas condiciones y que una reacción delatora habría sido mal vista hasta por los mismos guardias) lo había reclutado para su asesoría personal, ese era el gran talento de Bud, entender cuáles eran las especialidades y la mejor área de rendimiento de cada individuo para poder aprovecharlo al máximo, habría sido un buen líder de haber tenido una jefatura en cualquier multinacional, estaba seguro que Bud no defraudaría a ningún gerente de zona.

La gente de Bud era de un variado espectro de especialidades, había estafadores finos, falsificadores, ladrones de cartera en los transportes públicos, ejecutivos con tendencia a quedarse con vueltos de las transacciones comerciales de su empresa... y muchos otros, el favorito era Jackson el especialista en alarmas computarizadas, era como parte de su familia cercana, Frank apenas tenía categoría de primo pero ganaba terreno a fuerza de explicarle a varios convictos en las reuniones que Bud organizaba, la forma en que funcionaban las redes de comunicación, y cómo sacar provecho de las debilidades de las mismas. La mayoría era de color, había pocos blancos bajo la protección de Bud, la pregunta es de qué se los protegía, obviamente también eran parte del grupo algunos criminales de poca monta pero con cierto sadismo ampliamente desarrollado (no había grandes criminales en la cárcel modelo de Fairbell) que tenían vía libre para molestar a los recién llegados o a cualquier persona que no tuviera lugar bajo el gran paraguas protector de Bud. Es decir para vender

protección había primero que crear la inseguridad, era una táctica muy vieja y muy usada en muchos lugares donde un grupo de poderosos puede ejercer su influencia sobre los desguarnecidos congéneres que tuvieran la mala suerte de tener que compartir parte de su vida cerca de ellos.

Frank Mc'Clane jamás había pensado en utilizar sus conocimientos en alguna actividad que resultara en daño para otras personas, sencillamente no estaba en su naturaleza, pero la naturaleza de Bud y sus secuaces era muy distinta, ellos no se detenían frente al sufrimiento ajeno, ellos no conocían prójimo en el sentido piadoso de la palabra, eso había ganado el Estado al meterlo en una cueva de delincuentes, había logrado que Frank tuviera que negociar con su conocimiento para mantener la salud y que tuviera que capacitar a gente que no dudaría en utilizar lo aprendido en cualquier crimen que llenara sus bolsillos, algunas veces pensaba que cuando lograra salir en libertad un día iba a recibir una visita en nombre de Bud, para que lo ayudara con algún problema y le devolviera uno de los tantos favores que le debía.

¿Tu culo estuvo a salvo, verdad sifón? En la cárcel lo llamaban sifón haciendo referencia a lo largo de su nariz, a Frank no le molestaba el apodo, es decir era lo que menos le molestaba de todo, había tomado las cosas como volver a la escuela secundaria en el pueblucho del sur donde había crecido, allí un mexicano que le sacaba dos cabezas se había empeinado en arruinarle la adolescencia con bastante éxito, y le había propinado las peores palizas de su vida, haciendo que la recepción orquestada por Bud fuera apenas un juego de amigotes. Pero era verdad que su culo seguía a salvo, lo había salvado del mexicano y ahora lo venía salvando de los degenerados de Fairbell... si lograba mantenerlo virgen hasta cumplir la condena se consideraría orgulloso mitad por su astucia mitad por su fortuna, así que no iba a sentir remordimientos por aleccionar en el crimen informático a una banda de sanguijuelas de la sociedad, su culo era la gema más valiosa y lo debía portar todo el tiempo, era como llevar un collar de diamantes pegado al cuello, no había posibilidad de guardarlo en una caja fuerte, debía pasearlo y exponerlo a las bestias codiciosas, según él, el culo de una mujer habría sido menos admirado, parecía que les gustaban más los flacuchos desgarbados con nariz grande, cada tanto se lo tocaban en el comedor, como para que supiera que era apetitoso, que no se habían olvidado de él, y que sin la protección de Bud iban a convertirlo en la hembra de la manada. La reacción de Frank era apurar el paso y cubrir la espalda de su camisa con pequeñas manchas de sudor, no había otra reacción posible, si les faltaba el respeto con un insulto tal vez ni Bud podría detenerlos, en sus peores pesadillas Bud le explicaba con un tono apacible: Te pasaste de la raya, Sifón, ya no puedo protegerte.

Limpiaba el piso con un estropajo, no le gustaba hacerlo pero era su responsabilidad además de mantener un inventario perfecto de los libros, a veces el guardia Daysinger estaba aburrido y le gustaba controlar el inventario, solo para disfrutar la cara de preocupación de Frank mientras él hacía el conteo.

El salón al que llamaban biblioteca (aunque un coleccionista particular podía reunir más libros que los que tenía la cárcel de Fairbell) era demasiado amplio y de techos bien altos, tanto que las inmensas escaleras que utilizaba para acomodar los libros en los estantes ni siquiera lograban alcanzar la mitad de la distancia a las cañerías que pasaban a centímetros del techo. Había cierta resonancia en el lugar, un poco causada por la soledad, era difícil ver reclusos leyendo en el recinto, algunos venían a buscar libros pero la mayoría venía por revistas y se las llevaban a leer a la celda, Daysinger chequeaba que solo se llevaran una y Frank anotaba en un gran libro de tapa dura cubierto con el mismo forro azul con dibujos de tela de araña que recordaba de su infancia. Una vez Daysinger (estaba seguro que había sido él) le había escondido el libro y lo había amenazado con trasladarlo a la lavandería si no lo recuperaba, la lavandería no era un buen lugar, solían golpear a los más lentos con toallas mojadas, el libro estaba en una bolsa y dentro de un depósito de inodoro, fue milagro que pudiera encontrarlo antes de que Daysinger corriera la voz de la pérdida a sus superiores.

Pero Daysinger no estaba ahora, a veces salía por un café, pero nunca tardaba más de cinco minutos, al guardia le gustaba la biblioteca por el mismo motivo que a Frank, era el lugar más tranquilo de toda la penitenciaría .

Pasó el estropajo en los bordes de las paredes, estaban pintadas de verde oscuro en pintura acrílica hasta un metro de altura y luego cambiaban a natural, y como la última pintada tenía más de diez años estaba descascarada y se caía con el roce, algunos presos escupían en el piso, nada más que para darle algo que hacer a Frank, nada personal, pero era la forma de convivencia en Fairbell, voy a molestarte todo lo que pueda simplemente porque se me da la gana. Cuando quieras que deje de hacerlo hablemos y tal vez negociemos algo. En la cárcel había aprendido la cantidad de bienes negociables que había cuando no existía la moneda, empezando por la violencia y todo aquello que causara dolor o satisfacción, lo bueno y lo malo era susceptible a ser comercializado.

A pesar de lo que Frank había pensado antes de ingresar por primera vez a la biblioteca, no había computadora allí, y era por eso que lo habían mandado, había una recomendación del juez (llamaban así a las órdenes directas) de mantenerlo lejos de los equipos informáticos, pero resultó que tenían una arrumbada en el taller mecánico donde trabajaban algunos de los amigos de Bud, estaba supuestamente rota pero le facilitaron lo necesario para reconstruirla:

soldador y estaño. Había reparado todo (monitor VGA monocromo y placa de video) para hacer funcionar la vieja 486 sx, pero la máquina no tenía módem. Ahí entraba en acción Bud, consiguió un módem de 33.600 en dos semanas, y lo pusieron en funcionamiento de inmediato, llegaba una línea de teléfono al taller así que no fue difícil empezar con las clases de piratería informática. Cuando terminaban las clases la máquina se desenchufaba, se llenaba de polvo y se arrumbaba en un rincón para que pareciera en desuso. Pero nunca lo dejaban solo con la computadora, siempre estaba rodeado de sus alumnos, alguno de los cuales se empeñaba en querer también hacer las veces de docente para los más retrasados. Recién el día anterior había podido enviar el mail a su amigo Mark, le había llevado cinco o seis horas con un cuaderno en su celda resolver la encriptación y obtener la clave, pero prefería tener cuidado con lo que los otros veían que él hacía, esperó un descuido de sus sombras para escribir rápidamente la clave de encriptación y mandarla, mientras lo hacía se le ocurrió que le estaba haciendo un favor a Mark e imaginó qué podía reclamar a cambio, luego se insultó a si mismo por tener un pensamiento tan ruin, no debía permitir que la condena cambiara su esencia, aunque sabía que no saldría siendo el mismo hombre que había entrado, al menos deseaba variar lo menos posible pues le gustaba como era antes de entrar.

Tenía un par de libros apilados en el mostrador, eran devoluciones que aún debía reponer en los estantes (siempre en el lugar según la nomenclatura adjunta en una etiqueta comida por las polillas) nunca los abría porque sospechaba que podían dejarle un “regalito” adentro, y no quería enterarse, no quería ver nada ofensivo ni asqueroso, no tenía ninguna necesidad de hacerlo, ni de sentir alguna humillación cuando alguien lo mirara fijo en el patio buscando un signo en su mirada para poder burlarse.

Los dos hombres que entraron bien podían ser de los que dejaban regalos en los libros, los que escupían el piso, o los que pegaban chicles rosas en las paredes como el que intentaba despegar ahora con el estropajo. Ambos eran negros pero uno más oscuro que otro, el más claro llevaba el cabello corto y dos aros en la oreja izquierda, el más oscuro era también más alto y llevaba la camisa abierta para lucir los pectorales, el cabello crespo le caía debajo de las orejas y Frank se preguntó cómo demonios aún no lo habían mandado a la peluquería, no se permitía el cabello tan largo en Fairbell, ni los guardias ni siquiera el alcalde llevaba el cabello con un largo que pudiera parecer desprolijo, instintivamente los ojos de Frank buscaron la silla donde Daysinger se sentaba a perder el tiempo leyendo revistas especializadas en armas y sucesos policiales sangrientos, Frank imaginaba que al guardia le daba lo mismo delinquir que cuidar reclusos, estaba allí para abusar del poco poder que su cargo le daba y maltratar a cuanta gente

podía para sentirse superior, como alternativa podría estar en la calle agazapado en la oscuridad esperando con su porra para golpear al transeúnte desavenido y hacerse con sus pocas monedas, Daysinger era guardia de penitenciaría por comodidad o por cobardía, pero ni remotamente por principios o vocación.

Daysinger no estaba en su silla, Frank no quiso mirar a los dos hombres a los ojos, sabía que lo estaban observando, caminaban lento en dirección a él, no directamente, simulaban mirar las estanterías con revistas pero el sentido común de Frank le dijo que esos hombres no solían leer libros ni mirar revistas que no fueran pornográficas, después de un tiempo en la biblioteca podía reconocer a los lectores, los aburridos, los apasionados, los investigadores, los inconstantes, ... pero estos dos no correspondían a ninguna clasificación posible, y no buscaban ninguna lectura.

Aferró con fuerza el palo del estropajo y los músculos se pusieron en tensión, buscó con la cabeza gacha y mirando de soslayo la posibilidad de escapatoria rumbo a la única puerta, pero sería correr directo a los brazos de ellos, era curioso, no lo había notado, pero la biblioteca era como un callejón, una trampa perfecta para atrapar una presa con el mínimo esfuerzo. Le puso tanto frenesí a la limpieza que logró despegar el chicle, simulando cierto descuido levantó la vista para observar a los intrusos, lo estaban mirando, al clavarles la vista detuvieron su marcha, no estaban serios sino burlones, con la gracia que trae estar a punto de devorar un buen plato, el más pequeño llevaba un rictus entre divertido y lunático, el grande estaba serio pero mostraba los dientes, no los mostraba sonriendo, sino amenazando, como un lobo a punto de atacar, Frank no los conocía, no los había visto jamás, estaba seguro que no eran de su sector, que eran bestias que habían volado de sus jaulas, o tal vez alguien les había abierto la puerta. ¿Quién? ¿Por qué? No podía tener idea, y aquella escoria embrutecida no tenía aspecto de ser muy comunicativos como para poder preguntarles.

¿Cuánto hacía que había desaparecido Daysinger? ¿diez minutos? ¿quince? Eso no tenía precedentes, y las casualidades eran infrecuentes en Fairbell, esos hombres buscaban algo y no iban a pedir permiso, y Daysinger estaría fumando en algún rincón, imaginando el desenlace.

– ¿Puedo ayudarlos? –fue lo mejor que se le ocurrió decir, para aliviar la tensión en el cruce de miradas, pero estaban parados como estatuas, con las rodillas apenas flexionadas indicando que iban a entrar en acción, solo se tomaban su tiempo para poder después recordarlo, para poder contar a sus compañeros lo que le habían hecho al pobre desgraciado narigón de la biblioteca, ¿pero qué le habían hecho? ¿de qué pensaban jactarse hoy durante la cena?

Frank agachó nuevamente su cabeza, retrocedió un paso y colocó el palo delante de él, lo apretó con tal fuerza que lo sintió doblarse entre sus manos, un molesto parpadeo comenzó a latir en su ojo izquierdo.

Un brillo asomó entre los dedos del negro grande, era un cuchillo artesanal, de esos que se logran luego de horas de frotar un trozo largo de metal con una piedra, un par de muescas creaban una suerte de dientes de serrucho pero solo por descuido del artesano, la luz se reflejó mejor cuando el hombre lo tomó por la empuñadura de tela y dejó ver un filo ancho y la terminación en una punta firme y delgada. El estómago de Frank dio un vuelco, como cuando el mexicano le tiraba con la gomera o cuando lo revolcaba en la tierra haciéndole probar el polvo, pero esta vez era peor, esta vez superaría todo porque nunca había enfrentado un cuchillo, ni una púa como la que llevaba el de los aros, era una herramienta similar a las que Frank recordaba del taller mecánico donde estaba la 486, un destornillador al cual le habían limado la punta, no era muy largo como para traspasar a una persona pero podían hacerle mucho daño con eso, no quiso pensar cuanto.

– Vamos –balbuceó y se sorprendió a si mismo al escucharse la voz quebrada, la garganta se le había cerrado como aquella vez que había aspirado polen para luego descubrir que era alérgico, o cuando era pequeño y quería llorar pero las lágrimas no brotaban, parecía querer llorar ahora otra vez, al menos era la sensación que le transmitía su faringe y el conducto respiratorio– ¿Cuál es el problema? –dijo, pero la palabra problema casi ni se escuchó, giró los ojos desorbitados mirando toda la biblioteca, los libros, la silla vacía de Daysinger, los pasillos húmedos recién trapeados entre las estanterías, retrocedió otros dos pasos aun a sabiendas que era un error, cada vez que retrocedía ellos ganaban terreno y lo cercaban más, ... el estropajo estaba apoyando contra el piso muy cerca del balde con agua, las manos de Frank comenzaron a hacer temblar el palo.

– No... no me hagan nada –suplicó casi para sí.

El negro de los aros avanzó por la derecha cerrando por completo su acceso a las estanterías, estaba a tres metros de él y se acercaba, los tacos de los zapatos retumbaban en el sacro silencio bibliotecario, Frank retrocedió más y halló la pared, levantó el palo unos centímetros tratando de escudarse más que de intimidar a sus atacantes.

El criminal de camisa abierta dibujó un semicírculo en el aire con la palma de su mano izquierda en claro ademán a su compañero, le pedía que avanzara y se lanzara sobre él, le pedía que lo asesinara, ... a sangre fría, ... sin negociación alguna, ... Frank se desesperó por preguntar porqué, qué les había hecho él, ¿Los había mandado Bud? ¿En qué se había equivocado para perder la

protección de su padrino? ¿A quién había ofendido? ¿Con quién había actuado mal? Esos hombres no tenían nada contra él, eran mandados por alguien, no los conocía, tal vez era un error... tal vez se habían equivocado de persona, estaban en una cárcel modelo, en las cárceles modelos no hay criminales peligrosos... quizás solo estaban alardeando... en esa cárcel no se mataba gente...

Abrió la boca para gritar pidiendo ayuda pero se dio cuenta que solo podía susurrar, solo murmurar tan bajo que los asesinos deberían acercar el oído a su boca para escucharlo. Juntó aire en los pulmones.

– ... Bud ... –la voz sonó como un ladrido pero era claramente entendible, los hombres se miraron con un guiño cómplice, no sabía si les había divertido lo que dijo o cómo lo dijo, pero rezó para que el nombre de Bud funcionara como si fuera agua bendita ante un poseído, ... Bud era su amigo, y nadie se metía con los amigos de Bud.

El de los aros era zurdo y esgrimía el punzón como un experto, con la displicencia de quien sabe lo que debe hacer, se acercó a un metro, flexionó sus rodillas y amagó un puntazo a los riñones de Frank que gimió de terror, azuzó el palo delante de la cara del criminal para ahuyentarlo como si fuera un perro hambriento, mientras lo veía sonreír con un placer morboso.

El más alto acertó la distancia dos pasos, Frank hiperquinético estaba agarrado al palo del estropajo como si fuera su tabla salvavidas, cuando el de los aros tomó el palo y lo bajó Frank continuó aferrado tirando para su lado para quedarse con su única arma, entonces sintió el golpe en la boca, fue como el azote de un látigo, el cuchillo cortó sus labios y el cartílago de la nariz con la dificultad con la que se corta el queso fresco, Frank aulló más de la impresión que del dolor, soltó el palo y se llevó las manos a la boca comprobando que donde antes había labio ahora estaban los dientes y las encías, chorreando sangre como una manguera de bombero, se le nubló la vista y luego se convirtió en una mancha roja, que corría por sus brazos y regaba el suelo de la biblioteca. Bajó la cabeza, la espalda, ... las piernas no pudieron sostenerlo y cayó de rodillas en el charco que empezaba a formar su propia sangre.

El segundo golpe fue en la espada, el punzón se enterró debajo del omóplato y esta vez sí el dolor fue desgarrador, Frank arqueó la espalda librando su cara y extendiendo los brazos hacia atrás, lo hizo con tal fuerza que el punzón se escapó del criminal y quedó un instante clavado hasta el mango en la espalda del matemático. Ahora pudo gritar, gritó de dolor y angustia, gritó de frustración e impotencia, gritó porque aún no había cumplido su paso en la vida, gritó porque supo que lo estaban matando.

Y el grito resonó en una biblioteca extrañamente vacía de gente, con la futilidad que tiene la palabra hablada frente a la escrita, sus palmas se apoyaron

en el piso mientras un hombre a su espalda luchaba por recuperar el arma enterrada en la carne, el cuchillo metálico se clavó de punta seccionando el músculo trapecio, gimió y trató de apartarlo con los brazos, el cuchillo artesanal se abrió paso en su cuerpo hasta chocar con las costillas, salió y volvió a entrar cerca del pulmón, Frank lanzó otro alarido, ... tal vez sea el último ... pensó, tal vez ya me maten de una vez y esto termine. Cayó de costado sobre el piso con olor al líquido desinfectante que hacía instantes le estaba pasando, cuando aún estaba vivo. El de los aros había recuperado el punzón y se lo enterró ahora en un riñón, Frank sintió un líquido caliente en sus piernas y no supo si era sangre o si se había orinado, gritaba pero ya más bajo, los asesinos jadeaban, como hienas peleando una presa, ... una mano grande le apretó el hombro desecho para darlo vuelta y dejarlo mirando hacia arriba, la sangre que llenaba su boca lo atragantó, inclinó la cabeza a un costado para vomitar sangre y algo del almuerzo.

Sintió el filo del metal abrir su estómago como si fuera una disección, una especie de autopsia en vida, ... el asesino insultaba, estaba totalmente cubierto de su sangre, tenía sangre hasta en los dientes ... ¿cómo había llegado la sangre a sus dientes? ¿lo había mordido?.

De haber podido hablar los habría insultado, y de haber podido pedir un deseo habría sido saber el por qué, ... el más chico aprisionó su cabeza entre las rodillas para mantenerlo quieto, otra vez la sangre llenó su garganta asfixiándolo, ya quedaba poco, ... el punzón se levantó para clavarse en la garganta, Frank no pensó en Mark, no pensó en la clave criptográfica que había mandado por mail, tampoco sabía nada de MARYN ni conocía a los integrantes de Nacaals, jamás se había enterado de lo que pasó en Magafield Data y jamás escuchó acerca de Adrián Páez.

Y nunca supo por qué murió.

CAPITULO XXV

La Samsonite estaba bastante pesada esta vez, pero que tuviera ruedas facilitaba el traslado, por primera vez pensó que había cargado demasiada ropa para el viaje al sur, la descargó del baúl con un esfuerzo y la valija rebotó contra el asfalto de la playa de estacionamiento, tomó el bolso de la notebook y se lo colgó del hombro izquierdo, cerró el baúl con suavidad y presionó el botón en el llavero que cerraba todas las puertas y activaba la alarma, el auto estaría por lo menos un par de semanas allí pero por las dudas había alquilado la cochera por un mes, arreglando que si lo retiraba antes le devolverían la diferencia. El estacionamiento no era muy amplio pero estaba prácticamente pegado al aeropuerto, Mark calculaba el tamaño de dos canchas de tenis puestas a continuación, con sus lados más cortos adyacentes, había columnas a la altura de los jueces y paredes de cemento en lugar de público, pero estaba bien, siempre había pensado que pondría un estacionamiento cuando se jubilara de su actividad, cuando dejara de girar por el mundo y desistiera de su lucha contra los grandes capitales que dirigían el destino de la humanidad, y que tejían los hilos más fuertes para la contención de las masas y la resignación de los pueblos arriándolos a un conformismo que los mantuviera lejos de toda posibilidad de rebeldía. Los ricos tenían sus esclavos, patrimonio del que nunca se habían desprendido, los habían tenido a lo largo de toda la historia hasta la actualidad y los seguirían teniendo, simplemente había que cambiar denominaciones, podían llamarlos empleados, políticos, funcionarios, empresarios, o gobiernos, todos y cada uno de ellos respondían a intereses de grandes capitales controlados por unos pocos, y esos pocos salvo excepciones eran siempre los mismos, los mismos apellidos a través de los años, los mismos poderosos tras la organización del hambre y la abundancia planetaria. Su participación en tamaña escala social era la de informar, se consideraba una especie de informador no periodístico, sus investigaciones no surgían de fuentes más allá que la de sus propios conocimientos y sus propias ideas, algunos lo tildaban de opinador profesional, sus detractores lo acusaban de vanidoso y farandulero, pero él tenía una misión, la cual se había adjudicado en el momento de darse cuenta que por ahora nadie más estaba dispuesto a llevarla adelante, y era la de despertar la mente de aquellos capaces de entender, aquellos con la inteligencia y la voluntad de comprender el papel de corderos que jugaban pastando en los campos de los

grandes terratenientes.

En Chile iba a hablar de eso, los chilenos habían vivido una época muy oscura con un gobierno de facto que durante años abusó del pueblo, aquel abuso era menos peligroso (aunque a muchos le cayera mal escucharlo) que el que sufría hoy el resto de la humanidad, porque este nuevo abuso era silencioso, lo suficientemente discreto para lograr sus propósitos sin encontrar resistencia, si se encuentra una fuerza opositora el régimen déspota empieza a ceder, consciente o inconscientemente, por eso era importante la rebelión, la queja, la acusación abierta y la convicción de la estafa mundial de la que los habitantes de la tierra estaban siendo víctimas. Había demasiadas cosas ocultas que los ciudadanos debían conocer, no importaba el origen del gobierno, los habitantes de una Nación pagaban impuestos para mantener a los funcionarios trabajando para ellos y tenían derecho a estar informados de todo lo que pasaba, así como el dueño de una compañía o la asamblea de accionistas, quiere y reclama informes acerca de la marcha de la empresa, cuáles son los planes a futuro, qué estamos haciendo ahora, para qué se usan los fondos recaudados, ¿para controlar a los dueños? ¿para explotar a los dueños? ¿para hambrearlos y violar sus derechos constitucionales? Bueno, algo estaba marchando mal entonces, si los funcionarios que presidían mentían a sus propios jefes (los habitantes) eran como el perro que muerde la mano que les da de comer, no había ni una pizca de lealtad, el pueblo merecía información acerca de todas las actividades de un Estado, el pueblo debía conocer para qué se había usado el dinero por el cual él no había podido desayunar todas las mañanas como le hubiera gustado. Libertad de Información, y la red era un arma letal para los gobernantes inescrupulosos.

Mientras la Samsonite saltaba entre las juntas del asfalto, Mark iba repasando el discurso para la conferencia de Chile, no sabía como reaccionaría el establishment local a sus acusaciones, pero necesitaba adeptos de todo el mundo para crear una fuerza opositora que convergiera en Internet, no estaba seguro de poder lograrlo pues la apatía de la gente era asombrosa y perfectamente trabajada por los poderosos, todo un mérito de quienes diseñaban las directivas, y bajaban líneas a los medios periodísticos de información.

Algún día alguien los iba a poder organizar lo suficiente como para implementar un control electrónico de los fondos del Estado, y un sistema de seguimiento informático de los proyectos nacionales, leyes tratadas en el congreso, patrimonio de cada uno de los legisladores y de sus parientes cercanos, algún día nada iba a escapar del gran ojo auditor de la gente, la justicia iba a funcionar a nivel internacional y a castigar a los corruptos, y el enriquecimiento ilícito sería parte de una historia inalcanzable.

Mientras tanto había que luchar, contra un enemigo personificado en

varios grupos multimillonarios con aliados de mil rostros, a veces se imaginaba al frente de aquella comunidad de control, pero no lo obsesionaba, también estaba preparado para delegar la responsabilidad en alguien más joven, y así descansar un tiempo, tal vez sus últimos años, entonces podría poner un estacionamiento y dedicarse a cuidarlo, quizás en las guardias nocturnas...

Ni siquiera se dio cuenta cuando el enemigo apoyó una mano en su hombro.

– Mark, casi no te encuentro –le dijo.

El hombre tenía la cara delgada y huesuda, con los pómulos anchos y el mentón agudo, el cabello era negro entrecano y llevaba una sonrisa amplia que desentonaba con lo que decía el resto del cuerpo, estaba agitado, evidentemente había bajado de uno de los autos casi corriendo para alcanzarlo, había visto entrar un Mazda marrón mientras bajaba su equipaje.

Intentó decirle que no lo conocía cuando notó que no podía hablar, algo oculto en la mano del hombre le había pinchado el hombro, fue rápido y apenas habría penetrado la piel, el hombre era más alto y vio sus dientes blancos al nivel de los ojos.

– ¿Te sentís bien? –le atajó el hombre, estaba con traje y corbata, de tela fina que costarían unos cuantos dólares, lo tomaba ahora de los dos brazos, frente a frente, le llamó la atención la forma de pronunciar las palabras, como si hablara un idioma europeo, probablemente de Europa oriental, Mark giró la cabeza buscando auxilio.

Las piernas se le aflojaron abruptamente y en la vista la sonrisa toda dientes del europeo comenzó a desvanecerse, tenía vivo aún a su abuelo y éste tenía cataratas en ambos ojos, lo recordó en ese momento al notar que las cosas perdían nitidez, las figuras se desdibujaron, tanto la del europeo como la de los dos hombres que venían acercándose, supo que uno era el encargado del estacionamiento.

El europeo pasó sus manos por debajo de los brazos de Mark y casi inmediatamente recibió todo el peso del cuerpo, ya no solo no podía hablar sino que ningún músculo del cuerpo le respondía, percibió que también estaba por perder la conciencia.

El flaco caminó un par de pasos en la dirección que había venido arrastrando el cuerpo inerte de Mark, la maleta había quedado lejos pero milagrosamente la notebook aún colgaba del hombro izquierdo.

El encargado se acercó preocupado y también se sumó un tercer hombre que aparentemente era cliente y había estado entrando el auto cuando notó su desvanecimiento.

– Esta bien –anunció el raptor– soy amigo y además soy médico, voy a

sentarlo en el auto.

– ¿Que le pasó? –preguntó el cliente, estaba con ropa deportiva y una raqueta de tenis en la diestra.

– No es nada –dijo el europeo– una lipotimia, enseguida va a estar bien.

– ¿Es su amigo? – era la voz del encargado, Mark ya no podía verlo, sintió que alguien le descolgaba el bolso del hombro.

– Si –contestó– le suele bajar la presión, seguro no es nada.

– Lo veía caminado muy bien hasta que se cayó así... de improviso.

– Si, es como sucede siempre.

– Yo me di cuenta que no estaba bien –aseguró el hombre de la raqueta– caminaba con los ojos perdidos sin atender lo que pasaba alrededor.

– ¿Llamo a emergencias? –preguntó el encargado.

– No hace falta, yo me ocupo –el europeo sonó suficiente tranquilizando a los dos testigos– ¿Podría alcanzarme la maleta?

– Si, por supuesto –dijo el cliente encantado de colaborar.

Mark notó que lo sentaron en la parte de atrás de un auto, el europeo le colocó sus manos grandes debajo de la mandíbula con los pulgares sobre los lóbulos de las orejas, simulaba revisarlo y lo hacía muy bien, los pulgares siguieron camino hasta la parte inferior de los ojos e hicieron fuerza hacia abajo.

– Esta bien, ... ¿tienen sal? ¿o algo dulce?

– Tengo sal –dijo el encargado mientras comenzaba su marcha apurada hacia el cuarto donde pasaba sus horas.

Mark, como un ruido lejano sintió el rodar de la Samsonite, luego ruido de llaves.

– ¿Podría colocarla en el baúl?

– Por supuesto –respondió el tenista otra vez encantado de ayudar, Mark pensó que su captor era un hombre hábil, no se lo estaba llevando sólo sino que había logrado la participación de los testigos, los cuales se quedarían mucho más tranquilos de haber podido hacer algo por un hombre descompuesto.

– ¿No es el corazón?

– No, sus latidos están bien, voy a llevarlo al hospital ahora por precaución, va a estar a tiempo para tomar su vuelo.

– Un amigo mío murió del corazón hace una semana, de momento estaba bien y después, ... –se calló cuando notó que el comentario estaba fuera de lugar, terminó de acomodar la valija en el baúl y devolvió las llaves al hombre flaco y alto que estaba agachado sosteniendo baja la cabeza de su amigo.

– Le agradezco mucho.

– No es nada –respondió cortésmente el deportista.

Los pasos discontinuos del encargado llegaron hasta el auto con premura, una mano huesuda metió sal en la boca de Mark, le hubiera gustado morderla pero ni siquiera podía mover la lengua, la boca empezaba a llenarse de saliva, suavemente una mano se colocó detrás de su cabeza y otra le empujó el pecho para recostarlo en el asiento trasero, la puerta se cerró enérgicamente a sus pies.

– Lo llevo al hospital por las dudas –escuchó decir al europeo– pero no se preocupen que se recupera enseguida, ya lo he visto perder el conocimiento antes, por suerte estaba yo para atenderlo.

Sintió las voces de asentimiento y el encendido del motor del coche, se preguntó a qué obedecía aquel acto criminal, esta vez habían llegado muy lejos, ...mientras a cientos de kilómetros Frank Mc’Clane resoplaba su último aliento, Mark recordó a Robert Coogan antes de sumirse en la insondable oscuridad del sueño.

* * * * *

El Buscador había ordenado colocar a Ressler en una silla director en la penumbra del sótano, Viskes, el húngaro a su servicio solía responder a las órdenes directas sin parpadear, podría haber detonado una bomba atómica sin mover un solo músculo del rostro, no solo sin expresar sentimientos sino permaneciendo absolutamente libre de ellos, pero miró con cierto desgano a Mark cuando debió acomodarlo con la cabeza sobre la lona y los brazos a los costados, quitarle los zapatos y colocar suavemente sus piernas sobre un almohadón de plumas.

Era fácil considerar a Viskes un androide impasible y despiadado, pero Lawrence sabía que aquello no era real, tras la fachada de inmutable había un hombre apasionado, lo cual era indicativo de una fuerte posibilidad de motivación, sólo había que saber cuál era el estímulo adecuado, ... a Viskes lo complacía el dolor, tanto el ajeno como el propio, la promesa de dolor lo mantenía expectante y paciente, pero así como era atraído por el sufrimiento repelía la comodidad, no tanto la suya aunque no solía buscarla, pero no toleraba servir al placer ajeno.

Farfulló algo en su lengua materna antes de depositar con delicadeza los pies de Mark en la almohada.

El sótano era frío y húmedo, y lo suficientemente oscuro para envolver el interior en una negrura impenetrable si llegaban a fallar los tres pobres focos que estaban ubicados en lugares estratégicos del recinto, uno en la entrada, uno en el medio y uno hacia el final, y ninguna de las partes del sótano recibía luz de

más de un foco debido a la forma de U en la que el caprichoso arquitecto había dispuesto tender la superficie más baja de la casa. Lawrence suponía que en el medio podía haber hecho columnas más que una pared tan ancha, pero evidentemente al diseñador le había sobrado algo de material.

Había encontrado dos escritorios en la parte superior de la casa, y con la ayuda de Viskes los habían bajado hasta allí, uno de ellos estaba ahora ubicado en el frente, cerca de la escalera y tenía sobre él apoyada la notebook y una pila de papeles algo desparramada por toda la mesa. Lo usaba para sentarse a estudiar, había desplegado para estar cómodo las sillas director que siempre llevaba en el baúl del auto, nunca sabía donde se detendría, donde armaría una base de campaña, así que las llevaba como parte de su equipo standart, además casi no ocupaban espacio en la mini van.

Le había gustado la casa desde que el agente inmobiliario se la mostró como una opción poco viable, era evidente que el vendedor quería ofrecerle algo de mayor categoría, pero la casa, o más precisamente su sótano era justo lo que Lawrence necesitaba, prácticamente insonorizado le permitiría trabajar con tranquilidad, le había dicho al vendedor que necesitaba el lugar como pequeño aserradero, llevarían tablas para trabajar la madera y fabricar pequeñas piezas artesanales, Lawrence sabía que su imagen y forma de vestir eran bastante exóticas y coincidía con el arquetipo de artista que la gente se forma, de esa manera aseguraba cierta credibilidad en los dichos. Además llevaba en la Van una sierra para cortar madera y solía usarla cuando se hacía necesario tapar un poco el ruido de su trabajo, pero había que tener cuidado de no utilizarla en forma nocturna porque alteraba a los vecinos.

También llevaba siempre consigo un espejo cuadrado de medio metro de lado, con marcos de madera oscura y lustrada que había pertenecido a su abuela, le gustaba mirarse en el con bastante frecuencia, ver reflejada su imagen en distintas situaciones se había convertido en un pequeño vicio. Había colgado el espejo casi pegado al primer escritorio, pero también había preparado un clavo cerca del segundo, donde estaba la silla con el almohadón de plumas y el cuerpo echado de Ressler que le hacía recordar a un cuadro que había pintado su padre con focas en una isla rocosa descansando a orillas del mar. Tal vez había heredado de él el aspecto bohemio, los pantalones amplios y las camisas oscuras abiertas en el pecho.

Notó que Viskes se detuvo a su lado, con su aspecto firme pero internamente ansioso por instrucciones, decidió que era bueno hacerle saber que debía esperarlo, se plantó frente al espejo y su cara entre pálida y rosada apareció frente a la luz mortecina, acomodó la cadenita de oro en su cuello, una cruz totalmente plana caía en el lugar donde se unen las clavículas. Después con

la diestra y acariciando los cabellos blancos de la nuca se quitó el lazo que ataba la pequeña colita que caía sobre la espalda, mantenía esos cabellos cortos porque de otra forma desentonaban con la calvicie en la parte frontal de la cabeza. Arqueó las cejas arriba y observó los movimientos impacientes del húngaro a su espalda, no podía verlo pero estaba retorciéndose los dedos para infringirse un pequeño dolor, una leve desviación del labio inferior lo delataba. Apoyó sus dedos sobre los pómulos y masajéo hacia abajo sobre los maxilares logrando un relajamiento de los músculos faciales, eso siempre lo hacía sentir mejor, le sonrió a su imagen quien devolvió la sonrisa con educación al instante.

Volvió a atarse la colita con cierta parsimonia.

– Vamos –le dijo al húngaro mientras descolgaba el espejo.

Se acercaron a Ressler yendo Lawrence por delante y Viskes por detrás, el hombre de traje desapareció en una silla que estaba en el último pasillo de la U y donde la luz no llegaba, el Buscador en cambio ubicó el espejo en la pared del fondo y se colocó en una silla frente a su PGE, así llamaba la inteligencia del ejército a los Prisioneros de Guerra.

Ressler tenía la cabeza baja, como si durmiera en la sala de cine o en un transporte público, pero no había vaivén en su cabeza, estaba quieta, reaccionó rápidamente a la voz de Lawrence.

– Soy Jim –le dijo al prisionero, sabía que ese era el nombre de su hermano y que serviría para instalar una relación de confianza– ¿Estas cómodo?

– Si –musitó Ressler, los alcaloides que le había suministrado Viskes habían producido una modificación de la actividad nerviosa superior que ahora empezaba a funcionar de manera arbitraria, una suerte de hipnosis lograda a partir de barbitúricos. Ryerson decía haber hallado la mezcla base de la droga en una visita a las FARC de Colombia, allí la llamaban Burundanga, claro que los Ingenieros Químicos que trabajaban en MARYN habían perfeccionado y potenciado los efectos del fármaco.

El gran Valhall había abierto los ojos y lo miraba afablemente, con la expresión idiota a la cual Lawrence estaba acostumbrado, sería dócil a casi todo tipo de preguntas y eso serviría para reparar los caminos cortados en la busca de Nacaals.

– Estoy necesitando tu ayuda, Mark –le habló mirando directo a sus ojos– Nacaals esta en peligro y necesito advertirles, debo visitarlos personalmente pues es la única manera. Estoy encargado de la búsqueda de cada uno de los integrantes, y como se que sos el más colaborador y razonable de todos ellos quería que charlemos primero ¿estas de acuerdo?

– ¿Están en peligro? –barbotó el gemelo estúpido de lo que había sido Valhall.

- Por supuesto, vos lo sabés. ¿vas a ayudarme?
 - Si.
 - Es muy bueno eso, un gran alivio para mi. ¿Sabés cómo puedo encontrarlos?
 - No, Nacaals es secreto.
 - Bueno, pero tal vez encontremos algunas pistas, tenemos que hacer un esfuerzo si queremos salvar sus vidas, ¿verdad Mark?
 - Si.
 - Debes saber algo, tal vez pequeñas cosas que me guíen para hallarlos, así que voy a hacerte preguntas, preguntas muy sencillas y que quizás te parezcan raras o desconectadas pero te aseguro que tenemos un solo objetivo. ¿Esta bien?
 - Si.
- Lo observó largamente, mantenía la cabeza erguida con algo de dificultad, tenía los músculos tan relajados que apenas podía moverse para acomodarse en el asiento, la interrupción desde los centros subcorticales hasta la actividad nerviosa superior parecía funcionar correctamente, el PGE se mostraba dócil y manejable.
- Ok, estamos de acuerdo, primero vamos a enumerar a cada uno de ellos para saber de quienes estamos hablando.
- Ressler asintió con la cabeza.
- Necesito que me contestes hablando, no con movimientos. ¿de acuerdo?
 - Si.
 - Bien, entonces nombremos a todo el grupo Nacaals.
 - Saro, R/S, Laud, Alarde, Moloch y Valhall.
 - Bien, ¿porque te acercaste a ellos? Te les uniste hace poco tiempo, ¿qué te llevó a hacerlo?
 - Los necesito, son los mejores y los más admirados, ellos podrían encabezar una revolución desde la acción, son el poder coercitivo, no les gusta la palabrería por el contrario van directo a los hechos.
 - Una especie de polo opuesto ¿no?
 - Si –respondió Valhall, acompañando las palabras con el movimiento de su cabeza.
 - ¿Y como fue que te aceptaron? No tenés el perfil del grupo.
 - Bueno, eso es discutible, me tomaron un maravilloso examen que aprobé suficientemente.
 - ¿Un examen?
 - Si, ... un hackeo. No acostumbro hacerlo ya tanto pero no olvidé los

trucos. Pude teparle la boca a Saro.

– ¿Saro te compite verdad?

– Saro y yo tenemos la misma naturaleza de líder, y a él le cuesta aceptar otro macho en la manada, ... de todas formas sé mantenerme al margen, cuando se trata de hacking nadie puede igualarlo.

– ¿Ni siquiera Laud? –inquirió Lawrence inclinándose hacia delante.

– Nadie, Saro esta muy por encima del resto.

Lawrence sonrió, le fascinaba la ridícula leyenda alrededor de Saro y como los hackers se habían apegado a ella.

– ¿Conocés a Saro personalmente, Mark?

– No.

– ¿Lo conoce alguien del grupo?

– No, no se conocen entre ellos, nadie vio nunca a nadie exceptuándome por supuesto.

– ¿Entonces no conocés a nadie personalmente?

– No.

– Pero imagino que tenés alguna idea de sus identidades.

– No, no la tengo.

– Mark, necesito tu colaboración –advirtió el interrogador.

– Lamento no poder ayudarle Jim –se excusó Ressler.

– Ok, vamos a hacer algo, cada vez que estés por decir una mentira quiero que te muerdas la lengua muy fuerte.

– De acuerdo.

– ¿Podrás hacerlo?

– Por supuesto que si.

– ¿Entonces quien es Saro?

– No sé.

– ¿Es casado?

– No sé.

– ¿Algún hobby?

– Si, sé que le gustan los deportes de riesgo.

– ¿Por ejemplo?

– Suele tirarse en paracaídas desde unas montañas en los Alpes donde se reúne con otros deportistas. Y aprovecha el mismo viaje para hacer alpinismo, en realidad llegan escalando hasta el lugar donde van a tirarse y escalan con un equipo mínimo, utilizando bastante las manos.

– Bien, es bueno saber eso, ... pero necesito más. ¿Sabés si tuvo problemas legales, fue arrestado o puesto en vigilancia por la policía?

– No sé.

Un dedo plano y sin uña contorneó el fino labio superior de Lawrence, inclinó un poco la cabeza mientras observaba la tenue película de sudor en la frente del PGE.

Para reconocer el significado del nombre Valhall había que situarse en la mitología germánica, y bucear en las creencias de los antepasados de los alemanes, anglosajones y escandinavos. Valhall era el nombre que recibía el palacio de Odin, donde éste recibía a las almas de los guerreros muertos en combate, las vírgenes bélicas los acompañaban hasta las puertas del palacio que estaba situado en el Asgard, el reino de los cielos. El Valhall era una construcción gigantesca con 540 puertas de acceso, la morada de reposo de los soldados, tal vez así se consideraba Ressler, como un gran anfitrión con el poder de proteger a los jóvenes en problemas como Daniel Páez, de hecho era sabido que Ressler protegía a la comunidad hacker proveyéndoles abogados especialistas en delitos informáticos y ciertamente expertos en aquel tipo de litigios. Tal vez lo había impresionado la arquitectura del Valhall, sus quinientos cuarenta puertas y sus incontables habitaciones, la verdad estaba en algunas de ellas esperando a que alguien abriera para salir, encerrada bajo una puerta sin llave, Lawrence tenía todo el palacio a su merced, solo debía recorrer el laberinto, abriendo las puertas adecuadas.

– ¿Tenés idea de qué tipo de automóviles conduce? ¿ Le gustan deportivos que lo conviertan en un ser moderno y ligero, o camionetas que lo hagan sentirse poderoso? ¿Prefiere autos equipados con alta tecnología o es de los nostálgicos? ¿O solo busca un buen motor, adhesión a la ruta y aspecto aerodinámico?

– No sé.

– ¿Jamás hablaron de autos?

– No.

– ¿Y cual es tu corazonada? ¿Qué le gustaría más a él?

– El deportivo.

– El deportivo, bien –asintió con la cabeza– me gusta que pongas voluntad y hagas un esfuerzo por ayudarme. Realmente necesito tu colaboración.

El buscador se reclinó sobre la lona del respaldo de la silla director, últimamente no le resultaban tan cómodas pero reconocía la practicidad, una cosa por otra, un sacrificio por un beneficio.

– ¿Tiene alguna mascota? ¿un perro, un gato, un loro, un mono?

– Nunca mencionó una mascota, pero Laud tiene un perro.

– ¿Laud tiene un perro? ¡Que bien! ¡me encantan los perros!, ¿y le sabes el nombre?

– Ludwing

– ¡Ludwing! –exclamó alegre el Buscador– ¿Es por Ludwing Van Beethoven? ¿Laud suele expresarse en términos musicales?

– Si, el es músico.

– Amo a los músicos, Mark. Me encantan los músicos, son tan... apasionados con la vida. Y suelen ser personas con mucha clase. ¿Qué instrumento toca Laud? ¿El laud acaso?

– No, toca el violín.

– ¡El violín!

Lawrence inclinó la cabeza hacia la izquierda y movió la diestra cerca de su mentón, simulando tocar un violín invisible. Ya sabía lo del violín, también sabía que era un Stradivarius, lo sabía porque Moloch lo había mencionado en la charla donde él había participado como Robert.

– Ya volveremos sobre Laud, tengo muchas preguntas para hacerte sobre él, y tenemos mucho tiempo para charlar. Ahora necesito que sigamos con Saro. ¿Podrías decirme si le gusta viajar? ¿es de viajar seguido? ¿viajes de placer?

– No sé.

– Pero supones... –lo alentó.

– Supongo que si.

– Por supuesto que si, es un deportista excéntrico y los lugares excéntricos no están todos agrupados sino dispersos por el mundo. ¿Mencionó alguna vez países o lugares que conociera?

– Sé que conoce los Alpes.

– Ya dijimos lo de los Alpes. ¿Otro lugar?

– No.

El gemelo estúpido de Mark Ressler lo miraba con los ojos entornados, la droga le estaba dando sueño, notó que entreabría la boca para oxigenarse mejor.

– No tenés que dormirte. Te necesito despierto –le dijo con severidad.

– Si.

– ¿Sabemos de qué trabaja? ¿cómo se gana la vida?

– No.

– ¿Podemos suponer que es algo vinculado con sistemas?

– Si.

– ¿Mencionó alguna vez donde vive? ¿o como vive? ¿es una ciudad grande?

– No sé.

– ¿Una ciudad con semáforos? ¿con nieve? ¿con demasiado calor? ¿con

mucha lluvia? ¿con mar? ¿con puerto? ¿con aeropuerto? ¿con barcos? ¿con trenes? ¿con campesinos? ¿con asfalto? ¿con fábricas? ¿con ruido? ¿con altos edificios? ¿con barrios bajos? ¿con pobres? ¿con negros? ¿con blancos? ¡Necesito un puto dato de la ciudad!

– No sé.

– ¿No sabés?

El buscador se levantó de la silla y paseó por el cuarto alternando entre las sombras y la amarilla luz de la lámpara, si volvía a escuchar un “no sé” podía volarle la expresión de paz de la boca con una patada. Trató de calmarse y se miró al espejo, sonrió. El espejo hizo un gran esfuerzo por sonreír, los labios se extendieron y formaron una abertura grande donde se veían los dientes inferiores de la boca, los superiores jamás se veían por más empeño que pusiera en el intento de sonrisa. Se acercó para verificar que no había resto de comida entre los molares, utilizó los dedos para levantar el labio superior. Hacía al menos dos horas que no se cepillaba los dientes y comenzaba a sentir una tenue picazón en las encías. Sabía que era una reacción psicológica pero le costaba manejar la sensación de suciedad en los dientes.

– ¿No podemos decir nada de su lugar de residencia? –preguntó desde lo alto sin dejar de mirarse en el espejo, a veces le parecía irreal ver como sus labios se movían y la lengua cambiaba de posición para articular las palabras– ¿Tiene pileta en la casa? ¿Tiene parque? ¿Es un departamento? ¿Tiene balcón? ¿Tiene terraza? ¿Tiene sótano?

– No sé.

– No lo sabemos, pero podemos suponer que es americano y que vive en los Estados Unidos.

– Si.

– ¿Qué le molesta a Saro?

El hermano estúpido pensó unos segundos antes de responder.

– El abuso de poder.

– ¿Qué más?

– La falta de respeto, ... la irreverencia.

– ¿Y que le gusta?

– El desafío. La tecnología. El riesgo.

– ¿Y que hay de su postura ética? ¿Cree que los hackers que roban y destrozan equipos e información son inocentes de todo pecado y delito?

– El es más flexible que yo al respecto.

– ¿Suponés que le gusta lo ajeno, que es un adicto al delito? ¿Verdad?

– Si.

– ¿Roba sistemáticamente?

- No sé.
- Pero tiene una personalidad que permitiría el robo de datos.
- Creo que si.
- Si, estamos de acuerdo, Mark –asintió el Buscador– yo creo lo mismo.

Se acercó un poco más al espejo y rascó uno de sus incisivos para verificar que no hubiera rastros de comida, habían almorzado un pastel de pollo comprado en la rotisería del pueblo, parecía bastante sano y no le había caído mal. Lawrence detestaba la comida chatarra, y lo único que extrañaba cuando salía a trabajar era la comida de su tía Eva. Eva era la hermana menor de su madre y había heredado el cuidado de un Lawrence de treinta y cinco años en aquel entonces, o él la había heredado a ella. Eva vivía a solo dos cuadras de la que había sido la casa de su madre y donde ahora y durante toda su vida había vivido Lawrence como residencia fija, y él le llevaba la ropa para planchar y se traía comida a casa casi todos los días mientras pasaba por períodos de descanso. Pero el trabajo lo llevaba por todo el mundo y pasaba demasiadas horas al volante de una Van o en vuelo de aerolíneas no siempre confiables, odiaba la comida de los aviones, había desarrollado cierta aversión a todo alimento envuelto en papel de aluminio o envasado con conservantes.

– ¿Lo escuchaste mencionar alguna vez a Dios?

– No.

– ¿Nunca hizo un comentario que de a entender la inclinación religiosa?

– No.

– ¿Dijo alguna vez algo respecto de su cuerpo, color de pelo, color de piel, ojos, marcas personales, cicatrices, operaciones, alguna enfermedad congénita, o hospital donde se atendiera?

– No.

– ¡Vamos Mark!, ¡Debe haberse accidentado decenas de veces si suele alocarse en deportes de alto riesgo!

El buscador dio su perfil derecho al espejo y se observó de reojo casi por encima del hombro, luego le dedicó atención al prisionero, el sudor en la frente había aumentado y la somnolencia también. Pero se mantendría estable. Aún tenía para varias horas de efecto de la droga. La cara de estúpido había variado, ahora los ojos estaban más chicos y la boca más abierta y floja.

– ¿Es un hombre educado? ¿Podríamos decir que es Ingeniero o Licenciado en Sistemas?

– Si.

– ¿Demostró conocimientos de otras materias? ¿economía? ¿derecho? ¿administración de empresas? ¿arquitectura? ¿medicina? ¿filosofía? ¿historia? ¿idiomas?

– Economía.

– ¿Economía? muy bien. Tenemos a un culto universitario. ¿Cuál es la edad estimada?

– No sé.

– Estimada, Mark, ... lo que te venga a la mente.

– Treinta y dos.

– Treinta y dos –repitió el buscador con aprobación.

Escuchó a Viskes apretar las perillas del grabador, probablemente había terminado un disco, y había colocado uno nuevo. ¿porqué había comenzado con uno usado? Sabía que le gustaba ser prolijo en los interrogatorios.

– ¿Y con quien vive Saro? ¿Esta casado? ¿Tiene hijos?

– Esta separado de su esposa, pero tiene otra mujer ahora.

– ¿Hijos?

– No sé. No creo.

– Pero es un hombre adinerado. No rico, pero si con una importante suma en su cuenta bancaria ¿verdad?

– No sé.

– Pero podemos suponer... –lo animó con impaciencia.

– Que si.

– Que si, correcto.

El buscador juntó las manos y estiró los brazos por arriba de su cabeza, las articulaciones de su espalda parecieron gritar, recibió el sonido con una mueca de placer y giró el cuello dejándolo caer todo lo posible sobre la espalda y bamboleándolo libremente frente al tórax. Tanto trabajo lo contracturaba, no solía tener situaciones de stress, pero se veía sometido a una presión considerable, su trabajo no era nada sencillo, pero no se quejaba. Le gustaba hacerlo. Por supuesto no podía gustarle todo el tiempo, era como el escritor que vive de escribir y tiene que publicar al menos dos libros al año, no podía resultarle grato escribir todo el tiempo, debía tener sus momentos para relajarse. Lawrence deseaba relajarse ahora.

– ¿Es un hombre de hacer caridad?

– No sé.

– ¿Participa de eventos deportivos como espectador? ¿va a los estadios? ¿hace reservas telefónicas?

– No sé.

– ¿No participó profesionalmente de la alta competencia?

– No sé.

– ¿En que se basa para la toma de decisiones? ¿Es más bien emocional o racional? ¿Es del tipo impulsivo o piensa mucho antes de tomar una iniciativa?

– Creo que ambas cosas lo describen bien.

El buscador volvió a su asiento, cambiando de postura para apoyar la espalda lo más derecha sobre la lona.

– ¿Qué es más importante para él, la verdad o la cortesía?

– La verdad.

– ¿Es de considerar de antemano que los otros pueden estar equivocados, o es más bien crédulo de la capacidad de sus pares?

– Es desconfiado.

– ¿Ve más los errores ajenos que los aciertos?

– Sí.

– ¿Entonces es su sistema lógico más fuerte que su sistema de valores?

– No sé.

– ¡Por Dios si! –se ofuscó– puedo asegurarlo.

El húngaro tosió y Lawrence vio la luz de un encendedor a punto de encender un cigarro, le hizo un ademán para que lo apagara con algo de impaciencia.

– ¿Es un hombre de planificar? ¿O es de afrontar los problemas a medida que se presentan?

– Las dos cosas.

– ¿Pero es organizado? ¿Organiza su función y la de los otros?

– Sí.

– ¿Suele ser distraído o concentrado?

– No sé.

– ¿Le gustan las multitudes o prefiere la soledad?

– Diría que le gustan las multitudes.

– ¿Qué le resulta más importante en un relato, los hechos o su punto de vista?

– No sé.

– ¿Es de hacer aportes a la comunidad informática? ¿Envía soluciones a bugs?

– No.

– ¿Comentó alguna vez su tendencia o ideas políticas?

– No.

– ¿Qué pasa cuando pierde? ¿Se lo nota frustrado o le quita importancia a la derrota?

– Saro no pierde.

La respuesta de Valhall le pareció divertida los primeros cinco segundos, estaba repitiendo una muletilla de los admiradores de Saro en su pequeño mundo de obsecuentes, pero Valhall no era un admirador de Saro, ¿o tal vez si? ¿tal vez

inconscientemente había llevado al genio de Saro a un alto pedestal?, luego le ganó la indignación. ¿cómo pensar en un hombre que no pierde? ¿existía eso? ¡Por Diós que iba a aprender a perder!

– Bueno, amigo –le dijo con solemnidad– espero que no estés cansado, por ahora terminamos con Saro y volvemos a Laud. Hablábamos de su mascota. ¿sabemos que tipo de perro es?

– Un labrador.

El Buscador asintió con la cabeza, la jornada se volvió larga y decidió cortar un par de veces para tomar un vaso de agua (no bebía otra cosa) escuchó a Viskes acomodarse en la oscuridad unas cuantas veces más, los temas y las personas fluyeron en las palabras como peces en el río, Alarde, R/S, Laud, Moloch, otra vez Saro.

Terminó varias horas después con un terrible dolor de cabeza.

CAPITULO XXVI

Jamás había visto un fantasma, pero decían que podía percibirse la presencia de espíritus, había miles de historias de gente (incluso algunos allegados que contaban de primera mano) que recordaba haberse sobresaltado después de la muerte de su padre, como si éste ya fallecido estuviera parado justo detrás de su espalda. Eran como extrañas visitas de parientes desde el otro mundo, y no importaban el afecto que uno les hubiera tenido en vida, el encuentro siempre atemorizaba. La sensación de Lucient fue muy cercana a esas historias, solo que el Buscador no estaba muerto, se había detenido a su espalda muy silenciosamente, dándole un susto terrible y provocándole un temblor en cada músculo del cuerpo. Giró con violencia hacia su jefe con el rostro congestionado y el vaso en su mano izquierda volcó algo de cerveza sobre el pasto del parque en el fondo de la casa.

– Señor ... –murmuró Lucient, sin dejar claro si se refería a Dios o al mismo Buscador, o a cuál de ambos temía más.

El Buscador no contestó, solo estaba parado, mirándolo. Como quien observa ratones de laboratorio, obraba con el mismo poder y el mismo fanatismo empírico.

Lucient se quitó los lentes de sol y apuró el vaso de bebida, instintivamente buscaba usarlo como excusa para alejarse a ponerlo en la piletta junto con los platos sucios del almuerzo.

Hizo un paso y se detuvo, el Buscador no lo dejaría pasar por su lado sin detenerlo, lo adivinaba en su sonrisa maligna.

– ¿Descansando Lucient? –le preguntó.

– Si, estoy tratando de despejarme –barbotó agitando demasiado la mano libre, decidió juntarla a la otra y sostener con ambas el vaso ancho para whisky.

El buscador lo miraba, como si lo traspasara o si viera una película utilizando sus entrañas para proyectarla.

Cuando tenía cinco años, en el instituto donde su padre lo dejaba todas las mañanas y lo buscaba al anochecer, había visto una vez una rata. Estaba sentada oliendo sus propias patas en el escalón más bajo de la escalera que daba a la terraza. Recordaba que el edificio del instituto era viejo y que hacían un esfuerzo por reciclarlo, y que su padre le había dicho que detrás de la última pared había un depósito de cables de telefonía y otros cacharros que atraían a

todo tipo de animales inmundos. La rata tenía el hocico, las patas, la cola y los ojos de un color rosa pastel, el resto del cuerpo era gris pálido con un pelaje sumamente brillante. Lucient había quedado tieso mirándola sin poder llamar a nadie para que lo socorriera, se imaginaba siendo atacado por el animal que en un momento dejó de oler para deparar en la presencia del niño. No lo atacó, era difícil que una rata lo hiciera, solo lo observó unos segundos y luego fue subiendo los escalones hasta desaparecer debajo de la puerta de la terraza.

El color rosa de la piel de la rata no se le había olvidado, y no podría olvidarlo jamás porque cada vez que veía el rostro del Buscador no hacía más que ver a la rata.

No era la forma de la cara, Lucient consideraba que había personas que tenían cara y gestos de algunos animales, había caras felinas, caninas, de lechuza, ... y de rata también. Una vez había visto a una persona con rostro de foca. Pero no era el caso del Buscador, no era el rostro, lo que lo hacía recordar a la rata era el color de su piel.

El Buscador sufría de algo llamado vitiligo. Tenía que ver con las células que fabrican el pigmento de la piel. Melanina. Las células se destruían por algún motivo y dejaban grandes manchas blancas. En este caso, las manchas ocupaban las partes bajas del rostro, la mandíbula, el mentón y la superficie hasta el labio inferior. En la parte superior de la cara ya no sabía qué era lo que pasaba, pero el color si bien era supuestamente normal parecía más rosado de lo que debería, probablemente era simplemente el contraste con la parte blanca pero se veía como una mancha rosa (igual al color del hocico de la rata) que llegaba hasta la frente del hombre. De manera que su rostro estaba pintado de dos colores, rosa arriba y blanco abajo, lo cual le daba un aspecto decididamente anormal. Además el color gris de los cabellos por encima de las orejas era de un gris blancuzco similar al de la rata del instituto. Parecía su encarnación humana aunque cuando él había conocido a la rata el Buscador llevaba años perfeccionando la forma de dañar a la gente.

Ahora estaba sonriente, era una postura que sabía tomar, con el pecho flaco hinchado y el mentón estirado mostrando un medio perfil, la sonrisa era una mueca pero dejaba entrever los dientes pequeños y filosos. Hacía tres años que se conocían y Lucient lo había visto abrir su boca ancha de labios finos demasiadas veces, incluso habían comido juntos esa mañana, pero aún no conocía sus dientes superiores, no sabía porqué pero por más que sonriera nunca podían verse. Era otra de las cosas curiosas que acompañaban al extraño personaje.

Le decían el Buscador porque se dedicaba a buscar, era un localizador de personas, experto en el rastreo de fugitivos y todo tipo de sujetos peligrosos

(soldados, políticos, ecologistas, periodistas, etc.). Hacía todo su trabajo desde el análisis, toda la labor pasaba por el empleo de la razón, que él supiera estaba doctorado en psiquiatría y psicología y era especialista en el desarrollo de la personalidad. Para Lucient era un buceador, nadaba en la mente de sus enemigos con la habilidad de una anguila, el problema con el buscador era lo abarcativo del significado que le otorgaba a la palabra enemigo.

Pero necesitaba asistentes, y por desgracia lo había seleccionado. Ahora estarían pegados hasta encontrar a todo el grupo Nacaals, y no solo tenía que soportar la vigilancia directa del Buscador, también estaba la sombra llamada Viskes, el asesino chino y su esposa, la señora Sai Xiau. Aunque hacía unos días que no veía al matrimonio oriental, el Buscador había decidido utilizar al húngaro ex Stasi, y si hubiera sido contemporáneo seguramente ex Nazi, para atrapar a Mark Ressler. Sabía que el Buscador había trabajado un tiempo para el Servicio de Inteligencia de Alemania Oriental, y seguramente ahí se abrían conocido con el húngaro, probablemente compartiendo un interrogatorio, mientras uno preguntaba y el otro descuartizaba a la víctima.

Lucient sabía bien que cuanto más rápido encontraran al grupo, más rápido se libraría de aquella manada de depravados.

– Encontré a Saro.

Los ojos del Buscador se abrieron grandes de sorpresa dejando ver el iris marrón claro y unos derrames rojos que denotaban el cansancio visual.

Había dudado en decírselo, sabía que no iba a reaccionar bien porque aunque la noticia era excelente había demorado en dársela, el Buscador habría esperado que él bajara al sótano para contarle ni bien lo hubiera averiguado, era sumamente obsesivo con el tiempo, en cuestión de segundos el fugitivo podía escapar, Lucient lo sabía y no era mala voluntad, simplemente no podía entrar al sótano a ver el interrogatorio, ¡Sabía Dios qué le estaba haciendo al pobre hombre!.

El silencio que siguió a la noticia fue más que incómodo para el Licenciado en Sistemas, el Buscador cambió su gesto de sorpresa al de una sonrisa y luego la congeló, y casi sin mover un músculo la misma mueca de alegría se fue transformando en una abertura demencial en la cara de un monstruo.

Al fin preguntó lo que siempre quería saber primero.

– El nombre.

– Joshua Baker.

– Ciudad.

– New York

– Ok –le dijo mirando directo a sus ojos– quiero la ficha ya.

Era una orden directa.

Lucient subió casi corriendo las escaleras que daban a su cuarto (solo un colchón sobre unas tablas en el piso que hacían las veces de cama y una mesa de madera que crujía si le apoyaban algo) donde había dejado la notebook y la impresión de la ficha de datos de Saro que había preparado para el Buscador.

No llegó a bajar para entregársela, vio la cabeza algo calva en la frente pero con cabellos más fuertes y largos desde la mitad del cráneo hacia atrás asomar entre el polvo de la escalera.

Le tendió la ficha.

– Lo tenía identificado NSA, pero una división especial y con más nivel de seguridad que nuestro acceso habitual –aclaró.

Lucient no era un hacker, y no porque no supiera los trucos baratos para obtener información, sino porque sinceramente jamás había necesitado más que pedir que compren la clave de acceso. Ryerson invertía bastante en investigación y en seguridad. Las claves de las agencias nacionales e internacionales estaban incluidas en el presupuesto de investigación, y valían millones.

– Además no lo tenían clasificado como Saro, tuve que introducir un software robot que recorriera los archivos y . . ., bueno fue complicado, no estaba a la vista.

– Bien –dijo el Buscador– tu trabajo no es sencillo ¿verdad? y tu vida tampoco lo es, ¿quien puede decir que tiene una vida sencilla? Creo que nadie. Sin ir muy lejos, ahí esta el pobre de Ressler, o Valhall como le gusta hacerse llamar. Siempre se creyó muy importante. –afirmó– me hace acordar en algo a Sócrates –hizo una pausa– me refiero al filósofo griego –aclaró con cierta ironía– Sócrates era un individuo bajo y regordete que caminaba por las calles de Atenas allá por el año 500 antes de Cristo intentando demostrarle a los ciudadanos que en realidad no dominaban los temas que creían eran su especialidad. –sonrió como imaginando la escena– ¡era un pedante increíble!, se dedicaba a poner en ridículo a soldados y políticos de la época, a él le gustaba decir que socavaba el falso saber. Hay que reconocer que realmente lo hacía, se autodefinía como un moscardón que zumbaba en los oídos de los atenienses, molestaba a toda Atenas para mantenerla despierta. Ressler es algo así, una especie de moscardón, considera su deber molestar a toda la sociedad con sus estupideces éticas acerca de la información ¡quién podría querer que la información sea libre! Pero su misión en la vida es molestar. ¿Cómo terminó Sócrates, Lucient? ¿Qué se hace con los moscardones?

Un murmullo grave llegaba desde el sótano, Lucient advirtió que Viskes había puesto en marcha la sierra que cargaban siempre en la Van. Sabía que la

utilizaban para tapar los gritos de dolor de los interrogados. Ya había visto un interrogatorio una vez, el Buscador drogaba a sus prisioneros y los sometía a una sesión intensa de preguntas. Las drogas que usaba causaba un efecto similar a la hipnosis, y el Buscador se divertía grabando órdenes post-hipnóticas para que el prisionero ejecutara cuando se diluyera el efecto del alcaloide. El espectáculo que él había presenciado incluía la mordedura de lengua del interrogado cuando pensaba mentir. Recordaba que el hombre casi se había cortado la lengua con sus propios dientes y la sangre brotaba a borbotones por entre los labios.

Se esforzó por borrar de la mente aquel recuerdo.

– Se los mata, Lucient –dijo el Buscador en tono docente– la sociedad se autoregula, y se purga de elementos dañinos.

Con la ficha en sus manos el Buscador bajó la escalera y se detuvo en la cocina, se tomó unos segundos para leer y luego lo escuchó llamar por teléfono. No entendía bien qué decía pero imaginaba que llamaba a Sai Xiau para pasarle la dirección de Saro.

Por lo que él sabía Sai Xiau residía en California, en alguna ciudad cerca de Los Angeles. De Miami luego de asesinar a Coogan, Sai Xiau había vuelto a su casa para ver como estaba su esposa.

A Saro le quedaba de vida apenas las horas del viaje.

A la casa de Coogan habían ido él, el Buscador y Sai Xiau, claro que Sai Xiau entró primero y luego entraron ellos dos. No había sido difícil localizarlo, sabían que los hackers siempre tienen amigos en su misma ciudad, suelen hacer esas amistades cuando empiezan con sus aventuras, los hackers locales son propicios para compartir experiencias una noche comiendo pizzas y tomando cerveza.

Había apenas un puñado de hackers posibles identificados por el FBI que residían en Miami, así que decidieron intervenir las comunicaciones de todos ellos. Capturaron una charla cuando Daniel estaba ya instalado en la casa de Key West, la comunicación era entre Coogan, Daniel y una tal Lyn que supuestamente era novia de Daniel. Obtuvieron varios datos importantes de ese evento, certificaron la amistad con Robert Coogan, descubrieron la presencia de una novia de Daniel que podría servir para ... para varias cosas, ubicaron la residencia temporal del objetivo, y se enteraron de que el hermano de Saro jugaba ajedrez, un dato menor pero que pudo ser útil si el NSA no guardara información de identificación de Saro.

La de Robert Coogan era la primer muerte que había visto, y esperaba que fuera la última. Sai Xiau ejercía su profesión con una simpleza descomunal, la víctima apenas tuvo tiempo de ver el rostro de su asesino cuando ya estaba tieso, tirado sobre el piso de su habitación. Fue rápido y limpio. Nada de

sangre, solo un paro cardíaco provocado por uno de los tantos inventos letales de MARYN. Lo peor no fue verlo morir, tampoco verlo muerto con los ojos abiertos y la lengua asomando, lo peor fue tener que sentarse frente a la computadora y tener que trabajar con el cadáver a su espalda.

Se sentó en el colchón sin saber bien qué hacer, si bajaba iba a encontrarse con el Buscador, quería un poco de aire fresco y la ventana de su cuarto estaba trabada, tal vez le convenía salir a la puerta del frente a respirar el olor de planta de eucalipto, con suerte no lo escucharía bajar la escalera.

Cuando estaba por incorporarse sintió la voz del Buscador llamarlo desde la planta baja.

Lo encontró en la cocina, sirviéndose un café del termo plateado, estaba apoyado sobre una mesa de madera de pino, soportando el peso sobre uno de los pies y con el otro cruzado por arriba.

– ¿Lo tenía escondido la NSA?

– Si.

– ¿No encontraste a nadie más?

– No.

– ¿Moloch, R/S, Alarde, Laud?

– No, nadie más. Tenían a Saro desde hace años por un viejo delito, parece que en su adolescencia alteró una central telefónica para ganar un concurso en un programa de TV, ganó un auto haciendo que la central solo recibiera llamadas desde la línea que él usaba.

El Buscador sonrió como quien escucha una anécdota de un viejo amigo.

– ¿Decía que auto?

– Un Pontiac rojo.

– Por supuesto –asintió, bajando su cabeza para mirar dentro de la taza de café donde el humo subía formando espirales.

– ¿Buscaste todas sus propiedades?

– Todas, están en la ficha, también adjunté los lugares de vacaciones donde estuvo registrado en los últimos diez años –dijo– bueno, siempre y cuando las reservas estuvieran informatizadas.

– Va a ser de gran ayuda.

– Eso espero.

El Buscador bebió un sorbo de café, solía tomarlo caliente, casi hirviendo y negro con muy poca azúcar.

– Voy a dedicar un rato a analizar la información obtenida, después voy a necesitar tu ayuda –le dijo, su gesto se congeló un instante y luego utilizó el índice para apuntarle, como si se le ocurriera una idea– necesito que veas algo.

Sacudió la cabeza a la derecha pidiendo que lo siguiera y avanzó hacia el

sótano.

Lucient no deseaba seguirlo, caminaba detrás de él mientras pensaba qué decir para evitar bajar, cuando descendió el primer escalón comprendió que ya no podía volverse, el ruido de la sierra le taladró los oídos, sus ojos tardaron unos segundos para habituarse a la oscuridad, el Buscador había llegado hasta abajo, y lo estaba esperando.

Con los ojos llenos de manchas verdes luchó por distinguir cada uno de los peldaños de la escalera, la luz de la lámpara pareció aumentar su intensidad al acercarse, tocó el piso de cemento y se detuvo junto a una vieja mesa con una notebook.

– No, nada en la máquina –dijo el buscador con voz firme, avanzando para que lo siguiera.

Los pasos de Lucient se volvieron vacilantes, no por su visión que ya se había adaptado a la semi-oscuridad sino por la sensación de que una figura deformada podía emerger de las sombras y arrojarse encima. Lo estaban guiando hasta la masa informe que sería el cuerpo de Ressler. A mitad del recorrido una imagen sobre la pared del fondo lo sobresaltó, luego comprendió que era el estúpido espejo de la bruja mala que era el Buscador, y que estaba viendo su propia silueta avanzar hasta el pasillo donde estaba la otra lámpara.

Escuchó un gemido, era casi un susurro de agonía, las piernas le temblaron y el estómago se le contrajo antes de asomarse y mirar en la misma dirección en que el Buscador lo hacía, lo que vio le hizo entrecerrar los ojos.

Mark Ressler estaba sentado sobre una tabla apoyada en pequeños caballetes, estaba desnudo y había manchas de sangre desde las comisuras de la boca hasta la parte baja de la garganta, y salpicaduras en la panza y en las piernas.

Lo hicieron morderse –pensó Lucient conteniendo un grito de repulsión, Viskes estaba parado detrás, y lo sostenía por debajo de los brazos con ambas manos. Un metro más atrás de las piernas del húngaro estaba la sierra, girando sus dientes a la espera de algo que devorar.

La mirada de Ressler era de profundo dolor, con las arrugas contorneando los ojos como rayos de un sol a punto de extinguirse, las manos apoyadas sobre las piernas temblaban con una frecuencia incontenible, el torso se hacía largo desde la cintura hasta las manos del verdugo, Lucient luchó con su voluntad para no desviar la vista cuando notó un bulto anormal bajo la piel del cautivo, a la altura de las costillas, donde decenas de manchas negras parecían crecer cada segundo.

El hombre emitió otro sonido bajo y gutural, caían lágrimas de sus ojos y por la boca entreabierta los dientes se veían oscuros, probablemente cubiertos de

una sangre espesa que comenzaba a enfriarse.

– Le gusta quejarse –dijo el Buscador, afable– pero no debe dolerle mucho, le dimos un poco de anestesia local para que pudiera mantener la conciencia y no muriera de un paro cardíaco antes de culminar el trabajo. ¿Dijo algo nuevo?

– No –graznó el húngaro convertido en el mejor elemento de la Gran Inquisición.

– Nunca se está cien por cien seguro –le dijo el Buscador a Lucient con cierta expresión reflexiva, la diferencia de colores en su rostro se hacía menos notoria en la penumbra– si bien nunca nadie mintió o escondió cosas bajo efectos de esta medicina, respeto mucho al amigo Mark, ... es decir, ... se preparó toda su vida para ser un héroe, un salvador. Le cae bien el título de mártir. Uno tiende a pensar que un hombre así moriría antes de quebrarse y traicionar sus principios, y que esa fuerza de voluntad lo llenaría de gloria en el momento de su muerte. –giró la cabeza hacia Viskes sin modificar la posición de su cuerpo– ¿se mantuvo en silencio mientras trabajabas?

– No –respondió el húngaro– suplicó como una niña, y respondió lo mismo que bajo efecto de la droga.

El Buscador mostró sus dientes inferiores y lanzó una frase como una maldición.

– Esta basura no vale ni la corriente que usamos en la sierra con la que vamos a cortarlo mientras observa.

Se agachó un poco para mirarlo a los ojos.

– Tiene miedo. ¿se cagó verdad? ¿por eso está sin pantalones?

– Cagó y orinó dos veces –sentenció Viskes.

El Buscador miró sus propios pies, simulando meditar mientras soltaba una frase para los oídos de Lucient.

– Pensaba ir contra el mundo.

Luego con la frente alta y la voz elevada.

– ¡Aquí está el salvador de los Hackers! ¡El gran Valhall! Me hubiera gustado admirarlo. Pero realmente lo detesto. Me da asco que defeque en su propia ropa y que delate a sus protegidos.

Ressler miraba con los ojos ausentes, Lucient imaginó que estaba sufriendo un shock, que no había muerto porque no se lo habían permitido, pero deseaba ese instante más que ninguna otra cosa y por encima de todo. No hablaba, no se volvía a insultarlos ni los escupía con furia, de hecho tenía ambas manos libres pero no se defendía, estaría un poco afectado por los narcóticos, pero no era por eso que no reaccionaba... era solo un pedazo de carne, si existía un alma había volado.

El Buscador retrocedió unos pasos para asomarse al espejo y mirarse el cabello, acomodando los más largos de los costados por sobre las orejas. Hizo una seña a Viskes y este extendió sus brazos de manera de dejar al prisionero de pié.

Ressler se mantuvo en equilibrio unos interminables dos segundos, con los ojos desorbitados y la manos abiertas a los costados, luego los huesos del tórax se volcaron hacia la derecha, el cuerpo se deformó como una bolsa de harina doblada en un costado, Lucient pudo ver las costillas chocando entre sí mientras el hombre alzaba los brazos al frente y trataba de caminar, el rectángulo que debía ser su pecho se convirtió en un paralelogramo, el hombre aulló de dolor y de espanto al ver sus huesos bailotear bajo la piel, el cuerpo estaba roto detrás de los moretones negros, y se seguía rompiendo mientras un cúmulo de saliva y sangre corría debajo de los labios, dio dos pasos y de su garganta salió un silbido, que le recordó a una sirena.

Lucient subió sus ojos al techo para no mirar, mientras intentaba retroceder porque veía que aquel cadáver ambulante se le acercaba, una mano gélida le apretó la nuca y tirando de los cabellos lo obligó a quedarse en su sitio y observar con terror el suplicio que vivía Ressler.

– ¿Es esto lo que no querías ver? –gritó el hombre a su espalda– .¿Por esto no entraste de inmediato a avisarme que encontraste a Saro?

El torso de Valhall se arqueó hacia atrás, se sintió un sonido grave extraño, Lucient pensó que eran los huesos desgarrando la carne, la hemorragia interna sería abundante, no podría vivir mucho más.

Escuchó la risa ahogada de Viskes disfrutando desde las sombras.

No intentó zafar de la presión que ejercía el Buscador en su cabeza, sería mucho peor si lo enfrentaba.

Ressler adelantó los brazos abriendo sus manos temblorosas en garra, dio un paso más y se arrojó sobre Lucient, al caer lo golpeó en el pecho y quedó colgado de su remera, con sus piernas inertes sobre el piso y la cara buscando su mirada, como pidiendo explicación.

Lucient lanzó un alarido de pánico que se afinó hasta desaparecer bajo el ruido demencial de la sierra, tomó aire y volvió a gritar mientras con sus manos golpeaba los puños de Ressler para que se desprendiera de su ropa, sintió la sangre del hombre mojarle el vientre y lanzó un nuevo sonido de asco y desesperación. Lo golpeó con su rodilla en la mandíbula dos veces hasta que logró que lo suelte, entonces notó que tenía libre la cabeza, el Buscador había retrocedido hasta el espejo.

Apartó con un pie la mano que intentaba aferrarse suplicante a sus zapatos, escuchó a su propia voz proferir insultos inteligibles, dio la vuelta hacia

la escalera de salida y corrió, sofocado por la oscuridad que parecía tragarlo. Tropezó al volver a la luz de living y caminó apurado a la cocina, tenía los ojos mojados de lágrimas y la frente fría de sudor, el estómago mandó comida hacia la boca, supo que iba a vomitar, no alcanzó a llegar a la pileta de la cocina, vertió el almuerzo sobre la puerta que daba al parque trasero, casi sin respirar por el llanto, no pudo soportar el peso de su propio cuerpo y cayó al piso, vio a la mesa de pino girar a causa de un mareo, volvió a vomitar, esta vez sobre su hombro, mientras quedaba tendido boca arriba, casi crucificado en la cocina del refugio del Buscador.

El ronquido de la sierra del sótano se agudizó, y Lucient supo que le había llegado la hora de la cena.

CAPITULO XXVII

Siempre lo reconfortaba descubrir que las cosas no eran tan complicadas como parecían, se topaba con tal conjetura varias veces al mes, por lo general cuando decidía realizar algo novedoso en su modo de vida, por ejemplo la primera vez que había armado una balsa para caer por una cascada en la selva ecuatoriana, o cuando se había montado en el caballo ganador del premio nacional más importante de Arabia Saudita a espaldas de los cuidadores. El recuerdo más fresco era el combate en el ring con Morris... se conocía a sí mismo lo suficiente para saber que la adrenalina era como parte de su alimentación, y que eran cosas y situaciones muy diferentes las que podían generar esa placentera sensación de haber logrado algo importante, los desafíos que se autopresentaba no solo solían ser a su valor sino también a su destreza intelectual, como pasaba ahora: acababa de romper la encriptación del archivo de Adrián Paez, y en menos tiempo del que llevaba armar una balsa.

Había decidido hacerlo luego de esperar en vano la llegada del mail de Valhall con el resultado del trabajo de Fermat. Pero no había puesto manos a la obra hasta esa mañana, cuando recibió la noticia de la muerte de Frank Mc'Clane. No pudo averiguar mucho más pero la telefonista de la cárcel hablo de secreto de sumario, lo cual le hizo sospechar que la causa de la muerte había sido de carácter dudoso.

Acusó el golpe de la noticia con cierto pesar, no era amigo de Frank pero le caía bastante bien, mucho mejor que Ressler, al menos Frank se destacaba en algo más que en abrir la boca. No estaba del todo de acuerdo con eso, hablar también era un don... pero Valhall... tenía algo que lo sacaba de quicio.

Y cargaba en su espalda el lastre de ser la insignia de un estado aleccionador con los piratas informáticos.

El primer razonamiento fue: pobre Frank.

El segundo fue: ya no decodificará nuestro archivo cifrado.

El tercero fue: Salteador, Robroy, Fermat, ... ¿Se había enterado Mark?

Y el cuarto: Mark se había puesto un poco paranoico con el tema MARYN, presentía un peligro más explícito que el resto de Nacaals, ¿Por qué aún no los había puesto en alerta de la muerte de Fermat? El también estaría a la espera de la desencriptación, era imposible que no se hubiera comunicado.

Entender el código descriptado le llevó apenas media hora, no su

lectura, sino comprender el verdadero significado. El archivo era un fragmento de código en lenguaje ensamblador, Joshua no tenía inconvenientes en leerlo, era lo primero que había aprendido cuando comenzó su contacto con las computadoras, a veces jugaban con R/S apuestas a desarrollar pequeños programas mentales en ensamblador, algo parecido a lo que solía hacer con su hermano de niños, cuando jugaban en un ajedrez imaginario, cada uno acostado en su cama y con la luz apagada.

El primer programa desplegaba el código de una de las partes más críticas de un firmware que se distribuía con los equipos que MARYN comercializaba, había un salto sutil a una rutina que sencillamente no hacía nada. Tenía un contenido, mucho código pero sin significado, las variables que seteaba jamás volvían a usarse. Un supervisor del sistema podría suponer que eran restos de una utilidad no totalmente desarrollada o anulada luego de haber planificado su desarrollo, era extraño siendo un software de máxima seguridad, pero podía pasar. Solo que en el segundo programa se veía una imagen especular del primero, es decir eran idénticos excepto por la rutina que no cumplía función, porque en este caso estaba vacía.

Los programas iban acompañados de distintas fechas de relevamiento que sería cuando Adrián Paez había tomado las muestras para analizar, las fechas diferían en dos meses, siendo la que tenía el código inútil la anterior y la vacía la posterior.

Si no había habido ningún reemplazo del firmware ¿como había desaparecido el código de un chip incrustado en la computadora? No podía hacerse por software, esos chip se borraban con un aparato especial, además no estaba totalmente borrado, solo una rutina, y una rutina sin ninguna funcionalidad.

Ahora entendía qué había llamado la atención de Páez, y por qué lo habían matado.

¿Cual fue el bug, MARYN? ¿Porqué revelaste algo por lo cual tuviste que matar?

Y seguir matando.

No era una persona de apresurar conjeturas, pero si habían matado a Fermat significaba que sabían que él iba a desencriptar el código, y que lo supieran significaba que habían presenciado la charla donde Valhall propuso a Fermat para dicho trabajo, y considerando que RobRoy murió la misma noche, era muy probable que lo hubieran matado y sustituido en el chat. Por consiguiente ahora podía estar seguro que ambos habían sido asesinados.

Tal convicción lo sorprendió con crudeza.

¿De verdad estaba pasando?

¿Estaban tras ellos?

De pronto se sintió raro, presa de las náuseas que le solían surgir desde la boca del estómago cuando se enfrentaba a un peligro, náuseas de miedo.

La mayoría de la gente que conocía tenía la creencia de que él era una especie de fenómeno que tenía amputada la posibilidad de experimentar el temor o ejercer la prudencia. Por suerte no era así, lo cual le permitía vivir más intensamente los riesgos cotidianos. Estaba acostumbrado a exponer su integridad física en pruebas difíciles, eso era una cosa distinta al suicidio. Nunca pensaría en hacer algo en donde hallara altas probabilidades de perder la vida.

La sensación de tener tras él gente buscándolo para asesinarlo no fue grata a su mente, no era lo mismo que saltar de una roca a otra en una montaña con el vacío a tus pies, ahí estabas atado a una cuerda que te sostendría en caso de patinar con la nieve, ahí había variables endógenas controladas, si se convertía en un fugitivo centenares de variables exógenas imposibles de advertir minarían cada instante de tiempo en el camino de su marcha agitada.

Sin embargo la realidad indicaba que era un objetivo auténtico para los criminales que debían cubrir con muertes sus estafas.

Pero ninguna de las víctimas conocía su verdadera identidad ni la forma como hallarlo. Siempre había cuidado su anonimato.

Fue un alivio pensar que Janet no estaría en la ciudad por dos semanas, tal vez la idea de salir a recorrer un poco el mundo no fuera tan mala, solo por precaución.

Luego de tantos años de amistad (podía llamarlo amistad), conocía bien los horarios de Gail, esperó cuarenta minutos para buscarla en el chat, mientras releía los programas de Paez.

Saro	Te buscaba
Capitana	¡Hola!, no es un buen día para hablar hoy, Saro. Estoy hasta la cabeza de trabajo.
Saro	¿En tu casa?
Capitana	Bueno, prefiero eso a quedarme encerrada en la oficina hasta esta hora.
Saro	Hay que despejar la mente cuando termina el horario laboral, el stress va a lograr que rindas menos.
Capitana	¿Con quién hablo? Me olvidaba que jamás recibiste presiones laborales.
Saro	Eso es muy duro e innecesario.

Capitana	Perdón, no estoy de buen humor hoy.
Saro	Pensaba distraerte un rato.
Capitana	¿Y eso me haría bien? O luego tendría el doble de angustia al ver lo poco que avancé en el tiempo transcurrido?
Saro	No sé, sos muy complicada.
Capitana	Eso es historia vieja.
Saro	Necesito un favor.
Capitana	¿El gran Saro pidiendo un favor? Espero que no sea indulgencia para alguno de tus amigos porque ya conocés mi postura al respecto.
Saro	Vamos, dame una oportunidad ¿es el único favor que te pediría?
Capitana	¿Cual otro?
Saro	Se me ocurren muchos ahora.
Capitana	Hablemos en serio, Saro.
Saro	No hay nada más serio. ¿Cuántas veces tengo que decirte que me gustaría encontrarme con vos? Nada muy loco, no te propongo sexo, al menos por ahora, solo me gustaría charlar cara a cara.
Capitana	¿Y no tendrías miedo de que el FBI se sentara en la mesa de al lado?
Saro	¿Quién hablo de una mesa?
Capitana	No se puede hablar sin una mesa en medio.
Saro	Es una idea ridícula.
Capitana	Sí.

Joshua sonrió con gran alegría, imaginar una cita con Gail era una de las ideas a las que recurría cuando deseaba soñar, pero proponerle una salida era inquietante y le hacía temblar el corazón. Pensaba que tal vez Gail era una de las pocas mujeres que lograba eso. No deseaba jugar con ella, y solo buscaba el momento para lograr el encuentro esperado, aunque después tuviera que crear otra imagen para soñar cuando necesitara complacer su espíritu romántico.

Hablar con ella siempre lo sacaba un poco de la realidad para transportarlo dentro de aquel sueño, donde sus cuerpos se entrecruzaban y se mezclaban las respiraciones en una cama. Intentó disipar la escena en su mente para continuar el diálogo.

Saro	En realidad quería contarte algo.
Capitana	¿No será una triste historia de amor? Porque conozco demasiadas en donde soy protagonista.
Saro	Gail. Estoy en problemas.
Capitana	Eso es una constante en tu vida.
Saro	Es en serio.
Capitana	¿De qué hablamos? ¿Qué hiciste?
Saro	La verdad es que nada. Esta vez el problema acudió a mi encuentro.
Capitana	¿Que tan grave es? ¿A que Agencia te echaste en contra?
Saro	Ninguna agencia. Una empresa.
Capitana	¿Cuál?
Saro	MARYN, una empresa de armamento bélico.
Capitana	Si, se cual es. ¿qué pasó?
Saro	¿Que sabes de MARYN?
Capitana	No mucho, el gobierno es cliente así que mandamos un perito a supervisar la seguridad informática del lugar, al presidente le gusta certificar que los terroristas no estén al tanto de los armamentos secretos. MARYN como cualquier otra compañía, no puede vender al Estado si no cumple ciertas normas.
Saro	¿GCIC supervisa a MARYN?
Capitana	No tan directamente, es el gobierno a través nuestro, viene gente de NSA a trabajar con nosotros en el peritaje. Pero eso no está bajo mi mando.

Saro	¿Puede averiguarse más?
Capitana	Creo que si, pero depende para qué. ¿En qué te metiste?
Saro	No se si es bueno decirte, creo que hay gente muriendo por saber lo que yo sé.
Capitana	¿Cómo? ¿Quiénes están muertos?
Saro	Frank Mc'Clane y otras tres personas que no conocés.
Capitana	¿Mc'Clane? ¿Lo mataron en la cárcel?
Saro	Si, y creo que me buscan a mí.
Capitana	¿Quieren matarte? ¿Quien? ¿MARYN?
Saro	Exactamente.
Capitana	¿Por qué?
Saro	No me gustaría involucrarte en esto.
Capitana	Si estás en esto no voy a quedarme afuera, voy a ayudarte. No se qué tan cierta es tu paranoia de que tratan de matarte pero por las dudas te aviso que estás en descubierto.
Saro	¿Cómo?
Capitana	Saben quién sos, la NSA lo sabe.
Saro	¿Me conocen?
Capitana	Se donde vivís, tengo una foto tuya actualizada, estas registrado por las agencias. Si tus enemigos tienen acceso a esa información va a ser mejor que vayas preparando tu equipaje.

Se tomó unos segundos para digerir la noticia. ¿Sabían donde vivía? ¿Tenían su foto? ¿Como mierda había llegado a esa situación?

Saro	No entiendo por qué no estoy preso.
Capitana	Sos el señuelo para capturar al resto: Moloch, R/S, Laud, Alarde. Están esperando que los guíes. Te usan como a Valhall. Solo que Nacaals se cuida de Ressler, pero no de vos.

Pensó en Gail, lo que estaba revelando podía ocasionar su ruina, que la desterraran del mundo de la seguridad informática por siempre, ya se estaba arriesgando demasiado para necesitar enterarse de la trampa de MARYN.

Saro	Gracias.
Capitana	No te preocupes por nada que no sea ponerte a salvo.
Saro	Gail ¿dónde esta la planta adonde viaja el supervisor del GCIC? ¿En qué estado?
Capitana	¿Estado? No, esta en el sur del continente, en Argentina.
Saro	¿Argentina?
Capitana	Si, en la Patagonia Argentina.

No le llevó nada recordar el Aconcagua, había estado en la cordillera entre Chile y Argentina hacía ya tal vez unos diez años. Casi había perdido la vida cuando se desmayó en la cumbre por la falta de oxígeno. Recordó la nieve y la tierra árida del llano, y una fugaz visita al glaciar Perito Moreno.

Pensó en reclamarle a Gail por qué nunca le había contado que conocían su identidad. Pensó en descargar en ella su ira, pero se contuvo.

Saro	¿Podemos averiguar algo más de MARYN?
Capitana	Probablemente, pero tengo que saber qué pasa, ¿por qué quieren matarte?
Saro	No quiero decirte mucho.
Capitana	Es bajo mi responsabilidad, ya estoy grande Joshua.

Le sorprendió ver escrito su nombre en una sesión de Chat, probablemente era la primera vez que ocurría. Gail entendió el impacto y esperó paciente la respuesta de Saro.

Saro	Meterte en problemas es lo último que haría.
Capitana	Si, ya sé. Pero trabajo de esto ¿verdad? si MARYN esta en algo turbio hay que

	detener las compras del gobierno de EEUU.
Saro	No tengo pruebas.
Capitana	¿De qué?
Saro	De que MARYN está colocando trampas en un software que comercializa. TeXeus.
Capitana	No lo conozco.
Saro	Es nuevo. Un S.O. de máxima seguridad para equipos propietarios de MARYN. En realidad es para el último modelo de computadora y supuestamente compatible con todos los próximos modelos que fabriquen.
Capitana	MARYN provee al gobierno de sistemas de guía de vuelo que se utilizan en misiles con ojivas nucleares, armas de última generación, de nanotecnología, armas biológicas, además de los sistemas informáticos para sus equipos en bases militares.
Saro	¿Es un proveedor importante?
Capitana	Creo que es un proveedor chico en cuanto a cantidad aunque como verás son productos muy importantes, no estoy al tanto de todos los negocios que realiza. Deberíamos dar aviso a NSA, es un problema de defensa nacional.
Saro	¿Con que pruebas, la palabra de un hacker fugitivo?
Capitana	Puedo apoyarte.
Saro	¿A costa de tu trabajo?
Capitana	Esto es más serio que un trabajo, Joshua. ¿De donde nacen tus sospechas?
Saro	Tengo el informe de auditoría de quien supervisaba el software TeXeus en Magafield Data. El autor es uno de los muertos de los que hablaba, junto con su

	esposa y un hacker amigo del hijo de ellos y ya te dije de Frank. Tengo parte del código assembler tomado del mismo hardware de la computadora de Magafied, en dos momentos distintos el contenido difiere.
Capitana	¿Como que difiere? ¿Nadie cambió un chip?
Saro	Nadie se acercó a la máquina pero se reemplazó parte de un código en forma automática. El reemplazo fue por blancos, lo cual no puede afectar al funcionamiento general porque la rutina anterior no hacía absolutamente nada, pero si están matando gente debe ser que no quieren que nadie profundice la investigación.
Capitana	Podría ser un bug.
Saro	Si, puede ser un error o ser adrede. No lo sabemos, pero dadas las características de la empresa me inclino por la segunda opción.
Capitana	Si es así el problema es grave.
Saro	Muy grave y está en peligro mucha gente.
Capitana	No quiero ni pensarlo.
Saro	Si, ya lo sé. ¿que hay de Nacaals? ¿No conocen a nadie más?
Capitana	No.
Saro	¿Seguro?
Capitana	Por supuesto, yo lo sabría.
Capitana	Joshua, yo podría pedir una investigación sorpresa en algún lugar donde tengan el software instalado.
Saro	¿Con orden judicial?
Capitana	Si, con eso podríamos analizar el hardware y ver qué funciona mal.
Saro	Es un trabajo de meses.
Capitana	Si, pero congelaríamos las compras y

	quizás hasta el uso de los equipos si convencemos a NSA de que hay algo sospechoso en los sistemas de MARYN.
Saro	Te expondrías.
Capitana	El problema está más allá de nosotros, ... no creo que se metan conmigo, al estar la sospecha planteada ya no tendrían motivo para sacarme de en medio.
Saro	No sé, no lo veo tan claro.
Capitana	En realidad yo tampoco, pero creo que no tengo opción, alguien tiene que hacer algo y estoy en una posición privilegiada para continuar tu iniciativa, mientras tanto escondete, desaparecé de tus lugares habituales.
Saro	Soy nómade, no tengo lugares habituales.
Capitana	Cierto, lo había olvidado.
Saro	¿Estás segura de esto? Moriría si te pasa algo.
Capitana	Hoy tenés que preocuparte por vos, yo me arreglo.
Saro	Gracias por todo, Gail. Creo que voy a preparar mis cosas para irme.
Capitana	Es lo mejor. Cuidate.
Saro	Te mando un beso.
Capitana	Otro para vos.

Saro se desconectó sin dejar de mirar sus manos.

¿Desde cuando le estaban temblando?

No conocía los horarios del Salteador como los de Gail, tampoco tenía idea de en cuál estado estaba escondido, pero estaba seguro que se refugiaba en un hotelucho que no tuviera una computadora conectada a internet para la registración.

Había estado investigando un poco de la vida de su nuevo amigo Daniel, complacía un viejo vicio de curiosidad hacia sus compañeros, supo que había vivido en Argentina e imaginó que no le desagradaría volver.

El mail fue bastante breve.

¿Qué te parece un viaje a tu país natal?
Dicen que es el lugar donde duerme nuestro Troll.
Hablamos en el Chat.

Apagó la máquina y rápidamente empezó a juntar sus cosas.

CAPITULO XXVIII

La casa estaba lo suficientemente deteriorada como para que hubiera rendijas que dejaran pasar el viento frío de la noche, las paredes que en su momento habían sido pintadas en amarillo claro ahora presentaban un ocre opaco con los bordes verdosos por el moho que se acumulaba en los contornos de las rajaduras luego de cada lluvia.

Estaban en el cuarto que había elegido como su habitación, había decidido trasladar allí los papeles del sótano pues luego de despedazar cuidadosamente a Ressler con la sierra el olor a sangre no había podido disiparse, el subsuelo de la casa estaba muy cerrado, con ningún orificio al exterior más allá de la puerta que daba al pasillo de entrada a la cocina.

Viskes aún estaba cavando un pozo para enterrar la bolsa de plástico con las partes de Valhall que habían quedado regadas por todo el piso y que pacientemente había juntado y amontonado en el tambor (otro aditamento útil que los acompañaba en la van) para reducir su tamaño con un extraño ácido que Ryerson les había suministrado, luego utilizaría la bomba hidrolimpiante que despegaría la sangre y los pedazos de carne de la pared y hasta del techo. Solía ser molesto limpiar luego de trozar a alguien pero lo tomaban como tener que lavar los platos después de comer.

Tenía la computadora encendida, conectada a la corriente eléctrica para recargar batería mientras trabajaba, había acomodado una mesa para Lucient a su lado (no sabía por qué Lucient era esquivo al trabajo físico), después de descomponerse y ensuciar toda la cocina Lucient había llorado y dormido un rato en su habitación. Ahora aunque todavía pálido del susto, estaba de nuevo listo para el trabajo.

Olvidaría a Saro por unos minutos, después de todo ya estaba localizado y dos agentes viajaban para visitarlo.

Si todo marchaba bien Joshua Baker dejaría de ser un problema.

Aún quedaban los otros.

Comenzaría con Moloch.

De acuerdo con la conversación presenciada como RobRoy, el Buscador podía decir que Moloch se mostraba como una persona irónica, cuya mordacidad respondía a un sentimiento de desprecio hacia sus colegas. Además según dichos de Alarde Moloch era un ser propenso a la intoxicación, seguramente drogas alucinógenas. En el FBI tenían apenas un dato de Moloch, era alemán, o

al menos desde allí operaba, se sabía eso por un informe de la famosa cazadora de hackers Gail Preston. El tipo de personalidad sugería que podía ser de la vieja Alemania Occidental. Alguna ciudad grande, podía ser Bonn.

Había dos docenas de hackers en toda Alemania identificados por los servicios de seguridad locales que podían ser Moloch, uno por ejemplo estaba sospechado de haber robado claves de tarjetas de crédito y abusado de la compra de productos electrónicos. No estaba probado. A otro lo habían acusado del robo de medio millón de dólares de un correo privado, y la policía había vigilado de cerca sus movimientos financieros hasta hartarse, luego dejaron de invertir tiempo en él. A Lawrence le había llamado la atención, y había continuado un poco dicha investigación para conocer el capital actual del joven pero no había encontrado más que unos pocos marcos en una caja de ahorro. Lo descartó, no lo había robado él, no era probable que alguien guardara el dinero tanto tiempo sin darle uso. Tal vez ni siquiera era un hacker.

Los otros habían cometido delitos diversos, algunos estaban acusados de asociación ilícita por conformar una pandilla de piratas que estafaba a las empresas de telefonía alemanas, otros habían adquirido cierto renombre por emprender hackeos contra la Interpol.

Eran todavía muchos los sospechosos como para decidir una persecución personal, y tampoco era factible matarlos a todos. Había que profundizar un poco la investigación para descubrir al verdadero Moloch.

Moloch era el nombre de un demonio.

Según la biblia era una deidad de los amonitas.

Moloch era una palabra hebrea que significaba “el que reina”.

Había existido un culto a Moloch, y en las ceremonias dedicadas a él se sacrificaban niños como holocausto.

En demonología Moloch era un príncipe del infierno que hallaba especial placer en hacer llorar a las madres porque acostumbraba a robarles a sus hijos.

Sin siquiera mirarlo le indicó a Lucient que le dijera quienes de los alemanes hackers que tenían pre seleccionados eran adoptados o tenían un hermano adoptado, o eran viudos y tenían hijos. También pidió la lista de aquellos que hubieran comprado libros de demonología por catálogo en los últimos cinco años.

Podía ser un hombre atormentado por lo oculto, lo religioso, lo maligno.

¿Cuántos figuraban en la lista de donantes en las iglesias o sinagogas?

Moloch era hebreo o católico.

¿Quiénes habían sido detenidos por uso de estupefacientes?

¿Alguno había sido raptado de niño?

¿Alguno era de familia acaudalada?

Nadie cumplía todas las consignas pero la lista se acortaba bastante buscando los nombres que más veces aparecían.

Vamos Moloch, sos un maldito droguero, pedante y bravucón. Seguramente vas por la vida dejando tu huella.

Por experiencia sabía que los adictos solían ser personas débiles de carácter (no parecía el caso de Moloch) o personas del tipo Cómodo.

Los Cómodos amaban la libertad, la presencia tan cercana del comunismo, el muro de Berlín, los servicios (incluyendo a Viskes) operando en toda Alemania habrían exacerbado las ansias de libertad y la proclama al derecho de ser uno mismo.

Moloch no era rebelde, era de los que saben cumplir las reglas de juego, pero también saben que a las catorce horas termina su horario laboral, y el resto del día es para su propio interés. Nada debería impedirle la búsqueda de su felicidad.

El Cómodo es creativo, muy creativo.

Moloch era un hacker, un hacker era creativo, pero faltaba más, Moloch no podía contentarse solo con la informática como medio de expresión de su talento, probablemente escribiría o sería músico, arquitecto, pintor, escultor, ingeniero civil.

Le pidió a Lucient que mezclara aquel cóctel en su notebook.

No era un hombre generoso, el Cómodo no daba más de lo que de él se esperaba, no sería muy servil a una esposa que intentara tiranizarlo tanto por el lado de hacer el papel de constante víctima como por el otro de intentar mandonearlo, Moloch sabría decir cuando era suficiente.

¿Cuanto sospechosos estaban separados?

Apostaba lo que fuera a que Moloch no llevaba reloj, los cómodos no se preocupaban por el paso del tiempo.

¿Por qué despreciaba a sus compañeros de Nacaals ? ¿Por qué ese rechazo?

Era fácil pensar que le exigían más de lo que estaba dispuesto a entregar, posiblemente le sugerían disciplina, el cumplimiento de un código de ética que estaba lejos de ser el suyo. Moloch veía a sus colegas como los directores de TV pueden ver la imagen de un censor, sería alguien que amputa la belleza de las cosas. Alguien que no entiende el contenido de la pieza artística.

No era frustración lo que lo llevaba a la droga, era placer puro. Le gustaba disfrutar la experiencia, el éxtasis.

Por otra parte podía clasificar a Moloch bajo otras concepciones de personalidad.

Lo imaginaba introvertido, con un gran mundo interior que consultar y donde perderse aislándose cuando le viniera en gana, por ejemplo leer un buen libro o sumergirse en una película de cine. Eso no significaba que hablara poco, sólo que tenía dentro suyo mucho para atender.

Considerando algunas respuestas de Ressler acerca de Moloch, evidenciaba que no guiaba su percepción tanto por los sentidos mismos, no prestaba tanta importancia a los estímulos del entorno en cuanto fueran sensoriales sino que tenía predilección en su orden mental el contenido intuitivo de la realidad, se orientaba por lo que a él le parecía que los demás pensaban y no tanto por lo que escuchaba o leía en una pantalla.

Una persona así era muy dura para discutir, pues no había argumentos que la convencieran de una intuición errónea y eso acarrea problemas y discusiones interminables.

Pero algo debía atraerle de Nacaals, las personas como Moloch aprendían mejor en un ambiente informal y flexible, era muy posible que Saro y Laud hubieran oficiado como sus profesores, según el decir de Ressler ellos habían fundado Nacaals, y el resto fue integrándose paulatinamente, primero R/S, luego Moloch, Valhall y Alarde. Saro y Laud no podían haber influido en Moloch tan estrictamente por consiguiente el alemán se debería sentir a gusto con sus docentes y modelos.

De dos docenas la lista de sospechosos se redujo a cinco, pero aún no estaba listo para señalar al verdadero Moloch, necesitaba un poco más de información.

Decidió cambiar a Lyn.

La noviecita del Páez pichón, se había involucrado poco y no presentaba peligro aparente, de todas formas le sería útil para presionar a su novio y además prefería pecar de demasiado prudente y no de descuidado.

Las agencias no tenían registros de ninguna Lyn, no existía una hacker con ese nick en las redes, simplemente la chica no era una hacker, aparentemente era sólo una especialista en virus. Sabía esto porque la relacionaba con la Lyn que había encontrado participando en un concurso de guerra de programas donde la chica había obtenido el primer premio. También tenía una filmación de un conejo de peluche lo suficientemente convencional como para no aportar ninguna pista.

De los chats grabados del concurso y de las dos conversaciones que tenía impresas, una la que lograra interviniendo las comunicaciones y la otra participando como RobRoy, notaba que Lyn era una chica tímida, intelectual, estudiosa, amante de la informática y con ínfulas de investigadora. Lyn era lo que él llamaba “la persona menos pensada”, esa que puede sorprender a todos

con un acto insospechado. Apostaba a que casi nadie sabía que había ganado tal concurso, también apostaba a que existía una no necesariamente escasa pero sí difícil comunicación con sus padres.

Había tenido a Lucient y a un dibujante que había pedido prestado a Ryerson paseando con una foto por las playas de Miami (Los Sai Xiau no podían volver a la ciudad y Viskes estaba ocupado esos días) preguntando si reconocían el rostro de Daniel Páez, un joven desaparecido de su casa unos días atrás. La búsqueda fue infructuosa hasta dar con un grupo de surfistas que los conocían, preguntó acerca de Lyn y logró un identikit algo vago que luego comparó con la foto carnet del archivo univesitario de cada una de las compañeras de curso de Daniel. Simplemente una corazonada.

El rostro del dibujo compatibilizó con algunas irregularidades con exactamente quince chicas. Descartó a las que tenían novio (ahí sí Viskes reemplazó a Lucient en los seguimientos, Lucient no sabía como seguir ni a una tortuga renga) y quedaron ocho. Ocho niñas de Miami todas con computadora hogareña y ninguna con un entusiasmo enfermizo demostrado por la informática.

Intervino las comunicaciones de todas para ver que obtenía, sabía que se estaría contactando a través de un programa de codificado y que no habría manera de leer el contenido de sus mensajes, pero al menos reconocería un encriptado y podría localizarla. Pero nadie envió ni recibió mensajes encriptados, al menos no desde su casa, probablemente se había comunicado en un data center. Acababa de pedirle a Ryerson ocho personas para seguir a las ocho niñas durante el tiempo que fuera necesario. Sabía que estaba cerca de poder conocerla personalmente.

El caso de Daniel era distinto, ya conocía al pichón casi tanto como lo había conocido su padre, tenía varios megas de datos acerca de él, su fisonomía, sus fotos, su notas de colegio, su partida de nacimiento, los medicamentos recetados por el pediatra, el mapa odontológico, filmaciones, noticias de su vida de Boy Scout en la tierna infancia, ...

Lo sabía todo, excepto dónde mierda estaba escondido.

Y lo que sabía no le gustaba: el chico estaba dispuesto a saltar al vacío.

La suerte no les había sonreído cuando Páez fundó sospechas en MARYN, nadie había imaginado que la esposa de Páez era agente del servicio secreto.

¡Una verdadera locura!

¿Cuántos auditores hay con esposas agentes?

La puta madre del chico era la culpable, de ella había heredado los genes. Si ella no hubiera intervenido todo estaría tranquilo ahora, y nadie estaría tratando de derretir una bola de nieve gigante.

Además lo había adiestrado, había pasado toda una vida enseñándole subrepticamente tácticas de defensa. Ahora el chico era un espía nato, lo había incorporado desde el biberón.

Y les complicaba el trabajo, robar los manuales de Magafield Data, incluir a Nacaals en el asunto... era un certificado de problemas con las mejores garantías.

Además ¿qué ridiculez es esa de ‘agente retirada’? Un agente nunca se retira, se lleva la acción demasiado incrustada en el cerebro, ... una suerte de doble personalidad. Habría sido una experiencia bastante esquizofrénica para Carol Ritchie llevar consigo un arma escondida en su lado oscuro, dejándola asomar contadas veces pero enseñando a su hijo a usarla.

Carol había hecho carrera en el USSS.

Se había incorporado a las filas de muy joven, primero había formado parte del división uniformada del servicio secreto, es sabido que el USSS no usa uniforme, excepto esta ‘policía de la casa blanca y embajadas’ y la fuerza policíaca de la tesorería. Carol había integrado ambos cuerpos, quien fuera que la apadrinaba en el servicio (no había podido averiguarlo pero era seguro que tenía un protector allí) había decidido adiestrarla para un cargo directivo, y pasearla por todos los puestos lograba darle un conocimiento global de la fuerza.

Carol había participado en la protección del presidente, la familia del presidente, el vicepresidente, la familia del vicepresidente, algunos candidatos presidenciales, jefes de estado extranjeros, y en algunas ocasiones había viajado al exterior acompañando a diplomáticos americanos.

Su legajo además mencionaba haber cumplido servicio protegiendo documentos históricos (originales de la constitución, la declaración de la independencia, etc).

Pero en esencia el USSS era la policía del tesoro, algo así como el protector de la moneda del país, por ejemplo tenía jurisdicción directa sobre la falsificación, allí también había metido sus narices Carol viajando a Bogotá a colaborar con la policía colombiana en la captura de unos falsificadores de bonos.

Para Lawrence lo más adiestrador del trabajo en el USSS era la protección de personalidades en un discurso o acto público. Imaginaba a Carol, con traje ceñido a la cintura, lentes oscuros y pose de auténtico samurai americano dispuesta a dar su vida por el presidente o quien fuera el agraciado de turno a proteger. Sudando al rayo del sol y acomodando el micrófono en su oído periódicamente, atenta al alarmante grito de “¡Arma!” para caer encima del sospechoso o anteponer su cuerpo en el camino del proyectil. La imaginaba expectante, presa del frenético estrés de observar cada uno de los rostros de cada

una de las personas en interminables multitudes, escuchar las palabras buscando insultos entre victoreos y aplausos, analizar las expresiones buscando odio, psicosis, ojos vidriosos perdidos en la droga, Chapman, Agca, Oswald, alguien como ellos podía estar allí, intentando llegar a su víctima. Esa experiencia deja huellas, convierte a la gente en maníacos analíticos, los lleva a imaginar e interpretar gestos, a advertir personalidades y desarrolla cierta intuición inexplicable que siempre clarifica la realidad.

Era una suerte y un mérito que tanto Carol Ritchie como su amiga Maggie Baxter estuvieran muertas y cortada la liana que podía unir a Nacaals con el servicio secreto.

Magafield necesitaba un informe de auditoría para presentar al directorio, la consultora contratada para el trabajo era de mediano tamaño pero de buena reputación en la auditoría informática, Michael Fogel era líder de proyecto en los trabajos más importantes, confiaba sobremanera en la capacidad de su amigo Adrián, de forma que repartía la carga laboral entre el personal permanente de la empresa y sumaba lo que consideraba delicado a la cuenta de Adrián Páez. La consultora le permitía hacerlo pues tenían las mejores referencias de Páez y en los cinco años que trabajaban juntos había realizado varias auditorías exitosas. Páez era una fórmula probada, un componente efectivo y con el bajo costo de ser externo. Podría haber sido Einstein en persona y no habría advertido nada extraño en el sistema si no hubiera fallado Callaham. Lucient sabía decir que los errores eran siempre humanos. Lawrence estaba de acuerdo.

Daniel estaría escondido ahora, ¿dónde? Su intuición decía que en algún hotel o casa de huéspedes cerca de la frontera con México pero la prudencia afirmaba que no podía invertir recursos en investigar la zona por una simple corazonada. Podía estar en cualquier lado, hecho un ovillo en la oscuridad por ahora, aunque siempre cometían algún error que delataba sus coordenadas, además tenía a la policía de los estados fronterizos tras él, Lucient había alterado los archivos informáticos para agregar a Daniel en la lista de delincuentes prófugos de la justicia, le había inventado cargos menores y con sus credenciales falsas del FBI podrían luego ir a buscarlo una vez efectuada la captura, había resistido la tentación de repetir la rutina con el propio FBI pues consideraba engorroso quitarle a los federales un prisionero de entre sus manos.

De todas formas no abrigaba grandes esperanzas a no ser que Páez cometiera ese error que estaba esperando.

Por eso necesitaba a Lyn.

Debían morir.

Lawrence no encontraba interés en la muerte, solo era algo que debía

pasar. Antes o después, era inevitable. El filósofo griego Epicuro ya trescientos años antes de Cristo había afirmado muy acertadamente que la muerte no debía ser un tema de preocupación para el hombre pues mientras se esta vivo la muerte no esta presente, y cuando la muerte llega el hombre deja de existir.

Con las uñas apenas largas sobre unos dedos huesudos, Lawrence rascó el frente de sus incisivos para quitar posibles rastros de su alimentación. El cepillo dental no cumplía siempre su trabajo eficazmente.

Su mente pasó una página para atender una nueva búsqueda: Laud.

Laud no representaba un gran desafío, Lucient estaba trabajando de acuerdo a sus directivas y tendrían los datos suficientes para localizarlo rápidamente. Por desgracia para él, los compradores de artículos suntuosos como violines Stradivarius estaban registrados y también lo estaban los nombres de las mascotas de acuerdo al plan de vacunación, ¿cuántas coincidencias de ese tipo podía encontrar en Bulgaria?

Además si tocaba el piano era muy factible que tuviera estudios de conservatorio. Se sabía que era búlgaro, los virus de su autoría se desparramaron por todo el mundo fijando epicentro en Bulgaria, hasta por las estadísticas de infecciones (había trazado una curva de distribución normal y estudiado la dispersión) se animaba a aventurar que Laud residía en los alrededores de Varna.

Por lo que sabía, Varna era o había sido un lugar de importante relevancia turística con una infraestructura hotelera que supieron desarrollar y aprovechar las altas esferas rusas.

Lawrence conocía el país aunque nunca había visitado el perímetro del Mar Negro, sabía bastante de Bulgaria porque era parte del bloque comunista, y había asimilado bastante de cultura soviética en su paso por el servicio de inteligencia de Alemania Oriental durante los últimos años de guerra fría.

Bulgaria, a lo largo de la historia de las civilizaciones había sido una región afectada en forma continua por invasiones de potencias de la época, la última, la de la URSS, al menos había dejado un aporte importante: una gran inversión en tecnología y capacitación para el uso de la misma. Solía ser bueno para los países y sus habitantes tal crecimiento técnico e intelectual, el caso particular de Bulgaria indicaba que no era tan bueno si no se tenía posibilidad de aplicar esos conocimientos como medio de vida. La producción de virus en forma masiva fue el resultado de ese ensayo soviético, donde cientos de jóvenes frustrados y en rebeldía con la humanidad practicaban el terrorismo informático como hobby y pasatiempo fundamental.

Rusia había pensado a Bulgaria como una fuente de hardware, quería que esa nación computarizara todo el bloque soviético convirtiéndose en el valle

de Silicon comunista, había planeado el desarrollo de hardware pero no del software, así fue que el talento de los búlgaros se torció hacia el crackeo de software americano, violando su seguridad para poder hacer copias ilegales.

Laud era hijo de esta generación, de ese país sometido al que no le quedaban más héroes que los creadores de virus.

Creía que Viskes había estado alguna vez en Sofía. Estaría complacido de volver, era un hombre nostálgico en lo que se refería a historias de la zona linderas a sus orígenes.

¿Que sabía de R/S?

Un hombre de mucho carácter y muy mal llevado según su apreciación.

Según Valhall una persona muy inteligente. Un científico. Un inventor.

Sin duda alguna tenía conocimientos de electrónica. La sigla R/S era muy usada para representar un Reset/Set. Para los expertos en técnicas digitales el Reset/Set era un circuito biestable, lo que a veces se denomina flip flop. Era el circuito de un bit. El punto de partida para el almacenaje de información en la memoria de un computador.

Había mandado a Lucient a rastrear en los news y las suscripciones a revistas científicas, no había encontrado a R/S en ningún foro de debate, pero probablemente porque no habían acertado su tema de preferencia. Ni siquiera tenía idea de su nacionalidad.

Para atraparlo debía hacerlo salir de su madriguera, que asomara la cabeza más allá de la trinchera que lo protegía. Pensaría como.

Le quedaba Alarde.

Alarde era un nombre muy popular en la red, era la comidilla de los hackers novatos que necesitaban admirar a alguien y tomar su modelo. Las hazañas de alarde estaban en boca de todos, deformadas por el paso de los años y la típica y necesaria distorsión del mensaje, parecía un personaje de leyenda pero Alarde era real. Y era mujer.

Al menos eso creía Valhall, pero estaba bien para él, iba a aceptarlo como un dato.

Más de la mitad de la población mundial podía ser Alarde.

De no ser porque la CIA la había identificado como una ciudadana norteamericana que había residido en Los Angeles en la época de la investigación, tendría ahora aproximadamente treinta años y el informe sugería que era una mujer de “agradables formas femeninas”. No había nada más en el archivo secreto de la CIA, nunca la habían identificado ni tenían otro dato de su aspecto físico.

Sabía algunas cosas más.

Su padre le había legado un Cadillac y ella lo usaba habitualmente.

Su casa estaba en una loma desde donde escuchaba graznar a los patos por las tardes.

Sería suficiente.

Pidió a Lucient la lista de propietarios mujeres de Cadillacs De Ville en EEUU.

Luego la lista de propietarios mujeres de residencias en casas sobre lomas, con lagunas cercanas donde pudiera haber patos.

La fecha de nacimiento de cada una de esas mujeres y las coordenadas exactas de la residencia.

Bueno, ... Alarde ya no era más de la mitad del planeta.

El Buscador se quedó pensando en la distancia que había entre él y esas personas, ¡que diferentes eran! ¿verdad? La gente estaba llena de contrastes como una pintura del Barroco, pero le atraían aquellas perlas de contorno irregular, después de todo siempre le había dado la razón a Heráclito en eso de que el mundo estaba lleno de constantes contradicciones.

CAPITULO XXIX

A pesar de que ya divisaba la casa en lo alto de la loma aún faltaba bastante camino por delante, había otras lomas que bordear, varias vueltas entrecruzando pilas rocosas supuestamente catalogadas como artísticas y pequeñas lagunas inundadas de patos y pájaros picudos que graznaban y aleteaban entre los juncos. Recorría el mismo camino al menos dos veces al mes, y cada vez que llegaba lo hacía con planes de quedarse alrededor de cuatro días. Normalmente, y esta vez no era la excepción, llegaba de noche, porque prefería aprovechar algo el día laboral antes de tomar el vuelo, alquilaba un auto en Hertz avisando que iba a recorrer camino de piedras y manejaba hora y media antes de llegar a la casa de Angie.

Solía aprovechar el vuelo para acicalarse y ponerse presentable para verla, se quitaba el sudor y el mal humor en el baño del avión antes de bajar utilizando una toalla húmeda, peinaba con gel su cabello corto y limpiaba los lentes para que no tuvieran huellas de sus dedos grandes y torpes, a ella le gustaba quitarle los lentes antes de besarlo, colocarle las manos entrelazadas alrededor del cuello y afilar sus uñas rascándole el cuero cabelludo de la nuca.

El teniente Matt Harris era ancho como una pirámide invertida, tanto que no encontraba número de camisa que le quedara bien de mangas y solía usarla remangada aunque llevara traje, tenía aspecto de típico militar, cabeza cuadrada, cuello corto o inexistente, mentón de formas rectas, el afeitado al ras y diario. Era más bajo que Angie así que ella había renunciado a sus zapatos de taco y ahora sólo utilizaba sandalias en su presencia.

Los lentes los usaba para conducir o para leer letras muy pequeñas, no los había necesitado antes pero pasando los cuarenta el hombre comenzaba a requerir para su funcionamiento adicionales al cuerpo para lograr un rendimiento menor que en su juventud, y no todos esos adicionales estaban inventados.

A diferencia de la mayoría por no decir la totalidad de las veces que había transitado el mismo camino, ahora no había estrellas ni luna que lo alumbrara, solo la luz larga del Mitsubishi, los nubarrones avanzaban rápido a baja altura, impulsados por el viento frío del norte y se reunían en un comité en el horizonte, donde con relámpagos festejaban cada encuentro.

Había subido la ventanilla para evitar el polvo que arrastraba el viento y le cubría los lentes de una película marrón, pero el olor a tierra mojada llegaba

igual por la ventilación frontal del coche. Solía conducir despacio mientras escuchaba el golpetear de las piedras en el chasis, ahora el ruido se mezclaba con algunas gotas gordas que aparecían aisladamente interrumpiendo la fina llovizna.

De tarde el paisaje se hubiera teñido de la tonalidad verde amarillenta de la flora entrecortada por el gris de las piedras y el marrón claro de las zonas áridas que formaban anchos caminos entre la vegetación, y se hubieran mostrado a sus ojos las casas de techos rojos, los alambrados y el ganado pastando cerca de la ruta. De noche solo existía un film rápido con una pantalla a corta distancia donde la película se hacía monótona y oscura. Cada cinco minutos el viento equivocaba su rumbo como un águila que vuela demasiado bajo y azotaba a su vehículo que luchaba por afirmarse en el asfalto.

Las lomas funcionaban como pequeñas congregaciones en el barrio privado que la naturaleza y el hombre habían acordado en aquella despoblada región. Había casas apostadas a los pies, en el medio y sobre todo en la cima de cada una de las lomas, la mayoría de las casas eran mansiones, apart hoteles que los adinerados de la zona habían comprado para las vacaciones y el descanso de su familia. La atracción de los veranos era el río que corría a cien metros de la última loma, Matt lo había visto atestado de matrimonios y sus críos que corrían descalzos entre las rocosas y heladas corrientes acuáticas. No solo estaban la clase acomodada, como en todo complejo urbano también vivían obreros de clase media que viajaban todos los días a la ciudad más cercana a cumplir sus obligaciones laborales, pero sus casas se diferenciaban fácilmente, no solo por la estructura edilicia sino también por los vehículos detenidos al costado de la entrada.

El camino lo llevó subiendo y bajando, girando alrededor de residencias poco iluminadas y bordeando pequeños bosques, casi en forma mecánica contaba la cantidad de casas en cada loma y jugaba el acertijo mental de memorizar la que menos tenía. En la de Angie había seis, dos en la parte baja, tres en el centro y sólo una arriba. Allí estaría ella, probablemente mirando TV (era una adicta) en camisón y esperándolo con un termo de café bien caliente. Su vida cambiaba al llegar, como una pieza que encuentra el engranaje justo para poner a andar su mecanismo. Ella lo llenaba de vitalidad y de emociones, lo hacía sentir protegido y protector, acompañado y acompañante, amado y amador. Era una buena cosa la que tenían ambos. Lo sabían, lo valoraban y por lo tanto lo cuidaban.

Mientras sostenía el volante y con una maniobra evitaba que una bolsa de supermercado vacía se le pegara al parabrisas, pudo sonreír mientras pensaba en ella. No era un hombre de sonreír muy seguido y mucho menos estando solo, así que logró sorprenderse a sí mismo en el gesto.

Algunas pocas docenas de árboles formaban diminutos bosques a orillas del camino, Matt no sabía distinguir las especies vegetales, estos eran todos altos con aspecto de pinos pero sin serlo. Sus años de agente de la ley lo habían formado con una disciplina que excede la desconfianza para traducirse a paranoia, era una deformación de casi todos sus colegas y secretamente se fascinaban de poseerla, ese mismo vicio profesional lo llevó a hurgar con la vista entre los árboles cuarenta metros bajo la casa de Angie. No esperaba encontrar nada, no miraba por el hecho de esperar algo escondido sino por simplemente no poder evitarlo. Había un auto en la maleza.

Tal vez no estaba escondido, sino cuidado de la lluvia y el posible granizo entre los árboles. Pero parecía ridículo porque la casa más cercana estaba bastante lejos.

Apuró la marcha cuesta arriba.

La luces del parque de Angie estaban encendidas, también adentro la luz de la cocina y el baño. Se notaba una muy tenue y parpadeante en el dormitorio que era del televisor. Detuvo el auto más próximo a la entrada de lo normal y aceleró el motor, cuando Angie escuchaba el ruido del motor siempre la luz de su habitación se encendía y en cuestión de segundos su sonrisa amplia inundaba la realidad por completo, opacando en importancia a cualquier otra cosa.

Pero la casa continuó sumida en la penumbra.

Tanteó la culata del arma en la sobaquera bajo el brazo izquierdo, otro defecto profesional.

A la mente le llegó la imagen que se había formado mientras se enteraba de la muerte de Frank Mc'Clane: un cadáver pálido y destrozado por más de sesenta puñaladas arrojado en el charco de su propia sangre.

Se mojó un poco los pantalones beige de jeans desde el auto hasta la galería de entrada.

Ressler había desaparecido, lo había buscado en el entierro de Frank pero no se había presentado, ni se había comunicado con su amigo en días. Tampoco había intentado hacerlo después en el caso de no haberse enterado...

– ¡Angie! –gritó. Utilizó su voz más grave y sonora– ¡Angie!

Tocó el timbre de la entrada mientras buscaba la llave en el bolsillo izquierdo del pantalón, era la primera vez que iba a usarla después de haber probado el duplicado.

La puerta estaba trabada sólo con el pestillo, Angie no solía echar llave a la puerta, así se acostumbraba en aquella parte del país, además era un lugar seguro, había custodia privada patrullando en auto y con helicóptero, y toda la gente se conocía entre sí. Que él supiera no se cometían delitos en aquel barrio.

¿Había metido a Angie en un problema?

Ella no estaba.

Podía estar en el baño, pero habría contestado. Escuchó el murmullo de la TV desde el dormitorio.

Desenfundó el arma y acercó la espalda a la pared, los pelos de la nuca se le erizaron y el corazón latió en sus sienes. ¿Que había pasado?

No necesitó asomarse al dormitorio para saberlo, ... estaba muerta.

Entrar lo confirmó.

La cabeza caía del otro extremo de la cama y no podía verla, pero su cuerpo estaba tendido boca arriba con las piernas cerradas una sobre la otra, en una postura casi cruciforme de no ser porque el brazo derecho acompañaba a la cabeza colgando más allá del límite del acolchado blanco.

No había rastro de violencia en la ropa, llevaba un pijama gris plateado y las pantuflas estaban cerca de la puerta. Había escuchado algo pero no había tenido tiempo de calzarse.

La Televisión emitía un programa viejo de *Friends*, donde Mónica le declaraba su amor a Chandler con un pavo sobre la cabeza.

Solían reírse con *Friends* casi tanto como con *Seinfeld*.

Otra vez Angie invadió toda la realidad. Y ya no existió otra cosa.

Prendió la luz.

Sabía que debía mirar rápidamente y sin distraerse de la puerta, nunca mover el cadáver, no tocar nada en el cuarto, y salir a revisar las habitaciones una a una apuntando con el arma a cualquier movimiento. El criminal había desbaratado algunos cajones con ropa para simular buscar algo, querían que la policía local denunciara robo y homicidio, buscaban la alarma sobre un ratero adicto y no sobre un asesino profesional.

Pero él no estaba trabajando, había ido a visitar a su mujer. No tenía porqué reaccionar como policía. Sus piernas se elevaron por encima de un cajón con ropa interior, la suela del zapato se posó sobre un par de medias que él mismo había llevado para tener para cambiarse.

La boca estaba abierta al igual que los ojos, el cabello lacio tocaba el suelo con sus puntas, la alfombra roja estaba más oscura debajo de la cabeza.

Los ojos se le nublaron durante un segundo, y la frente se le bañó en sudor, la mano que sostenía el revolver se afirmó más a la culata, tanto que cortó la circulación a los dedos, si no hubiera estado puesto el seguro probablemente se habría volado un pie.

El globo ocular había girado hacia arriba víctima de la gravedad, notó la sangre que chorreaba por los cabellos castaños y mojaba el acolchado llegando hasta el charco en la alfombra, igual a los pequeños lagos que se formaban en la ladera de las lomas.

Había soñado durante demasiados días con besar esa boca, y se había prometido hacerlo en forma desesperada, se arrodilló junto a ella ignorando el líquido espeso y húmedo que se absorbía por la tela del pantalón. Estaba tibio, al igual que sus labios. Cambió el revolver de mano y la besó con pasión levantando la cabeza con su diestra, era la primera vez que aquellos labios tiernos no respondían a los suyos, se quedaron flácidos y abiertos, con la lengua pegada al paladar. Pasó el brazo izquierdo debajo de las piernas y la alzó como si estuviera dormida para acomodarla sobre la almohada, inmediatamente la funda blanca se manchó del púrpura que formaban la sangre y un líquido viscoso que debía ser masa encefálica. La bala había entrado por la frente y salido por el parietal derecho, el orificio de salida llevaba el doble o triple de diámetro que el de entrada. La bala había sido de mediano calibre.

No tenía maquillaje, casi nunca usaba, tampoco llevaba sostén.

Regresó el revolver a su mano hábil simplemente para poder acariciarla sin mancharle el rostro con sangre. Tocó su mejilla, sus pechos, su vientre.

El sentimiento de angustia más profundo de toda su vida le emergió por la boca, obligándolo a abrirla en una mueca de dolor, sintió congestionado todo el sistema respiratorio, unas lágrimas saladas le llegaron a la lengua, otras surcaron por la mejilla para acumularse en el mentón y de allí perderse en el vacío.

Un ruido muy lejano lo sobresaltó. Era su propio gemido.

... el auto en la arboleda.

Cerró el puño aprisionando la manga del pijama gris, le costó desprenderse de Angie para buscar al asesino, ... la sangre estaba caliente y recién estaba dejando de brotar. Caminó hacia la puerta sin mirar atrás, conteniendo el espantoso impulso de recostarse en la cama y quedarse abrazado a ella.

Encendió la luz del corredor y quitó el seguro del arma.

Recorrió las habitaciones muy rápidamente, no había nadie en la cocina, sólo una nota donde su mujer solía anotar las compras para el supermercado, en el comedor algunas cosas estaban revueltas, casi como en el dormitorio, los cajones abiertos que simulaban la búsqueda de alhajas, un par de sillas caídas, ... en el estudio la computadora estaba abierta, ... faltaba el disco rígido.

Entre las sombras hubo un movimiento, sutil, ... insonoro. Mientras un trueno gruñía desde el cielo el revolver del teniente Harris abrió fuego casi sin apuntar. Maui, el gato siamés lanzó un alarido semi humano cuando sus piernas traseras se desprendieron del resto del cuerpo y chocaron contra la pared salpicándola de rojo como si reventara un tomate podrido. A Harris le pareció increíble que un gato partido en dos aún pudiera maullar. Entrecerró los ojos al

verlo retorcerse en el suelo y expirar congelando sus ojos claros en el cañón del arma.

Apuró el paso hacia a la puerta, no necesita revisar el resto de la casa, debía ir al auto.

Salió, la lluvia ahora era más fuerte y dificultaba la visión, caminó hasta el borde de la cima para buscar el auto del criminal, ya no estaba en la arboleda, ... pero sí en la ruta circundando la loma, ... era un Mercedes negro modelo bastante viejo, llevaba las luces apagadas.

Algo rugió. Pudo ser un trueno o pudo ser él mismo, pero todo su cuerpo vibró cargado de furia, guardó el arma en el estuche, arrojó los lentes al pasto, y con los dientes apretados corrió hasta el extremo opuesto de la loma sin detenerse donde acababa el suelo.

Cayó clavando los tacos en la tierra mojada tres metros debajo del nivel de la casa de Angie, las piernas se flexionaron y la ley de gravedad lo arrojó rodando por la pendiente, intentó hacerlo con el hombro, como había aprendido, pero su cabeza rebotó un par de veces contra las piedras y el cuerpo perdió toda la disciplina militar, giró sobre si mismo revolcándose entre piedras, matas de plantas espinosas y troncos de árboles aserrados para limpiar la vista de las casas, algo filoso le desgarró la ropa a la altura del hombro izquierdo, su tobillo crujió como una rama seca al golpear contra una roca, el codo izquierdo se dobló bajo el peso de su torso hasta esguinzarse, se convirtió en la bola de un flipper despiadado, rebotando entre cuarenta metros de obstáculos, el pantalón se abrió en la rodilla dejando algo de carne en un pequeño arbusto, solo se detuvo al chocar de espaldas contra una piedra demasiado grande, se incorporó para rodearla pero la pierna izquierda lo traicionó haciéndolo caer nuevamente, en los últimos diez metros el ovillo que había querido ser se había desbaratado, y los brazos y las piernas se sacudían en el aire al compás de los golpes que iban recibiendo.

Aterrizó sobre la ruta con la mejilla derecha, recorrió al menos metro y medio sintiendo como las piedritas del camino se le metían bajo la piel. Durante cinco segundos no pudo moverse, luego escuchó el motor del Mercedes y entendió que si no se corría iba a pasarle por encima.

Se puso de rodillas primero y ayudándose con las manos se levantó, tambaleándose desenganchó la placa policial que llevaba atada al cinturón y desfundó el arma, sintió que cada centímetro de su cuerpo estaba golpeado, se miró y vio mucha sangre, no sabía cual era suya y cual de Angie, estaba mojado y cubierto de barro, imaginó la impresión que podía causar en el conductor del vehículo cuando intentara detenerlo, pero no le importó, el auto no iba a detenerse, iba a intentar arrollarlo.

Harris vio acercarse una silueta rectangular hasta que un relámpago le dio nitidez un instante, estaba a cuatro metros, un conductor oriental. Aparentemente no lo había visto, reaccionó al instante con un giro de volante, no para esquivarlo sino para pisarlo. El auto aceleró y cientos de pequeñas piedras volaron hacia atrás, Matt no tuvo tiempo más que para correrse, mientras recordaba que Adrián Páez y Carol Ritchie habían sido muertos por una pareja oriental. Tal vez su vida se salvó por un centímetro, el auto lo rozó apenas y se enderezó rápidamente para seguir viaje, él no era el objetivo, solo una mosca en el plato de comida.

El caño del 44 Magnum del policía apuntó al tanque de combustible, tres tiros, ninguno en el blanco, supo que un proyectil impactó en el parabrisas trasero porque escuchó el ruido del vidrio estallando, los otros dos sonaron a chapa, debían haberse perdido en el baúl, ... el mercedes desapareció en la curva del camino.

Podía alcanzarlo abajo.

Treinta metros.

Corrió hasta el borde del camino y se lanzó como quien se tira parado de un trampolín en una piletta olímpica,

Las piernas lastimadas no pudieron sostenerlo, nuevamente fue un muñeco de trapo en las garras de un perro feroz, vio a sus piernas pasar por encima de la cabeza y se torció el cuello más de tres veces, la espalda le hervía de ardor, su rostro se hundió en charcos de barro y el agua sucia le entró en los ojos, aún así se esforzó por mirar, cuando una depresión del terreno lo detuvo impulsó su cuerpo inerte con las manos para continuar rodando por la pendiente, una piedra le golpeó la frente y abrió una profunda herida sobre la ceja, el cielo rugía y él gritaba entre dientes, hasta que un golpe en el estómago le quitó el aliento.

Algo se quebró contra su pulmón, tal vez una rama, la cabeza se arrastró rebotando de cara al cielo unos hermosos cuatro metros libres de obstáculos, luego hubo un salto, voló entre unos arbustos y cayó desde dos metros de altura sobre el barro.

La zona era plana pero el cuerpo rodó por la inercia y no pudo detener el vertiginoso descenso, otra vez bajó como un bólido formando pequeñas avalanchas a su paso, se detuvo en el último llano antes de la ruta, estaba a dos brazos de distancia de la misma pero suspendido a la altura de un hombre, lo detuvo un golpe seco en el hombro izquierdo, apenas se preocupó en determinar si había sonado a roto, algo de sangre le había llegado a la boca y sospechaba que era del corte en la ceja, a no ser que se hubiera lastimado la lengua de un mordisco.

Con la ropa totalmente empapada, el viento le dio escalofríos en los miembros, en contraste con el calor furibundo del rostro, las mejillas le ardían, pensó si aún conservaban algo de piel o estaba en carne viva.

No podía aceptar la pérdida, la frustración era inacabable, su vida caería en un pozo mucho más profundo que el alto de la loma, no rebotaría en las paredes, simplemente caería cada día más, hasta encontrar su propia muerte cuando el corazón ya no soportara la angustia, la soledad y el peso de los recuerdos.

Probó el funcionamiento de su brazo derecho abriendo y cerrando la mano, la respuesta fue óptima, acostado boca arriba, con la cabeza sobre un montículo de tierra que lo colocaba en un ángulo de ciento cincuenta grados desenfundó el Magnun 44, vació el tambor de balas y le colocó un nuevo pack. Hizo girar el tambor y amartilló el arma, ... el Mercedes emergió entre las sombras.

Al acercarse a Matt el coche fue ganando visión ayudado por el reflejo del farol en el parque de la casa que se encontraba a treinta metros por el llano.

La primera bala fue directo al bulto que era la cabeza del oriental en el frente del vehículo, el parabrisas frontal se rompió y el volante giró fuera de control, el segundo disparo dio en la puerta del conductor, con suerte le había volado el estómago, el tercero fue a la rueda trasera, ... el auto empezó a virar hacia la cerca de la casa alejándose un poco de su alcance, el cuarto disparo sonó metálico contra el paragolpes trasero, el quinto dio en el baúl, ... el auto chocó contra la cerca, ... el sexto fue en el tanque de nafta.

La explosión iluminó el cielo más que un relámpago, ... la tapa del baúl salió disparada hacia delante, el fuego lamió el techo del mercedes y se adueñó rápidamente del interior, devorando los asientos traseros y extendiendo sus brazos al conductor.

El auto se detuvo al chocar de frente contra un árbol, Matt pensó que si ni sus disparos ni la explosión habían matado al oriental entonces aquel golpe debía haber terminado el trabajo. Se lamentó porque le hubiera convenido tenerlo un tiempo más con vida para poder interrogarlo.

Aún acostado en la tierra, el teniente Harris alimentó el arma con otras seis balas en el tambor, luego con un gran esfuerzo flexionó las rodillas y se arrastró hasta el borde del terraplén para deslizarse sobre sus nalgas como en un tobogán hasta que los pies tocaron la ruta.

Notó que le faltaba uno de los zapatos cuando un charco de agua helada le mojó la media, se descalzó del compañero para ayudar a sus piernas doloridas a afirmarse mejor, los primeros tres pasos los dio con mucho cuidado, más bien con desconfianza de que pudiera sostenerse.

Había salido gente a la puerta de la casa, dos personas uno era un niño, gritaban algo espantados por el espectáculo de un auto incendiándose y asando a un tipo en su jardín. El Mercedes volvió a explotar, lanzando un eructo volcánico desde la boca abierta cargada de fuego que era la cavidad que había servido para guardar maletas. Algo más salió rodando de aquel infierno, mantuvo su forma de bola de fuego hasta alejarse, luego tan grácilmente como una bailarina de ballet el ovillo se volvió figura humana y agitó sus brazos para desprenderse de la ropa encendida y humeante.

El oriental estaba vivo.

No pudo apuntarle, el auto en llamas y unas nubes negras de humo se interponían a su visión, rengueando por no poder flexionar la rodilla izquierda corrió hasta encontrar un punto donde el incendio no formara una valla, el asesino se había desprendido de todo menos del pantalón que estaba apagado aunque veía humo brotar desde pequeñas brasas a los costados de los bolsillos, estaba gateando y tosiendo mientras intentaba recobrar la vertical. Una niña y su madre corrían a su encuentro llevando unas mantas.

Harris se tumbó desesperado clavando una rodilla en el piso y apoyando su hombro contra el tronco de un árbol para lograr un punto de apoyo que le mantuviera firmes los brazos. En la mira encontró la espalda del criminal y disparó tres balas.

El estampido de los disparos detuvo en seco a la familia que corría para asistirlo, el blanco cayó hacia delante con los brazos extendidos hacia atrás, su cara quedó aplastada en el césped del frente de la casa.

El teniente Harris bajó el arma y rodeó el auto en llamas para saltar la cerca de entrada, llevaba el revolver martillado pegado a la pierna, le había dado al maldito, le había agujereado la espalda. Otra vez pensó que ojalá estuviera con vida.

Lo estaba.

Habían pasado menos de quince segundos desde los disparos, pero la situación había cambiado, siguió avanzando hacia su rival sin poder creer lo que veía e intentando pensar cómo actuar, caminó por encima de una ropa humeante.

El oriental estaba de pie, a escasos tres metros de la puerta de la casa, la niña estaba delante de él, era una hermosa pelirroja de unos doce años, lloraba, el hombre tenía apresado su cuerpo con un brazo largo y musculoso, la otra mano se perdía debajo del cuello de la niña, aún no estaba lo suficientemente cerca para verlo, pero un relámpago le hizo llegar un destello metálico. Tenía un cuchillo en su garganta.

Mientras avanzaba la escena le recordó a un duelo en el lejano oeste, aquellos ojos oblicuos no se desviaban de los suyos, la mitad del rostro del

oriental tenía un tinte oscuro, en realidad negro, con la piel chamuscada y el pelo consumido casi hasta la raíz, la otra mitad (la derecha) estaba intacta con el cabello largo aunque por encima de los hombros.

Era evidente que había perdido su pistola en la explosión, o tal vez estaba en la ropa que tuvo que quitarse, le había acertado con al menos un disparo de la Mágnum. ¿que tipo de terminator era aquel chino?

Siguió acercándose, intentó no volver a mirar el rostro de pánico de la niña, lo distraería mirarla, necesitaba toda la atención para aquella serpiente amarilla, tenía también un golpe en la frente, se le estaba hinchando, era más alto que Matt, bastante más alto, y aunque era un poco menos ancho estaba bien formado, con un cuerpo casi perfecto, los pectorales parecían lustrados por las gotas de lluvia y su cuerpo camuflado como un comando por el humo negro en el aire. Volvió a ver agujeros humeantes y manchas rojizas algunas brillantes en el amplio pantalón de traje, Angie le había dicho una vez que todos los orientales usaban pantalones pinzados bien amplios.

No la miraba pero no podía evitar escuchar el llanto, se estaba agitando con el filo en el cuello, pensaría que estaba por morir, pero él no dejaría que le pasara nada. No soportaría ver más cadáveres de inocentes.

El cabello quemado le daba al oriental un aspecto cyberpunk que seguro no encajaba con su estilo, podía meterle una bala entre los ojos chinos antes de que volviera a pestañear, solo tenía que levantar el brazo y disparar, pero la chica moriría. No podía permitirse eso, además tenía unas pecas preciosas que le recordaban a David, su hijo mayor.

La mirada del chino era dura, tranquila. Si pudiera hablarse con la mirada le estaría diciendo que le gustaba quitar. Le había quitado a su amor. Le quitaría a esa niña. Le quitaría a sus propios hijos si pudiera. Y luego le quitaría la vida. Después de todo a eso se dedicaba, y era muy bueno, las balas lo traspasaban y el fuego solo podía arruinarle el traje y el corte de pelo.

La madre apareció en el umbral de la puerta, llevaba un viejo rémington que podía haber sido de su padre. Lo había apoyado en el hombro tal como le habían enseñado. Probablemente era una de esas viejas armas que alguna vez se usaron para cazar, y ahora dormía en un ropero. Tal vez ni siquiera funcionara.

– Suéltela –ordenó mirando fijo al oriental– la mujer temblaba pero estaba dispuesta a disparar, como una tigresa defendiendo a su cría.

Matt también le apuntó, aliándose a ella, la pasividad del asesino lo inquietaba. Su gesto era de saber qué hacer, era el mejor bateador y la bola era un regalo.

– ¡Vamos! –gritó Harris– ¡Soy el FBI, suelte a la niña de inmediato!

La lluvia caía como una cascada en el rostro de la pequeña pelirroja,

gritaba, llamaba a su madre con un pánico que desgarraba el corazón, la señora al pié de la casa estaba lista para masacrar al oriental, pero algo la confundía, lo mismo que a Matt, el criminal había ignorado a la mujer como si fuera una vaca pastando, jamás había retirado los ojos de los de Harris, y obligaba a éste a imitarlo.

Por primera vez el oriental movió un ápice alguna parte de su cuerpo, inclinó la cabeza, apenas adelante. Cuando Harris comenzó a comprender ya era tarde, no era un saludo, era una dedicatoria.

El brazo izquierdo que aprisionaba el cuerpo de la nena subió hasta el cuello mientras el otro brazo se extendía hacia la madre, un reflejo de luz brilló al salir de sus dedos, la niña ahogó un grito y sus pies se levantaron en el aire, la señora tan pelirroja como su hija cayó despedida contra la puerta, el rifle desapareció tras un viejo sillón con almohadones, del cuchillo sólo se veía el mango, enterrado en el cuello de la señora y haciendo brotar un chorro de sangre que regó la madera del piso como un cántaro.

La mano izquierda del asesino formaba una tenaza sobre la tráquea de la niña, sus pies pataleaban frenéticos a cincuenta centímetros del suelo, los ojos del asesino se achicaron algo más hasta parecer una ranura en la cara, sin duda era un gesto de satisfacción, no un goce morboso, sino la gratificación que produce el deber cumplido.

Un trueno hizo estremecer al viento que enfurecido azotó sobre el llano haciendo mover la mira del mágnam, el olor a tierra mojada se mezcló con el de la sangre de la mujer, todo se resolvería en poco tiempo, el que durara la niña con la respiración cortada.

El oriental caminó lentamente, dos pasos hacia atrás y luego al costado, hasta la puerta de la casa, siempre atento a Harris que le apuntaba vanamente a la cabeza. La mano izquierda hizo un movimiento brusco, un tirón, como el que haría alguien para matar a una gallina pero con mucha más delicadeza, tal vez para él era como romper un huevo a la mañana para el desayuno, ... la niña cayó muerta sobre la sangre de la madre y el asesino desapareció en la casa.

Harris aún apuntaba con el arma.

Había dejado morir a dos personas, sin intervenir.

* * * * *

Sai Xiau había vivido parte de su adolescencia con un viejo hindú con el cual compartían largas charlas acerca de Buda. El viejo no tenía la erudicción de un Yogi pero lo había formado en los fundamentos de las religiones, de esa forma había tenido elementos para formar una opinión y optar por la creencia

más afín a su propia esencia. Con el viejo había aprendido a soportar el dolor. El viejo no era una de esas personas que disfrutaban sintiendo el dolor, pero intentaba educar la voluntad física, el poder sobre su cuerpo, para así lograr alcanzar por medio del sufrimiento la generación de su propio cuerpo inmortal. Sai Xiau no creía los delirios religiosos del viejo, pero le interesó mucho el control del dolor, tanto que luego perfeccionó el método, no solo aprendió a soportarlo, también a ignorarlo por completo.

A los catorce años ya había lacerado sus manos atravesándolas con agujas de cinco milímetros de espesor, se había clavado un gancho y hecho colgar de la espalda y del paladar, había permanecido durante un mes petrificado en la puerta de un templo parado en punta de pies y había permanecido semanas sin ingerir alimento ni dormir más que intervalos de diez minutos, sin perder su vertical.

Una bala en el cuerpo era solo la picadura de un tábano.

* * * * *

El teniente Harris se detuvo en la puerta de entrada a la casa justo debajo de la luz, a su derecha había una laguna escarlata y dos cuerpos flácidos con sus ojos vidriosos apuntando al suelo, el líquido aún seguía fluyendo por debajo de la cabeza de la señora pelirroja.

Justo delante de su pie izquierdo había otra mancha, allí donde el oriental se había detenido para romper el cuello de la niña.

En comparación la sangre de la mancha más pequeña en el peldaño de entrada era bastante más oscura, lo cual indicaba dos cosas: una que su enemigo estaba herido, otra que la bala que lo había hecho caer de boca contra el césped había dado en el hígado.

Pasó sus piernas por arriba de la sangre para no tocarla, tal como lo habría hecho la teniente Ripley en una nueva secuela de “*Alien*”. Entró a la sala principal.

Casi todas las luces de la planta baja estaban encendidas, la disposición de las habitaciones era bastante diferente a la de la casa de Angie, la recepción era pequeña, el living lo seguía luego de un desnivel, había otro desnivel que llevaba a la una sala con suelo de madera que se usaba como gimnasio, Matt vio unas pequeñas pesas de dos kilos reflejadas en el espejo del frente. El oriental no estaría en aquel lugar porque el espejo lo delataría, en realidad el lugar lógico donde buscar un arma era la cocina, las buenas amas de casa (y en ese barrio había muchas) solían colgar colecciones de cuchillos bien afilados cerca de la piletta para lavar los platos y justo al lado del refrigerador.

El porchelanato de la recepción se sintió gratificante en sus pies helados, la cocina estaba a la derecha, era amplia, con tres lámparas en forma de hongo para iluminarla y un espantoso color verde musgo en las paredes. A medida que se acercaba pudo ver que en el centro había una gran mesada levantada sobre cemento y con una tapa de mármol blanco vetado en verde. Rodeando la mesada había unos butacones altos, sobre uno de ellos y no colgado en la pared estaba el estuche de madera donde la mujer guardaba enfundados los cuchillos de cocina. No faltaba ninguno.

Vio a la mesada acercarse a sus ojos peligrosamente, el golpe a su espalda, justo en la base de la nuca aflojó cada uno de los músculos de su cuerpo, totalmente fuera de dominio cayó hacia delante formando una paralela al suelo antes de chocar la nariz contra él. El mágnun 44 voló y se deslizó hasta perderse de vista, apenas pudo sentir los pasos felinos cerca de sus talones, luego perdió el conocimiento.

* * * * *

Conocía innumerables formas de quitarle la vida a una persona, pero sin duda la más directa y sencilla era dispararle, estiró su brazo por debajo del mueble de la piletta para intentar alcanzar el arma del policía. Imposible, el mueble era muy ancho, podría sacarla con un palo pero no valía la pena perder ese tiempo, el revolver era perfectamente reemplazable por el propio cuerpo.

El cliente que lo contrataba estaba comprando su profesionalidad, nunca se entretenía en algo que no fuera cumplir el objetivo, matar era su trabajo no su pasatiempo, no mataba por placer sino que lo hacía como medio de subsistencia. Jamás perdía el tiempo y jamás demoraba el momento de actuar, cuanto tenía la oportunidad de cobrar su víctima, era certero como la espada de un samurai.

Cuando volvió a incorporarse el policía estaba de rodillas mirándolo con sus ojos entrecerrados por el dolor, llevaba el aspecto de haberse revolcado en sus propias heces, le dio repugnancia tanta indignidad y una extraña repulsión a sí mismo al notar que no estaba en mejores condiciones.

* * * * *

Terminó de recobrar el control sobre su cuerpo cuando trataba de incorporarse, con las rodillas y las manos sobre la cerámica verde. El criminal lo había visto y ahora avanzaba hacia él, dispuesto al golpe final, se dispuso a atajar con las manos el golpe que indudablemente sería con alguna de sus piernas, el oriental balanceó los pies en lo que pudo haber sido un paso de baile clásico, dio

un medio giro y bajó el talón de la pierna derecha sobre la parte trasera de la cabeza de Matt.

El policía volvió al piso y otra vez el mentón le crujió sonoramente, sintió al hombre de pie a su espalda, esta vez no podía permitirse ni un segundo de desmayo, si no controlaba la reacción el próximo sonido que escucharía sería el de los huesos de su cuello rompiéndose, y sería el último.

Se arrastró hacia abajo de la mesada central impulsándose con los codos como había aprendido en la academia, se movió entre la primer butaca y la pared de cemento y giró para poner la espalda contra el piso.

El oriental intentaba aferrarlo de los pantalones para sacarlo de allí justo cuando él se colocaba cara arriba, la pierna izquierda que tenía flexionada se enderezó violentamente para pegar en pleno rostro del asesino, ... el hombre cayó sentado sin que su máscara pétreo demostrara el signo más leve de sorpresa.

* * * * *

El policía tenía miedo y escapaba como una rata, arrastrándose sin atreverse a caminar. El potro joven de la manada nunca tenía oportunidad ante el león más experto.

* * * * *

Había visto la herida, el orificio de entrada era grande y no había orificio de salida, la bala estaría alojada en algún lugar del hígado o podía haberse desplazado hacia otro órgano. Una persona normal hubiera quedado paralizada con tremenda lesión. No podía quedarle mucho tiempo de vida.

Siguió arrastrándose panza arriba hasta el final de la mesada donde se levantó ayudado por una butaca. La mantuvo en sus manos para usarla como escudo ante la embestida del criminal, el chino ya casi estaba encima suyo, la primer patada le voló la butaca de las manos, la segunda le dio en el pecho y lo arrojó de espaldas contra la pared, Matt encontró un sartén pegado a su mano y lo apuntó a la cabeza del criminal quien lo apartó con un golpe de puño y se acercó como un científico se acercaría a una pizarra con un problema matemático.

– ¡Vamos! – Aulló Harris con la boca haciendo burbujas de sangre.

El chino alzó sus brazos en guardia con los dedos en garra como en una película de artes marciales, amagó un golpe y Harris se apartó de un salto corriendo hacia el lado de la pileta.

El oriental se movió a la derecha y luego a la izquierda, con los pies hábiles de un boxeador, le llevó solo esos dos movimientos encerrarlo y tenerlo próximo a sus manos.

El primer golpe fue un recto al rostro que Matt apenas pudo esquivar y terminó estallando en su oreja, enseguida vino el segundo al pecho acompañado de un tercero al estómago que lo hizo resoplar.

El teniente Harris estiró sus manos en puño para abrirse paso hacia la cabeza del chino, los brazos flamearon en el aire azotados por unos nudillos callosos, pero abrieron paso a para la cabeza, la frente de Harris (alguien le había dicho alguna vez que era la parte más dura del cuerpo) chocó de pleno contra la nariz y la boca del oriental, quien por segunda vez cayó sentado sobre el piso de la cocina.

Era el turno de Matt, arrojó una patada directa al rostro pero el chino no solo la bloqueó con sus antebrazos sino que le apresó la pierna, y la giró de tal manera que el policía cayó hacia atrás rozando con sus escasos cabellos el borde de la piletta de loza.

El oriental se paró de un salto, Matt se levantó y corrió a protegerse detrás de la mesada central, ... un golpe erró a su cabeza por una milésima de segundo y partió la piletta de loza con un bramido espectacular.

Harris gateó hasta el otro extremo de la mesada.

* * * * *

Sai Xiau vio al agente americano reflejar en su rostro toda la ignorancia y la impotencia de una raza condenada a la desaparición por su escasa o nula espiritualidad. Había demasiadas cosas que no alcanzaban a comprender y que no pesaban en forma relevante en la cotidianeidad de una vida cerrada y vacía de significado.

El policía se puso de pie tras la mesada de mármol al tiempo que Sai Xiau se reprochaba la rareza de tener a un rival con vida tanto tiempo.

De un salto ganó la mesa y parándose sobre ella sus piernas parecieron levitar antes de azotar el rostro del americano con un *Ushiro Geri* perfecto que explotó en la sien.

El hombre del FBI retrocedió tres pasos y por primera vez Sai Xiau experimentó una mezcla de admiración e impaciencia, ... la segunda fue segundos más tarde, cuando deslizándose de la mesada tomó impulso y aplicó un golpe recto al pecho del americano, en el punto exacto del esternón donde sabía que definía la contienda.

Sai Xiau sabía de golpes mortales, había eliminado a más de una persona

simplemente arrojando el golpe adecuado con la potencia adecuada en el lugar preciso. No era tan complicado, sólo debía saber como coordinar su energía, habilidad e inteligencia. Conocía con justeza quirúrgica cada una de las zonas mortales del organismo humano, nadie había sobrevivido nunca a un golpe mortal que pudiera considerar bien ejecutado.

Nadie.

* * * * *

Entendió que debía estar muerto cuando examinó la leve expresión de fastidio y asombro en los ojos del samurai.

Sin embargo no lo estaba.

Lo mismo en la mente de ambos.

El golpe había resonado en su interior como una granada de alto poder, pero los huesos no habían estallado. Había asimilado el impacto. Esperó dos segundos mientras el chino descubría que aún podía moverse para averiguar si su corazón seguía latiendo.

Latía.

Pero no tendría la misma suerte la próxima vez. Podía predecirlo con certeza científica.

La primer reacción emocional fue de pánico, comprendió que arriesgaba su vida en una pelea desigual, no había posibilidades de ganar. Como un amateur enfrentando al mejor profesional, ... la racionalidad indicaba que debía correr lo más lejos posible para salir del problema en el que se había metido. Siempre habría luego una forma de volver tal vez con la fuerza policíaca atrás para cargar una bala en la carne del criminal, una por cada golpe recibido, una por cada vez que recordara a Angie y por cada lágrima que derramara al extrañarla.

La segunda reacción fue de furia. De bravura totalmente incontrolable e insana. Un coraje suicida y temerario que lo llevó a decidir acabar con el asunto. Era odio, era venganza. Era dolor y frustración. Era angustia y miedo.

De su garganta brotó un bramido, ya no le importaba el dolor, ni la forma en que iba a morir en escasos instantes, sólo deseaba borrar la imagen de Angie Rosembaun con la cabeza colgando tras la cama.

El chino estaba terminando de sacudirse el letargo de la sorpresa, lo miraba con la cabeza inclinada hacia la derecha dejando ver la carne negra y quemada de sus mejillas, el ojo izquierdo no tenía párpado sino una burbuja aguachenta y su labio superior dejaba ver más dientes y encía que lo normal.

No intentó ahogar su grito, ante la imagen, a la ira desbocada agregó

repugnancia, su voz se tornó áspera al lanzarse sobre el enemigo como un gladiador en el circo romano.

El movimiento fue rápido, el samurai improvisó un puño con su codo y el pómulo de Matt emitió un quejido, pero no pudo detenerlo, casi noventa quilos de músculos cayeron sobre el oriental chocando contra su cuerpo como si fuera una puerta que había que derribar, ambos cuerpos fueron a parar al piso con Matt en la posición superior.

El teniente Harris usó toda su fuerza para inmovilizar al chino presionándole las muñecas, lo logró solo unos instantes, pero enseguida el oriental interpuso una pierna entre ambos cuerpos y a continuación le rodeó la cabeza e intentó quebrarlo con un movimiento enérgico.

Matt se desentendió de las piernas con un empujón y atrapó al chino tomándole la cintura, la herida abierta y sangrante del hígado quedó a centímetros de su rostro, Harris se arrojó como un perro rabioso y cerró su potente mandíbula justo sobre el orificio de entrada de la bala.

El chino no gritó, pero el gesto de desesperación en su rostro fue más que claro, ... estaba perdiendo la compostura, su condición de asesino implacable estaba siendo vulnerada. Por más resistencia que pudiera tener el dolor debía corroer sus huesos hasta provocar en el cerebro el efecto de un electroshock.

La respuesta del oriental fue golpes con ambas manos en los oídos, los repitió al menos ocho veces hasta que Matt aturdido debió aflojar la presión. Los pies del chino fueron a parar sobre su pecho y lo empujaron medio metro hacia atrás.

No lo estaba golpeando, simplemente quería alejarlo de él.

El oriental tardó unos segundos en reponerse, se quedó jadeando recostado contra la mesada central.

Matt se incorporó antes, en su barbilla se mezclaba sangre roja con una un poco más oscura, sus dientes chorreaban un líquido negro espeso como alquitrán, tenía la cara hinchada, y totalmente desfigurada por los golpes.

– ¡Voy a comerte el hígado! –profirió, aunque dudó que el chino hubiera entendido algo de aquel graznido gutural cargado de flema.

El chino apenas llegó a ponerse en cuclillas, el gancho a la mandíbula de Harris hizo despegar los pies del piso al criminal, pero al volver a tirársele encima recibió dos talones en su rostro.

El Samurai se levantó otra vez con un salto.

* * * * *

Sai Xiau sabía lo que era tener brasas de leños o carbón sobre partes sensibles de su cuerpo. Lo había experimentado algunas veces para forjar el cuerpo como el herrero forja la mejor espada y temple el acero dándole equilibrio.

Esta vez sentía las brasas en su interior y eso sí era nuevo, sentía como se estaba prendiendo fuego por dentro, desde dentro y aunque seguía manteniendo el control sobre el dolor comenzaba a percibir que el resto del cuerpo estaba sudado y frío, y que sus ojos se nublaban intermitentemente.

Alzó la rodilla con la pierna flexionada y disparó un golpe a la columna de su contrincante con un perfecto *Mawashi-geri ke age*.

El policía flameó y rodó como un trompo hasta el otro extremo de la cocina, un cuchillo grande y filoso estaba caído de su estuche casi rozando su pulgar, lo tomó de la punta y fijó su vista en el blanco con voracidad. Entonces la vista se le opacó nuevamente, y su enemigo pareció adivinarlo porque de inmediato recibió un golpe en los testículos que lo obligó a caer al piso con las piernas recogidas cerca del pecho, el arma resbaló entre sus dedos, recibió una patada en la columna y otra en la cabeza, pero la que pegó en el hígado casi lo hizo desmayar, bloqueó un último golpe con su antebrazo y descargó un derechazo seco sobre la rodilla de su atacante.

Pasaron tres segundos y ambos estaban otra vez de pié, el hombre le hizo un gesto indicando que avanzara, que lo estaba esperando.

Pero nunca podría esperarlo, nunca podría adivinar adonde se dirigían sus golpes, los puños de Sai Xiau silbaban al surcar el aire: dos, tres, cuatro puños en pleno rostro, golpes que habrían derribado una pared de ladrillos, pero el hombre estaba allí. Aunque no podría aguantar mucho más.

* * * * *

Los golpes llegaron a Harris como una ráfaga de ametralladora, caían sobre sus brazos, su cuerpo, su cabeza, su espalda, ... no había forma de detenerlos y cada uno de ellos hacía daño, como si alguien lo estuviera moliendo con una maza.

Intentó retroceder, refugiarse de aquella masacre, cubrirse el cuerpo con los brazos, hacerse un ovillo como un niño que inconscientemente adopta una posición fetal. La masa caía sobre sus costillas, retumbaba en su cráneo, y le hundía los músculos machucando piel, tejidos, hueso.

Recibió tantos golpes en el hígado y en los riñones que las piernas se paralizaron y ya no pudo levantarse más, al punto que tuvo la certeza de que no volvería a moverlas en lo que le quedara de vida.

Perdió noción del tiempo y del dolor, cada golpe se hacía más lejano paulatinamente y no concentraba toda su atención, tuvo picos de asombrosa lucidez y momentos de total inconsciencia. Despertó de uno de los desvanecimientos y no sintió más golpes, se preguntó si ya habría muerto, si ya había comenzado su viaje hacia el otro mundo, se preguntó si Angie ya había llegado o si eran parte del mismo contingente.

Pero luego descubrió que un poderoso brazo le presionaba la garganta, sintió al chino acostado en su espalda y le dio repulsión, le pareció una obscenidad no respetar a un muerto, le hubiera gustado sacudírselo corcoveando como un toro bravío pero ni un solo músculo de su cuerpo podía responder, abrió la boca para buscar aire pero el conducto que lo llevaba a los pulmones estaba cerrado, escuchó al helicóptero de John, el guardia a sueldo de la zona, sobrevolar la cabaña, aún estaba alto, seguramente había visto el fuego.

Les llevaría demasiado tiempo aterrizar, cuando llegaran todo habría acabado.

Esforzó la boca una vez más, abrió los ojos grandes mientras la morsa en el cuello terminaba su labor, las paredes de la tráquea estaban pegadas por la presión del brazo del criminal, había sido una locura enfrentarlo, pero no había otra cosa que hubiera podido hacer. Al menos no tendría que ir al entierro de Angie, odiaba los entierros cuando eran de gente querida. Moriría de todos modos en ese entierro. O moriría después por una bala en su sien, cuando comprendiera que el dolor de no tenerla era superior a mil golpes del maldito chino.

Sacudió su cabeza e intentó arquear la espalda impulsado por un reflejo a causa de la falta de oxígeno, parecía que la garganta le iba a explotar, que iba a hincharse como un globo, su anteúltimo pensamiento fue para Angie “ya voy” el último para Dios “en vos confío”.

Matt Harris se entregó a la muerte.

* * * * *

No se podía sentir frío cuando el fuego lo devoraba, sin embargo estaba helado, solo faltaba un instante para que el policía muriese y pudiera irse para abrigarse un poco. La bala en el hígado lo estaba perjudicando, le hacía blanquear la mente, se preguntó si estaba envenenada, si el americano blanco había aprendido ancestrales costumbres de los legítimos habitantes de las tierras de los Estados Unidos y había envenenado las balas.

Estaba mal.

El fuego lo devoraba, como un dragón.

Tenía frío.
Ya terminaría y podría levantarse.
Otra vez la oscuridad.

* * * * *

No tuvo conciencia de que la presión en el cuello había descendido, salió de su catalepsia cuando el oxígeno volvió a entrar a los pulmones, y no por la sensación de alivio de respirar nuevamente sino por el terrible dolor que sintió al volver el aire a recorrer el conducto respiratorio.

Tuvo una arcada.

Su cuerpo se contorsionó por una convulsión.

Abrió grande la boca y aspiró, escuchó un silbido lejano y bien agudo, era él.

Estaba vivo.

Tosió y los ojos se le llenaron de lágrimas, en las fosas nasales había una especie de efervescencia burlesca. Volvió a toser y se quedó sin aire, otra vez el silbido.

Hubo varias toses y varias arcadas hasta que pudo volver a regular la respiración, el corazón bombeaba desbocado, el aire seguía silbando y haciendo viento desde la garganta, de a poco la tráquea comenzaba a recuperar su forma.

Se apoyó en las manos para levantar el torso y ponerse de costado en el piso para así desprenderse del oriental.

Quedaron cara a cara, pero solo un par de ojos parpadeaba, mientras que los otros recorrían el largo camino de la putrefacción.

En medio de tanto dolor, miseria y muerte, ... Harris pensó en Angie y sintió algo de culpa por su alegría de estar vivo.

Y en medio de arcadas y silbidos, con el rictus pétreo y chamuscado del oriental como único espectador, lloró, como no había llorado en toda su vida.

CAPITULO XXX

Amadeo	<p>Tu afirmación merece una reflexión para esclarecer una propuesta falaz, veámoslo de este modo:</p> <p>Una neurona en el cerebro humano posee entre 1000 y 10000 sinapsis o puntos de contacto con las neuronas más próximas. Suponiendo que cada sinapsis responda con un biestable si/no, resultaría que el máximo de respuestas que podría contener el cerebro sería de $10^{10} \times 10^3 = 10^{13}$, esto es 10 billones de bits.</p>
Capitana	<p>No te entiendo.</p>
Amadeo	<p>Corté el relato para que no esperes tanto por mi respuesta, pero continúo: Si el cerebro humano tuviera una sola sinapsis, no podríamos alcanzar más de dos estados mentales ¿conoces gente así?</p> <p>Si las sinapsis fueran dos tendríamos $2^2=4$ estados, si fueran tres $2^3=8$ estados.</p>
Capitana	<p>Aun no se adonde vas y qué tiene que ver con lo que hablamos.</p>
Amadeo	<p>Solo fue otra pausa: Decimos que el cerebro humano contiene aproximadamente 10^{13} sinapsis, por lo que el numero de estados mentales que puede alcanzar el hombre es de $(2^{10})^{13}$ o sea dos multiplicado por sí mismo diez billones de veces, es una cifra mucho mayor que el numero de partículas elementales (protones y neutrones) que existen en todo el universo. No podrían existir dos cerebros iguales así fueran clones</p>

	del mismo origen criados en idénticas condiciones. Entonces mi querida amiga: NO VUELVAS A AFIRMAR QUE TODOS LOS HOMBRES SON IGUALES.
Amadeo	Creo que he sido claro y elocuente.
Capitana	Creo que como siempre, tu exposición ronda la pedantería.
Amadeo	No voy a aceptar eso, continuemos entonces con el tema anterior. Nunca leíste a Paracelso? “Quien cree que todas las frutas maduran al tiempo de las frutillas, nada sabe acerca de las uvas”
Capitana	Supongo que sos una uva.
Amadeo	La uva más exótica que jamás haya existido, podrías emborracharte con solo pasar la lengua por la piel que la recubre.
Capitana	Bueno, no tenía dudas de tu exotismo.
Amadeo	Por supuesto que no, pero volvamos a la disquisición primigenia.
Capitana	Querrás decir a la trampa que me tendiste.
Amadeo	Nunca hago trampas.
Capitana	Ya no tengo interés de hablar de mis hombres, sobre todo porque no escucho ninguna historia acerca de tus mujeres.
Amadeo	Como te repetí varias veces, ese es mi sanctasanctórum, ¿y sabés por qué? Porque lo único que existe esta en mi imaginación, nunca fue real, solo es un conglomerado de material formado en sueños.
Capitana	Pero debe haber habido una mujer.
Amadeo	Si te espanta que sea virgen, no lo soy. Pero el amor me es complicado.
Capitana	¿Por qué?
Amadeo	Porque las personas (no digo mujeres, sino el más abarcativo género humano) me aburren soberanamente.
Capitana	No puedo creer eso, yo soy una persona y

	vos también.
Amadeo	Somos excepciones a una ley probada. Mi mundo es borroso y desdibujado para intelectos indoctos.
Capitana	No creo tener un cerebro docto.
Amadeo	Tu opinión siempre va a ser relativa a tu propia persona, y estamos hablando de Mi visión donde Mi mundo no está vedado a tus ojos.
Capitana	Pero ver no significa entender.
Amadeo	Significa percibirlo con un tinte de subjetividad, es más de lo que puedo pretender con casi cualquier otro ser vivo.
Capitana	¿Tenés amigos?
Amadeo	¿Te tengo?
Capitana	Por supuesto que a mí sí.
Amadeo	Es todo lo que importa.
Capitana	¿Pero otros amigos?
Amadeo	No.
Capitana	¿Parientes?
Amadeo	Nadie con quien me relacione afectivamente.
Capitana	¿Entonces tu afecto tiene que ver con tu inteligencia?
Amadeo	Si, y es igual en tu caso. ¿Tenés algún amigo con un nivel intelectual muy inferior al tuyo?
Capitana	No. Pero podría tenerlo.
Amadeo	¿Singular? ¿por qué no todos?
Capitana	Tal vez mi caso no es parámetro, pero la gente no se conduce de esa manera.
Amadeo	La gente necesita de alguien inferior para elevar su autoestima.
Capitana	No creo que siempre sea así.
Amadeo	¿Tus argumentos?
Capitana	No los tengo y no puedo creer que no tengas amigos.
Amadeo	¿Cuales son los tuyos?

Capitana	Son varios.
Amadeo	El más importante, que sea varón sin incluirme.
Capitana	Tengo un buen amigo, casualmente estoy bastante preocupada por él, creo que peligra su vida.
Amadeo	¿Está enfermo?
Capitana	Algo así.
Amadeo	Eso significa que no, ¿se metió en problemas?
Capitana	Sí.
Amadeo	¿Tiene alguna deuda?
Capitana	Podría decir que es un jugador compulsivo, estoy tratando de ayudarlo.
Amadeo	Hacelo si vale la pena, yo lo haría por vos.
Capitana	También yo por vos.
Amadeo	Avisame si puedo ayudar, debería suponer que lo merece siendo tu amigo, pero la transitividad no funciona con las personas.
Capitana	Te aviso si se me ocurre que de verdad podrías ayudar, no me gustaría complicarte en problemas, de todas formas no sabría qué pedirte, no conozco tu especialidad.
Amadeo	Me especializo en pensar. Soy muy bueno encontrando el camino en los laberintos intelectuales.
Capitana	Creo que prefiero cuidarte.
Capitana	Amadeo, ¿tenés miedo a la muerte?
Amadeo	Temo que me sorprenda antes de la cuenta, antes de poder ser feliz.
Capitana	¿Es tu objetivo?
Amadeo	¿No es también el tuyo?
Capitana	Sí.
Amadeo	De todas maneras no creo que sea el fin.
Capitana	¿Que?
Amadeo	La muerte, no creo que sea el fin. Hay otra

	vida, la espiritual.
Capitana	¿Será cierto?
Amadeo	Por supuesto.
Capitana	Es raro escucharte afirmar algo tan irracional, ¿tus argumentos?
Amadeo	Voy más allá de lo racional, voy a lo perceptivo. La inmortalidad es una de esas cualidades que el hombre se atribuye sin una comprensión suficiente de lo que quiere decir. La inmortalidad es un deseo, que a partir de una irracional fuerza de voluntad se transforma en fe. Yo pregunto: ¿Es buena la fe, Capitana?
Capitana	Es buena si te hace bien, no me considero una persona de mucha fe. Pero de alguna manera envidio a los que tienen fe religiosa.
Amadeo	No los envidies, ellos aceptan una proposición como si fuera un axioma. Para ellos la existencia de Dios es tautológica pero sin argumentación. Es una falla y un insulto a la racionalidad humana.
Capitana	Creí que no hablábamos de racionalidad.
Amadeo	Es que también tiene que ver en esto, la fe es para los necios, los ciegos y sordos intelectuales que no quieren o tienen miedo de avanzar en la búsqueda de la verdad. ¿crees que la verdad esta a nuestro alcance?
Capitana	No.
Amadeo	Por supuesto que no, se nos ha negado la posibilidad de comprensión de algo más grande que nosotros mismos, somos partícipes de un acto de magia magistral, solo que cumplimos el rol de la paloma que sale del pañuelo del mago, ni siquiera eso, solo somos un parásito en la piel de aquella paloma ¿que puede averiguar aquel parásito acerca del mago? Yo digo que muy poco.

Amadeo	Y digo más, pienso que la fe es aberrante, se puede creer algo siempre que creer no implique estar seguro, entonces incluimos la duda en el razonamiento, pero afirmar tozudamente algo imposible de fundamentar y jactarse de ello debería ser algo característico de inteligencias menos evolucionadas.
Amadeo	El universo y las leyes que lo rigen son demasiado complejos, y al hombre le cuesta asimilar su ignorancia. ¿Hay vida después de la muerte? Yo digo no sé. ¿Existe un cuerpo astral, un alma? Yo digo no sé. Ahora también digo: Creo que sí. Estoy casi seguro de que sí. Pero no por una cuestión racional, pues lo racional no me da herramientas, es una cuestión de percepción.
Capitana	¿Que percibís?
Amadeo	Percibo otro mundo, pero es un tema amplio y delicado. Además nadie puede contarte una percepción ¿cómo podrías comprender una percepción mía sino es asociándola a algo ya percibido por vos? ¿Y si nunca experimentaste algo parecido, qué podrías comprender? Deberás hacer tu propia experiencia.
Capitana	De todas formas me gustaría saber, soy una persona con la mente abierta y sumamente curiosa.
Amadeo	No tener la mente abierta constituye una arrogancia equívoca de la humanidad, sabemos muy poco y nos damos el lujo de cerramos a nuevos conocimientos.
Capitana	Si, estoy de acuerdo con eso. Entonces es la percepción la que te lleva a creer que existe un alma inmortal, ¿también la percepción te induce a la existencia de Dios?
Amadeo	No, a Dios puedo razonarlo, pero nunca

	percibirlo. Sé que en algunos temas es difícil comprenderme, soy un agnóstico muy especial.
Capitana	Entonces no puede decirse que tengas una religión, ni tampoco que seas ateo. Yo soy católica pero en forma hereditaria, o congénita. No soy practicante, no voy a decirte “creo en Jesús”. Pero estoy en un todo de acuerdo con sus enseñanzas.
Amadeo	Es más fácil entender a Jesús creyéndolo el hijo de Dios, pero ante la ausencia de esa presunción: ¿que lo movió a hacer lo que hizo? No sé. Muchas veces he pensado que si hoy Jesús bajara del cielo a golpear mi puerta me limitaría a verlo con un ojo por la mirilla. En la tierra donde vivo la gente de campo usa el término orejano para denominar a una res que no tiene marca en ninguna parte de su cuerpo. Yo soy una persona orejana, Capitana. Estoy limpio de marcas que me vinculen con un grupo. Para bien o para mal soy un solitario. No sigo a líderes, los líderes me dan pena por la falta de control sobre su vanidad. Hubiera ignorado a Jesús como a un vendedor callejero.
Capitana	¿Donde quedó tu mente abierta?
Amadeo	Bueno, una mente abierta se atreve a dudar de todo, pero toma decisiones en base a lo que considera correcto.
Capitana	Quisiera saber cuál es el razonamiento que te permite creer en la existencia de Dios.
Amadeo	Mi idea sobre un Dios es demasiado conflictiva para tratarla en un Chat, reservemos algo para una charla personal.
Capitana	¿Charla personal? ¡Eso es nuevo! ¿Debo tomarlo como una invitación?
Capitana	¿Amadeo?????

Amadeo se retiró del Canal de Chat.

CAPITULO XXXI

La mancha de humedad que estaba en el vértice de la habitación, donde seguramente pasaba el caño que salía del baño hacia el piso de arriba, cambiaba de forma en la penumbra, fue un barrilete, luego una pista de autos de carrera, ahora formaba un escudo medieval. A Daniel le llamaban la atención los uniformes medievales desde que había leído su primer libro “*El príncipe valiente*”, a los doce años de edad. Pensó que un escudo y una espada cantora serían inútiles en su cruzada, sus armas debían ser la inteligencia y el coraje. Solo, y arrojado sobre la cama de aquel hotel hondureño, buscaba cargarse de energía para dar batalla. Como un monje Shaolin en su templo, cultivando el físico con exigencias que rondan el flagelo y forjando la mente en las brasas incandescentes de la meditación.

Había llegado a Honduras apenas un día antes, luego de despedirse de Lyn en el aeropuerto de Puerto Rico. No sabía dónde estaba ella ahora, era parte de su plan no saberlo, podía estar en Alaska o en Francia, el desconocimiento lo tranquilizaba y le permitía pensar en ella como su tesoro escondido, fuera de peligro y disfrutando un paseo mientras esperaban la resolución del conflicto.

Había fraguado un pasaporte para ella, en realidad lo había mandado a hacer a un falsificador que le habían presentado en un bar en el estado de Colorado. En las semanas que llevaba de fugitivo no se había detenido demasiado en un mismo lugar.

Había pasado con Lyn dos días inolvidables, por lo bien que habían estado juntos, por la angustia de la separación y el miedo a lo que vendría ahora. Lyn le dijo que se sentía como la mujer de un soldado que es llamado al frente de combate. Era una comparación acertada. Estaban en guerra.

Hasta había cambiado su aspecto como una suerte de camuflaje, estaba calvo y con una barba candado negra coronada con un bigote que comenzaba a taparle los labios. Y se había cortado las cejas dejándolas más finas lo que le daba un aspecto algo afeminado. Llevaba dos aros en su oreja izquierda y vestía con pantalón de joggin, buzo y zapatillas.

Salía a correr todas los días, a veces de mañana (era cuando más lo disfrutaba) otras de tarde y otras de noche, para no sentar un patrón de conducta que permitiera rastrearlo, lo hacía estuviera donde estuviera, sin importar país, zona, costumbres o delincuentes locales. Si no lo asustaba MARYN menos podía hacerlo un grupo de vagos medio dormidos.

De la misma manera comía en lugares diferentes, se hospedaba en lugares diferentes y caminaba por distintas calles.

Había comprado una notebook de segunda en Colorado, probablemente era robada, el precio fue un regalo y estaba en muy buenas condiciones. Lyn le proporcionó el software para dejarla lista para la acción. La transportaba en un bolso de tela azul, junto con la poca ropa que vestía, y la pistola 9mm Beretta que había conseguido en Arizona. En Colorado había comprado también un permiso falso para la misma, no quería que la policía lo detuviera por portación ilegal.

No le había costado volver a hablar el español, casi conservaba el mismo acento porteño que había mamado en Buenos Aires, los hondureños no podían sospechar que era ciudadano americano, si le preguntaban decía que era Argentino, de todas formas evitaba el contacto social, a menos que le resultara necesario para obtener algún beneficio, se había metido en su piel el papel del tipo huraño y silencioso, tal vez porque nunca había estado lejos de serlo, como una personalidad latente escondida bajo la fachada de joven americano, surfista, amante de la informática, de los paseos en lancha y del beach boley.

En Arizona había afinado la puntería acertando a unos cactus y haciendo resonar la Beretta en la inmensidad del desierto, se había alejado de la ruta lo suficiente para no ser visto por los ocasionales viajeros y para llenar de arena al auto alquilado y por el cual le cobraron una multa al llegar al aeropuerto.

Nunca había tomado tantos aviones en su vida, y se estaba volviendo paranoico por la forma en que los empleados miraban su documentación para certificarla, tenía la idea de que podían estar buscándolo, que su fotografía podía estar bajo el escritorio de cada uno de esos tipos. Probablemente fuera solo una idea pero por las dudas había implementado algo de estética casera, con una cinta transparente y bastante maquillaje se achicaba los ojos en los bordes y se estiraba hacia atrás las fosas nasales como si tuviera problemas respiratorios o un fuerte resfriado. También había conseguido una verruga falsa que se pegaba en uno de los pómulos.

Otro de sus elementos de viaje era un pote de grasa negra. La llevaba consigo para engrasarse las manos y luego lavarlas con kerosén. La piel se le estaba agrietando y la grasa acumulada ya no salía fácilmente, quedaban residuos de la misma entre sus uñas lo cual le daba aspecto de mecánico de autos. Todo servía para crear una nueva identidad, y estar al margen de la posibilidad de localización que tenía la gente de MARYN.

Intentaba hacer lo mismo con Lyn, ella no pondría en marcha una pantalla tan cuidada pero al menos había literalmente escapado de la casa de sus padres. Daniel le había pedido que se cortara el cabello y cambiara su color, cuando volviera a verla seguro iba a llevarse una sorpresa, aunque no tanto como la que se habían llevado ella misma y sus padres al confundirlo con un vago parado en

la puerta de entrada. Se comunicarían por e-mail pero a partir de un conjunto de claves ya establecidas y a unas horas y días previamente acordados.

Consideraba que podía mantenerla a salvo.

Se sentía responsable de haber implicado a demasiadas personas en sus propios problemas y específicamente de la muerte de su amigo Rob. Pero si no deseaba seguir lamentando pérdidas el tiempo de llorar y acusar la derrota debía ser corto.

Tal vez por décima vez en el día la lluvia golpeaba con furia la ventana de su cuarto, había viento, pero el calor era más sofocante que el que había sufrido en la casa de Key West. Había dejado algo abierto el vidrio a pesar de que el agua se filtraba y mojaba el mantel de plástico de la mesa de comer.

Argentina. Buenos Aires.

La idea de volver a recorrer las calles de su infancia le hacía cosquillas en el estómago, innumerables recuerdos le habían llegado a la mente desde no sabía donde, simplemente el cerebro los había liberado de una celda en un confinado rincón y llegaban ahora con la misma intensidad que la lluvia en Honduras.

Se sentía ansioso, como si el ejército enemigo lo llevara a luchar en su propia tierra. Sería local en Buenos Aires, conocía lo suficiente al país y a la gente como para moverse con soltura.

¿MARYN tenía su base en Argentina?

La idea no era loca, Argentina había sido refugio de delincuentes propios del país e importados de todo el mundo, un paraíso donde cualquier empresa podría radicarse y desarrollar su actividad con normalidad tanto si fuera legal o no, siempre que estuviera dispuesto a contribuir con el político correcto que le brindara la tranquilidad suficiente.

Se le ocurrían varios motivos para instalar una planta de producción de armamento bélico en Argentina, pero la idea que sentía más coherente era la posibilidad de contaminar la región sin control y con muy pocos límites.

Sin duda Argentina era un país de oportunidades para cualquiera con algo de dinero, un poco de astucia, y nada de honestidad.

El beep de la computadora lo trajo de vuelta desde la Argentina, era la alarma que había puesto para recordar cuando chequear mails, los usos horarios le cambiaban continuamente de acuerdo a su itinerario.

Solo un mensaje, a su casilla especial: Karmen.

¡Maggie Baxter!

No pude cuidarte como hubiera querido ella.

Imagino que estaría decepcionada de mí.

Siempre fue mi mentora y maestra, pero evidentemente no pude aprender

todo. Hay cosas genéticas imposibles de adquirir aún con el mejor entrenamiento (y créeme que lo tuve).

Pero siempre puedo suplir la ineptitud con mi fidelidad.

Un poco averiada pero sigo en el juego.

Solo que me perdí las posiciones de los jugadores. ¿quien va ganando, D.?

¿Todavía sos parte de este reality?

Karmen me dijo una vez que me animara a ganar, siempre podría hacerlo si guardaba un as bajo la manga.

Ella era el as.

Ahora voy a devolverle mi vida con la tuya.

Mostrame el juego, D. Puedo cambiar las reglas.

Roseleen.

Inmediatamente y con las pulsaciones aceleradas por la emoción, Daniel buscó a Roseleen en el mensajero. Encontró una y entró en chat privado. Prefirió no utilizar el nick de Salteador, probablemente estarían rastreando conexiones en los chat populares.

Vaquero	¿Conoces a Karmen?
Roseleen	D. qué bueno que pude comunicarme. No sabía si estabas bien.
Vaquero	Te mando un soft.

Daniel envió el soft y las instrucciones, luego se desconectó del mensajero, entró a su canal privado de chat codificado. Y esperó.

Maggie tardó menos de cinco minutos en aparecer en la lista de personas conectadas.

Roseleen	¿Esto es seguro Vaquero?
Salteador	Tanto como el inodoro de la suite presidencial de la casa blanca. ¿estas bien?
Roseleen	Si, bien. Con fractura de clavícula, pierna y brazo derechos, esguince de rodilla, y acaban de sacarme la venda sobre mis ojos hace apenas unas horas. Creían que podía quedar ciega pero según dicen evolucioné bien. Lo más complicado fue traumatismo

	cerebral, estuve inconsciente dos días. Las cortaduras ya cicatrizaron. Nada de eso me preocupa, solo el temblor de mis manos. Dicen que es efecto del golpe, yo creo que tiene que ver con la droga en mi organismo.
Salteador	¿Qué fue lo que ocurrió?
Roseleen	La casa de Michael fue una trampa. Me cegaron y me drogaron. Apenas pude arrojarme por la ventana para escapar.
Salteador	¿Que querían?
Roseleen	No a mi, te lo aseguro, te buscaban a vos. Solo era una persona. Un profesional.
Salteador	¿Y saltaste por la ventana?
Roseleen	Era eso o delatarte. Los sueros de la verdad están muy perfeccionados. Luego de dar tu ubicación iba a morir. Solo pensé que si adelantaba el final evitaba una pérdida mayor.
Salteador	Gracias.
Roseleen	No agradezcas. Me propuse defenderte y por mi ineptitud debiste arreglarte solo. Aunque según entiendo lo hiciste muy bien.
Salteador	Fue difícil. Estuvieron cerca. Pero estoy enfrentándolos. Se llaman MARYN, y es una industria que produce armamento bélico.
Roseleen	Yo estoy inmovilizada, pero decime dónde estás y mando a un compañero por vos. Me tocaron, y nadie toca al servicio secreto, puedo meter a la agencia en el asunto, sólo un par de agentes amigos, no tengo permiso para más. Pero podemos embestir contra cualquier empresa, si está en juego la seguridad nacional, tenemos la pista descubierta.

Salteador	No estoy en el país.
Roseleen	No importa. Manejamos cierto presupuesto.
Salteador	No, me estoy moviendo muy rápido. Pronto voy a estar en Argentina. MARYN tiene su base ahí.
Roseleen	Puedo contactarme con agentes de la CIA en Argentina. Además un grupo de ex compañeros del Servicio pusieron una consultora de seguridad allí. La sede esta en Buenos Aires.
Salteador	No confío en nadie, Maggie.
Roseleen	No te culpo, confiaste en mi y te fallé.
Salteador	No es eso, no me fallaste. Pero no quiero involucrar a nadie más en esto.
Roseleen	Amigo, estoy en un hospital por esto. No voy a olvidarme de todo y hacer mi vida como una vieja en un geriátrico.
Salteador	No hablaba de vos. Sino de otra gente, tus compañeros, las agencias.
Roseleen	Necesitamos a las agencias, son poderosas. Mis compañeros son leales tanto como yo. Fui compañera de tu madre, ella era leal. Le debo mi vida.
Salteador	¿Te salvó la vida?
Roseleen	Más de una vez y en más de un sentido.
Salteador	¿Soy tu medio de pago?
Roseleen	¿Te parece mal?
Salteador	No, después de todo fue ella la que quiso cobrarte.
Roseleen	No, no pensó en eso. Solo llamó a su vieja compañera, la única en quien podía confiar. Necesito que te apoyes en mí, como yo me apoyé en ella.
Salteador	Lo siento. Ya hay muchos jugadores. Nacaals está con nosotros.

Roseleen	¿El grupo hacker?
Salteador	Si. Ahora no decido solo. Hay gente muriendo, mi amigo Rob por ejemplo. Me volví cuidadoso. Puedo confiar en personas, no en agencias.
Roseleen	No puedo ayudarte directamente. Me dan de comer en la boca. Hasta hace tres días me ensuciaba como un bebé. Mis amigos pueden ayudar mucho. Son dos buenas personas. Tu madre conoció al más grande de ellos. Se llama Brandam.
Salteador	La gente de Nacaals son mis compañeros.
Roseleen	¿Confías en un grupo criminal?
Salteador	¿Qué son las agencias?
Roseleen	Tu madre trabajó en una agencia. Juró proteger al Presidente de la Nación y a los intereses de la patria. En el USSS arriesgamos nuestra vida para proteger los valores de los Estados Unidos.
Salteador	Mi madre dejó la fuerza. ¿por qué?
Roseleen	Porque se enamoró de tu papá.
Salteador	No ¿Por qué?
Roseleen	No te entiendo.
Salteador	La verdad, Maggie. Si fuiste su amiga, me lo debés.
Roseleen	Decidió vivir una vida en paz, con su familia.
Salteador	No. La verdad.
Roseleen	¿Hacia donde vas? ¿qué sospechás?
Salteador	Quiero una explicación de por qué dejó el servicio.
Roseleen	Ya te dije.
Salteador	¿Qué tuviste que ver en eso?
Roseleen	¿Por qué tendría yo algo que ver con su decisión?
Salteador	¿Por qué no volvieron a verse?

Roseleen	Bueno, nos distanciamos. ¿qué importa eso?
Salteador	¿Querés que confíe en vos?
Roseleen	Por supuesto D.
Salteador	Entonces necesito cerrar el círculo de tu irrupción en mi vida. No puedo terminar de creer en la vida anterior de mi mamá, no puedo creer que aparecieras de la nada luego de tantos años, necesito aclarar las manchas negras en mi lectura de esta historia.
Roseleen	No hay nada que aclarar, nada que revista importancia.
Salteador	Pero sí para mí, necesito saber qué pasó.
Roseleen	No sé qué estás buscando.
Salteador	Ok, entonces mejor volvemos a hablar cuando recuerdes las respuestas a mis dudas.
Roseleen	No seas tonto.
Salteador	Vuelvo a contactarme yo.
Roseleen	Un momento.

Hubo una pausa, tal vez fue un minuto pero a Daniel le parecieron horas.

Roseleen	Me robó el esposo. Tu papá era mi pareja antes de casarse con Carol. Estaba enamorada de él. Apunté un revólver a mi cabeza cuando supe que me dejaba. Carol fue mi mentora, mi amiga y mi confidente. Me instruyó y me enseñó a ser agente. Interpuso su cuerpo a una bala dirigida a mí, me protegió como si fuera yo misma el presidente. Aquella bala dio en su chaleco, pero pudo morir. Pudo morir y yo casarme con Adrián. Por eso nos distanciamos, y jamás volvimos a hablar. Carol no dejó que Adrián volviera
-----------------	--

	a verme.
Salteador	No lo creo.
Roseleen	Querías la verdad. Es la puta verdad. Ella me salvó la vida más de una vez, y se llevó lo que más quería en el mundo. Nunca la creí en su derecho, pero la dejé hacer. Los dejé ir. No le debo nada.
Salteador	Entonces, ¿qué te une a mí?.
Roseleen	Nada. Solo un viejo recuerdo de un viejo amor.
Salteador	¿Por qué ayudarme?
Roseleen	Porque a veces pienso que podrías ser mi hijo.
Salteador	No puedo creerlo.
Roseleen	¿Qué cosa? ¿qué Adrián era mío? ¿quieres algún detalle físico para corroborar? No les debo nada. Ni a él ni a vos ni a ella. No se para qué me llamó. Cuando desperté en el hospital me dije que había cumplido. Decidí no comunicarme y dejar que siguiera tu vida como el destino la lleve. Pero siempre los quise, a los dos. No pude evitarlo. No pude evitar quererlos. Carol me descubrió siguiéndolos durante los primeros meses más de una vez, pero jamás me lo reprochó. Entendió mi interés por ustedes.
Roseleen	Si querés mi ayuda acá estoy. Si Carol decidió devolverme el lugar de madre que pudo pertenecerme, con el cual soñé, entonces estoy dispuesta.
Salteador	No podrías suplantarla.
Roseleen	No en lo afectivo pero sí en lo profesional, soy la máquina perfecta que ella entrenó. Soy una creación de tu madre. Su orgullo profesional. Ella sabía que después de ella, nadie podría protegerte mejor que yo.

Salteador	Hablamos después.
Roseleen	Si no morí en este hospital fue para dar mi vida por vos. Dejame ayudarte.
Salteador	Hablamos después.

Daniel debió dejar de teclear cuando su puño se cerró como una garra apresando a la colcha verde y raída sobre la cual había dormido la noche anterior. Se desconectó clickeando con el mouse y alejándose luego con cierto rechazo.

Sintió que en su cabeza se abría un agujero para que aquella nueva historia entrara como por un embudo y se deslizara sin obstáculos a los confines de su cerebro, el secreto de Maggie comenzaba a hacerse carne en él mismo, era parte de su nueva realidad.

En sus oídos una alguien rezó una alabanza ... bienvenido al nuevo mundo de Daniel Páez.

CAPITULO XXXII

Aquel artefacto de verdad era impresionante, nunca había imaginado tal avance tecnológico, era como las comunicaciones telefónicas o las computadoras, él jamás podría comprender el funcionamiento, había aprendido a pinchar cables telefónicos con la inteligencia alemana, pero sus conocimientos técnicos eran solo lo básico para la tarea, ni siquiera sabía bien cómo lo hacía, pero bastaba en aquella época. A veces pensaba que si el mundo desapareciera en una catástrofe de la cual quedaran sólo unos pocos sobrevivientes sería imposible reproducir toda aquella tecnología. La mayoría de los aparatos electrónicos que el común de la gente usaba eran cajas negras sin una explicación de qué estaba pasando dentro de ellas. A la gente no le interesaba espiar dentro de los aparatos.

A Imre Viskes le gustaba espiar.

Pero no en la tecnología sino en la vida de las personas, descubría muchas verdades acerca de la naturaleza humana de esa manera. No era un gran conocedor al respecto como podía serlo El Buscador, pero había aprendido cosas a su lado.

En el visor del aparato se dibujaba una mancha roja que se movía entre las habitaciones, era la mujer de la casa, lo sabía por el dibujo del cuerpo bastante ancho de caderas. La otra mancha roja dormía o estaba a punto de hacerlo, porque su silueta pasaba de roja a verde cada tanto.

La estructura edilicia se veía verde, en realidad se veían los huecos, eso le habían explicado, el aparato era un detector de huecos que llenaba lo que no era hueco de color verde a lo fijo y rojo a todo aquello que presentara un movimiento.

Había dos personas en la casa, seguramente papá y mamá Stravensky ¿Dónde estaría ella? Sarah.

Era una niña demasiado aplicada y dependiente de papi y mami para estar sola por Miami una noche como aquella. Había mucho degenerado suelto. Los padres no la dejarían salir sin su novio Daniel. Además no tenía muchas amigas.

Básicamente era un androide introvertido que pasaba sus horas frente a la PC. Pero el cuarto con la PC estaba vacío.

¿Se había fugado?

¿Habían sido los pendejos tan astutos como para adivinar que estaban

cerca de atraparlos?

¿Podían dos niños ser tan cuidadosos?

Tal vez el chico si.

Dejó el visor en el asiento trasero del auto tapado con el saco de su traje, no necesitaba que algún ladronzuelo le complicara la vida llevándose de su coche material confidencial.

El traje y la camisa eran negras, no llevaba corbata para mimetizarse mejor con la gente de Miami, aunque nadie prestaba atención a la vestimenta ajena en un lugar como ese.

Miami había cambiado mucho, se había convertido en un refugio para la escoria latina, nicaragüenses, salvadoreños, hondureños, portoriquenses, argentinos, uruguayos, bolivianos, la basura latina había emigrado cuando las visas eran libres y se había radicado en la ciudad, ahora hacían el trabajo duro, la mayoría arreglaba techos, con cuarenta grados de calor se subían a las mesetas de las casas viejas americanas para asfaltar las grietas en las piletas que se formaban con la lluvia. Los estadounidenses tan cumplidos y comprometidos con la ecología no permitían el uso de membranas, así que los aborígenes latinos estaban de parabienes juntando dólares para mandar a su patria o para algún día volver a sus países, a vivir como magnates favorecidos por el tipo de cambio. Los había visto al mediodía en el restaurante de cinco dólares, con sus ropas impregnadas de alquitrán, las uñas sucias manchadas de negro como espantosos lunares en sus dedos deformes.

Gente como esa arruinaba lo poco bello de la ciudad, tal vez la única por la cual sentía algo de simpatía en un país enfermo. Los americanos eran imperialistas parásitos para los países del continente, pero los esclavos en consecuencia dañaban a los americanos en lo más sagrado, mezclaban su sangre, llenaban de impurezas la raza tal como ya lo habían hecho los negros. Los negros eran un daño derivado de la abolición de la esclavitud, un error bastante lejano, pero los latinos eran errores nuevos para América.

Los gobernantes no sabían hacer las cosas, si EEUU se manejara con la rectitud y principios del politburó o al menos aprendiera algo de los burócratas alemanes, podría ser más grande aún de lo que era y conservar su raza pura y a los ciudadanos tranquilos y orgullosos de su Nación.

A pesar de los delincuentes latinos que pululaban el barrio estaba tranquilo a esas horas, todo el mundo debía dormir si exceptuaba a la vieja Stravesky que se levantaba a mear. A esa edad era frecuente que se aflojara la vejiga. El organismo se iba atrofiando de a poco, había que cuidarlo y no dejarse engordar como aquella vieja judía, Imre se cuidaba convenientemente, hacía ejercicio regularmente y comía en forma balanceada alimentos con proteínas, además se

mantenía atlético a los cincuenta años, era mucho más de lo que el 99% de los americanos de su misma edad podía decir.

Odiaba a los americanos, pedantes y falsamente protectores de la humanidad a la cual exprimían como una naranja jugosa, pero más a los judíos, avaros y vengativos, creídos ser el pueblo de Dios mientras masacraban y robaban al pueblo árabe.

Sobre todo odiaba a las viejas culonas judías que se creían americanas.

En su trabajo debía cuidar el cuerpo, al igual que un bailarín o una prostituta. Era importante ser certero como una ballesta y mantener aceitado todo su engranaje, si una vez el mecanismo fallaba podía significar la muerte. Había aprendido eso cuando empezó a matar. Pero eso fue años después de empezar a espionar.

Había sido reclutado en 1977 por Sandor, un Húngaro pro-nazi que trabajaba muy ligado a la Stasi de la Alemania Oriental. La primer pregunta era cómo un Nazi estaba tan ligado a los comunistas. Nunca tuvo la respuesta precisa pero podía especular que Sandor tenía bastante talento para operar en misiones peligrosas, hombres como él eran fundamentales en épocas de guerra fría.

Recibió órdenes directas del Alemán de inteligencia y hombre de confianza de Wolf, Egon Kessler, durante más de quince años hasta que El Buscador le ordenó matarlo. Fue una jugada necesaria aunque le dolió hacerlo, pero sabía que el deber estaba antes que los sentimientos, había asumido eso muy temprano en su vida de espía.

Con Egon tenían mucha historia, había ejecutado bajo su mando operaciones claves para el beneficio del Soviet, la mayoría de ellas exitosas, tal precisión se debía a la inteligencia estratégica de su jefe y a la infalibilidad y profesionalismo con el que él se había desarrollado.

Pero Egon sabía que había entrenado a un tigre de bengala para devorar a sus enemigos, el tigre había aprendido a matar, lo hacía bien y le gustaba. Y no podía detenerse.

Las últimas misiones antes de la muerte de Egon fueron efectivas, pero hubo algunos daños colaterales, muertes no planeadas en primera instancia. El Buscador le hizo notar que después de dichas hazañas Egon estaba pensando en desprenderse de él. Como de una mascota que cumplió ya su objetivo pues el niño al cual entretenía creció y la mascota se volvió vieja y mala.

Pero no empezó así, se hizo de abajo, primero le tocó enamorar a jóvenes alemanas esposas o secretarias de altos funcionarios de occidente. Fue entonces que tomó conciencia de lo importante de cuidar su cuerpo para entregar placenteras visitas de gozo a las mujeres alemanas. Era un trabajo digno y se

recababa bastante información. Además la paga era buena aunque los beneficios eran más importantes que lo estrictamente monetario, Imre valoraba la impunidad.

Su profesión lo había hecho conocer el mundo y las mejores mujeres. Aún recordaba a Gerda, la mujer más esbelta, confiada y espontánea que había existido en su vida. Tuvieron un romance intenso, tal vez fue la única mujer a quien amo de verdad, le dolió separarse de ella, entrecerrando los ojos aún podía recordar su voz aguda, el cabello claro y suave como la piel de una nutria, la risa franca y grande, sus gemidos de placer y el sabor de su sudor. También recordaba sus piernas delgadas y largas asomando fuera de la bañera con la cabeza sumergida deformada por el efecto del agua, como si la espicara a través del vidrio grueso de una ventana. Le dolió matarla pero consideró mejor hacerlo él y no que lo hiciera otro, el asesinato era un acto íntimo, como una violación, en el instante crucial de la muerte había un contacto más profundo que el que podía lograrse a partir del sexo, era todo comunicación visual, éxtasis, el paso final a otra vida.

Gerda fue su primer muerte.

La familia Stravensky no sería la última sin ninguna duda.

Metió el abridor en la cerradura hasta sentir el “clack” característico, la puerta le cedió el paso a la sala de recepción.

El amoblamiento le recordó la casa de su madre en Budapest, los muebles eran rústicos y sólidos, de madera oscura lustrada. Había un aparador con copas y vasos de cristal, y algunos platos que jamás habían sido usados. La lámpara en el centro del cuarto tenía ocho brazos que pendían sobre la mesa, cubiertos de vidrios en forma de lágrimas o racimos de uvas, según quisiera verse. En uno de los brazos un racimo completo se había desprendido y lo tenían apoyado sobre un cenicero de mármol.

No eran judíos de plata, aunque si buscaba seguro encontraría algún dinero en la casa más allá de lo que hubiera en la cuenta bancaria. Les gustaba guardar dinero en la casa. Eran clase media algo venida a menos, pero sobrevivían, el viejo ya estaba jubilado y cobraba bien. ¿Por qué tanta diferencia de edad con la nena? ¿Sería adoptada?.

Hitler estaba loco y equivocado en muchas cosas, pero debieron dejarlo matar a todos los judíos.

La señora Stravensky era una típica madre judía, como se sabe suelen ser madres muy sobreprotectoras y castradoras. Su hija era el tesoro máspreciado. Se le notaba en el rostro al contestar sus preguntas.

El efecto de la droga era intenso, la mujer estaba transpirada, casi empapada, con los pantalones de pijama bajos y apoyando la espalda sobre la

tapa del inodoro. Lo que decía sin duda era verdad, no tenía idea de donde estaba la hija. Le había dicho que se iba de vacaciones unos días con Daniel, le pidió que dejara encendida su PC así recibiría sus mensajes desde donde estuvieran. Sólo tenía que acercarse al monitor con las gafas puestas y leer el mensaje, nada más, ni siquiera tocar el aparato que llamaban ratón.

A Daniel lo había visto en la puerta, no había querido pasar, parecía apurado por irse, llevaba la cabeza cubierta con la capucha de un buzo gris de universidad. Y una barba incipiente.

El niño estaba aprendiendo el juego demasiado rápido. Era lógico cuando se tenían condiciones naturales, sólo se necesitaba a alguien que explicara las reglas básicas y al ruedo. Era al límite, donde peligraba la vida cuando más se aprendía.

La segunda aguja se clavó en el cuello de la señora, Imre la sostuvo para que no se cayera y la arrastró a la bañera. Una vez adentro de ella le subió la ropa y buscó en su bolso el bisturí para realizar la incisión sobre las venas de la muñeca.

La sangre brotó roja y tibia cubriendo las ropas de la mujer, enseguida sintió el ruido de líquido fluyendo por la rejilla de la bañera.

Guardó las jeringas y los frascos en el bolso antes de ir a buscar al esposo.

El señor Stravensky era un gusano, y como buen gusano estaba arrollado en la sábana que no era suficiente para contener el olor a los pedos que largaba en forma ininterrumpida.

La cama era un *sommier* con colchón de elástico. Imre prefería los colchones de elásticos, le parecía que descansaba mejor, en los hoteles donde se hospedaba a veces no tenían más que colchones de goma espuma.

Cuando le apretó la garganta el hombre abrió los ojos grande como huevos y su boca se convirtió en las fauces de una boa, el caño de la pistola entró perfecto entre los dientes, bueno casi perfecto un par de dientes sonaron a roto, a esa edad estarían todos descalcificados. Un hilo de sangre empezó a asomar entre la comisura de los labios. No pudo gritar, y no por la pistola en la boca o por la mano apretando su garganta, sino por los ojos de Imre que lo miraba como saboreando un postre antes de comerlo.

– Quiero que se dé vuelta –murmuró el húngaro– gire y ofrézcame su espalda.

La pistola salió de la boca sin brusquedad, y la mano en la garganta aflojó la presión, el hombre se tomó unos segundos mientras rodaba en su cama y Viskes apartaba las sábanas para balbucear algunas palabras sin sentido.

Imre ni siquiera lo escuchó, sabía lo que iba a decirle, siempre era lo mismo en todos los casos, “tome lo que quiera pero no me haga nada”, “tengo

dinero en tal y cual lado”, “por favor no hay necesidad de ser violentos, voy a darle lo que pida”, ...

... probablemente no preguntaría por la esposa, solo pensaba en él y en que nadie toque su culo gordo.

Usando una cinta adhesiva ancha como una faja ató las manos del hombre a su espalda, luego las piernas a la altura de los tobillos y al fin la boca para dejar de escuchar aquella radio vieja y descompuesta, lo volvió a poner boca arriba para verlo mejor.

Las arrugas de los ojos lo decían todo, las arrugas siempre eran muy expresivas, de acuerdo a cómo se formaran indicaban distintas sensaciones, ahora todo era terror, un miedo inmanejable para el cobarde hombre judío.

Un ultimo trozo de cinta le tapó los orificios de la nariz.

El judío no entendió que no volvería a respirar hasta que empezó a faltarle el aire, recién entonces reaccionó arqueando su espalda y sacudiendo la cabeza.

Imre se sentó a los pies de la cama para verlo mejor, la pieza no estaba totalmente a oscuras porque por entre la cortina llegaba algo de luz mezclada entre el foco de la calle y la luna grande y casi redonda.

De la garganta del sr. Stravensky emergía un ruido inhumano que parecía hacerle vibrar las uñas, era algo así como el ronroneo de un gato pero más fuerte y cargado de desesperación, la cama comenzó a saltar de tal manera que a Imre le recordó la película “*El exorsista*”, pero cesó cuando el judío cayó al suelo.

Viskes se incorporó estirando un poco el cuello para verlo, estaba de rodillas, con la cara raspando contra el piso para intentar soltar la cinta de su boca, se estaba lastimando mucho, sufría. ¿Estaría gozando?

Los pies desnudos patearon la ventana, luego la cama corriéndola con Imre montado en ella, el cuerpo flácido rodó hasta la otra pared y comenzó a golpear su barbilla contra el canto de un pequeño placard de madera.

El último cabezazo fue de frente y ya en un acto total de locura, se partió la nariz contra el marco de la puerta, tal vez pensó que la nariz rota dejaría espacio para un poco de aire, nunca lo había pensado pero no le dio resultado, la sangre lo terminó de asfixiar, tembló un poco mientras respiraba su propio líquido, tuvo un par de convulsiones y luego dejó de moverse.

Imre se acomodó en el lado de la cama de la Sra. Stravensky para probar el colchón, era excelente, cualquiera pensaría que tremendo peso habría deformado los resortes, pero estaban bien, era muy probable que tuviera poco uso. Entrecerró los ojos al apoyar la cabeza sobre la almohada y se descalzó para subir los pies y meterlos bajo la sábana.

Aún no sabía si había terminado con el matrimonio Stravensky, solía despertarse con deseos de algunos juegos eróticos.

CAPITULO XXXIII

El hombre de lentes oscuros y piloto negro se mantenía a unos veinte metros de la ceremonia, casi recostado contra un árbol que alargaba sus primeras sombras sobre un césped verde rabioso sembrado y mantenido con una prolijidad admirable. A juzgar por el color bien podría tratarse de césped sintético pero no lo era, no cuadraría con el ambiente de paz y naturaleza que los cementerios solían querer transmitir.

Perfección, paz, sincronía.

Los árboles armonizaban con el pasto y éste con las lápidas que según normas internas (había aprendido que los reglamentos internos de los cementerios podían ser más abultados que los de una propiedad horizontal) no podían exceder los treinta centímetros de alto, hasta parecía ser congruente con el color tiza que tomaban las fotografías de los difuntos detrás del acrílico de las lápidas.

El Cementerio Privado de Denver ‘Olivares’ estaba organizado de una manera muy particular, las calles internas eran tan amplias que dos camiones cisterna podían colocarse uno al lado del otro sin rozar siquiera los cordones de las veredas donde estaban las parcelas de tierra, y los cordones así como todo cartel indicador dentro estaban pintados de colores que ayudaban a sectorizar el predio. Tenían sectores azul, verde, cian, turquesa, amarillo, naranja, rosa, etc. Evidentemente la persona que había decidido los colores pensó que el rojo era demasiado violento para los deudos.

Su amante esta en el sector celeste, señor. Cerca del puesto de flores, puede llevarle unas fresias si lo desea

La gente formada simétricamente alrededor del ataúd según indicaciones precisas de la gente del cementerio era parte del mismo complot de absurda pulcritud y orden. Todos lloraban discretamente y se esforzaban por asentir con gestos sombríos a las palabras del sacerdote que presidía la ceremonia.

Harris pensó que el parque verde y parejo podría haber sido una cancha de polo.

Una combi cargada de pasajeros cruzó por la intersección a su espalda deslizándose por el asfalto con sumo respeto, las combis estaban pensadas para transportar a la gente dentro del predio dado que no permitían el uso de vehículos ajenos a la empresa moverse por las calles internas del cementerio.

Además en los bordes inferiores del techo se aprovechaba para comentar al pasajero de los servicios adicionales que la empresa brindaba.

Era bueno que el cadáver estuviera cómodo, ¿verdad?

Lo habían trasladado por avión, en la bodega dentro de su féretro lustroso con una enorme cruz en la tapa. Había visto todos los modelos en la funeraria y ese fue el que más le gustó. Era un compromiso ridículo el tener que elegir un ataúd pero pensó que le agradaría a la familia de Angie y por consiguiente que ella hubiera querido que su familia no se sintiera a disgusto o dejada de lado en el momento de su muerte.

A él ya no le importaba, y si la familia quería tenerla cerca para llevarle flores día por medio, que lo hicieran... a Angie le había causado gracia tanto dinero gastado en nada.

Los veía ahora, con sus rostros cansados, derrotados por el dolor. El teniente Harris tenía hijos y podía imaginar aunque no quería hacerlo, lo mucho que dolería perder a uno de ellos.

No se habían conocido con los padres de Angie hasta hacía treinta minutos, cuando esperaban que la empresa fúnebre trasladara el cuerpo hasta la tumba, el encuentro había sido poco feliz, pero no esperaba otra cosa. La gente se comportaba raro ante el dolor, sobre todo ante el dolor sentimental. Los padres de Angie sabían que estaba viendo a alguien, pero nunca habían recibido más noticias que algunas evasivas poco disimuladas, ahora se conocían en persona y acababan de enterarse de que él era agente del FBI, y que probablemente la muerte estuviera relacionada con un caso que investigaba y donde ella colaboraba como agente infiltrada.

Suficiente para odiarlo por el resto de su vida.

La señora lo había quedado mirando por unos largos segundos intentando adivinar cuál sería su verdadero aspecto detrás de aquel cúmulo de vendas y moretones, luego sus ojos se cargaron de furia y lo hubiera golpeado de no ser porque su marido se abalanzó sobre Harris con los brazos extendidos para arrugarle la solapa de la gabardina, mientras lloraba con la vista fija en sus zapatos.

Había decidido no arrimarse demasiado, no quería volver a estar cerca de los padres de Angie, por otra parte no soportaría entablar conversación con parientes de entierros que sólo se hacen presente ante las tragedias familiares para tener que relatarles una y otra vez lo sucedido, respondiendo a preguntas rayanas a lo morboso.

El cigarrillo temblaba en su boca, notó que una señora lo miraba con gesto de incredulidad y negando con la cabeza al pasar a su lado, sabía lo que estaba pensando, no había dejado de toser en los últimos quince minutos y lo estaba

confundiendo con un fumador tuberculoso. La tos era molesta pero era la secuela menos importante de aquella noche trágica. Lo más importante estaba siendo despedido por un sacerdote para en un rato desaparecer bajo varios kilos de tierra.

El piloto oscuro que tenía puesto ocultaba el brazo izquierdo que llevaba pegado al pecho y atado al cuello con un pañuelo de seda, tenía las mejillas arañadas como si un gato furioso hubiera jugado con ellas y un parche blanco sobre uno de los arcos sobre la ceja.

El pómulo derecho estaba hinchado y el borde del ojo amoratado, el cuerpo lleno de marcas de golpes y un par de vendas en distintos lugares del cuerpo. Necesitaba una muleta o al menos un bastón para caminar, eso había dicho el médico antes de que él decidiera irse de la sala de internación, había permanecido doce horas en observación además de las dos horas que estuvieron trabajado sobre él y la hora que utilizaron para sacarle placas de todos los lugares del cuerpo.

El médico había querido obligarlo a quedarse, hasta amenazando con llamar a la policía de guardia para evitar su salida, pero Harris sabía imponerse cuando era necesario, morir por un coagulo en el cerebro no alteraba mucho sus planes para aquellos días.

El cuerpo de Matt se sacudía en forma constante al ritmo de las explosiones en su garganta, sentía fuego dentro de ella, si intentaba hablar apenas salía un susurro ronco que asemejaba al gruñido de una bestia agonizante. Había comprado las pastillas con analgésico que el médico le recetó pero no le hacían efecto ni disolviendo dos juntas en la boca.

No había podido dormir salvo quince minutos mientras estaba esperando la merienda, solo un abrir y cerrar de ojos, pensaba buscar un hotel luego del entierro cuando estuviera todo medianamente en orden, y tomarse el tranquilizante más fuerte que se pudiera conseguir para descansar todo lo que necesitara sin que la tos lo tuviera en vela. Tenía la certeza de que como cayera sobre la cama iba a despertarse, exactamente en la misma posición pues moverse le significaría dolor, le dolía cada parte del cuerpo, cada parte sin excepción, ... los ojos, la boca, los dientes, la rótula, las costillas, el abdomen, los dedos, las muñecas, la mandíbula, ... parecía que podía dolerle la piel sobre la carne, los tendones, los músculos, los huesos.

El teléfono celular vibró en su cintura, le costó un esfuerzo desengancharlo y abrirlo para atender, se limitó a escuchar el mensaje respondiendo con un gruñido. Su ex mujer y sus hijos estaban a salvo, les había inventado unas pequeñas vacaciones forzadas. Lorna lo insultaría hasta secar su lengua cuando lo tuviera a mano, parecía que no podía dejar de molestar a sus

seres queridos mientras intentara protegerlos, pero era necesario esconderlos ahora. Un tiempo, hasta que todo pasara.

El cajón había sido levantado de sus caballetes de plata y ahora comenzaban a bajarlo con cuerdas dentro de la fosa. Era la parcela de los Rosembaun, según le había contado el gerente del cementerio, doña Thelma Rosembaun descansaba allí. ¡Que bueno tenerlas juntas!, ¿verdad? Muy cómodo cuando se viene a visitar. Y muy oneroso también el abono mensual por el alquiler de la parcela.

La mano libre de Matt se estiró para agarrar una rama del árbol y estrujarla entre los dedos, actuaba como quien debe morder algo para no gritar cuando el dolor lo supera, las piernas se le aflojaron y la mano soltó la rama para ayudar a no golpearse contra el piso, se quedó de rodillas, si alguien fijó en él su atención debió pensar que estaba rezando, pero no lo hacía, Matt Harris no sabía rezar, solo lloraba, largando ríos de lágrimas por debajo de los lentes oscuros, sus dedos escarbaban la tierra, sintiéndola húmeda en sus uñas, un comerciante de la muerte se acercó a hablarle, seguramente su posición y comportamiento no cuadraban con la simetría del establecimiento.

Lo habría insultado de tener voz para hacerlo, pero en lugar de eso lo utilizó de apoyo para incorporarse y se marchó, lentamente, arrastrando los pies bajo el sol tenue de la mañana en Denver.

Se fue pensando que necesitaba dormir, pero tenía planes para cuando pudiera volver a conducirse con criterio.

CAPITULO XXXIV

Moloch fue el último en registrarse en el chat, Daniel estaba esperando ansioso para comenzar a planear los siguientes pasos, por lo poco que había comentado Saro las cosas estaban cada vez más difíciles, era probable que Valhall estuviera muerto al igual que Fermat. Se había iniciado una cacería que ya había acabado además con RobRoy y con sus propios padres. No se sabía cual era el próximo blanco, pero sabía que él sería la zorra a partir del momento en que asomara la cabeza fuera de su madriguera, por eso se mantenía lejos y cauteloso.

Había notado un clima raro en el chat, el único verborrágico parecía R/S quien solía estar ausente de los problemas viviendo en su propio mundo autista. Se permitía gastar bromas y extrañarse por la parquedad del resto de la sala.

En el room estaban entonces ya todos los integrantes del nuevo grupo Nacaals: Laud, Saro, Moloch, R/S, Alarde y él mismo.

El mensaje habitual de Saro se apuro a aparecer en la pantalla.

Saro	Comencemos entonces, hay mucho por hacer hoy.
Alarde	Saro, mis disculpas. Voy a hablar primero porque tengo algo importante para decirles.
Saro	Si, adelante.
Alarde	No soy Alarde.
Saro	¿Perdón?
Alarde	Como ustedes bien sabían, Alarde era una mujer: Se llamaba Angie Rosebaum y era el ser más hermoso de esta tierra, también era mi pareja, mi nombre es Matt Harris.
Saro	¿Esta muerta?
Alarde	La asesinaron.
Laud	¿Cuándo?
Alarde	Hace dos días.
Saro	¿Como fue?
Alarde	Por encargo, evidentemente. Un asesino

	profesional. Aún no tenemos datos que revelen su identidad, solo un compendio de nombres orientales en documentos falsos y un juego de huellas digitales que coincide con los de un adolescente chino fallecido a los quince años en un accidente. Le disparo a quemarropa luego de filtrarse en su casa.
Saro	¿Entonces detuvieron al asesino?
Alarde	Está muerto.
Laud	¿Cómo?
Alarde	Me enfrenté con él. Créanme que el ataúd que hoy ocupa debió haber sido mío.
R/S	Te felicitamos por tu coraje amigo Matt, y te damos las condolencias. Estamos para ayudarte.
Salteador	Puedo entender tu dolor, si estas al tanto de lo que esta ocurriendo sabrás por qué lo digo, pero no creo que sea saludable que continúe esta conversación.
Saro	Salteador tiene razón, agradecemos el dato y compartimos tu pena, Alarde fue importante en Nacaals y en nuestros corazones. Ahora va a ser mejor que nos despedamos, no creemos prudente que te involucres más en esto.
Alarde	Gracias. Aún no termine lo que tengo para decirles, soy Agente del FBI, Alarde trabajaba como agente secreto infiltrado en Nacaals.
Alarde	Estoy a cargo de la división de delito informático, queríamos llegar a ustedes.
Alarde	Fueron mi obsesión durante largos años.
Moloch	¿FBI? ¿Lo decís tan libremente?
R/S	¿Alarde era un soplón del FBI?
Alarde	Lamento decirles esto, pero sinceramente ella no les tenía gran estima así que el

	<p>asunto no le implicaba un dilema moral, tampoco los odiaba pero sabía que eran delincuentes y que debían mantenerse al margen de la tecnología para que ésta evolucionara por caminos sanos.</p>
Moloch	<p>No voy a creer eso. Alarde era una Hacker real e histórica.</p>
Alarde	<p>Si, amaba la informática y las comunicaciones, pero tenía ideales de un mundo ordenado, era conciente más que cualquiera de ustedes de los peligros que una guerra informática implica y no deseaba formar soldados que pudieran revelarse contra los intereses de los EEUU. Estaba a favor de una capacitación controlada y de un plan de apoyo para el trabajo en seguridad informática. A veces decía que se sentía como militante de una corriente filosófica, amaba las bases pero no podía apoyar a los extremistas que buscaban la reforma por un camino equivocado.</p>
R/S	<p>Nunca la escuche decir esas tonterías.</p>
Saro	<p>¿Por qué aparece hoy el FBI asomado detrás de su máscara? ¿Para que nos necesitan?</p>
Alarde	<p>¿El FBI? No los necesita, los detesta, al igual que yo y no voy a venderles un cambio de parecer.</p>
Alarde	<p>Pero eso no importa, al menos no para mí, no ahora. Estoy en esta reunión como Matt Harris y no como el FBI, estoy de licencia por duelo y por cuestiones de salud, probablemente extienda los días con unas vacaciones que se me adeudan. Tenemos a MARYN pegado como una sombra, todos los que hoy participamos de esta charla estamos en peligro. Debemos unirnos si</p>

	queremos sobrevivir.
Moloch	La policía esta lejos de mi círculo de relaciones y va a mantenerse así un tiempo más.
R/S	Resulta extraño que el FBI necesite la colaboración de un grupo de Hackers a quienes intenta detener, a quienes considera delincuentes peligrosos y sueña con el día en que los pueda confinar en una celda oscura y lejos de todo aquello que le permita hacer un “mal uso” de la ciencia.
Alarde	Sé como suena esto. Pero estoy fuera del caso de la muerte de Angie, me lo prohibieron por “conflicto emocional”, le hablé de MARYN a mi jefe pero guardó el informe que presenté en un cajón y va a quedar allí por años, la información sube y se estanca, evidentemente nuestros enemigos son poderosos y manejan influencias estratégicas en los distintos puntos de poder, burocráticamente va a ser difícil llegar a ellos, por eso necesito pruebas para que nadie pueda ignorar mi denuncia.
R/S	Qué historia tan triste. ¿por qué no la guardas para las reuniones de camaradería con tus compañeros federales?
Saro	Me parece que la opinión es unánime. No mantenemos relaciones con el FBI.
Alarde	Puedo ayudarlos.
R/S	No podías haber dicho algo peor. No necesitamos ayuda.
Alarde	Con esa postura MARYN va a seguir cazándonos sin dificultad. Va a matarnos a todos.
Moloch	No está en mis planes morir este mes.
Laud	Me gustaría escuchar lo que tiene para

	decir.
Alarde	Lo que digo es: Trabajemos juntos.
R/S	No.
Alarde	Todos sabemos ya que cuando mataron a Robert el asesino usurpó su lugar en el chat, ¿cómo sabemos que no esta pasando lo mismo ahora?
Laud	¿Como sabemos que no sos vos el impostor?
Alarde	Deberán confiar, puedo descubrir ahora si en verdad todos los que están en el chat son quienes dicen ser.
Daniel	¿Como?
Alarde	Hace un tiempo todos decidieron hablar en vez de escribir, para ustedes fue un juego pero yo grabe los patrones de voz de cada uno, si volvemos a hablar ahora puedo comparar los patrones y certificar las identidades de todos excepto de Salteador.
Laud	Que astuto, Harris. Habrá que felicitarte entonces.
Saro	A mí me parece bien, si resulta que alguien es señalado como impostor le haremos preguntas que sabemos que solo él podría responder y así será un doble chequeo.
Salteador	Yo estoy de acuerdo.
R/S	Yo no, si volvemos a hablar y realmente hay un intruso va a grabar las voces de algunos de nosotros, todos aquellos que hablen antes que él.
Moloch	Acepto si voy último.
Alarde	Habrá que correr el riesgo, de todas formas como no está advertido de la maniobra no va a tener disponible un equipo para lograr una grabación satisfactoria.
Laud	Es ridículo, no se inquieten más, no valen la pena tantas preocupaciones, después de

todo sabemos que a nadie le sobra el tiempo. Es una lástima, empezaba a disfrutar la charla.

Daniel frunció el entrecejo y contuvo la respiración mientras leía el escrito de Laud, no deseaba entender lo que su mente le indicaba.

Laud	Algunos comprendieron el juego y otros no, los que están corriendo ya están jugando, los que descansan en el cómodo sillón de su casa como Moloch por ejemplo, esos no empezaron aún a jugar, imagino que todo va a cambiar a partir de ahora.
Saro	¿Quien sos?
Laud	MARYN, para ustedes.
Salteador	¿Lo mataste?
Laud	¿Recordás la imagen de tu mami, Daniel? ¿Todavía recordás la sensación pegajosa de la sangre caliente en tus manos? querías evitar que fluya ¿no? Evitar que se derrame en el suelo, sabías que se iba junto con su vida, con su existencia. Como chasquear los dedos y un mundo se derrumba. Si recordás eso entonces podés imaginar a Nicholay, así se llamaba Laud por cierto.
R/S	No puedo creerlo.
Laud	De eso se trata, cuando empieces a creerlo voy a estar dentro de tu habitación. Permítanme presentarme más formalmente si eso es posible: me llaman El Buscador, y me encargo de localizar personas que son de interés para mis clientes, me acompaña un grupo de gente muy capaz, el trabajo de ellos es más fácil, son una suerte de insecticidas andantes, solo eliminan y previenen las pestes.
Alarde	Tuve oportunidad de conocer a uno de sus

	hombres.
Laud	Si, realmente estoy dolido por la pérdida, ¿tenés idea del costo de una persona como Sai Xiau? Son años de inversión, Harris. Años. Y era mi mejor profesional, nadie tan pragmático como él. Vos también lo conociste Daniel, y a su esposa. ¿Pueden creer que la esposa es casi tan buena como él? Aún no la he visto porque esta participando sola de una larga ceremonia de despedida, en dicha ceremonia aprovecha para limpiar sus armas, las bendice, ... las prueba. ¿Te dolió la muerte de Angie, Harris? ¿Podés entender como se siente ella, verdad?
Saro	No va a vencernos. No somos nada parecidos a la gente que está acostumbrado a cazar. No vamos a dejar rastros.
Laud	Es imposible no dejar rastro gran Saro. Es como con tu talento ¿verdad? Es imposible no mostrarlo. Al menos esos creen tus obsecuentes seguidores. ¡Que tremenda soberbia! Todos están engañados con tu capacidad, te creen el gran genio de las redes, pero sos una farsa, un fraude, una burla. Ni siquiera tenías idea de que las agencias te tienen identificado ¿es ese el gran Saro? ¿Te crees el mejor? ¿De verdad lo crees o es lo que te hizo creer el entorno? Los mejores están de mi lado, ¿sabes por qué? Porque puedo comprarlos.
Laud	¿Creen que no puedo comprarlos a ustedes? ¿que no están a la venta? Se sorprenderían de lo fácil que es. ¿Creen que por salvar la vida no van a traicionar a sus compañeros a quienes ni siquiera le conocen el rostro? ¿Que tal por la vida de su ser más querido? ¿Es un buen precio?

Moloch	No quiero seguir escuchando, no necesitamos esto.
Laud	Callate, Moloch. ¿Qué droga tomaste hoy? ¿Cuántas? ¿A qué hora? Podrías responder esa simple pregunta o tu cerebro está tan dañado que no puede acordarse. Voy a verte muy pronto, te prometo que tu última alucinación será mi rostro.
R/S	Voy a destruirte, voy a hacer que pagues cada crimen.
Laud	Bueno, ya que estoy en este camino, déjenme ser el cicerone para los más desavenidos. R/S es un violento. Me pregunto si golpeas a tus mujeres ¿te golpeaba tu padre? ¿Fuiste detenido por golpeador? Tenés una personalidad interesante, querrás saber cómo voy a encontrarte, debés sentirte muy seguro en tu redil, pero me gusta hacerme muchas preguntas, y en algunas encuentro la ruta que busco, por ejemplo: ¿Tenés úlcera? Es muy probable que sí. Ahí hay una pista. ¿Ves qué fácil es? Querés destruirme ¿qué tal te sienta la impotencia? ¿Qué te parece no saber quién soy ni cómo voy a acercarme? ¿Qué te parece no saber quien va a apuñalarte por la espalda cuando cruces la calle a comprar el periódico?
Laud	¿Quién más queda escondido por ahí? ¿Daniel? ¿El pequeño aprendiz de hechicero? ¿Intentás atacar? ¿Como un toro que solo ve hacia delante? ¿Pero qué hay de proteger a quienes amas? ¿o es que no quedo nadie? Pero sí, quedo la pequeña Lyn. Y hay que preocuparse por ella, sobre todo ahora que sus padres están muertos.

Las palabras del Buscador ejercieron el efecto de una bofetada en le rostro

empapado de sudor de Daniel, ¿Había subido la temperatura en Honduras o era solo efecto de la charla? ¿Los padres de Lyn muertos?

La imagen de la última bocanada de oxígeno que su madre aspiró con un ronquido tenue apareció en su mente como una postal, la sangre se escapaba entre los dedos mientras el llanto ahogaba sus propios gritos de espanto.

Sentado en el piso, apoyado contra el árbol vio como los labios de su madre temblaban mientras intentaba expresarle con los ojos cuanto lo amaba.

Las baldosas estaban frías en medio del charco, los pantalones y zapatillas se teñían de rojo, las sirenas giraban enloquecidas a su alrededor, algunos agentes uniformados intentaban sin éxito separarlo del cuerpo de su madre.

Imaginó entonces a Sarah tendida en el suelo, junto al cadáver desfigurado de cada uno de sus padres .

Laud	¿No lo sabías? Entonces perdón por la noticia, no pude dejar de decirte, sobre todo considerando que sos el responsable de todas y cada una de las muertes a tu alrededor. Excepto la de tus padres, bueno ellos solos complicaron su historia. A veces se elige mal, veo que seguís el mismo ejemplo. Tradición familiar ¿no? Tu papá era una pequeña ardilla retardada, solo escondía sus nueces en los árboles, nunca pensó en algo más grande que él mismo hasta que los leñadores talaron el bosque. Y tu madre una cobarde, incapaz de aceptar su relación homosexual con Maggie Baxter, una fugitiva de sí misma y de su pasado.
-------------	---

Su madre no era homosexual. Solo intentaba agraviarlo como si le clavara gruesas agujas en la cabeza simplemente escribiendo en su monitor de PC.

Laud	¿Te duele Dani? Podés tomar la muerte del matrimonio Stravensky como para ir acostumbrándote a lo que viene, para ir abriendo el apetito y que puedas degustar poco a poco la amargura de la pérdida y la culpa.

Laud	¿Qué pasa con ustedes? Seguro deseaban esta charla, pero ahora los noto muy parcos. Se reunían para hablar de mí, de cómo van a derrotarme. ¡Que golpe duro el saber que no pueden hacerlo!
Laud	Hey, Harris. ¿estas ahí? ¿O ya apagaste tu máquina? No sos consciente de lo que hiciste matando a Sai Xiau. Ahora van a tener que sufrir por tan digna proeza, Rousseau decía que el hombre es bueno por naturaleza y que el mal esta en la sociedad, realmente me cuesta imaginar qué sociedad pudo formar a uno de mis amigos que ahora está a cargo del trabajo de Sai Xiau, de verdad no me gusta emplearlo, ahora tengo partes de Nickolay por toda la casa, se me confunden con las de su esposa, sus hijos y hasta con su perro. Además nuestro Nickolay tenía un galpón acondicionado donde su mujer ensayaba sus escasas dotes artísticas y en ese galpón había una inmensa caja de herramientas que mi amigo encontró, hubieras visto su alegría al utilizarlas, no creo que Nickolay las hubiera disfrutado tanto en vida. Ahora lo escucho jadear, se podría decir que ama a los cadáveres. Literalmente.
Alarde	No podrá con nosotros si nos mantenemos juntos.
Laud	Realmente sos simpático, Harris. Me haces acordar a unas cucarachas gordas que tengo en casa, me gusta desparramar azúcar en la cocina para que se junten y entonces matarlas de un pisotón, todas muertas a la vez con un solo golpe. Es importante achicar costos de movilidad y mano de obra.
Laud	¿Podrás proteger a las cucarachas más

	<p>chicas?</p> <p>Va a ser un placer matarte, Harris, pero voy a empezar por tus hijos, como para ir entrenando con sangre de tu sangre.</p>
Laud	<p>Bueno, no los noto con ganas de seguir conversando, es una pena porque disfruto mucho hacerlo, pero personalmente soy más ocurrente, el amigo Ressler podría contarles si estuviera con vida, también disfrutó mucho nuestro encuentro hasta que vio como una cierra eléctrica seccionaba sus piernas.</p>
Laud	<p>Me despido, no sin antes dejarles una promesa de volver a tener una conversación esta vez más personal, con cada uno de ustedes.</p>

Laud se desconectó del chat.

Daniel se quedó absorto mirando el blanco del monitor, por sus mejillas rodaban lágrimas que mojaban el borde de su remera, tenía la boca arqueada hacia abajo en un rictus de terror.

Saro sugirió a todos conectarse por otro canal utilizando otro software para evitar la intromisión del Buscador, les mandaría un mail a todos con una identificación secreta y volvían a conectarse en una hora.

Las manos de Daniel temblaron hasta el mouse como las de un enfermo de parkinson antes de poder apagar el equipo.

SARO

CAPITULO XXXV

Los soplidos y gritos ahogados de los golpes retumbaban desde la planta baja, los jóvenes boxeadores no daban respiro a la necesidad de agotar sus energías chocando los puños contra lo que se pusiera adelante, tanto bolsas como personas.

El lugar era húmedo pero agradable, luminoso y bastante ventilado, la silla donde estaba sentado se tambaleaba al moverse pero no dejaba de ser cómoda, la computadora ante sus ojos resplandecía como un revolver de plata.

Esta vez se había movido sin el Audi, y había entrado al gimnasio con un perfil más serio, fue Jojo quien lo invitó a pasar al piso alto no sin sorprenderse al verle los ojos húmedos, nadie preguntó nada sólo lo observaron con una mezcla de respeto y curiosidad, hasta el mismísimo Morris lo había saludado levantando un puño con un gesto de camaradería.

Las lágrimas que venía derramando durante toda la hora (en el hotel donde se escondía, en el bus y caminado por las calles del barrio) eran por los recuerdos de Laud, y de su familia. Deseaba que no hubieran sufrido, y hacía un esfuerzo enorme por olvidar las palabras del Buscador y quitar de su mente las imágenes sangrientas que la imaginación proyectaba. Al cortar la comunicación con Nacaals le entró la necesidad de moverse, salió sin rumbo y terminó frente al viejo ring con decenas de latinos observándolo con ceño fruncido y ojos entrecerrados.

Joshua debió esperar a que se conectaran más de lo calculado, solo Daniel fue puntual al entrar al canal, R/S fue el último segundos después de Moloch. Saro lo tomó como una señal de lo vacilantes que estaban, no era para menos, la charla con el Buscador lo había puesto nervioso también a él, pero en realidad le habían ganado esa batalla, había sido descubierta su infiltración en el chat, el próximo paso sería unirse definitivamente para combatirlo, también el Buscador debería estar preocupado.

La intervención de Harris fue por demás oportuna, había ganado su voto de confianza, más allá de su aversión a la actividad hacker había considerado la opción de trabajar junto con personas a las que consideraba sus enemigos, aunque probablemente los admirara en forma secreta hasta para su propia conciencia, era un oficial de la ley y ellos su antítesis, el objetivo a perseguir. Imaginó lo fuerte que era lo que le estaba pasando para decidir

confiar en ellos.

No sabía si R/S, Moloch y Daniel modificarían su opinión respecto a trabajar junto a un federal, a nadie le cerraría la idea pero le debían un favor ahora, además Harris había decidido ir por fuera de la ley, seguramente porque los caminos burocráticos lo llevaban a un laberinto infranqueable, había decidido convertirse en un marginal, ya no era el FBI, solo un agente renegado en busca de una piedra para arrojar a la cabeza del Goliat que lo desafiaba.

Saro sabía que no había nada perfecto más que Dios, y que todo lo demás era vulnerable. MARYN era destructible, sólo había que encontrar la fórmula para debilitar sus cimientos.

Saro	Somos pocos y no es deseable incorporar a nadie más. Creo que todos estamos de acuerdo en mantenernos unidos en este enfrentamiento.
R/S	Esta bien estar unidos, aunque hay distintos grados de adhesión entre las partes, voto porque Harris esté unido por un cordón muy delgado.
Harris	No sirve, debemos confiar entre nosotros para poder actuar como equipo.
Moloch	La confianza debe ganarse, por ahora lo único que se de vos es que nos engañaste metiendo en nuestro círculo a una agente infiltrada.
Harris	Te acabo de salvar el cuello.
Saro	Un momento, veamos qué hay que hacer para resolver nuestro problema, luego repartimos tareas y responsabilidades.
Moloch	¿Y quien te dijo que estoy de acuerdo en continuar esta charla con el FBI como un miembro más de Nacaals?.
Harris	Nacaals ya casi no existe, solo quedan tres de ustedes y habrá menos si no se mueven rápido.
Moloch	¿Ves Harris? A eso me refiero, nuestras opiniones nunca van a coincidir lo suficiente como para formar un grupo, el

	<p>Buscador está tratando de moverme, de que salga de mi sitio porque así no puede localizarme, por eso la amenaza. Necesita que me mueva para poder verme. Entonces me mata. No voy a entrar en su juego.</p>
Daniel	<p>Muchos de los que se quedaron quietos hoy están muertos. Creo que no solo es necesario que nos movamos, sino que es urgente reunirse para poder armar un plan de ataque a MARYN.</p>
Moloch	<p>Saro, te dije que no metas lamers en nuestro grupo, ahora tenemos que lavar pañales y seguir las órdenes policiales.</p>
R/S	<p>Opino como Moloch, estando quietos no nos ve, le va a resultar más fácil controlar los medios de transporte. Además no necesitamos vernos para hackear.</p>
Saro	<p>No se trata de hackear simplemente, estoy pensando en introducirnos físicamente en la base de MARYN en Argentina, es el único lugar donde podemos encontrar pruebas que confirmen lo que sospechamos y algo más de información.</p>
R/S	<p>No entiendo porqué arriesgarse tanto, el sistema TeXeus esta instalado y en funcionamiento en varios lugares.</p>
R/S	<p>Bastaría con hackear esos lugares para tener el código.</p>
Saro	<p>Y tendríamos más de lo mismo: nada.</p>
Saro	<p>Además hay algo que aún no pude contarles, hay alguien del GCIC que nos esta ayudando.</p>
Moloch	<p>¿GCIC? ¡Es lo que faltaba! Tengo a uno de ellos respirando mi aliento.</p>
Saro	<p>Hay un amigo ahí, y conoce a alguien que hace las inspecciones de control en MARYN. Podemos conseguir buena</p>

	información.
Moloch	Estamos jugando con pólvora, si no nos mata MARYN nos encierra el FBI o nos delata el GCIC. No hay forma de salir ilesos.
Saro	Nadie va a delatarnos, es alguien de mi confianza, le comenté algo de nuestro problema e inmediatamente organizó una inspección de rutina en una embajada donde esta funcionando TeXeus. Supervisó la información personalmente. No encontraron nada sospechoso.
R/S	¿Abrieron la máquina o solo verificaron el software?
Saro	Software, Hardware y Firmware. No quedó nada sin revisar. Y puedo asegurarte que son sabuesos.
Daniel	Involucraste a otra persona. Ahora podría estar en peligro.
Saro	Quiso ayudar, no se preocupen por eso ahora, sabe como cuidarse.
Daniel	Hay alguien más para incorporar a nuestro grupo: Maggie Baxter.
Harris	Está muerta.
Daniel	No, estoy hablando con ella.
Harris	Espero que no mucho, está realmente muerta. Imaginé que el Buscador iba a intentar entrar por esa puerta entreabierta así que utilicé mis atribuciones como agente para investigar, murió de inmediato al caer por esa ventana. El Servicio Secreto se asombró de que toda información que hiciera referencia a su muerte estuviera borrada de las computadoras.
Saro	Hay un buen hacker trabajando con ellos, tal vez hasta lo conozcamos.

Moloch	¿Qué soltaste lamer?
Daniel	Nada importante.
Saro	¿Seguro?
Daniel	Seguro.
Daniel	Ese tipo es una serpiente.
Saro	Pero podemos aprovechar el contacto para pasarle datos falsos de nuestra actividad, hasta tenderle una trampa.
Saro	Gracias Harris, es tu tercer acierto.
Harris	Estoy siempre atento, es un vicio laboral, les hago una pregunta ¿todos tienen a su familia a salvo?
Daniel	Creía que si, ahora no estoy seguro.
Saro	Que tu novia no se entere de la muerte de sus padres hasta que ya los hayan enterrado, y por amor de Dios que no vuelva del rincón del mundo donde esté.
R/S	Harris esta muy preocupado por nuestra familia, pero hace unos días atrás no le importaba dejar a nuestros hijos sin padres.
Harris	Me preocupo por mí, si llegan a ellos sos vulnerable, y por consiguiente podrías traicionarme.
R/S	O vos a mí.
Harris	Me ocupé de que mi familia esté fuera del alcance de estos criminales. Les sugiero hacer lo mismo ignorando los problemas que pueda causarles.
Saro	Todos debemos extremar precauciones, los que no lo hicieron deberán ponerse en marcha. ¿Ok?
R/S	Esta entendido, de todas formas si no descubren mi identidad es imposible que lleguen a ellos. Por mi parte no voy a moverme de mi casa, estoy muy seguro aquí.
Moloch	Opino igual.

Saro	Yo no, debemos reunirnos para planear el ataque a MARYN.
Daniel	Es más, deberíamos reunirnos en Argentina.
Harris	Por mí esta bien, reunámonos nosotros tres y que Moloch y R/S participen vía chat.
R/S	Y evitamos el azúcar en la cocina.
Moloch	Me parece lo más prudente.
Saro	¿Estamos todos de acuerdo en que atacar la planta productora es la única opción que nos queda?
R/S	Es una planta de armas bélicas, debe ser de máxima seguridad, no es un tema liviano.
Saro	¿Hay alguna otra idea?
R/S	Bueno, tomémonos un tiempo para evaluar alternativas.
Saro	Bien, cuando llegamos a Argentina nos comunicamos nuevamente, por ahora tratemos de juntar información sobre MARYN y evaluemos posibilidades.

Uno a uno se fueron desconectando del Chat.

CAPITULO XXXVI

Esta vez no vio en Morris el gesto despiadado, esta vez encontró diversión en su mirada, estaba dispuesto a un guanteo y no a un combate, ya le había ganado una vez, lo vio entrar cansado y pidiendo refugio.

Nunca se debía menospreciar a un rival.

Eso lo sabía Saro, desde la primera vez que se enfrentó a un administrador de red y lo sacaron corriendo de una VAX. Claro que él tenía apenas nueve años, y le llevó solo dos días tomar revancha.

No había nacido con una computadora bajo el brazo, pero había comenzado a interesarse en ellas desde que tenía uso de razón. Su padre era jefe de mayordomía en la Universidad de Plytsburng, nombre que llamaba su atención por llevar una sola vocal, Joshua sabía leer desde los tres años así que no tenía inconvenientes para sentarse frente al teclado de aquellos impresionantes equipos mientras su padre rondaba por allí. Aprendió a conectarse a la red porque un alumno de los últimos años lo tomó de mascota y le enseñó cómo. No necesitó mucho para superar en habilidad a los pocos usuarios del sistema, que tampoco era mucho lo que sabían hacer.

Para Joshua la computadora era un juguete tremendamente grande. Tan inmenso que jamás terminaría de jugar a todos sus juegos por más que se sentara durante años frente a ella. Aunque eso fue lo que hizo, sentarse durante años a explorar nuevos mundos como anunciaba el locutor en la presentación de Viaje a las estrellas. Era casi lo único que veía en TV, además de *Los Invasores*.

Joshua sabía que los niños de su edad jugaban con bloques de plástico, autitos de colección o veían dibujos animados de la *Warner*, no es que él no hiciera lo mismo, solo que durante poco tiempo, porque luego se aburría y decidía buscar juegos en la pantalla de la computadora, o cuando tenía necesidad de generar adrenalina, correr y saltar por los recovecos de la universidad.

Cuando tuvo edad para sostener el peso de su cuerpo con las manos comenzó a hacer alpinismo en el hueco de un ascensor fuera de servicio, habilidad que luego le serviría a su padre cuando había que recuperar algo del pozo. Su padre lo obligaba a atarse una cuerda a la cintura, pero como casi nunca estaba tras él cuando jugaba no solía utilizarla dentro del hueco, aunque sí en el exterior del edificio cuando la ataba a la terraza y la lanzaba para luego escalar desde una de las ventanas del segundo piso.

Poco a poco fue dándose cuenta de que los otros niños no eran iguales a él, y que los adultos habían crecido luego de ser niños distintos a él. Se sentía diferente, se sabía diferente, y podía demostrarlo dándole clases de informática a los alumnos que hacían sus primeras experiencias en las computadoras de la Universidad.

No había otro niño que supiera lo que él sabía.

Y cuando empezó a hackear sistemas se dio cuenta de que muy pocos adultos sabían lo que él sabía.

Entonces, frente a su computadora del tamaño de una heladera de frigorífico, tuvo la convicción, la certeza, de que no podía existir nadie mejor que él. En todo el mundo.

Jojo se interpuso entre los dos cuerpos a separar, Morris apartó la cabeza y volvió a bailotear alrededor de su cuerpo, lanzando golpes inconexos y largos, algunos llegaban a la cabeza, y algunos caían sobre los antebrazos, Saro avanzaba firme, en busca de una posición para lanzar sus puños sobre Morris.

Había aprendido a imitar los tonos de la telefónica mucho antes de aprender a pelar una fruta con un cuchillo, y a armar una blue box antes de atarse los cordones de sus zapatillas. Las primeras veces que utilizó las líneas de teléfono para probar sus aparatos no tenía conciencia de que estuviera robando, luego de un tiempo se enteró que era delito federal, entonces aceitó un sistema de precauciones para no ser detectado.

Su primer lenguaje fue el ensamblador, luego aprendió código C porque las centrales telefónicas estaban programadas con Unix y Lenguaje C.

En ese entonces el hacking era como una enfermedad nueva para la que el mundo no estaba preparada, Joshua se metía en los sistemas con el único objeto de explorar cómo encajaban las piezas del delicado engranaje, a veces encontraba que para llegar al sistema deseado debía pasar por otro que no funcionaba, y no le quedaba más remedio que arreglarlo para poder continuar con su marcha dentro de las redes. Nunca nadie la agradeció el favor, pero era lógico. En esos años los administradores de redes eran más descuidados, las claves de algunos sistemas eran del tipo "1234" o apodos y diminutivos de los nombres de los usuarios, Joshua se obligaba a dejarle un cartel de advertencia a los operadores, así inventó el alias de Saro, en honor a una vieja que vivía cerca de la universidad en una casa de chapas y ladrillos mal asentados cuyo apellido era Sarotta, la vieja había compartido muchas tardes con él y le había enseñado a pescar a orillas de una laguna artificial a un kilómetro del predio universitario.

La vieja Sarotta no tenía teléfono, tampoco podía pagarlo, así que

Joshua decidió robar una línea para hacerla llegar hasta la casa de ella, el teléfono funcionó dos meses, lo quitaron apenas cinco días antes de su muerte.

Joshua pensó que tal vez no hubiera muerto si hubiera podido hacer una llamada telefónica de dos miserables centavos a emergencias.

Entonces decidió tomar represalias.

Era pre-adolescente y llevaba todo el impulso y la irresponsabilidad de la edad, AT&T dejó de prestar el servicio de llamadas de larga distancia por algunas largas horas, veinte millones de llamados no llegaron a destino y la mitad del país quedó incomunicada. Para solucionar el problema la compañía telefónica debió cambiar el software de todas las centrales.

Saro se sentía feliz de ser la espada en la mano aleccionadora de la tecnología.

El guante de Morris llegó por encima de su ojo izquierdo haciéndole retumbar algo dentro del cerebro, sintió el temblor hasta en las piernas pero no se aflojó, retrocedió un poco para afirmarse contra el encordado y esperó el ataque de su rival, apoyó los codos en el abdomen y se cubrió las mejillas con los guantes, recibió dos puñetazos más, al tercero lo esquivó elegantemente y salió caminando por la derecha disparando un golpe que alcanzó a Morris en la mandíbula.

Morris alzó los brazos y sonrió mostrando el protector bucal negro, luego volvió a la carga.

Cuando tuvo edad para manejar decidió que quería un Pontiac rojo, el mismo que regalaban en un concurso de TV a quien entrara con la llamada número once, Saro no tuvo más que alterar la central para asegurarse de ser él quien entrara en esa posición, vendió el auto a los seis meses para cambiar a un modelo más nuevo y de otro color, de allí en adelante ningún auto le duró más de un año.

Cuando llegó a los veinte, el archivo que guardaba en su computadora personal con información que le resultaba interesante y que recolectaba en sus salidas nocturnas por las redes, ya tenía información de Pentágono, la NORAD, el MIT, la NASA, y algunas otras organizaciones del estado menos relevantes.

Empezó con los bancos por necesidad, estaban presionando a su padre por un préstamo, le resultaba injusto que la familia se preocupara por algo que podía solucionarse solo cambiando la polaridad de unos Flip Flop, solo tocar unos pocos bits y ya nadie los molestaría. Nadie dudaría en cambiar el estado de unos bits para ayudar a su familia.

Se dio cuenta de que era sencillo, y que así como había cambiado el

estado de deuda del préstamo también podía cambiar el saldo de una cuenta corriente, también pensó que él estaba necesitando el dinero para pagarse una carrera de economía donde completara conocimientos con los de sistemas, carrera de la cual estaba recibiendo el título en breve.

Ni siquiera tuvo que ir al banco a abrir la cuenta.

Tampoco tuvo que pagar hotel, ni vuelo de avión cada vez que viajó a cualquier lugar del mundo, a practicar su otro hobbie, el deporte de riesgo.

El nombre de Saro se hizo conocido en el mundillo hacker, sus proezas empezaron a vagar por las redes algunas veces sobredimensionadas, pero fue cierto que fue él quien divulgó las cifras de la contaminación nuclear luego del accidente de Chernobyl y que puso al gobierno ruso al borde de un ataque de nervios, también fue cierto que movió satélites de TV de lugar para evitar la transmisión de algún evento que le parecía mal difundir y que se dio el gusto de hacer danzar en el espacio a algunos de los satélites estratégicos que Reagan había enarbolado en su famosa Guerra de las Galaxias.

Conoció a Laud y se hizo amigo, con él aprendió mucho acerca de virus informáticos, otros nombres y grupos hackers también fueron tomando dimensión, entre ellos R/S, Alarde y Valhall. Le había costado mucho organizarlos a todos ellos, los mejores, en una sola comunidad: Nacaals.

No fue casual sino una buena combinación de golpes la obligó a Morris a agachar la cabeza y doblar su cuerpo hacia los pies, Saro no desperdició la oportunidad y aplicó un fuerte gancho de izquierda a la mandíbula, Morris cayó hacia atrás con los brazos largos asomando fuera del cuadrilátero.

También había trabado amistad con Larsen, aquel play boy danés que había multiplicado por mil la pequeña fortuna de sus padres haciendo valer su habilidad para el más delicado de los oficios: el robo.

Larsen era un ladrón de joyas de excelentísimo nivel, estaba retirado según él, siempre estaba retirado. Lo había conocido en Acapulco, ambos subidos a las rocas esperando para lanzarse al hueco que el mar formaba entre las piedras, ochenta metros bajo sus pies.

Los ojos de Morris miraron el techo del gimnasio durante dos largos segundos antes de buscar a su contrincante, no tenía esa mirada perdida sino una de perfecta comprensión, estaba en la lona, ambos boxeadores se preguntaron si las piernas resistirían el intento de incorporarse.

Joshua sabía que necesitaba trabajar para justificar sus gastos, de

manera que decidió fundar una empresa de asesoría tecnológica, jamás le preocupó cómo realmente le iba a la empresa hasta los últimos años, cuando se cansó un poco de jugar al ajedrez haciendo él mismo todos los movimientos.

Necesitaba alguien a quien enfrentarse, y empezó a utilizar sus conocimientos para fortificar las defensas de las empresas, era una forma también de estar actualizado en las nuevas técnicas de seguridad defensivas.

Además ser dueño de la consultora de seguridad le permitía conocer a gente como Miles Griffin, un histórico especialista en seguridad, a quien le haría morder el polvo en un enfrentamiento que causaría su ruina anímica y económica, Saro simplemente atacó la red privada de Miles, permitiendo que cientos de hackers aficionados asistieran visualmente el hackeo. Fue un duelo como en el viejo oeste.

Ese gesto hizo las delicias de las multitudes y logró que los hackers del mundo vitorearan su nombre como el de un Dios.

Y eliminó a una consultora de la competencia que empezó a perder clientes desde el instante en que el hackeo a sus datos tomó estado público.

Morris ya no sonreía, se había levantado más rápido de lo que él había estimado y ahora se le iría encima con una avalancha de golpes, se preparó para esquivarlo.

Nadie relacionaba a su empresa con el hacker Saro, al menos eso creía hasta que Gail le contó de su identificación, ¿cuanto tiempo haría que estaban tras él? Si en el mercado se descubría su doble juego la empresa quebraría en forma inmediata, eso no le preocupaba, solo era una pantalla, un telón que apenas dejaba ver las manos del titiritero, pero tampoco podía agradecerle, era como que le robaran las herramientas del baúl de su auto.

El uppercap fue pleno al rostro y Morris volvió a caer, esta vez no logró levantarse antes de que Jojo cerrara la cuenta de diez, los latinos a su alrededor reaccionaron de formas distintas, algunos guardaron un silencio reverencial, otros aplaudían y murmuraban por lo bajo.

Nadie en el gimnasio había tumbado antes a Morris, y ahora parado en el centro del ring, el vencedor era el foco de todas las miradas.

Saro respondió con una reverencia.

Algunos pocos latinos le sonrieron.

CAPITULO XXXVII

Catorce años para Argentina parecían haber significado mucho más, Daniel pensó que era como reencontrarse con un pariente caro a sus afectos luego de mucho tiempo y descubrir que aquella imagen de fotografía acuñada en el recuerdo había sido desvirtuada por la informe marca del tiempo, como si una extraña enfermedad lo hubiera infectado todo, y destruido aquello que constituía lo más firme en los recuerdos, sólo se había salvado el sobrante, la cáscara, el vacío en el paisaje.

Argentina había sido devastada, no por una guerra, su gran cataclismo había sido su propia gente, y ahora una mano oscura como una sombra oprimía las pocas esperanzas de los dementes que se negaban a ver la realidad. La nación estaba herida, siendo víctima de una jauría de lobos que le arrancaba las víceras y que no iba a contentarse hasta roer lo último que quedara en los huesos.

Entró al país luego de descender del avión en Brasil, bajar al sur hasta Uruguay y cruzar en lancha el Río de La Plata, le parecía una ruta segura, Saro había pensado en otra alternativa, cruzar la frontera por Ciudad del Este, la frontera con Brasil y Paraguay bien al norte de la República, también era una buena ruta, después de todo era el lugar donde los terroristas islámicos se reunían para planear los atentados de la zona, entrando y saliendo de Argentina a voluntad y provocando desastres como la voladura a la AMIA o a la Embajada de Israel. No había vivido esos acontecimientos pues se había marchado antes a Miami, pero habían dejado una marca profunda en su padre que solía reflexionar en el golpe que debía haber sido para un país tan desvinculado con el terrorismo internacional recibir ataques con docenas de muertos.

La idea era reunirse en la capital, resultaba más fácil perderse entre la multitud de habitantes de una de las ciudades más grandes del mundo, además Daniel contaba con la ventaja de conocer la ciudad y poder moverse por ella como si estuviera en el patio de su casa, como si nunca se hubiera marchado.

Hacía frío esa mañana, y Daniel ya estaba desacostumbrado a utilizar abrigos, se compró una campera en un local del barrio de once en una tienda coreana, ese fue uno de los primeros cambios que notó, la cantidad de coreanos que habían copado rubros de negocios que habitualmente dominaban otras colectividades, los almacenes siembre habían sido de los españoles, las heladerías de los italianos y las tiendas de ropa de los árabes, los armenios y los

judíos, los rusos según el vocabulario porteño. Parecía que hoy solo las heladerías estaban a salvo de los orientales.

El vocabulario también estaba cambiado, hasta el acento parecía no ser el mismo, aunque lo más probable era que fuera él quien no recordara exactamente el acento del ciudadano de Buenos Aires.

Ya enfundado en la campera, salió a caminar las calles del centro de la ciudad, siguiendo la avenida Corrientes hasta el Obelisco, la gente no llevaba tanto abrigo como él, otra vez culpó a su falta de costumbre a las condiciones climáticas del lugar. Evidentemente para Buenos Aires era un excelente día de media estación.

Caminando por el centro comercial descubrió la tremenda cantidad de locales en alquiler, lo que antes era una promesa de excelente venta para los comerciantes hoy era solo una sospecha de que no alcanzaría la facturación para sostener la renta. Otra cosa, algo extraño había pasado con los bancos.

Primero no le llamó la atención pues pensó que estaban reacondicionando, pero al ver el tercer banco amurallado, cubiertos los vidrios de sus locales con maderas y chapas pintadas con aerosoles comprendió que se trataba de otra cosa.

El diario Clarín que podía leer en Internet lo había puesto al día en temas políticos, pero de todas formas no esperaba ver tal espectáculo, todos los bancos evidentemente habían sido víctimas de violentos ataques de los ahorristas, habían arrojado huevos, roto los vidrios, y pintado amenazas en sus paredes junto con pedidos de justicia. Los ahorristas en Argentina tenían incautados sus depósitos, los bancos les habían robado, tanto a los representantes del pueblo como poder legislativo como a los representantes de la justicia les había importado un bledo las leyes que los mismos políticos habían estado de acuerdo en votar, primero garantizaron los depósitos de su pueblo con leyes, y después permitieron el robo de los mismos a favor de la banca extranjera.

Los políticos autores de tal descalabro institucional eran los mismos que venían gobernando desde el año 1982, y al referirse a políticos no indicaba a ningún partido en particular sino al 99% de los integrantes de los dos partidos mayoritarios históricos en el país y de los pequeños partidos que se agrupaban en alianzas alrededor de ellos, como aves de rapiña intentado ganar una banca y beneficios para todos sus familiares y amigos.

Para Argentina los partidos políticos eran una mafia, y como las familias italianas de la baja Sicilia tenían sus jefes de turno, todos en contra de todos al momento de llegar al poder, y a favor cuando les convenía recibir algún beneficio por la rápida ejecución de una ley en el Senado, en ese contexto no había resultado difícil para MARYN recibir la autorización para la planta

productora de armamento y el laboratorio de investigación en guerra bacteriológica, por supuesto de absoluta confidencialidad, solo era cuestión de averiguar quién debía firmar y hacer el ofrecimiento, en Argentina todo era negociable.

El que siempre llevaba ventajas era el partido oficialista de turno, el pueblo empobrecía y se embrutecía más y más, lo cual era apto para un prudente manejo en base a demagogia, era la especialidad de todo político nacional. Se entregaban bolsones de alimentos y subvenciones a la pobreza en nombre de los partidos más que del gobierno, cada uno de los programas para combatir la pobreza (que solo eran paliativos y no soluciones de fondo) eran trampas para atrapar electorado, si los votantes querían conseguir su alimento debían votar favorablemente, se había llegado a regalar zapatillas para solo un pie antes de las elecciones, su compañera llegaría al estar los resultados del comicio.

Así como existían las Bahamas y las islas Caimán como paraísos fiscales, Argentina era una paraíso de corrupción, cualquier negocio era posible allí, podía comprarse tierra, tal vez dentro de un parque nacional, tal vez con habitantes adentro, *¿quiere un gaucho, o nativos, le gustan los mapuches?* También eso se podía arreglar. No, tal vez una multinacional o un estado deseara adquirir una empresa pública, entonces podía privatizarse a pedido, se compraba muy barata y se aseguraba protección para su monopolio.

La gente vivía en un total estado de indefensión, donde no existía seguridad jurídica ni física ya que la delincuencia aumentaba año tras año, casi no existía argentino que no hubiera sido víctima de un asalto a mano armada.

Daniel tenía dos primos allí, Estela Acuña y Claudio Hernández. Con Estela nunca se había dado mucho pero sí con Claudio. Claudio era algo mayor que él, por lo que sabía se había recibido de Ingeniero en Sistemas en la Universidad Tecnológica Nacional, una rareza que todavía conservaran la universidad pública, por el nivel de dificultad algo así como el MIT pero sin la ventaja de los innumerables recursos de este último. Sabía que recibirse en UTN era una prueba de supervivencia, entraban 4000 estudiantes anualmente y se recibían solo 150. Su primo había hecho en diez una carrera de seis años, pero lo había logrado. Evidentemente la informática era un factor genético en la familia. Tenía ganas de verlo. Siempre había sido un buen tipo, todo legal, nada de hacking. Tenía una consultora por allí en el centro, probablemente acababa de pasar por la puerta de la misma. Pero visitar parientes era peligroso no solo para él sino también para ellos.

A la calle Corrientes solían llamarla la ‘avenida de las luces’ o ‘la que nunca duerme’, pero hoy ya no había tantas luces y dormía como un adolescente luego de dos noches de fin de semana en los boliches de moda.

Decidió que viajar en colectivo era lo más prudente así que buscó uno que sabía lo llevaría hasta el barrio de Flores, ansiaba caminar aquellas calles por donde había correteado de niño, de todas formas no pasaría por la puerta de su antigua casa, solo cruzaría por la esquina con aire despreocupado.

Argentina había vivido entre los años 1976 y 1982 una época violenta de represión militar, donde un gobierno de facto constituido por criminales asesinó, violó y torturó a los pobladores del territorio argentino a gusto y por los más livianos motivos, probablemente fue por eso que la cultura del ‘no te metas’ se enquistó en los cerebros de las generaciones que vivieron aquella época, y hoy esa pasividad ante el abuso de los perversos en el poder el pueblo desplegab sus secuelas, los más valientes apenas se quejaban entre dientes y agachaban la cabeza, si tiraban una piedra luego corrían a esconderse, como alumnos que se portaron mal y no quieren que se entere su maestra.

El había aprendido en los EEUU a defender sus derechos, como ciudadano, como Estadounidense, como persona. En Argentina no se aprendía eso, se aprendía a escapar de la policía porque ellos tenían la virtud de encontrarte en falta, no importaba el motivo siempre encontrarían una infracción, y entonces podían pedir una colaboración económica para tomar un café. Eso cuando no se les venía en gana llevar gente a la comisaría para entretenerse un poco y hacer ver algo de trabajo.

Por lo que sabía hoy la policía era fuente de ingreso económico para las campañas de los partidos políticos. Delincuentes, armados e impunes.

Otros delincuentes también eran impunes, aquellos que habitaban en las villas de emergencia que crecían en los contornos de la capital, lugares donde la policía no entraba.

Pero los delincuentes más grandes estaban presidiendo el país, o dirigiendo multinacionales que evadían impuestos por miles de millones de pesos.

¿Quién podía vivir en un país así?

¿Qué tipo de educación había vislumbrado Adrián Páez para sus hijos allí que lo había decidido a marcharse? No era difícil imaginarlo.

Un país donde los ministros de economía mandaban a los científicos a lavar los platos, aumentaban los impuestos a los pobres, protegían la evasión fiscal de los ricos, seguían ciegamente las indicaciones de un organismo internacional como el FMI, endeudaban al país para engrosar sus cuentas bancarias, mientras los presidentes, vicepresidentes, y sus secretarios privados y otros testaferros depositaban millones de dólares en bancos suizos, contrabandeaban armas, estafaban al fisco, y mentían al pueblo en cuanta oportunidad tuvieran, burlándose de ellos, mojándoles la oreja sabiendo que

nunca habría una reacción. Los Argentinos nunca tendrían su día de furia, el veinticinco de mayo de 1810 estaba muy lejos, y la mentalidad de los próceres de entonces era simplemente un tratado de pensamientos con los cuales todos se llenaban la boca pero nadie alcanzaba a comprometerse, porque nadie en definitiva tenía la formación para pensar de esa manera. Todo el país era un modelador de delincuentes, un formador de mentes deformes. Era muy complicado salir ileso del crecimiento dentro de esa cultura caníbal.

Hacía poco tiempo un presidente había tenido que abandonar la casa rosada, casi fugándose de la gente que se reunía frente a la misma para ejercer su derecho a protesta, varios presidentes más se habían turnado desde entonces, dos días para uno, una semana para otro, nadie quería la sartén caliente, mientras el pueblo comenzaba a alucinar que eran ellos los que los estaban echando, sin vislumbrar el tenebroso tejido de compromisos y capitales extranjeros que se movía tras cada cambio, y la presión que las mafias ejercían en pos de lograr la dirección de un candidato favorable a sus intereses, la opinión del pueblo jamás fue respetada, pero si usada como escudo para parapetar los propósitos más mezquinos de personajes que se soltaban a las sombras de la multitud.

La sociedad estaba enferma por un virus terrible, dañino, mortal. Una serpiente que muerde su cola. El inconsciente colectivo de los argentinos decía que la única forma de salvarse era robando, matando, estafando. Los más lúcidos querían barajar y dar de nuevo, aunque solo fuera para hacer girar los mismos nombres en la misma rueda desequilibrada donde siempre de antemano se sabía el perdedor. En un país sin opciones cualquier solución parecía fuera de la realidad, una proposición tan inútil y hueca como buscarle el remedio a un cadáver en rigor mortis.

Se hablaba de refundar la república, de echar a patadas a todos los congresistas, de limpiar la corrupción estructural en todas las instituciones, de achicar el gasto público, de encontrar la independencia suficiente para poder poner al país en pie sin ayudarse del bastón de FMI, de la necesidad de un nuevo líder, de impulsar el renunciamento de la indignante corte suprema de justicia, de vetar las leyes anticonstitucionales y contra los intereses del pueblo, de prohibir el gobierno a base de decretos de necesidad y urgencia, de prohibir el abuso de los sindicatos y reorganizarlos para que sirvan al trabajador, de juicio justo y sentencia dura para los traidores a la patria, de sobreestimar la educación, combatir la pobreza, defender y reconstruir la inexistente industria nacional, etc, etc. Era lo que la gente quería oír para poder creer en una Argentina mejor, y solo algunos pocos políticos se animaban a pronunciar estas ideas en voz baja, aunque todo el mundo supiera que ninguno de los candidatos políticos pensaba en cumplir sus promesas.

Entre tanta fruta podrida la pestilencia de MARYN quedaba eclipsada al olfato de cualquier observador, no solo estaba bien asentada en el país, sino que estaba legal y políticamente protegida, una denuncia en contra de la misma por vías judiciales no tendría asidero, y una denuncia pública sería como tirar un maní para derribar un muro, en un país sin memoria cualquier noticia podía esfumarse de la actualidad tan rápido como dejaba de ser generadora de raiting.

No era el regreso al país que había soñado, estaba allí como un deportista que visitaba la zona para enfrentar un duelo. Si quería tener éxito sus armas debían ser la inteligencia y el conocimiento, pues eran los únicos recursos no medibles e inagotables.

Las calles de Flores habían cambiado su aspecto, estaban más sucias, había menos comercios, menos cines. La noche lo encerró dentro de la plaza Pueyrredón, pensó que sería sano buscar un hotel donde hospedarse, una pensión, donde nadie hiciera preguntas ni tuvieran computadoras para registrar el alquiler del cuarto. Al día siguiente buscaría el lugar definitivo donde establecerse hasta el final del combate, el lugar donde hallaría el final de la contienda, allí se proclamaría muerto o victorioso.

La noche en Buenos Aires se fue cerrando y con ella trajo a otra casta, otros seres que parecían salidos de alguna película de espanto, un argumento pobre como los films de zombies o futuristas que recrean un paisaje de post guerra. Cientos de personas, indigentes, con carros tirados por caballos o bolsas cargadas en improvisados changos poblaron la ciudad en cuestión de segundos, como si se hubiera roto un extraño hormiguero, los pobres buscaban cartones y papeles entre la basura, revolviendo las bolsas antes que el camión recolector de residuos les robara la posibilidad de dar algo de comer a sus hijos.

Con la imagen de los hombres-hormigas en la mente fue que Daniel se durmió esa noche, pensando que si aquellas personas encontraban una bandera Argentina entre la escoria, ni siquiera se molestarían en levantarla.

CAPITULO XXXVIII

Ambos llevarían un bolso negro con un sticker rojo pegado en la tira, esa era la consigna para identificarse. Saro y Daniel estrecharon sus manos por primera vez en el centro de la Plaza de Miserere.

Saro encontró a Daniel más delgado y menudo de lo que esperaba, se lo había imaginado alto y robusto, tal vez porque la personalidad del chico lo había impresionado un poco, ambos sonrieron con franqueza, les daba gusto verse el rostro, el apretón fue firme, largo y seguro, indicaba una unión, la comunión de dos voluntades en pos del mismo objetivo.

Saro emitió un saludo en el español más rudimentario, Daniel lo respondió ampliando su sonrisa, el pequeño era más castaño y de rostro más alargado, pero había algo que lo identificaba con su hermano, Joshua apoyó su diestra en el hombro de Daniel expresando dolor y respeto. El chico asintió con la mirada.

Con un ademán Daniel le pidió que lo siguiera, entonces comenzó a hablar, de a poco, como si le costara enhebrar un diálogo pero tuviera mucha voluntad de hacerlo.

¿Qué tal el viaje? ¿el clima? ¿el vuelo? ¿estas descansado? ¿sabemos algo más de MARYN? Fueron las preguntas de rigor. Luego llegaron a la casa que Daniel había tomado en alquiler, en el barrio de Devoto.

La casa era antigua, casi daba el aspecto de estar para demolición, era de frente gris y descascarado, con el revoque que el albañil había pensado como pared caído en varios lugares y un biselado partido en tres, pero la puerta era gruesa, de metal ancha y colorada con el color del hierro de fundición, se notaba que Daniel había incorporado un cerrojo adicional pues brillaba en aquel contexto de óxido de antaño. Era una casa más en un barrio, con el cartel de “Se alquila” aún clavado sobre el marco de la puerta, las baldosas de la vereda estaban rotas y levantadas por las raíces de un enorme árbol de tronco grueso y medio inclinado. Toda esa vereda y la de enfrente estaban cubiertas de árboles, algo que había llamado la atención de Joshua cuando comenzó a recorrer el barrio, las veredas eran amplias y la mayoría de las calles empedradas, como esa misma.

Según le explicó Daniel, la puerta tan fuerte había mantenido la casa a salvo de personas que la ocuparan ilegalmente, la casa había estado cerrada por

tres años.

El interior era amplio, se encontraron con un pequeño pasillo sin luz, un hall diminuto y una extensa habitación pegada a él que evidentemente hacía las veces de salón comedor. En línea y a continuación estaba la cocina, el baño, y otra habitación, luego una escalera en el fondo y dos piezas más en el primer piso que se notaban habían sido añadidas con posterioridad a la construcción original. No había otra comunicación con el mundo exterior que la puerta de hierro y un pequeño ventiluz de treinta centímetros, esa era una de las condiciones que había buscado Daniel, había otras: que alquilara el dueño y no una inmobiliaria, que pudiera arreglarse el trato informalmente, que el barrio fuera tranquilo, que hubiera espacio, que la instalación eléctrica soportara varias conexiones y que hubiera un hueco para tirar un cable de teléfono desde el exterior.

En la sala principal Daniel había colocado una mesa de madera con fórmica roja que dijo comprar en un mercado de pulgas con seis sillas todas de distinto estilo, tapizado y material.

Los techos eran altos, como para poder bajarlos y hacer una habitación en el espacio intermedio, Joshua pensó que cualquiera con algo de dinero podía refaccionar la casa lo suficientemente bien para vivir en forma confortable. A ellos no le interesaba el confort, así lo entendía también Daniel que había improvisado unas camas en la habitación del fondo con unos colchones viejos y algunas frazadas impregnadas en olor a naftalina. Saro imaginó que las cucarachas caminarían sobre ellos por la noche, no le espantó, en sus salidas de supervivencia había comido todo tipo de insectos, cucarachas y escarabajos inclusive.

No había alquilado automóvil, prefería moverse en transportes públicos, cuando llegó la hora de la cena caminaron hasta la pizzería más cercana para pedir una grande de muzzarella.

Saro no dejó de sorprenderse por la cautela con la que Daniel se manejaba, había aprendido rápido y bajo presión los trucos de un fugitivo experto. Hablaron casi toda la noche, en parte porque a Saro se le habían cambiado los horarios de sueño y en parte porque Daniel necesitaba conversar, llevaba demasiado tiempo solo y huyendo para un niño asomando a un mundo violento. Según la interpretación de Joshua a partir de los relatos de Daniel, éste jamás se había tuteado con la violencia ni con el dolor, nunca había tenido altercados donde lo hubieran avasallado, robado, golpeado. Y nunca había visto a sus padres desbordados por alguna situación adversa. Era un niño poco acostumbrado a enfrentar el miedo y alguien que nunca había podido soportar el dolor ajeno. No le importaba tanto el propio, pero no podía ver a nadie sufrir.

Ni siquiera por TV. Que su madre muriera en sus brazos había sido más de lo que debería haber podido soportar. Sin embargo estaba ahí, airoso en su bautismo de angustia y muerte, dispuesto a exponer su vida para lograr un solo propósito. La venganza.

El recuerdo de sus padres se convertía en un tema recurrente al hablar con él, como un pensamiento latente que buscaba el hueco para emerger, probablemente así se sintiera menos solo, tal vez era su escudo protector cuando arreciaba el temor. Lo cierto era que más allá de la persona que había sido, ahora estaba mutando, como la especie que debe adaptarse a un nuevo medioambiente, sus sentidos y toda su astucia estaban al servicio de la protección o del ataque, era un combatiente librando su batalla. El niño se había convertido en un agente peligroso, como una ballesta perfectamente calibrada. Estaba apuntando en la dirección correcta, pero debería dejar de ser ballesta para ser la mano que la empuña, y luego ser la mente que dirige esa mano. Saro tenía un compromiso consigo mismo de ayudarlo, sus años y su aplomo deberían ser una guía si querían que las naves llegaran a puerto.

El problema había empezado en Daniel pero lo trascendía, como una reacción en cadena. MARYN se movía como una epidemia sumamente selectiva, mantener la calma no era algo trivial y pensar con claridad en situaciones límites no era algo que cualquiera estuviera en condiciones de afrontar. Era algo que no podía aprenderse en lo teórico, el valor y la mente fría llevaban un componente práctico y uno innato. Joshua sabía que debía ser él quien tomara las riendas de esa carroza desbocada, debía ordenar y dirigir en forma focalizada las habilidades de cada uno de los componentes del grupo.

Cuando Daniel comenzó nuevamente a hablar de sus padres la palabra que cruzó por su mente fue: obsesión.

¿A qué Himalaya estaba subiendo? ¿Con quién? ¿Podía confiar en su grupo? ¿Le pondría a cada uno de ellos su vida en las manos? Si bien era afecto a los deportes de riesgo nunca había sido amigo de ceder confianza en las cosas críticas. Había llegado para él el momento de jugar en equipo.

Un poco respondiendo a las preguntas de Daniel y algo para sacarlo de tema, Joshua le contó acerca de su infancia, de sus aventuras con su gran amigo el danés Larsen, su relación oscilante con las mujeres, su estilo de vida, etc. Trató de no caer en confidencias, pero fue abierto con él, sentía que el chico necesitaba percibirlo. Daniel habló sobre Lyn y lo enamorado que estaba de ella, Saro relató entonces una breve reseña de cada uno de sus amores y de las pesadas cadenas que cada una de sus mujeres había resultado a cada etapa de su vida, claro que nunca había encontrado una Lyn, lo más cercano a ella era una tal Gail, pero no quería lastimarla y lo haría sin duda al acercarse a ella.

Hablaron de Alarde antes de dormir, ambos lamentaron su muerte y compartieron anécdotas que conocían acerca de ella, Saro recordó a Ressler en algo que pudo haber sido una suerte de homenaje, nunca había soportado a Ressler, a veces pensaba que era porque tenían la misma polaridad, la misma vocación de liderazgo, a veces decía que era por hablador y showman de los medios. Esa noche le contó a Daniel algunos de los valientes embates de Valhall contra el stablishment.

– Ojalá estuvieran acá –murmuró Saro.

– Ojalá estuvieran acá –repitió Daniel, aunque Saro adivinó la ruta de su pensamiento real.

A eso de las doce del mediodía Saro recorrió la casa palmo por palmo, inspeccionando cada metro de suelo y de pared, intentaba imaginarse el interior del edificio de MARYN y recorrerlo con la mente.

Daniel se despertó, se duchó en el baño de techos negros por la humedad y ambos salieron a desayunar al Mac Donalds de la estación de Villa del Parque, aprovecharon de paso para correr un poco y hacer circular la sangre oxigenando el organismo, se sintieron felices al ver que ambos mantenían el mismo ritmo, parecía ser una buena señal.

Luego del desayuno caminaron por el barrio. Al pasar por una casa de venta de accesorios para el automotor Saro le dijo a Daniel que sería conveniente comprar algunas baterías de auto para conectarlas a una UPS barata y dar energía a sus equipos ante la ocasional falta de energía eléctrica, era más conveniente eso que comprar un equipo caro, las ventas de alto valor siempre podían rastrearse.

Tomaron un taxi pero se bajaron cinco cuadras antes de la casona, y caminaron con las baterías en las manos.

Al regresar encontraron mail de Matt, estaba en Buenos Aires. Le enviaron la dirección de una plaza pública para encontrarse con él. Esta vez fue Plaza Italia.

El primer contacto lo haría Saro, indicándole a Daniel que merodeara vigilante pero sin que Matt lo viera, confiaba en Matt pero no estaba de más prevenir, siempre podrían haberlo seguido.

Verlo lo impresionó.

Tal vez porque esperaba un hombre enfundado en un traje gris con corbata y un micrófono colgando de su oreja, Matt sí tenía el porte del FBI, pero estaba realmente desecho como si en vez de bajar del avión se hubiera arrojado del mismo.

Era un día frío pero de sol, el mail de Matt decía que lo identificarían por la gabardina, hubiera bastado decir que llevaba un parche blanco encima de una ceja y un brazo vendado atado al cuello con un pañuelo. Estaba sentado en un banco de madera, semi recostado con los zapatos jugando con el polvo de ladrillo a sus pies. A medida que Saro se fue acercando fue encontrando sobre el rostro de Matt más residuos del choque con el asesino de MARYN, tenía los labios rajados, como arañados al igual que casi la totalidad de ambas mejillas, se notaban raspones rojos oscuros entrecortados y apenas disimulados por una barba creciente. Lo vio y lo escuchó estremecerse en un tosido ronco, Saro pensó que sería saludable que apagara el cigarrillo que temblaba en su boca, casi sin mirarlo el hombre estiró una mano hacia él en gesto de saludo, se miraron a los ojos y sellaron el apretón. El hombre asió a Saro hacia él para invitarlo a sentarse, cuando lo tuvo al lado sacó del bolsillo interno de su gabardina un paquete de cigarros para convidar.

– No gracias –dijo Saro en un español vacilante.

– No esperes que hable español –susurró Harris en su inglés más cerrado.

– No hablemos entonces –susurró Saro con la vista perdida en una estatua tratando de leer en el letrero de quien se trataba– podrás seguirme ¿verdad?

Harris tosió en gesto de asentimiento.

– Decile al chico que deje el banco frente a la parada del colectivo, y que me siga a distancia considerable.

Saro asintió con la cabeza y caminó rumbo al transporte que lo llevaría a la casa.

Fueron entrando de a uno, primero Saro, luego Harris y al final Daniel, se encontraron entonces todos de pie en el hall al desembocar el pasillo, se estaban mirando inmersos en un incómodo silencio, el policía tosió, luego apagó el cigarro o el filtro de él en una pequeña maceta de plástico con tierra seca que llevaba años apoyada sobre el marco de una ventana interior, y sin emitir otro sonido buscó en un bolsillo del pantalón algo que parecía un caramelo y que rápidamente desapareció en su boca. Luego arrastró con el pié a la pequeña maleta con ruedas y manija que había arrastrado con el brazo sano y que había quedado en medio de todos ellos como una mesa ratona a la hora del whisky.

Al fin fue Harris quien le tendió la mano a Daniel y luego alzó los hombros con gesto de hartazgo.

– Esto es muy raro ¿no? –dijo, resumiendo el pensamiento de todos.

Saro sintió una comezón en sus brazos y la nuez de su garganta subió y bajó tragando saliva. Los ojos grises de Harris hundidos entre las grietas de una

piel seca le daban un aspecto de rudeza inusitado, se preguntó donde ocultaría el arma.

– Parece que fue duro –comentó Saro refiriéndose a las marcas de golpes que aparecían como manchas en la piel del federal.

– No debería estar aquí yo, sino él –respondió con una mueca que intentaba convertirse en sonrisa.

Harris se quitó la gabardina y la hizo un bulto al apretarla con la mano.

– ¿Tenemos lugar para guardar esto? –preguntó mirando al más chico.

– Si, perdón –respondió Daniel y se apuró a abrir las puertas de la sala principal.

CAPITULO XXXIX

– Veamos que es lo que tenemos –comenzó Saro, si bien habían quedado todos en averiguar información que fuera útil para el hackeo fue él quien había llevado a la mesa el mayor trofeo– hace un par de días el ejército de los EEUU perdió contacto con un satélite espía posicionado en América del Sur, volvieron a recuperarlo una hora después, fue suficiente para obtener algunas fotos de la planta de MARYN. Paso a mostrarles.

En la pantalla de la computadora de cada uno de los asistentes apareció una fotografía aérea de lo que parecía ser un gigantesco iglú con una larga extensión en la galería de entrada, como una trompa o la manga de salida al interior de un estadio. Estaba pintado completamente de blanco y según las medidas de escala al costado de la fotografía medía más de ochenta metros de largo, ocupando unos treinta metros la galería y los cincuenta restante la semiesfera blanca.

Saro tipeó en el teclado de la PC y la misma foto pareció ampliarse logrando un acercamiento, ahora podía verse la figura como encerrada en un cuadrado que hacía las veces de marco.

– Es un alambrado –aclaró– por lo que se ve tiene unos seis metros de alto.

– ¿Electrificado? –preguntó Harris, estaba sentado frente a él pero concentrado en la pantalla de su propia computadora.

– Seguramente, aunque no encuentro señales de cables o una caja que provea la energía eléctrica a la cerca.

– Está bajo el suelo –aseguró R/S, haciendo tronar su voz por los parlantes, por lo general utilizaba la voz de Mister T cuando quería deformar la suya por un programa de computadora, estaba conectado desde su casa observando cada uno de los rostros de Daniel, Saro y Matt, que se transmitían por cámaras sobre el monitor de cada computadora, tanto Moloch como él habían decidido no mostrarse pero sí escuchaban y hablaban con el resto de Nacaals– No lo ponen visible para que no sea vulnerable, suele ser una caja blindada en algún lugar del perímetro de la cerca.

– ¿Dónde están las puertas? –preguntó Daniel subiendo la vista.

– Ahí –señaló Saro apuntando con el mouse– donde está este cuadrado más oscuro.

– ¿Qué es el cuadrado? –inquirió Moloch usando la voz de Bruce Willis en Duro de Matar.

– Parece una cabina –explicó Saro– Tal vez tengan un guardia apostado ahí para ceder el paso.

Daniel y Saro se detuvieron unos instantes para observar a Harris, parecía querer decir algo pero un acceso de tos no se lo permitía, les hizo un gesto de que continuaran.

La imagen mejoró el zoom y ahora pudo verse un camino desde la puerta hasta uno de los laterales de la galería, otro camino circundaba el casco dando toda la vuelta hasta chocar con el lado opuesto de la manga.

– El camino parece ser una lámina metálica y lleva a cada una de las puertas del edificio –prosiguió Saro, la imagen volvió a agrandarse y la figura ocupó ahora toda la pantalla haciendo desaparecer el alambrado– las puertas son estos manchones oscuros a los lados del casco y a los lados de la galería, cuatro en total.

– Las del casco son más anchas –comentó la voz de Bruce Willis.

– Si, deben ser para entrada de camiones –contestó Saro.

– ¿Donde mierda esta ubicado esto? –preguntó Harris con voz ahogada cuando apenas la tos se lo permitió, en sus ojos había rastros de lágrimas por el esfuerzo.

Saro echó su cuerpo ligeramente hacia atrás para hablar con más comodidad y mirar a su compañero por encima del monitor de la máquina.

– La Patagonia. Es puro campo, las tierras las compraron al gobierno provincial. No hay nada que habite allí por lo menos a veinte kilómetros a la redonda. Hacé de cuenta que está internado en medio de un vasto desierto, no hay rutas que lleguen hasta ahí, solo un camino de tierra poco cuidado. La ruta más cercana pasa a cuarenta kilómetros, tanto el lugar como los caminos no figuran en ningún mapa, ni en los propios de la zona donde están indicadas las estancias.

– ¿Como sabés que las compraron al ...? –se ahogó antes de terminar.

– Está en la base de datos provincial de tierras, figura como dueño una empresa llamada Bartell S.A., evidentemente es una maniobra para no hacer figurar abiertamente el nombre de una empresa de armamento bélico.

Matt asintió con la cabeza en gesto de aprobación.

– ¿Qué le pasa al FBI? –protestó Moloch– díganle que no se desabrigue en esas latitudes.

– Casi lo estrangulan –contestó Daniel.

– Nunca me corrijas, newbie –respondió Willis al instante.

Saro avanzó la imagen en la PC para que cambiaran el foco de atención,

la fotografía se acercó al casco hasta detenerse en unos pequeños círculos sobre la baranda que bordeaba el techo.

– ¿Qué es? –dijo Harris.

– Cámaras –se anticipó R/S, a pesar de usar un programa para disfrazar la voz y el acento había un dejo de extraño en su entonación, algo que parecía indicar un idioma latino.

– Es probable –dijo Saro– pero hay agujeros de dos tipos, unos más chicos y otros de mayor diámetro. Alguno de ellos podría ser algún tipo de arma o un detector de intrusos.

– No veo gente, ¿donde esta el personal? –se escuchó decir a Willis.

– Hice las fotos el fin de semana –replicó Saro.

– Me gustaría ver lo mismo en un día normal, quiero ver gente –dijo Moloch con tono autoritario.

Saro contuvo su irritación.

– Estaba en mis planes, solo quería dejar pasar unos días para volver a robar el satélite.

Matt Harris se levantó de la silla y fue a la cocina a servirse un vaso de agua.

– Tenemos poco –emitió R/S en tono de queja.

Daniel se revolvió en su silla.

– Estamos empezando.

– Todavía no terminé –les reprochó Saro.

La PC volvió a retirarse de la imagen y luego navegó hacia un costado, dibujó un cuadrado y amplió el zoom casi un mil por ciento. Una figura blanca fue dibujándose hasta cobrar forma: un pájaro muerto. El cuadrado saltó y nuevamente disminuyó el zoom para volver a ampliarse en el vértice opuesto de la imagen, del otro lado de la cerca: otro pájaro caído.

– Algo está matando a los pájaros que sobrevuelan el perímetro –dijo Saro.

– ¿Como pueden hacer eso? –se preguntó Moloch.

– Lo hicieron con mi papá –agregó Daniel pensativo– todavía no se qué arma lo mató pero le detuvo el corazón.

La voz ronca de MR T rugió desde los parlantes, estaba hablando más cerca del micrófono, Saro bajó el volumen al escucharlo.

– Precisamente a eso se dedican ¿no? Armamento no convencional.

– Si, sería interesante saber más precisamente de qué armamento se trata –aseguró Daniel.

Saro se acomodó el cuello de la remera con algo de ironía, reflejando en su rostro una media sonrisa, le guiñó el ojo a Daniel antes de hablar.

– En algo puedo ayudar –dijo.

El mouse saltó de un lugar a otro hasta hacer distinguir en su monitor una imagen que parecía fotocopia de un documento: más precisamente una orden de compra.

– Es un comprobante de una operación entre el ejército y MARYN – agregó– lo obtuve revisando archivos en un servidor del pentágono.

En la cocina se escucharon algunos ruidos de vasos y botellas y una tos más calmada, en la calle algún conductor tocaba bocina rompiendo la armonía y el silencio típico del barrio.

En el monitor todos leyeron una lista del armamento adquirido por EEUU:

Luces estroboscópicas, había varios renglones de distintos modelos de las mismas.

Las siglas UAV, MEMS y MAV aparecían repetidas varias veces en distintos ítems del documento.

Dos veces se mencionaban los BQM74.

Luego DMSO y PXP.

– Se lo que son los UAV, los MEMS, los BQM74 y los MAV, las otras siglas no las reconozco –comentó R/S denotando entusiasmo– UAV significa Vehículo Aéreo no Tripulado, y MAV significa Vehículo robot autónomo en miniatura, estoy trabajando en robótica y conozco ese tipo de tecnología – carraspeó– los BQM74 son jets no tripulados de unos cuatro metros de longitud, se usaron en las dos guerras del golfo, en realidad proyectan en la pantalla del radar la imagen de un avión mucho más grande, una especie de concepción anti stealth.

– ¿Para que puede servir eso? –preguntó Moloch.

– Como señuelo, cuando los iraquíes abrían fuego los aviones aliados que venían detrás los destruían con los misiles antiradar –contó MR T.

– ¿Y que son los MEMS? – inquirió Daniel.

– Máquinas del tamaño de insectos –se apuró Saro– sirven para ver, pensar, actuar y entregar información. ¿Es correcta mi definición R/S?

– Si, imaginen un escarabajo capaz de llevar una carga explosiva.

– O un moscardón espía cargado de cámaras y micrófonos –replicó Saro.

Moloch largó una exclamación de genuino asombro.

– Es fascinante –dijo.

Harris regresó a la mesa casi arrastrando los pies y literalmente se arrojó sobre la silla haciendo sonar un ruido a aire saliendo de un globo.

Al olfato de Saro llegó un olor a humedad penetrante, venía cada tanto, como en oleadas arrastrado por las brisas que circulaban en la casa.

– Las luces estroboscópicas son luces blancas, intermitentes y brillantes que sintonizadas a la frecuencia correcta pueden provocar náuseas, vómitos, o ataques epilépticos –continuó Saro– DMSO es sulfóxido dimetílico.

Daniel esperó una pausa para interrumpir.

– Pongamos en tema a Harris.

Matt sacudió la cabeza.

– Esta bien, escuché todo. ¿Trabajás en robótica R/S?

– Si.

– ¿Podrías reproducir esos aparatos?

– Amigo ... tengo mis propios diseños. Aunque nunca pensé en colocarles explosivos.

La palabra “amigo” causó extrañeza hasta en el propio R/S, hubo un segundo de silencio.

– Continuemos con el DMSO –pidió Moloch.

Saro habló mientras observaba los magullones en la piel de Harris, se le estaban poniendo más negros y podían distinguirse los azules ríos internos que formaban las venas cerca de la superficie de una piel estirada y quebradiza.

– Es un agente somnífero, manejado de la manera adecuada podría dejar fuera de combate a una gran cantidad de personas en muy poco tiempo. Bien administrado no debería pasar lo que le ocurrió a Rusia intentando adormecer a los terroristas chechenos en el teatro.

– ¿De que hablan? –protestó Willis.

– Murieron los rehenes –respondió Harris– seguro hace demasiado tiempo para que tu cerebro lo retenga.

Para sorpresa de todos Moloch largó una risa.

– No vamos a llevarnos bien.

– Por supuesto que no –dijo el federal.

– ¡Vamos! –instó Daniel a la calma pero haciendo notar su impaciencia – ¿qué es el PXP?

– Una droga –explicó Saro.

– No escuches, Moloch –musitó Harris sonriente.

– Por supuesto que te escucho, imbécil –replicó Bruce Willis aun con tono desenfadado.

Saro dirigió a Harris una mirada de reproche, Matt sostuvo la mirada sin desdibujar la sonrisa. Saro vio aquellos dientes amarillos y se imaginó que llevaba días sin lavarlos, las encías estaban rojas e hinchadas y seguramente le causaría dolor hasta rozarse con la lengua.

– PXP es un derivado del más popular PCP, puede convertir por unas horas a un alfeñique en un super hombre, potencia la fuerza de los músculos.

Piensan que podría ser útil para soldados en combate.

– Seguramente tendrá daños colaterales –supuso R/S.

– Puede ser, no leí nada al respecto.

– ¿Todo esto sale del Pentágono? –preguntó Harris.

Saro se encaramó en su silla.

– ¿La información? No, solo la orden de compra y dos o tres cosas más, lo otro lo fui averiguando en distintos sitios –guardó silencio un momento algo perdido en su propia mente, al fin miró a sus compañeros de mesa– No tengo nada más por ahora.

Daniel se pasó una mano por el cabello.

– Yo tengo poco, averigüé que MARYN tiene algunas otras sucursales pero no productoras, digo que no por el tamaño. Son departamentos en edificios de oficinas. Hay en New York, luego en Australia, en Francia y en Japón.

– Seguramente hacen las ventas y manejan el personal –dijo Harris.

– Y reclutan científicos –agregó R/S– Probablemente tengan gente trabajando en universidades para seleccionar a los más hábiles e inescrupulosos.

Harris asintió, la uña del pulgar jugaba con el borde de la rendija larga que era su ojo amoratado.

– O al menos a los más manejables.

– No tenemos nada –exhaló R/S– nuestra información es basura, la planta en la Patagonia debe ser un enjambre de alarmas y armas desconocidas para nosotros. Nunca podríamos entrar. Habrá que buscar otra manera de hacernos con los códigos fuente de los programas, después de todo seguramente están en alguna computadora.

– Si, pero totalmente incomunicada con el mundo externo.

– ¿Cómo sabes?

– Es lo que yo haría –replicó Saro.

– Podría haber alguna máquina de interfaz –dijo R/S– no puede ser que no tengan un equipo con Internet.

Saro rascó su barbilla.

– Si lo tienen no habrá contacto con la máquina principal.

– Investiguemos eso –pidió Harris.

– Estoy moviendo fichas para conseguir más información –contó Saro– en un par de días tendré novedades, mientras tanto trabajemos en lo que tenemos hoy.

CAPITULO XL

Amadeo	¿Sabes por qué estas sola?
Capitana	¿Por qué?
Amadeo	Te pregunto si realmente lo sabes vos.
Capitana	Ah!, Pensé que ibas a explicármelo.
Amadeo	No, tengo una idea del motivo pero me interesa más tu opinión.
Capitana	El motivo es siempre uno, no encontré a la persona indicada.
Amadeo	¿Indicada para qué? ¿qué estás buscando?
Capitana	Bueno, alguien con quien compartir la vida.
Amadeo	Es muy amplio eso ¿verdad? ¿qué paso con Joe?
Capitana	No congeniamos.
Amadeo	¿No compartían?
Capitana	Si, pero el problema fue otro, el vivía pendiente de mí, tratando de complacerme, suena raro, pero eso me molestaba, supongo que soy una idiota, y que cualquier mujer envidiaría mi suerte al tener a alguien como Joe.
Amadeo	Ya no, Joe ahora está con “cualquier mujer”. ¿Te celaba?
Capitana	No, y odiaba eso, todo él era complaciente y sumiso, evitaba discusiones todo el tiempo y cedía a cada cruce de opinión, además estaba muy apegado a su familia y me molestaba verlos tan seguido.
Amadeo	Se sacrificaba ¿verdad? lo veías inmolarsse por vos todo el tiempo.
Capitana	¿Conocés el tipo de gente?
Amadeo	Por supuesto, les gusta hacer ver su

	sacrificio, hacen público sus pensamientos de agobio cuando eso puede hacerte sentir culpable de alguna manera, y mezclan eso con cierto servilismo, pero rehusan el hablar directo y se encogen de hombros si les recriminas la actitud.
Capitana	Exacto, y presentan una actitud más fiel que la de un perro collie.
Amadeo	Alejémonos de ellos Gail.
Capitana	Sin duda.
Capitana	¿Era esa tu idea?
Amadeo	No, yo pensé en el sexo.
Capitana	¿Perdón?
Amadeo	El sexo, no creo que Joe te haya satisfecho sexualmente, y no por una cuestión de frigidez tuya o impotencia de él, no se trató de nada de eso, las relaciones tienen que haber sido normales, comunes, tal vez la palabra sea regulares, digo que vos sos una persona que necesita un hombre distinto de lo tradicional, en todo sentido, y eso incluye la cama, no creo que un comportamiento sexual tradicional como el que Joe sin ninguna duda proponía pueda llenarte, y no es culpa del pobre Joe, simplemente él no está obligado a tener tanta imaginación, no podías exigirle que fuera el medio de transporte a un mundo del cual ni siquiera conservas un mapa, es como buscar el Dorado sin saber de qué se trata o dónde está, sin saber siquiera que se lo desea buscar, es simplemente un estado que jamás visitaste, parte de un juego sensorial y espiritual que te fue vedado por tu propio error en la naturaleza de la búsqueda de compañía.

Las mejillas subieron el color y las sintió calientes, se tomó un tiempo

para discernir lo que sentía, indignación, orgullo, ... vergüenza.

Capitana	¿Estás diciendo que no sé lo que busco? ¿Que no sé qué es lo que me conviene? Yo no soy así Amadeo, deberías saberlo.
Amadeo	No sos así en ningún otro aspecto de tu vida, solo en el sexual, aunque es un error relacionar tu problema tan directamente con el goce orgásmico, va más allá de eso, el acto sexual es una fusión muy fuerte entre dos personas, los cuerpos se mezclan, si pudieras ver el aura de cada uno notarías que las energías toman el mismo color y se hacen una, se producen reacciones químicas propias de aquella fusión, pero los elementos a unir deben ser compatibles para obtener una verdadera piedra filosofal donde asegurar la satisfacción continua, el olor, el roce de los dedos en el cuerpo, el sabor de la piel sobre la lengua, todo se debe traducir en estímulos externos para el cerebro, y no siempre el cerebro se deja estimular, y no me estoy refiriendo exclusivamente al acto sexual, el enamoramiento desata un proceso químico que libera descargas de ácido glutámico en las células cerebrales, el hipotálamo genera información relacionada con el placer especial que produce la atracción por otra persona, es Amor, Gail, los procesos químicos actúan como imanes atrayendo los cuerpos, ¿así te atrajo Joe? ¿como si no pudieras despegarte y dejar de estarle encima?, no lo creo, nunca fue así, tus ovarios tuvieron demasiado poco trabajo produciendo progesterona y estrógenos, como una fábrica con la mitad del personal licenciado. El acto de hacer el amor crea una conexión

directa entre las mentes, podrías espiar en un cerebro y llevarte las expresiones susceptibles de transmisión: Amor, odio, ternura, fantasía, inteligencia, protección, seguridad, miedo, la esencia misma de la persona, si pudieras ver el alma éste sería el momento, te imagino buscando intensidad y volviendo de Joe con las manos vacías, ¿es verdad Gail? ¿te sentías vacía después de hacer el amor? ¿por eso lo dejaste?

Estaba confundida, ¿de donde sacaba Amadeo todo eso? ¿cómo sabía cosas de su vida íntima? No hablaba como suponiendo sino con seguridad en lo que decía.

Capitana	Si.
Amadeo	¿Pudiste explicárselo?
Capitana	No, creo que porque nunca pude verlo tan claro.

No quiso decirle que tenía la impresión de haberse perdido partes de una película, como cuando uno comenta al salir y el otro espectador le dice lo que entendió, con mucha más lógica y contenido de lo que había percibido, no quiso decirle que él sabía sobre su forma de relacionarse con los hombres más que ella misma.

Un escalofrío le recorrió la piel desde la base de la columna hasta la nuca erizándole los vellos debajo de la dorada cabellera, y no quiso contarle qué le causaba miedo, no era su inteligencia sino su percepción, su increíble percepción acerca de ella, como si un puente invisible lo conectara con su mente, directo a un lugar donde ni ella misma tenía acceso.

Amadeo	Una lesbiana me dijo una vez que solo una mujer sabe exactamente dónde y cómo tocar a otra mujer para hacerla gozar al máximo de sus posibilidades, no considero válida la afirmación, no se trata del género sino de la complementación del espíritu, ni siquiera se trata de afinidad, pero en un punto hay algo
---------------	--

de verdad en la afirmación de la lesbiana, hay que tener un toque femenino para entender a la mujer, como un toque animal para entender a los animales y un toque sistémico para comprender el funcionamiento de los sistemas, la palabra clave es armonía, vibrar en la sintonía que el otro necesita, no la misma, la que necesita.

¿Estaba excitada?

¿Era él el único que conocía la ruta al mundo del goce? No volvería vacía de Amadeo, estaba segura, él era una vertiente continua de ... ¿cómo había dicho? ... intensidad.

CAPITULO XLI

Naacals, según la mitología, aunque el término posteriormente fuera recogido por una rama poco seria de historiadores, era el nombre con el que se autodenominaban los integrantes de una hermandad religiosa que decían ser “Los padres de la Llama Sagrada, guardianes de la sabiduría antigua e investigadores de la nueva, encargados de enseñar a la humanidad” un rótulo bastante pretencioso por cierto y que caía como un saco de payaso sobre los hombros de Saro y sus sombríos compañeros.

El Buscador se concentró en los papeles que había dispuesto sobre la mesa, y que a un observador casual podrían haber significado una sucesión de organizados garabatos. Para él eran la base del conocimiento, las llaves que abrían la tapa del hermético cofre del comportamiento humano.

El resultado del primer relevamiento de información era algo escaso, pero no siempre se encontraba buena información, sobre todo al perseguir a un grupo. De todas formas solía bastar con obtener la suficiente de algunos elementos para saber acerca del grupo.

Conociendo la personalidad el grupo, leyendo en su inconsciente colectivo, podía inferir el comportamiento del mismo, y no había forma para los integrantes de mantenerse al margen de los designios del grupo en general, tal como R/S o Moloch equivocadamente creían.

Para trabajar un cambio en una persona era ineludible y mucho más eficaz provocar un cambio a nivel grupal de tal forma que fuera el grupo quien encaminara a las personas al cambio deseado.

El Buscador es un buen pastor, niñitos, solo deben seguir la zanahoria que hay delante de los ojos.

El grupo Naacals inicial (no así el nuevo Naacals) en esencia se comportaba como un grupo de dependencia, donde lo primordial estaba representado por la necesidad de proteger la razón de la existencia del grupo, teniendo por seguro que él o los líderes cargaban esa responsabilidad sobre los hombros. El nuevo Naacals respondía en cambio a los patrones de grupo de lucha-huida, tenían que resguardarse porque su supervivencia estaba en juego, y obraban bajo el supuesto de que emprender una acción era clave para lograr dicha supervivencia. *No importa qué pero hagamos algo ¿verdad? Aunque sea equivocado.* Para Lawrence era una encantadora forma de pensar, y mucho más

maleable. Ellos debían conservar el grupo y no perder de vista los objetivos, y si había que sacrificar miembros tanto en la huida o en la lucha, no dudarían en hacerlo. El papel del líder, encarnado por Saro tenía como finalidad principal conducir al grupo a la batalla o a la retirada de la misma. Cuanto más paranoico el líder, más posibilidades de permanecer al frente del grupo.

Individualmente el comportamiento estaba en función de la personalidad, y se explicaba en base a la motivación o a las necesidades y el ambiente o situación donde el individuo actuara. El ambiente era un campo de fuerzas con la capacidad de afectar las personas, así Lawrence podía predecir el comportamiento de una persona en cualquier momento dado a partir del conocimiento de sus necesidades y de la valencia de las fuerzas nacidas del ambiente. La percepción del ambiente del propio individuo era clave, aunque no forzosamente real. Lo importante de las fuerzas era su percepción.

Para Nacaals, la inseguridad era solo una sombra pasando rápido a sus espaldas, aún huyendo, aún escondidos en las peores condiciones, se sentían místicamente seguros. Nunca dejaría de asombrarle la tozudez de la naturaleza humana.

Ellos no comprendían que el indio danza no solo porque hay sequía sino también porque es indio, que su danza surge de ciertas actitudes y formas de pensamiento, un arquetipo mental, estable. Y que el conocimiento de ese arquetipo añade otras formas de plausibilidad a su comportamiento.

Lawrence los veía danzar, como monigotes en un carrusel, sintiendo el gozo del alquimista al conocer la mezcla de su fórmula, el placer del astrónomo prediciendo el movimiento de un astro, casi la misma inmutabilidad y rigidez funcionaba en la conducta, solo debía dibujarse el arquetipo, la acción era irrelevante sin el molde, solo comprendiendo el estilo, la tendencia general de la mente y el interés del individuo podía reconstruirse el significado subjetivo del contenido de un detalle de conducta o pensamiento; así, el mismo contenido podría tener significados diferentes en individuos distintos o contenidos desiguales la misma significación.

Si R/S supiera que sus actitudes conscientes y la forma de leer la realidad, lo que hace y cómo lo hace, constituían partes funcionales de su neurosis...; pero como todos, parecía pensar de tal forma y sus actitudes e intereses eran tales como para continuar y apoyar el proceso neurótico y para convertir en inevitables las experiencias características de su arquetipo que podían leerse en cualquier manual, sin importar la incomodidad que dichas características pudieran causarle, No lo hacía por elección, simplemente no la tenía, su conducta estaba determinada por un modelo, su modo de ser lo llevaba a sentir, pensar, y hacer cosas que continuaran la experiencia neurótica y fueran

indispensables para la misma. Las actitudes e intereses del arquetipo garantizaban que el próximo acto sería la única cosa posible próxima a realizar.

De acuerdo con lo analizado en las charlas R/S no era lo que se podía definir como negativista, no se oponía a los argumentos de los demás, simplemente les restaba importancia o no les prestaba atención, esa falta de atención era muy diferente a la atención errática de una persona cansada, era una falta de atención podría decirse: escrupulosa. Las opiniones distintas que lo hacían saltar fuera de su dogma eran sencillamente despreciadas por él, lo cual lo convertía en una persona prácticamente ininfluenciable. Excepto aparentemente en el espectro intelectual constructivo del desarrollo de un invento, donde parecía ser un individuo abierto a aportes aunque de personas selectas y de su más alta estima y calificación intelectual.

Podía encasillarlo en la personalidad obsesivo-compulsiva aunque con algunas aristas distintivas propias.

R/S no era una persona de padecer vaguedad en la atención. Era muy concentrado, intenso y exacto. Estaba en el foco. Siempre. Se interesaba y se sentía cómodo entre los detalles técnicos, y jugaba en la línea de la perversidad acerca de la ignorancia o la incomprensión de sus compañeros sobre temas que él pudiera dominar y exponer en un debate.

Si Lawrence pudiera someterlo a un test de Rorschach era perfectamente posible anticipar sus respuestas, habría visto distintos y muy precisos contornos de rostros humanos en los bordes de las manchas de tinta.

R/S no escuchaba música, y si lo hacía solo era para apreciar la calidad del equipo reproductor, las características técnicas de la grabación, y demás, ... la música apenas le llegaba y no alcanzaba a captar su atención.

La mente de R/S era una flecha atravesando el campo en un día ventoso, cuanto mayor fuera la tensión del arco y la fuerza de la flecha, menos susceptible se tornaba a los vientos incidentales. Cuando había una idea en su mente debía lograrla. Y lo hacía.

R/S podía establecer roles en su comportamiento, y ceñirse a ellos de una manera irrevocable, ese rol se convertía en una directiva general para su comportamiento, cuando era un científico, lo era en cuerpo y alma, y la dedicación fundamental de su vida estaba destinada a cubrir el rol, probablemente ese rol hasta dejara huellas en su expresión facial, R/S tendría porte y gestos de un auténtico estereotipo de científico.

Se imaginaba a R/S trabajando en su laboratorio, imponiéndose sus propios plazos fatales a los cuales debía ajustarse para no sentir el fracaso, la presión del retraso estaría siempre apretando sus dedos en cada soldadura, en cada línea del diseño. Si bien el sujeto declararía su molestia por la presión era

totalmente plausible que la presión fuera propia, R/S era su propio supervisor, con látigo y garrote acechando sobre el hombro, Lawrence suponía que trabajaba en forma independiente, para de esa forma poder hacer partir la presión desde sí mismo, sin que nadie interfiriera con órdenes que pudieran causar cierta liviandad de la tarea, además un cerebro lleno de ideas como el que tenía no soportaría una dirección ajena que lo distrajera de sus verdaderos propósitos.

¿Sería R/S un ladronzuelo? Probablemente sí, pero dependía de la enseñanza inculcada en su infancia, del énfasis puesto en la honradez y de la influencia que daba a la religión en su vida, Lawrence sospechaba que R/S robaba aunque no para mantener la estabilidad de su vida económica sino con propósitos de adquirir el material necesario para alimentar sus experimentos. ¿como conseguiría el material?

¿Compras al mercado negro, R/S? ¿En los países del sur asiático? ¿En Rusia?

Era muy difícil rastrear las compras en el mercado negro. Tampoco lo necesitaba, atraparía a R/S unido al grupo, no de inmediato, pero lo haría. R/S sería incapaz de tomar una decisión que no resultara de una fórmula o una regla preestablecida, se dejaría entonces guiar por Saro.

Lawrence escuchó el chirrido de la puerta al abrirse, imaginó a través de la madera pintada de blanco los ojos entrecerrados de Lucient, siempre entrecerraba los ojos como respuesta a sonidos agudos.

El programador dejó ver su silueta en una sombra alargada a la que sucedió un cuerpo no mucho más sólido que la sombra misma, entró en la sala lentamente, confirmando gestualmente su actitud vacilante.

Lucient fijó su vista en Lawrence pero a la altura del pecho, concentrado en la abertura de su remera, casi nunca lo miraba al rostro más que unos pocos segundos, era como si tratara de evitar verle la boca y los ojos. Por lo general Lawrence a sabiendas de esto hacía lo posible para sostenerle la mirada, le fascinaba ver como las venas de las manos de Lucient se hinchaban apenas perceptiblemente, sus ojos parpadeaban y su frente exudaba una leve y húmeda película de transpiración.

– Saben de la muerte de la agente Baxter –exhaló Lucient, había mejorado su entonación, ya no se le entrecortaba la voz al hablarle, pero aún así se notaba un leve temblor en el nivel de sonido y un arqueo del labio inferior que podía tomarse como señal de rechazo. El cuerpo del francés no terminaba de asomar desde detrás de la puerta conservando la mitad de un pie y la rodilla ocultas de la visión de Lawrence. Quería marcharse lo más rápido posible.

El buscador apoyó cuidadosamente sobre la mesa la lapicera que estaba utilizando, al costado de las hojas de impresora.

– Otra vez –solicitó, no había necesidad de aclarar más, su interlocutor debía saber interpretarlo.

Lucient tragó saliva.

– Que averiguaron y comprendieron que Baxter está muerta.

El Buscador hizo un ademán moviendo sus dedos.

– Más cerca, por favor.

Lucient avanzó un par de pasos dando a los mismos una sonoridad forzada.

– ¿Como sabemos eso?

– Entré a la base de datos de Echelon, busqué las conversaciones grabadas a los números de teléfonos privados de los compañeros de Baxter. Harris habló con ellos.

Lawrence se levantó desplazando la silla hacia atrás muy delicadamente, le agradaba alentar los movimientos cuando estaba lejos de Lucient, y acelerarlos apenas estando ya próximo, eso le daba ante los ojos del programador un andar de ofidio, animales que le causaban extrema repulsión. Sabía mucho de Lucient, después de todo, había sido él quien lo había seleccionado de un grupo de menores de once años para incorporarlo a MARYN, y era él mismo quien se encargaba de revisar su perfil psicológico año tras año, de Lucient entre tantos otros por supuesto. MARYN no compatibilizaba con personalidades inestables y necesitaba asegurarse del equilibrio emocional de su personal. Una buena política. La tarea de Lawrence se concentraba solo en ciertas personas claves en la estructura, aquellos que nadie deseaba que soltaran la lengua ante cualquier terapeuta.

– Entonces intentan engañarnos –aseveró Lawrence caminando hacia su víctima.

El francés asintió con la cabeza, aprovechando para hundir el mentón en su propio cuello.

Lawrence terminó de rodear la mesa mientras Lucient buscaba apoyo en la misma para protegerse la espalda, había girado cuarenta y cinco grados.

– Intentarán entretenernos –dijo el Buscador– distraernos con pistas falsas. Creen poder hacer que pierda el foco de atención.

Lucient levantó los ojos un segundo para mirarlo y los volvió a bajar, intentaba obligarse a verlo de frente, pero le resultaba imposible. El Buscador leyó algo en sus ojos.

¿Compasión? ¿y de quien te compadecés, mariquita sucia? ¿de vos? ¿de ellos? ¿te compadecés de ellos, mujercita inmunda? ¿por qué no compadecés el destino de tus nalgas flacuchas y sudorosas?

Se detuvo frente a él, la compasión solo eran ráfagas, solo pensaba

“pobre de ellos, enfrentarse con él”, no podía imaginarse del otro lado, eso era todo, nunca se le ocurriría tenerlo de enemigo, el miedo era mucho más fuerte que cualquier otro sentimiento, y eso lo hacía perfectamente controlable, pues el miedo podía suministrarse tal y como un barbitúrico, podía administrarse en pequeñas dosis, o en sobredosis mortales.

El Buscador era un dosificador experto.

El cuerpo largo, delgado pero de espalda triangular como una cobra, con brazos fuertes y nervudos, se interpuso entre Lucient y la puerta, inclinó la cabeza y llevó la punta de sus dedos largos desde detrás de la oreja hasta la naciente de cabellos blancos en medio de su pecho que asomaban por el escote amplio de la remera negra.

– ¿Viste alguna vez a una rata acorralada? Siempre chillan antes de morir. ¿que tal son nuestras ratas, Lucient? ¿son pequeñas y temerosas? ¿o son grandes y feroces? ¿qué te parece?

– Son unos perdedores –aseguró el programador.

Lawrence sonrió con todos sus dientes.

– Ese es el espíritu –señaló, luego caminó unos pasos hasta aparecer detrás del francés.

Sujetó los cabellos de Lucient con una obscena suavidad, la yema de sus dedos acarició felinamente su cuero cabelludo.

– Muñeca –le susurró al oído.

El francés tensó su espalda endureciendo todos los músculos y subiendo involuntariamente los hombros, despegó el trasero de la mesa y se quedó parado firme esperando que el Buscador terminase de jugar con su cabello, sus ojos se humedecieron y brillaron con la luz proveniente de la puerta.

Lawrence estuvo tentado de morderle la oreja, o pasar la lengua suavemente por ella, pero se reprimió, había que saber dosificar, ese era el secreto.

¿ Que daño puedo hacerte, muñeca? ¿que daño puedo hacerte con mi lengua?

Un día con poco que hacer hacía ya varios años había decidido probar una droga en Lucient, de manera que lo había hipnotizado para obtener la triste historia de su pasado. A los diez años había sido violado por tres muchachones de dieciséis o dieciocho años, Lucient había reprimido casi todo de aquel suceso y apenas lo recordaba vagamente, había olvidado por completo que uno de ellos le susurraba “Muñeca” a sus espaldas, pero el inconsciente lo tenía presente en sus reacciones.

Soltó el cabello del francés y lo dejó ir, lo escuchó bajar la escalera casi corriendo y largando unas toses.

¿Tosiste entonces, verdad Lucient? ¿Tosiste mucho cuando te ensuciaron?

El Buscador se quedó parado con la mirada perdida en el recuadro del sol sobre el polvoriento parquet de la pieza.

¿Por qué le molestaba tanto que lo distrajeran de su trabajo?

Movió los papeles en la mesa hasta encontrar la foto de Joshua Baker para quedar unos instantes centrado en ella.

Joshua salía de un edificio con frente de vidrio y mármol, ubicado en pleno Wall Street, tal vez había ido a visitar a su corredor. En la foto estaba de camisa blanca remangada y vaqueros azules. Su pelo era de un negro oscuro, casi azulino, sus ojos eran pequeños con pestañas cortas y renegridas que llamaban la atención. Podía decirse que era un hombre atractivo para las mujeres, la camisa entreabierta permitía ver algo de su bronceado caribeño, Saro era afecto a los viajes y le gustaba navegar, tenía un velero en la costa de Cozumel, volaba hacia allí cuando le entraban ganas de respirar aire de mar.

La frente de Joshua presentaba al menos dos pliegues.

¿En qué pensabas Joshua? ¿Tal vez no fue justa tu ganancia este trimestre?

Lawrence sabía que el órgano de la mente no era el cerebro en sí mismo, era el cerebro más los nervios, los músculos, los órganos de los sentidos, las vísceras... no era cierto que cada pensamiento, reminiscencia, o emoción del pasado pudiera ser sustentado sin la más distante comunicación entre el cerebro y el resto del cuerpo, la mente descansaba para la manifestación de sus actividades sobre un organismo material, el pensamiento y el sentimiento interno se expresaban reflejándose en la forma física externa, conociendo el alfabeto de la forma externa podía leerse página por página el gran libro de la naturaleza humana.

Alzó la foto hasta la altura de sus ojos y la mantuvo allí, la cara de Joshua respondía al prototipo de cara ancha, tal vez algo oblonga pero predominaba la forma ancha, eso indicaba lucha, adquisitividad, destructividad... el grupo de facultades egoístas. Cuando analizara el formato de la cabeza encontraría combatividad, deseo de oposición, resistencia, desconfianza, defensa.

Sus manos volvieron a la mesa en busca de otras imágenes, Lucient había preparado esquemas de la cabeza de Joshua quitando el cabello para poder analizarla mejor. Era importante determinar qué lugares precisos de los contornos del cráneo estaban más desarrollados o más armónicamente, la fisonomía detrás de las orejas y sobre ellas le dieron la razón a las sospechas, insinuaba un temperamento combativo, astuto y de elevada autoestima. La

mandíbula ancha y firme acompañaban afirmando las mismas características. La nariz era romana, y su parte ósea prominente, lo cual confirmaba una personalidad impulsiva.

Era obvio que Saro sería un duro rival, pero no le preocupaba lo que pudiera hacer siempre que su comportamiento fuera predecible. Y encontraba a Saro fácilmente predecible.

Había enfrentado a un enemigo similar cuando militaba en la Stasi, bajo la protección del ministerio de interrogatorios aunque no oficialmente dependiendo de él, trabajaba en el área K5, un depósito viejo y húmedo en el sótano de un edificio que funcionaba como escuela ideológica de los agentes alemanes para formarlos en la doctrina comunista.

Un agente, un hombre de acción le había complicado un poco las cosas allí, pero a pesar de la preparación y el valor de aquel hombre, había cometido el pecado de caer en su trampa, analizando su perfil fue posible interceptarlo, y luego de quitarle su poder político, el Húngaro se encargó de él. Lo violó y lo asesinó o tal vez invirtió el orden, no lo recordaba. Imre Viskes había sido siempre un buen elemento, también manejable, aunque con él no funcionaba el miedo, la forma de controlarlo tenía que ver con el dolor, propio y ajeno, una buena dosis de dolor en el momento necesario lo mantenía presto en forma adictiva.

Volvió la mente hacia Saro y se quedó allí revoloteando en círculos sobre su personalidad como lo haría un buitres carroñero.

CAPITULO XLII

Pocas, o mejor, ninguna vez, había contemplado Saro un rostro tan perfecto a través de un monitor. Hacía tiempo que no se hundía en la profundidad de esos ojos verdes y se perdía allí como en un laberinto de espejos. El cabello lo llevaba atado y caía hacia un costado, sobre el hombro, en una especie de trenza alborotada. No estaba arreglada, más bien estaba de entre casa, cómoda, no podía ver como vestía, pero la imaginó con unos shorts cortos y bien amplios, que le permitieran mover las piernas desnudas con libertad. No llevaba maquillaje, y de verdad no lo necesitaba, de hecho Saro la prefería a cara lavada, le hacía brillar en su expresión un encanto más natural.

Según había comentado, la noche anterior había dormido poco, pero no se le notaba en el rostro huellas de una noche corta, se la veía fresca, tal vez algo excitada, la adrenalina le coloreaba las mejillas y formaba unas irreverentes arrugas a los costados de los párpados.

Saro suponía que no era fácil para ella estar allí, cámara y monitor delante, reunida en videoconferencia con las personas que eran el objetivo a combatir diariamente, le sería difícil por dos cuestiones, una ideológica y una política. De alguna forma estaba en similar situación que Matt, pero él parecía ya más adaptado, sobre todo después de haber compartido y confraternizado con ellos. Pensó que era conveniente que tanto Moloch como R/S no estuvieran en Buenos Aires, porque habría sido una experiencia terrible la convivencia y los choques con el agente del FBI. Daniel y él mismo eran más moderados, y sabían manejarse con diplomacia, además eran menos radicales en sus relaciones sociales.

La belleza en la pantalla suspiró antes de hablar, fue una exhalación rápida y poco perceptible, pero todos la notaron ya que nadie despegaba la vista de aquellos labios carnosos y estilizados.

– Ustedes sí que saben elegirse enemigos –dijo al fin, como si estuviera retrocediendo lentamente antes de dar el salto, lo que iba a decir no era fácil, y no tenía marcha atrás.

– El mérito es todo del Salteador –bromeó Moloch insistiendo con la voz de Bruce Willis. Otra vez él y R/S eran los únicos sin participar con imagen en la reunión. ¿Que trababa de hacer? ¿Caer simpático a quien pasaba las horas siguiendo su pista para cazarlo?

– El material que voy a mostrarles lo conseguí anoche –siguió Gail sin prestar atención al comentario de Moloch– no me decidí a mostrarlo hasta ahora, es más, creo que aún estoy dudando, lo que estoy por decirles es confidencial – los ojos verdes apuntaron al teclado de su propia PC con algo de pesar– supongo que decirles esto es como soltar un fósforo en un depósito de papeles.

– No lo veas así –pidió Harris.

Gail miró fijo a la cámara con un gesto de resignación, estaba bien que fuera Matt quien tomara la posta, era el que más posibilidades tenía de mostrar a Nacaals como algo distinto a la idea preformada en su mente. Definitivamente él no era Nacaals.

– ¿Como llegamos a esto, Harris? ¿Acaso cambiamos de bando?

Harris negó con la cabeza.

– Supongo que no.

– De todas formas el agua nos llegó al cuello ¿no? –Gail hizo una pausa algo larga– Espero no equivocarme con ustedes. –soltó al fin.

– No estas errada –respondió Saro.

Gail se aclaró la voz.

– La base de MARYN en la Patagonia es un emporio de tecnología bélica, voy a describirles el documento que tengo y luego se los mando para que lo analicen con detenimiento. Creo que deben buscar la forma de resolver el problema sin intentar la intrusión. Por favor busquen otra manera.

– Lo que ustedes vieron en las fotos de satélite es solo la cabeza del monstruo –continuó– MARYN se extiende al menos en un radio de tres mil metros, en esa área han plantado micrófonos hipersensibles, capaces de escuchar sonidos muy lejanos, distinguirlos, clasificarlos y avisar al computador central el tipo de sonido que está captando, sería capaz de separar los ruidos ocasionados por pasos de una persona del ruido ambiente, por ejemplo un día de lluvia. Los detallan técnicamente como micrófonos imposibles de engañar porque son micrófonos inteligentes. Es como si hubiera una persona escuchando atenta en cada metro de terreno. No sé si me están entendiendo –enfaticó– estos micrófonos se dan cuenta del origen de cada sonido.

– Te entendemos –aseguró Saro.

– Por si se les ocurre que podrían entonces llegar hasta el edificio en forma subterránea, debo comentarles que hay sensores de movimiento plantados bajo tierra a distintas profundidades, estos sensores serán activados si algo pretende excavar hasta aproximarse a los últimos quinientos metros de distancia.

– ¿Qué hay del aire? ¿cómo lo protegieron? –preguntó Daniel, tan concentrado en su monitor que parecía a punto de devorarlo.

– ¿Por si intentan llegar por paracaídas o aladelta? –se jactó Gail con

ironía, sabía que Saro era experto en ambas especialidades— hay unas varas altas con lasers que cubren los movimientos hasta la altura necesaria para poder ser captados con un radar.

– No vimos el radar —dijo R/S con su voz de ultratumba.

– Si prestan atención a la fotografía satelital aparece sobre el techo como si fuera una mancha negra, es pequeño, parece de juguete pero es auténtico, y muy sensible. También esta conectado a una computadora central.

– Supongo que esa computadora no es la que estamos eligiendo como objetivo —dijo Saro.

– No. La computadora principal está en otro lado, ya vamos a llegar hasta ella, dejen que los siga guiando por el camino hasta encontrarla.

– Bien —musitó Harris, instándola a continuar.

– ¿Cuál es la distancia donde comienzan las varas con lasers? —preguntó Daniel.

Gail miró un segundo a un costado, y leyó la distancia sin mirar la pantalla.

– Trescientos metros.

– Es decir —completó Saro— que volando a un metro del suelo un objeto podría acercarse hasta trescientos metros, luego o sube y lo detecta el radar o sigue derecho y es visto por los lasers.

– Exacto —afirmó ella— no puede llegarse por aire, ni por tierra ni por debajo de ella.

– Pero seguramente hay personal que se traslada hasta allí para trabajar —dijo Willis.

– Muy pocos, la mayoría duerme en un búnker subterráneo que los protege en caso de que algún experimento tóxico salga mal, es como un refugio de los que se piensan para permanecer años luego de una guerra termonuclear. De todas formas dejemos el circuito del personal para después.

– También deben llegar camiones con mercadería —dijo R/S.

– Si, pero luego analizamos los movimientos de las personas, permítanme primero plantear la seguridad electrónica.

Harris tosió interrumpiendo el relato, estaba algo mejor de la garganta pero aún conservaba la voz ronca y una tos sistemática. El clima frío y húmedo de Buenos Aires tampoco ayudaba a su pronta recuperación. Noches atrás habían bromeado con Daniel acerca de llevar a Matt a una intrusión silenciosa.

Gail continuó con la presentación.

– Habrán notado que las puertas están hundidas unos cincuenta centímetros de la pared, esto es por el mecanismo de autorización que tienen en funcionamiento y que es el único medio de abrir la puerta. Cuando una persona

se coloca delante de ellas se chequea no solamente el iris y las huellas dactilares sino también datos de su estructura ósea. De esta forma resulta imposible suplantar a alguien en el ingreso al edificio.

– No puede ser el único medio de abrir las puertas. ¿Qué pasa si el sistema deja de funcionar por algún desperfecto? ¿nadie sale del edificio? – cuestionó R/S.

– No tengo información acerca de un mecanismo alternativo de apertura, sí lo hay desde dentro, a través de una clave que se tipea en un teclado junto a la puerta, pero no para entrar sólo para salir.

– ¿Hay pasillos adentro del casco, o hay extensiones grandes? –preguntó Daniel.

Gail negó con la cabeza la última propuesta.

– No, está lleno de pasillos, circulares, como las capas de una cebolla, esos pasillos tienen acceso a ascensores que llevan a un piso superior o a alguno de los seis pisos bajo tierra. En los pasillos también hay puertas que comunican con salones de la planta baja, pero no hay muchos salones en la planta, solo pasillos con distintos niveles de acceso y un depósito temporal. La planta baja es un filtro de seguridad, solo puede transitarse por ella teniendo los permisos. Además por más que se consiga la forma de moverse libremente hay sistemas secundarios de detección de intrusos, si estos sistemas detectan a alguien activan una serie de armamentos contra el invasor.

– ¿Qué tipo de armamentos y a que llamas sistema secundario de detección?

La voz de R/S sonó hosca en su personificación de Mr.T., en la expresión de Gail se notó incomodidad, ella los estaba ayudando, y no deseaba ser víctima de un interrogatorio, mucho menos de gente como R/S.

– No es como yo lo llamo sino como ellos lo denominan –le aclaró transformando el rostro con una expresión agria.

– Déjale que de sus vueltas y que ponga algo de suspenso –dijo Bruce Willis con su voz más chillona– es lo que mejor hace el GCIC, dar vueltas alrededor del objetivo sin animarse a golpear a la puerta.

– ¿Cómo es que este idiota está metido en un lío tan serio, Saro? ¿por qué mierda tengo que soportarlo? –aulló Gail mostrando levemente las encías superiores.

Saro permaneció un instante mirándola, era la primera vez la veía enojada. Luego tipeó algo en su PC y eliminó el audio de Moloch para que no pudiera volver a hablar, si deseaba comunicarse, ahora debía escribir.

– La próxima voy a desconectarte –amenazó Saro dirigiéndose a Moloch– no te detengas por él Gail, no va a volver a molestar.

– Puedo meterlo preso –gruñó ella.
– No ahora Gail –pidió Harris– nos necesitamos todos si deseamos oponernos a MARYN.

– A veces es mejor desechar la fruta podrida del cajón, Teniente Harris – sugirió ella.

– Vamos a tenerlo en cuenta.

– Bien, hago esto por Saro, no me importa ninguno más de ustedes, sólo no quiero más muertes y llegar a descubrir la verdad acerca de MARYN. Sólo intento ayudar.

– Esta bien –dijo Saro tratando de tranquilizarla– no hay por qué discutir, todos estamos juntos en esto.

– No estoy con ustedes –refutó Gail– nunca voy a estar con ustedes, les paso información para que puedan investigar qué está pasando en MARYN y quiénes son los responsables de las muertes. A su vez no estoy instigándolos a que vayan a meterse en la boca del lobo, estoy tratando de hacer algo inteligente mostrándoles lo imposible que es burlarlos. No pueden entrar sin ser descubiertos, no puede ser esa la manera de atacarlos.

– ¿Cual entonces? –respondió Daniel arrebuñado en su silla.

– No sé –contestó Gail.

Daniel se incorporó un poco y miró directo a la cámara, como si tuviera a Gail ante sus ojos sin mediar miles de kilómetros.

– Mientras no haya alternativa, esta es la opción viable.

– Siempre hay alternativa –aseveró Saro– la información no puede estar en un solo lugar, debe haber un sistema de backup en algún lado.

– Lo hay, es satelital. También voy a contarles eso, pero vamos de a poco, es mucho lo que hay que decir.

– Dejemos que ella se ordene –la voz de Harris sonó como el consejo de un padre, todos asintieron con la cabeza involuntariamente.

Gail llevó una mano a su frente, rascándola como si le molestara una picadura de insecto.

– Las capas de la cebolla ... –la animó Harris, apurando la frase para no cortarla con su tos.

– Si, ... hay varios laboratorios, uno de experimentación con armamentos químicos, otro de investigaciones genéticas, otro que diseña armas bacteriológicas, otro para la guerra informática, otro para armamento no convencional. No hay armas atómicas ni nada que tenga que ver con la radiactividad, lo más peligroso que manejan es lo bacteriológico, virus como ébola, viruela, hanta, ... no sé que más. Es lo que custodian con mayor celo y lo que más recursos lleva para el control. El laboratorio de guerra informática es el

más nuevo, pero allí no van a encontrar información sobre el software de seguridad de los equipos de MARYN, eso no está en un laboratorio sino en la planta productora de software, es una sección en el quinto subsuelo. Luego les muestro los mapas para que se ubiquen físicamente.

Se humedeció rápidamente los labios con la lengua antes de continuar.

– En el mismo piso se fabrican los equipos, no en su totalidad porque los gabinetes y la mayoría de los integrados los traen de otros proveedores, pero allí fabrican sus integrados propietarios y ensamblan las piezas.

– No parecen tener una infraestructura muy importante destinada a la producción de equipos. –objetó Daniel.

– No son IBM –le respondió R/S– estamos hablando de contados equipos fabricados a pedido, hasta pueden tener recursos ociosos por falta de demanda.

– ¿Tienen tan poca venta? –insistió el más joven.

– No venden a cualquiera –añadió Saro, se notó el contraste de amabilidad con la voz de R/S– Les compran las naciones importantes para sus departamentos de seguridad, o los militares. Recién ahora salen a competir en el mercado de las macro empresas. Venden muy contadas máquinas anualmente, claro que las ganancias son millonarias.

– Lo peligroso es que sus clientes son claves –prosiguió Gail– por sus máquinas pasa información crucial, sobre todo en caso de conflictos bélicos, es allí cuando mejor uso se daría a este tipo de equipos.

– ¿Por qué? –inquirió Daniel convirtiéndose en el niño preguntón de la clase.

– Porque estos equipos permiten simular y ensayar distintas estrategias en un combate. Estamos hablando de algo muy nuevo, incorporando todas las armas posibles a utilizar en una región o contra una nación determinada. Esto incluye tanto el envío de tropas como la introducción de un virus informático en una planta de extracción de petróleo. Son super equipos, la velocidad de procesamiento supera por mucho a los modelos que convencionalmente se ven en la milicia de los EEUU, podría descifrar una clave por fuerza bruta varias veces más rápido que cualquier otra máquina, motivo por el cual puede usarse para descifrar claves del enemigo. Con esos equipos pueden controlarse todas y cada una de las alternativas de una guerra, como un autómatas jugador de ajedrez que almacena todos los movimientos y elige la mejor alternativa. Además las posibilidades de interfacear son ilimitadas, en el documento de venta indica el uso para la detonación de explosivos, guía de ojivas nucleares en misiles de alcance intercontinental... Por otra parte son computadoras ideales para el almacenamiento de secretos, las pronostican como inviolables. Sin duda

tienen varios argumentos de venta.

– ¿Y para que las quieren entonces las empresas? ¿No es demasiado equipo para ellas?

– Niño –replicó R/S– los países tal como los entendés vos ya no existen, hoy los estados más poderosos son las empresas, mañana los ejércitos serán privados y propios de las multinacionales más poderosas. Las guerras van a ser entre empresas y no entre naciones. Tal vez el concepto de nación pase a tener la misma validez que la afición que se tiene por un club de fútbol.

– Son las empresas las que crean trabajo para la gente, Daniel –intervino Saro– las decisiones de las corporaciones pueden llevar prosperidad o pobreza a una región, es el dinero de las empresas el que alimenta al sistema político, cuando R/S habla de ejército –ahora se dirigió a R/S– y por favor corregime si me equivoco, está hablando de soldados pertrechados para la guerra informática, no llevarán una metralleta cruzada en la espada y una boina verde, estarán camuflados pero de saco y corbata.

Gail se alisó la trenza rubia con ambas manos, tenía los labios apretados, como esperando para hablar. Saro la instó a seguir con un gesto de su mano.

– Como les decía hay varios laboratorios de experimentación y plantas de producción, los pasillos de la entrada llevan a ascensores que se detienen en algunos pisos restringiendo el acceso a los demás. Les hablaba de niveles de seguridad, sistemas de detección y armamento para la captura o eliminación de intrusos. Lo peligroso de MARYN es más que nada la tecnología que maneja, necesito ponerlos al tanto de eso porque el sistema de seguridad está implementado con sus propios productos de venta. Para empezar de mayor a menor están produciendo aviones en miniatura, jets que sirven para proyectar ...

– Los BQM-74, los conocemos –interrumpió R/S– son los aviones anti Stealth que tienen unos cuatro metros de largo, son un tipo de vehículos Aéreo no Tripulado o UAV, también estamos al tanto de los Microsistemas electromecánicos o MEMS y los Vehículos robot autónomos en miniatura o MAV, aunque no tenemos ejemplos claros de lo que fabrica MARYN en cada una de estas distintas tecnologías.

– Bien –dijo Gail con la vista perdida, asintiendo con la cabeza y tratando de disimular su sorpresa– puedo darles entonces algunos ejemplos –hizo una pequeña pausa– MARYN posee para su comercialización un helicóptero birrotor con micromotores más pequeño que el tamaño de un maní.

Harris largó un gruñido que quiso ser una risa mientras sus manos no dejaban de tantear los bolsillos.

– No creo que ocupen mucho espacio en el depósito.

– Están trabajando bastante en la miniaturización, uno de sus productos

son municiones inteligentes, la idea es que los proyectiles disparados por buques, tanques y morteros impactan donde les indica las leyes de la física, traducido a un lenguaje estadístico, según documentos de MARYN, analizando pruebas realizadas a cuarenta y cinco kilómetros de distancia, es necesario disparar cien municiones para lograr acertarle a un blanco de sesenta metros cuadrados la mitad de las veces. Probabilidad de 0.5, para que esa probabilidad se convierta en 0.9 hay que utilizar trescientos sesenta y cuatro disparos. Ahora bien, usando las municiones de MARYN las cifras se reducen en un noventa por ciento, lo que hacen es colocar en el proyectil unidades MEMS de orientación inercial y controles que emplean el Sistema de Posicionamiento Global GPS para buscar el blanco. También se apoyan en GPS para crear un sistema de navegación útil a los soldados en combate, perfecciona el actual receptor de GPS que les determina las coordenadas donde se encuentran, en los actuales receptores la batería dura apenas cuatro horas, y el receptor debe estar alineado con cuatro satélites GPS, esto no sirve cuando el soldado está dentro de un edificio o bosque denso, si hay fuego enemigo en la zona el soldado no podría salir a buscar un espacio abierto para recibir la señal correctamente, la solución de MARYN pasa por incorporar giróscopos para extrapolar la posición del soldado a partir de la última coordenada conocida por señal de GPS, una versión MEMS de esto podría adosarse como un prendedor o hebilla en el uniforme y no serían tan limitantes en cuanto a la duración de la batería.

Gail dibujó en su rostro una sonrisa triste y distraída que casi parecía un gesto de desagrado.

– Sigo –avisó, le asaltó la sensación de ser una monologista en un teatro acaparando la atención de la audiencia– Los dispositivos actuales para detectar agentes químicos y biológicos en el aire son lentos, caros y vulnerables al calor, la forma más segura de detección es que alguien se infecte... algo un poco nefasto, MARYN promociona sensores diminutos capaces de hacer lo mismo que un espectrómetro de laboratorio y a un costo mucho menor. ¿Entienden ahora porque EEUU es cliente de MARYN? Realmente están desarrollando tecnología bélica de avanzada –con un ademán se adelantó a cualquier interrupción– más allá de los propósitos que se tengan al fabricarlos, MARYN ofrece productos que ponen a resguardo las vidas de los soldados americanos, por ejemplo: durante ambas guerras del Golfo hubo un elevado porcentaje del total de bajas que se debieron a confusiones en los blancos, muchos soldados murieron por el fuego de sus propios compañeros, un sistema nuevo de detección de aliados basado en MEMS puede acompañar a cada individuo y elemento para evitar estas tragedias.

– Por eso MARYN es palabra bendita dentro de la estructura bélica

americana –afirmó Harris– .Elementos como los que Gail describe hubieran evitado muchos inconvenientes en Somalia, por nombrar otro de los conflictos recientes.

– Y escuchen esto –pidió Gail, aunque no se veía en pantalla todos notaron que leía un papel en sus manos– MARYN esta desarrollando para el ejército dispositivos de almacenamiento de información que multiplican por cien mil la capacidad de almacenamiento de un CD-ROM, creen que deberían utilizarlos en caso de guerra para la transmisión de mapas digitales tridimensionales.

– Se me ocurren muchos más usos para un dispositivo de almacenamiento así –aseguró Saro.

– Pero siguiendo con la imagen de empresa de MARYN, tiene firmados convenios de exclusividad con los EEUU, de manera que ciertos desarrollos sólo son comercializados en América, por ejemplo los microorganismos que pueden literalmente comerse a una mina.

La tos de Harris la interrumpió brevemente.

– Antes Salteador preguntaba qué uso podía dar la empresa a la tecnología de MARYN, creo que tengo una respuesta muy precisa, se esta construyendo un prototipo de avión robot en miniatura con funciones para el estudio meteorológico, el medio ambiente y las transmisiones de radio, este avión va a poder permanecer indefinidamente en vuelo dado que se alimenta de energía proporcionada a través de microondas. A alguno de ustedes puede parecerle ciencia ficción, pero es muy real y van a enfrentarse con ellos, hace ya dos años que lograron fabricar un motor de un milímetro capaz de dar movimiento a un pequeño robot del tamaño de una hormiga. Pero van por más, están trabajando en nanotecnología, las máquinas que mencioné son gigantes respecto a los nanorobots, estarán al nivel necesario para manipular moléculas, todos debemos haber visto aquella película de una nave viajando dentro del cuerpo humano, los nanorobots lo harán realidad. Si no se dan idea todavía imaginen bombas y transmisores de un tamaño menor al de una partícula de polvo. Si necesitan aplicaciones de esto sólo echen a volar la imaginación, el poder intrínseco que tiene es letal en manos inapropiadas. ¿Son ustedes lo suficientemente buenos como para combatir a MARYN? ¿Y qué van a hacer cuando consigan desentrañar sus secretos?

– Aún no previmos los efectos derivados de un enfrentamiento con MARYN, ni siquiera pensamos en obtener información fuera de la que nos sirva para descubrir la verdad y desbaratar la organización –contestó Saro.

– Los secretos tecnológicos de MARYN valen millones –dijo Gail– no creo que delincuentes como Moloch, R/S, ... en realidad como cualquiera de

ustedes quieran desistir de lucrar con ellos.

– Ni siquiera lo pensamos Gail, deberías creerme –insistió Saro algo molesto.

– Nunca creí que un piromaníaco pudiera colaborar para apagar un incendio, no puedo confiar en ustedes, sin embargo lo estoy haciendo, sólo espero que si tienen éxito no me defrauden. Pero no tengo esperanzas, no quiero equivocarme, por sobre todas las cosas no quiero perjudicar a mi país, espero estar actuando concientemente.

Saro bloqueó el sonido de R/S antes de que pudiera contestar y dirigió a Gail su mejor sonrisa, aquella que usaba cuando quería seducir, sabía que Gail estaba en lo cierto, que cualquiera de ellos, exceptuando a Matt probablemente, se empaparía en la información obtenida y la aspiraría como cocaína, alcanzando un nirvana incomprendible para cualquier otro mortal. La información estaría en malas manos, ellos eran las malas manos. Pero así estaban dadas las cosas, hablaban de vida o muerte, y el perdedor dejaba todo en el campo de juego.

Luego de la sonrisa habló mesuradamente.

– A pesar de lo que creas no somos delincuentes, tenemos palabra y sabemos ser responsables.

El conflicto ético que se debatía en la mente de Gail se exteriorizó con un extraño mohín similar al que uno realiza al oler algo desagradable.

– Ya perdí demasiado tiempo pensando en este tema –dijo Gail angustiada– y si me decidí a ayudarlos voy a terminar el discurso. Hay infinidad de proyectos en experimentación y cientos de productos a la venta, en los informes de auditoría que conseguí se habla de aerosoles con oleorresina capsicum denominado ORC, también de granadas picantes que al explotar liberan perdigones de caucho bañados en la misma sustancia, luces y láseres encandilantes, armas de sonido. Escuchen esto porque es tétrico y esta instalado en los pasillos de la planta, si en algunas zonas críticas se detecta una intrusión se activan estas armas, son ondas subsónicas de 1 a 3 hertz que causan resonancia y vibración de ciertos órganos, de acuerdo a su regulación pueden provocar violentos ataques de náuseas, vómitos, pérdida de control de esfínteres o pueden reventar las vísceras de la víctima. Esto no esta ligado a lo auditivo que va de 20 a 20.000 hertz, el sonido actúa sobre el cuerpo en su totalidad no sobre el oído. Es más, puede graduarse para que actúe sobre un órgano determinado.

– Es lo que usaron para matar a mi padre – La voz de Daniel sonó distinta, más aññada y temerosa – le explotaron el corazón.

– Probablemente – asintió ella. El comentario la puso incomoda y guardó silencio un instante.

– Maggie Baxter murió con los ojos quemados –comentó Harris intentando no impactar con violencia en la mente de Daniel– pueden haber sido los láseres.

Daniel se quedó mirando fijamente el rostro ancho y amoratado de Matt, como pidiendo una explicación por no haber soltado eso antes. Matt desvió la vista a su monitor.

El silencio se hizo más largo, Gail daba el aspecto de estar alarmada, Saro pensó que no los veía a ellos, solo veía monos jugando con navajas que ella misma repartía. Aparentemente ya había dicho todo lo que sabía acerca de la tecnología de MARYN, ahora la bola ya rodaba fuera de su control.

– ¿Dónde está nuestra computadora objetivo? –preguntó Saro al fin.

– En el quinto subsuelo, hay que entrar por el ascensor de la sección quince de la planta principal.

– ¿Y está todo ahí?

– No, hay dos equipos, uno sí tiene todo lo que buscan –dijo Gail estirando sus dedos– el otro maneja el sistema de seguridad. El que tiene el código fuente de TeXeus esta totalmente desconectado de cualquier otro equipo, la única forma de accederlo es sentarse frente a la máquina.

– ¿Y cómo lo programaron? –murmuró Harris por debajo de una voz ahogada.

– Un grupo pequeño de especialistas, según tengo entendido.

– Y el equipo de seguridad está conectado con todos los dispositivos, tanto los de detección como los de ataque –completó Saro.

– Y los de acceso –agregó Gail– pero también esta incomunicado con otras computadoras. No van a poder mantenerse sentados en sus casas si quieren llegar a ellas.

– Pero sí hay otras computadoras –dijo Harris elevando su índice.

– Muchas otras, algunos son equipos grandes de Sun o IBM, otras son PC clonadas. Se usan en los laboratorios y en producción.

Gail se incorporó un momento.

– Hagamos el siguiente planteo –dijo– ustedes llegan hasta el sillón frente al monitor de la máquina del TeXeus, ¿de cuanto tiempo piensan disponer allí? ¿creen poder descubrir la password de acceso a través de algún milenario arte adivinatorio? Ustedes están muy acostumbrados a lograr accesos desde otros equipos, a ganar el archivo de claves encriptadas para forzarlos con un probador de claves aleatorias, aquí no hay bugs que explotar, van a estar sentados frente a una pantalla pidiendo una clave de acceso. Y no podrán a partir de la ingeniería social, nadie va a revelarles la clave de root de esa máquina.

Harris encontró el encendedor que llevaba varios minutos buscando en su abrigo y encendió un cigarro con cierta premura.

– Los gabinetes de estas máquinas son blindados ¿verdad?

Gail asintió con la cabeza.

– Vamos a necesitar algo para abrirlos.

R/S respondió mandando un mensaje al monitor de cada integrante.

– Yo puedo abrir la caja.

Saro se recostó un poco en su silla, a R/S le gustaba alardear, pero si decía que podía hacer algo, no quedaban dudas de ello. Estaban sintonizando la misma frecuencia, tendrían que desguazar la placa madre del equipo, y secuestrar el disco rígido con todos los integrados, luego la cuestión era desencriptar el disco y analizar uno por uno cada componente de hardware.

Gail rió, indignada por la jactancia.

– ¿Van a vaciar la máquina?

– Parece buena idea –respondió Saro, se frotó las manos dos veces, por la ventana a su espalda se filtraban algunas ráfagas del aire helado de la calle– después de todo lo que sospechamos es que hay algún mecanismo de hardware involucrado en la alteración del código fuente ante una instrucción determinada. Y después de la charla de hoy ya no me quedan dudas de que es así. La parte desaparecida de código debe residir en un MEMS tan diminuto que pasa inadvertido en los controles. Cuando se le indica se acopla a un integrado y lo regraba cambiando las órdenes almacenadas en el mismo. De esa manera es sencillo provocar desvíos en los misiles, falsear las desencriptaciones de claves enemigas, alterar las simulaciones de combate, ... la máquina entera puede ser controlada por un virus indetectable, capaz incluso de volver todo a la normalidad ante la menor sospecha. Sería un mecanismo de dos programas principales, uno el de infección y otro el de desinfección, mi teoría es que el sistema de desinfección falló cuando lo analizó el padre de Daniel, y por eso quedó el código en blanco en vez de con un contenido normal. Fue una desgracia para él descubrirlo, pero a la vez una fortuna para la humanidad, de no haber sido por Adrián nada de esto habría salido a la luz y todas aquellas naciones y multinacionales que hubieran adquirido el TeXeus estarían hoy poniendo en grave riesgo el futuro de todos permitiendo que el directorio de MARYN determine quién ganará la próxima guerra mundial, cuándo debe iniciarse y quiénes participarán de ella, qué empresa prosperará y cuál no, qué producto saldrá al mercado y cuál no. Eso entre otras cosas que mi cabeza no alcanza o no quiere imaginar.

Daniel aflojó sus brazos y los dejó caer a un costado, Harris pitó y exhaló el humo con fuerza y Gail cerró los dedos sobre la trenza rubia en su

costado. Saro creyó notar un indicio de admiración en las miradas de cada uno, o tal vez era el reflejo de su propio orgullo.

– De todas formas tengo en mente cosas que no sé resolver –añadió llevando ambas manos abiertas a los costados de la cabeza y frotándose las sienes– es decir, me parece probable que dicho MEMS tenga un mecanismo de autodestrucción, que sea una especie de mini robot kamikaze, que detecte la apertura del gabinete y se queme o se funda a no ser que el técnico que esta quitando la tapa lleve otro MEMS que le transmita ciertas señales que eviten la autodestrucción. ¿Digo algo muy loco?

– A mi me parece coherente –le dijo Harris.

Saro pensó que después de todo formaban un buen equipo, le agradaba Matt Harris, más allá de la tendencia a repelerse como enemigos naturales, estaba sintiendo cierto afecto por él. Además le encantaba el castigo que llevaba tatuado en todo el cuerpo, como si fuera un manual que contara la historia de una guerra impiadosa, podía pasar horas estudiando las marcas en su rostro, indicaban muchísimas cosas, Matt era un hombre herido y buscaba resarcirse. Era un soldado de guardia, y el dolor de esos golpes lo mantenía despierto y alerta.

– No sirve de mucho entonces el backup de la información –apuntó Gail– les estaría faltando el componente de hardware para completar las pruebas.

– Tal vez serviría conseguir un resguardo de la documentación técnica que explica este funcionamiento. Si es que existe, claro. –dijo Daniel.

– No existe. – aseguró Saro sin necesitar analizarlo.

– Las máquinas y la sala de backup están en el mismo piso –informó Gail llevando su vista a los oscuros ojos de Saro– aunque en extremos opuestos. Llegar a cada uno de los lugares supone el mismo esfuerzo.

– Entonces vamos tras la máquina –decidió Saro.

– Ya mismo les envío el plano de cada uno de los pisos, tiene la distribución física y electrónica tal como estaba el trimestre anterior, que fue la fecha de la última auditoría –dijo Gail mirándose las manos fuertemente cerradas, con las uñas clavadas en las palmas.

– Gail –carraspeó Harris sin proponérselo, luego aclaró su voz– ¿qué sabemos del movimiento de la gente? ¿qué personal tienen? ¿cómo circula?

– Bueno, les hablé del bunker –respondió ella– esta a cien metros del casco, bastante profundo, hay un ascensor desde el último subsuelo y luego un túnel. Está sellado herméticamente, no quieren que una bacteria corrompa la asepsia del lugar. Allí descansa casi todo el personal, calculemos que son cerca de doscientas personas, no necesitan más, todo esta bastante automatizado. – hizo un ademán de paciencia – A ustedes les interesa saber sobre los que llegan

de afuera, son pocos, podríamos identificarlos, son el dueño, algunos directivos, algunos gerentes y científicos muy seleccionados. Después están los proveedores que sólo acceden hasta el depósito temporal, siempre acompañados por personal de logística y custodiados por la guardia de seguridad de MARYN, a los guardias los estoy incluyendo en los doscientos y son alrededor de veinte personas. No necesitan más, de hecho cuando la planta no esta trabajando ellos están en el bunker. El edificio se autocontrola, no necesita gente de seguridad, él mismo puede detectar y reprimir a los invasores.

Saro asintió recordando a los pájaros muertos el fin de semana.

Las piezas comenzaron a unirse en su cerebro, como partes de una maquinaria en una línea de montaje, escuchó a Harris hablar y preguntar acerca del personal pero Saro ya no prestó atención, su mente buscaba una respuesta y estaba procesando, estaba trabajando y consumiendo todos los recursos.

Aunque le agradaba y había aceptado con cierta conformidad los beneficios de una fama desmesurada y para él justificada sólo en parte, ahora encontraba de frente un desafío para el cual debía desplegar toda su habilidad y todo su talento, ... debía plantear la mejor jugada, pero estaba seguro de saber hacerlo porque era el mejor jugador. Se sentía como debió sentirse Diego Maradona antes del mundial de 1986, todos sabían que era el mejor del mundo, pero esperaban que lo demostrara, que llegara su momento de gloria. Era el momento de demostrar y demostrarse, de dejar la vida en pos de una pieza de orfebrería, una obra maestra, una genialidad.

– Podemos hallar una forma de entrar y salir de ahí con las pruebas contra MARYN –dijo interrumpiendo a todos, como si el universo se hubiera congelado cuando su pensamiento se desvió al interior de su mente– o no. Pero estén seguros de que hay una forma de hacerlo. Siempre existe una forma.

La mente volvió a procesar, parcialmente enajenada del mundo... comenzaba a construir los cimientos del plan para derribar a MARYN, y arrastrarla hasta hacerla caer en el abismo.

CAPITULO XLIII

No tenía una computadora enfrente sino una simple hoja de impresora A4 y un lápiz con la punta recién pulida. Le resultaba mejor para pensar en forma táctica. Daniel y Matt dormían, o al menos simulaban hacerlo. Él había decidido no perder más tiempo, le urgía una solución, su cabeza la pedía insistentemente. Habían pasado dos días de la reunión donde Gail expuso la información de auditoría de MARYN, y habían estado rondando junto con sus colegas en temas respecto a cómo saltar cada una de las barreras. Hasta el momento eran charlas informales donde cada uno decía lo que sabía o lo que le venía a la mente. Y parte del tiempo la empleaban en recabar información.

Necesitaban un plan.

Lo bueno era que sabía que podía lograrlo, ni siquiera lo dudaba, solo debía plasmarlo en papel y seguir el proceso. Solo seguir el hilo de razonamiento en su mente, sin amputar la divagación, sin truncar lo imaginativo, lo audaz, lo inesperado.

Saró tenía el don.

El toque de Midas.

En la hoja había delineadas con rigurosa prolijidad algunas palabras unas debajo de otras: micrófonos, lasers, sensores de movimientos, radar, armas de sonido, sistema de apertura de puertas blindadas, infrarrojos, luces estroboscópicas, passwords, soldados.

Eran los obstáculos con los que se enfrentaba.

Los obstáculos a vencer.

No eran más que máquinas, las mejores máquinas enfrentado a la mente humana.

La mejor mente humana.

Comenzó a analizar las alternativas.

La primer idea no lo llevaba muy lejos, investigaba hasta donde se podía llegar a partir de las computadoras con acceso a la red. Suponiendo que podía crackear el password y acceder; y eso no tendría que ser tan difícil, mucho menos apoyado en el grupo de elite que había armado; las máquinas de la red interna no le daban muchas oportunidades pues no controlaban a ninguno de los dispositivos de seguridad ni contenían la información que necesitaban, apenas llegaba al control de las luces de las oficinas de la planta superior, al control de

la calefacción pero no del centro de cómputos sino de algunos laboratorios, al monitoreo del uso del compactador de residuos, al plan de mantenimiento de los equipos donde se especificaba cada cuanto había que efectuar revisiones en cada máquina del centro, la lista y horarios del personal, la lista y horarios de los proveedores, y no mucho más, el resto de la información se encontraba en otra red sin salida a Internet y sin conexión con la red anterior, o en los equipos monousuarios desprovistos de todo vínculo con otras computadoras.

Podía llegar a servirle obtener la lista de los empleados y de los proveedores, si decidían que suplantar a uno de ellos era una buena opción, pero resultaba realmente muy complicado pensar en llegar por ese lado.

Entrar en un camión era poco probable, los camiones eran revisados antes de cruzar la cerca por la guardia de seguridad y pasaban por detectores X que analizaban el interior de los recipientes. Los camiones proveedores se trasladaban hasta un depósito temporal donde el personal científico u operativo de base, según el tipo de adquisición, constataba que la mercadería fuera la correcta tanto en calidad como en cantidad y en fecha de entrega. En ese depósito había al menos diez guardias armados a los cuales sería una locura enfrentar, Saro tenía bien claro que si llevaban adelante una intrusión debía ser anónima, secreta, de esas que nadie pudiera enterarse hasta que se hubieran marchado y estuvieran bien lejos y fuera del alcance.

La lista de equipos en mantenimiento sería útil si pensaran que una forma de introducirse era hacerse pasar por técnicos de algunos de los equipos, pero dado que el personal de MARYN rebosaba de técnicos y la distancia con el personal de las fábricas de los aparatos eran inmensas ya que en su mayoría eran americanos o alemanes, tenían autorización para reparar los equipos dañados y que aún así la garantía los cubriera.

MARYN no usaba técnicos que no fueran los suyos, en MARYN no entraba nadie que no fuera su propio personal. Los únicos externos eran los consultores de auditoría del gobierno entre los cuales se encontraba el jefe de Gail y de donde ella había obtenido subrepticamente la información, pero ya habían pasado en el trimestre y la próxima inspección sería en ocho meses, Saro no tenía ocho meses de paciencia. Además en ocho meses estarían muertos, con el Buscador sentado a horcajadas y fumando un puro sobre sus cadáveres.

Presentía que MARYN estaba esperando un ataque por la red, después de todo se enfrentaba con hackers, tal vez tendría un sistema de rastreo que ellos no conocían y que los descubriera en pocos segundos hasta dar con su ubicación real, si la Policía Federal de Argentina, estaba dispuesta a colaborar con ellos, lo cual no sería nada extraño, podían encarcelarlos o asesinarlos apenas comenzaran con el hackeo.

Incluso tal vez la información de los empleados y proveedores era solo un señuelo para que entraran y poder así seguirlos. Un poco de paranoia preservaba la salud.

Pero MARYN no esperaría una intrusión, confiarían en que no había nadie tan demente como para pensar siquiera en espiar más allá del cartel que anunciaba la propiedad privada. Y aunque así fuera, aunque lo esperaran, confiaban demasiado en su sistema de seguridad como para preocuparse, la cabeza de MARYN, Ryerson se llamaba según Gail le había anticipado, hoy dormía tranquilo sin tomar ningún sedante.

El hombre a vencer aparentemente era un tal Lucient. Gail lo había conocido, era un francés veinteañero, según ella un flacucho apático pero con grandes luces, había sido el corazón del proyecto TeXeus y la parte directiva en las indicaciones tecnológicas. Para ellos era una especie de gurú, tanto como Saro para los Hackers, era un genio de laboratorio, un científico sin la escuela de la calle, sin la improvisación, sin encanto.

En una de las ideas surgidas en las charlas con Daniel y Matt, éste se lamentó de no tener noticias ni forma de determinar el paradero de Lucient o del mismo Ryerson. Pero luego se preguntaron para qué, de qué hubiera servido, no pensaban torturarlos hasta hacerlos confesar o decirles sus secretos, no podían más que asustarlos. Además Saro estaba seguro de que al menos Ryerson llevaba un transmisor bajo la piel que determinaba su localización, y que cualquier desvío o ante una señal emitida por él, pondría en alerta a sus hombres que caerían encima del captor como certeros predadores. Y muy probablemente se moviera con dos o tres custodios, de los que pueden romperte los dedos si les tocas la espalda para preguntarles la hora.

No, había otra forma de hacer las cosas, menos convencional, más inteligente, de eso se trababa, de superarlos con el ingenio, allí, en ese campo tendrían ventaja.

La alternativa dos era la intrusión franca sin preámbulos, llegar de alguna forma hasta el interior de la planta. El asunto era cómo.

El primer problema eran los micrófonos. En principio Saro había pensado en caminar a través de ellos un día de intensa lluvia pero Gail había desechado su idea al decir que aquellos micrófonos filtraban y reconocían los sonidos. Así que nada de pasos. Antes de llegar a la zona donde empezaban a regarse los micrófonos había una arboleda, no sería difícil llegar hasta ella por la noche, pararían en la ruta, esconderían el transporte y caminarían hasta el lugar o andarían en bicicleta, no había ninguna precaución tomada por MARYN más allá de los micrófonos, pero que harían desde allí, ¿cómo seguir?. No podían avanzar, al menos no hasta haber desconectado el sistema de escucha

electrónico. Había una puerta en la terraza, mirando los planos constató que había escalera y ascensor para llegar hasta ahí y que esto era necesario para el mantenimiento del radar, de las cámaras infrarrojas y de las armas subsónicas.

Saro tenía en mente esa puerta como camino de salida más que de entrada. Para entrar por ella, por ejemplo aterrizando con una ala delta a motor o paracaídas, primero había que desactivar los lasers y el radar. Pero si llegaban hasta la máquina con acceso a seguridad podrían desconectar los aparatos y dejar paralizado todo el sistema de vigilancia. Así podrían huir por la terraza.

Ya se había asegurado que si entraba podía salir, ahora debía descubrir cómo entrar. Sin duda debían anular los micrófonos pues no había forma de burlarlos, habían pensado en deslizarse por una soga acerada con una roldana casi al ras del piso, pero R/S aseguraba que los micrófonos los oirían igualmente. La idea de la roldana era más para los últimos metros, los que abarcaban la distancia desde la cerca electrificada hasta la puerta más próxima del casco. Allí había sensores en el suelo, como unas especies de minas diminutas disgregadas a montones que al igual que los láseres activaban las armas subsónicas. Por eso sería importante no tocar el piso en ese último tramo, los lasers debían poder desactivarse a partir del corte de un cable, pero las minas eran totalmente autónomas y enviaban señales a los disparadores subsónicos a través de microondas.

Saro llevaba un rato estudiando la maraña de cables debajo de la tierra, estaban enfundados en tubos con gas y medidores de presión, sonaba una alarma al detectar una baja de presión por rotura del caño, pero sabía como saltarse aquel control, podía romper el caño manteniendo la presión y llegar a los cables, según sus observaciones había dos puntos vulnerables, ambos bajo tierra. Saro había hablado con R/S para preguntarle cómo se movía su supercard bajo la tierra, éste le dijo que era un topo. Saro se preguntó entonces si un topo activaría la alarma, si perturbaría a los sensores de movimientos sísmicos, se dijo que no, que sería una locura que alertara cada vez que un animal quisiera cavar su madriguera, pero luego descubrió en el informe de Gail que MARYN envenenaba el suelo, que no había insectos ni lombrices ni topes pululando en la zona. Así que dedujo que los movimientos bajo tierra estarían controlados, aunque tal vez ellos se protegieran contra un túnel que transportara gente, la idea de Saro no era cavar un túnel, era hacer deslizar el robot de R/S hasta el cable, adosarle un soldador potente para penetrar el caño e inyectar presión de aire hasta cortar los cables, luego sellar la fisura. Pero los sensores podrían detectarlo, necesitaba tener los mismos aparatos para enterrarlos en el patio de la casa y probar su sensibilidad, tal vez moviéndose lo suficientemente despacio se hiciera indetectable y pudiera burlar esa vigilancia.

¿Cuán lento debería ser?

¿Cuántos centímetros por minuto?

Trazó una raya en el papel y dibujó unos puntos, el número saldría de ecuaciones, debía conocer la función del alcance de los sensores, con ese dato podría hacer el cálculo. Al menos tenía una posible fisura en la infranqueable muralla de MARYN. Las fisuras eran las preferidas de Saro, pues nadie las consideraba importantes, nadie prestaba atención. Salvo él. Salvo los hackers.

CAPITULO XLIV

Cuando se cansó de darle recomendaciones al personal de chequeo de maletas de la compañía aérea respecto al trato preferencial de su equipaje, se dirigió a la sala donde en cuarenta minutos llamarían para abordar el avión. Se sentó a esperar y aunque mantenía las piernas inmóviles y descansadas giraba las manos haciendo crujir las articulaciones con ademanes viciados de nerviosismo. Hablaba consigo mismo sin articular palabra y sin poder evitar gesticular perceptiblemente.

Fabio llevaba el supercard en una pequeña maleta de mano de la cual no pensaba separarse, tenía una cadena y llave para atarla al tobillo si decidía dormir en el vuelo. Después de todo, aquella nave era la clave del éxito, además había que probar los prototipos en el campo.

Estaba molesto.

En principio por tener que salir de su casa donde se sentía seguro y tenía completo el laboratorio para poder trabajar con comodidad, por más que ahora tratara de mudar las piezas más importantes, no podría reconstruir todo lo necesario. Lo cierto era que no le gustaba viajar, no quería exponer sus delicados aparatos e inventos sin patente a la torpeza de los maleteros de los aeropuertos.

Pero más lo enojaba la mecánica de los fluidos, había dedicado años de estudio a la interacción del agua y el aire con diversas superficies, especulando y comprobando el fluir del aire sobre el ala de sus miniaturas para lograr la fuerza ascensional, había logrado producir un avión sin superficies móviles y reducirlo lo suficiente para que quepa en una mano, al menos en una mano grande como la suya. Fabio conocía el fluir errático del aire sobre el forro del ala de un avión, y sabía como reducir la turbulencia y minimizar la resistencia del aire, lo había logrado a partir del estudio de los vórtices que el aire formaba al tomar contacto con el forro del ala, eran como gusanos que se arrastraban deslizándose sobre el ala, tenían el doble de grosor de un cabello humano y desaparecían en milisegundos. Eliminando el vórtice desaparecía la resistencia, había empleado la técnica en su supercard, y logrado un vuelo grácil como ningún otro avión del mundo.

Pero ahora su supercard debía arrastrarse como una lombriz, abrir agujeros en la tierra y acumularla tras él. Podía hacerlo pero perdía toda la

belleza de movimientos, convertiría a su ave en un bicho rastrero. Y eso lo ponía de muy mal humor. Era como destrozarse el plato favorito del mejor gourmet para convertirlo en papilla y dárselo de comer al perro con polenta.

En su mente discutía con Saro, que quería cortarle las alas a su aparato, y con Gina a quien hacía días que no veía, pero en la mente le recriminaba el poco tiempo que le dedicaba y que se marchaba sin explicarle a donde iba ni cuando volvería. Una vez había llamado a Saro y a Nacaals “grupo de egocéntricos desalmados”, y a pesar de que se había defendido convenientemente de la acusación esta vez Gina tenía razón, de verdad eran egocéntricos y de verdad eran desalmados. La ciencia no tenía sentimientos.

* * * * *

Ahora sabía la ciudad, pero negaba con la cabeza como si no pudiera comprender qué pasaba por la mente de ese idiota. Estaba realmente loco.

Después de su colaboración, de su charla explicándoles acerca de la planta de MARYN, después de alguna manera haber intimado con ellos, de haber delinquido al robar información a Jack Stern para intentar salvar sus vidas, y el imbécil de Moloch acababa de volver a ingresar al sistema bancario. Ahora estaba perdido, tenía pegado un programa rastreador que lo seguía a donde fuera por Internet, incluso a la máquina que operaba, seguramente no estaría en casa, pero tenía la ciudad donde estaba la terminal. No sería tan difícil cercarlo.

Pero se sentía confundida por un dilema moral, ¿podía ahora que estaban en medio de tremendo problema y peligrando sus vidas encarcelar a Moloch? ¡Por Dios, habían asesinado a Frank Mc’Clane en reclusión! ¿cómo podía arriesgarse a encerrarlo? Además Saro vería eso como una traición. Pero tampoco debía ella hacerse cargo de la estupidez de los amigos de él.

Además existía un problema legal, se suponía que un rastreador de ese tipo estaba prohibido porque al seguir al hacker también se metía en servidores ajenos, violando las mismas normas que el delincuente.

Si no decía a Jack que lo había rastreado él no se enteraría. Le avisaría a Saro, le advertiría que era la última vez que los protegía. Sus actividades delictivas debían cesar. Evidentemente les importaba poco que ella se jugara para ayudarlos.

– ¡Delincuentes compulsivos! –maldijo Gail, intentando explicarse qué hacía ella involucrada con esos tipos.

* * * * *

En el sueño de Matt su hijo David de preciosas pecas y cabello rojizo estaba parado en la puerta de una cabaña, lo observaba desde lejos, atrás de la neblina formada por un humo pálido, pero lo veía claramente. Tenía un cuchillo en la garganta, el oriental que había asesinado a Angie estaba detrás de él. Matt corría hacia ellos pero por algún motivo no los alcanzaba. Nunca llegaba hasta el mismo lugar.

La voz de Lorna profería insultos desde dentro de la casa, brotaba sangre de la puerta y él sabía que era de ella.

– Nos mataste, Matt. Fue tu culpa –decía ella con su típica voz acusadora, como cuando estaba a punto de estallar de furia.

El teniente Harris sintió una fuerte congestión en su pecho, una angustia que lo impulsaba a estallar en lágrimas y sin embargo debía correr, debía alcanzar a su hijo.

Nos mataste –dijo Angie.

Nos mataste –dijo una señora pelirroja a coro con su pequeña hija.

Matt corría, no tenía arma en las manos, y el camino se acababa. Había un gran precipicio, muy cerca. Y no podía dejar de correr.

* * * * *

Presenciar la muerte de Robert Coogan había sido una experiencia traumática para Lucient, ver como Sai Xiau corría el cuerpo inerte y lo acomodaba sobre la cama, ...

Creía que nunca iba a borrarse esa impresión de su retina, que la boca entreabierta y babeada de Robert Coogan iba a perseguirlo en sueños hasta el último día de su vida, sin embargo nunca soñó con él.

Ni tampoco soñó con Mark Ressler.

Pero a Ressler lo veía estando despierto, no necesitaba soñarlo para martirizarse con el recuerdo, Ressler le gritaba en el oído cuando estaba sentado frente a su computadora, le pedía ayuda y trataba de asirlo, lo miraba con sus ojos grandes y llorosos, un Ressler sin huesos, desesperado.

Lucient deseaba que acabara todo, poder volver con Steve lo más rápido posible, aún no entendía como Steve lo había dejado a merced de aquellos criminales. Además de locos eran sádicos, les repelía su presencia, pero aún no terminaban el trabajo y no podían regresar. Estaba usando todo su talento en la caza de los fugitivos, llevaba infiltradas docenas de máquinas de alta seguridad y tenía acceso ilimitado a toda la red Echelon de espionaje informático para obtener la información más certera. No quedaban muchos por encontrar.

En un primer momento se había sentido más seguro creyendo contar con

el respaldo de Steve Ryerson, pero ahora estaba dudando, temeroso, se sentía abandonado. A veces se preguntaba por qué motivo El Buscador o el Húngaro no lo victimizarían cuando todo terminara. ¿Qué impediría que fuera el próximo Mark Ressler?

* * * * *

Daniel se pasó la mano por la cabeza y notó que la calva dejaba de serlo, una horda de cabellos duros y afilados como lanzas comenzaban a asomar y a cubrirle el cuero cabelludo de su color natural. Instintivamente llevó la mano a los costados de la boca, acariciando su bigote. De alguna forma era parecido al que su padre llevaba en las fotos viejas tomadas en Buenos Aires, en la casa natal.

Acababa de abandonar la sesión de chat, de hablar con la entrañable Roseleen, alias Maggie, alias el Buscador. Un par de veces debió morderse las manos para contener la necesidad de escribir en su teclado que sabía quien era, que pensaba desgarrarle la garganta como lo haría un leopardo, no... un jaguareté. Lo mataría.

Había cubículos en el más allá, eso era seguro, almas negras como esa no podían compartir espacio con personas puras como sus padres. No se encontrarían en el otro mundo.

Gente como esa era un error, una aberración de la humanidad, debía desaparecer para lograr que las personas buenas tuvieran una vida mejor.

Si. Las cosas habían cambiado.

El había cambiado.

Podía matarlo. Sin duda.

* * * * *

El Buscador dio por terminada la burocrática charla con el joven Páez, podía notar el odio en las pausas, en las palabras cuidadosamente elegidas para sostener el engaño.

De eso se trataba la vida si se quería resistir. De engañar.

Gorbachov los había engañado, los había entregado indefensos a las manos de los antiguos enemigos: los alemanes occidentales.

Recordaba la fecha, 14 de julio de 1990. Se había negado a presentar el pedido de inmunidad frente a la persecución, estaba demasiado preocupado por mantener su imagen en occidente.

Con la unificación, los alemanes debían arreglar ellos mismos sus

problemas.

Al tiempo que los BMW reemplazaban a los Volvo en las calles de Berlín, Lawrence había tenido que huir como una rata del país y del sistema al que había servido, tal vez con más eficacia que fidelidad pero se había convertido en un gestor importante dentro del esquema de inteligencia oriental. No merecía correr por la puerta trasera.

Prácticamente había dirigido el K5, había sido la estrella del ministerio de interrogatorios, les había enseñado el arte de obtener información de los prisioneros, les había abierto los ojos y puesto la verdad y la mentira en lados opuestos de la misma calle.

Cuando él decía: “*Salte*” los espías preguntaban “¿*cuántos metros?*”, él mismo los había entrevistado y reclutado analizando sus personalidades para verificar la aptitud para el trabajo y filtrar la acción del contraespionaje occidental.

Gracias a él se había conseguido información crítica acerca de armas nucleares, sistemas de tiro, energía atómica, química, ingeniería electrónica y eléctrica, y datos acerca de los aliados occidentales y sus intenciones respecto de Alemania oriental.

Había torturado y hecho torturar a decenas de científicos y técnicos, a políticos, a nazistas, a pacifistas, a comunistas, a judíos, a musulmanes, y hasta a propios colegas que se negaban a ejecutar sus órdenes. Se había ensuciado las manos en el barro lo suficiente como para merecer riqueza y poder, y no la patada en el trasero que le dieron.

No renegaba de su actualidad, le iba bien ahora, su empresa unipersonal prosperaba y la cuenta bancaria acumulaba dígitos en franco crecimiento. Pero el talento debía haber sido reconocido antes, debía haber tenido el éxito actual en su juventud, para poder disfrutar el dinero dignamente.

¿De que le servía el dinero si no podía comprar juventud?

Pedantería y quimeras, según Hume –pensó– debo dejárselo a las llamas.

CAPITULO XLV

Hola.

Soy Amadeo.

Hoy quiero llegar hasta vos, pero fuera del chat.

En la charla, las palabras no se guardan.

Y yo quiero guardarlas.

En tu mente, en tus recuerdos, y en un lugar más allá de lo abstracto,

Para que puedas volver a leerlas cuando desees,

Sin que se pierda la fidelidad de las palabras exactas.

Es que hoy busco palabras exactas, es muy ambicioso, pero así soy.

¿Pero quién soy?

Soy Amadeo.

Un tipo interesante según tu decir, pero creo que es hora de pasar un nivel.

Espero ser necesario.

Necesario a vos y a tus sentimientos.

¿Cómo lograrlo?

No lo sé, esto es sólo un comienzo.

No sé cómo voy a acercarme, pero voy a hacerlo.

No sé cómo voy a conquistarte, pero ...

...realmente no sé cómo.

Tal vez mostrándote quién soy, de a poco, muy sutilmente.

Tal vez mostrándote mis sentimientos.

Tal vez diciéndote qué es lo que me atrae de vos.

Te he visto, ya lo sabés, más allá de mis pupilas.

He visto tu piel, y su suavidad llegó a rozarme, aún sin tocarla.

He visto tus ojos, vivaces e inteligentes.

He visto tu sonrisa, alegre y auténtica.

... pero no me gusta regalar frases que suenen metálicas,

ni llenar tu corazón de un vacío monótono.

Quiero decirte quién soy, muy despacio, para que me aprendas.

Soy Amadeo.

Quien te admira.

Quien te escucha.
Quien te espera.
Quien está pendiente de vos.
Quien ansía la hora de tu charla.
A quien divertís.
A quien escuchás.
A quien comprendés.
Y quien sueña con el momento de vernos.
Como su sueño más feliz.
Con solo verte y llenar mi interior de tu imagen.
Con solo verte y robarte una foto del alma.

Y cuando te encuentre, no voy a decir que te amo.
No necesito palabras para eso.
Podrás darte cuenta por mi mirada, por mi voz, por mi sonrisa nerviosa.
Podrás sentir mi corazón latiendo en el tuyo, a tu ritmo exacto.
Podrás verlo en mi expresión, expectante y muda.
Podrás escuchar hablar a mi alma.
Y te darás cuenta también que no te sé, pero te adivino.
Que no te tengo pero te siento.
Que no te conozco pero te pienso.

Y te extraño, aunque nunca fuiste mía.
Aunque nunca mis labios probaron tu sabor.
Aunque jamás me embriagué de tu aroma.

Pero cuando así sea, ...
Cuando en un beso puedas contarme tus secretos.
Y revelar los misterios de tu amor.
Cuando al fin te tenga y pueda abrazarte con mil brazos,
hasta llevarte dentro mío.
Hasta sentir la humedad de tu respiración entrecortada.
Y acomodarme junto al calor de tu piel.
Cuando yo habite tu corazón y tu alma y tu ser.
Y ya no puedas pensar más que en mí...

Entonces, ... recién entonces, ...seré feliz.

CAPITULO XLVI

El fino estaba seco y Joshua salió al patio a buscar la lata de yeso, necesitaba el techo liso y con la misma superficie que en el casco de la planta.

R/S estaba sentado en la habitación que había elegido para armar el laboratorio. El cabello enrulado y entrecano dejaba ver algunas zonas del cuero cabelludo, los ojos se le veían grandes a través de los lentes que utilizaba para operar con precisión en el interior de sus invenciones, aunque esta vez analizaba una fotografía de las que Gail había enviado con la documentación.

El robot que había llevado era espectacular, y la solución a varios de los problemas que presentaba la intrusión en MARYN, era una suerte haberlo convencido de la necesidad de su presencia, ahora faltaba poco para tener completo el plan de acceso hasta el servidor.

Se acercó en silencio y no le habló hasta que Fabio le devolvió la mirada.

– ¿Qué hay? –dijo Joshua.

– ¿Qué puede haber, Saro? ¡Problemas! –dejó a un lado los lentes y estiró la boca haciendo sonar los huesos de la mandíbula, se lo notaba de mal humor, aunque tal vez fuera su temperamento natural la mayor parte del tiempo.

– ¿El supercard? –insinuó Joshua alarmado.

– No, el robot esta listo –dijo Fabio– pero no podemos abrir las puertas de acceso al casco.

– Es el único obstáculo que nos queda por vencer.

– Suponiendo que las demás ideas funcionen –añadió Fabio– sabés bien que debemos probar todo antes de aventurarnos a ir.

– Por supuesto –asintió Joshua– ¿averiguaste quién tiene el material?

– No puedo con todo a la vez –gruñó.

Joshua se sentó en la silla enfrente a su colega.

– Cuando termine con el techo me explicás adonde llegaste y qué viste, después sigo yo buscando la forma de abrirlas.

– No vas a encontrar nada que yo no halla evaluado, llevo horas sentado acá –aseguró R/S con desdén.

Se sobresaltaron por el ruido de la puerta de entrada, Matt y Daniel irrumpieron en el cuarto con rostros alborotados.

Daniel posó sobre la mesa un revolver negro y opaco, con cinta

aisladora en la cacha.

Fabio golpeó el arma con el dorso de la mano haciéndolo volar a dos metros de allí, y golpeándolo contra la pared al tiempo que Matt largaba un grito de desaprobación. Se volvió hacia ellos enardecido.

– ¡No pongan eso en mi mesa de trabajo! –aulló.

Matt le apuntó con el índice.

– “Eso” puede salvarte la vida.

– “Esto” –señaló golpeándose la cabeza con un dedo– va a salvarme la vida.

Daniel se apuró a levantar el revólver sin emitir ninguna queja y salió de la habitación.

Luego de unos segundos de incomodidad, Saro guiñó un ojo a Harris y le hizo un ademán para que se sentara.

– Estamos analizando las puertas de entrada, se nos hace difícil encontrar una vulnerabilidad –le explicó.

– No lo metas en esto, no sabe ni de qué hablamos –se quejó el italiano.

Joshua le dedicó una mirada furiosa de censura.

Fabio volvió la cabeza a los documentos.

Joshua extendió la mano hacia los papeles.

– Dámelos.

Fabio se los acercó y se levantó para meterse en el baño. Se escuchó el agua corriendo y luego volvió apurado para hablar antes que sus compañeros.

– Hay algo –dijo– pero no nos sirve, podría abrir las puertas exteriores un pulso electromagnético, pero debería estar dirigido exactamente a las puertas y frenar ahí. –dibujó una L con sus manos–. El funcionamiento de las puertas internas es inverso y un pulso las dejaría clausuradas. Solo tendríamos acceso a un depósito de descarga y a cinco o seis metros del primer pasillo de los círculos concéntricos. No es casualidad, lo diseñaron así adrede.

Joshua entrecerró los ojos.

– ¿Y cómo se abren las puertas clausuradas? ¿Desde adentro?

– Si, estando adentro puedes abrir cualquiera de ellas sabiendo el código y tipeándolo en un pequeño teclado a la derecha de cada puerta. Pero no hay acceso desde el exterior si mandamos un pulso. Además el pulso anularía todos los sistemas electrónicos de defensa y los pondría en alerta, tendríamos a todos los guardias de seguridad sobre nosotros en tres minutos.

Harris bajó la vista y se quedó en silencio rascándose el mentón.

Daniel se escurrió entre ellos dirigiéndose a la cocina.

Un camión pasó por la puerta de la casa haciendo vibrar el piso y poniendo a temblar los delgados frascos de vidrio de Fabio quien maldijo por lo

bajo.

– Tiene que haber otra forma –aseguró Saro.

– ¿Cómo es lo del pulso electromagnético? –preguntó Daniel desde la cocina.

Fabio se frotó la frente con fastidio pero se apuró a dar la respuesta.

– Las explosiones nucleares, es decir la fisión nuclear, crea una onda de energía llamada pulso electromagnético, que cocina los circuitos y destruye a su paso a todos los aparatos electrónicos que encuentre. Se puede generar un pulso varias veces más poderoso que el de una explosión nuclear. El nuclear oscila en una gama de 1 a 100 megahertz, el no nuclear de 0,5 a 100 gigahertz, esto genera un calor tremendo, y también puede calcinar a personas si no se sabe como usarlo.

– Hay seis o siete personas en el mundo que saben cómo crear un arma de alta radiofrecuencia casera –explicó Saro– R/S y yo somos dos de ellos.

– Una mochila llena de baterías de auto, una antena direccional, un microcapacitador, ... –agregó Fabio, ahora miraba a Harris esperando encontrar una expresión de espanto, se sorprendió al verlo inmutable– son dos millones de vatios en una milésima de segundo, con un alcance efectivo de 750 metros.

– Lamentablemente no se puede controlar, puede dársele una dirección precisa pero no limitar sus efectos, si la apuntamos a MARYN va a destruir y por consiguiente abrir la puerta de entrada pero bloquear el resto de las puertas.

Planteado el problema, los cuatro se quedaron pensativos un momento.

Harris habló primero.

– Odio lo que voy a decirles –adelantó entre toses, mientras frotaba una y otra vez la mano por su brazo lastimado– pero conozco alguien que sabe como controlar el pulso.

Saro y Fabio se quedaron mudos.

– ¿Quién? –preguntó Daniel.

– Un hacker local.

– ¿Local? ¿quién? –insistió el chico.

– No se presenta con un nombre. No usa un nick.

– Puede controlarse para apuntar a una zona –dijo Fabio– pero no a una puerta sin afectar a los otros aparatos electrónicos que estén cerca.

– Puede hacerse –afirmó Harris, se hizo en un edificio céntrico de Buenos Aires, se destruyeron los datos y los backups de todos los servidores con información importante, y se mantuvieron a salvo los de los usuarios.

– No puede ser –dijo Fabio descartando toda posibilidad de creer a Harris y mirando al patio con intenciones de salir de la habitación.

– ¿Cómo fue eso? ¿y cuándo? –preguntó Saro.

– Hace al menos tres o cuatro años. Acá, en esta ciudad. Fue un hacker local, dadas las características del arma que se utilizó y además la pericia del atacante ya que fue muy preciso y no hubo víctimas, estudié el caso lo más a fondo posible. No viajé yo directamente pero mandé a personal mío a verificar el ataque. Mantuvimos todo oculto, por eso ustedes no se enteraron.

– No se puede controlar –dijo Fabio esta vez levantando el tono.

– Creo poder identificarlo, teníamos un sospechoso, podría averiguar el domicilio de aquel entonces y el nombre.

– No podemos incluir más gente –resopló Daniel.

– Vamos a hacerlo si no hay alternativa –replicó Saro, tajante.

Harris abandonó el masaje en el brazo y buscó un cigarro.

– Hay más que deben saber, la misma persona esta sospechada de otros actos criminales. ¿Se acuerdan de la masacre del spa en Suiza? De eso hace más o menos seis años.

– Yo sí –dijo Daniel abriendo grande los ojos.

Saro negó con la cabeza, pero no porque no recordara el incidente, sino porque le parecía una locura lo que se estaba gestando.

– Yo no –dijo R/S.

– Un cracker interfirió el sistema de una represa en Suiza, abrió las compuertas de agua hasta inundar todo el valle fértil, cosechas, algunas pocas casas con familias enteras y un muy importante spá fueron arrasados por la corriente, hubo al menos treinta muertos, aunque deberían haber sido muchos más.

– Lo bautizaron El cracker de Jury –meditó Joshua en voz alta con los pulgares sobre los párpados –por el nombre del spá.

– ¿El puto cracker de Jury vive en Buenos Aires? –se exaltó R/S.

– Si, al menos hace un tiempo. Sospechábamos de un niño de unos dieciseis años en la época de Jury, hoy debe tener unos veintidós –pitó con algo de placer al ver que tenía toda la atención de la audiencia, incluido R/S– dos años después cuando fue el episodio de la consultora y del arma de radiofrecuencia, volvimos sobre el mismo chico, recuerdo que la policía local le encontró diseños aparentemente fruto de sus investigaciones privadas, entre los planos había bombas de sonido, nos resultó interesante sobre todo porque extrañamente sus padres y su única hermana habían muerto una noche por hemorragias internas, pero además los tres tenían los tímpanos reventados, habían explotado.

– ¿Eso lo hallaron en papel? –preguntó Daniel acercándose más a la mesa.

– Si, una impresión de computadora, la policía federal incautó el disco

rígido de su PC, nosotros colaboramos con ellos intentando obtener algo de allí, estaba totalmente encriptado con un algoritmo desconocido. Nunca pudimos leer nada. No hubo pruebas para acusarlo.

– ¿Estás insinuando que contactemos a ese criminal? –profirió Daniel con las palmas abiertas hacia Harris– No sé quién está más loco.

– Sólo era una sugerencia –aclaró volcando la ceniza de su cigarro en un vaso de papel. Luego buscó los ojos de Saro expectante por su aprobación.

Fabio cerró la puerta del baño y volvió con el grupo.

– Tipos como ese son los que MARYN emplea. Es un riesgo trabajar con él, podría ser el enemigo.

Harris asintió, pero sin dejar de mirar a Joshua, éste le devolvió la mirada con dureza.

– ¿Te responsabilizas de controlarlo? –dijo a Harris.

Matt gruñó afirmativamente.

– Sólo queremos que nos explique uno de sus trucos.

– ¿Y porqué va a hacerlo? –protestó Daniel.

– No sé –respondió Matt.

– Yo si sé –dijo Saro– si tiene algo de orgullo va a estar feliz de que los tipos que más saben de tecnología en todo el mundo necesiten de él. Tal vez si nos reunimos podamos convencerlo. No hay nada por perder.

Daniel enfrentó a Saro.

– Sí hay por perder. Es como pactar con el Diablo.

– Entonces pactamos –decidió Saro– necesitamos al Diablo de nuestro lado.

CAPITULO XLVII

Saro pensó que era una suerte que a Daniel se le hubiera pasado el enojo, el chico no era muy expresivo, pero se notaba que habían vuelto a manejarse con la afinidad de siempre. Joshua había caminado con una mano en el hombro de Daniel durante todo el tramo hasta llegar a la oficina de despacho del aeropuerto, para recibir la encomienda. Podían ser padre e hijo, o hermano mayor y menor, y no sólo por el parecido físico, había algo afectivo que los unía, algo que ninguno de los dos podía explicar, Joshua hablaba, con su natural verborragia, Daniel apenas reía de vez en cuando pero escuchaba las anécdotas con real interés, casi todas giraban en torno a sus aventuras con Larsen, el ladrón de joyas danés que ahora les mandaba desde México sus herramientas de trabajo. Según decía ya no las usaba, estaba retirado de la actividad. Saro le creía a medias, al igual que a Laud cuando aseguraba retirarse del hacking. Era perder la esencia, dejar de ser. Únicamente con una lobotomía, decían luego ambos a coro.

Necesitaba a Laud, a la mente matemática, aplomada y fría que funcionaba como su aislante, el cable a tierra que necesitaba para evitar arriesgarse demasiado, salir fuera de los límites probables del éxito.

Alguien los estaba cazando, ¿cuál sería el próximo paso del Buscador? ¿en la oscuridad de qué refugio estaría acechando, preparando su trampa? Mientras quitaba las etiquetas mexicanas de la maleta metálica y se disponía a cargarla pudo imaginar a la sra. Sai Xiau bendiciendo unas armas en extraños y pausados rituales. ¿A cuál dios se encomendarían sus plegarias?

Se detuvo a pensar qué fuerzas lo ponían a él en movimiento, ¿el peligro a morir? ¿el sentirse perseguido? ¿la aventura? ¿la novedad del desafío? Luego vió a Daniel con su calva otra vez lustrosa y su barba siempre incipiente. A él lo movía la venganza. Tenían algo en común con la sra. Sai Xiau, se dijo, sabiendo que debía guardar esa opinión en los más profundo de su mente. El también bendecía las armas, ¿eran ellos sus armas? Por supuesto que si. Y eran lo único que él tenía. Cada uno ellos iba a morir muy pronto si no detenían la cacería. Rápido.

Una vez casi había muerto congelado en el Tibet, y otra vez había probado el vértigo colándose en los boxes y saliendo a la pista con un auto de fórmula 2. No era alguien a quien pudiera achacársele falta de osadía, sin

embargo estaba nervioso. Atemorizado, por qué no. Intentaba no hacerlo ver al resto del grupo, pero sentía la responsabilidad de otras vidas en sus decisiones, algo que nunca había experimentado, siempre en todas sus aventuras deportivas el único riesgo era su propia vida, sin posibilidad de perjudicar a nadie más.

Esperaba no estar conduciendo al grupo por el borde del acantilado.

Había decisiones que tomar, pero cada una de ellas estaba plagada de dudas, ¿Cómo saber si las alternativas elegidas eran las correctas? ¿Cómo poder estar seguro de cada opción? ¿Cómo evitar dudar en cada cruce del camino de retorno a una vida normal?

¿Era lo correcto reunirse con el cracker de Jury? ¿Realmente pactaban con el Diablo como había asegurado Daniel? Según Matt el nombre real era Ismael Basílico. Joshua sabía que así como él había sido objeto de culto de los hackers durante años, los crackers, los delincuentes destructores de datos, veneraban al Jury por supuesto sin saber quién era, lo admiraban con morbosa fascinación, como puede venerarse el poderío bélico de un estado dominante.

Basílico era peligroso, Daniel lo percibía y se lo había hecho saber, pero si querían subsistir debían pagar el precio, debían avanzar entre la basura rezando para no impregnarse con el olor. Sabía que era imposible, la suciedad siempre manchaba y descomponía. Y algunas manchas nunca podían limpiarse porque no terminaban en la piel, se metían adentro como un tatuaje y avanzaban más, tan lejos que hasta tocaban el alma.

La reunión era esa noche, en un bar de San Telmo. Matt, Saro y Basílico se sentarían a la mesa, Daniel estaría vigilando algo más retirado y con el arma dispuesta.

* * * * *

A pesar de tener veintidós años nadie podía darle más de dieciocho, su cara era flacucha y aniñada, con las mejillas cubiertas de granos. El cabello era castaño, casi rubio. Ismael Basílico entró al bar vestido con vaqueros, sandalias y una camiseta blanca sin inscripciones, llevaba consigo un bolso de tela de jean algo desflecado pero limpio, adentro se tambaleaba un bulto cuadrado que podía ser una notebook, no necesitó mirar mucho para identificar a los hombres con quien debía reunirse, uno tenía la cara amoratada, y el otro un aspecto deportivo que no combinaba con el abrigo de su compañero.

Les tendió la mano antes de sentarse a la mesa.

Saro sintió aquellos dedos delgados y flojos deslizarse bajo los suyos, estaban fríos y húmedos como las ancas de un sapo.

Le dio un poco de pudor mirarlo a la cara, tenía la nariz larga y puntiaguda, la boca grande con labios gruesos, tal vez no hubiera sido tan feo con el cabello más prolijo y sin los granos, pero los tenía rojos e irritados, y parecían inflamarle el gesto de cautela. Estaba allí por curiosidad y fanfarronería, como todo cracker necesitaba sentirse el más poderoso, estaba allí esperando ver al Gran Saro pedir por favor que le revelara uno de sus secretos. Y no estaba equivocado.

– ¿No tenés frío? –preguntó Matt Harris con voz entrecortada, se ahogaba cada tanto y carraspeaba, parecía tener una especie de catarro crónico y una mucosidad atravesada en la garganta.

Ismael sonrió, sin prestar atención al comentario del policía, sonrió para sí tal vez perdido en sus propios pensamientos, nunca se preocupó de que ellos entendieran el motivo de su risa, era algo privado, sus sentimientos eran dignos de intimidad, para personas selectas en momentos selectos.

Matt frunció el entrecejo al ver los dientes del argentino, dos de los incisivos estaban partidos dándole un aspecto de colmillos frontales, como si estuvieran afilados, como si la naturaleza se hubiera equivocado dotándolo de más colmillos que al resto de los humanos, o como si fuera un mutante, el primer individuo y Adán de una raza de predadores.

– Veo que me encargaron una cerveza –dijo jugando con el asa de su chop– la próxima vez pidan Quilmes, ahora la compraron los brasileros, pero aún conserva el sabor argentino.

– El es Saro –dijo Matt señalando a su compañero con un ademán.

– No hace falta que lo digas –respondió Basílico– somos buenos vecinos, nos cruzamos todo el tiempo en las redes, claro que él no me ve. Yo si lo veo. Los veo a todos ustedes –la sonrisa se desdibujó– son como nenitos jugando y gritando, andando a los empujones en el patio de recreo –posó los ojos en Harris– aunque no somos tan íntimos como con vos, estuvimos muy unidos hace unos años, ¿no?.

– Si, lamentablemente. –respondió Harris entre dientes.

– Si –asintió Ismael. Movié sus ojos de uno a otro, casi rítmicamente– fueron años aburridos. Estoy pasando por una época mejor. –golpeó la mesa con sus dedos, tamborilleando– por ahora me resulta divertido que un policía, es más un agente especial del FBI, necesite un “choque”. Puedo entender que se droguen, que maten sistemáticamente, que abusen de sus detenidos. Pero no puedo entender que necesiten un “choque”.

Harris miró a Saro algo extrañado pero luego comprendió, Basílico había decidido llamar “choque” al pulso electromagnético.

– Otra cosa divertida –agregó– es verlos a ustedes en la misma mesa,

son como Tom y Jerry. ¿Cómo pueden estar juntos? ¿Qué fuerza los atrae? Supongo que el miedo, el miedo lo une todo, es un adhesivo de la mejor calidad. Alguien los persigue. Alguien quiere matarlos. ¿en qué olla sucia metieron la nariz?

Saro tragó saliva, todavía trataba de digerir que lo habían tratado de “niño en un patio de recreo”, contuvo el impulso de tomar al argentino por el cuello y fregarle los granos contra la pared.

– Una empresa que fabrica armas para la defensa de las naciones.

– Comerciantes de la muerte –replicó Basílico– muerte en gran escala, podría ser la empresa Dormont, MARYN, Massi & Coch, Treiger o Miratec. Todas son igualmente peligrosas. ¿Con cuál se metieron en problemas?

– Eso no importa –dijo Matt.

– Si importa –contestó el joven– cuando me aburra y me vaya se quedan sin las trompetas de Jericó.

– MARYN –dijo Saro, sabiendo que estaban de rodillas ante el cracker de Jury.

Ismael le apuntó con el dedo.

– Conozco gente de MARYN –bebió un buen sorbo de cerveza helada con discreto placer– quisieron reclutarme, un hombre alto que dijo ser el buscador de talentos de la compañía.

La palabra “Buscador” detonó la alarma, Matt y Joshua cruzaron miradas.

Matt se esforzó por no parecer impaciente.

– ¿Cómo era?

– ¿El tipo? –se sorprendió Basílico– alto como les dije, de espalda ancha, cabello blanco y largo, la boca algo deforme. Lo reconocerían por el color de su piel, tiene vitiligo, le falta coloración a parte de su rostro, la otra mitad es rosa, como la piel de un canguro en gestación.

Saro asintió con la cabeza, era buena información, recién empezaba a convencerse de la conveniencia de aquella reunión.

– ¿Es información adicional que no esperaban, verdad? –observó el cracker– eso me da un bonus –se dirigió a Saro– hoy antes de terminar necesito que hablemos a solas.

Saro entrecerró los ojos extrañado, desvió su mirada y luego asintió. ¿Qué estaría tramando? Por otra parte sintió alivio, había una segunda etapa, para lo cual se debía terminar la primera. El cracker pensaba hablarles del “choque”.

Matt Harris hizo un gesto al mozo para que le alcanzara un cenicero mientras jugaba raspando la piedra del encendedor con la uña del pulgar.

– MARYN tiene una planta de armamento bélico en la Patagonia, vamos a atacarla, pero debemos abrir las puertas. Para eso necesitamos el pulso.

– Ustedes no pueden atacar a MARYN –dictaminó Ismael con sobriedad, su inglés era claro, al más puro estilo británico.

Matt se impacientó.

– No sin el pulso, por eso te necesitamos.

– Ni con ni sin el pulso. Van a fracasar.

– MARYN tiene debilidades –dijo Saro.

– Por supuesto que las tiene –refutó Basílico– pero ustedes no las pueden ver.

El rostro de Saro tomó color.

– ¿De qué estás hablando?

– No las conocen, no pueden distinguirlos, no pueden ver la diferencia real entre una vulnerabilidad y una celada.

– Agradecemos tu preocupación –en la voz de Saro se notó un trasfondo de ironía– pero eso es asunto nuestro.

– Tal vez si, tal vez no –jugueteeó el cracker– tal vez sea mi asunto, Saro, tal vez estas metido en algo que me incumbe.

Matt sacudió lentamente la cabeza acercándose más a Ismael Basílico.

– No sientas que estamos en tu territorio.

– El mundo es mi territorio, Harris. Y no estás fuera de él. –sonrió con una mueca sardónica– no lles la conversación a un nivel tan pobre, tan instintivo, no somos animales y no puede orinarse en un árbol virtual.

– No te entiendo –lo increpó Harris secamente.

– No podrías –tomó otro sorbo– ni siquiera saben porque están juntos acá y ahora, no pueden abstraerse lo suficiente para ver el isomorfismo, no entienden cómo puede haber correspondencias entre principios que rigen el comportamiento de entidades tan intrínsecamente distintas como ustedes dos. Tom y Jerry eran amigos, después de todo.

Se quedó callado, mirándolos como un maestro a los alumnos más retrasados. Había ganado su expectación, y estaban confundidos esperando sus palabras.

– ¿Hay un plan? Supongo que si –se adelantó– pero ni siquiera necesitan uno, ¿vas a modelizar? –se dirigía a Saro– es demostrable que cualquier proceso, por complejo que sea, puede ser simulado por una máquina, hablo de máquinas de turing, siempre y cuando el proceso sea expresable en un número finito de operaciones lógicas. ¿El plan incluye pasos finitos? Tenemos entonces una ruta para seguir. Pero no es necesaria esa ruta, deberías encontrar el camino con los ojos ciegos. Todo lo necesario es talento. ¿Tienen talento? Por supuesto que

no. Entonces están perdidos. No importa que tengan el “choque”. Lo que les falta no puede comprarse, es como en las películas de vampiros donde los protagonistas empuñan una cruz y avanzan en la noche hacia una cripta, cuando la cruz resplandece es por la fe, la fe entonces es la verdadera arma y la cruz solo el canal. Ustedes tienen una jeringa vacía. Tienen el cañón, pero ¿dónde está la bala Saro? Cuando caminen hacia la planta de MARYN van a sentirse desnudos e indefensos porque así van a estar. Vas a caer en un pozo, Saro. Espero que no arrastres a quien no debes.

Saro arrugó en la mano una servilleta de papel.

– No sé de qué hablamos.

– El Buscador es un psiquiatra, altamente formado en estudios de la personalidad, su especialidad es armar perfiles psicológicos para predecir con una certeza lógica el estado conductual de una persona. Los conoce, son para él un simple mosquito en la habitación, si ahora no lo ven es porque cerró la puerta y fue a buscar el insecticida. –intentó aclarar lo que quería expresar– la estructura mental de él está en otra dimensión que la de ustedes, trabaja en otro plano, uno superior. ¿Qué puede entender la lombriz cuando un pájaro viene del cielo y se la come?

– Agradecemos que quieras advertirnos, pero ... –empezó Saro.

– No me interesa advertirles nada –lo interrumpió el cracker apretándose con el índice la boca y la nariz– ustedes preguntan y yo estoy vertiendo parte de mi conocimiento en ustedes, es lo mejor que puedo hacer– giró la cabeza mirando fijo un punto por sobre el hombro de Harris, Saro también miró hacia allí para ver qué entretenía a Basílico, pero no supo descubrir la causa de aquella atención extraviada.

Saro había notado que Basílico espaciaba cada vez más sus palabras, lo último que había dicho fue tan pausado que se hacía incómodo seguirlo.

Matt decidió que seguir la charla por ese cauce no los llevaría más que por un camino de enfrentamiento, necesitaban su amistad, o al menos su compasión, pero no su furia. Ya tenían suficientes enemigos como para seguir sumando.

– Necesitamos tu colaboración. –dijo el policía, pero el comentario fue completamente ignorado. Había sido eyectado de la charla y en esa mesa solo quedaban dos personas.

– Se que sos economista, así que voy a contarte una historia en tu propio idioma –dijo el cracker– no la tomes como una parábola.

Saro no asintió, solo permaneció inmóvil, estudiándolo como un gladiador a su próximo adversario.

– Hay un par de aldeas en la India en las que las lluvias arruinan la

mitad de la cosecha de trigo, esto trae aparejado una tremenda hambruna. En la primer aldea al día siguiente, cuando ya casi no hay trigo, el pan se vende a cien dólares, de modo que solo comen los ricos; pero como la noticia se difunde entre otras aldeas que no sufrieron las lluvias, llegan a la primer aldea numerosos camiones que tratan de vender el pan a 100 dólares, obviamente el precio del producto baja y la clase media puede también comer. El resultado de esto son veinte mil muertos. En la segunda aldea, el intendente, prevenido del abuso de los panaderos vecinos decide emitir un decreto donde fija el precio máximo del pan en 10 centavos de dólar el kilo, con lo cual los panaderos solo fabrican para ellos mismos y ningún camión de aldeas vecinas aparece. Resultado final: trescientos mil muertos.

Basílico sonrió dejando ver sus dientes rotos y afilados.

– ¿Cuál es la moraleja, Saro?

– No pueden regularse las fuerzas naturales.

– Exacto –festejó el cracker algo sorprendido de que lo comprendieran– no puede reglarse en contra de la naturaleza, lo natural es que ustedes no puedan vencer a MARYN. El voluntarismo que representan se asemeja más al pensamiento mágico de los alquimistas que a un conocimiento sistemático y con capacidad de análisis crítico. ¿Quieren el Choque? Se los doy. Eso no hace la diferencia.

El rubio descolgó su bolso del respaldo de la silla y buscó una hoja en el interior, todos pensaron que sacaría un plano con indicaciones para el armado del arma de radiofrecuencia, pero en lugar de eso solo apoyó sobre la mesa una hoja vacía y un lápiz.

Apoyó la palma sobre la hoja, acariciándola.

– Es como sus mentes –indicó con arrogancia– luego empezó a dibujar el plano.

Harris y Saro lo observaron en silencio, tal vez diez minutos, hasta que terminó su dibujo y lo extendió al policía.

– Luego lo ven y lo analizan, es como un axioma, no admite discusión. Lo usan si les sirve y lo entienden.

– Esta claro –accedió Harris.

Ismael consultó su reloj.

– Necesito un momento a solas con mi colega.

Matt Harris bufó con antipatía pero se cambió de ubicación, sentándose en una mesa apartada.

El argentino sacó una notebook del bolso y la desplegó sobre la mesa, la tenía conectada a Internet utilizando el teléfono celular. Empezó a tipear sin que Saro viera la pantalla.

– Tenemos cosas de que hablar –le dijo– una amiga en común. Se llama Gail Preston.

Saro reflejó en el rostro la ácida bocanada que le llegó desde el estómago.

– ¿Conocés a Gail?

– Es una persona valiosa. Alguien que la humanidad añoraría perder. Y también yo por cierto –hablaba mirando a Saro, pero sus dedos volaban por el teclado.

Las manos de Saro estaban húmedas, notó los dedos crispados sobre el borde de la mesa.

– Dejemos a ella fuera de esto.

– ¿Esta fuera? –preguntó Ismael–. No lo creo.

Los dedos golpearon más fuerte las teclas de la computadora.

– Ella no está en peligro –murmuró Saro entendiendo lo que pasaba, Basílico tenía algún tipo de relación con Gail. Tal vez se sentía atraído por ella.

– ¿No? –dijo el cracker pero no era una pregunta, era una burla malévola.

– No hay de qué preocuparse –siguió Saro con mucha cautela.

– ¿No? –repitió el argentino. Pero no estaba allí, sus ojos no estaban allí.

Ismael giró la notebook de manera de que ambos pudieran ver la pantalla.

– Alguien llamada Janet Mead reservó turno con una masajista en un edificio de oficinas del centro de Paris, es una buena masajista, atiende especialmente a empresarios contracturados por los avatares del duro y estresante trabajo de tomar decisiones. ¿Te pesa tomar decisiones, Saro? Yo creo que si.

El gesto siempre superado de Saro se congestionó, Matt y Daniel desde distintas mesas se dieron cuenta de que por primera vez Saro perdía el control de la situación. Se preguntaron qué veía en la computadora.

En la pantalla el sistema de gobierno de los ascensores del edificio mostraba cómo operaban los mismos, se los veía recorriendo los pisos, como imponentes pistones.

– El turno es dentro de cinco minutos, ¿recordás a Janet Mead? Creo que es tu novia o algo así. Espero que mi mención de Gail no te la haya hecho olvidar.

Saro seguía mudo, en parte porque no podía dejar de escuchar el latido de su propio corazón, palpitándole estruendosamente en el tórax, los oídos, las sienes y las muñecas, la garganta se le secó pero el chop ya estaba vacío.

– Como verás es un edificio bastante nuevo, tiene confitería y piscina en la terraza, son treinta pisos y la kinesióloga atiende en el dieciocho –ahora sonaba como un tétrico guía turístico, de paseo con el tour de visitantes del día– No se quién permite salida a Internet a una máquina de la red, todos sabemos que la cadena se corta por el eslabón más débil –continuó, simulando una mirada cómplice.

En la pantalla con fondo azul los ascensores se dibujaban en rojo moviéndose en una línea vertical de números que indicaban los pisos, Basílico dio un Enter en la computadora y el cuarto ascensor se detuvo entre el piso dieciséis y el diecisiete.

– Por el peso sabemos que hay al menos tres personas en el ascensor. – Otra vez miró al infinito haciendo que sus ojos se volvieran pequeños y profundos– Atrapadas. Encerradas. Encarceladas por nosotros en un pequeño y mortífero artefacto. ¿Qué lleva a las ratas a meterse en la trampa? ¿Será lo mismo que te lleva dentro de MARYN? ¿Será ignorancia?

– No entiendo el juego –balbuceó Saro.

– ¿Cuál juego, Saro? La vida no es juego. –endureció su gesto– ¿Creés que Janet estará en el ascensor?

Esta vez Basílico tocó el botón de inicio, al pie de la pantalla junto a una serie de datos del cuarto ascensor apareció una leyenda: “*Sistema de frenos bloqueado*” El cuadrado rojo empezó a descender rápidamente.

– Está cayendo –se alarmó Saro– Los vas a matar.

– ¿Y qué? ¿Cuál es la importancia de esas vidas miserables? ¿Acaso son distintas a las polillas en tu placard?

– ¡Por supuesto que si! Son personas inocentes. ¡No podés matarlas!– dijo Saro casi en un grito, Matt y Daniel se acomodaron en sus sillas listos para intervenir.

– Partiendo de una frase descriptiva llegaste a una frase normativa, racionalmente eso es un disparate.

Saro clavó su vista en el ascensor que ya estaba debajo del piso once, pensó en la gente dentro de él aferrada a las paredes y gritando, pensó en Janet, en el pánico. Y en su propio pánico.

– ¡Por Dios! ¡Basta! –ordenó. Se levantó de la silla bruscamente haciéndola caer, Daniel y Matt desenfundaron sus armas, el policía delante del cracker, apuntando a la frente, Daniel casi apoyó el caño de su revólver contra el cabello rubio y despeinado en la nuca del cracker.

La gente gritó y se desparramó en el bar, la mitad se fugó por puertas y ventanas, algunos se quedaron sentados incapaz de moverse, otros se escondieron bajo la mesa. Dos mujeres gritaban histéricas. El hombre de la caja

había desaparecido detrás del mostrador, junto con el teléfono.

Piso ocho.

Ismael Basílico se tomó un tiempo para pronunciar gesticulando el nombre de Gail. Saro asintió procurando transmitir que había entendido el mensaje.

– Este es mi único gesto amable –aseguró el cracker– si algo le pasa a Gail romperé los siete sellos, yo mismo seré los siete ángeles y derramaré las siete copas del furor de Dios.

Piso cuatro.

Una pareja gritaba algo desde la calle, un mozo corrió tapándose con la bandeja a espaldas de Daniel, un anciano se tropezó en la puerta y quedó tendido con medio cuerpo en la vereda.

Basílico apretó la tecla y el ascensor se detuvo en el piso dos. Devolvió el control al sistema central, y apagó su computadora.

– Todo esta claro entre nosotros –dijo mientras guardaba la máquina en el bolso.

Daniel y Matt no se habían movido, seguían apuntando dispuestos a tirar a matar mientras intentaban razonar que no había motivo para hacerlo. La mente les decía otra cosa.

Con el bolso ya en el hombro el Jury giró dejando que el caño del arma de Daniel le quedara a centímetros de la cara. Dedicó diez eternos segundos a mirarlo fijo, escudriñando en sus ojos, algo que a Daniel le dio escalofríos. Luego se marchó, caminando entre la gente que se movía en cuclillas entre las mesas del bar.

Matt tomó a Saro y a Daniel de los brazos y los sacó del lugar, guardando las armas y apurando el paso para evitar tener que dar explicaciones a la policía.

CAPITULO XLVIII

Gail no pudo esperar para hablar con Amadeo, le urgía, le resultaba imperioso develar aquel error.

La persona que había escrito las cosas que él había escrito nunca podría ser un criminal.

Empezó a buscarlo en la red apenas terminó su charla con Saro.

Si algo era fácil de notar era la cultura y la sensibilidad de Amadeo. Mucho más profunda y mucho más indescifrable que la de Saro. Pero conocía a Amadeo. Sí que lo conocía.

Aquel que la había embriagado con sus palabras, aquel que la había ... ¿enamorado? No. O Tal vez.

Pero no podría ser un criminal.

Necesitaba explicaciones porque una congoja en el pecho empezaba a molestarla. ¿Estaba por llorar?

No se reconocía. No se reconocería nunca si había permitido que la engañaran de tal manera.

Quería conocerlo, quería charlar con él, charlar durante horas y entregarse, amarlo. Quería amarlo.

Amadeo no aparecía en la red. Pero le llegó un mail de él que abrió de inmediato.

Si para dorar objetos pensamos utilizar una cierta cantidad de oro, es necesario ser muy cuidadoso y tener en claro cual es el número exacto de objetos que este oro permitirá dorar, si nos equivocamos y doramos más objetos lograremos arruinarlos porque se doraran desigualmente, y estarán peor que si nunca les hubiéramos regado el oro.

La función de distribución del conocimiento está sustentada por un principio rigurosamente análogo. Si damos un conocimiento a todo el mundo nadie recibiría nada.

Ante todo es necesario comprender que el conocimiento no puede pertenecer a todos. Vos no podés comprenderlo porque no te das cuenta de que el conocimiento es material, como toda cosa en el mundo.

Esa es la ley, es material y por consiguiente posee todas las características de la materialidad.

Característica principal: es limitado. La cantidad de materia en un lugar y en un tiempo dado es definida, no puede ser infinita, es siempre limitada. Así es el conocimiento. Un chaparrón esparcido en una ciudad apenas moja a los transeúntes, pero toda esa agua junta podría servir para llenar una inmensa pileta.

Si el conocimiento se esparce entonces se toma en pequeña cantidad para cada persona y pierde efectividad, esto es propiedad del conocimiento. En cambio si se concentra en una persona en gran cantidad da resultados extremadamente satisfactorios.

Yo estuve vertiendo conocimientos en tus amistades como cuando se sale al jardín a regar las plantas. Lo que reciban espero les sirva, no fue por ellos que los hice sino pensando en tu seguridad. Si les deseo el éxito es por tu bien, te necesito y te considero en riesgo.

Un beso.

Amadeo.

Estuvo buscándolo todo el día, y toda la noche. Por la madrugada un extraño e incomprensible llanto la dominó y agotó sus fuerzas hasta hacerla dormir en la silla frente a la computadora.

Amadeo desapareció de la red, y nunca más, en toda su vida, volvió a comunicarse con él.

Un mes después, y dos días antes de tener todo listo para el ataque a la planta de MARYN, Saro recibió un mail de Moloch, diciendo que estaba atemorizado, que lo estaban siguiendo y que iba a unírseles en Buenos Aires.

Daniel, R/S, Harris y Saro se reunieron esa tarde para discutir el tema, debatieron un rato, a Daniel le parecía mal dejar a Moloch librado a su suerte, y R/S pensaba en forma similar, pero luego comprendieron la postura de Saro y de Matt Harris, aceptar a Moloch era exponerse, no sabían si alguien iba a seguirlo o si lo estaban rastreando satelitalmente utilizando algún transmisor oculto en su ropa o incluso en su cuerpo.

Aceptarlo en el grupo ahora era un riesgo que no querían correr.

Moloch se dio vuelta para mirar al Buscador, en la pantalla del chat Saro

acababa de cortarle toda posibilidad de unirse con ellos.

El rostro pálido del Buscador se oscureció con un gesto de insatisfacción, simplemente se levantó y salió del cuarto.

La sra Sai Xiau apuntó el revolver a la cabeza de Moloch. El mango del arma llevaba un bonito dibujo de una cobra verde.

Disparó.

* * * * *

R/S le dio un fuerte abrazo a su amigo Saro, se sentía eufórico cuando las cosas salían bien. Todo el equipo comprado a la mafia rusa funcionaba perfectamente. Tecnológicamente estaban en condiciones de empezar su epopeya.

Las última creación de R/S estaba sobre la mesa, era pequeño, una especie de araña, con un cuerpo de seis centímetros y ocho patas de nueve centímetros cada una, pero al recogerlas no ocupaba más que un tamaño de ocho por seis. Saro había hecho énfasis en el tamaño, no debía ser ni mayor ni menor. Era el tamaño justo.

Según los cálculos (no podía usar el GPS bajo tierra), ‘la oruga’, como había decidido bautizar a esta nueva versión del supercard había alcanzado su posición, luego de más de dos semanas de recorrer el camino hacia la planta de MARYN a una velocidad indetectable por los sensores de movimiento sísmico. Ahora estaba detenida, dormida como una célula terrorista dispuesta a atacar cuando recibiera la señal. Dicha señal no podía ser determinada de otra manera que a partir del reloj interno que indicaría el comienzo de la contienda.

* * * * *

Harris se sintió un hombre mosca colgado del techo de la habitación trasera de la casa, las sopapas lo mantenían pegado al techo y sus brazos (ambos) respondían en forma ideal. La tos se le había curado y las marcas en el rostro y en el resto del cuerpo de a poco iban desapareciendo. Se prometió que cuando terminara todo dejaría el cigarro, mientras tanto prefería no ocuparse del cuidado de la salud, los suicidas no solían tomar sus medicinas antes de saltar al vacío.

* * * * *

Los ojos grises de Basílico volvían una y otra vez a la mente de Daniel, lo ponían incómodo. Se imaginaba aquel rostro granujiento detrás de siete copas

derramando pestes por el mundo. ¿Quién era el cracker de Jury? ¿A qué estaba dispuesto?

No podía apartar la idea del error que había sido involucrarse con él.

Ahora no tenía en claro cual era su enemigo. ¿El Buscador? ¿El Jury?

¿Quién sería más peligroso?

* * * * *

Joshua Baker se dispuso a repasar el plan de ataque una vez más, dándose cuenta de que aquel sería el episodio más razonado de su existencia, nunca había invertido tanto tiempo en realizar una acción, nunca había dado tantas vueltas alrededor de una presa.

En la computadora, un programa desarrollado por él reproducía cada etapa de la intrusión, ejecutando la simulación de acuerdo con lo que Joshua tenía en mente y consideraba mejor alternativa, el programa admitía un plan B para cada decisión al tener que superar un obstáculo, pero no había acción alternativa a seguir en ninguno de los casos, lo cual reducía las probabilidades de éxito, que se evaluaban alrededor del 60% si nadie cometía ninguna falla y todo salía según lo calculado. Cualquier pequeño error reducía la posibilidad de éxito al 2%, al 0,02% o al suceso imposible, dependiendo del momento del error y el grado de avance del plan.

Todavía estaba a tiempo de dar marcha atrás, buscar a Janet (luego del episodio con Basílico, la había obligado a esconderse en un tour por Grecia, en un barco, utilizando una identidad inventada por él, y lejos de los ascensores. Por suerte había llegado tarde ese día a la cita con la masajista, pero igual se enteró del incidente, las personas estaban alteradísimas, contó) y desaparecer unos años hasta que todo terminara, cuando Daniel, R/S, Moloch y Harris ya estuvieran muertos, y él fuera el único sobreviviente lejos del alcance de MARYN.

Desechó la idea.

Debían sacarle la careta a Steve Ryerson y descubrirlo ante el mundo como la persona inescrupulosa y sedienta de poder que era, debían hacer desmoronar su imperio, la planta de Patagonia sólo le daba las herramientas, luego y con la ayuda de Gail iban a exponer la trampa y a llevar a MARYN ante la justicia.

Le vino a la mente la imagen de Ressler, seguramente estaría orgulloso de ellos. El no dudaría en llevar el asunto hasta las últimas consecuencias.

La prensa haría de Ressler un héroe y un mártir. Imaginaba que Ressler, Gail y Harris serían los favoritos de los programas de la tarde. El mientras tanto

pensaba mantenerse lo más al margen posible de la publicidad.

Pero había algo que no le cerraba en toda aquella visión del futuro, Ryerson mordería el polvo, pero el Buscador... él siempre estaría a salvo, se evaporaría como un mal sueño y continuaría moviéndose en las sombras, al servicio de alguna otra gran empresa internacional. ¿Podían vivir tranquilos el resto de sus vidas sabiendo que aquel criminal estaba libre? Racionalmente se decía que no debía preocuparse porque para aquel entonces el Buscador no tendría motivos para acabar con ellos, pero la espina seguía atravesada en su garganta, no lograba convencerse de la validez de dicho pensamiento.

Voy por vos, Buscador –se dijo–. Voy a tu encuentro, a meterme en tu casa, y a fumarme un cigarro sentado en tu cama.

La idea lo reconfortó un instante, y continuó repasando el ataque, esforzándose por descubrir planes alternativos a la descabellada locura que estaba por ocurrir.

En medio del lugar más despoblado de la Patagonia Argentina, el Buscador detuvo la van en el estacionamiento de la planta. Le seguirían una serie de chequeos de seguridad para verificar su identidad y luego una apetitosa cena antes de dormir. Había mucho que hacer el día siguiente, después de todo llegarían visitas.

Saber es poder –dijo para sí, citando palabras de Francis Bacon– Adelante, Saro, adelante, ... te estoy esperando.

CAPITULO XLIX

Al volante de la caravan iba Harris, insultando por el estado de la ruta, y agradeciendo a su vez que no estaba nevando y no necesitaba utilizar las cadenas para las ruedas, Fabio, que ya conocía la zona porque había llegado hasta allí para poner la oruga en funcionamiento, indicaba el camino y ponía más fastidioso a Harris, Saro viajaba atrás, revisando obsesivamente los tubos de propulsión, habían conseguido apenas nueve y utilizado tres en la prueba para evaluar el recorrido de los mismos con el peso de sus cuerpos. R/S estaba confiado en que funcionarían, pero Saro temía que pudieran fallar y arrojarlos dentro del perímetro de MARYN en vez de alejarlos de él. Aquellos tubos eran el único pasaporte de salida.

Habían sido comprados a los traficantes rusos, R/S había llevado adelante toda la negociación, incluyendo una reunión de regateo de precio con el representante sudamericano y la transferencia del dinero, habían elegido aquel modelo porque era el más liviano para transportar. Básicamente funcionaba como los cohetes por etapas para alcanzar el espacio, iban quemando combustible en tres etapas, al finalizar la tercera caían, pero era bastante maniobrable la dirección y la última etapa los iría haciendo descender hasta que se agotara y los arrojara a tierra, la caída sería desde unos tres metros, lo cual no presentaba demasiado problema si tomaban la precaución de estabilizarse para caer de pie.

Saro había probado desde una loma y había recorrido trescientos metros de vuelo hasta caer, había pasado demasiado cerca de unos árboles pero el examen había sido exitoso. Con los lasers ya desactivados lo peor que podía pasar era que los detectara el radar. Pero confiaba en que llegarían a la camioneta antes que la seguridad de MARYN entendiera qué estaba pasando.

Harris les avisó que iban a sacudirse antes de desviarse de la ruta y tomar el camino de tierra, colocó las luces de posición para no llamar tanto la atención y rezó pidiendo que ningún animal se cruzara por delante.

Quedaba media hora de viaje antes de detenerse y ocultar la caravan en medio del frondoso bosque de tres kilómetros de pinos que cortaba el camino. Desde allí usarían las bicicletas, necesitaban llegar hasta las proximidades de MARYN en forma silenciosa, para tomar posiciones y esperar la hora de comienzo. Además las bicicletas les ayudarían a transportar la carga.

Mientras Saro revisaba por enésima vez los tubos, R/S se había cansado de los desaires de Matt y ahora se balanceaba como un autista, con la mente puesta en el plan a concretar. Para él las cosas se presentaban un poco distintas que para los otros dos, después de todo Harris era policía y había participado de tiroteos reales, le habían disparado y había disparado a gente. Y Saro era un desquiciado que amaba el peligro y se había visto en situaciones de riesgo una innumerable cantidad de veces y siempre por propia voluntad. Ellos sabían manejar los momentos de tensión, pero él no, aunque las reuniones con la mafia y los traficantes no eran como tomar un café con viejos compañeros de escuela, sabía que no representaba un alto riesgo porque después de todo cualquier problema se podía arreglar con algo de dinero extra, pero con MARYN no habría negociación, y mucho menos monetaria, por eso prefería ocupar la mente repasando las acciones a seguir, necesitaba ocupar la mente si no quería entrar en pánico.

* * * * *

A Daniel se le había pasado la furia por la mala jugada de Saro, pero seguía sumamente enojado. Había encontrado la nota al despertar del sueño inducido por Saro con un potente calmante. Igual podía seguirlos pero no valía la pena, tal vez era mejor así y Saro tuviera razón. Pero se sentía defraudado porque era su propia guerra y había quedado afuera, él debía estar en el frente, entrando a la planta de MARYN antes que nadie.

¿Quién mierda se creía Saro que era para decidir por los demás?

Dio otro golpe en la mesa y se tranquilizó. Luego de una larga discusión había llegado a aceptar que se quedaría esperando en la camioneta hasta el regreso, cosa que no pensaba cumplir, tenía en mente acercarse a ver el escenario desde los árboles, pero ahora no tenía forma de enterarse qué pasaba.

La nota de Joshua le indicaba cual satélite debía mover para recibir la señal que ellos le mandarían al terminar la misión para indicarle el éxito y un resumido protocolo para saber si estaban en peligro o habían fracasado. Saro ayudado por Matt intentaban convencerlo de que era bueno que él quedara afuera porque si los atrapaban alguien debía hacer algo por ellos, pero todos sabían que en esta guerra no habría rehenes ni prisioneros de guerra, solo cadáveres y desaparecidos en acción. Si los descubrían estarían muertos, y él completamente perdido.

Pero no había que pensar en negativo.

* * * * *

Abandonaron el bosque montados en las bicicletas, durante casi todo el primer kilómetro escucharon a Harris quejarse de que no podía pedalear con libertad, los trajes rusos no eran cómodos de por sí y no habían conseguido un tamaño que se llevara con los anchos brazos y piernas del policía. Se calló después de un rato cuando ya divisaron la arboleda donde debían ocultar las bicicletas y esperar. Los trajes eran térmicos y cumplían una doble función, evitaban que se congelaran manteniendo la temperatura interior a veinte grados y no dejaba escapar calor del cuerpo logrando que los infrarrojos los vieran como un cuerpo absolutamente neutro. No podrían ser detectados por el calor corporal y lograrían evadir uno de los sistemas de detección de intrusos de MARYN.

Ocultaron las bicicletas y avanzaron entre los árboles, la noche era cerrada con la luna oculta por las nubes, en la desolación donde estaba instalada la planta, y casi sin luces artificiales la oscuridad era prácticamente absoluta. Ellos no podían llevar linternas así que caminaban con mucho cuidado, pensando cada paso antes de darlo. No querían hacer ruido ni arriesgarse a ser vistos antes de que la oruga de Fabio despertara de su letargo.

A las dos de la mañana el robot debía terminar de cavar los últimos cinco centímetros hasta el caño tendido en las proximidades de la planta, penetrarlo con la mecha especial que R/S había diseñado e inyectar gas de manera de que no se detecte la pinchadura, esos caños tenían un sistema de medición de la presión que debía cuidarse, Saro había probado con detenimiento en un caño casero fabricado por él mismo y el robot de R/S funcionaba a la perfección.

La mecha cambiaba de forma y se convertía en una herramienta que desviaba la señal hasta un chip adosado al lomo de la oruga que hacía las veces de retransmisor y emulaba las señales a ambos extremos del cable cortado, las únicas señales que circularían sería lo que aquel chip enviara, de esa forma los láseres quedaban sin efecto, es decir no importaba que los cruzaran treinta veces, en el bunker la seguridad de MARYN jamás se enteraría.

Pero sí se enterarían las armas de sonido montadas en la terraza, por eso el robot debía continuar el trabajo, y cortar los cables de las armas de sonido para que no pudieran actuar contra ellos.

Un tercer cable cruzaba por el mismo caño, y era el que llevaba las señales de los micrófonos ultrasensibles que estaban instalados por todo el campo y hasta trescientos metros más allá de los límites del perímetro protegido. Otra vez habría un chip interceptor de señal para evitar que MARYN se enterara que había gusanos en su queso.

Estando en camino hacia el caño principal la oruga debía haberse

cruzado ocho días antes con una caja metálica que controlaba y daba energía a la alambrada alrededor de la planta, esta caja permitía que permaneciera electrificada haciendo que fuera imposible cruzarla sin saltarla y si la saltaban, algo ya muy difícil por lo alta que era, los detectaría el radar. Y no tenían forma de dejar fuera de combate al radar porque al estar montado en la terraza era controlado completamente desde el interior.

La oruga había dejado adosado a la caja metálica un pequeño explosivo, que debía estallar minutos después de que se hubiera logrado interferir los cables. De esa forma la oruga al terminar su trabajo habría deshabilitado casi todos los sistemas de detección y defensa exteriores de MARYN.

Les quedarían las minas regadas en el suelo luego del alambrado pero sabían como sortearlas.

Con mucho cuidado se asomaron entre los árboles para ver la estructura de la planta, estaba a quinientos metros, y a esa distancia se veía como un enorme monstruo echado a dormir en la suavidad de un claro. No se escuchaba nada rondar, ni siquiera grillos o mosquitos, el silencio era imponente, y dominante.

Quedaron pendientes de sus relojes.

* * * * *

El hermoso rostro de Gail Preston apareció en la pantalla de la computadora de Daniel, antes de que hablara pudo notar que se la veía preocupada y nerviosa. Se dijo que era una suerte tener a alguien para conversar en ese momento, estaba ansioso porque era casi la hora de comienzo de la operación y todo lo que podía hacer era mirar fijo la señal de satélite mientras se mordía los dedos y jugueteaba con una caja vacía de fósforos.

Si aparecía un pulso en forma de pico sería señal de éxito, uno en forma de meseta sería de fracaso. Ahora solo había una línea, verde y delgada.

– ¿Cómo va todo? –preguntó la rubia, le había prometido a Saro que no volvería a comunicarse con ellos pero era evidente que no podía despegar de su mente el hecho de que gente que ella apreciaba arriesgara la vida de esa manera.

– No sé –respondió Daniel apesadumbrado– se fueron hace treinta y seis horas, ya me cansé de caminar por las paredes y acá estoy. No me llevaron. Lo único que puedo hacer es mirar una pantalla con una línea muerta que me recuerda que pueden fracasar. Que pueden morir.

– Deberías confiar –dijo ella sin creer realmente en lo que decía y a solo efectos de levantar algo el ánimo en Daniel– Saro no iría si no creyera que todo va a salir bien.

Daniel se pasó la mano por la calva casi rascándose.

– Me pregunto si no esperamos de él más de lo que realmente puede. Me pregunto si no lo estamos endiosando, creyendo que realmente él es el “Genio de Vervaeck”, que no va a perder. Que nunca va a perder.

– Si –murmuró ella– te entiendo.

– ¿Qué tal si el Jury tiene razón? ¿Qué tal si el plan falla?

Gail pensó en Amadeo, creer que pudiera equivocarse era algo que no podía concebir.

– Creo que Saro tiene previsto que el plan pueda fallar, creo que hasta sabe que las cosas no van a salir como está calculado, pero confía en él y en su poder de improvisación. Conozco de Saro varias historias de sus locuras y siempre se destacó por su rápida inventiva y poder de resolución. No importa que su plan falle. Él va a saber hallar el camino.

* * * * *

El reloj de Saro se puso en cero, en medio del silencio de la noche el robot debía haber cumplido la misión, de ser así los soldados de MARYN estaban incomunicados con la planta. Y ya podían avanzar.

Joshua asomó de su refugio tras el árbol y salió al claro, al campo descubierto desde donde podía ver directamente aquel manchón negro y gigante que era el casco, como una montaña que debía escalar.

Hizo señas a sus compañeros.

Harris se le unió de inmediato con paso firme, R/S estaba detrás, vacilante, pero avanzaba.

El traje ruso era verde oscuro, pero en la noche parecía negro, para cubrirse la cabeza llevaban un casco típico de soldado con una bolsa que les cubría la cabeza y no dejaba escapar el calor, la bolsa se unía al cuello del uniforme. Un pequeño orificio a la altura del hombro derecho hacía circular aire por la bolsa utilizando un motor inaudible.

En la espalda cargaban cada uno una mochila, no tan grande como la de los exploradores pero bastante pesada y que sabían les iba a dificultar el paso si tenían que correr. Por eso era vital que toda la operación fuera silenciosa y que MARYN se enterara recién al amanecer, cuando ellos tuvieran ya varias horas de regreso.

Entre ellos no tenían forma de comunicarse más que por señas, no llevaban ningún dispositivo de radio porque temían que pudieran ser detectados, Saro señaló a la derecha para no marchar tan frente a la entrada principal, mientras caminaban sentían a veces el crujir de algo metálico e imaginaban los

pequeños micrófonos bajo sus botas.

Sabían que no había cámaras en el exterior porque tenían que ser observadas por personas, y Ryerson no confiaba en los humanos para tareas de vigilancia, de todas formas habían visto pequeños parantes con cámaras montados en la baranda de la terraza, pero según el informe de Gail solo grababan la actividad, la imagen no se chequeaba al instante, los videos iban a parar a un archivo histórico.

“Cuando caminen hacia la planta de MARYN van a sentirse desnudos e indefensos porque así van a estar” habían sido las palabras de Basílico, Joshua había sentido odio y repulsión hacia aquel sujeto y hacia aquellas palabras, odio, repulsión y miedo. Miedo a la verdad. Miedo a que aquellas palabras fueran reales y él estuviera caminando sobre las brazas para descubrir que en realidad no era un fakir y que el fuego podía quemarlo.

Caminando hacia la planta se sintió desnudo, se sintió indefenso, y tembló. Pensó en largar la mochila al suelo y correr hasta la bicicleta, pensó en decirle a sus compañeros *“abandonemos todo ahora”* *“abandonemos esta locura mientras podamos”* Agradeció a Dios por tener los trajes y no tener que sentir el frío azotándoles la piel, pero igualmente no pudo dejar de temblar, el estómago le crujía y lo sentía pesado. Estaba nervioso, y consiente de que no debía dejarlo ver, de que si perdía la compostura Fabio se echaría a correr tras él. El ver a Matt Harris a su lado, avanzando impenetrable como un muro de piedra le dio ánimo y un poco de vergüenza. Pero lo obligó a seguir, a simular ser un autómatas sin dejar que los sentimientos del momento decidieran su destino, siempre que enfrentaba un riesgo se decía que ya había sido pensado y aceptado, y que no podía cambiar de parecer. Que la decisión de su mente no iba a cambiar por un momento de cobardía. Iba a marchar al frente, hasta el final.

R/S se sentía como un astronauta avanzando despacio detrás de sus compañeros, su fascinación por la tecnología lo había llevado a hacer muchas cosas en la vida, algunas peligrosas y no muy bien vistas, moralmente se había corrompido varias veces y había lastimado a gente que amaba, pero nunca había imaginado que iba a terminar así, que su vida dependería de una intrusión que ahora, con la planta de fábrica de armas de MARYN ante sí, entendía que no tenía ninguna probabilidad de éxito. ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué seguía avanzando cuando debía correr? Una mente como la suya no debía ponerse en riesgo físico, tenía aún muchas cosas para hacer, cosas que la humanidad perdería hasta que apareciera otro genio que pudiera fabricarlas. En vez de

conseguir una pensión de por vida lo que había conseguido era esto. La muerte segura. La muerte temprana. No merecía morir así. No merecía morir con todo lo que tenía por delante. Había otra gente menos importante para el mundo que no importaba si moría, pero él ... era injusto. También era injusto que lo necesitaran tanto para esa misión, que la única solución fuera empleando un robot suyo. *Las invenciones deben verse en el campo*, se dijo buscando algo de resignación pero sin conseguirla. Lo único que lograba reconfortar su mente era imaginar los secretos que MARYN guardaba y verse sumergido en medio de ellos, leyendo y riéndose para sí, admirándolos y buscando destinos secundarios para cada uno de ellos.

La idea lo hizo avanzar con un poco más de determinación.

La sombra que había sido el edificio de MARYN comenzaba a tomar forma, ahora podían divisar las puertas y estaban cerca del alambrado. Si la oruga no hubiera funcionado ya tendrían a los guardias tras ellos porque habrían sido alertados por los micrófonos o por los lasers, seguro no por los detectores de calor, los trajes eran buenos, además los rusos le habían contado que las FARC colombianas engañaban a la DEA helándose el cuerpo con agua de los arroyos, así que no veía que fuera difícil evadir los detectores de calor.

Se sentarían con Saro a tomar litros de café durante días mientras leían los archivos secretos de MARYN. Y sería lo más grande de su vida.

* * * * *

Mientras caminaba Matt Harris había buscado en uno de los bolsillos del uniforme el medidor de corriente para apoyarlo en la alambrada. Cero. Podían cortar.

Con su ayuda, Saro se quitó la mochila de la espalda y la descargó en el piso, extrajo de ella una pinza enorme y se la pasó a Harris quien la apoyó sobre el alambre. Preferían eso a hacer luz con un soldador.

Le tomó unos minutos pero abrió un agujero grande, como para pasar agachados.

Buscó entonces la ballesta del danés y comenzó a ensamblarla, Saro lo ayudó armando el pie para el arma. Lo apoyó para calibrar correctamente el tiro, no era difícil, tenía una amplia pared como destino, pero apuntó con detenimiento para lograr una dirección lo más perpendicular posible al piso. Disparó.

La flecha de acero y titanio se clavó en el concreto de la pared con un chasquido metálico, la cuerda de acero que llevaba atada en la cola como una aguja había quedado lo suficientemente tensa. Colocaron la roldana y la

afirmaron en el extremo.

La cuerda estaba tendida a un metro del suelo, era necesario deslizarse por ella para evitar los sensores colocados en el piso y que funcionaban como minas independientes y sin alimentación eléctrica. La comunicación con el edificio era por ondas de radio y satelital hasta el bunker. Si las rozaban los habrían agarrado desnudos en la ducha.

Matt recordando sus épocas de cadete enganchó primero la mochila porque no podía cruzarla en la espalda y luego ajustó el cinto, cruzó ambas piernas sobre el cable y utilizó las manos para impulsarse y arrastrar la mochila hasta llegar al zócalo de cemento junto a la puerta de acceso.

Fabio ya estaba enganchando su roldana.

Aparentemente el robot de Fabio había trabajado bien, ese había sido uno de los mayores temores de Matt, pero no veía soldados armados rodeándolos, por ahora seguían siendo anónimos.

Estaba utilizando el equipo de trabajo de un ladrón profesional de joyas, y unido a un grupo de delincuentes estafadores y violadores de computadoras, esperaba que sus intenciones lo llevaran a buen puerto, que las cosas salieran bien y realmente pudieran evitar la trampa internacional de ilimitado efecto que la empresa de Ryerson pensaba tender a la humanidad. Era esa su única intención, y sabía que de todo el grupo solo Gail Preston podía pensar parecido, después cada uno tenía sus distintos motivos para tamaña aventura, pero él sólo pensaba en el bien común, en un mundo sano para sus hijos. Nunca hasta ahora había estado de acuerdo con el postulado de Maquiavelo de que “El bien justifica los medios” pero ahora actuaba de esa manera. Tal vez porque no había encontrado otra opción.

Los valores que lo impulsaban eran mucho más poderosos que los que cualquiera de sus socios pudieran tener, y eso le daba un respaldo para no flaquear aun cuando creyera que caminaba a su propia muerte. No se podía quedar de brazos cruzados viendo como en una oficina de negocios se decidía el destino del mundo, comprándolo y vendiéndolo como la más prostituta de las mercancías.

Había nacido y crecido para participar, nunca había sido un simple observador pasivo de la realidad, él era un protagonista. Y estaba decidido a no permitir que nadie arruinara la opción de sus hijos de intentar hacer un mundo mejor, él lo estaba intentado. El peleaba para mejorar el mundo.

No muchos podían decirlo.

* * * * *

Los ladrillos grandes y grises de la estructura semiesférica de la planta estaban algo erosionados por el clima, Harris apoyó la espalda sobre ellos sin sentir el frío que le habría traspasado la ropa si no llevara el traje.

El último en llegar a la puerta fue Joshua, inmediatamente sacó de la mochila una caja con las dimensiones de un maletín pequeño, un caño en una punta y un botón en uno de sus lados. No habían conseguido un sistema de seguridad similar al de la puerta para poder probar el pulso con ella pero de acuerdo al estudio de ingeniería que habían hecho tenía que funcionar. El pulso andaba a la perfección, eso sí lo habían probado.

Apoyó el caño sobre la tapa que había al costado de la puerta y apretó el botón. Escucharon el sonido de los integrados al fundirse, no sintieron ningún olor porque la máscara no se lo permitía pero adivinaron el tufo a quemado.

La puerta se abrió. Sin necesidad de que nadie se identificara, no chequeó estructura ósea, iris, huellas digitales. Simplemente se abrió permitiéndoles ingresar a la planta de MARYN.

Una luz potente y blanca les hizo achicar los ojos y cubrirse con las manos hasta que se habituaron a ella, Saro se quitó la bolsa de la cara y los demás lo imitaron, ya no tenía sentido llevarla, adentro no había detectores de calor.

Los tres buscaron en los bolsillos unos lentes de color rojo y se los pusieron antes de traspasar la primera puerta.

Todas las puertas del primer pasillo estaban cerradas y estaba activado el sistema de seguridad de luces estroboscópicas, para pasar de un sector a otro había que mirar por sobre la puerta el número de veinte dígitos que estaba escrito y que cambiaba cada treinta segundos y tipearlo en un teclado para que se abriera, solo que al mirarlo se iban a ver afectados por las luces. Todos sabían porque se habían interiorizado acerca de las armas de MARYN, que las luces estroboscópicas podían provocar vómitos, ataques de epilepsia, etc. Pero habían conseguido con los rusos unos lentes que apenas dejaban actuar las luces cinco segundos, mientras las memorizaban, luego emulaban sus intermitencias hacia los ojos, de esa manera estando calibrado su ritmo con el de las luces lo que la persona veía solo era una luz roja continua y sin variaciones. Eso los inmunizaba contra los daños que pudieran causar.

Avanzaron por el pasillo sin dificultad hasta llegar a la sección quince, allí estaba el ascensor que los dispersaría.

– Aca nos separamos –dijo Saro mirando directamente a Matt.

El policía no cambió el gesto duro, no estaba excitado ni asustado, se lo veía entero y sereno. Ambos dirigieron su atención a Fabio, buscaban en el algo que le asegurara que estaba bien, y que iba a controlar sus nervios.

No lo encontraron.

Saro necesitaba a Fabio ahí, necesitaba tener cerca sus conocimientos de robótica, así que no debía moverse de su lado, juntos llegarían hasta la caja de la computadora principal y juntos robarían los datos.

A Matt le había destinado el trabajo menos riesgoso, pero se debía a que todavía no estaba recuperado de las lesiones, sobre todo la del brazo, con Fabio deberían exigirse físicamente para llegar al quinto subsuelo, Matt en cambio tenía que subir a la terraza y para ello dependía del físico apenas lo indispensable, una vez arriba iba a preparar los tubos de combustible para la huída, la preparación de los tubos demandaba al menos quince minutos y si algo salía mal no tendrían de ese tiempo. Además alguien debía bloquear el ascensor para que no volviera a bajar, esos ascensores siempre esperaban veinte segundos y si detectaban que estaban vacíos volvían al punto cero que era el último subsuelo.

Fabio se colocó las sopapas en las manos y a la altura de las rodillas mientras gruñía algo inteligible, Matt le palmeó la espalda y recogió sus sopapas esgrimiéndolas a lo alto como un médico que se dispone a dar un electroshock.

Dentro del casco perduraba el silencio del exterior, apenas se escuchaba el leve sonido de fondo de algún motor o fuente de alimentación, Saro tuvo la sensación de que todo estaba limpio, pulcro y cuidado. Seguramente era la idea que la empresa deseaba transmitir, combinando los colores plateados de los objetos metálicos con las cerámicas y las paredes blancas e iluminadas hasta la exageración.

Matt se evitó el gesto de camaradería, no hubo un guiño, ni un saludo, simplemente había que seguir para poder llegar al final, y acabar con la misión lo antes posible. Probó los músculos de los brazos moviendo los bíceps aún dentro del traje aislante, tomó impulso y saltó adentro del ascensor para pegarse del techo tal como había practicado cientos de veces contra el techo de la habitación del fondo de la casona que Joshua había reacondicionado. Saro sin ingresar estiró la mano para oprimir el botón del piso de arriba, Matt lo miraba, balanceándose como un koala, o como un niño en su hamaca favorita. El ascensor subió.

El truco de no tocar el piso era para que el ascensor no detectara peso y no descubriera que había actividad, la gente de seguridad no recibía información de los viajes del mismo si no se detectaba peso. El tramo fue corto, apenas diez segundos y ya volvían a abrirse las puertas, agradeció al cielo por ello, el brazo lastimado le había comenzado a temblar, maniobró con las manos para darse vuelta y quedar de cara a la salida, se balanceó un poco más y saltó dejando las sopapas pegadas al techo del ascensor. Cayó sobre la cerámica del piso superior

y así la delicada balanza del ascensor jamás detectó su presencia, se quitó la mochila, sacó una vara de acero plegable, la armó rápidamente y trabó las puertas antes de que se cerraran para volver al último subsuelo. Ahora tenía el ascensor bloqueado y el pozo del mismo libre para Saro y Fabio.

Cuando el ascensor subió llevando a Harris, Fabio y Joshua utilizaron una barra tipo críquet para forzar la puerta de abajo, primero utilizaron una vara que tenía dos hojas sumamente finas y flexibles como un papel, que permitían al ascensor cerrar las puertas y así poder subir, pero luego con un sistema de palancas y engranajes podía lograrse que las hojas se fueran endureciendo y engrosando, y las puertas comenzaran a alejarse hasta lograr un espacio de diez centímetros, después utilizaron el críquet para completar la tarea y abrir completamente las puertas, y con una tercera vara similar a la que había usado Harris impidieron que las puertas del ascensor volvieran a cerrarse. Todas aquellas varas se las había cedido Larsen y según decía eran de su propia creación.

Saro dejó trabada la puerta de su piso, se calzó las sopapas en las manos y otras a la altura de las rodillas, había comprobando que le resultaban más cómodas allí que en los tobillos, sobre todo porque debía alcanzarlas con las manos para activar la llave que hacía que se pegaran y despegaran de la pared. Se asomó apenas para calcular su salto, los pozos de ascensores le resultaban familiares, aunque éste era bastante especial, en principio porque estaba limpio, pintado, y la superficie de la pared interna era lisa, sin las rugosidades y asperezas típicas de los lugares descuidados, y sin rastros de grasa y de motas de mugre acumulada durante años.

Fabio se había quedado más atrás, a la espera del salto de Saro, no habían tenido oportunidad de practicarlo en un hueco de ascensor verdadero, pero no era tan difícil. Solo pegarse y despegarse, sincronizando piernas y brazos para descender. Era importante mantener las piernas y los antebrazos firmes, ya le había detallado Saro todos los secretos.

Joshua retrocedió para tomar envión sin ocultar cierto placer en su sonrisa, saltó y con un tibio chasquido quedó pegado a la pared frente a la puerta un metro más abajo, despegó el brazo izquierdo para hacerle la señal a Fabio de que avanzara, éste se asomó tímidamente, primero pegó una sopapa cerca de la puerta y se agarró firme de allí, luego pegó la otra y se lanzó quedando suspendido de sus brazos, después las rodillas se adosaron a la pared. Ya estaba en marcha, aunque más atrás, pero Saro respiró aliviado de no tener que arrastrarlo todo el camino. Seguramente era complicado para él, pero no había llegado hasta allí para congelarse por el miedo, R/S no era así. Era un hombre valiente.

* * * * *

Lo primero que llamó la atención a Matt estando ya en el segundo piso fue la simetría de la distribución de los muebles, como si estuvieran pegados al suelo y no hubiera forma de que los empleados administrativos; que seguramente pululaban los días de semana; pudieran moverlos. Se sintió tentado de arrastrar algún mueble pero se contuvo, prefería andar con cuidado, las cosas iban bien hasta el momento y necesitaba que siguieran así.

La sala donde estaba era amplia, al menos había escritorios para unas treinta personas, con dos oficinas vidriadas que seguramente eran de los jefes y un recinto acondicionado con una mesa grande que serviría de lugar para reuniones. Había una puerta cerrada que según decían los apuntes de Gail Preston era la entrada a la sala de capacitación del personal. Aparentemente solo computadoras y proyectores. La escalera para ir a la terraza estaba al lado.

Matt bajó la mochila de sus hombros resoplando de alivio, los tubos estaban rompiéndole la espalda, y subió los primeros peldaños, era una escalera baja, metálica, de esas que se pueden ver en los barcos. Sacó de uno de los bolsillos del traje una bola verde que cualquiera hubiera confundido con plastilina, pero que en realidad se trataba de un explosivo plástico, lo pegó como si fuera masilla armando un círculo en la parte baja de la puerta metálica. El grosor de la chapa era delgado, y según sus estudios tenía una alarma en la cerradura que se activaría de abrirla sin autorización, pero no si seguía cerrada, aunque con un agujero en el medio de la puerta.

Retrocedió los escalones que había subido y se escondió él y la mochila detrás del escritorio más próximo. Apretó el botón del detonador.

Se quedó quieto unos segundos tras la leve explosión, a la expectativa de si el sonido había activado alguna otra alarma no documentada. Pero todo seguía tranquilo, con el mismo silencio sepulcral.

Volvió a cargar la mochila y avanzó por la escalera hasta la terraza.

Había repasado con Saro la forma de armar los tubos de combustible hasta el hartazgo, solo tenía que desplegar en el suelo el contenido de la mochila, y armar los tres juegos. Cuando sus compañeros cruzaran la puerta se colocarían los chalecos y volarían lejos de MARYN llevándose los datos.

Luego de cruzar el umbral caminó siete pasos en dirección al centro de la terraza, hasta que descubrió que no podía volver a levantar los pies. Estaba pegado al piso. El corazón parecía golpearle desde las entrañas, como un prisionero asustado por el destino.

De unos pequeños orificios en las baldosas salía una sustancia lechosa

que se esparcía y se solidificaba en segundos, todo el piso del casco se había convertido en un gigante papel cazamoscas.

Con la mochila cargada en la espada, Harris miró sobre sus hombros para ver si había posibilidad de escaparse hacia atrás, pero estaba rodeado, la superficie blanca se expandía desde un metro antes de la puerta hasta diez metros después de donde él había quedado.

Una película de frío sudor apareció en su frente y en las axilas, le molestó el traje y la mochila. Necesitaba pensar.

Estaba atrapado como una rata en la trampa.

Intentó levantar los pies, ahora con desesperación.

No había forma. El pegamento era muy potente.

Debía recuperar la calma –se dijo– no todo estaba tan mal. Debía pensar.

En realidad él no estaba pegado al piso, sino sus botas. Eso significaba que podía quitarse las botas y pararse arriba de ellas para estar libre, el problema era que no podía moverse ni un paso para adelante ni para atrás.

Perdió la vista un instante observando el radar a pocos metros de él. Lo habían burlado, habían burlado toda la seguridad de MARYN. Toda excepto aquel último detalle.

El viento de la noche a campo abierto le azotó el rostro y lo reconfortó, sus pocos cabellos volaron y entrecerró los ojos por el polvo.

La situación no era tan mala, después de todo no necesitaba caminar, tenía los tubos propulsores para escapar, solo debía armarlos estando parado, apenas algo más de esfuerzo, pero estaba bien. Podía hacerlo.

Cuando Fabio y Saro se acercaran les gritaría que no caminaran, que se quedaran sobre el umbral. Les arrojaría los tubos para que partieran desde allí, él tendría todo listo, y de ser posible el chaleco puesto.

El problema ahora sería maniobrar con la mochila, estaba pesada para ponerla entre las piernas. También podía apoyarla en el piso, no importaba si el pegamento no traspasaba la tela y no pegaba lo que había adentro.

Entonces recordó que luego de diez minutos él debía regresar para destrabar el ascensor y dejar libre el camino a sus compañeros, con el ascensor allí no había forma de que pudieran subir a la terraza porque tenían bloqueado el acceso.

Hundió la cabeza en sus manos con pesar, él iba a poder irse, pero solo. ¿Cómo haría para ayudarlos?

La noche oscura no le brindó ninguna solución, como una amiga traidora que solo atina a mirar con indiferencia mientras repite “no deberías haber venido” “no deberías estar acá”

Apretó un botón y giró una rosca en la pulsera que llevaba en la muñeca izquierda. Era la señal para Daniel, la señal de que había problemas.

Los dieciocho tubos que había colocados en los bordes de la baranda de la circunferencia que era la terraza, y que ellos habían dado por supuesto que eran cámaras, giraron con un suave ronroneo de motor. Ahora que los veía de cerca y que miraba en el interior del cañón del que tenía más cercano supo que no eran cámaras, que eran algún tipo de arma. Y que iba a morir.

Una voz femenina y dulce salió de algún parlante, interrumpiendo al viento.

– Se responde a la orden de eliminación del intruso. En diez segundos, ... nueve, ... ocho.

No tenía tiempo de armar el propulsor. Se quitó la mochila, aspiró y tomó impulso... si él no podía usarla tal vez Saro y Fabio encontraran alguna forma de llegar hasta allí. Debía dejarle las cosas cerca de la puerta.

– Siete, ... seis, ...

La mochila voló recorriendo al menos tres metros, pero cayó y quedó clavada, muy lejos todavía de la puerta.

– Cinco, ... cuatro.

No sabía qué tipo de armas eran pero no había forma de cubrirse, le apuntaban desde todos lados, desde el frente y la espalda, algunas a la cabeza y otras a las piernas, ... los tubos estaban lejos de la puerta, pero tal vez con un poco de imaginación pudieran agarrarlos, y escapar.

– Tres, ... dos.

Pensó en sus hijos, Benjamín y David. Había intentado luchar contra la corrupción para que ellos no tuvieran que sufrirla, había querido mantenerlos indemnes de los daños que los negocios y el dinero pudieran causar a la humanidad, no quiso morir pensando que la vida era una mierda. Prefirió pensar que sus amigos tomarían revancha. Que saldrían de aquella maldita cueva con los datos, que probarían el plan de Ryerson, que acabarían con aquel peligro internacional.

– Uno ...

Cerró los ojos. Luego los abrió. De las cámaras no salían rayos, ni balas, ni luces. Pero hacía más calor. En el cuerpo, ... sobre todo en la cara y en las manos que eran lo más expuesto. Se tapó con los antebrazos.

Teniendo los datos Gail Preston iba a incriminar a la compañía. La arrastrarían a la ruina e irían presos los responsables.

Todo comenzaba a arder, cada milímetro de su piel hervía, sintió que lo estaban cocinando, que por error había quedado encerrado en un horno de microondas, y que estaba a punto de prenderse fuego.

Pero no se incendió, de haber tenido los ojos abiertos hubiera visto como la piel de las manos se le ponía roja, se arrugaba y se agrietaba, sus cabellos claros se pusieron negros y se enrularon, los labios se le resecaron y se cortaron empezando a sangrar, la ropa empezó a arder incandescente, sin fuego, pero se consumía haciendo volar cenizas. Los globos oculares parecieron reventar y deslizarse acuosos por sus mejillas, el cerebro dejó de pensar en otra cosa que no fuera el dolor, al fin las piernas se aflojaron y cayó de bruces, y luego aflojó todo el cuerpo para quedar pegado al suelo, allí con la espalda ya al aire y sin vestigios del traje perdió toda la piel y se ennegreció la carne despidiendo un fuerte olor a quemado, en algún instante del tormento dejó de respirar, pero su cuerpo siguió calcinándose unos minutos más, hasta que el programa que comandaba las armas decidió que era suficiente.

* * * * *

– Saben lo que hacen –aseguró una vez más Gail a Daniel intentando tranquilizarlo, pero esta última vez parecía poner menos énfasis, como si lo repitiera por compromiso, o para convencerse ella.

– ¿Cómo conociste a Saro? –preguntó Daniel para salir del tema recurrente.

– Combatiendo –dijo ella riendo, su semblante se iluminó y otra vez mostró toda su belleza, Daniel entendía por qué Basílico se había enamorado de ella, parecía imposible evitarlo, atraía como el canto de una sirena. Creía haber descubierto un sentimiento similar en Saro, pero no había podido arrancarle una palabra al respecto.

Gail alisó inconscientemente el cabello suelto que le caía a ambos costados de la cara.

– Yo tenía experiencia como auditora y asesora en seguridad, pero recién empezaba en GCIC, y él se introdujo en el banco de datos de una empresa que yo estaba controlando, no era mi primer encuentro con hackers así que sabía qué hacer, lo seguí un rato vigilando sus pasos, pero él sabía todo el tiempo que yo estaba ahí, cuando pudo armar una lista con mis errores detuvo su trabajo y me envió el mensaje, le agregó en la postdata unas sugerencias para la configuración del servidor. Todas excelentes no lo dudes.

– Te impactó que pudiera darte consejos –afirmó Daniel, intentaba ser simpático pero la expresión del rostro no le respondía convenientemente.

– Bueno, yo era una niña, ... tenía, –dudó– ... veinticinco años. Creía saber mucho pero nunca había enfrentado a la elite. Saro me pr...

El estampido hizo saltar a Daniel en su asiento, la imagen en el monitor se convirtió en una mancha roja.

Sangre.

Había visto en una fracción de segundo como la cabeza de Gail estallaba, los cabellos se habían sacudido y la boca se había abierto.

Un pulgar grande y rojo limpió el lente de la cámara. Un hombre delgado de cabello entrecano y dientes desparejos y manchados apareció mirándolo.

– Hola, pendejo –gruñó con un extraño acento europeo.

Daniel no pudo responder, estaba mudo por la sorpresa y el espanto.

– Voy a mostrarte algo –dijo.

Daniel movió el mouse para hacer clic en el programa de grabación.

La cabeza de Gail apareció nuevamente, como la cabeza de un maniquí, esta vez tenía un agujero en la frente y la sangre chorreaba por los ojos, la nariz y la boca hasta ocultarse debajo del mentón.

¿Cuanto había pasado desde que esos labios se habían abierto para pronunciar su última palabra... diez... quince segundos?

El caño de una pistola se apoyó en la mejilla flácida e impresionantemente pálida en contraste con la sangre rojo bermellón. El dedo apretó el gatillo y un chorro espeso blanco y carmesí salió por el otro costado de la imagen.

Había visto morir a su padre y había vertido lágrimas sobre el último suspiro de su madre, sentía el corazón tan endurecido que podía haber formado callos, podía ser una piedra húmeda y fría, pero el rostro destrozado de Gail le revolvió el estómago y le llevó comida a la boca.

– Me encanta –dijo el hombre que otra vez se adueñó de la cámara, le hablaba a él, directamente –me encanta esta perra.

En un costado del monitor una señal de satélite pegó un salto y chilló un beep. En verde sobre fondo negro se dibujó una meseta, era la señal que indicaba que todo estaba mal. Pero había llegado tarde, Daniel ya lo sabía. Nada nunca había estado tan mal.

La computadora siguió grabando, incluso cuando Daniel abandonó su silla porque le dio asco mirar. La profanación a Gail Preston recién comenzaba.

* * * * *

Era quizás imposible que alguien pudiera abrir la puerta que daba al quinto subsuelo si no poseía una tarjeta magnética que se pasaba por un lector adentro del ascensor, la señal viajaba a la puerta y ésta se abría. Pero Saro sabía

que nadie había previsto que dos individuos pudieran bajar por el hueco del ascensor y llegar hasta los cables de corriente para cortar la energía de la puerta y abrirla manualmente. Después de todo era solo un pequeño detalle dentro de tremendo esquema de seguridad.

Fabio sostenía la linterna con la boca apuntando a las manos de Joshua, no quería soltarse de la pared, Joshua en cambio se sostenía con una sola mano mientras con la otra manipulaba el destornillador.

Le hizo una seña a Fabio, ya podían tirar de la puerta.

Llegaron al quinto subsuelo como quien trepa al borde de una pileta, a Fabio le costó el esfuerzo, pero Saro le tendió una mano para levantarlo. En la mochila de R/S estaba el equipo para abrir el gabinete de la computadora principal, y se le hacía pesado transportarlo.

Fabio se tomó algunos segundos para recuperar fuerzas mientras Saro guardaba las sopapas en la mochila y comenzaba a moverse libremente por el pasillo al que habían desembocado.

Le hizo señas a Fabio ansioso por continuar la marcha, el italiano asintió desganado y se levantó.

El pasillo terminaba en una habitación amplia, que recordaba el patio central de una casona vieja, y que daba acceso a distintos sectores del piso.

– Por acá –murmuró Saro caminando entre los sillones en el centro del hall.

Se detuvo frente a una puerta metálica, era la última frontera, el último obstáculo para beber el néctar de los secretos científicos de MARYN y revelar las oscuras intrigas de poder que se tejían en la mente de Ryerson.

Para abrir aquella puerta necesitaban una tarjeta magnética autorizada, un sistema controlaba que sólo una persona pudiera pasar, además la puerta abierta conducía a un pequeño pasillo angosto con una segunda puerta y un dispositivo de escaneo de iris para verificar la identidad del visitante.

De adentro se podía abrir ambas puertas pulsando un botón, el problema era cómo estar adentro.

Se le había hecho difícil a Saro encontrar la forma de burlar esa seguridad, pero sólo hasta que entendió que podía utilizar idénticos métodos a los que MARYN usaría, y que no tenían forma de protegerse contra ellos mismos.

La habitación de la computadora principal a la cual intentaban llegar estaba en uno de los lugares más recónditos de la planta, varios metros bajo tierra y totalmente aislada. Necesitaba sí o sí de una ventilación al igual que cada uno de los cuartos en cada uno de los subsuelos.

Para evitar intrusiones por los conductos de ventilación, MARYN había

diseñado tubos de veinte centímetros de diámetro por donde corría el aire puro que daba oxígeno a las personas y además mantenía una temperatura agradable.

Pero ya que un humano no podía introducirse por ellos bien podía hacerlo un pequeño robot. Una vez le habían dicho que una hormiga espía activada a cientos de metros del Pentágono, llegaría hasta el centro de reuniones sin ser detectada y burlando toda la seguridad. Ellos usarían una araña.

Saro buscó en su mochila la caja de madera en donde estaba el robot de R/S y se la tendió a su creador.

Fabio arrastró un sillón hasta debajo de una de las aberturas de oxigenación y levantó el robot para introducirlo en el agujero. Había tomado las coordenadas de los planos, el robot caminaría hasta la ventilación de la sala del servidor, luego bajaría por la pared hasta el botón de apertura, se colocaría encima de él, afirmaría las patas a la pared y presionaría hacia abajo para que las puertas se abrieran. Entonces entrarían de a uno y desguazarían la computadora.

Saro se quedó en silencio, esperando la apertura, como si estuviera concentrado o rezando, tenía los brazos alejados del cuerpo, sus palmas estaban húmedas y los dedos se movían involuntariamente.

La puerta se abrió tres minutos después permitiendo su ingreso.

Joshua Baker dirigió a Fabio una mirada que mezclaba gratitud y euforia. Fabio respondió levantando el puño.

Saro cruzó la puerta que se cerró a sus espaldas.

Pero no volvió a abrirse.

* * * * *

El cuarto estaba vacío.

No había ninguna supercomputadora ahí, solo una caja del tamaño de un monitor en el suelo. Nada más.

Saro quitó al robot y presionó el botón para volver a abrir las puertas.

Volvió a apretarlo...

Una vez más...

Se dio vuelta y volvió la mirada a la habitación blanca, inmensa y vacía. Había pequeñas marcas en el suelo de muebles apoyados. Habían cambiado la computadora de lugar.

Era una trampa.

* * * * *

R/S se quedó esperando junto a la puerta, primero y con el entusiasmo

no lo notó, pero luego comenzó a parecerle que Saro tardaba demasiado.

No tuvo tiempo de preocuparse mucho más, los pasos de la guardia de seguridad, ocho de ellos, lo obligaron a darse vuelta, el verlos lo asustó como si tuviera seis años y un monstruo saliera babeante del ropero. Había un hombre alto de cabello blanco entre ellos, vestía informalmente y tenía el rostro manchado de blanco, ... o de rosa.

Supo que era el Buscador, y que una muerte rápida sería su mejor destino.

El mundo se acababa para él, había corrido el riesgo, lo había sabido siempre, pero le costaba aceptarlo. Le costaba morir.

* * * * *

Le llamó la atención que aquella caja fuera lo único en toda la habitación intencionalmente vacía. Quien hubiera preparado todo ... el Buscador, quería que mirara en su interior, sabía eso y por tal motivo sentía rechazo a hacerlo, pero en una situación límite como la que estaba cualquier elemento innovador en el ambiente podía ser útil, podía darle nuevos recursos.

Abrió la caja y se echó atrás espantado, los ojos se le llenaron de lágrimas rápidamente, en la caja había dos frascos, uno con la cabeza de Janet y el otro con la de otra mujer, supo que era Gina, la esposa de Fabio.

Largó un grito de odio, de angustia y de terror.

Volvió a gritar llevándose las manos a los cabellos.

Quien hubiera preparado las cabezas se había ocupado de modelar los labios para que parecieran sonriendo. Las cabezas estaban riendo.

Sentado como estaba en el piso se impulsó hacia atrás con las piernas hasta toparse con la pared.

Los ojos estaban abiertos, seguramente le habían pegado los párpados, había sangre en la base del cuello seccionado. Sangre oscura y coagulada.

Sufrió por Janet.

¿Realmente había creído protegerla? O le había importado un bledo. O era verdad lo que ella le decía que no veía más allá de su propio ego.

Janet no tenía que morir.

Se secó las lágrimas de los ojos con el dorso de la mano, aún no estaba listo para enfrentar la muerte, pero mucho menos para lidiar con su propia miseria, con su egoísmo, y con su temor.

* * * * *

– Dejé un regalo adentro para vos –graznó el Buscador con una voz melosa que podía haber sido el zumbido de un insecto– no podía saber cuál de los dos iba a entrar primero –dijo en tono de disculpa– pero siempre fuiste su segundón, Fabio.

Fabio caminó retrocediendo, casi tropezando con la mochila que había dejado tirada en el piso, no entendió de qué le estaban hablando, pero algo le decía que era mejor así.

Los soldados avanzaron dos pasos adelantándose al jefe y apuntaron las armas a Fabio, llevaban ametralladoras y estaban enfundados en un traje azul marino, ninguno parpadeaba, ninguno parecía dudar, eran perros obedientes entrenados para matar, esperando la orden del amo mientras imaginaban con ansiedad el momento de apretar el gatillo.

– ¿Cómo se tu nombre? –aventuró el buscador interpretando el gesto de sorpresa en R/S– el método hipotético deductivo. Tu nombre aparecía suscripto a revistas técnicas, no hay muchos especialistas en robótica en el mundo, además crucé datos con los que tenían asentadas denuncias por golpear a su esposa, me quedé con una veintena de nombres, pero solo uno de ellos había comprado libros para aprender el ruso. Imaginé que de allí obtenías tus materiales, la mafia rusa es una excelente fuente de provisión.

– Use un pseudónimo para comprar los libros –refutó Fabio con voz entrecortada, mirando incesantemente a los costados y hacia las puertas, era solo un reflejo, no esperaba encontrar forma de escapar.

– Si, pero también usaste el mismo nombre en un newsgroup, fue fácil vincular tus alias todos utilizaban las mismas palabras y estaban preocupados por los mismos temas. Cambiaste tu nombre, tu forma de presentación, pero seguiste siendo vos todo el tiempo.

Fabio que normalmente aborrecía las armas de fuego se lamentó de no haber llevado una, aunque sabía que no le hubiera servido para defenderse, al menos podría haber servido para forzarlos a dispararle a matar, y evitar ser interrogado, le resultaba evidente que si aún estaba con vida era para torturarlo hasta hacerlo hablar. ¿Qué podía interesarles? Probablemente el paradero de Daniel y de Moloch. Un escalofrío le recorrió toda la espalda haciéndolo temblar, no importaba lo que la razón le pidiera, no quería morir. No con todo lo que tenía por delante, su vida no debía truncarse, era una vida que valía la pena vivir.

– No me maten... –rogó, desesperado.– tengo al menos... al menos cincuenta, sesenta... cien desarrollos que podrían interesarles –ofertó balbuceando dispuesto a defender su vida con lo que fuera, incluso su dignidad, su honor, y su hombría.

Un soldado que se había acercado más que el resto disparó y le acertó en el cuello, instintivamente Fabio llevó una mano sobre el lugar del impacto, pero no notó sangre, sí que se le aflojaron las piernas. Tambaleó y cayó sentado con la espalda en la puerta por donde Saro había desaparecido.

Sintió un ardor furioso moverse dentro de las venas, como si un grupo de demoníacos exploradores las recorriera con una antorcha. Lo habían drogado, con un suero de la verdad. Daniel estaba en peligro.

Vio al Buscador acercarse a él, no lo suficiente para tocarlo, pero estaba cerca. Evidentemente tenía ganas de charlar, lo dejó tirado donde estaba pero él se acercó un sillón rojo para ponerse cómodo justo delante de Fabio.

– No me mate –pidió sollozando, pero era un pedido burocrático, sólo una formalidad, empezó a notar que perdía el control del habla.

– ¡Por supuesto que sí! –exclamó el Buscador divertido– de eso se trata, ustedes caen en mi red, y yo me los como.

Las paredes y el techo giraron frente a sus ojos, también el rostro bicolor de sardónica sonrisa.

– Voy a decirte más –añadió el Buscador muy animado– en cuestión de media hora todos van a estar muertos. A esta altura solo me queda Daniel y tu amigo Saro –sonrió malignamente– ¡perdón! El gran Saro que esta atrapado como una cucaracha. En Mi –se señaló– Mi cloaca.

Fabio sintió la frente caliente y sudorosa, pero no supo si era por la droga o el miedo.

– Voy a matarte, voy a matar a Saro, voy a matar a Daniel –simuló consultar su reloj– a esta hora Gail Preston esta tan fría como mi corazón. Y valga la contradicción Matt Harris esta muy caliente –señaló el techo– en el piso de la terraza, lo freí como ... –llevó la mano a su sien agitándola– ... ¡ah, sí! ... –ensayó un acento italiano– ... una milanese.

Fabio quiso insultarlo pero solo le salía llorar, sentía la tráquea cerrada y la lengua le parecía grande y demasiado gorda para la boca, como si la garganta entera se le hubiera hinchado.

– También esta muerto Hermann Meier –esperó unos segundos para seguir– Te preguntaras quién era. Era Moloch. El estúpido hacker alemán. Drogón e inútil. Aunque no lo creas ni siquiera invertí tiempo en localizarlo, Gail Preston hizo la identificación por mí.

– ¿Te das cuenta de que dentro de media hora o poco más, mi trabajo habrá terminado? –agregó con satisfacción.

Fabio agachó la cabeza y ya no volvió a levantarla, su mente entró en una zona totalmente nueva para él, un estado de sopor donde la conciencia era débil y el cuerpo se hacía ingobernable.

– Quiero que me digas donde se esconde Daniel Páez. –ordenó el Buscador con voz firme pero sin levantar el tono.

Fabio supo que habló, que dijo algo mientras pensaba que ojalá Matt hubiera podido enviar el mensaje de alerta a Daniel antes de morir.

Cerró los ojos dándole la espalda al mundo, quedaba muy poco ya, esperó apenas un minuto hasta que un disparo en el corazón le quitó la vida.

* * * * *

Un tiempo atrás su respuesta hubiera sido distinta, se hubiera ido rápidamente, probablemente directo al aeropuerto.

Pero ahora estaba ansioso por ver quién venía a enfrentarlo, quién vendría por el hijo de Carol Ritchie. Revisó la carga de la pistola y la guardó en el bolsillo del buzo.

Sería la mujer oriental, la que había matado a su madre.

Buscó entre las pertenencias de R/S para ver si había sobrado algo de explosivo, encontró poco pero le iba a servir. Sabía como detonarlo, Matt le había enseñado.

Fue y vino por la casa, no volvió al cuarto de la computadora, ni siquiera para bajar el volumen y evitar escuchar los jadeos del depravado que violaba el cadáver de Gail. En su mundo ya no existía la justicia, pero tampoco la piedad, ni la compasión, solo el desprecio, solo el espanto.

* * * * *

Se alejó de la caja lo más que pudo, aunque no tanto como hubiera deseado. Necesitaba pensar, el Buscador le había dejado aquella sorpresa para desequilibrarlo, para inestabilizarlo emocionalmente y ganarle la batalla.

Pero Saro se había puesto de pie y ahora buscaba la forma de salir.

Que le hubieran tendido una trampa significaba que los datos que Gail le había pasado eran incorrectos. Los habían detectado y seguido durante todo el tramo. Probablemente los cables que habían cortado e interferido no eran más que un señuelo. Ella había obtenido la información de su jefe Jack algo. Ese Jack los había traicionado, había alterado los planos.

Probablemente Gail estaba ahora en peligro.

Debía salir de allí.

Solo tenía que buscar en la cabeza, que poner en marcha el pensamiento lateral. Sus ideas lo habían salvado de muchas situaciones peligrosas, el sabía, todos sabían, que funcionaba mejor al límite. Ahora debía demostrarlo.

El Buscador no contaba con que él llevara el juego de sopapas, podría trepar para llegar a la ventilación, pero ... ¿que haría después?. No había salida ahí. Lo único era la puerta.

También tenía al robot, podía mandarlo de nuevo al otro lado. Bueno, para eso debía reprogramarlo. Y no tenía los elementos, estaban en la mochila de Fabio.

El botón que activaba la apertura de las puertas estaba trabado, tal vez trabajando sobre eso podía arreglarlo, debía desarmar la tapa del botón, pero no había un tornillo para hacerlo. La tapa parecía soldada.

¡Tenía que pensar!, ¡pensar!, ¡pensar!.

Caminó de una pared a la otra, siempre evitando la caja. Tenía las manos en la nuca, casi tirándose de los pelos.

Este no podía ser el fin, debía ocurrírsele algo, siempre se le ocurría algo, ... ¡Por Dios! ¡Era el puto Genio de Vervaeck! No había nadie como él. Nadie en el mundo era más inteligente que él. Nadie podía vencerlo.

– Saro no pierde –dijo en voz alta, repitiendo la muletilla de sus seguidores– ¡Saro no pierde! –gritó.

Tomó carrera y pateó la puerta con toda su fuerza, pero solo escuchó el ruido seco del metal, era demasiado gruesa y hermética. Estaba atrapado y matarlo era tan fácil como a un conejo de laboratorio, sólo tenían que cortarle el paso de aire, ni siquiera tenían que molestarse en entrar.

Probablemente no hubiera un coeficiente intelectual más alto en todo el mundo, tal vez si se tranquilizara y pudiera concentrarse en el problema... las herramientas para abrir el gabinete de la computadora las tenía Fabio, si las hubiera tenido él tal vez podía haberlas utilizado para romper la tapa del botón y poder trabajar en sus controles.

De todas formas no sabía qué encontraría del otro lado de la puerta, pero sería mejor que estar en esa trampa sin duda.

Si no podía escapar la solución era buscar algo para poder negociar, cuando el Buscador traspasara la puerta con sus soldados él debía tener preparada una oferta por su vida.

Pensó un instante pero no se le ocurrió nada.

Había estado días pensando y no había podido elaborar un plan alternativo, ahora no sabía como salir. Estaba acorralado y no sabía como salir.

– No sé cómo salir –murmuró con la voz quebrada.

Volvió a tomar carrera y pateó el botón, sabiendo que sería inútil. Estaba nervioso, muy nervioso.

– ¿Estas escuchando hijo de puta? –gritó con toda su voz– ¡No se como mierda salir!

De las paredes blancas le volvió un eco imperceptible, le decía que a veces no había solución, que a veces los obstáculos eran infranqueables.

Lanzó un alarido y se arrojó contra la tapa del botón, clavó las uñas en el reborde pero se le zafaron, gruñó como un animal, tiró de una hebilla del traje hasta arrancarla e intentó clavarla en el metal de la pared, utilizó el canto de su mano para martillarla, abriendo una herida profunda. No se detuvo, golpeó una y otra vez, diez, veinte, cincuenta veces hasta que la hebilla voló de sus dedos y él cayó al piso de rodillas, mirándose las manos temblorosas y vacías.

– Qué patético –dijo la voz burlona del Buscador.

Saro miró a lo alto imaginando que iba a encontrar el rostro de su enemigo, luego aguzó el oído intentando al menos localizar el origen de la voz.

– Siempre te vi como un fracasado, un inútil engreído, alguien totalmente hueco. Sos una cáscara, nada más que una historia para contar a los adolescentes.

Lo estaba viendo. ¿por donde?

– Te estoy esperando, hijo de puta –exhaló Saro– estoy esperando que vengas.

– ¿Para qué, Saro.? Ya te conozco. Ya te atrapé.

Joshua Baker tembló presa de un terror paralizante.

– Cara a cara ... –la voz se le afinó y sonó como un sollozo ahogado.

Se escuchó la risa del Buscador.

– Nunca estuviste a mi nivel. Yo te avisé que eras un fraude. No tengo ganas de verte ni nada para hablar. Tu presencia me da asco.

Fue lo último que escuchó, luego empezó a sentir una extraña sensación de temblor dentro del cuerpo, a la altura de los riñones. Era una vibración ... ¡habían encendido las armas de sonido!

Joshua sacó las sopapas de la mochila y se pegó a la pared de un salto comenzando a subir por ella a toda velocidad, tenía la esperanza que las armas no lo alcanzaran arriba.

Cuando llegó a los dos metros de altura todo el cuerpo le temblaba como si estuviera recibiendo una potente descarga eléctrica, las venas de sus brazos se hincharon hasta reventar, el traje juntó líquido a la altura de los codos y gruesas gotas de sangre chorrearon por los puños.

Algo le explotó en la espalda, adentro del cuerpo.

Luchó con furia para seguir subiendo pero los brazos ya no le respondían, sintió un cosquilleo en el cerebro, los labios y las mejillas le temblaban deformándole el rostro. Alguien jugaba con un potenciómetro, subiendo y bajando la intensidad de las ondas de sonido, cambiando las frecuencias a voluntad, atacando distintos órganos.

El corazón perdió su ritmo, a la altura del hígado algo se retorció como si una rata hambrienta lo estuviera carcomiendo, la respiración se entrecortó.

Saro abrió grande la boca para respirar pero la nariz se le llenó de sangre, una arcada le hizo vomitar un líquido espeso y rojo. Sintió que orinaba y defecaba.

Intentó gritar pero se ahogó con su propia sangre, tosió y se convulsionó todo el torso pegado en la pared, los brazos se quebraron estruendosamente a la altura de los codos, el cuerpo quedó flácido colgado de los trapos flojos que eran las extremidades, la cabeza se bamboleó hacia atrás con los ojos abiertos, estaba perdiendo la conciencia.

Ya termina – se dijo.

Respiró burbujas de sangre enviándolas al pulmón, sintió la asfixia en la garganta, en el pecho, pero el dolor en el abdomen era lo peor, se desgarraba internamente.

El corazón pareció agrandarse dentro del tórax y explotó.

Joshua Baker murió colgado, chorreando por cada orificio del cuerpo.

* * * * *

El chasquido fue leve pero Daniel estaba atento y lo escuchó, la puerta de entrada se había abierto y cerrado. La mujer oriental estaba adentro.

Daniel esperó, agazapado como el cazador que era, en la absoluta oscuridad lo acompañaba el recuerdo de su madre, podía jurar que estaba allí, sosteniéndolo por debajo de los hombros, había un solo camino para llegar hasta él, y para ello había que pasar por la trampa.

La puerta de la última habitación lo protegía, también su madre que lo detenía y lo tranquilizaba, esperaría a que ella le indicara el momento de atacar, la mujer ya había cruzado el patio a la altura del baño, podía escuchar sus pasos, eran como las pisadas de un puma, pero podía escucharla, ... deslizándose, ... estaría ahora entrando a la cocina.

Tronó la explosión.

Daniel detectó el aullido de dolor dentro del estruendo, salió del escondite con el brazo bajo pegado al cuerpo, ya le había sacado el seguro al arma hacía una eternidad.

La última vez que se habían visto la mujer oriental tenía el rostro ensangrentado, ahora la escena se repetía, estaba tirada en el suelo, la mitad del cuerpo estaba en el laboratorio de R/S y la otra en la entrada de la cocina, no había rastro de una de sus piernas, aunque minutos más tarde tropezó con ella.

El olor al explosivo plástico era penetrante, ofensivo.

La miró a los ojos antes de matarla, extendió el brazo con firmeza, como si fuera un parante para el arma, una extensión de la pistola, con el pulso de un cirujano apuntó a la cabeza y disparó.

Dos, tres, cuatro tiros.

El cuerpo de la mujer saltó al recibir cada impacto.

Gritó en los dos primeros, luego solo fue un muñeco, un espantapájaros, como disparar a una bolsa de carne.

En medio del humo y la sangre encontró los ojos rasgados y muertos de la mujer, sintió la boca seca y pastosa.

En la habitación de la computadora aún se escuchaban obscenos gemidos de placer.

Se acercó para ponerle el arma debajo del cuello y volvió a gatillar.

Se había salpicado la cara con sangre.

Se relamió.

Apoyó el arma contra el pecho de la asesina y disparó nuevamente.

Dos, tres, cuatro tiros más.

Pudo oler la pólvora y sentir el calor en el caño de la 9 milímetros.

Siguió disparando, viendo como el cuerpo iba cambiando de posición, como si se arrastrara por el piso, pensó que teniendo las balas suficientes podía hacerla caminar por toda la casa.

La pateó antes de meterle la última bala.

Reservó el proyectil de la recámara para volar el monitor de la computadora donde el criminal desnudo, bañado en sangre y embriagado de placer cortaba algunas partes de Gail Preston con un cuchillo eléctrico de cocina.

Juntó algunas cosas antes de irse.

CAPITULO L

Descendió del avión algo aturdido, casi no había podido dormir en el vuelo, 'los' vuelos en realidad. Lima - Cancún, Cancún - México DF, México DF - Acapulco, diecinueve horas incluyendo las esperas en los aeropuertos. Todo gentileza de Michael Larsen.

Luego de la muerte de sus compañeros decidió irse del país, primero a Uruguay y de allí a Perú. Desde Lima le envió un mensaje al danés, le pareció correcto comentarle de la muerte de Saro, ellos eran grandes amigos y además habían perdido el equipamiento que había mandado desde México.

Larsen lo convenció de pasar unos días con él, Daniel se había resistido a la idea pero luego aceptó, estaba muy solo y quería conversar con alguien sobre lo que había pasado.

El chico recogió el bolso de la cinta transportadora y se lo colgó al hombro, cada vez transportaba menos cosas, la notebook se movía libremente entre las mudas de ropa interior y un par de camisetas.

Tuvo que esquivar los torpes movimientos de varios turistas agolpados en la puerta de salida del vestíbulo del aeropuerto hasta localizar el transfer que lo llevaba a su hotel, el Hyatt Regency.

Cabeceó varias veces en el viaje pero no logró dormirse, no podía hacerlo desde el día del ataque a MARYN. No lo dejaban dormir tranquilo.

A veces era la mujer oriental, otras veces el que venia a molestar era Saro, o Gail. Lo sacudían y le susurraban en el oído. Les gustaba fastidiar.

Dentro del paraíso tallado en cemento, y cerrada la puerta del cuarto, lo recorrió minuciosamente estando atento a los detalles, no esperaba encontrar al Buscador allí, acomodado en su cama, pero tampoco descartaba la idea. Nunca descartaba la idea de encontrarlo. De hecho estaba seguro que algún día iba a verlo, a él y a su amigo psicótico. Ese día tal vez fuera el último para él, o para ellos.

Era el tipo de cuarto que su madre habría calificado de muy cómodo tirando a lujoso, abrió las puertas que llevaban al balcón buscando un poco de viento y detuvo la mirada en el paisaje que presentaba la bahía. Todo se veía tranquilo y alegre. Deseó estar con Lyn, deseó tenerla para poder abrazarla muy fuerte. Luego saldrían a nadar y a tostarse al hirviente sol de la tarde. Pensar que ella estaba bien, que había escapado al peligro, era lo único que lo calmaba,

que le daba algo de paz. También volverían a verse algún día. Cuando todo terminara, cuando se hubieran acabado las municiones y no hubiera batalla que librar, cuando el soldado volviera a casa, a reclamar sus pertenencias.

Se sintió sucio, cargado de polvo, era otra sensación que llevaba consigo hacía varios días, se lavaba y se lavaba, pero nada le quitaba la sensación de aspereza en los dedos y la extraña picazón en la espalda.

El potente chorro de agua fría se le clavó en el cuero cabelludo, el pelo estaba creciendo un poco, esperaría a tenerlo más largo para teñírselo de rubio anaranjado, también llevaría la barba candado de aquel color. Se había puesto un aro en la nariz y otro en la oreja, ser un camaleón era ya una rutina, como salir a correr por las mañanas o almorzar con gatorade para recuperar energía. Había decidido hacer gimnasia con pesas para ensanchar el tórax y la espalda. Buscaban a alguien bien delgado y no a un atleta.

El frío del agua lo gratificó un poco, intentó relajarse, una vez más se descubrió con los puños cerrados y los nudillos blancos por la falta de circulación, abrió las manos y aflojó el cuello frotándose suavemente con el jabón.

Se secó a desgano y se tiró sobre la cama, apartó las almohadas acomodándose para dormir. Iban a volver, hasta que el cansancio lo venciera y pudiera sumergirse en la inconsciencia, los recuerdos iban a acecharlo nuevamente, como viejas películas en blanco y negro que se entrecortan y vuelven a brillar con las mismas imágenes repetidas.

Su madre temblando con la boca semiabierta, la asesina oriental mirándolo desorbitada, buscando el arma que había caído lejos de ella, ignorando el dolor en su pierna pero perdida por la sorpresa. Las cosas no le habían salido bien a ella, pero tampoco a él.

Carol saltaba con la gracilidad de una gacela, su padre estaba tendido en una calle de Art déco. Un hombre de saco azul abandonaba la mesa.

¿La muerte de Rob había sido su culpa? ¿y los padres de Lyn? ¿y Joshua, Matt, Angie, Mark, Frank, Fabio, Moloch? ¿todo su culpa? ¿era responsable de tal masacre?

Saro reía a carcajadas, con la cabeza inclinada hacia atrás, y la suficiencia mezclada en la mueca audaz de quien ha superado todos los escollos.

Nadie esperaba fracasar.

El teléfono sonó para anunciar una visita trayendo a Daniel de vuelta desde aquel lejano laberinto, el danés esperaba en el lobby del hotel.

Se enfundó en los desgastados shorts de jean y la camisa blanca con la que había volado, y bajó a encontrarlo.

Michael Larsen era un hombre que pasaba los cuarenta, de una elegancia

impecable, llevaba puesto un pantalón beige y una camisa rosa apenas remangada, lo suficientemente desabotonada para lucir sus pectorales lampiños y bronceados, distinguirlo entre los turistas que tomaban algo en la barra de lobby fue muy fácil, respondía exactamente a la descripción que Saro le había dado, el cabello rojo entrecano tal vez estaba más platinado de lo previsto, pero los ojos grises y la sonrisa amplia y blanca lo hacían inconfundible.

Le estrechó la mano con fuerza, expresando en el apretón mucho más de lo que podía decir con palabras.

– ¿Cómo estas guerrero? –preguntó el danés con voz lacónica, su gesto amable se topó con un inesperado muro de piedra.

– Bien –aseguró Daniel.

La sonrisa de Larsen se desdibujó lentamente, la frente arrugada y las pecas en las mejillas que hacían las delicias de las mujeres adineradas del jet set internacional se unieron a los pequeños ojos grises para conformar la máscara que le permitiera aflojar el nudo que Daniel le presentaba. La seducción era su carta de presentación, y su más preciada herramienta de trabajo, normalmente era encantador para todo aquel que no descubriera su lado vanidoso y egoísta. Era un play boy natural, vivía para él y su goce, nunca ataba su destino al de nadie más, simplemente porque adoraba la libertad y necesitaba paladear el riesgo.

Daniel le devolvió una sonrisa tímida que apenas era una mueca intentado no parecer descortés. Pero no era su voluntad, la sonrisa había sido robada, después de todo eso era Larsen, un ladrón, en el sentido más amplio de la palabra, ladrón de joyas y de sentimientos, experto tanto en cajas fuertes como en corazones, en bancos como en preciosas y ricas herederas.

Ambos quedaron mirándose unos segundos, hasta que el hielo en la mirada de Daniel pareció diluirse, era la señal que Larsen esperaba, pasó un brazo por el hombro del chico y lo condujo hasta la zona de piletas señalándole trivialidades, se sentaron cruzando la piscina principal, en una especie de balcón que daba a la playa por un lado y a la pileta por el otro. Desde allí dominaban con la vista toda la bahía, eran las seis de la tarde y el sol emprendía su marcha descendente hacia detrás de la Isla de la Roqueta.

Larsen pidió tequila, Daniel acompañó con un jugo de naranja.

– ¿Qué se supone que hacés acá? –preguntó el más joven, con la vista perdida en un punto del resplandor del sol en el agua.

Otra vez la mirada del danés se llenó de esplendor, abrió los brazos como tratando de abarcar todo el paisaje, respiró hondo y luego exhaló.

– Acá vivo, si es que puedo decir que vivo en algún lugar, digamos que paso acá la mayor parte de mi tiempo. Me gusta Acapulco, su ciudad, su playa,

su gente. Nunca trabajo acá, es como mi ... templo sagrado.

Volvieron al silencio unos segundos.

– Estoy preocupado por vos –dijo al fin el danés– ¿qué va a ser de tu vida? ¿cómo vas a enfrentar tus derrotas? Lo fuiste perdiendo todo, guerrero. Espero que te conserves, que no cambies lo suficiente como para sentir repulsión por vos mismo.

– ¿De qué hablas? –Daniel tomó un trago de jugo para mojar sus labios.

– Hablo de tus padres, tus amigos, tu venganza. Todo te fue quitado, habrás quedado vacío, como una botella sin contenido. El odio suele ocupar lugares vacíos, no le des ese espacio. El odio no puede llevarte a nada bueno.

Por primera vez Daniel pareció divertido.

– ¿Me trajiste a oír sermones?

– Tal vez te haga falta, los sermones son enseñanza, consejos, apoyo espiritual.

– No terminó, Michael –dijo Daniel con gesto amargo– aún estoy enhebrando el final de la historia. Cuando llegue al final entonces voy a relajarme, y a cambiar. A recuperarme.

– A encontrarte con vos –añadió Larsen– ¿qué tal si ya no estás? ¿qué tal si te perdiste en las tinieblas de un camino sin salida?

– Si no termino esto voy a vivir en esa bruma, voy a ser parte de ese camino eternamente. –contestó Daniel luego de pensar unos pocos segundos.

Michael Larsen observó al chico sintiendo una profunda compasión, luego negó con la cabeza.

– Habrás visto alguna vez esas películas americanas de hace veinte años, donde el final característico es que el muchacho bueno se retira a descansar en una isla del caribe, con varios millones de dólares en una maleta siempre robados a una mafia –continuó sin esperar respuesta– son típicos de una época, bueno, Acapulco es mi lugar, es donde terminan mis historias, mal o bien siempre terminan acá.

Daniel supo que el danés estaba por explicarle el porqué de ese viaje.

– Te estoy prestando mi Acapulco para el final de tu historia, guerrero –el viento leve de la bahía le revolvió el cabello– descansa, disfrutá la playa, utilizá la piscina del Hyatt y despejá tu mente. Punto final. Terminá la historia, es la historia de una derrota, hay que saber como perder, muchacho. Aceptarlo. No se pueden cambiar las cosas imposibles, una de las condiciones fundamentales para el éxito es saber desde dónde se parte, saber dónde se esta parado, aprender de lo que pasó. Estas en el nivel más bajo, de suerte conservás la vida.

– Esto aún no termina –respondió Daniel con firmeza.

Larsen escudriñó en el rostro del chico con cuidado antes de hablar,

encontró en él un temple acerado que no se correspondía con la descripción que Joshua le había hecho, por algún motivo su amigo había decidido adoptar al pichón de guerrero, tal vez porque veía reflejada en él su propia juventud, pero se había equivocado, Saro y Daniel no eran iguales, Saro siempre había tenido un corazón grande y rojo, cargado de vitalidad, el de Daniel en cambio era pequeño y oscuro.

Pero debía comprender que Daniel había vivido mucho en los últimos meses, tanto que había decidido dejarse llevar por el destino, no le interesaba gobernar los hechos, simplemente navegaba a la deriva, dejándose zarandear por la tormenta, y estando en el centro de ella, pretendía vencerla.

– MARYN es demasiado para vos, demasiado para mí, demasiado para cualquiera –sentenció– no tenés forma de vencerlo, no tenés forma de penetrar la planta.

La manera de hablar de Larsen trajo a su mente la imagen de Ismael Basílico, ambos se equivocaban.

– No pensé escucharte decir eso, según Saro vos decías que no había lugar impenetrable.

El danés desvió la mirada.

– Amigo –le dijo, su voz sonó distante, cargada de tristeza– soy un aventurero, es verdad. Pero no estoy loco. Jamás intenté robar Fort Noxt. Esta bien tener desafíos pero medianamente a tu alcance, una hormiga no trata de arrastrar un árbol a su madriguera.

Daniel aún lo miraba, inexpresivo.

Larsen apuntó el índice al rostro de su compañero, casi colérico.

– Cuando quiero jugar a la ruleta voy a Las Vegas, y apuesto fichas, dinero, nunca apuesto mi vida.

– No es verdad –lo increpó Daniel– asaltaste bancos, casas, museos. Arriesgaste todo en cada operación.

El danés hizo un gesto al chico de que bajara la voz, agradeció que el parlante chillaba con música latina y tapaba el sonido de su charla.

– Daniel –Larsen se incorporó hacia delante y juntó las yemas de los dedos– todo estaba bajo mi control, todo exactamente planeado, como la maquinaria más precisa, e imposible de fallar. Tu caso es el contrario, no tenés un plan, no tenés ayuda, nadie en quien confiar, no tenés posibilidades.

Larsen apuró el vaso de tequila y pidió otro.

– Tampoco tengo opción –susurró Daniel en un lamento, volvió la cara al mar y aspiró el aroma salino, luego entornó los ojos molesto por el reflejo del sol– ¿querés que me case? ¿que rehaga mi vida? ¿que busque empleo? ¿qué puedo darle a la gente? Solo tengo dolor, ... y miseria –miró directo a los ojos

grises del danés buscando comprensión y apoyo— MARYN es mi obsesión y mi motivo de vida, además de ser mi deber moral. No puedo desprenderme de mis recuerdos, no puedo simplemente dejar todo así.

El danés terminó el segundo vaso de tequila mientras perdía la vista en los veleros anclados en la bahía, luego de meditar un rato resopló con algo de frustración.

– De acuerdo –dijo– si lo necesitás, ... no comparto, pero acepto que tenés que continuar. Pero hacé un alto ahora, guerrero. Detenete a mirar alrededor. ¿apreciaste el paisaje? ¿apreciaste la música, el clima? ¿las mujeres? ¿el ambiente distendido?. Quedate acá unos días, descansá, disfrutá del sol, aquietá tu mente. Si tenés que llorar es bueno hacerlo, desatá acá tu derrota, amigo, ponele fin a esta historia porque de lo contrario va a consumirte, llorá y ahogá en lágrimas esos recuerdos que te dañan. Pero no permitas que los recuerdos te destruyan –metió la mano en un bolsillo del pantalón y extrajo un papel doblado en dos: un cheque– lo suficiente para moverte libremente y reacomodarte. Para volver a enfrentar al enemigo hay que rearmarse y ponerse fuerte.

– Gracias –contestó Daniel algo confundido– ¿por qué me estas ayudando?

– No tengo hermanos, consideraba a Saro como mi única familia. Viéndolo así podría ser tu tío –dijo con demasiada sinceridad– se levantó de la mesa para llamar al camarero– A ver –solicitó con voz entonada– un tequila para mi sobrino.

Estrecharon sus manos una vez más, luego Michael Larsen se perdió entre los turistas del Hyatt Regency Acapulco.

* * * * *

Daniel estaba intimando con la soledad, se relacionaba con ella como un enfermo con un extraño mal, un mal que lo dejaba perdido dentro de sí mismo, recorriendo caminos en su mente, sin saber bien de dónde venía o adónde iba, como si la mano de un malvado gigante lo hubiera recogido en sueños y depositado en medio de la nada. En la soledad había lugares que sólo podían visitarse en privacidad, allí escrito en las paredes se decía quién era, y qué quería, se contaba su historia, cuánto había ganado, cuánto había perdido. Allí estaban las fotos de cada persona que había amado, y que ya no estaban, que lo habían empujado al abismo de la soledad. Esa enfermedad que podía hacerlo fuerte o convertirlo en una sombra, para siempre.

Bebió el tequila de un sorbo como si tragara un carbón encendido, luego bajó a la playa y se sentó. Por primera vez se detuvo a observar la ciudad, los

edificios amontonados sobre la costa en el sur, más retirados en la parte norte, descubrió grandes estructuras diseñadas para agasajar al turista, bares, restaurantes, hoteles, discotecas, museos, mercados, ...

La banda que tocaba en el bar del hotel insistía con el ritmo de bolero, el calor se le hacía insoportable, corrió hasta el agua a mojarse un poco, se sentía tibia a esa hora, el mar estaba manso, luego volvió a la arena lejos de las mesas que preparaban para la cena, se tiró boca arriba a mirar el cielo. De pronto ya era de noche, miles de luces rodeaban la bahía, desde los edificios y las casas ubicadas en las montañas, algunas de famosos artistas según decían.

Respiró una vez más el profundo olor a salitre y se relajó. Robert, el matrimonio Stravensky, sus amigos, todos desfilaban bordeando la luna, danzando alrededor de ella, observándolo tan tranquilo, tan cómodo y acostado, tan vivo, lo miraban y lo señalaban, y gritaban, y lloraban, y morían. Volvían a morir de mil maneras mientras Daniel imaginaba sus últimos momentos. Una brisa fresca lo hizo estremecer.

– Se acabó, entonces ... –apenas pudo balbucear, sollozando– ... todos están muertos.

Y estaba solo, absolutamente solo, desorientado, sin respuestas, sin soluciones. El juego estaba terminado y él había caído. Sus fantasmas lo creían vivo, pero estaban equivocados, estaba tan muerto como ellos. Sintió compasión por si mismo.

Algunas lágrimas asomaron y caminaron hasta la arena, y las siguieron otras, y otras más, hasta que ya no pudo parar, empezó a sacudirse y se dejó dominar por una angustia inmensa, arrolladora, que lo desgarró y le quitó todas las fuerzas, le hizo desear morir, desear desaparecer para olvidar y que ya no existiera nada, y no lo apenara nada más. Estuvo así mucho tiempo, tantas horas que podían haber sido días de no ser porque el cielo seguía oscuro y las estrellas resplandecían, y daban vueltas, daban vueltas mientras él buscaba más lágrimas pero no tenía, parecía haberse secado. Entonces se durmió, acunado por el arrullo del agua de mar y una tenue música de salsa.

* * * * *

Siguiendo el camino de la playa, hacia el este, se veían las grandes mansiones, que estaban construidas sobre la montaña, había pocos metros de arena hasta el comienzo de las piedras y una sola avenida principal bordeaba toda la costa. Hacia el oeste la Isla de la Roqueta, donde se encontraba la imagen de la virgen de Guadalupe sumergida, en los atardeceres podía verse el sol ocultarse tras la isla, formando una campana roja oculta detrás del horizonte.

Muchos botes rodeaban la playa del Hyatt, delimitada con unas sogas con boyas para que la gente no cruzara, de todas formas a la hora de sumergirse en el agua, Daniel como los demás turistas preferían la pileta. Los botes eran privados algunos, de la gente adinerada que utilizaba Acapulco de refugio, o de comerciantes que los alquilaban para excursiones, había ido en uno de ellos con Larsen a ver a los clavadistas, el danés quería contarle cómo había conocido a Saro, subidos ambos en las rocas, trepando con las manos para dejarse caer a un vacío de cien metros calculando exactamente la distancia del salto, lo mejor era zambullirse en la parte más honda que tenía apenas cuatro metros de profundo, un error de cálculo podía provocar una tragedia. Larsen, a quien había seguido viendo todas las noches pero bajo la estricta promesa de no hablar de futuros planes de ataque a MARYN (la historia terminada según él) le contó que algunos de los clavadistas habían quedado paráliticos por el golpe en la cabeza, él conocía a un hombre que había golpeado el agua con el oído y se había roto el tímpano. Habían pasado varios años desde la última vez del danés, pero no tanto desde la última de Saro. A Daniel le gustó imaginarlos, ambos con sus mallas de nadador, luciendo el cuerpo bronceado, subiendo los cien metros de montaña con la fuerza de sus dedos para tirarse desde lo más alto, sin dejar de bromear un segundo, extendiendo sus manos para oír el aplauso del público.

Las noches convertían a la bahía en un inmenso árbol navideño en forma de herradura, el agua estaba siempre serena y permitía ver a los peces muy próximos a la playa, Daniel casi había pisado a una pequeña raya, y se había cansado de esquivar gaviotas en vuelo rasante al anochecer. Entre las luces de las montañas algunas sobresalían como supernovas: el faro de la isla de la Roqueta, las luces de los boliches bailables, y la cruz en la cima de un monte que un habitante del lugar había instalado en memoria de sus hijos muertos.

Larsen resultó una excelente compañía, recorrieron juntos la playa, compartieron eternos ratos de silencio, tomaron sol y se bañaron en el mar, por las noches comieron en los mejores restaurantes mientras el playboy deleitaba al argentino con historias de amoríos y de robos, grandes y pequeños robos, y los problemas hallados en cada uno de ellos, relatados con excelente humor y sinceridad. De a poco, Daniel volvió a sonreír, y hasta a reír con ganas, recuperó el sueño de las noches y sus fantasmas le dieron una tregua.

Acapulco fue un oasis en la ruta del desierto, un lugar donde beber un trago, aprovisionarse, curar las heridas y meditar luego del descanso. Así en su corazón la duda se transformó en deseo, la necesidad en una meta y el odio en una ingobernable voluntad.

Cuando Daniel partió de Acapulco llevaba consigo la mente despejada y el corazón de un jugador a quien le han aceptado revancha.

EL GENIO DE
VERVAECK

CAPITULO LI

Las paredes estaban por combarse.

Permanecía quieto, prácticamente estático mientras esperaba y se sumergía cada vez más en aquel universo de materia diluida.

Estaba tendido sobre la cama, con el rostro pétreo, casi congelado, pero interiormente sentía los músculos sumamente relajados. Los brazos y las piernas que percibían la suavidad de la sábana parecían sueltos e independientes del resto del cuerpo, si estaban quietos era por gracia del azar, pues ya no eran gobernables. Había empezado a ‘flotar’.

Toda su existencia se sintetizaba en un pequeño sector dentro del cerebro, concentrado detrás de los ojos, él estaba allí, y la cáscara de carne se iba alejando de la realidad, como se alejan los objetos de distintos mundos, distintos planos, en forma irrevocable, inexorable.

La sustancia cambiaba su densidad, eran instantes, y muy poco perceptibles, pero cuando lo sorprendía el ‘trance’, cuando ‘flotaba’, entonces la realidad era más palpable, más auténtica, hacía legible al mundo de babel que los humanos transitaban, los objetos brillaban con otro fulgor, desaparecían los filos, las superficies duras y punzantes, los colores eran más nítidos y podía verlos agitarse, podía captar la vibración de los colores más allá de los ojos, podía leer las superficies con las manos, los sentidos cambiaban su relevancia situando al tacto como el hijo dilecto. El tacto lo leía todo, y comprendía todo. Pero los demás sentidos también mutaban, así podía escuchar ruidos y exclamaciones de otra dimensión, no de un mundo extraterreno sino de vecindades que murmuraban en decibeles imperceptibles a un oído en condiciones normales. La vista se acortaba, como si recibiera señales distorsionadas en sus contornos y formas, se redondeaban los vértices y los colores fluían.

A veces sentía los dientes libres, y frescos, como si no tuviera labios y una brisa de otoño corriera entre ellos.

Lo llamaba ‘flotar’ por una cuestión motriz, ... el físico no se movía de acuerdo a sus ordenes precisas, y cuando podía hacerlo simplemente se deslizaba por el aire, sintiendo la resistencia del mismo, como si se sumergiera en agua a mínima profundidad, donde los objetos cambian de brillo por efecto del sol y los movimientos se hacen lentos. Había cambiado su teoría de los movimientos al razonar que en realidad éstos seguían un desplazamiento normal, lo que pasaba

era que se aceleraba su mente, y pensaba a un ritmo tan superior que los movimientos le parecían de ficción, como trucos de cinematografía.

Al principio el 'flotar' lo arrastraba como un vendaval, y él solo atinaba a dejarse llevar, como el adicto desbordado en éxtasis, dejarse guiar y delirar, y experimentar sensaciones vedadas. Pero luego aprendió a montar en el huracán y a hacerlo propio. A gobernar su mente y buscar estados más profundos de trance. Quería saber si podía llegar al final, ... si lo había.

Podía estar volando, suspendido en el aire sobre la cama de la habitación, lo hubiera creído de no ser que aún sentía a la piel rozar la seda de las sábanas.

El sonido siempre venía después, comenzaba leve, como un ligero dolor de cabeza, luego palpitaba en las sienas: los latidos. Los latidos dentro de los oídos, dentro del cuerpo. Había pensado que eran los suyos pero latían distinto, parecían venir de las paredes, mientras él estaba agitado ellos mantenían su ritmo, y golpeaban como un tambor, como si él fuera el cuero de un extraño bombo, latían en forma pertinaz, ordenada, matemática.

Cuando las paredes latían el techo giraba, y las sombras se movían, amenazando con cambiar de posición.

Las paredes se combaban, aunque apenas, era sólo una leve concavidad, en realidad todas las sensaciones del trance eran moderadas, pero reales.

Cuando caminaba sentía los huesos huecos como los de un ave, se sentía tan liviano que era capaz de planear en vez de usar los pies. Sus plantas parecían acolchadas o tal vez era el piso que se convertía en un gigantesco almohadón. Y había un rebote, no todos los pensamientos pero debía manejarse con cuidado, sabía que algunos rebotaban, y volvían, volvían incontables veces hasta salir del trance. Era lo más molesto de 'flotar': el rebote.

A veces pasaba días enteros sin flotar, pero lo común era cambiar de estado al menos dos veces por día, la intensidad variaba de acuerdo a patrones indescifrables, había intentado emular la entrada de una señal para lograr la determinar la valencia de la salida, ... la teoría del control, ... la teoría del caos. Aún no podía discernir qué fuerzas impulsaban y sustentaban aquella actividad cerebral. Pero sabía que tenía estrecha relación con la diferenciación en sus mecanismos de razonamiento. Su rendimiento intelectual, es decir el comportamiento de su inteligencia misma era diferente al del resto de las personas, y según su teoría tenía mucho que ver el estado de trance, dado que la adquisición del rendimiento se producía por etapas a partir de la inteligencia sensoria-motriz durante los primeros años de vida, el hecho de 'flotar' a una edad tan precoz había enriquecido en caudal y calidad la cantidad de sensaciones aprendidas, el desarrollo del proceso dinámico de la inteligencia había sido exacerbado por sus estados 'diferentes' de observación y comprensión de la

realidad en la fundamental y asimiladora edad temprana que era determinante sobre todo hasta los seis años de edad.

Se sabía sin embargo que la 'genialidad' debía ser de nacimiento, no podía ser adquirida, pero sí reforzada, sostenida y alimentada por los estímulos.

Algunos científicos pagarían con el alma para investigar la capa de mielina que envolvía las fibras neuronales de su cerebro, por eso el anonimato era vital y sagrado.

Antes de cumplir los tres años le habían regalado la primera computadora, había practicado con ella juegos sencillos hasta que ocho meses después aprendió a leer y escribir, entonces pudo crear sus propios programas. Había logrado un diploma preuniversitario en sistemas a los nueve años, y fue entonces cuando decidió que ya había obtenido de las instituciones educativas todo lo que podía necesitar, de allí en más el camino del saber era suyo.

A los diez años y basado en sus amplios conocimientos de física cuántica se dispuso a revisar detenidamente las ideas de Einstein respecto al tiempo relativo y a la velocidad de la luz. A los once años pasaba los ratos de ocio diagramando la instalación central de una imaginaria planta atómica.

Presionado por sus padres (que en sus momentos más amables lo creían un fenómeno circense) y por qué no reconocerlo, por una propia e indisimulable vanidad, aceptó realizar un test de de inteligencia desde el más estricto anonimato. El puntaje obtenido de IQ fue de 248, dieciocho puntos más alto que el de Savant, de quien se decía era el ser humano más inteligente del planeta.

Mantener oculta tal información costó algunas amenazas a su familia, amenazas que luego debió concretar para dirigir su vida como quería, sin responder a órdenes y caprichos de quienes no pensaban mejor que él.

La realidad puede ser inteligible, Gail.

El intelecto es un repertorio muy amplio de operaciones que incluye el pensamiento, la integración, la capacidad para hacer relaciones, y la observación. Observación Gail, la calidad de la observación y estudio de los fenómenos, el dar vuelta alrededor de la experiencia para sorprenderla por la espalda, con los pantalones bajos, y explorar su lado oculto a partir de las propias y limitativas aptitudes humanas. ¡Quién pudiera no ser Hombre al menos un corto período de tiempo, y aprovechar para embriagarse de estímulos y sensaciones desconocidas!

Estamos limitados por nuestra propia fisiología, digo que las propiedades inherentes a lo humano son avaras, mezquinas. Necesitaríamos más para comprender mejor, para alcanzar el verdadero conocimiento. Tal vez algún día podamos rozar o sentir el calor de la proximidad a la VERDAD.

A eso me refiero, Gail, ese es mi regalo para vos. Quiero acompañarte en el camino, tengo dibujado el mapa. Pero el camino del desarrollo es un sendero de espinas, es un combate contra Dios. Una persona en condiciones normales, aun con tu inteligencia, no tiene la menor posibilidad de Comprender. Ni siquiera de entender el significado de esa palabra. La evolución del hombre es la evolución de su conciencia, no se puede evolucionar inconscientemente, la evolución del hombre es la evolución de su voluntad y no se puede evolucionar involuntariamente. Sé que aún creés en el progreso y la cultura, pero nada cambió desde hace miles de años, la gente sigue en esencia exactamente igual, solo hay un cambio exterior, superfluo, la gente culta y civilizada vive motivada por los mismos intereses que los salvajes e ignorantes. Vivimos inmersos en una sociedad basada en la violencia y la esclavitud. Debemos ser violentos y esclavizar si queremos subsistir. Hay fuerzas que se oponen a la evolución de la humanidad y que la humanidad no puede sortear, no puede librarse de aquella influencia castradora, pero Un hombre, puede. Un hombre solo puede saltar las vallas, no así la humanidad. Podemos nosotros Gail.

La realidad bajaba de lo alto en forma de hebras, solo había que subir por ellas, trepar. Podía trepar cuando ‘flotaba’.

Ismael se conmocionó cuando volvió el rebote con la imagen de Gail, era como si una idea se le introdujera en la cabeza por la fuerza, y ocupara todo el espacio, expulsando cualquier otro razonamiento, se quedaba unos instantes y desaparecía, para luego volver. No se sabía cuando regresaba, pero siempre tenía una frecuencia irregular, no era una señal periódica sino totalmente caótica e impredecible. A veces volvía tan insistentemente que no podía hilar ninguna frase, o debía esforzarse por mantener la concentración, entonces lo obligaba a pausar su motricidad, moverse más lento, hablar entrecortado, ... había un proceso residente ocupando casi todos los recursos del cerebro, pero él no podía matar la tarea, no podía resetearse, solo cerrar los párpados y asimilar el efecto. Y esperar. Siempre pasaba.

Casi la totalidad de los rebotes sufridos en la última semana habían sido de ella, la había tenido haciendo roles en su cabeza. Sabía que Gail lo había estado rastreando, pero se resistía a comunicarse nuevamente con ella, no hasta que el grupo de idiotas que la merodeaba sufriera el exterminio causado por su propia ineptitud. La proximidad de esa gente le daba alergia, y no quería explicarle a Gail sus pareceres, discutir con ella o refrendar sus opiniones. Ella debía darse cuenta de la situación. Debía usar la inteligencia para seleccionar relaciones, de otro modo se vería perjudicada. Si él le decía a ella que sus

amigos iban a ser manejados como cobayas en un laboratorio, ¿cómo podía negarse después a colaborar para salvarlos? ¿cómo justificaría su pasividad? ¿le diría que permitió que los asesinaran por el bien de ella? ¿para que dejen de parasitarla? Ella no podría comprender. Y ahora estaba expuesto a permitirle indagar y cuestionar episodios de su historia, como el ataque al Jury, sabía que Gail iba a pedirle explicaciones, quería escuchar sus motivos aunque aún no estaba preparada para entender. No iba a poder asimilar las causas de aquel ataque sin antes conocer sus teorías acerca del funcionamiento del universo. Podría hablar recién cuando los otros estuvieran muertos, en principio porque ella no tendría influencias negativas, y por otra parte el dolor la tendría que predisponer a abrir la mente.

Solo tenía que aguardar para enterarse cuando habían muerto. Luego esperaría si aún no había pasado al menos un mes. Después volvería a contactar a Gail.

Sintió al corazón latir detrás de los ojos, tenía cerrados los párpados pero los abrió para poder ver como el techo de la habitación se estiraba y las sombras mortecinas de los muebles se alargaban proporcionalmente. Aspiró hondo para gozar del dulzón olor a naranjas, olía a naranjas cuando los objetos se distorsionaban.

Sonó una chicharra de alerta, una especie de abeja atrapada en el interior del oído, algo tan molesto que disipó un nuevo rebote y lo obligó a tensionar los músculos, sintió a su cuerpo moverse y se incorporó. Con las pupilas dilatadas intentó acomodar las siluetas en el camino hacia la puerta. La seda de la sábana se le despegó de la piel y los pies desnudos pisaron las baldosas frías, inclinó la cabeza y las articulaciones de la nuca tronaron. Se levantó.

Movió las piernas avanzando como lo haría una marioneta, el sistema nervioso parecía alertargado, estimaba llegar a la silla junto a la puerta antes pero le llevó más pasos de los que parecía, se apoyó en ella para mirar en el monitor de la PC quien estaba tocando.

Al parecer no habían muerto todos.

El más pequeño estaba allí, las crías a veces se salvan de las masacres, los especímenes adultos se encargaban de su protección, pero la cría rescatada quedaba siempre sola e indefensa, nunca tardaba mucho en morir y acompañar el destino de sus congéneres.

Podía dejarlo allí, hasta cansarse, pero supuso que él mismo se hartaría antes, las crías indefensas se ponían fastidiosas buscando protección, estaban inseguras y desesperadas, eran capaces de perseguir devotamente al verdugo que les retorcería el pescuezo. Y el zumbido se le haría intolerable, la abeja no pararía hasta picarle el tímpano.

Se aferró a la silla antes de abrir.

La cría tenía ahora el cabello largo y enrulado, con barba desprolija y una casaca militar que lo hacía recordar a los ex combatientes de Malvinas que pululaban en los subtes. En el rostro no traía buenas noticias, estaba arrugado como buscando protección frente a lo que iba a pasar, lo que iba a enfrentar al hablar, le tenía miedo.

Lo que iba que decir no era grato, Ismael no necesitó escuchar nada, el rebote de Gail fue tan fuerte que lo hizo tambalear, Gail gritaba, ... un largo alarido de dolor.

Con la mano hizo un gesto a la cría que pasara, el guerrillero no dejaba de mirarlo, esperando algún movimiento brusco, Ismael sintió a sus colmillos asomar, como si fuera un vampiro, o un león que apresta las garras.

– ¿Esta muerta? –se escuchó decir, pero su voz era lejana y estaba acompañada de un eco. Además Gail aullaba cada vez más fuerte.

El joven asintió con un gesto mientras daba dos pasos en la habitación, Ismael supuso que si llevara un escudo lo estaría sosteniendo en alto, tal vez pensaba que él iba a rebanarle la cabeza con un hacha.

Sintió que una mano helada se habría paso por su pecho hasta el corazón, las uñas afiladas se clavaban en él y lo arrancaban, y la sangre, el dolor, y toda su esperanza le salía expulsada del cuerpo. Todo lo bueno estaba afuera, se estaba yendo sin despedida. Le resultaba increíble como todo podía esfumarse y cambiar en sólo segundos.

¿Y si ahora estaba hueco? ¿Y si lo único bueno había desaparecido por siempre?

¡Ya no sufras Gail! ¡Ya no sufras más o voy a enloquecer!

Las piernas debían haberse aflojado, debió caer al suelo y las lágrimas debieron brotar, pero nada de eso pasó, se quedó parado explorándose las palmas, como a quien acaban de robarle algo de entre los dedos.

– Lo lamento –dijo la cría– me pareció que tenía que contarte –hablaba con cuidado, como el aprendiz de domador cuando se acerca a la fiera por primera vez. Eso era después de todo, un aprendiz, un tonto aprendiz irresponsable. No, irresponsable no, él sabía lo que estaba haciendo y cómo arriesgaba la vida de Gail, además les había advertido. Y no les había importado.

Apretó más fuerte el respaldo de la silla.

Llorar habría estado bien, pero las lágrimas no le respondían. ¿Dónde estaban? La congoja era muy fuerte pero no se exteriorizaba. El cuerpo funcionaba mal, siempre pasaba eso, no acompañaba a la mente en forma sincrónica.

Hubo otro rebote, fue como si el alma de Gail se le metiera en el cuerpo y usara su garganta para gritar, sintió vibrar sus cuerdas vocales, pero no el clamor del grito.

El guerrillero no expresaba asombro, así que supuso que no emergió sonido de su boca, los muebles y las paredes giraron una vez y se detuvieron, como si fuera la última vuelta de la calesita.

¿Es contra mí esta vez Yahvé?

Ya voy a ocuparme de tus asuntos.

Había reglas no escritas, pero implícitas como norma de convivencia, el universo y él eran vecinos, y ambos sabían que no se tocaba a Gail. Estaba bajo SU protección. Alguien había meado fuera del tarro.

– Era lo que no tenía que pasar – murmuró para sí.

La cría asintió como si entendiera.

¿Qué podía entender? ¿Qué podía saber? ¿Qué hacía estorbando en su casa y curioseando en su dolor? El sufrimiento debía ser algo privado, o convertirse en una ofensa. El niño debía desaparecer, después de todo su especie estaba extinguida.

¿Había una risa tras la máscara seria? ¿Había llegado hasta allí para burlarse de él? ¿Para mofarse diciéndole ‘no nos importó matarla’? Solo habían pensado en su quimera, arrastrando a quienes le tendían una mano.

¡Que grupo de idiotas útiles manejados por el demonio que era Dios!

– También murieron Saro, R/S y Matt – dijo la cría adoptando una postura de rata en el borde del laberinto. Sabía que no estaba en una buena situación, ¿qué hacía adentro de la tumba y por qué se acercaba aquel camión con tierra?

Ismael caminó hasta la puerta y cerró con llave.

El dolor era una lanza en el costado, sintió gotas de sudor bajar del cuero cabelludo, ¿o era sangre de la corona de espinas?

¡Qué solo estaba! ¡Qué solitario sin la única persona que podía entender! Se sintió abandonado en un desierto, deseó no volver a hablar nunca más, ya no tenía nada para comunicar al género humano. Lo único bueno de su vida había muerto. Ahora él mismo se había convertido en un túnel con una única salida, pero al final no había luz, había una oscuridad suprema, y agazapados en la negrura estaban el espanto, la muerte, la derrota y la furia.

Sin embargo habló.

– No puedo creer que me la hayan quitado – su voz sonó quebrada, algo ronca. Los ojos aún se negaban a humedecerse.

Ismael cerró los puños y los acercó a las sienes, apretó los dientes esbozando una mueca amarga, ... a la mente le vino la palabra Desolación, ... sin duda era la palabra justa, aunque raras veces el lenguaje humano, cualquiera que

fuese, lograba expresar con precisión lo que los sentimientos transmitían.

Ismael sabía que la pena podía matar, que si daba rienda suelta a su dolor y lo dejaba adueñarse completamente de su ser, entonces podía morir, el sufrimiento podía ser inmensurable, insoportable.

Morir de pena era trágico, ...y era una buena muerte. Significaba haber amado algo, y haberlo perdido. Significaba haber vivido con 'Intensidad'. Tal vez deseara hacerlo, tal vez morir, tal vez matar, la muerte traía a la muerte, ... ya se había derramado la primera sangre.

Notó que su cuerpo estaba fuera de armonía, el flujo sanguíneo aumentaba en los músculos, el rostro en cambio sufría una vasoconstricción, los latidos se aceleraban, desde el hipotálamo se registraba producción de noradrenalina y dopamina, y en respuesta las glándulas suprarrenales segregaban adrenalina. Estaba en alerta, la señal se había transmitido a los centros nerviosos productores de catecolaminas y la acción de la fenilalanina y la tirosina se propagaba velozmente por todo el sistema nervioso.

Sintió el sudor en las axilas.

¿Por qué matar saciaba? ¿Se debía a la liberación de energía al desprenderse el espíritu? Una liberación provocada, adrede. Lo sabían los shamanes de las tribus africanas, lo sabían quienes ofrecían sacrificios a sus imaginarios dioses. Matar era poder más, subirse más alto que el otro; quitar la piedra del camino daba siempre satisfacción, pero no tanta como arrojarla lejos, inalcanzable.

Gail rebotó una vez más.

¿Podía estar muerta realmente? ... ¿Su cuerpo rosado ahora pálido e inerte? jamás había podido gozar del contacto de su piel. Jamás lo haría.

Con un gesto la cría pidió permiso para apoyar su bolso en el sillón, lentamente se desabotonó la campera verde.

Soy Amadeo.

Quien te admira.

Quien te escucha.

Quien te espera.

Evidentemente pensaba ponerse cómodo, pensaba charlar, ... pensaba en evadir la responsabilidad. Quería engañarlo.

Y te darás cuenta también que no te sé, pero te adivino.

Que no te tengo pero te siento.

Que no te conozco pero te pienso.

¿Hacía calor?... la mano cerrada sobre el respaldo de la silla estaba húmeda... su propiedad más valiosa: el conocimiento, se iría con él a la tumba, revelarlo era leerle un jeroglífico a un mono.

*Cuando en un beso puedas contarme tus secretos.
Y revelar los misterios de tu amor.
Cuando al fin te tenga y pueda abrazarte con mil brazos,
hasta llevarte dentro mío.
Hasta sentir la humedad de tu respiración entrecortada.
Y acomodarme junto al calor de tu piel.
Cuando yo habite tu corazón y tu alma y tu ser.
Y ya no puedas pensar más que en mí...*

La irresponsabilidad era característica del género humano, pero no la aceptaba en su propia casa, y afectando a sus propios bienes. No aceptaba la burla, no aceptaba la estupidez, no aceptaba la inocencia, no aceptaba liviandad, la lástima, la indefensión. No aceptaba la imprudencia, no aceptaba el robo, no aceptaba la incompetencia.

La silla se elevó surcando el aire con un leve silbido, la cría apenas pudo reaccionar, sintió al armazón de madera sólida astillársele en el cráneo, cayó contra el sillón y luego al piso.

La cría chilló y su cuerpo tembló en el suelo con un espasmo, los ojos se abrieron y se cerraron dos veces, Ismael lo estudiaba con la misma indiferencia con que observaba a las cucarachas mover las patas dejando atrás el contenido blanco de sus tripas.

Flexionó las piernas para aplicar mejor el golpe y volvió a bajar la silla sobre la cabeza de la cobaya, que rebotó contra el suelo mezclando el ruido a hueso con un graznido ronco.

Ismael sintió que la garganta se le hinchaba, como si estuviera congestionado y no pudiera respirar, y le ardiera igual que al dragón después de expulsar su fuego.

Vive conmigo, Gail, –había querido decirle– vive conmigo hasta el final, seamos inmortales, ...juntos.

Le besó las manos y la abrazó. El calor de su cuerpo era indescriptible, sintió sus pechos perfectos apoyados contra él, los pezones duros, la boca suave susurrándole al oído súplicas de amor.

Todo era mentira, todo una vieja y deteriorada película proyectada mil veces por su cerebro, ¿cómo haría que cesara? ¿cómo detendría aquella ilusión?

Las manos de Gail se le enredaron en el cabello mientras su boca jugaba a darle leve mordiscos en el cuello.

La mano seguía aferrando el respaldo de la silla, sólo que ahora estaba de pie junto a un desconocido de campera verde, el tipo tirado en el piso como un borracho durmiendo, con los ojos entreabiertos y algo de sangre mojándole el pelo.

La silla volvió a suspenderse en el aire y bajó sobre el brazo del guerrillero, esta vez Ismael sintió el ruido del hueso al quebrarse.

¿Qué puedo servirte? –le dijo a Gail, quería ser amable, ser cortés, no sabía bien cómo a ella le gustaba que la trataran, en cuestión de sentimientos nada era exacto, nada posible de calcular, nada capaz de ser predecido–. *Tengo pocas bebidas, por lo general tomo agua con gas, o cerveza. Si hubiera sabido que venías habría comprado un buen vino, y preparado una cena de cheff* –estaba nervioso, temió que la ansiedad navegara hasta la voz y ocasionara altibajos en los tonos.

Ella se sentó en el sillón, esquivando distraídamente al tipo en el suelo.

– *Charlemos, Amadeo –le sonrió– hay tanto de que hablar.*

Era hermoso pero no cierto, sintió que debía conformarse con ello, Gail ya no estaba.

– ¿Gail? –la buscó con la vista por la habitación–. Necesito que vuelvas.

Golpeó con el puño la mesa.

– ¿Gail? –levantó la voz, se notó desesperado a partir de escucharse.

Caminó hacia la puerta, yendo y viniendo sobre sus pasos, sin rumbo, solo sintiendo, saboreando la angustia y la muerte.

Aspiró hondo para luego gritar con toda su potencia, quiso gritar “Gail” pero no fue eso lo que salió, solo era un quejido agónico, una plegaria frustrada al igual que su futuro, derrumbado e inexistente.

Corrió desencajado hasta la cobaya pateándolo de pleno en el estómago, el cuerpo se arqueó aún inconsciente y abrió la boca buscando aire.

Algo asomó de un bolsillo.

Un disco.

Dos discos.

Ismael los recogió con algo de aprensión, como una carta que no quisiera leer, pero no pudiera dejar de hacerlo.

Se sentó y puso un disco en la computadora, curioseó el contenido: planos, sistemas de alarmas, diseños de armamento contra intrusos. La planta de MARYN. Lo apartó para ver el segundo.

Gail.

Podía haber sido una imagen hermosa, de belleza sobrenatural, de no ser por el agujero en la frente. La piel se veía especialmente blanca. El agujero era profundo, escarlata, recién empezaba a bajar la sangre por las cejas y las mejillas, llevaba muerta unos segundos. ¿Se habría desprendido ya el alma?

Quien la sostenía lo hacía de los cabellos, se prometió ver rodar esos dedos antes de matarlo.

El líquido espeso y oscuro, formaba figuras debajo del mentón, y había

cubierto los ojos. ¿La cría había registrado eso para él? ¿Había querido torturarlo, tatuarle en su espíritu y para siempre tal espantoso recuerdo?

El caño de una pistola apareció en un costado de la imagen, el rostro perfecto de Gail se sacudió, y una lluvia de dientes y sangre emergió por el otro lado, como un volcán en erupción.

¿Es tu jugada Yahvé?

¿Es tu forma de pedir la otra mejilla?

– Me encanta esta perra –murmuró una boca enferma.

– El mundo esta lleno de perras encantadoras –le dijo Ismael– no debiste elegir la mía.

– *Abusó de mí –dijo Gail.*

Amadeo asintió, frotando las primeras lágrimas de los ojos.

– *Era tu lugar –insistió Gail– adentro mío.*

– *Si.*

Recordó de Cristo su mensaje más ruin.

“Perdónalos, no saben lo que hacen”

¿Te gustaría eso, no Yahvé? Te encantaría verme sufriendo y sin venganza.

Pero exijo una satisfacción.

¿Cómo vas a jugar tu ajedrez con una pieza fuera de control?

El enfermo desgarró la ropa de Gail con una avidez morbosa, lo hacía para la cámara, cuidando de quedar bien encuadrado.

Ismael no pudo evitar mirar el cuerpo desnudo.

El criminal sonrió antes de tirarse sobre ella.

Me pregunto qué van a hacer ahora, cómo van a detenerme, dónde van a esconderse, cómo van a huir de mí.

Gail volvió a rebotar mientras el criminal jadeaba, Ismael se levantó de un salto y estrelló el puño contra el monitor de la PC, que explotó incrustándole miles de vidrios en la mano.

Gritó, pero no de dolor.

Gritó de odio, de asco, de hartazgo.

Arrancó los cables del monitor, lo levantó y lo arrojó a un rincón cerca de la puerta, ... tenía otro monitor de reemplazo, salió a buscarlo pisando una mano de la cría al pasar.

Abrió la puerta del depósito con una patada que hizo a la puerta volver para recibir otra más. Tomó el monitor y lo enchufó rápidamente.

Sacó el disco de Gail y puso el de los planos.

Volvió a gritar, presa de una angustia incontrolable, una por una arrojó las sillas a la puerta de entrada, luego derribó la mesa y la pateó, varias veces hasta

chocarla contra la pared.

¿Será hoy el día?

¿Será ahora el Armagedón?

En los planos de MARYN las distintas cañerías formaban ríos y ramales, arroyos, lagunas, una geografía perfecta y por consiguiente hueca... solo lo imperfecto era bello.

Unas gotas gordas y espesas salpicaron el teclado, iban esparciéndose lentamente, por la P, la K, la L, el punto... Ismael arrancó un trozo de vidrio incrustado en el nudillo de su dedo anular... le había molestado un destello.

El mouse se deslizaba sobre vidrio molido, los botones ahora rojos clickeaban a un ritmo frenético, en la mente de Amadeo se iban grabando las fotografías de cada uno de los circuitos, relacionando las partes, aplicando la síntesis como ninguna computadora podía hacer.

Los caños de comunicaciones llevaban gas, una forma de lograr seguridad contra el 'pinchado', tal vez ridícula si el cable va embutido en la pared de concreto, pero habían mantenido la standarización porque el cable entraba y salía del edificio. Los caños de calefacción estaban lejos salvo en uno o dos puntos, se acercaban en un último empalme más de lo aconsejable.

Amadeo entró en cada uno de los servidores de los satélites más próximos a la ubicación de MARYN, eran ocho en total, las claves de acceso de root en cada servidor era de dieciocho a veinte dígitos, él las sabía todas, recordaba las claves con una facilidad especial, no sólo de esos ocho servidores, recordaba claves de novecientos quince servidores de máxima seguridad, podía recitarlos de memoria si no lo aburriera hacerlo, las claves cambiaban periódicamente, pero nunca lograban confundirlo.

El frío y el calor, el fuego y el hielo.

Gail rebotó y a Amadeo le pareció flotar sobre la mesa de la computadora, los dedos seguían pegándole al teclado.

Una computadora que tenía paso por Internet controlaba parte del sistema de calefacción y refrigeración de la planta. No así el de ventilación, pero era suficiente.

¿Sabés que pasa si echás acero fundido sobre tierra cubierta de nieve?

La tierra estalla, Gail, con cierto retraso y gran violencia.

Estalla.

Tal como lo haría un sol incandescente al chocar con un planeta helado, así se creó nuestro sistema solar, un sol mucho mayor que el que hoy conocemos impactó contra una gran acumulación de hielo cósmico que lo penetró. Hubo una larga espera, centenares de miles de años, ... y luego el vapor de agua lo hizo explotar. Así tenemos nuestro planeta

girando, Gail.

Las manos de Ismael ya estaban sobre el sistema de calefacción, puesto al máximo en sólo una de sus líneas, saturando la resistencia de los caños.

Frío y calor.

Estamos flotando en una zona intermedia, tironeados como niños de ambos brazos por fuerzas opuestas, frío y calor, atracción y repulsión, la explosión inicial nos aleja y la fuerza gravitacional nos atrae a la masa más cercana.

Pero la fuerza de la explosión encuentra resistencia en la materia del universo y va disminuyendo, mientras que la fuerza de gravedad se mantiene constante, así llegará el momento en que la luna caerá sobre nuestras cabezas, y cada planeta en el más próximo, y luego ya en forma de hielo acabaremos en el sol, quien absorberá el hielo por otro centenar de miles de años, y luego: Estallará.

Esperó a que los caños asimilaran el calor lo suficiente antes de concentrar el poder de la refrigeración en un solo tramo del ramal, el mismo que había hipercalentado.

El fuego y el hielo determinan la vida y la muerte, el comienzo y el fin del ciclo. Frío y calor, atracción y repulsión, son las fuerzas básicas, la lucha eterna del universo. Pueden crear nuevos mundos, y devorarlos enteros.

Gail estaba otra vez en el sillón, no sonreía, se tapaba el rostro con el cabello y miraba hacia abajo, hacia sus pies.

– No es nada, Gail. Podemos curar esa herida. Siempre vas a estar hermosa –musitó, pero le mentía, le mentía porque no había cura para ella. Sólo Dios podía revivirla, y Dios no deseaba hacerlo. No tenía por qué hacerlo. El mismo la había desecho, había mostrado su poder sobre ella, sobre el futuro, sobre Ismael.

Gail comenzó a llorar.

– No te pongas mal –rogó Amadeo– ... no voy a poder soportarlo – se levantó para acariciarla y la abrazó. Pero solo se quedó con él unos segundos y luego empezó a diluirse, mientras se iba él apretaba el abrazo, quería retenerla, pero Yavhe se la quitaba, se la robaba.

– ¡No la toques! –rugió. Pero Gail ya se había evaporado.

¡Te metés en lo mío, Yavhe! ¡Voy a meterme también en lo tuyo!

– ¿No tenés temor de Dios? –retumbó una voz tan fuerte que lo arrojó de rodillas contra la mesa volcada.

– ¿Temor? –se burló Amadeo– voy a patear tu tablero. ¿En dónde está Tu temor? ¿Por qué no estoy muerto? ¿Por qué puedo desafiarte?

No es todopoderoso, Gail.

Si el universo comenzó con una explosión, el Big Bang, todo partió de una materia, el lugar donde la gravedad y el calor se potenciaron al máximo, todo partió de Dios. Cada elemento del universo entonces es parte de esa única materia. Nosotros, vos, yo, todos. Todos somos parte de Dios. Entonces no podemos ser tan diferentes a él, somos él.

Dios es todo, es el Absoluto, todos los elementos sumados del universo forman a Dios.

Entonces, el Absoluto es tan material tan ponderable y mensurable como el hombre, Yavhé puede ser pesado, medido, resuelto en sus elementos constitutivos, calculado y expresado en una fórmula.

Y no le temo a nada que pueda ser expresado en una fórmula.

El programa volvió a tomar el control de la calefacción, los caños estaban al rojo.

Amadeo se levantó tambaleando, se tocó los oídos para ver si sangraban, pero no pudo determinarlo, tenía ambas manos cubiertas de sangre.

La cría estaba inmóvil, parecía mirarlo pero los ojos estaban demasiado quietos.

– Tal vez no es tu culpa, debe ser difícil dominar la estupidez –dijo Ismael.

El frío y el calor seguían actuando, luchando, librando una más de sus batallas esta vez en el interior de un monstruo ignorante de su enfermedad.

Según Hermes como es arriba es abajo, el cosmos y el hombre, el hombre como un universo en miniatura, un igual al Absoluto.

La madera puede tener agua, el agua puede contener gas, la materia más fina penetra a la más grosera, así como un programa virus, un pedazo de software, puede demoler todo un sistema de computación, yo puedo penetrar a Dios.

La regla numero uno es estar libre de sus cadenas, yo encontré la puerta trasera para salir del juego, la civilización es manejada por Dios, la gente no es más que piezas, engranajes. Las personas son esclavos, y la esclavitud no hace más que aumentar, y es irrevocable porque es voluntaria, la gente ama su esclavitud y esta orgullosa de ella.

Otra vez los huesos eran huecos, huesos de ave, inflado por el aire se sintió flotar, se aferró de la mesa donde estaba el teclado. El techo giró y las paredes se hincharon, vio su propia mano moverse lentamente hasta el mouse para dar marcha a otro ciclo, ingresar otra perturbación, Ismael sabía que los sistemas con almacenamiento de energía no podían responder instantáneamente

y presentaban respuestas transitorias, imaginó una entrada de escalón unitario, era fácil generar ese tipo de entrada y suficientemente drástica dado que conociendo la respuesta a la entrada escalón era posible calcular la respuesta a cualquier entrada. Para el cálculo utilizó la condición inicial normalizada con el sistema en reposo, con la salida y todas sus derivadas en el tiempo igual a cero. Tenía el sistema controlado, faltaba poco para la ruptura.

¿Cómo vivir sin ella?

¿Cómo dejar de extrañar lo que nunca había ocurrido?

Había sido MARYN, ... MARYN era de Ryerson. Lo recordaba.

Había sido el Buscador... Lawrence.

Y su lacayo el húngaro Imre Viskes. Lo tenía en un video violando el cuerpo muerto de Gail.

Sería cruel con ellos. Sería Satanás.

Después de todo Satanás era Dios. Y Dios Satanás.

Un mismo actor para dos papeles, como una mala comedia.

Se sentó a esperar frente a la computadora, la sensación de flotar volvía con más fuerza, como si el sillón no fuera más que un pozo, que lo tragaba para hundirlo en otra dimensión, para que el mismo cuerpo y conciencia compartiera la experiencia en más de un mundo, pero los programas no flotaban, no se detenían, no eran afectados por la experiencia, y el monitor seguía contando el inicio de cada ciclo, Ismael abrió la boca y miró al techo, le daba la impresión de que iba a rajarse, podía abrirse en dos como las fauces del monstruo que era y dejar así de fingir, podía oírle latir el corazón, era un sonido fuerte, como el de un bombo, percutiendo demasiado cerca.

Si él explotaba habría otro big bang, otra mente causando la creación, la destrucción, pero aún no era el momento, aún no estaba en condiciones de enfrentarlo, debía esperar, y no dejarse llevar por ofensas engañosas, ... el Jury había sido como arrojar una piedra a la ventana de Dios, había sido una forma de mostrarle que también él tenía control sobre su mundo, también él decidía las muertes y las catástrofes, el alfil había roto las reglas, ahora se movía como una torre y había comido un peón.

¿Qué te pareció eso Yavhé?

¿Crees que vas a poder aplicarme reglas?

Tal vez tenga que aceptar y convivir un tiempo con las leyes de la física, sólo hasta que encuentre la forma, hasta que encuentre la puerta trasera, todo es un gran plan, un tremendo plan con muchas imperfecciones, yo sé como colgarme de ellas, conozco varios pasillos que ni vos mismo transitaste.

El Jury fue la muestra que le dio confianza, le había mojado la oreja a

Dios, lo que seguía era más grande, algún día tomaría el control del tablero y haría saltar todas las piezas.

Mientras tanto el inglés Lawrence, el Buscador, el que sin saberlo era discípulo de Dios y empleado del Diablo, sería un escarmiento, sería una forma de decir: tampoco yo respeto tu propiedad.

Menos ahora que no tengo nada.

Nada que perder. ¿Existe algo más temible que alguien sin nada que perder?

Creía haberse ganado un respeto, se lo recordaría a quien debiera recordarlo.

El rebote de Gail fue un poco más tenue, pero igual sintió las uñas en la espalda, le arrancó una sonrisa.

Estuvo allí un rato indeterminado, fueron horas, varias horas. ¿o había cambiado el día? ¿qué importaba? ¿qué importaba cuantas vueltas daba la tierra? Igual el tiempo no era navegable, y el pasado no podía volver.

Se perdió como acostado en un velero, mirando las estrellas, acunado por el mar, hasta que la chicharra lo trajo.

Cuando volvió tenía saliva en el mentón y un sabor ácido en la boca, notó que las manos estaban llenas de costras de sangre coagulada y pedazos de vidrio. También tenían huellas de dientes.

La cría no se había movido, pero respiraba. La sangre en el piso se había secado.

El ambiente olía a naranjas.

El monitor de la PC parecía flamear, acababa de sonar la alarma que le indicaba que el caño de datos de la planta estaba roto, el gas comenzaba a escapar.

Se incorporó rápidamente y pasó a la pantalla de los satélites, leyó atentamente para ver cual se movía: el japonés.

Tipeó la clave de logín y se acomodó dentro del sistema, expectante para recibir los datos de MARYN.

Cualquier sistema de seguridad necesita un backup, por lo que leía en los planos tenían una sala de backup interna, pero era obvio que ante un ataque o un desastre natural o provocado por el hombre, que por otro lado no era impensable trabajando con material bélico, debían tener una forma de sacar de allí rápidamente la información, el conocimiento, su capital más valioso.

El satélite japonés o era de ellos o había sido alquilado para emergencias, recogería los datos y los mandaría a otra central en algún lugar del mundo. Ismael desviaría la trayectoria para capturarlos en una central de su confianza.

No les permitiría realizar la copia.

Se quedaría con todo.

Ellos sabían de la vulnerabilidad de los sistemas de transmisión de datos, por eso la información estaría codificada con lo último en software de encriptación, seguramente desarrollado por el reconocido Lucient. Una mente interesante sin duda, habían participado de algunos debates en la red, le gustaba hacerse pasar por una mujer de Louisiana, pero Ismael conocía las identidades reales de todas las personas que chateaban con él. Conocía sus ideas acerca de cifrado seguro. Y sabía cómo romper sus códigos.

Ismael esperó tres minutos para comenzar a bajar la información de MARYN a su disco rígido.

No necesitaba todo para comenzar, con lo primero que recibía podía encontrar un patrón, desarmó las tramas del protocolo para revisar los datos como un biólogo haciendo una disección.

Lucient tenía la idea de que un sistema híbrido que combinara la descomposición en factores primos con el método de la mochila podía ser un buen comienzo, el teorema de Euler afirmaba que para evaluar la función de Euler de un número era necesario conocer su descomposición en números primos, era fácil demostrar que un número entero no era primo gracias al teorema de Fermat, pero eligiendo dos números n y e , siendo n producto de p por q , con p por q primos, y dividiendo el mensaje en bloques de x dígitos, ...

Amadeo trazó en su mente el algoritmo del RSA, y lo combinó en un jenízaro con el método de Merkle y Hellman donde $MC = E_{ki}(t) = t_1k_1 + t_2k_2 + \dots + t_{100}k_{100}$, era sabido que este cálculo era más veloz, en vez de mil multiplicaciones en aritmética modular para cada operación solo necesitaba 200 sumas, ambos métodos habían pasado bajo su lupa durante un tiempo inusualmente extenso, la seguridad del sistema de RSA estaba basada en la dificultad de factorizar un número en producto de sus factores primos, el cálculo basado en el algoritmo de factorización más rápido conocido: el de Schoroepfel, decía que para un cantidad de dígitos razonable por la extensión se demoraría cuatro billones de años para descifrar la clave por fuerza bruta. Pero el método de Schoroepfel era una oruga comparado con el método de su creación. No usaría la fuerza bruta, nunca la había necesitado con ningún algoritmo, solo era cuestión de volver hacia atrás, descubrir estados iniciales originaron la salida, volvía al sistema de control.

Pero seguramente Lucient no había dejado su código así, tendría mezclado conceptos de DES, IDEA, RC4, MD5, SHA ...

Además debía haber agregado un último proceso, ... necesitaba alguno de curva elíptica, la diferencia entre este sistema y RSA era en que principio basaban la seguridad, mientras RSA te retaba a encontrar los factores primos de

un numero grande, CCE planteaba el problema del logaritmo discreto elíptico, y a partir de dos números retaba a encontrar cuántas veces sumar el primero para obtener el segundo. Para esto existía el método de índice, otra carreta a comparación del avión que él había construido.

El criptoanálisis era un arte, un arte hermoso del cual era adicto, y el mejor artista.

Amadeo rió con verdaderas ganas mientras la clave de 2048 bits se reconstruía lentamente, en forma fraccionada, luego de cada corrida de su proceso decodificador.

Aplicó el programa conversor a la información que iba bajando a su disco, entre lo que se almacenaba no sólo estaban los planos de los diseños de cada uno de sus productos, también estaban los passwords de los equipos de computación.

Le llevó pocos segundos acceder al equipo de vigilancia, todo el armamento de defensa activo o dormido era controlado desde allí, dedicó un rato a leer la información de la cría respecto a los movimientos en la planta, quería imaginar la escena. Era de noche, los había atrapado durmiendo, con los ojos lagañosos, no por nada los griegos habían reconocido a Morfeo y Tánatos los dioses del sueño y de la muerte como hermanos, los guardias de seguridad estarían en alerta, cumpliendo su trabajo, corriendo por los pasillos con las armas listas, buscando al intruso que pudiera haber ocasionado la ruptura del caño de datos. Los científicos y el personal jerárquico estarían despertando, reunidos en alguna sala de conferencias dentro del bunker subterráneo que los alojaba, o cuchicheando por lo bajo a los costados de sus camas, tal vez sirviéndose un café.

Alerta roja, estaban siendo atacados. Pero nadie lo creía, seguían el procedimiento por rutina, interiormente confiaban que la alarma fuera un desperfecto de alguna computadora, un bug nunca reportado, un caño mal soldado por donde escapara gas,...

Era difícil demoler los arquetipos mentales, estaban convencidos de haber creado una fortaleza invencible, sin embargo una planta de armamento no podía ser segura, era tautológicamente imposible que un lugar cargado de explosivos fuera invulnerable. Si no se puede desde afuera, entonces sí desde adentro.

Los técnicos de MARYN tenían varios juguetes divertidos, armas de ondas ELF, por ejemplo, penetraban la tierra, las paredes y el cerebro de los seres humanos, la radiación y las microondas podían provocar altas temperaturas, y eso era muy peligroso teniendo en la misma estructura edilicia elementos inestables al calor, como la butanona, querosina, butadieno, propano, oxido de etileno, fósforo, fósforo rojo, acrilonitrilo, nitro, diborano, propadieno, potasio, ... y el resto de los materiales que tenían en la sala de insumos para la

experimentación en la fabricación de nuevos detonadores, la lista era generosa.

Amadeo inhibió el sistema de detección y extinción de fuego, y luego apuntó todos los cañones de microondas a lo que según los planos parecía el elemento más inflamable cercano. El incendio tardaría algún tiempo en llegar al depósito pero lo haría inexorablemente. Se enteraría cuando la planta volara porque desaparecería el servidor, mientras tanto le quedaba tiempo para más.

Según sus cálculos habría focos de fuego en al menos treinta lugares del edificio, los guardias deberían dejar sus armas y tomar los extintores manuales (si los encontraban, en los discos de la cría no decía nada de la existencia de mecanismos manuales de protección) pero si tenían matafuegos podían complicar el objetivo, así que Amadeo preparó otra bomba, una de sonido.

Tenían pequeñas antenas prototipo cargadas en camionetas, con computadoras conectadas a redes por infrarrojos, las probaban en medio del campo para estudiar la respuesta de animales a distintas ondas, Ismael buscó una frecuencia conocida por el, ... la de los huesos. Podía decir taxativamente que eso dejaría fuera de combate al menos a la mitad de los guardias, los que estuvieran más cerca del estacionamiento directamente morirían en el acto, los otros que estuvieran más a salvo sentirían quebrarse algunos de sus huesos. Otros no recibirían la descarga, pero no importaba.

Cerró todas las puertas y activó las luces estroboscópicas, lanzó todos los sistemas de defensa contra los soldados de MARYN. Era un ataque ciego, azaroso, pero daría algún resultado.

La mente de Amadeo caminó por el laboratorio de armas biológicas, abrió las puertas de las salas herméticas y levantó la tapa de los cofres de frío.

Una bomba de sonido destrozó los vidrios de los frascos con virus.

¿Qué podía haber soltado?

Le gustaba ver actuar a los virus.

Subió al máximo la velocidad del extractor de aire que llevaba oxígeno al bunker subterráneo, estaba lejos del laboratorio, pero igual haría a los científicos olfatear alguna de sus propias creaciones.

Otro rebote, Amadeo cerró el puño tan fuerte que varias gotas de sangre volvieron a regar el teclado. Sintió el pecho congestionado, como si las lágrimas se estuvieran agrupando para dar el gran salto, para salir y escapar de su cuerpo, arrojarse fuera de él con un impulso frenético.

Cerró los ojos para contenerse, fue tal vez un reflejo.

¿Donde estas Gail?

Te necesito.

Entonces lloró, tal como sabía que pasaría el llanto brotó de todo su cuerpo, cayó de la silla al piso con un agudo grito de agonía.

– ¡GAIL! –clamó.

Luego más suave, suplicante.

– No me dejes...

Las uñas arañaron el suelo de madera, la mejilla granujenta y la boca abierta llenaron el piso de saliva y lágrimas.

No pudo hablar, solo gemir como un cavernícola, después de todo eso hacían los sentimientos, retroceder a los estados más primitivos, el complejo R podía más que el resto del cerebro trino.

¿Salían lágrimas por la garganta? ¿Brotaban del cuero cabelludo?

Sintió los ojos hincharse al punto de crecer en la cara, crecer y arder, no los sintió ajenos como le ocurría a veces, no eran un elemento extraño sino propio, y las lágrimas eran suyas, y auténticas.

Desde el piso pateó la silla de la computadora hasta hacerla caer, luego pateo la mesa y pegó varias trompadas al piso, al verlas pateo las piernas de la cría que estaba cerca, también en el piso, como burlándose, imitándolo.

La vista se le nublaba pero no se preocupó en limpiarse, ya no necesitaba ver, las imágenes eran todas horribles, y deformes. Irreales.

Gail era lo único que deseaba, lo único que necesitaba de verdad, lo único que podía contenerlo.

Los científicos en el Bunker estarían aspirando algo invisible y letal, ¿Les daría tiempo a correr? O morirían presa de una hemorragia interna devastadora.

Necesitaba morder, ... morder fuerte.

Un sonido lo detuvo, el servidor había desaparecido y vuelto a aparecer, ... estaba funcionando con un generador de reserva, eso indicaba que el generador actual había volado, eso indicaba que la planta aún estaba en pie.

Recogió la silla y se acercó a la mesa limpiándose los mocos con las palmas, un manchón de sangre le tapó la cara.

Volvió al servidor para liberar toda la reserva del líquido que MARYN comercializaba para causar fragilidad en los metales, era un compuesto de productos químicos incoloro que se debía utilizar en una futura guerra para pulverizar estructuras metálicas, como soportes de puentes, armas, vehículos, o ascensores.

Uno de los productos contenía metales líquidos a temperatura ambiente, como mercurio, galio, cesio, inga, rubidio, ... formaban aleaciones con los metales y debilitaban el material.

El otro era mejor, lo llamaban el super-acido, a base de clorhídrico y nítrico, servía para corroer caucho, asfalto, vidrio, fibra óptica, y ... hormigón. Sumado al fuego, ... tendría un derrumbe muy ruidoso.

Sintió el sabor salino de las lagrimas sobre la lengua.

Sintió la angustia subir desde el estómago.

Buscó un satélite para direccionar una lente a la planta, ajustó la posición hasta encontrarla en la oscuridad, las luces se habían apagado y se veían algunos destellos dorados sobre todo en la parte norte del edificio.

Tenía sed.

Voy a extrañarte. Voy a pensarte. Voy a amarte toda la vida.

El servidor desapareció de la red, ... el satélite le devolvió la imagen de un impresionante hongo rojo y amarillo.

Quedaría ardiendo varias horas.

¿Qué haría con la piltrafa en el piso?

El FBI, protector de los intereses americanos buscaría culpables, era bueno darles un culpable.

¿Qué te pareció eso Yavhé?

Causa y efecto

Acción y Reacción

Gail y MARYN

¿Qué te parece?

¿Qué tal si todos mueren? Si la tierra se destruye y te quedás sin tablero, sin fichas para mover.

Digo que voy a hacerlo..

Mientras esperamos, voy a comerte unos peones.

¿Gustas?

Gail asintió, en algún lugar de su imaginación, y se llevó a la boca un bocado de algo delicioso, él mismo lo había preparado, y estaba orgulloso. Orgulloso de hacerse querer, de que alguien lo aceptara.

Aún lloraba, no había dejado de hacerlo.

Volteó hacia el niño con campera de guerrillero.

– MARYN, como institución, está muerta. Te alegrará saberlo –le dijo– pero hay un precio a pagar, tal vez tengas que huir de esto de por vida. Todas las agencias estarán tras tu cabeza.

Apenas se reconocía la voz, como si el hueco por donde pasaba el aire en su garganta se hubiera afinado.

Llevaría a la cría en el baúl del auto hasta algún lugar del Gran Buenos Aires, y lo arrojaría a su suerte.

Si continuaba vivo mejor, eso mantendría ocupado al FBI, sino igual cargaría con la responsabilidad, él se ocuparía de eso.

Si Saro había sido atrapado, (además de una obvia incapacidad) se debía a la mala información, había caído en una trampa preparada por el Buscador. La trampa incluía a Gail Preston.

Gail le había pasado la información de MARYN a Saro, eran los archivos que hoy tenía en los discos de la cría. Gail había robado los archivos del GCIC. Alguien había puesto los archivos a disposición de Gail, sutilmente.

El jefe de Gail, Jack Stern. Había sido parte del último equipo auditor de MARYN, él los había traicionado.

Amadeo preparó un mensaje para enviarlo a varios destinatarios, primero buscó las direcciones públicas de e-mail de cada uno, después utilizó su propio servidor anónimo para mandar el mensaje. Dejó que todos vieran quienes eran los destinatarios.

Para: Lawrence; Imre; Lucient; Jack; Steve.

Luego de enviar el mail apagó la computadora y se alejó de la mesa, reclinó el sillón para observar mejor el techo, como hundiendo sus ojos en la profundidad del cielo abierto.

Se quedó imaginando a Gail, mientras esperaba que las lágrimas se secaran.

CAPITULO LII

Hola.

Soy Amadeo.

Y no busques mi nombre en el oxidado arcón de tu mente.

Jamás supiste de mí.

Como nunca pensaste que llegaría.

Como jamás se espera el momento en que tu corazón se detiene.

Soy Amadeo.

Desde hoy para vos, el lado macabro de la ciencia.

El experimento fallido en tu laboratorio.

La tecnología fuera de control.

Hoy soy el Caos.

Y la maldad anida en mí,

repetida en mil formas en el fractal de mi mente.

Y estoy dotado de un don.

El don de saber.

De saberme dueño de la tecnología.

Por mí tu cuerpo duerme caliente.

Tu vehículo frena.

Tu vivienda no estalla.

Soy quien dice: por mí vivís, y vive el mundo.

Soy quien decide tu futuro y el de la humanidad.

Soy quien hace las reglas o las deshace.

Soy quien decide vidas y muertes, hambre y dolor, guerras o paz.

Soy quien imagina tu martirio como una obsesión.

Soy Amadeo.

Asesino de mujeres y niños.

Y no busques piedad en mí,

estoy vacío.
Pues vaciaste mi alma
Torturaste mi mente
Violaste mi ilusión.

Verte sufrir será mi destino.
Hasta que mueras para liberarte de mi sombra.

A partir de hoy doy rienda suelta a mi odio.
Y voy por vos.
Para atraparte cuando estés más alerta.
Pues no hay lugar en el mundo donde estés a salvo
de las redes del conocimiento.

CAPITULO LIII

Basílico lo había arrojado al hormiguero de las marabunta, desnudo y embardunado en miel, pero al menos le había acercado un repelente.

Estaba entre la ropa, en el hospital donde despertó con la cabeza vendada y un brazo enyesado, demasiado aturdido para enhebrar con un mismo hilo las pequeñas perlas que apenas podía recordar de su visita al Jury, solo imágenes aisladas y dispersas que fue acomodando en forma cronológica con mucho esfuerzo.

El repelente era un disco que tenía información clave de MARYN, la que él se había propuesto descubrir y exponer ante los clientes y las autoridades de las naciones. Lo supo mucho antes de vagar por el hospital buscando una computadora para leerlo.

Los otros discos que solía llevar habían desaparecido, igual que la notebook. Solo tenía la ropa y ese disco, y no necesitaba nada más.

Hasta lo que sabía a partir del descubrimiento de su padre, y de los agregados de Saro, era que había una parte del software TeXeus que oficiaba de fantasma, había un salto a un lugar desconocido, donde el código estaba limpio, pero tenían pistas de que el contenido de la función a donde se dirigía el salto podía mutar de acuerdo a la disposición de MARYN. El código fantasma era un virus, y el programa TeXeus el portador sano hasta que Ryerson decidiera el ataque.

Basílico había aportado los últimos datos.

El código maligno estaba almacenado en un microrobot que simulaba ser una soldadura en la placa principal de la computadora. Ante una señal determinada que el técnico de MARYN podía emitir a la máquina con solo acercarse, la soldadura dejaba aparecer sus patas, y caminaba hasta el chip indicado donde regrababa pisando apenas parte del código nativo por el virus latente. A partir de allí, el control lo tenía MARYN.

Teniendo en cuenta que el software era especialmente comercializado para asegurar datos de equipos considerados armas de guerra, entonces la estabilidad internacional, el comercio de armas, el poder político, el flujo de capitales, el éxito o fracaso de una nación, todo dependía del humor con que Ryerson despertara por la mañana.

En todos los lugares donde estaba el equipo instalado se recibían visitas

de los técnicos de MARYN en forma periódica, ellos no tenían acceso directo al hardware en todos los casos, pero sí llegaban hasta la sala de la computadora acompañado de los técnicos locales.

El virus básicamente ocasionaba el desvío de la información y la alteración de los datos en forma solapada, apenas un error en los cálculos podía acarrear el fracaso en un embate militar y la pérdida de centenares o miles de vidas, el objetivo principal del programa era provocar la desinformación, y alterar el modelo de realidad para distorsionar la visión de quien tenía a cargo la toma de decisión.

En cuanto pudo salir del hospital, obviamente sin el consentimiento médico, Daniel envió esa información a la NSA y al USSS manteniendo su anonimato, pero no tardaron en averiguar lo que había pasado con los hackers y sabían él que era el único sobreviviente. Apenas podía imaginar el estado de agitación de las agencias. Se ordenaron requisas inmediatas en los equipos y confirmaron la acusación, rápidamente extirparon los microrobots aunque él imaginaba que no todos los propietarios de TeXeus estaban avisados y no lo estarían nunca, después de todo el microrobot era un arma, y a las agencias de inteligencia les encanta ese tipo de arma.

Pero al menos la seguridad de las naciones estaba un poco más saludable.

Las agencias lo buscaban, y no para condecorarlo como héroe, lo hacían responsable de la destrucción de la planta de MARYN y de quedarse con información confidencial. Lo real era que querían tenerlo, y que les explicara cómo había quebrado la seguridad de tal fortaleza informática. Le resultaría imposible aclararles que no había sido él, y no creía que fueran gente de atender excusas. Si lo atrapaban querían exprimirlo como a un limón, y cuando se dieran cuenta de que no había jugo tendrían que eliminarlo. Si no tenía la habilidad para hackear a MARYN entonces era solo un niño con mucha información, y eso solía molestarlos.

Al destruirse la planta y perderse todos los datos, Ryerson intuyó que la próxima escena era con él entre rejas, puso en marcha un plan de fuga lo más rápido posible, ese fue su gran error.

Lo estaban esperando.

Basílico.

Había un sello personal en el diseño, no necesitaba firmar su obra.

No tenía todos los detalles pero sabía cómo completar los blancos, Steve Ryerson había entrado a la bóveda del banco donde guardaba los elementos necesarios para su fuga, seguramente la documentación que le otorgara una nueva identidad. Al llegar el guardia de la puerta le entregó un sobre que había

llegado para él, no lo abrió hasta entrar y solo decía:

Tal vez un verdadero Yogui podría sobrevivir, ellos saben entrar en un estado de letargo que disminuye el ritmo cardíaco y la respiración. Buena suerte.

Ryerson quedó perplejo por el mensaje sólo un instante, luego sintió el chasquido de la enorme puerta de acero de la bóveda al cerrarse. El guardia de seguridad había recibido un llamado urgente de su jefe y debía abandonar el puesto de inmediato. El dispositivo que marcaba cuantas personas estaban adentro de la bóveda se volvió a cero, sonó una alarma de evacuación en el edificio y la puerta se cerró. La gente empezó a correr por los pasillos y los guardias a buscar una bomba y a combatir un incendio inexistente. Pero Steve no escuchó nada de eso, se quedó parado esperando que la puerta se abriera, era viernes y la puerta hermética no volvería a activarse hasta el lunes por la mañana.

En el pequeño pasillo donde había quedado encerrado Ryerson no había aire para más de un día.

Lo encontraron el lunes acostado al lado de la puerta, con el rostro desencajado y arañado.

Daniel se alegró de ser el chivo expiatorio, era lo único que lo mantenía con vida, había escuchado algunos gritos de Basílico llorando de amor por Gail, y había comprendido que para el Jury no existían los límites.

Se enteró de otra muerte, la de Jack Stern, el jefe de Gail. Era claro que él los había engañado con información falsa, les había tendido la trampa, pero no había forma de probarlo.

Jack murió al igual que sus vecinos, en total 164 muertos y más de doscientos desaparecidos. Se destruyeron edificios, calles y vehículos a lo largo de un kilómetro.

Basílico había crackeado los equipos necesarios para modificar la presión de los conductos de gas domiciliarios, y había provocado fallas en las válvulas.

La catástrofe ocupó la primera plana de todos los diarios del país, pero nadie culpó a un hacker, sólo a la compañía de gas.

No supo de ninguna otra muerte, pero estaba seguro que la lista no terminaba allí, el Buscador y su asistente estaban libres, pero decidió no preocuparse por ellos, había una justicia superior a la suya e implacable.

Daniel por su parte estaba mejor, se recuperaba de las lesiones y ya estaba habituado al cambio de apariencia, aunque no seguiría huyendo el resto

de su vida, se asentaría en un lugar, había vuelto a tomar contacto con Lyn, y habían hablado de casarse. Buscarían algún pueblo alejado de la tecnología, fuera de los EEUU, trabajarían de cualquier cosa, les parecía realmente lo menos importante. Aún no la había visto pero estaba ansioso.

Por intermedio de Lyn había chateado con su tía Betty, ella le había contado acerca de sus padres y de Maggi, en realidad su madre y Maggi habían sido amigas en el USSS, hasta que Maggi se enamoró de Adrián y decidió alejarse. Eso era todo. Y si nunca le habían contado del USSS era en parte porque no podían, Carol conocía historias muy oscuras de la casa blanca que debía ocultar, y que había prometido no revelar, de todas formas pensaban hablarle de eso algún día.

Sólo debía recordar las palabras de Larsen e intentar volver a ser como era, quitarse de encima el polvo de ese viaje por el infierno y descansar en los brazos de su mujer. Ella sería el agua y el jabón. Ella sería el ancla.

Había escuchado cientos de veces la frase “rehacer su vida” y recién ahora podía comprenderla.

El Salteador se había ido para no volver. Se encargaría de mantenerlo alejado.

CAPITULO LIV

Lucient no necesitaba huir, tenía un Bunker propio para protegerse, nadie lo conocía y nadie podía saber que estaba allí, su único contacto con el mundo sería la computadora durante un tiempo, tal vez un año, o más. Había guardado alimento para subsistir durante cuatro. Nunca se sabía cuando podía necesitarse un refugio, lo había hecho pensando en una guerra, pero le había encontrado otro fin.

De todas formas estaba alarmado, asustadizo. Seguramente se debía a los nervios alterados por toda la situación, Steve muerto, la planta destruida, su software y sistema de seguridad destrozado, ... tal vez eso lo hacía imaginar cosas.

Creía que los robots se habían movido.

Los había llevado para entretenerse con alguna habilidad manual además de la cerebral, tenían el tamaño y aspecto de las tortugas, aunque eran de metal y andaban con bastante más velocidad.

Indudablemente se habían movido, estaban quietos pero dispersos. Lo habían hecho mientras él dormía.

¿Pero cómo podían moverse?

La orden únicamente podía darse por computadora y sólo la manejaba él.

Un escalofrío le corrió por la espalda, recordó el mail que había recibido, de Amadeo.

¿Estaba en su máquina?

Era imposible.

Se acercó a la pantalla, antes de leer el mensaje la electricidad ya lo tenía pegado a la silla de acero.

Tus robots son excelentes para trabajar en instalaciones eléctricas.

Amadeo

Habían anulado el diyuntor y las tortugas sostenían unos cables de corriente presionados contra las patas de la silla.

Lucient murió ejecutado en su propia silla eléctrica.

CAPITULO LV

Cuando el teleférico se detuvo Lawrence se aferró con una mano a la tapa del asiento, y con la otra al equipo de esquí.

Era extraño, no había vuelto a pensar en la amenaza del Amadeo hasta ese momento.

La nave se movió, balanceándose sobre el precipicio, la veintena de turistas que lo acompañaba emitió un murmullo nervioso.

Faltaba un largo tramo para llegar a la cima, donde estaba la cafetería circular y giratoria, Lawrence pensaba pasar por ella primero a tomar algo caliente y luego deslizarse por la nieve de la pista.

Después de la caída de MARYN y la muerte de Ryerson había decidido tomarse unas vacaciones, sabía cuando era prudente desaparecer. No había nada que lo ligara con Steve pero no estaba de más cuidarse un poco. Además adoraba esquiar y hacía mucho que no disfrutaba del viento helado sobre el rostro.

Al igual que todos los demás se asomó por la ventana para constatar que estaba suspendido sobre el abismo. Si el coche hubiera avanzado un poco más por los cables de acero la situación sería menos preocupante, se veían unos pinos en una saliente a pocos metros de la nave.

Pero donde estaba detenida ...

Volvió a moverse, a Lawrence lo invadió un presentimiento funesto, buscó la pequeña caja de madera que llevaba en la mochila. Podía confundirse con una cartuchera pero guardaba una jeringa entre algodones. El PXP.

El teleférico tenía un cartel electrónico por donde pasaban publicidad y aconsejaban no saltar en el aparato, etc. Ahora se había quedado en blanco, completamente mudo.

Entonces aparecieron las palabras que esperaba.

Hola, Lawrence. Un gusto volver a verte.

Usaba la ironía.

El Buscador hallado.

¿A quien se le podía ocurrir conectar a Internet una computadora que

tiene que ver con el control de los teleféricos?

¡Con idiotas así era difícil sobrevivir!

La gente dejó de murmurar para hablar en voz alta, algunos se reían con el estúpido reflejo de disimular el terror.

Lawrence se apuró en quitarse la campera, se remangó y se clavó la aguja en el brazo. Hasta el fondo.

No sabía si era causa del viento pero la nave se balanceaba más, esperaba tener al menos un minuto de tiempo para que le hiciera efecto la droga.

Un niño comenzó a llorar, con el sexto sentido típico de los infantes.

¿Por qué “volver a verte”? ¿Cuándo se habían conocido?

Deseó tener vida suficiente para descubrir quién era Amadeo.

Asomó la cabeza por la ventana para ver que pasaba con el cable, varios lo imitaron con rostros desesperados.

Había chispas del otro lado, estaba recibiendo una sobrecarga eléctrica la máquina que hacía girar el cable y se estaba prendiendo fuego.

El cable no podía cortarse, pero si soltarse.

Miró al cielo y se preguntó en dónde estaría el satélite que lo enfocaba.

Podés ver esto si te gusta, un hombre escapando a la muerte.

Lo vas a recordar cuando nos veamos cara a cara.

Los turistas gritaron cuando lo vieron salir por la ventana hacia el techo, se colgó de unas varillas demostrando una fuerza sobrehumana y rogando que no se quebraran por su peso. Pudo llegar al techo evitando tocar el cable que estaba electrificado.

Se quedó parado en equilibrio, la nave se seguía bamboleando, él estaba en un extremo y pensaba correr al otro.

Primero había resuelto calcular el salto para llegar a los pinos, tener una idea somera de los metros que debía volar, pero le quitó importancia a eso. No tenía otra salida y daría el salto más largo posible, el PXP y la suerte debían ayudar.

Si llegaba a los pinos sería luego de bajar veinte metros a toda velocidad, el golpe sería posiblemente mortal. Pero era mejor que aquel abismo verde y blanco.

Tomó carrera y saltó.

CAPITULO LVI

Tal vez porque no temía a la muerte, o tal vez por estar ahído de impunidad, Imre Viskes no huyó, se hospedó en un hotel cinco estrellas en el centro de New York.

Al regresar al cuarto una madrugada luego de perder quince mil dólares en el casino del hotel, encontró a Ismael Basílico sentado en el living.

Su entrenamiento no le permitió identificar el arma que el extraño tenía en la mano, intentó sacar la pistola pero cayó al suelo inmóvil antes de llegar a tocarla.

– Pensé que sería mejor un encuentro íntimo –dijo Ismael, luego bajó la vista hasta el arma– ¿no la conocés? Es un arma de rayos, como en Viaje a las estrellas. Dispara rayos ultravioletas, estos ionizaban el aire alrededor de la víctima, la misma arma dispara una descarga eléctrica provocando una sobreestimulación de las fibras musculares que produce contracciones involuntarias. Vas a estar inmóvil un tiempo.

Ismael se acercó a Viskes tranquilamente y lo esposó.

– Son tuyas –le dijo al oído– sé que las usaste mucho, sobre todo con cadáveres, espero que no estén gastadas.

El húngaro lo miró desde el suelo, con la mejilla en la alfombra, se dio cuenta que había llegado el momento.

– Se me ocurrieron mil maneras de matarte en forma remota, ... pero me agrada más así. A los dos seguramente.

– Creo que hay un cuchillo eléctrico en la cocina –añadió.

Volvió con el cuchillo encendido.

– Va a ser un día largo, voy a empezar por los dedos, es una promesa – aclaró– después voy a llevarme la piel. Y todo aquello que haya rozado a Gail Preston.

CAPITULO LVII

Lawrence recobró el sentido en una cama de hospital, los médicos le explicaron que había tenido mucha suerte al sobrevivir, que todos sus compañeros de viaje habían muerto al caer el teleférico.

Dijeron que no volvería a caminar, y que pasaría en una cama el resto de sus días.

Pero con suerte en un tiempo dejaría el respirador artificial.

Y tal vez pudiera volver a hablar.

Pero todavía debían esperar el resultado de un par de intervenciones quirúrgicas pendientes.

Quiso dormir y despertó porque le faltaba el aire, movió los ojos para ver que el respirador no estaba funcionando.

¿Tenían el respirador conectado a una red?

¿O habría entrado al hospital para alterarlo?

No había enfermeros cerca, ni siquiera podía abrir la boca para aspirar, sintió al corazón bombear con fuerza, se sofocaba, ... estaba muriendo.

Pero el aire volvió.

Luego se fue nuevamente hasta casi matarlo.

Y volvió.

En un arranque de pánico supo entonces que el juego recién comenzaba.

Forzando los ojos apenas pudo ver el display del monitor del respirador.

Hola, soy Amadeo.